

J. S. LE FANU
EL TÍO SILAS

Lectulandia

En *El tío Silas* se hace patente la maestría en la gradación del horror que le convirtió en el más famoso narrador de ghost stories de la literatura victoriana, género en el que destacaría a principios de este siglo su mejor discípulo, M. R. James. Le Fanu conduce al lector desde el tono nostálgico con que inicia la narración de los recuerdos infantiles de una dama —su casa solitaria, su padre severo y reservado, y sus criados— a un pavoroso callejón sin salida en el que acecha el más horrible asesinato.

Lectulandia

Joseph Sheridan Le Fanu

El tío Silas

El ojo sin párpado - 20

ePub r1.3

GONZALEZ 29.07.15

Título original: *Uncle Silas*
Joseph Sheridan Le Fanu, 1864
Traducción: Pablo Sorozábal Serrano
Portada: Variación sobre Eye (1946), de M. C. Escher

Editor digital: GONZALEZ
Corrección de erratas: Stonian & undr
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*A LA MUY HONORABLE CONDESA
DE GIFFORD EN SEÑAL DE RESPETO, SIMPATÍA
Y ADMIRACIÓN DEDICA ESTA HISTORIA*

EL AUTOR

NOTA PRELIMINAR

EL autor de la presente narración, en persona, se aventura a dirigir a sus lectores unas brevísimas palabras de índole principalmente explicativa. En esta Historia de Bartram-Haugh se repite, con una ligera variante, una destacada situación contenida en un relato corto, de unas quince páginas, escrito por él y que, hace mucho, apareció en una publicación periódica bajo el título *Pasaje de la historia secreta de una condesa irlandesa*, y luego, todavía anónimamente, en un pequeño volumen con un título alterado. Es harto improbable que ninguno de sus lectores se haya topado con semejante fruslería, y más aún que la recuerde. Sin embargo, y por medio de esta explicación, el autor se ha aventurado a anticipar la mera posibilidad de que tal cosa hubiera sucedido, a fin de no ser tachado de plagario, lo que siempre constituye una falta de respeto hacia el lector.

¿Le serán también permitidas unas palabras de protesta contra la promiscua aplicación del término «tremendismo» a esa vasta escuela de obras de ficción que no transgrede ninguno de los cánones de construcción y moralidad que a sí mismo se impusiera el gran autor de las Novelas de Waverly al producir tan inaproximable obra? Cabe suponer que nadie calificaría de «tremendistas» las novelas de sir Walter Scott, y, sin embargo, en tan prodigiosa serie no hay una sola historia donde la muerte, el crimen y, de una u otra forma, el misterio no tengan cabida.

Pasando por alto esas grandes novelas que son *Ivanhoe*, *Vieja mortandad* y *Kenilworth*, con sus terribles tramas de crímenes y derramamientos de sangre, construidas con tan magnífica maestría en el arte de mantener cautivo el ánimo en la intriga y el horror, elija el lector, de dicha serie, dos de esas excepcionales novelas, cuya deliberada pretensión es la de trazar un cuadro de las costumbres y escenas de la vida cotidiana contemporánea, y, rememorando —en *El anticuario*— la visión del aposento cubierto de tapices, el duelo, el horrendo secreto y la muerte de Espelth, el pescador ahogado, y, sobre todo, la tremenda situación en que se halla el grupo rodeado por la marea bajo los acantilados; y —en *El pozo de San Ronan*— el prolongado misterio, la sospecha de insania y la catástrofe del suicidio, que determine si un epíteto cuya aplicación a la estructura de cualquiera de las narraciones de sir Walter Scott, incluso la más sobrecogedora de ellas, sería una profanación, es justo que se aplique a historias que, si bien ilimitadamente inferiores en su factura, no obstante observan las mismas limitaciones de accidente y tienen las mismas miras morales.

El autor confía en que la prensa, a cuyo magisterio crítico y generoso aliento tanto

le deben él y otros humildes trabajadores del arte, insistirá en circunscribir dicho denigrante término a aquel peculiar tipo de obras de ficción que originariamente pretendía señalar, y, de acuerdo con sus posibilidades, impedirá que en el mencionado término se incluya la legítima escuela de la novela trágica inglesa, la cual ha sido ennoblecida y, en buena medida, fundada, por el genio de sir Walter Scott.

CAPÍTULO I

AUSTIN RUTHYN, DE KNOWL, Y SU HIJA

ERA invierno, esto es, en torno a la segunda semana de noviembre, y grandes ráfagas de viento hacían trepidar las ventanas, ululando, mientras el trueno retumbaba entre nuestros altos árboles y chimeneas cubiertas de hiedra... Una noche muy oscura y una lumbre muy animosa, grata mezcla de buen carbón redondo y crepitante leña seca, que ardía en el interior de un genuino hogar antiguo, en un aposento vetusto y sombrío. Negros frisos de madera de ébano, en pequeños paneles, relumbraban hasta el techo; sobre la mesa de tomar el té, un alegre haz de bujías de cera; colgando de las paredes, muchos retratos antiguos, algunos horrendos y desvaídos, otros bonitos y otros llenos de gracia y encanto. Si hacemos salvedad de los retratos, de dimensiones largas o cortas, eran pocos los cuadros que había. Pienso que, en conjunto, el aposento se podría haber tomado por nuestro salón de recibir. Su aspecto no era el de una sala de estar, según la noción que modernamente tenemos de la misma. Era, además, una estancia alargada y espaciosísima, si bien de configuración irregular.

Sentada a la mesa de tomar el té, sumida en sus ensoñaciones, había una muchacha de poco más de diecisiete años y que, pienso, parecía aún más joven; delgada y bastante alta, con una abundante cabellera dorada, ojos de un gris oscuro y un semblante harto sensible y melancólico. Esa muchacha era yo.

La única otra persona en el aposento —única persona allegada a mí en la casa— era mi padre, el señor Ruthyn, de Knowl, a quien así llamaban en su condado, no obstante poseer otras muchas propiedades; de muy rancio linaje, su familia —de espíritu orgulloso y desafiante, creyéndose de condición más elevada y sangre más pura que los dos tercios de la nobleza en cuyas filas, según se decía, había sido invitada a ingresar— a menudo había rehusado un baronetage^[1] e incluso, rumoreábase, un vizcondado. Vago y escaso era mi conocimiento de toda aquella leyenda familiar; tan sólo sabía aquello que se puede colegir de las pláticas de viejas criadas al amor de la lumbre en el cuarto de los niños.

Tengo la certidumbre de que mi padre me amaba, y sé que yo le amaba a él. El seguro instinto infantil me hizo captar su ternura, si bien ésta jamás fue expresada de manera convencional. Y es que mi padre era toda una rareza de persona. Había sufrido un temprano desengaño en el Parlamento, donde ambicionaba el éxito. Pese a ser un hombre de talento, fracasó allí donde a otros, muy inferiores a él, las cosas les iban sumamente bien. Luego marchó al extranjero y se hizo un experto coleccionista,

participando a su regreso en instituciones literarias y científicas, así como en la fundación y rectorado de obras de beneficencia. Se cansó, sin embargo, de este mímico gobierno y se dedicó a la vida campestre, aunque no a la de un deportista, sino más bien a la de un estudioso, permaneciendo, según las ocasiones, en una u otra de sus fincas y llevando una existencia retirada.

Se casó más bien tardíamente, y su bella y joven esposa murió, dejándome a mí, única descendencia de ambos, a su cuidado. Esta pérdida, según me dijeron, le transformó..., le hizo aún más raro y taciturno y motivó que, salvo hacia mí, su temperamento se tornara más severo. Había, asimismo, no sé qué deshonra en torno a su hermano menor —mi tío Silas—, que él resintió amargamente.

Helo aquí ahora paseando de arriba abajo por este espacioso y antiguo aposento, el cual, al extenderse al fondo más allá de un ángulo, era en aquella zona muy oscuro. Tenía mi padre el hábito de pasearse así, de arriba abajo, sin hablar..., ejercicio que solía recordarme al del padre de Chateaubriand en el gran salón del Château de Combourg. En dicho fondo de la estancia mi padre desaparecía casi en la penumbra para, más tarde, al regresar sobre sus pasos, emerger durante unos minutos, como un retrato con un fondo sombrío, y a continuación difuminarse una vez más en el silencio hasta perderse de vista.

Tal monotonía y silencio habrían resultado aterradores para alguien menos acostumbrado que yo a ellos. La cosa, sin embargo, producía su efecto. He llegado a estar con mi padre un día entero sin que me hablara. Aunque le amaba mucho, mucho era también el reverente temor que me infundía.

Mientras mi padre medía el suelo con sus pasos, mis pensamientos estaban puestos en los sucesos del mes anterior. Eran tan pocas las cosas que sucedían en Knowl fuera de la rutina habitual, que el más baladí de los acontecimientos bastaba para que la gente se pusiera a hacer cábalas y conjeturas en aquel apacible hogar. La vida de mi padre transcurría en un retiro digno de mención; apenas abandonaba los terrenos de Knowl, salvo si salía a dar un paseo a caballo, y jamás, creo, llegó a darse el caso de que visitante alguno se quedara entre nosotros más de un par de veces al año.

Ni tan siquiera había ese blando trajín religioso que en ocasiones acosa al hombre rico y moral en su retiro. Mi padre había abandonado la Iglesia anglicana en favor de no sé qué secta extraña, cuyo nombre no recuerdo, para finalmente convertirse, según me dijeron, al swedenborgismo, cuestión esta sobre la que, sin embargo, él no se preocupó de molestar mi atención, de suerte que el vetusto carruaje trasladaba a mi institutriz, cuando la tuve, a la señora Rusk, vieja ama de llaves, y a mí misma todos los sábados a la iglesia parroquial, mientras mi padre, «una nube sin agua zarandeada a los cuatro vientos y un astro errante al que le está reservada la negrura de la tiniebla»^[2], a ojos del probo párroco, quien al verle meneaba la cabeza, mantenía correspondencia con el «ministro» de su Iglesia y se mostraba provocadoramente satisfecho de su propia fertilidad e iluminación; la señora Rusk, por su parte, que era

una beata de cuerpo entero, decía de mi padre que éste creía ver visiones y hablar con los ángeles, como el resto de toda esa «basura».

Que yo sepa, la tal señora no se basaba en nada mejor que la analogía y la conjetura para inculpar a mi padre de pretensiones sobrenaturales; pero, en todos aquellos puntos que no afectaban a su ortodoxia, sentía cariño por su señor y era una leal ama de llaves.

Una mañana la encontré supervisando los preparativos para recibir a un visitante, en la sala de caza, así llamada por los tapices que cubrían las paredes y que representaban escenas *à la Wouvermans*, de cetrería y montería, con perros, halcones, damas, galanes y pajes, en medio de los cuales la señora Rusk, con su vestido negro de seda, revolvía en los cajones, recontaba la ropa de cama e impartía órdenes.

—¿Quién viene, señora Rusk?

Me contestó que no sabía más que su nombre, el señor Bryerly, y que mi papá lo esperaba para la cena e iba a quedarse unos días.

—Imagino que es una de esas criaturas, querida, pues precisamente le he mencionado el nombre al doctor Clay (el párroco) y dice que entre los de la secta de Swedenborg hay un tal doctor Bryerly..., así que se tratará del mismo, supongo.

En mis nebulosas nociones acerca de estos sectarios se mezclaban la sospecha de nigromancia y la horripilante francmasonería, lo cual me inspiraba algo parecido al temeroso respeto y a la aversión.

El señor Bryerly llegó con tiempo suficiente para vestirse sin agobios antes de la cena. Era un hombre alto, flaco, vestido enteramente de un negro desgarrado, con un blanco cuello alto y con lo que, o bien era una peluca negra, o bien negros cabellos dispuestos en imitación de tal; llevaba lentes, su tez era oscura y el rostro, de rasgos afilados, pequeño. Entró en el salón frotándose las grandes manos y, tras dirigir hacia mí, a quien evidentemente no consideraba sino una simple niña, una breve y enérgica inclinación de cabeza, se sentó frente a la lumbre, cruzó las piernas y cogió una revista.

Semejante trato era mortificante, y todavía recuerdo muy bien mi resentimiento, que a él le pasó totalmente desapercibido.

Su estancia entre nosotros no se prolongó mucho; nadie adivinó el objeto de su visita y no dejó en nosotros una predisposición favorable. Parecía desasosegado, como suelen estar los hombres de costumbres ajetreadas en las casas de campo, y salía a dar paseos andando o en coche, leía en la biblioteca y escribía media docena de cartas.

Su dormitorio y cuarto de aseo se hallaban en el lateral de la galería, justo enfrente de los de mi padre, los cuales tenían una especie de antesala *en suite* donde estaban algunos de sus libros teológicos.

Al día siguiente de la llegada del señor Bryerly me disponía yo a comprobar si la jarrita y el vaso de agua de mi padre habían sido debidamente colocados en la mesa de su antesala y, en la duda sobre si él estuviera allí, llamé con los nudillos a la

puerta.

Supongo que ambos tendrían demasiado reconcentrada su atención en otros asuntos como para oírme, pero, al no recibir respuesta alguna, entré en la habitación. Mi padre estaba sentado en su butaca; se había quitado la chaqueta y el chaleco y el señor Bryerly estaba a su lado, más bien frente a él, de rodillas sobre un taburete, con su negro peluquín rozando casi el canoso cabello de mi padre. Sobre la mesa aladaña había un grueso volumen abierto, supongo que perteneciente a sus sagradas escrituras. La estirada y negra figura del señor Bryerly se alzó del taburete y rápidamente escondió algo bajo la pechera de su chaqueta.

Mi padre también se puso en pie, con el semblante más pálido, pienso, que jamás le había visto yo hasta entonces, y, señalando, adusto, con el dedo hacia la puerta, dijo: «Vete».

El señor Bryerly me hizo volver sobre mis pasos empujándome suavemente con sus manos puestas en mis hombros, mientras sus oscuras facciones me lanzaban una sonrisa cuya expresión me resultó absolutamente ininteligible.

Me recobré al instante y me retiré sin decir palabra. Lo último que vislumbré, ya en la puerta, fue la alta y esbelta figura vestida de negro y la oscura y significativa sonrisa que me perseguía. A continuación la puerta fue cerrada con llave y ambos swedenborgianos quedaron entregados a sus misterios.

Recuerdo muy bien la suerte de conmoción y desagrado que sentí, en la certeza de que los había sorprendido en algún, quizá, degradante encantamiento; esto es lo que sospechaba del tal señor Bryerly, de su negra chaqueta desgarrada y su blanco cuello alto, y una especie de miedo se apoderó de mí, antojándoseme que estaba ejerciendo sobre mi padre algún tipo de dominio, lo cual me infundió gran alarma.

Imaginé toda clase de peligros en la enigmática sonrisa del delgaducho sumo sacerdote. La imagen de mi padre como yo lo había visto, puede que confesándose con aquel hombre vestido de negro que yo ignoraba lo que era, me rondaba con las enojosas incertidumbres de una mente muy poco instruida en lo que se refiere a los límites de lo maravilloso.

No se lo mencioné a nadie. Experimenté, sin embargo, un inmenso alivio cuando, a la mañana siguiente, el siniestro visitante se marchó, y éste es el hecho que ocupaba ahora mi mente.

Alguien dijo que el doctor Johnson se parecía a un fantasma al que hay que hablar antes de que él lo haga. Pero mi padre, por mucho que en cualquier otra cosa pudiera tener el aspecto de un fantasma, en este punto concreto no lo tenía, pues nadie en la casa —y yo misma muy rara vez— se atrevía a dirigirle la palabra antes de que él la hubiera dirigido primero. Hasta que no comencé a frecuentar un poco la compañía de amistades y parientes no tuve la más mínima noción de cuán singular era semejante regla, que en parte alguna hallé en vigor.

Cuando, pensativa, me reclinaba sobre mi butaca, se me aparecía este fantasma de mi padre, el cual volvía y se esfumaba con solemne regularidad. Tenía un aspecto

peculiar: fornido, rechoncho, con un rostro ancho y muy severo; llevaba una chaqueta holgada, de terciopelo negro, y un chaleco. Su figura era, sin embargo, más bien la de un hombre entrado en años que la de un viejo —pese a que por aquel entonces había cumplido ya los setenta— pero firme y sin traza alguna de debilidad.

Recuerdo el sobresalto que me llevé cuando, ajena a toda sospecha de que él se hallara cerca de mí, alcé los ojos y vi, a menos de un metro de distancia, aquel semblante anchuroso y serio que me miraba fijamente.

Tras haberle visto siguió mirándome durante uno o dos segundos y, a continuación, cogiendo en una de sus nudosas manos uno de los pesados candelabros, mediante una seña me indicó que le siguiera, cosa que hice en silencio y sin saber qué pensar.

Me condujo a través de una sala en la que había luces encendidas y penetramos en un vestíbulo al pie de las escaleras traseras, hasta introducirnos en su biblioteca.

La biblioteca es una estancia alargada y angosta, con dos ventanas altas y estrechas al fondo, actualmente vestidas con cortinas oscuras. Penumbrosa estaba, con una sola vela; y mi padre se detuvo cerca de la puerta, a cuya izquierda se alzaba en aquel tiempo un anticuado chibalete o bargueño de roble tallado, ante el cual se detuvo.

Su actitud era extraña, estaba como ausente y, al hablar, se dirigía, pienso, más a sí mismo que al resto del mundo.

—Ella no comprenderá —musitó, mirándome inquisitivamente—. No, no comprenderá, ¿verdad que no?

Luego hubo una pausa durante la cual sacó del bolsillo de la pechera un pequeño manojo de llaves, quizá media docena, y se puso a contemplar una de ellas con el ceño fruncido, haciéndola oscilar un poco ante sus ojos cada dos por tres, entre el pulgar y un dedo, mientras deliberaba.

Le conocía demasiado bien, eso desde luego, como para decir nada.

—Se asustan con facilidad... ¡Así es, ay! Mejor será que lo haga de otro modo.

Y, deteniéndose, se puso a mirarme la cara como si mirara un cuadro.

—Sí, se asustan..., mejor que lo haga de otro modo... de otra manera... sí, y así ella no sospechará... no sospechará.

A continuación se quedó mirando fijamente la llave, para luego clavar sus ojos en mí. De pronto se levantó y dijo bruscamente: «Mira, hija». Y al cabo de unos segundos: «Recuerda esta llave».

Tenía una forma extraña, distinta de las demás.

—Sí, señor —siempre le llamaba «señor».

—La llave abre esto —dijo, y dio unos enérgicos golpecitos sobre la puerta del bargueño—. Durante el día está siempre aquí —y al terminar de decir estas palabras volvió a dejarla caer en el interior de su bolsillo—. ¿Ves?... Y de noche está debajo de mi almohada... ¿me oyes?

—Sí, señor.

—¿Verdad que no olvidarás este bargueño... roble... junto a la puerta... a tu izquierda... verdad que no lo olvidarás?

—No, señor.

—Lástima que seas una chica, y tan joven... ¡una muchachita, ay, y tan joven... sin sensatez alguna... alocada! Me has dicho que lo recordarás, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Te conviene recordarlo.

Y, volviéndose hacia mí, se me quedó mirando como quien ha tomado una repentina determinación. Creo que por un instante decidió decirme mucho más, pero si así fue de nuevo cambió de opinión y, tras otra pausa, dijo con lentitud y gravedad:

—No le contarás a nadie lo que te he dicho, so pena de incurrir en mi enojo.

—¡Oh, no, señor!

—¡Así me gusta!

—Salvo —prosiguió— bajo una sola circunstancia, a saber: la de que yo me hallara ausente y el señor Bryerly... ya recuerdas, ese caballero delgado con lentes y peluca negra que el mes pasado estuvo tres días aquí, viniera y preguntase por la llave, ya entiendes, en mi ausencia.

—Sí, señor.

Y, dándome un beso en la frente, dijo:

—Volvamos.

Cosa que hicimos en silencio, mientras fuera, como un canto fúnebre tocado en un gran órgano, la tormenta acompañaba nuestros leves pasos.

CAPÍTULO II

TÍO SILAS

CUANDO llegamos al salón me senté de nuevo en mi butaca y mi padre reanudó su lento y pausado paseo de arriba abajo en la amplia estancia. Quizá fuera el mugido del viento lo que alteraba el talante habitual de sus pensamientos, pero, sea cual fuere la causa, el hecho es que mi padre estaba aquella noche insólitamente hablador.

Tras un intervalo de cerca de media hora volvió a aproximarse a mí y se sentó en un sillón de alto respaldo junto al fuego, casi enfrente de mí, y durante un rato se me quedó mirando fijamente, como era su costumbre antes de comenzar a hablar. Finalmente dijo:

—Esto no puede ser..., necesitas una institutriz.

En este tipo de casos yo me limitaba a dejar el libro o la labor de costura, según lo que fuese, y a disponerme a escucharle sin hablar.

—Tu francés es francamente bueno, y tu italiano, pero no has dado alemán. Puede que en música estés muy bien, yo eso no soy capaz de juzgarlo, pero en dibujo podrías estar mejor... sí... sí. Tengo entendido que hay institutrices sumamente expertas en el «acabado de las damas», tal dicen de ellas; son personas que toman sobre sí tareas mayores de las que se hubiera encargado profesor alguno en mis tiempos, y lo hacen muy bien. Una de esas institutrices puede prepararte y, luego, el invierno que viene, visitarás Francia e Italia, donde puedes perfeccionarte tanto como te plazca.

—Gracias, señor.

—Lo harás. Han pasado ya casi seis meses desde que te dejó la señorita Ellerton..., demasiado tiempo sin una profesora.

Tras esto hubo un intervalo de silencio.

—El señor Bryerly te preguntará por esa llave, y por cuál cerradura abre; tú se lo mostrarás a él y a nadie más.

—Pero —dije yo, pues me infundía un gran terror el desobedecer en nada, por insignificante que fuera el asunto— entonces es que usted va a estar ausente, señor..., ¿y cómo podré yo encontrar la llave?

Súbitamente me sonrió; era una sonrisa luminosa pero invernal, que rara vez se daba en él; una sonrisa muy fugaz y llena de cariño, aunque misteriosa.

—Así es, hija; me alegra el ver que eres tan lista; la llave la encontrarás, he tomado mis disposiciones al respecto, y sabrás exactamente dónde ir a mirar. Ya has

observado la vida solitaria que llevo. Quizá imaginas que no tengo ni un solo amigo, y casi aciertas en ello... casi, pero no del todo. Tengo un amigo muy de verdad, uno, alguien a quien en una ocasión no supe comprender como es debido, pero que ahora estimo mucho.

Me pregunté para mis adentros si podría tratarse del tío Silas.

—Un día de éstos, pronto, este amigo me vendrá a visitar. No estoy totalmente seguro de cuándo lo hará. No voy a decirte su nombre, no tardarás en enterarte y no quiero que se hable del asunto. Tengo que hacer un pequeño viaje con él. No sentirás miedo por el hecho de quedarte sola una temporada, ¿verdad?

—¿Lo ha prometido usted, señor? —contesté con otra pregunta, sintiendo que mi curiosidad y mi ansiedad vencían mi reverente temor. Mi padre tomó mi interrogatorio con muy buen humor.

—¡Bueno, tanto como prometer, eso no, hija! Pero estoy condicionado; no puedo negárselo. Debo emprender la excursión con él tan pronto como venga a visitarme. No tengo otra opción, pero en conjunto es algo que más bien me apetece... Recuérdalo, te digo que es algo que voy a hacer bastante a gusto.

Y volvió a sonreír con una sonrisa que significaba lo mismo que la anterior, a un tiempo severa y triste. El sentido exacto de estas frases se me quedó grabado en la mente, de modo que incluso a estas alturas tengo absoluta certeza acerca de las mismas.

Alguien que desconociera por completo el brusco y extraño modo de hablar que tenía mi padre, se habría imaginado que acaso tuviera la cabeza un poco trastornada, pero a mí tal sospecha no llegó a inquietarme por un solo instante. Estaba completamente segura de que hablaba de una persona real, la cual estaba próxima a llegar, y que su viaje era algo de importancia trascendental; además, cuando el visitante del que habló llegó efectivamente y mi padre se marchó con él a hacer aquella misteriosa excursión, yo entendí perfectamente su lenguaje y sus razones para decir tanto y, sin embargo, tan poco.

No tiene por qué suponerse que todo mi tiempo se repartiera entre el tipo de conferencias y el aislamiento de los que acabo de ofrecer una muestra; y por muy singulares e incluso tremendos que a veces fuesen mis *tête-a-têtes* con mi padre, me había acostumbrado tanto a sus extraños modales y tenía una confianza tan ilimitada en su afecto por mí, que jamás me deprimían o turbaban del modo que cabría suponer. Con la vieja y querida señora Rusk solía yo tener muchísimas y diferentes charlas, así como conversaciones muy agradables con Mary Quince, mi ya algo antigua doncella; por añadidura a todo esto, de vez en cuando me iba de visita durante aproximadamente una semana a casa de alguno de nuestros vecinos de los alrededores, y, de forma ocasional, alguien nos visitaba en Knowl, si bien debo reconocer que esto sucedía muy raramente.

Se había producido una pequeña pausa en las revelaciones de mi padre, y mi imaginación se disparó en pos de descubrimientos. ¿Quién, volví a pensar, podría ser

ese visitante que iba a venir, armado con la prerrogativa de hacer que mi sedentario padre abandonase inmediatamente sus bienes hogareños —sus libros y su hija—, a los que se aferraba, y emprendiera toda una aventura de caballero andante? ¿Quién, pensé, sino el tío Silas, ese misterioso pariente al que jamás había visto, el cual era —tal y como oscuramente me habían dado a entender en tiempos pasados— indeciblemente desdichado o indeciblemente depravado, al que rara vez había oído a mi padre mencionar y, caso de hacerlo, apresuradamente y de pasada, amén de con una expresión dolorida y pensativa? Sólo en una ocasión mi padre dijo una cosa de la que pude colegir la opinión que tenía acerca de él, y fue tan mínima y enigmática que muy bien podría yo haber atribuido al personaje poco menos que los rasgos que se me antojaran.

Sucedió así. Un día —tendría yo unos catorce años— estaba la señora Rusk en la sala de roble ocupada en quitar una mancha del tapizado de una silla mientras yo contemplaba el proceso con infantil interés. Había estado encorvada mientras trabajaba y, en un momento dado, echó hacia atrás la cabeza pues tenía el cuello fatigado; estando en esta postura fijó sus ojos en un retrato que colgaba frente a ella.

Era un retrato de cuerpo entero que representaba a un joven de singular galanura, moreno, esbelto, elegante, ataviado de un modo enteramente obsoleto, aunque pienso que tal atuendo se veía aún a principios de este siglo: calzones de cuero blanco y botas altas, chaleco de ante y levita color chocolate; y el cabello largo y cepillado hacia atrás.

Había en sus facciones una notable elegancia y delicadeza, y también un carácter resuelto y capaz que excluía al retratado de la categoría de los lechuguinos o petimetres. Cuando la gente lo contemplaba por primera vez, a menudo oí exclamar: «¡Qué hombre tan prodigiosamente guapo!», y a continuación: «¡Qué rostro tan inteligente!». A su lado, en pie, había un galgo italiano, y al fondo varias esbeltas columnas y algunos ricos cortinajes. Pero si bien los accesorios ornamentales derivaban hacia el lujo y, como ya he dicho, la belleza de aquel hombre era delicada, en su rostro fino y ovalado había fuerza masculina, así como fuego en los ojos, unos ojos grandes y sombríos, muy peculiares, que redimían el semblante de cualquier sospecha de afeminamiento.

—¿No es ése el tío Silas? —dije.

—Así es, cariño —respondió la señora Rusk mientras contemplaba en silencio el retrato con su resuelta carita.

—Debe de ser un hombre muy guapo, señora Rusk. ¿No cree usted? —continué.

—Lo era, cariño; sí, pero hace cuarenta años que fue pintado ese retrato, la fecha está ahí en una esquina, en la sombra que sale de su pie, y cuarenta años, eso te lo digo yo, hacen que la mayoría de nosotros cambiemos —y la señora Rusk se echó a reír con un cínico buen humor.

Hubo una pequeña pausa de silencio mientras ambas seguíamos contemplando a aquel hombre guapo con sus botas altas. Finalmente dije:

—¿Y por qué, señora Rusk, papá está siempre triste por el tío Silas?

—¿Qué es eso, hija? —se oyó decir, muy cercana, a la voz de mi padre. Me di la vuelta, sobresaltada, y me ruboricé y vacilé, dando un paso atrás para apartarme de él.

—No pasa nada, querida. No has dicho nada malo —dijo él con suavidad al observar mi alarma—. Decías que yo siempre estoy triste por el tío Silas. Bueno, no sé de dónde lo has sacado, pero si lo estuviera, te diré que no sería extraño. Tu tío es un hombre de gran talento, grandes faltas y grandes errores. Su talento no le ha servido de nada; de sus faltas hace mucho que se arrepintió; y en cuanto a sus errores, pienso que se percató de ellos menos que yo, pero son profundos. ¿Ha dicho alguna cosa más, señora? —preguntó bruscamente a la señora Rusk.

—Nada, señor —contestó con una leve y rígida genuflexión la señora Rusk, quien temía y reverenciaba a mi padre.

—Y no hace ninguna falta, hija —prosiguió mi padre dirigiéndose a mí—, que pienses más en él de momento. Quítate de la cabeza al tío Silas. Quizá un día lo conozcas... sí, muy bien... y comprendas el daño que le han hecho algunos malvados.

Acto seguido mi padre se retiró, pero al llegar a la puerta dijo, haciéndole una seña:

—Hágame el favor, señora Rusk. Tengo que decirle una cosa.

Y la mujer salió al trote tras él, camino de la biblioteca.

Pienso que entonces mi padre impartió alguna orden al ama de llaves y que ésta se la transmitió a Mary Quince, pues a partir de aquel momento jamás pude conseguir que ninguna de ellas hablara conmigo del tío Silas. A mí me dejaban hablar, pero ellas mantenían un reservado mutismo. Parecían, además, azoradas cuando yo les trataba de sonsacar información y a veces la señora Rusk mostraba enojo y se enfadaba.

Esto picó mi curiosidad y en torno al esbelto retrato con sus calzones de cuero y botas altas se congregaron multicolores círculos de misterio mientras las hermosas facciones parecían sonreír a mi frustrada curiosidad de forma provocadoramente significativa.

¿Por qué será que esta forma de ambición, la curiosidad, que entró en la tentación de nuestro primer padre, es tan especialmente difícil de resistir? El conocimiento es poder, y el poder, sea del género que sea, constituye el secreto deseo de toda alma humana; he aquí, aparte el sentido de la exploración, el indefinible interés de una historia; y he aquí, sobre todo, algo prohibido que estimula el contumaz apetito.

CAPÍTULO III

UNA CARA NUEVA

UNA noche me hallaba yo sentada junto a la gran ventana del salón —creo que fue unas dos semanas después de aquella conversación en la que, según detallé en su momento, mi padre había expresado su parecer y me había hecho el misterioso encargo relacionado con el bargueño de roble de su biblioteca—, perdida en melancólicas ensoñaciones nocturnas y presa de admiración por la escena bajo el claro de luna. Era yo la única ocupante de la estancia, y las luces cercanas al fuego, en su extremo más alejado, apenas alcanzaban a iluminar el ventanal junto al que estaba mi asiento.

La hiedra podada caía suavemente desde las ventanas hasta tocar la anchurosa explanada sobre la que se alzaban, formando bosquecillos o diseminados en solitario, algunos de los más nobles árboles de Inglaterra, los cuales, gráciles y erguidos bajo la blanca escarcha de los rayos lunares, arrojaban sus sombras inmóviles sobre la hierba, mientras al fondo, coronando las ondulaciones de la lejanía, surgía la masa de aquellos otros árboles entre los que yacía la solitaria tumba donde descansaban los restos de mi querida madre.

El aire estaba en calma. Argénteos vapores se hallaban en suspensión sobre el lejano horizonte y el hielo de las estrellas parpadeaba esplendorosamente. Todo el mundo conoce el efecto de una escena semejante sobre una mente ya de por sí entristecida. Fantasías y lamentos flotan brumosamente en el sueño y la escena nos afecta con una extraña mezcla de memoria y anticipación, como una de esas dulces y viejas cantinelas que se escuchan a lo lejos. Mientras mis ojos reposaban sobre aquellos para mí funerarios pero gloriosos árboles que formaban el trasfondo del cuadro, mis pensamientos acudían a las misteriosas confidencias de mi padre y a la imagen del visitante que iba a venir; por su parte, la idea del ignorado viaje me entristecía.

Para mí, y como consecuencia de una impresión muy temprana, en todo lo concerniente a la religión de mi padre había un no sé qué de extraterreno y espectral.

Aún no había cumplido yo mis nueve años cuando mi querida mamá murió, y recuerdo que dos días antes del invierno vino a Knowl, donde ella murió, un hombrecillo delgado, de grandes ojos negros y un semblante muy grave y sombrío.

Estuvo encerrado durante mucho tiempo con mi querido padre, el cual se hallaba profundamente afligido, y la señora Rusk solía decir: «Es bastante raro verle rezar

con ese pequeño espantapájaros de Londres, teniendo al buen señor Clay en el pueblo, listo para venir; ¡no le arriendo yo las ganancias que le proporcione ese oscuro mequetrefe!».

No sé por qué razón, pero el hecho es que al día siguiente al entierro me mandaron a dar un paseo con aquel hombrecillo oscuro; mi institutriz estaba enferma, lo recuerdo bien, en la casa reinaba la confusión y hasta me atrevería a decir que las criadas, en la medida en que pudieron, aprovecharon la situación para tomarse un respiro.

Recuerdo haber sentido una especie de temor reverencial ante aquel oscuro hombrecillo, pero no me daba miedo puesto que, aunque triste, era dulce en el trato y parecía bondadoso. Me llevó al jardín —solíamos llamarlo el jardín holandés—, con su balaustrada y sus estatuas distribuidas a lo largo del frontal extremo sobre una alfombra de flores de esplendente colorido. Bajamos la ancha escalinata con sus peldaños de piedra de Caen, entramos en el jardín y caminamos hasta un punto de la balaustrada desde el cual la base era demasiado alta como para que yo pudiera ver lo que había por encima; pero, tomándome de la mano, el hombrecillo dijo: «Mira por ahí, hija. Bueno, no puedes, pero yo sí que puedo ver lo que hay más allá... ¿Quieres que te diga lo que es? Son muchas las cosas que veo. Veo una cabaña con un tejado de gran inclinación que semeja de oro bajo el sol; hay a su alrededor altos árboles que arrojan su suave sombra y arbustos florecidos, no sé decir cuáles, sólo que sus colores son hermosos y que trepan por los muros y las ventanas, y que dos niños están jugando entre los troncos de los árboles, y que nosotros hemos venido aquí pero que dentro de unos minutos estaremos bajo esos árboles conversando con esos niños. Para mí, sin embargo, esto no es más que una imagen en mi cerebro, y para ti no es sino una historia contada por mí, en la cual tú crees. Vamos, querida, pongámonos en marcha».

Y descendimos por los peldaños del lado derecho y juntos caminamos a lo largo del sendero de hierba entre altos y pulcros muros de plantas de hoja perenne. El sendero se hallaba sumido en una profunda sombra, pues el sol rozaba casi el horizonte; pero de pronto giramos a la izquierda y he aquí que el sol nos inundó entre los muchos objetos que él había descrito.

—¿Es ésta vuestra casa, amiguitos? —preguntó a los niños, que eran unos muchachitos lindos y sonrosados, los cuales asintieron; mi acompañante se apoyó con una mano abierta contra el tronco de uno de los árboles y, con una grave sonrisa, me hizo una seña con la cabeza y dijo—: Ya ves, y oyes y sientes por ti misma que tanto la visión como la historia eran completamente verdaderas; pero vamos, querida, que aún nos queda un trecho por andar.

Y, volviendo a nuestro silencio, emprendimos una larga caminata a través del bosque, el mismo que ahora estoy contemplando a lo lejos. De vez en cuando el hombrecillo me hacía sentarme a descansar mientras él, por su parte, me contaba alguna historieta con acentos meditabundos y solemnes, historieta que, incluso en mi

mente infantil, suscitaba la extraña sospecha de un significado espiritual, sí, pero diferente a lo que la buena de la señora Rusk solía explicarme de las parábolas, y, de algún modo, chocante en su misma vaguedad.

Así entretenida, aunque de forma un poco terrible, acompañé al oscuro y misterioso «mequetrefe» a través de los claros del bosque. Ya en las profundas sombras de la foresta nos encontramos, para mí de forma totalmente inesperada, con el templo gris de cuatro frontispicios y pilares y un pedestal inclinado cuyos peldaños estaban cubiertos de liquen, el solitario sepulcro en el que la mañana anterior había visto depositar a mi pobre mamá. Al verlo, los manantiales de mi dolor se abrieron de nuevo, rompiendo a llorar amargamente mientras repetía: «¡Oh, mamá, mamá, mamaíta!». Así continué llorando y llamando enloquecida a aquella que no podía ya oírme ni responderme. A unos diez pasos de la tumba había un banco de piedra.

—Siéntate a mi lado, hija —dijo muy bondadosa y dulcemente aquel hombre de grave aspecto y ojos negros—. Y ahora dime, ¿qué ves allí? —y señaló horizontalmente con su bastón hacia el centro de la estructura que teníamos enfrente.

—Oh, eso... ése es el sitio donde está mi pobre mamá, ¿no?

—Así es, un muro de piedra con pilares, demasiado alto para que tú o yo veamos lo que hay detrás. Pero...

Llegado este momento mencionó un nombre que, pienso, debió de ser el de Swedenborg, por lo que más adelante me enteré acerca de sus dogmas y revelaciones; lo único que sé es que me sonó como el nombre de un mago en un cuento de hadas; me imaginé que vivía en el bosque que nos rodeaba y empecé a sentirme asustada cuando prosiguió:

—Sin embargo, Swedenborg sí ve lo que hay detrás del templo, y a través de él, y me ha dicho todo cuanto nos interesa saber. Swedenborg dice que tu mamá no está ahí.

—¡Se la han llevado! —exclamé sobresaltada. Y, mientras de mis ojos manaban las lágrimas a torrentes, contemplaba el edificio al que sentía miedo de acercarme no obstante el pataleo que, en mi zozobra, había emprendido—. ¿Es que se la han llevado? ¿Dónde está? ¿Adónde se la han llevado?

Inconscientemente estaba haciendo yo casi la misma pregunta con la que Mary, aquella maravillosa mañana gris junto al sepulcro vacío, interrogó a la figura que estaba en pie a su lado.

—Tu mamá está viva, sólo que demasiado lejos para que nos vea o nos siga; Swedenborg, sin embargo, estando aquí, puede verla y oírla y me dice todo lo que él ve, al igual que yo, en el jardín, te hablé de los niños y de la cabaña y de los árboles y flores que no podías ver pero en los que creías cuando yo te hablaba de ellos. Ahora puedo decirte lo mismo que te dije entonces; y de igual modo que tú y yo, espero, estamos caminando hacia el mismo lugar, del mismo modo que lo hicimos hacia los árboles y la cabaña, tengo la certeza de que con tus propios ojos verás cuán verdadera es la descripción que te hago.

Estaba muy asustada, pues temía que cuando hubiera terminado su narración continuáramos caminando a través del bosque hasta penetrar en aquel lugar de prodigios y sombras donde los muertos eran visibles.

Apoyó uno de sus codos sobre la rodilla, sujetó su frente con la mano, la cual cubría de sombra sus ojos entornados y, en esta actitud, me describió un hermoso paisaje, radiante de luz maravillosa, en donde, llena de alegría, mi madre recorría un etéreo sendero que ascendía entre montañas de fantástica altitud y riscos que se fundían con el aire en medio de un colorido celestial, poblados de seres humanos transfigurados en esa misma imagen, belleza y esplendor. Y cuando hubo concluido su relato se levantó, tomó mi mano y, sonriendo dulcemente hacia mi pálido y desconcertado semblante, dijo las mismas palabras que había pronunciado antes:

—Vamos, cariño, pongámonos en marcha.

—¡Oh, no, no, ahora no! —dije, resistiéndome asustadísima.

—Quiero decir que volvamos a casa, querida. No podemos ir al lugar que te he descrito. Sólo podemos alcanzarlo a través de la puerta de la muerte, hacia la que todos caminamos, jóvenes y viejos, con paso seguro.

—¿Y dónde está la puerta de la muerte? —pregunté como en un susurro, apretando su mano con fuerza y lanzando miradas subrepticias mientras caminábamos juntos. El hombrecillo sonrió tristemente y dijo:

—Cuando, tarde o temprano, llegue el momento, al igual que a Agar le fueron abiertos los ojos en el desierto y vio el manantial, así cada uno de nosotros verá la puerta abierta ante nosotros y entrará en ella y se sentirá refrescado^[3].

Durante mucho tiempo después de este paseo estuve muy nerviosa; tanto más cuanto que la señora Rusk acogió mi informe de un modo terrible, con un rictus severo en los labios, manos y ojos alzados y una agria reconvención: «¡Me pregunto cómo es posible que tú, Mary Quince, hayas permitido que la niña se vaya de paseo al bosque con ese hijo de la tiniebla! ¡Hay que dar gracias al cielo de que no le mostrara al diablo o que la volviera loca de miedo en ese lugar solitario!».

El hecho es que de esos swedenborgianos^[4] no sé más de lo que las muy imprecisas peroratas de la bondadosa señora Rusk me enseñaron. Dos o tres de ellos se cruzaron conmigo en el curso de los primeros años de mi vida, como figuras de linterna mágica, centro de mis muy circunscritas observaciones. Fuera de todo esto no había, ni hay, otra cosa que oscuridad. En una ocasión intenté leer uno de sus libros acerca del estado futuro... el cielo y el infierno; pero tras uno o dos días me puse tan nerviosa que lo dejé. Me basta saber que su fundador vio, o imaginó que veía, visiones portentosas, las cuales, lejos de reemplazar, confirmaban e interpretaban el lenguaje de la Biblia; y puesto que mi querido papá aceptó sus ideas, me hace feliz pensar que éstas no entraban en conflicto con la suprema autoridad de las Sagradas Escrituras.

En estos momentos, con la cara apoyada en la mano contemplaba aquel solemne bosque, blanco y sombrío bajo la luz de la luna, donde, mucho tiempo después de

aquel paseo en compañía del visionario, se me antojaba que era el lugar donde la puerta de la muerte y el país de los espíritus, ocultos tan sólo por un extraño hechizo, se hallaban situados; y supongo también que estas tempranas asociaciones infundieron a mis ensueños en torno a la próxima llegada del visitante de mi padre un tono de mayor tristeza y exacerbación.

CAPÍTULO IV

MADAME LA ROUGIERRE

DE pronto, sobre la hierba enfrente de mí, vi a una extraña figura: una mujer muy alta ataviada con un vestido de pliegues grises, casi blancos bajo la luna, que me hacía una genuflexión de saludo extraordinariamente profunda y de un modo harto fantástico.

Poco menos que horrorizada, me quedé mirando aquellas facciones grandes y hundidas, que para mí eran desconocidas y que me sonreían de forma muy desagradable. Desde el instante en que ella tuvo claro que yo la había visto, la mujer de gris empezó a cacarear y parlotear con estridencia —tras la ventana me era imposible oír con precisión qué era lo que decía— y a gesticular de manera peregrina con sus largas manos y brazos.

Cuando se acercó a la ventana eché a correr hacia la chimenea y me puse a tocar la campanilla frenéticamente; puesto que aún la veía allí, y temiendo que irrumpiera en la habitación, salí por la puerta a toda prisa, asustadísima, y me topé con Branston, el mayordomo, en la antesala.

—¡Hay una mujer tras la ventana! —exclamé sin aliento—. Por favor, échela.

Si hubiese dicho que había un hombre, supongo que el gordinflón de Branston habría reunido y lanzado sobre el lugar a todo un destacamento de criados. Pero al tratarse de lo que se trataba, hizo una grave reverencia mientras murmuraba:

—Así se hará, señorita.

Y, con aire de autoridad, se acercó a la ventana.

Pienso que tampoco él se llevó ninguna grata impresión al entrarle por los ojos la figura de nuestra visitante, pues se paró en seco unos pasos antes de llegar a la ventana y preguntó en un tono bastante hosco:

—¡Eh, mujer!, ¿qué está haciendo ahí?

La respuesta a este requerimiento, que llevó un cierto tiempo, me resultó inaudible. Pero Branston replicó:

—No me di cuenta, señora; no oí nada; si hace el favor de dar la vuelta por ahí, verá usted los escalones de la puerta de entrada; hablaré con el señor y haré lo que él disponga.

La figura dijo algo y señaló con el dedo.

—Sí, eso es; la puerta no tiene pérdida.

Y el señor Branston volvió sobre sus pasos a lo largo del salón y se detuvo ante

mí con sus mocasines de doblete, haciéndome una grave reverencia y sin que hubiera el más leve matiz interrogativo en su voz al anunciar:

—Si la señorita me lo permite, la mujer ha dicho que es la institutriz.

—¡La institutriz! ¿Qué institutriz?

Branston tenía demasiados buenos modales como para sonreír, y dijo reflexivamente:

—¿Quizá lo más conveniente es que se lo pregunte yo al señor?

A lo cual asentí y, acto seguido, los mocasines sin tacón del mayordomo se pusieron a dar zancadas en dirección a la biblioteca.

Yo, por mi parte, me quedé en pie y sin respiración en la antesala. Toda muchacha de mi edad sabe todo cuanto entraña semejante acaecimiento. Al cabo de uno o dos minutos oí también que la señora Rusk salía, supongo, del estudio. Andaba a pasos rápidos y refunfuñando para sí, mala costumbre que se permitía cada vez que se sentía muy fastidiada. Con gusto habría intercambiado unas palabras con ella, pero me imaginé que estaría enojada y la conversación no habría sido satisfactoria. Sin embargo no pasó por donde yo estaba, sino que se limitó a atravesar el recibidor con su paso rápido y enérgico.

¿Realmente había llegado la institutriz? Aquella aparición que tan desagradablemente me había impresionado, ¿era la que iba a hacerse cargo de mí..., la que se sentaría a solas conmigo y me rondaría perpetuamente con sus siniestras miradas y su estridente parloteo?

Estaba en un tris de ir al encuentro de Mary Quince para enterarme con certeza de algo, cuando oí los pasos de mi padre que se acercaban desde la biblioteca, de modo que entré de nuevo en el salón silenciosamente, aunque con el corazón amedrentado y palpitante.

Cuando mi padre entró, me dio, como era habitual en él, unas suaves palmaditas en la cabeza acompañadas de una suerte de sonrisa, y a continuación comenzó su acostumbrado paseo de arriba abajo por la sala. Sentía vivas ansias de preguntarle acerca de la cuestión que justo en aquel instante tenía acaparada mi mente de forma tan desagradable, pero el reverencial temor que me inspiraba me lo prohibió.

Al cabo de un rato se paró delante de la ventana, cuya cortina había yo descorrido, así como abierto en parte el postigo, y se puso a contemplar, acaso mientras hacía sus propias asociaciones, el panorama anteriormente contemplado por mí.

Hasta que no hubo transcurrido casi una hora, mi padre —brusca y lacónicamente, como era su costumbre— no me informó de la llegada de madame de la Rougierre, perfectamente cualificada y con excelentes recomendaciones, para hacerse cargo de mí como institutriz. Se me encogió el corazón en un seguro presagio de los males que se avecinaban. Desde ya desconfiaba de aquella mujer, la cual me resultaba antipática y me infundía temor.

Su talante, y el miedo a un posible abuso de autoridad, me inspiraban más que

aprensión. Aquel fantasma de pronunciadas facciones que me sonreía bobaliconamente y me saludaba de modo tan peregrino a la luz de la luna, nunca, desde entonces, dejó de influir peculiar y desagradablemente en mis nervios.

—Bueno, mi querida señorita Maud, confío en que su nueva institutriz le resulte simpática, cosa que a mí no me resulta, al menos por el momento —me espetó la señora Rusk, la cual me estaba esperando en mi habitación—. Las odio, a estas francesas; no tienen naturalidad, a mi modo de ver. Le he servido la cena en mi cuarto, y come como una loba, ¡vaya si lo hace!, esa bestia huesuda. Ojalá la hubiera visto en la cama, como yo la he visto. La he instalado en el cuarto contiguo al del reloj de pared... así, supongo, oírás dar las horas tempranito. ¡Jamás se vio un aspecto como el suyo! Esa nariz grande y larga y esos pómulos hundidos y... ¡uf! esa boca... ¡Me sentí casi como Caperucita Roja, ya lo creo que sí, señorita!

En este momento, la buena de Mary Quince —cuyo fuerte no era la sátira y que disfrutaba con las de la señora Rusk— soltó una carcajada.

—Deshaz la cama, Mary. La francesa es muy simpática, ya lo creo que lo es, en estos momentos lo es... como todo recién llegado; pero no ha recibido muchos cumplidos por mi parte, señorita... desde luego que no, me parece a mí. Me pregunto por qué no hay honradas chicas inglesas que respondan a los caballeros cuando piden una institutriz, en vez de esas extranjeras boquiabiertas, enredonas y de mala ralea. Que Dios me perdone, pero me parece que todas son iguales.

A la mañana siguiente trabé conocimiento con madame de la Rougierre. Era alta, masculina, quizá un poco cadavérica y vestida de seda color morado, con un bonete de encaje; el cabello lo llevaba en grandes mechones negros, demasiado gruesos y demasiado negros, tal vez, para que encajaran de forma natural con su piel blanqueada y terrosa, sus mandíbulas hundidas y las finas pero siniestras arrugas que surcaban su frente y sus párpados. Me saludó, me hizo una inclinación de cabeza y, acto seguido, se puso a escrutarme en silencio con una mirada astuta y penetrante, mientras me dedicaba una sonrisa adusta.

—¿Y cómo se llama... cuál es el nombre de *mademoiselle*? —dijo la alta extranjera.

—Maud, madame.

—¡Maud... qué bonito nombre! *Eh bien!* Estoy segurísima de que mi querida Maud será una chica muy buena, ¿verdad? Y estoy segura de que te voy a querer mucho. Veamos, Maud, cariño, ¿qué es lo que has estado aprendiendo? ¿Música, francés, alemán? ¿Eh?

—Sí, un poco; y acababa de empezar a utilizar los globos terráqueos cuando mi institutriz se marchó.

Mientras decía esto señalé con la cabeza hacia los globos, los cuales estaban junto a ella.

—¡Oh, sí, los globos terráqueos! —y, con su enorme mano, hizo girar uno de ellos—. *Ye vous expliquerai tout cela à fond.*

Según comprobé, madame de la Rougierre estaba siempre dispuesta a explicarlo todo a *fond*, pero de algún modo sus «explanaciones», como ella las llamaba, no eran muy inteligibles, y cuando le instaba a que me diese una aclaración, sus nervios se despertaban, así que, al cabo de un rato, prefería aceptar sus exposiciones tal como venían.

Madame estaba hecha a inusitada gran escala, circunstancia que convertía algunos de sus rasgos en aún más sorprendentes y, en conjunto, habida cuenta de sus extraños modales, la hacían más horrible a los ojos de una *niña*, digamos, como lo era yo. Solía quedarse mirándome a veces durante mucho rato, con esa sonrisa peculiar que ya he mencionado, y con el pulgar sobre el labio, como la sacerdotisa eleusina del ánfora.

Además, en ocasiones acostumbraba a permanecer sentada por espacio de toda una hora con los ojos puestos en el fuego o mirando a través de la ventana, a todas luces sin ver nada, y con una expresión extraña, fija, algo así como de triunfo —muy cercana a una sonrisa—, dibujada en su astuto semblante.

En modo alguno era una *gouvernante* agradable para una chica nerviosa y de mi edad. A veces le daban accesos de una especie de hilaridad, que me asustaba aún más que sus humores más adustos, y que describiré en lo que sigue.

CAPÍTULO V

RUIDOS Y VISIONES

No hay una sola casa antigua en Inglaterra en la cual los sirvientes y gente joven que la habitan no acaricien algunas tradiciones de índole fantasmal. Knowl tiene sus sombras, sus ruidos y sus crónicas maravillosas. Raquel Ruthyn, una beldad de la época de la reina Ana que murió de aflicción por el apuesto coronel Norbrooke, el cual fue muerto en los Países Bajos, se pasea de noche por la casa envuelta en sedas tersas y crujientes. No se la ve, sólo se la oye. El taconeo de sus altos zapatos, los arrastrantes susurros de sus brocados, sus suspiros cuando se detiene en las galerías junto a las puertas de los dormitorios; y a veces, en noches de tormenta, sus sollozos.

Está también el paje de hacha, un hombre descarnado, de tez oscura y pelo negro, vestido de cebellina, sosteniendo en la mano un hacha o antorcha, la cual, por lo común, arde sólo en rescoldo con una brasa de rojo profundo mientras hace su ronda. La biblioteca es una de las estancias que inspecciona. A diferencia de «doña Raquel», como las doncellas la llamaban, a él solamente se le ve, jamás se le oye. Sus pasos son insonoros, cual sombras sobre el suelo y la alfombra. La cárdena fosforescencia de su antorcha en rescoldo ilumina imperfectamente su figura y su rostro, y, excepto cuando se halla muy perturbado, su hacha nunca se inflama. En tales ocasiones, sin embargo, en el transcurso de su ronda, de vez en cuando se pone a voltearla alrededor de su cabeza, de modo que el hacha rompe a arder con una lúgubre llama. Esto es un temible augurio y siempre presagia alguna espantosa crisis o calamidad. No obstante, ello sucede tan sólo una o dos veces en un siglo.

No sé si madame había oído hablar de alguno de estos fenómenos, pero se refirió a algo que a mí y a Mary Quince nos asustó mucho. Nos preguntó quién se paseaba por el corredor al que daba su dormitorio, haciendo susurrar su vestido, descendiendo por las escaleras y exhalando, aquí y allá, largos suspiros. Por dos veces, dijo, se había apostado a oscuras en su puerta para escuchar tales sonidos y, en una ocasión, inquirió en voz alta para saber quién era. No hubo respuesta, pero evidentemente la persona dio la vuelta y se precipitó hacia ella a una velocidad poco natural, lo que le hizo meterse de un salto en la habitación y cerrar la puerta.

Cuando tales historias se cuentan por vez primera excitan intensamente los nervios de los jóvenes y los ignorantes. Pero el efecto especial, según he comprobado, pronto se desvanece y la historia simplemente ocupa su lugar junto con lo demás. Así ocurrió con la narración de madame.

Aproximadamente una semana después de que la historia fuese narrada, yo tuve una experiencia similar. Mary Quince bajó las escaleras en busca de una lamparilla de noche, dejándome en la cama con una vela ardiendo en la habitación, y como me encontraba fatigada, me dormí antes de que volviera. Al despertarme la vela se había consumido. Pero oí un ruido de pasos que se acercaban blandamente. Me levanté de un salto —en un completo olvido del fantasma, pensando sólo en Mary Quince— y abrí la puerta a la espera de ver la luz de su vela. Por contra, la oscuridad era total y, cerca de mí, oí el caer de un pie descalzo sobre el entarimado de roble. Era como si alguien hubiera dado un tropezón. Dije: «Mary», pero no recibí respuesta, tan sólo un susurro de ropas y un alentar al otro lado del corredor, los cuales se perdieron en dirección a la escalera de arriba. Paralizada por el terror, penetré de nuevo en mi habitación y cerré de golpe la puerta. El ruido despertó a Mary Quince, quien hacía ya media hora que había vuelto y se había metido en la cama.

Unos quince días después de esto, Mary Quince, una solterona muy veraz, me informó de que a eso de las cuatro de la mañana, habiéndose levantado a encajar la ventana, que estaba trepidando, vio una luz que brillaba en la ventana de la biblioteca. Podía jurar que era una luz intensa, que se colaba a través de las rendijas de los postigos y que, a no dudarlo, se movía como lo hacía la antorcha del «paje de hacha» cuando, iracundo, la zarandeaba alrededor de su cabeza.

Pienso que justo en aquellos momentos estos peregrinos sucesos contribuyeron a ponerme nerviosa y a preparar el camino para el extraño tipo de ascendencia que, por obra y gracia de mi sentido de lo misterioso y sobrenatural, aquella repulsiva francesa estaba estableciendo gradualmente, y al parecer sin esfuerzo, sobre mí.

Algunos puntos oscuros de su carácter emergieron rápidamente de la bruma prismática con que lo había envuelto.

Me pareció acertada la observación de la señora Rusk acerca de la afabilidad de los recién llegados; pues en cuanto madame empezó a perder tal carácter, su buen humor menguó muy perceptiblemente y comenzó a mostrar destellos de otra índole de genio, un genio sombrío y peligroso.

Ello no obstante, madame acostumbraba a tener siempre a su lado la Biblia abierta, con estricta observancia asistía a los servicios religiosos de la mañana y de la tarde, y a mi padre le pedía, con gran humildad, que le prestara alguna traducción de los libros de Swedenborg, a los cuales tenía en mucho.

Cuando salíamos a dar nuestro paseo, si el tiempo era malo la caminata, por lo general, discurría de arriba abajo por la ancha terraza frente a las ventanas. Hosco y maligno era a veces el aspecto que solía ofrecer madame, lo que no quitaba para que de pronto se pusiera a darme acariciantes palmaditas en el hombro y a sonreírme con una benignidad grotesca, preguntándome tiernamente: «¿Estás fatigada, *ma chère*?» o: «¿Tienes frío, mi querida Maud?».

Al principio estas bruscas transiciones me desconcertaban, en ocasiones me asustaban a medias, pues hallaba en ellas un regusto a demencia. La casualidad, sin

embargo, quiso suministrarme la clave y averigüé que semejantes accesos de ostentoso afecto sobrevenían sin falta cada vez que el semblante de mi padre se hacía visible a través de las ventanas de la biblioteca.

No sabía yo bien qué idea hacerme de esta mujer, la cual me infundía un temor en el que se daba un ramalazo de pavor supersticioso. Detestaba quedarme a solas con ella en el cuarto de estudio tras la caída de la tarde. A veces solía permanecer sentada por espacio de media hora seguida, con las comisuras de su ancha boca retraídas hacia abajo y el ceño fruncido, mirando el fuego. Si veía que yo la miraba, cambiaba su actitud al instante, fingía una especie de languidez y reclinaba la cabeza sobre su mano, y finalmente echaba mano de la Biblia. A mí, sin embargo, se me antojaba que no leía, sino que continuaba rumiando sus oscuras reflexiones, pues observaba que a menudo el libro permanecía abierto bajo sus ojos durante media hora, o más, sin que jamás volviera la hoja.

Me habría alegrado tener la certidumbre de que rezaba cuando estaba de rodillas o leía cuando aquel libro se hallaba delante de ella; habría tenido la sensación de que era más cuerda y humana. Pero el hecho es que aquellas demostraciones de piedad externa infundían la sospecha de un hondo contraste con realidades que contribuían a asustarme; sin embargo, ello no era más que una sospecha, no podía sentirme segura.

Nuestro párroco y su auxiliar, con los que madame se mostraba muy gentil, así como muy solícita y preocupada en lo concerniente a mis oraciones y catecismo, tenían una elevada opinión de ella. En lugares públicos su afecto hacia mí era siempre ostentoso.

De igual manera, se las ingeniaba para mantener conferencias con mi padre. Ideaba siempre alguna excusa para consultarle acerca de mis lecturas y confiarle, según me enteré, los sufrimientos que le acarreaba mi contumacia y mi carácter. El hecho es que yo me mostraba absolutamente mansa y sumisa. Pienso, sin embargo, que ella deseaba reducirme a un estado de la más abyecta servidumbre. Sus designios se centraban en el dominio y la subversión de todo el hogar, designios dignos, como ahora creo, del espíritu de maldad que a veces se me antojaba ver en ella.

Un día mi padre me hizo una seña para que entrara en el estudio, y me dijo:

—No deberías causar tanta pesadumbre a la pobre madame. Es una de las pocas personas que se interesan por ti. ¿Por qué habría de quejarse tan a menudo de tu mal humor y tu desobediencia? ¿Por qué habría de verse forzada a pedirme permiso para castigarte? No tengas miedo, que no voy a concedérselo. Pero en una persona tan bondadosa, eso es algo muy significativo. No puedo ordenarte que sientas afecto, pero sí me está permitido exigir respeto y obediencia..., e insisto en que hagas a madame objeto de ambos.

—Pero, señor —dije, encorajinada por la torpe injusticia de la acusación—, siempre he hecho lo que ella me decía que hiciese, y nunca he dicho a madame una palabra irrespetuosa.

—Hija, no creo que tú seas el mejor juez en esta cuestión. Vete, y corrígete.

Y, con una mirada de enojo, me señaló el camino de la puerta. Mi corazón se inflamó con un sentimiento de agravio y, al llegar a la altura de la puerta, me volví para decir una palabra más, pero no pude y lo único que hice fue romper a llorar.

—Vamos, no llores, pequeña Maud... simplemente hagamos las cosas mejor en el futuro. Vamos... vamos... vamos, ya está bien.

Y, besándome en la frente, me hizo salir con suavidad y cerró la puerta.

Ya en el cuarto de estudio cobré ánimos y reconvine a madame con cierto ardor.

—¡Pero qué niña tan mala! —exclamó madame, quejumbrosa y gazmoña—. Lee en voz alta esos tres... sí, esos tres capítulos de la Biblia, mi querida Maud.

Nada había que viniese especialmente a cuento en aquellos capítulos en concreto, y cuando los hube terminado ella me dijo en un tono triste:

—Y ahora, querida, te aprenderás de memoria esta hermosa plegaria por la humildad del arte.

Era una plegaria muy larga y, en un estado de profunda irritación, llevé a cabo la tarea.

La señora Rusk la odiaba. Decía que robaba vino y aguardiente cada vez que se le ofrecía la ocasión..., que siempre le estaba pidiendo tales estimulantes so pretexto de dolores de estómago. Puede que en esto hubiera una exageración, pero yo sabía que era cierto que, en distintas ocasiones, me había enviado a la señora Rusk con el recado y pretexto mencionados, y la señora Rusk, finalmente, acudía al borde de su cama sólo con unas píldoras y una ampolla de mostaza, lo que a partir de entonces hizo que madame la odiara irrevocablemente.

Yo sentía que todo aquello se hacía para torturarme. Pero un día es, para una niña, un largo espacio de tiempo, y los niños perdonan pronto. Jamás dejé de experimentar una sensación de miedo cada vez que oía a madame que tenía que ir a ver a monsieur Ruthyn en la biblioteca, y pienso que uno de los ingredientes del aborrecimiento que la honrada señora Rusk abrigaba hacia ella se basaba en un sentimiento de celos ante su creciente influencia.

CAPÍTULO VI

UN PASEO POR EL BOSQUE

Dos pequeños juegos escénicos en los que sorprendí a madame confirmaron mi desagradable sospecha. Un día en que todo se hallaba en silencio y ella pensaba que yo había salido, desde un rincón del corredor, la vi con la oreja pegada al ojo de la cerradura del estudio de papá, como solíamos llamar al gabinete contiguo a su dormitorio. Sus ojos estaban vueltos hacia las escaleras, único lugar del que ella recelaba una sorpresa. Su ancha boca estaba abierta y la ansiedad hacía que sus ojos se le saltaran de las órbitas. Devoraba todo cuanto estaba sucediendo allí. Con una especie de repugnancia y horror di unos pasos atrás hasta quedar en la sombra. Madame se había transformado en un gran reptil boquiabierto. Me sentí pronta a arrojarle algún objeto, pero una suerte de temor me hizo retroceder de nuevo en dirección a mi cuarto. La indignación, sin embargo, volvió a mí rápidamente y regresé a paso vivo. Cuando hube alcanzado de nuevo el ángulo del corredor, madame, supongo, me había oído ya, pues había bajado la mitad de las escaleras.

—Ah, mi querida niña, cuánto me alegro de encontrarte, y además vestida ya para salir. Daremos un agradable paseo.

En ese instante se abrió la puerta del estudio de mi padre y la señora Rusk, con su oscuro y enérgico semblante muy arrebolado, salió presa de gran excitación.

—Madame, el señor dice que le puedo dar la botella de aguardiente, y yo contentísima de deshacerme de ella, vaya si lo estoy.

Madame, con una sonrisa falsa, insultante y llena de un intangible odio, hizo una breve reverencia.

—¡Si tiene usted que beber, mejor que lo haga de su propio aguardiente! —exclamó la señora Rusk—. Puede venir ahora a la bodega, o el mayordomo la cogerá.

Y la señora Rusk, a pasitos rápidos, emprendió el camino hacia la escalera trasera.

En esta ocasión no se había tratado de una vulgar escaramuza, sino de una batalla campal.

Madame había hecho de Anne Wixted, una de las doncellas, una especie de compinche al que mimaba y adhería económicamente a sus intereses persuadiéndome a mí para que le regalara algunos vestidos viejos y otras cosas. ¡Anne era tan angelical!

Pero la señora Rusk, que no le quitaba los ojos de encima, sorprendió a Anne con una botella de aguardiente bajo el delantal, subiendo furtivamente las escaleras.

Anne, presa del pánico, declaró la verdad. Madame le había encargado que la comprara en la ciudad y se la llevase a su dormitorio. Ante esto, la señora Rusk se hizo cargo de la botella y, con Anne a su lado, compareció precipitadamente ante «el señor», el cual escuchó y mandó llamar a madame. Madame estuvo fría y franca, sin cortarse al hablar. El aguardiente no era más que medicinal. Sacó un documento en forma de nota. El doctor fulano de tal presentaba sus respetos a madame de la Rougierre y le prescribía una cucharada de aguardiente y unas gotas de láudano cada vez que le volviera el dolor de estómago.

La botella duraría un año entero, quizá dos. Madame reclamaba su medicina.

El hombre tiene en más alta estima a la mujer de lo que ésta se tiene a sí misma. Tal vez en sus relaciones con los hombres, las mujeres son, por lo general, más dignas de confianza... Acaso la estimación que la mujer hace de sí sea más justa, mientras que la otra sea una ilusión establecida. No lo sé; pero así está ordenado.

La señora Rusk fue llamada de nuevo y yo presencié, como de ello he dejado constancia, el comportamiento de madame durante la entrevista.

Fue una gran batalla... una gran victoria. Madame estaba con el ánimo por las nubes. El aire era dulce..., el paisaje delicioso... yo era buenísima... ¡Todo era tan hermoso! ¿Por dónde iremos? ¿Por aquí!

Había resuelto, irritadísima como estaba ante la traición de la que había sido testigo, hablar con madame lo menos posible, pero en los jóvenes tales decisiones no son muy duraderas, y cuando alcanzamos las lindes del bosque estábamos ya hablando mucho, como de costumbre.

—No deseo entrar en el bosque, madame.

—¿Y por qué?

—Porque la pobre mamá está enterrada ahí.

—¿Está ahí la cripta? —preguntó madame con ávida curiosidad.

Yo asentí.

—Pues a fe mía que es un curioso motivo; ¡dices que no quieres acercarte porque tu pobre mamá está enterrada ahí! Y bien, hija ¿qué diría el buen monsieur Ruthyn si oyera semejante cosa? Estoy segura de que no eres tan mala, y además yo estoy contigo. *Allons!* Vamos allá..., aunque sea sólo un trecho.

Y cedí, aunque a regañadientes.

Había un sendero crecido de hierba, que alcanzamos sin dificultad, el cual conducía hasta el sombrío edificio, de modo que pronto llegamos frente a él.

Madame de la Rougierre parecía bastante curiosa. Se sentó en un pequeño banco que había enfrente, adoptando la más lánguida de sus poses... su cabeza reclinada sobre las puntas de los dedos.

—¡Qué gran tristeza..., qué solemnidad! —murmuró madame—. ¡Qué noble tumba! Qué triste, mi querida niña, tiene que ser para ti esta visita aquí, acordándote de tu dulce mamá. Ahí hay una nueva inscripción... ¿no es nueva?

Y, en efecto, tal lo parecía.

—Estoy fatigada... Tal vez quieras leérmela en voz alta, despacio y solemnemente, ¿verdad, querida Maud?

Mientras me acercaba, soy incapaz de decir por qué pero el caso es que miré de pronto por encima de mi hombro y me sobresalté al ver que madame me estaba haciendo una mueca desencajada y soez, de burla. Fingió que le daba un ataque de tos, pero de nada le sirvió, pues se dio cuenta de que la había sorprendido, y se echó a reír sonoramente.

—Ven aquí, mi querida niña. Estaba reflexionando sobre lo tonto que es todo esto... la tumba... el epitafio. Pienso que no me gustaría tener uno..., no, nada de epitafios. En un principio los consideramos el oráculo de los muertos, pero luego no vemos en ellos más que la insensatez de los vivos. De ahí mi desprecio. ¿Crees que tu casa de Knowl, ésa de ahí abajo, está, como suele decirse, rondada por fantasmas, querida?

—¿Por qué? —dije yo, sonrojándome y volviendo a palidecer. Madame me había hecho sentir atemorizada y confusa ante lo súbito de todo aquello.

—Porque Anne Wixted dice que hay un fantasma. ¡Qué oscuro es este lugar! Así que son muchos los miembros de la familia Ruthyn que están enterrados aquí... ¿no es así? ¡Qué altos y frondosos son los árboles que nos rodean! Y no hay nadie cerca.

Y madame hizo girar sus ojos de un modo horrible, como si esperara ver algo ultraterrenal, siendo ella, de hecho, la que tal sembraba.

—Vámonos, madame —dije, cada vez más asustada y sintiendo que si, por azar, diera por un instante vía libre al pánico que se estaba acumulando en torno mío, de inmediato perdería todo control sobre mí misma—. ¡Por favor, madame, marchémonos!... Estoy asustada.

—No, al contrario, siéntate aquí a mi lado. Pensarás que es muy extraño, *machère...*, *un goût bizarre, vraiment...*, pero me gusta mucho estar cerca de los muertos... en un lugar solitario como éste. Los muertos no me dan miedo, ni los fantasmas. ¿Has visto alguna vez un fantasma, querida?

—Por favor, madame, hable de otra cosa.

—¡Pero qué tontita! Pero no, tú no tienes miedo. Yo he visto fantasmas, sí, yo misma. Anoche, por ejemplo, vi uno; tenía forma de mono y estaba sentado en un rincón con sus brazos alrededor de las rodillas; su cara era la de un viejo muy malo, tenía la cara de un viejo, y sus blancos ojos eran grandísimos.

—¡Marchémonos, madame! Está usted tratando de asustarme —dije con esa rabia infantil que acompaña al miedo.

Madame se rió con una risa fea, y dijo:

—*Eh bien!* ¡Tontaina!... Si de verdad estás asustada, no te contaré el resto; cambiemos de tema.

—¡Sí, sí, por favor!

—¡Qué hombre tan bueno es tu padre!

—Mucho..., el más bondadoso de los seres. No sé por qué, madame, me inspira

tanto miedo, de manera que nunca sería capaz de decirle lo mucho que le quiero.

Aunque resulte extraño decirlo, esta charla confidencial con madame no entrañaba confianza alguna; se hallaba motivada por el miedo... era deprecatoria. Traté a madame como si fuese capaz de humana compasión, en la esperanza de que la misma pudiera, de algún modo, generarse.

—¿No estuvo con él hace unos meses un doctor que vino de Londres? Creo que le llaman Dr. Bryerly.

—Sí, un tal doctor Bryerly, que se quedó unos días. ¿Y si empezáramos a andar de vuelta a casa, madame? ¿Se lo pido por favor!

—Inmediatamente, hija; y tu padre, ¿sufre mucho?

—No... no creo.

—¿Cuál es entonces su enfermedad?

—¡Enfermedad! No tiene ninguna enfermedad. ¿Es que ha oído usted algo sobre su salud, madame? —dije, presa de zozobra.

—Oh, no, *ma foi*... no he oído nada; pero si vino un doctor, no sería porque se encontrara perfectamente bien.

—Pero es que ese doctor lo es en teología, según creo. Sé que es un swedenborgiano; y papá se encuentra tan bien que no ha podido venir en calidad de médico.

—Me alegro de saberlo, *ma chère*; sin embargo ya sabes que tu padre es un hombre muy mayor para tener una niña tan jovencita como tú. Sí, es viejo, ya lo creo que lo es, y con lo incierta que es la vida. ¿Ha hecho testamento, querida? Cualquiera que sea tan rico como él, y especialmente si es tan viejo, debería haber hecho testamento.

—No hay prisa, madame; tiempo habrá cuando su salud empiece a fallar.

—¿Pero realmente no ha redactado su testamento?

—La verdad es que no lo sé, madame.

—¡Pero qué sinvergoncilla! Lo que pasa es que no me lo quieres decir... Aunque no eres tan tonta como te finges. No, no, tú lo sabes todo. Vamos, dímelo todo..., es por tu bien, ¿sabes? ¿Qué es lo que dice el testamento? Y ¿cuándo lo redactó?

—Pero, madame, de veras que no sé nada. Ni siquiera puedo decir si lo hay o no. Hablemos de otra cosa.

—Pero, hija, el hacer testamento no va a matar a monsieur Ruthyn; no vendrá a yacer aquí ni un día antes por ese motivo; en cambio, si no hace testamento, puedes perder gran parte de la propiedad. ¿No sería una lástima?

—De veras que no sé nada sobre su testamento. Si lo ha hecho, papá nunca me ha hablado de ello. Sé que me quiere... y eso es suficiente.

—¡Ah, tú no eres tan bobita..., tú lo sabes todo, eso desde luego! Vamos, dímelo. Eres una pequeña obstinada. Si no lo haces, te romperé el dedo meñique. Dímelo todo.

—No sé nada del testamento de papá. No sabe usted el daño que me está

haciendo, madame. Hablemos de otra cosa.

—Sí sabes, y tienes que decírmelo, *petite dure-tête*, o te romperé el meñique.

Dichas estas palabras, agarró el dedo y, riendo malévolamente, de pronto lo torció hacia atrás. Lancé un chillido. Ella continuó riendo.

—¿Vas a decírmelo?

—¡Sí, sí! ¡Suélteme! —grité.

Ella, sin embargo, no me soltó inmediatamente sino que prosiguió con la tortura y la risa discordante. Por fin, empero, dejó mi dedo en libertad.

—De modo que la niña va a ser buena y va a contárselo todo a su cariñosa *gouvernante*. ¿Por qué estás llorando, idiotita?

—Me ha hecho usted mucho daño..., me ha roto el dedo —sollocé.

—Frótatelo y soplale y dale un beso, tontita. ¡Qué niña tan enrevesada! No volveré a jugar contigo... nunca. Volvamos a casa.

Durante todo el trayecto, madame se encerró en un arisco silencio. No contestaba a mis preguntas y adoptó una actitud de estar muy por encima de mí y de sentirse ofendida.

Esto, sin embargo, no duró mucho y pronto reasumió sus acostumbrados modales e incluso volvió sobre el tema del testamento, aunque no de forma tan directa, y con más habilidad.

¿Por qué los pensamientos de esta espantosa mujer habrían de ir a parar continuamente al testamento de mi padre? ¿Qué podría importarle a ella?

CAPÍTULO VII

CHURCH SCARSDALE

PIENSO que todas las mujeres de nuestro hogar, excepto la señora Rusk, que estaba en abierta contienda con ella y sólo tenía cabida para las emociones vehementes, se hallaban más o menos asustadas por esta malaventurada extranjera.

La señora Rusk, cuando se confiaba a mí en mi habitación, solía decir:

—¿De dónde viene? ¿Es francesa, es suiza o es del Canadá? Me acuerdo de una de ésas, cuando yo era jovencita. ¡Menuda pájara que era! ¿Y con quién vivía? ¿Dónde estaba la familia que le quedara? Ninguno de nosotros sabe nada de ella, menos que un niño; excepto, claro, el señor..., y espero yo que se haya informado. Está siempre metida en tejemanejes secretos con Anne Wixted. A ésa le voy a decir yo que se meta en sus asuntos, si no le importa. Eternamente parloteando y cuchicheando. Y no es de sus propios asuntos de lo que habla. Madame de la Rougepot^[5] la llamo yo. Esa sabe pintarse hasta los noventa y nueve..., ya lo creo que sabe, la vieja zorra. Le pido perdón, señorita, pero eso es lo que es... una diablesa, y no me equivoco. La calé en cuanto la vi robarle al señor su ginebra, esa que le mandó a él el doctor, y llenar la garrafa con agua... la vieja asquerosa; pero aún se pondrá más en evidencia, vaya si se pondrá; y todas las doncellas le tienen miedo. Piensan que no está en sus cabales... una bruja o un fantasma..., y a mí que no me extrañaría nada. Catherine Jones se la encontró durmiendo en la cama la mañana después que se puso de morros con usted, ¿sabe usted, señorita?, vestida de pies a cabeza, vaya usted a saber lo que eso significa; y pienso que a usted la ha amedrentado, señorita, y que la tiene a usted tan nerviosa como se puede tener a quien sea.

Y así continuaba.

Era verdad. Yo estaba nerviosa, y cada vez más; y pienso que aquella cínica mujer se percataba de ello y se proponía, con satisfacción, hacerlo. Sentía un miedo permanente a que se escondiera en mi cuarto y, de noche, surgiera para asustarme. Empezó a mezclarse también a veces en mis sueños... y siempre de un modo pavoroso, lo cual, por supuesto, alimentaba esa especie de ambiguo terror que me infundía durante las horas de vigilia.

Una noche soñé que me conducía a la biblioteca mientras cuchicheaba, muy deprisa y sin parar, algo que yo no podía entender, sosteniendo en su otra mano una vela por encima de su cabeza. Caminábamos de puntillas, como criminales a altas

horas de la noche, y nos detuvimos ante aquel viejo bargueño de roble que mi padre, de tan extrañas maneras, me había señalado. Tenía la sensación de que andábamos en algún negocio de contrabando. En la puerta había una llave, que al girarla me hizo sentir un horror culpable, mientras madame seguía cuchicheando ininteligiblemente en mi oído. Di, en efecto, un giro a la llave; la puerta se abrió lentamente y, en el interior, estaba mi padre, su rostro blanco y maligno mirando el mío de cerca, con ojos que echaban fuego. Con voz terrible exclamó: «¡Muerte!». Se apagó la vela de madame y, en ese mismo instante, dando un alarido, me desperté en la oscuridad... creyéndome aún en la biblioteca; y media hora más tarde todavía me encontraba en un estado de histerismo.

Cualquier pequeño incidente en torno a madame proporcionaba tema de ansiosa discusión entre las criadas. Todas ellas, de forma más o menos velada, la odiaban y la temían. Se imaginaban que estaba consiguiendo imponerse «al señor», y que entonces echaría a la señora Rusk —quizá usurparía su puesto— y así las barrería a todas ellas. Tengo para mí que nuestra pequeña y honrada ama de llaves no las desalentaba en tales sospechas.

Recuerdo que por aquel entonces se presentó en Knowl un buhonero, un hombre extraño y de aspecto agitanado. Catherine Jones y yo estábamos en el patio cuando llegó y depositó su fardo sobre la baja balaustrada junto a la puerta.

Llevaba toda clase de mercancías: cintas, algodones, sedas, medias, encajes e incluso alguna bisutería de pacotilla; y justo en el momento en que comenzó a desplegarlas —asunto de interés en una tranquila casa de campo—, madame hizo su aparición en el lugar. El buhonero le dedicó una sonrisa de reconocimiento y expresó su esperanza de que *madmasel* se encontrase bien, añadiendo que «no podía imaginarse verla por allí».

Madmasel le dio las gracias. «Sí, muy bien», y, por vez primera, tenía el aspecto de sentirse decididamente «desconcertada».

—¡Qué cosas tan bonitas! —dijo—. Catherine, corre y díselo a la señora Rusk. Le he oído decir que necesita tijeras, y también encaje.

Catherine se marchó, no sin antes lanzarle una prolongada mirada; y madame dijo:

—Y tú, mi querida niña, ¿serás tan amable de traerme mi monedero, que me lo he olvidado en la mesa de mi habitación? Y te aconsejo que traigas también el tuyo.

Catherine volvió con la señora Rusk. He aquí un hombre que podía contarles algo acerca de la vieja francesa, ¡por fin! Ambas mujeres se pusieron a perder tiempo astutamente mirando las mercancías, hasta que madame hubo hecho sus compras y se marchó conmigo. Pero una vez llegada la tan ansiada oportunidad, el buhonero se mostró completamente impenetrable. «Se olvidó de todo; no creía haber visto nunca a aquella señora con anterioridad. A una francesa la llamaba *madmasel* en cualquier parte del mundo, pues ése era el nombre de todas ellas. Jamás la había visto antes, a ésa en particular, según podía recordar. Siempre le gustaba “verlas”, porque “hace

que las jóvenes compren”».

Tal reserva y olvido resultaban muy provocadores, de modo que ni la señora Rusk ni Catherine Jones se gastaron un penique con él; era un tipo estúpido, o peor que estúpido.

Desde luego madame le había sobornado. Pero, al igual que el asesinato, la verdad acabará un día por salir a la luz. Tom Williams, el mozo de cuadra, le había visto —cuando ella estaba a solas con él y fingía mirar las mercancías con la cara poco menos que sepultada entre las sedas y los paños galeses de hilo y algodón— hablar de corrido y tan rápido como podía y deslizarle dinero —suponía Tom— en la caja debajo de un corte de tela.

Mientras tanto, yo y madame caminábamos por los anchos senderos de ovejas cubiertos de turba que hay entre Knowl y Church Scarsdale. Desde nuestra visita al mausoleo del bosque, madame no me había molestado tanto como antes. Se había mostrado, de hecho, más pensativa que de costumbre, muy poco locuaz y, además, me importunaba apenas en lo tocante al francés y otras habilidades. Dar un paseo formaba parte de nuestra rutina cotidiana. En aquella ocasión yo llevaba en la mano un cestillo con unos bocadillos, que nos iban a servir de almuerzo cuando alcanzásemos el bello paraje, a un par de millas de distancia, hacia el que nos encaminábamos.

Habíamos iniciado la marcha un poco tarde; madame se fatigó más de lo habitual y se sentó a descansar en un portillo antes de que hubiésemos recorrido la mitad del camino; una vez allí se puso a canturrear, con una vocalización lúgubre y nasal, una curiosa y antigua balada de Bretaña que hablaba de una dama con cabeza de cerdo:

*Ni cerdo ni doncella era esta dama,
No era así, pues, su molde un molde humano;
Ni de los vivos era ni de los muertos.
Mano y pie siniestros, tibios al tacto
Eran; los diestros, como de un cadáver
La carne, fríos; y solía cantar
Tonadas como una campana, ding-dong,
Que a muerto toca; miedo teníanle
Los cerdos, y con altivos y huraños
Ojos la miraban; y las mujeres,
Apartándose de ella, la temían.
Pasarse un año y un día sin dormir
Podía; y podía también un mes,
Y más, dormir como un cadáver duerme.
De qué esta dama se nutría, nadie
Lo sabía... si de carne o bellotas.
Dicen algunos que está por el cerdo*

*Poseída que el mar de Gennesaret
Cruzara a nado, un cuerpo mestizo
Y un alma de demonio; otros dicen
Que del Judío Errante la esposa es,
Que por el cerdo la ley quebrantara
Y que su puerco rostro es un estigma
De que si lo de ahora es su vergüenza,
Lo que ha de venir luego es su castigo.*

Y así seguía, en un gangoso canturreo. Cuanto más empeñada estaba yo en que continuáramos nuestra marcha, más inclinada estaba ella a remolonear. Yo no mostraba, así pues, señal alguna de impaciencia, y la veía consultar el reloj en el transcurso de su fea cantinela y lanzar miradas de soslayo, cual si estuviera esperando algo, en dirección a nuestro punto de destino.

Una vez que hubo quedado satisfecha de cantar, madame se levantó y prosiguió la caminata en silencio. La vi lanzar una o dos miradas, como antes, hacia la aldea de Trillsworth, que se alzaba al frente, algo a nuestra izquierda, y cuyos humos se hallaban en suspensión, como una neblina, sobre la cresta de la colina. Pienso que me observó hacerlo, pues preguntó:

—¿Qué humo es aquél?

—Es Trillsworth, madame; que tiene una estación de ferrocarril.

—¡Oh, *le chemin de fer*, tan cerca! No me lo imaginaba. ¿Adónde va?

Se lo dije, y de nuevo se hizo el silencio.

Church Scarsdale es un paraje muy bello y extraño. El sendero de ovejas, en su leve ondular, de pronto se hunde en una ancha vaguada en cuyo regazo, junto a un claro y sinuoso riachuelo, de entre las hierbas se alzan las ruinas de una pequeña abadía con unos solemnes árboles esparcidos a su alrededor, en los cuales colgaban deshabitados nidos de cuervos, ya que los pájaros se habían ido a forrajear lejos de sus perchas. Hasta el ganado había abandonado el lugar. Era la soledad misma.

Madame respiró muy hondo y sonrió.

—Bajemos, bajemos, hija... bajemos al camposanto.

Mientras descendíamos por la ladera que ocluía el mundo circundante, y el paraje se hacía cada vez más triste y solitario, parecía que a madame se le alegraba el ánimo.

—Mira cuántas lápidas... uno, dos centenares. ¿No amas a los muertos, hija? Te enseñaré a amarlos. Hoy vas a verme morir aquí, por espacio de media hora, y estar entre ellos. Eso es lo que yo amo.

Para entonces habíamos llegado ya a orillas del arroyo y el bajo muro del camposanto, con un portillo, al que se accedía mediante un par de losas, a través de la corriente, justo al otro lado.

—¡Vamos ya! —exclamó madame alzando el rostro como para inhalar el aire—. Ya estamos cerca de ellos. Pronto te gustarán como a mí me gustan. Vas a ver a cinco

de ellos. Ah, *ça ira, ça ira, ça ira!* ¡Vamos, date prisa! Soy madame la Morgue... la señora Casadelosmuertos. Te presentaré a mis amigos, monsieur Cadavre y monsieur Squelette. ¡Vamos, vamos, pequeña mortal, vamos a jugar! ¡Uaaah!

Y de su enorme boca salió un espantoso alarido, tirando hacia atrás de su peluca y su bonete para mostrar una cabeza grande y calva. Se reía y, en verdad, parecía estar completamente loca.

—No, madame, no quiero ir con usted —dije, soltando mi mano de la suya con un violento esfuerzo y retirándome uno o dos pasos.

—¡No entrar en el camposanto! *Ma foi... qué mauvais goût!* Pero fíjate, la sombra ya nos alcanza. El sol se pondrá pronto... ¿dónde vas a quedarte, hija? No tardaré mucho.

—Me quedaré aquí —dije, algo enfadada. Pues estaba tan enfadada como nerviosa y a través de mi miedo corría la indignación por aquellas extravagancias tuyas que imitaban de tan desagradable modo la demencia y cuyo propósito, bien lo sabía yo, era el de asustarme.

Remangándose el vestido cruzó a saltitos por las losas con sus piernas largas y flacuchas, como una bruja que se dirige a la reunión de Walpurgis. Saltó de una zancada el portillo y la vi contorsionarse y la oí cantar algunas de sus cantinelas de mal agüero mientras hacía solemnes cabriolas, en medio de sonrientes muecas, entre las tumbas y las lápidas, en dirección a las ruinas.

CAPÍTULO VIII

EL FUMADOR

TRES años más tarde —de un modo que ella probablemente poco se esperaba y que entonces le traía más bien sin cuidado—, llegué a saber lo que realmente había sucedido allí. Me enteré incluso de frases y miradas —pues la historia fue relatada por alguien que la había oído contar—, y, por lo tanto, me aventuro a narrar lo que en aquel momento yo no vi ni sospeché. Mientras, arrebolada y nerviosa, permanecía sentada en una piedra plana a orillas del riachuelo, madame miró por encima de su hombro y, dándose cuenta de que no estaba al alcance de mi vista, aminoró el paso y se dirigió bruscamente hacia las ruinas que se alzaban a su izquierda. Era la primera vez que las visitaba y simplemente se puso a explorarlas; mas he aquí que, con un aire perfectamente astuto y práctico, al dar la vuelta a la esquina del edificio vio, sentado en el borde de la losa de una sepultura, a un joven más bien gordo y ataviado de manera hartamente chillona, con grandes patillas blondas, un sombrero redondo de fieltro, verde levita de faldones abiertos y botones dorados, y chaleco y pantalones de un diseño más cerca de lo chocante que de la elegancia. Se hallaba fumando en una corta pipa y, sin retirarla de sus labios ni ponerse en pie, con su bastante agraciado semblante de tez oscura levantado, hizo una seña a madame, contemplándola con la expresión hosca e impúdica que le era habitual.

—¡Ah, Diddle^[6] estás ahí! Y con un excelente aspecto. Yo también estoy aquí, solita, pero mi amiga está esperando fuera del camposanto, junto al riachuelo, pues es preciso que no sepa que te conozco..., por eso he venido sola.

—Te has retrasado un cuarto de hora, muchacha, y por ti me he perdido un combate esta mañana —dijo aquel hombre jovial, escupiendo al suelo—. Y no quisiera que me llamasen Diddle. Si lo haces, yo a ti te llamaré Granny^[7].

—*Eh bien!* Dud^[8], entonces. La chica es muy agradable... lo que a ti te gusta. Talle delgado, dientes blancos, ojos muy bonitos... negros..., lo que sueles decir que es mejor..., y unos piecitos y tobillos muy lindos.

Madame sonrió con malicia.

Dud siguió fumando.

—Continúa —dijo Dud, haciendo un gesto imperioso con la cabeza.

—La estoy enseñando a cantar y a tocar el piano... ¡tiene una voz tan preciosa!

De nuevo hubo una pausa.

—Bueno, eso no es que me guste demasiado. Detesto a las mujeres dando

chillidos que hablan de hadas y flores. ¡Que la ahorquen! En Curl's Divan hay un espantapájaros que canta. ¡Qué maullidos en pleno escenario! Con gusto le pegaba un par de tiros.

Llegado ese momento, la pipa de Dud se había apagado y podía permitirse conversar.

—Tú la ves y tú decides. Baja por donde va el río y pasa junto a ella.

—No digo que no, pero no quiero cerrar ningún trato a ciegas, ya sabes. Suponte que después de todo no me gustara.

Madame profirió una exclamación despectiva en patois.

—¡Muy bien! Otro habrá que no sea tan difícil de contentar... pronto te enterarás.

—¿Quieres decir que hay alguien que anda tras ella? —dijo el joven, clavando unos ojos taimados e inquietos en el rostro de la dama francesa.

—Lo que exactamente quiero decir es... lo que quiero decir —replicó la dama, haciendo una burlona pausa en la interrupción que acabo de señalar.

—Vamos, vieja, deja a un lado tus malditas chanzas si quieres que me quede aquí escuchándote. ¿Es que no puedes soltarlo de una vez? ¿Hay algún tipo que la esté rondando? ¿Lo hay?

—*Eh bien!*, supongo que alguno hay.

—¡Vaya! De modo que tú supones y yo supongo y todos podemos suponer, digo yo; pero eso no hace que una cosa sea lo que antes no era; y tú vas y me dices que a la chica la tienen encerradita allá y la tendrán hasta que termines de educarla... ¡Pues bonita cosa! —y el hombre se echó a reír un tanto perezosamente, apoyando contra sus labios la marfileña empuñadura de su bastón y contemplando a madame con ojos despectivos.

Madame se rió, pero su aspecto era hartamente peligroso.

—No es más que una broma, ¿sabes, vieja? Tú has estado embromándome... ¿por qué no iba a hacerlo yo? Lo que no veo es por qué no puede esperar un poco, ni porqué toda esa maldita prisa. Yo no tengo prisa alguna. De momento no me apetece tener colgada a la espalda una esposa. No hay nadie que se case antes de haber tenido su poco de juerga y haber corrido mundo, ¿verdad que no? ¿Por qué diablos habría yo de llevarla en coche a las ferias, a la iglesia, o a la congregación —porque dicen que es cuáquera—, con un niño de teta en cada rodilla, sólo para dar satisfacción a los que estarán muertos y podridos cuando yo acabo de empezar?

—¡Ah, qué encantador eres! Siempre el mismo... siempre tan sensible. Pues bien, yo y mi amiga nos volvemos a casa, y tú vete a ver a Maggie Hawkes. Adiós, Dud. Adiós.

—¡Calla esa boca, tonta! —dijo el joven caballero con la misma sonrisa forzada que hubiera afeado su semblante si un caballo le hubiese hecho un extraño—. ¿Quién ha dicho que no vaya a ver a la chica? De sobra sabes que a eso es a lo que he venido, ¿no? Y, pensándolo bien, ¿por qué no habría de decir lo que sea? La indecisión no es lo mío. Si la chica me gusta, no me lo voy a pensar mucho. Pero entérate bien, seré

yo quien juzgue por mí mismo. ¿Es ella quien viene?

—No, ha sido un ruido lejano.

Madame echó una ojeada a la vuelta de la esquina. Nadie se acercaba.

—Bueno, pues vete por ese lado y no hagas otra cosa que mirarla, ya sabes. Es tan tontita y tan nerviosa...

—¿Así es como hay que tratarla? —dijo Dud, golpeando la pipa sobre una lápida para sacarle las cenizas y, acto seguido, metiéndose el utensilio turco en el bolsillo—. Adiós entonces, muchacha —y le estrechó la mano—, y una cosa: tú no aparezcas hasta que yo haya pasado, porque no se me da bien eso de actuar como en el teatro, y si me llamas «señor» o te pusieras en plan digno y distante, ya sabes lo que quiero decir, seguro que me reiría, o casi, y lo echaría todo a perder. Lo dicho entonces: adiós. Y si quieres volver a verme, procura ser puntual.

La costumbre le hizo volver la mirada en busca de sus perros, pero no los había traído. Había venido discretamente en ferrocarril, viajando en un vagón de tercera, para provecho de la compañía Jack Briderly, y obteniendo un montón de informes confidenciales a propósito de la carrera de obstáculos que iba a celebrarse la semana siguiente.

Y se marchó a buen paso, cortando con su bastón los cabezales de las zarzas a medida que caminaba; por su parte, madame se adelantó al espacio abierto que había entre las tumbas, donde, de haberme puesto yo en pie, habría podido verla contemplar las ruinas con la absorta mirada de un artista.

Al cabo de un rato oí ruido de pisadas por el sendero, y el caballero de la verde levita, chupando su bastón mientras me miraba con una suerte de ofensiva familiaridad, pasó junto a mí, titubeando un poco al hacerlo.

Me alegré cuando dobló la esquina de la cercana hondonada y desapareció. Me levanté inmediatamente y cobré confianza al ver a madame, a una distancia de no muchos metros, contemplando las ruinas y, aparentemente, vuelta a sus cabales. En aquellos instantes, los últimos rayos del sol rozaban los altozanos, y yo estaba deseosa de que emprendiésemos el camino de regreso a casa. Dudaba si llamar o no a madame, puesto que la tal señora abrigaba un cierto espíritu de oposición, y el descubrir un pequeño deseo, fuere cual fuere, e impedir su cumplimiento, por lo general era, si estaba a su alcance, una y la misma cosa.

En aquel instante regresó el caballero de la verde levita y se me acercó con una especie de lento y altanero contoneo.

—Oiga, señorita. Cerca de aquí se me ha caído un guante. ¿Tal vez lo ha visto?

—No señor —dije yo, retrocediendo un poco y mirándole, me atrevo a decir, con ojos tan asustados como ofendidos.

—Creo que se me ha caído justo a sus pies, señorita.

—No, señor —repetí.

Comenzaba a sentirme muy incómoda.

—No se asuste, señorita, sólo es una broma. No voy a ponerme a buscarlo.

Llamé en voz alta, «¡madame, madame!», y él dio un silbido entre sus dedos y gritó: «¡Madame, madame!», y añadió:

—O está sorda como una tapia o lo oirá. Preséntele mis respetos, y dígame que dije que es usted una belleza, señorita —y se marchó a grandes zancadas tras echarse a reír y lanzarme una mirada lujuriosa.

La excursión no había sido lo que se dice muy placentera. Madame engulló nuestros bocadillos mientras, cada dos por tres, me hacía grandes elogios de los mismos. Pero mi excitación había sido demasiado grande como para que me quedase apetito alguno, de modo que cuando llegué a casa me hallaba muy cansada.

—Así que mañana viene una señora, ¿no? —dijo madame, que lo sabía todo—. ¿Cómo se llama? Lo he olvidado.

—Lady Knollys —respondí.

—Lady Knollys..., qué nombre tan extraño. Es jovencísima, ¿verdad?

—Creo que ha cumplido ya los cincuenta.

—*Helas!* Entonces es muy vieja. ¿Es rica?

—No lo sé. Tiene una casa en Derbyshire.

—Derbyshire..., ése es uno de vuestros condados ingleses, ¿no?

—Así es, madame —contesté, riendo—. Se lo he dicho a usted dos veces ya, desde que vino.

Y me puse a repetir, como una cotorra, los nombres de las principales ciudades y ríos catalogados en mi geografía.

—¡Bah, claro que sí, hija! Y ésa señora, ¿es pariente tuya?

—Es prima hermana de papá.

—Me la presentarás, ¿verdad? ¡Me gustaría tanto!

Madame había caído en la costumbre inglesa de mostrar predilección por los títulos nobiliarios, como harían los extranjeros si los títulos entrañaran la especie de poderío que generalmente entrañan entre nosotros.

—Por supuesto, madame.

—¿No te olvidarás?

—Oh, no.

En el transcurso de la tarde, madame me recordó dos veces mi promesa. Estaba interesadísima en ello. Pero éste es un mundo de desengaños, gripe y reumatismo; y a la mañana siguiente madame se hallaba postrada en cama e indiferente a todo cuanto no fuese la franela y los polvos de James.

Madame estaba *desolée*; pero no podía levantar la cabeza. Únicamente murmuró una pregunta:

—Querida, ¿cuánto tiempo va a quedarse lady Knollys?

—Creo que sólo unos pocos días.

—*Helas!* ¡Qué mala suerte! Quizá mañana me encuentre mejor. ¡Uah, mi oído! ¡El láudano, querida niña!

Y así terminó, por aquella vez, nuestra conversación, y madame hundió la cabeza

en su viejo chal de cachemir rojo.

CAPÍTULO IX

MÓNICA NOLLYS

LADY Knollys llegó puntualmente. Venía acompañada por su sobrino, el capitán Oakley.

Llegaron poco antes del almuerzo, con el tiempo justo para instalarse en sus habitaciones y vestirse. Pero Mary Quince amenizó mi aseo con elocuentes descripciones del joven capitán, al que había visto en el corredor, camino de su cuarto, con el criado, y me contó cómo se había detenido para dejarla pasar y «qué sonrisa tan bonita tenía».

Yo entonces era muy joven, como se sabe, e incluso más aniñada de lo propio para mi edad; sin embargo, aquella charla de Mary Quince me interesó, debo confesarlo, considerablemente. Mientras fingía, me temo, una hipócrita indiferencia por la narración de Mary, me iba trazando toda suerte de retratos de este heroico soldado, y no se me escapa que estaba muy nerviosa y preocupadísima por mi atuendo para la velada. Cuando bajé al salón lady Knollys ya estaba allí, conversando animadamente con mi padre en el momento en que yo entré; no era, en realidad, una mujer vieja, sino de esa edad que a los que son muy jóvenes se les antoja avanzada. Revelaba energía, brillantez, descaro, y se hallaba ataviada con un bonito vestido de satén rojo oscuro, con profusión de encaje; sobre sus sedosos cabellos canos llevaba algo que destacaba por su riqueza, no sé cómo denominarlo, no era un bonete, sino una especie de adorno ligero y sencillo, pero no obstante majestuoso.

Más bien alta, en modo alguno corpulenta, tenía, en conjunto, una buena y firme estampa, con un algo de bondad en la mirada. Se levantó, exactamente como lo haría una persona joven, y, viniendo a mi encuentro con paso rápido y sonriéndome, exclamó, besándome en ambas mejillas:

—¡Mi joven primita! ¿Sabes quién soy? Tu prima Mónica... Mónica Knollys... que está contentísima de verte, querida, pese a que no había puesto sus ojos en ti desde que eras tan pequeñita como ese abrecartas. Pero ven aquí junto a la lámpara, que tengo que mirarte. ¿A quién se parece? Déjame ver. Creo que a tu pobrecita madre, querida; pero has sacado la nariz de Aylmer... sí..., no una mala nariz, por cierto; y los ojos... ¡pero que muy bonitos, ya lo creo que sí! Sin duda le vienen de su pobre madre..., no se parecen en nada a los tuyos, Austin.

Mi padre le dirigió una mirada lo más cercano a risueña que yo le había visto desde hacía mucho tiempo, una mirada astuta, cínica, pero también bondadosa, y

dijo:

—Pues tanto mejor, ¿eh, Mónica?

—No soy yo quien debiera decirlo..., pero tú sabes, Austin, que siempre fuiste una fea criatura. ¡Qué indignación y contrariedad muestra la muchachita! No debes, leal mujercita, enojarte con tu prima Mónica porque ésta diga la verdad. Papá era y será feo mientras viva. Vamos, Austin, querido, díselo... ¿es que no es así?

—¡Cómo! ¡Declarar en mi contra! Eso no lo contempla la ley inglesa.

—Puede que no. Pero si la niña no quiere dar crédito a sus ojos, ¿cómo habrá de dármele a mí? Qué manos tan largas y bonitas tiene esta niña... sí, muy lindas..., y los pies también. ¿Cuántos años ha cumplido?

—¿Cuántos años tienes, hija? —dijo mi padre, trasladándome la pregunta.

Lady Knollys volvió de nuevo sobre mis ojos.

—Son de un gris auténtico... grandes, profundos, dulces... muy peculiares. Sí, querida, muy bonitos..., ¡y las pestañas tan largas y de una coloración tan luminosa! Querida, vas a salir en el Libro de la Belleza cuando empieces a alternar, y todos los poetas se pondrán a escribir versos hasta a la punta de tu nariz..., ¡una nariz preciosísima, por cierto!

Debo mencionar aquí el sorprendente cambio que se obró en el ánimo de mi padre mientras escuchaba y conversaba con su rara, dicharachera y vieja prima Mónica. Reflejado por antiguos recuerdos, se había adueñado de él un fulgor que provenía de algo que, ciertamente, no era alegría, pero que se asemejaba al gusto por la alegría. Su aire sombrío e inflexible había desaparecido, y se advertía un evidente placer ante las incesantes salidas —que él alentaba— de su bulliciosa visitante.

El deshielo y la viveza evidentes que acompañaban incluso a tan fugaz resplandor de trato social, ponían al descubierto, pienso, cuán morbosas debían de haber sido las tendencias de su habitual soledad. Yo, para él, no representaba una compañía... Era más infantil que la mayoría de las chicas de mi edad y estaba adiestrada en el conocimiento de todos sus caprichos y maneras de ser, a fin de no interrumpir nunca su silencio o a que jamás una inesperada pregunta u observación mías obligara a sus pensamientos a salirse de su monótono y penoso cauce.

Grande fue la sorpresa que me provocó el buen humor con el que mi padre se sometía a la mordaz charla de su prima; tanto es así que, en aquellos instantes, incluso los negros frisos de madera y las pinturas que cubrían las paredes, así como la curiosa y malformada estancia, parecían haber trocado su severo y pavoroso carácter por otro en el que había un no sé qué maravillosamente más grato para mí, pese a lo desagradable de las críticas personales a las que aquella dama sin pelos en la lengua se le había antojado someterme.

En aquel preciso momento se unió a nosotros el capitán Oakley. Aquel hombre constituía, de hecho, mi primera visión de ese imponente y lejano gran mundo, acerca de cuyos esplendores algo había leído ya en el evangelio, en tres volúmenes, de la biblioteca circulante.

Guapo, elegante, de rasgos casi femeninos y cabellos suaves, ondulados y negros, con patillas y bigote, era ni más ni menos que todo un caballero, como jamás lo había contemplado, o incluso imaginado, en Knowl..., un héroe de otra especie, proveniente de la región de los semidioses. No percibí la frialdad de sus ojos ni el cruel fruncimiento de sus voluptuosos labios..., tan sólo tuve una sospecha, aunque suficiente para señalar al hombre licencioso, que saborea muerte sobre muerte^[9].

Pero yo era joven y aún no tenía el terrible conocimiento del bien y el mal que viene con los años; ¡y él era tan guapísimo y su conversación tan nueva para mí y tan enormemente más llena de encanto que las educadas pláticas de las aburridísimas familias del condado con las que, en alguna que otra ocasión, había yo pasado una semana seguida!

Se mencionó de pasada que su permiso de ausencia terminaba dentro de dos días. Una liliputiense punzada de decepción siguió a este anuncio. Ya lamentaba perderle. Tanta es la prontitud con la que nos apropiamos de aquello que nos agrada.

Yo era tímida, pero no desmañada. Me sentía halagada por la atención de este divertido, quizá bastante fascinante, joven mundano; y estaba claro que él se dirigía a mí solícitamente, para entretenerme y agradarme. Me figuro que aquel su hacer descender la conversación a mi humilde nivel y provocarme el interés y la risa a propósito de gentes de las que yo jamás había oído hablar antes, suponían para él un esfuerzo mayor del que yo entonces imaginaba.

Entre tanto, la prima Knollys conversaba con papá. Era justo el tipo de conversación que convenía a un hombre a quien sus hábitos le habían hecho tan silencioso, pues la retozona parlanchinería de la prima le dejaba poco que decir. Incluso en un hogar tan taciturno como lo era el nuestro, resultaba, de hecho, totalmente imposible que la conversación decayera jamás estando ella entre nosotros.

La prima Knollys y yo nos marchamos a la sala de estar, dejando a los caballeros —me temo que harto incompatibles entre sí— que se entretuviesen mutuamente un rato.

—Ven aquí, querida, y siéntate a mi lado —dijo lady Knollys, dejándose caer de golpe en una poltrona— y dime qué tal os lleváis tú y papá. Lo recuerdo como un hombre, en tiempos, lo que se dice animado, y bastante divertido... sí, de veras..., pero ahora ya ves lo aburrido que es..., y todo por encerrarse y alimentar sus manías y antojos. ¿Esos dibujos los has hecho tú, querida?

—Sí. Me temo que son muy malos; pero me parece que en el bargueño del salón hay otros mejores.

—No son malos, eso en modo alguno, querida; y además tocas el piano, seguro que sí.

—Sí... quiero decir, un poco... bastante bien, espero.

—Me lo figuro. Luego tengo que escucharte. ¿Y qué hace tu papá para divertirse? Pareces desconcertada, querida. Bueno, me figuro que la palabra diversión no es frecuente en esta casa. Pero es preciso que no te conviertas en una monja o, peor aún,

en una puritana. ¿Qué es él? ¿Uno de los de la Quinta Monarquía^[10] o algo así?... Lo he olvidado; dime el nombre, querida.

—Papá es swedenborgiano, creo.

—¡Sí, sí...! Se me había olvidado ese horrible nombre... swendenborgiano. No sé exactamente lo que piensan, pero todo el mundo sabe que son una especie de paganos, querida mía. Supongo que no estará haciendo de ti uno de ellos, ¿verdad?

—Voy a la iglesia todos los domingos.

—Bien, menos mal; swedenborgiano es un nombre tan feo, y además lo más probable es que todos ellos se condenen, querida, y eso es algo a considerar seriamente. La verdad es que me habría gustado que el pobre Austin hubiese dado con alguna otra cosa; por mi parte, preferiría no tener ninguna religión y gozar de la vida mientras se está en ella, que elegir una que va a fastidiarme aquí y mandarme al diablo después. Pero es que a algunas gentes, querida, les gusta ser desdichadas y, como el pobre Austin, procuran darse ese gusto tanto en el otro mundo como en éste. ¡Ja, ja, ja! ¡Qué seria se ha puesto esta mujercita! Pensarás que soy muy malvada, ¿no? Bien sabes que eso es lo que estás pensando; y es muy probable que tengas razón. ¿Quién te hace la ropa, querida? ¡Vas vestida de un modo que es para reírse!

—Creo que fue la señora Rusk quien encargó este vestido. Mary Quince y yo lo planeamos. Pensaba que era muy bonito. A todas nos gusta mucho.

Me figuro que el vestido tenía algo de muy estrafalario, probablemente de absurdo, al menos juzgado con los cánones de la moda, y que la vieja prima Mónica Knollys, en cuya mirada estaba siempre presente la moda londinense, se quedó claramente sorprendida por él, como si se hubiese tratado de alguna enormidad en contra de la anatomía, pues el hecho es que rompió a reír de buena gana, hasta el punto de que, tras cesar la risa, aún había lágrimas en sus mejillas. Estoy segura de que mi aspecto de asombro y dignidad mientras duró su hilaridad, contribuyó a reavivar su alborozo una y otra vez cuando ya éste estaba remitiendo.

—Vamos, no tienes por qué enojarte con la vieja prima Mónica —exclamó, poniéndose en pie de un salto, dándome un pequeño abrazo y estampando un cariñoso beso en mi frente y un jovial cachetito en mi mejilla—. Recuerda siempre que tu prima Mónica es una vieja tonta, deslenguada y pérfida, que te tiene cariño, así que no te ofendas nunca por sus bobadas. Un conciliábulo de tres..., todas vosotras puestas a ello... la señora Rusk, dijiste, y Mary Quince, y tu sabio yo, las Parcas; y Austin, como Macbeth, entró y dijo: «¿Qué estáis haciendo?». Y vosotras, a coro, respondisteis: «¡Una cosa u otra, que no tiene nombre!»^[11]. Pero ahora en serio, querida, en Austin, en tu papá, quiero decir, es absolutamente imperdonable el entregarte a los antojos de esas viejas locas... ¿a que son viejas?... para que te vistan y atavíen. Si saben lo que se hacen, la cosa es ni más ni menos que diabólica. ¡Le voy a correr... ya lo creo que sí, querida! Sabes muy bien que eres una heredera, y no deberías presentarte como un payaso.

—Papá tiene la intención de enviarme a Londres con madame y Mary Quince, y

venir él también conmigo, si el doctor Bryerly dice que puede hacer el viaje, y entonces me comprarán vestidos y todo lo demás.

—Bueno, eso está mejor. ¿Y quién es ese doctor Bryerly? ¿Está enfermo tu papá?

—¿Enfermo? Oh, no, él siempre está igual. No le parecerá a usted que está enfermo... que tenga aspecto, quiero decir, de estar enfermo, ¿verdad? —pregunté con ansiedad y susto.

—No, querida, su aspecto es excelente para su edad, pero ¿por qué está aquí el doctor ese como se llame? ¿Es un médico, un clérigo o un veterinario? ¿Y por qué se le pide su permiso?

—La verdad es... que no comprendo.

—¿Es uno de esos... cómo los llaman... swendenborgianos?

—Creo que sí.

—¡Oh, ya entiendo! ¡Ja, ja, ja! ¡Así que el pobre Austin tiene que pedir permiso para irse a la ciudad! ¡Vaya si irá, tanto si a su doctor le gusta como si no, pues, querida, de eso de enviarte allá a cargo de tu francesa, ni hablar! ¿Cómo se llama?

—Madame de la Rougierre.

CAPÍTULO X

LADY KNOLLYS RETIRA UNA COLCHA

LADY Knollys prosiguió sus indagaciones.

—¿Y por qué madame no te hace los vestidos, querida? Apuesto una guinea a que esa mujer es costurera. ¿No se comprometió a hacerte la ropa?

—La verdad es que... no lo sé; más bien pienso que no. Es mi institutriz..., una institutriz de perfeccionamiento, según dice la señora Rusk.

—¿Perfeccionamiento? ¡Una gaita! ¡Así que la señora es demasiado importante como para cortar tus vestidos y ayudar a coserlos! ¿Y qué es lo que hace? Me atrevo a decir que para lo único que sirve es para no enseñarte otra cosa que diabluras, aunque no es que te haya enseñado muchas que digamos... al menos hasta ahora. Quiero verla, querida; ¿dónde está? ¡Ea, vamos a visitar a madame! ¡Me gustaría tanto hablar con ella un poquito!

—Pero es que está mala —contesté. Había estado todo el tiempo al borde de romper a llorar de rabia, pensando en mi vestido, el cual debía de ser muy absurdo para suscitar una risa tan natural por parte de mi experimentada pariente, y mi único deseo era el de esconderme antes de que regresara aquel apuesto capitán.

—¿Mala? ¿De veras? ¿Qué es lo que le pasa?

—Un resfriado... febril y reumático, según dice.

—Oh, un resfriado; ¿está levantada o está en la cama?

—Está en su habitación, pero no guarda cama.

—Me gustaría muchísimo verla, querida. No es por mera curiosidad, te lo aseguro. Lo cierto es que la curiosidad no tiene absolutamente nada que ver en esto. Una institutriz puede ser una persona muy útil o inútil; pero también puede ser la inquilina más perniciosa que sea dado imaginar. Puede enseñarte un mal acento, y peores modales, y Dios sabe qué, además. Querida, manda al ama de llaves a decirle que voy a verla.

—Quizá sea mejor que vaya yo misma —dije, temiendo un encontronazo entre la señora Rusk y la agria francesa.

—Muy bien, querida.

Y me marché corriendo, sin lamentar para nada el escapar de algún modo antes de que regresara el capitán Oakley.

Mientras recorría el pasillo iba pensando si mi vestido podría ser tan enormemente ridículo como mi vieja prima creía, y tratando, en vano, de recordar

alguna prueba de un juicio similarmente despreciativo por parte de aquel hermoso y gárrulo *dandy*. Pero no pude..., de hecho fue más bien al contrario. No obstante, me encontraba aún incómoda y enfebrecida..., las muchachas de la misma edad que yo tenía entonces podrán fácilmente imaginarse lo desdichadas que, en semejantes circunstancias, les haría un recelo de esa clase.

La habitación de madame quedaba muy lejos. En el pasillo hallé a la señora Rusk trajinando con la doncella.

—¿Cómo está madame? —pregunté.

—Estupendamente, creo yo —contestó el ama de llaves secamente—. Que yo sepa, no le pasa nada. Hoy ha comido por dos. Ojalá pudiera yo estar sentadita en mi cuarto sin hacer nada.

Cuando entré en la habitación, madame estaba sentada, o más bien reclinada, en un sillón bajo, junto al fuego, como era su costumbre, con los pies extendidos, cerca de las rejas, y un pequeño servicio de té a su lado. Metió apresuradamente un libro entre su vestido y la butaca y me recibió en un estado de languidez que, de no haber sido por las reconfortantes aseveraciones de la señora Rusk, me habría asustado.

—Espero que se encuentre usted mejor, madame —dije, acercándome.

—Mejor de lo que merezco, mi querida niña, suficientemente bien. Todo el mundo es buenísimo y me obsequia con cualquier cosita, como a un pájaro; aquí hay café..., la señora Rusk, pobre mujer, e intento tomar un poquito, para complacerla.

—¿Y su resfriado, está mejor?

Madame denegó con la cabeza lánguidamente, el codo descansando sobre la butaca y la frente sostenida por las puntas de tres de sus dedos; acto seguido exhaló un suspiro mientras miraba hacia abajo de soslayo, en un interesante abatimiento.

—*Je sens des lassitudes* en todos los miembros... pero estoy muy feliz, pues aunque sufro me siento consolada y agradecida *des bontés, ma chère, que vous avez tous pour moi* —y, con estas palabras, me dirigió una lánguida mirada de gratitud que fue a caer en el suelo.

—Lady Knollys tiene grandes deseos de verla a usted, sólo unos minutos, si pudiera recibirla.

—*Vous savez, les malades* nunca reciben visitas —replicó con una especie de acidez sobresaltada y una momentánea energía—. Además no puedo conversar; *je sens de temps en temps des douleurs de tête...* de cabeza y de oído, en el oído derecho, *parfois* me pongo a morir, sí, a morir, y ahora me ha vuelto.

Y, dando un respingo, lanzó un gemido con los ojos cerrados y la mano apretando el órgano afectado.

Simple como era, instintivamente sentí que madame estaba fingiendo. Su actuación era exagerada, sus transiciones demasiado bruscas y, además, olvidó que yo sabía lo bien que ella hablaba inglés y tenía que darme cuenta de que con aquel bonito mosaico de expresiones extranjeras lo que hacía era aumentar el interés de su desvalimiento. En consecuencia, y con una especie de coraje que a veces me

ayudaba, dije:

—Oh, madame, ¿de veras no cree usted que podría ver a lady Knollys unos minutos sin que ello sea mucha molestia?

—¡Niña cruel! Sabes que tengo un dolor en el oído que en este momento me está haciendo sufrir horriblemente, y me preguntas si no querré conversar con extraños. No pensaba yo que fueses tan despiadada, Maud; pero es imposible, tienes que darte cuenta... por completo imposible. Sabes muy bien que yo jamás rehúso tomarme una molestia cuando estoy en condiciones, jamás.

Y madame derramó algunas lágrimas, las cuales venían siempre cuando se las llamaba, y, con la mano puesta en el oído, dijo con un hilo de voz:

—Ten la bondad de decirle a tu amiga cómo me ves, cómo estoy sufriendo, y déjame, Maud, porque quiero estar acostada un ratito, pues el dolor no me permitirá estarlo mucho más.

Y así, con unas palabras de consuelo que malamente podían ser rechazadas, aunque me figuro que traicionaban mi sospecha de que sus sufrimientos estaban siendo exagerados más de la cuenta, regresé a la sala de estar.

—El capitán Oakley ha estado aquí, querida, e imaginando, supongo, que nos habías abandonado para el resto de la velada, se ha ido a la sala de billares, creo —dijo lady Knollys cuando entré.

Esto explicaba, así pues, los ruidos sordos y golpes de bolas que había oído al pasar junto a la puerta.

—Le he estado diciendo a Maud que va vestida de una forma detestable.

—¡Muy precavido por tu parte, Mónica! —dijo mi padre.

—Sí. Y realmente, Austin, está clarísimo que deberías casarte; necesitas a alguien que salga con esta chica y que se ocupe de ella; ¿y quién va a hacerlo? Es una dejada... ¿no te das cuenta? ¡Qué ignominia! Y además es una pena tan grande, porque es una criatura preciosísima, y una mujer inteligente podría hacer de ella una muchacha encantadora.

Mi padre se tomaba las salidas de la prima Mónica con el más prodigioso buen humor. Mónica había sido siempre, me figuro, una persona privilegiada, y mi padre, a quien todos nosotros temíamos, recibía sus joviales ataques como me imagino que los ceñudos Front-de-Boeufs de antaño aceptaban los humores y personalidades de sus bufones.

—¿He de aceptar esto como una proposición? —le dijo mi padre a su lenguaraz prima.

—Sí, puedes hacerlo, pero no una proposición mía, Austin... yo no valgo. ¿Te acuerdas de la pequeña Kitty Weadon, con la que yo quería que te casaras hace veintiocho años, o más, con ciento veinte mil libras? Pues bien, ¿sabes?, sigue teniendo tanto, y la verdad es que es la más amable de las criaturas, y aunque en aquel tiempo tú no la quisieras, desde entonces va ya por su segundo marido, para que te enteres.

—Me alegro de no haber sido el primero —dijo mi padre.

—Bueno, la gente lo que dice es que su fortuna es absolutamente inmensa. Su último marido, el comerciante ruso, se lo ha dejado todo. Vive en la más completa soledad y está en el mejor de los círculos.

—Siempre fuiste una casamentera, Mónica —dijo mi padre, deteniéndose y poniéndole cariñosamente una mano sobre las suyas—. Pero no servirá de nada. No, no, Mónica; hemos de cuidar de la pequeña Maud de algún otro modo.

Me sentí aliviada. Nosotras, las mujeres, tenemos un miedo instintivo a las segundas nupcias, y pensamos que no hay viudo que esté por encima o por debajo de ese peligro; y recuerdo que cada vez que mi padre, cosa que de hecho ocurría muy poco a menudo, se marchaba de visita a la ciudad o a cualquier otro sitio, la señora Rusk solía decir:

—No me extrañaría nada, y tú, cariño, tampoco deberías extrañarte si tu padre trajera con él a una joven esposa.

Mi padre, así pues, dedicando a Mónica una mirada bondadosa, y a mí otra muy tierna, se fue en silencio a la biblioteca, como con frecuencia hacía a esas horas.

No pude evitar el albergar resentimiento hacia mi prima Knollys por su oficiosa recomendación de matrimonio. Una madrastra era la cosa que yo más temía. La buena de la señora Rusk, así como Mary Quince, cada una a su manera, solían, mediante anécdotas ocasionales y frecuentes reflexiones, aumentar mis terrores ante semejante intrusión. Supongo que no deseaban una revolución en Knowl, con todas sus consecuencias, y que no veían daño alguno en excitar mi vigilancia.

Pero era imposible estar enojada mucho tiempo con la prima Mónica.

—Tu padre es rarísimo, ¿sabes, querida? —dijo—. Yo no le hago caso... nunca se lo hice. Y tú tampoco debes hacérselo. Chiflado, querida, está chiflado... ¡decididamente chiflado!

Y se dio unos golpecitos en uno de los lados de la frente, con una mirada tan socarrona y cómica que, pienso, me habría echado a reír si el sentimiento no hubiera sido tan horriblemente irreverente.

—Y bien cariño, ¿qué tal está tu amiga la costurera?

—Madame sufre tantísimo del dolor de oído, que dice que le va a ser imposible tener el honor...

—¡Honor...! ¡Una gaita! Quiero ver qué aspecto tiene esa mujer. ¿Dolor de oído, dices? ¡Pobrecilla! Pues bien, querida, me parece que yo puedo curarla en cinco minutos. Yo también lo tengo, de vez en cuando. Ven a mi cuarto y cogeremos los frascos.

A continuación Mónica encendió su vela en el zaguán y, con paso ligero y ágil, subió las escaleras, seguida por mí; y una vez hallados los remedios nos acercamos juntas al cuarto de madame.

Se me ocurre que, cuando aún nos encontrábamos al otro extremo del corredor, madame oyó o adivinó que nos aproximábamos, pues su puerta se cerró súbitamente

y hubo un tejemaneje en el picaporte. Pero el pestillo estaba estropeado.

Lady Knollys llamó con los nudillos y dijo:

—Por favor, deseamos entrar y verla a usted. Tengo unos remedios que estoy segura han de hacerle bien.

No hubo respuesta, así que Mónica abrió la puerta y ambas entramos. Madame se había envuelto en la colcha azul y estaba acostada sobre la cama, con la cabeza sepultada en la almohada y liada con la sobrecama.

—¿Quizá está dormida? —dijo lady Knollys, arrimándose a un lado de la cama e inclinándose sobre madame.

Madame yacía quieta como un ratón. La prima Mónica depositó sus dos frascos encima de la mesa y, cerniéndose de nuevo sobre el lecho, empezó a levantar muy suavemente con sus dedos la colcha que cubría el rostro de madame, quien emitió un mugido soñoliento y, agarrándose aún más a la colcha que la envolvía, la apretó con más fuerza contra su cara.

—Madame, somos nosotras, Maud y lady Knollys. Hemos venido para aliviarle el oído. Le ruego que me lo deje ver. No puede estar dormida, está sujetando la ropa fortísimo. Vamos, por favor, permítame que lo vea.

CAPÍTULO XI

LADY KNOLLYS VE LAS FACCIÓNES

QUIZÁ si madame hubiese murmurado: «Estoy bien... por favor, déjenme morir», habría escapado a una situación embarazosa. Pero al haber adoptado el papel de quien duerme de puro agotamiento, era imposible, por coherencia, el que hablara en aquel momento y tampoco podía mantener sujeta a la fuerza la colcha alrededor de su cara. Así pues, su presencia de ánimo le abandonó, y la prima Mónica retiró la sobrecama. Apenas hubo contemplado el perfil de la paciente, cuando su jovial semblante se frunció y ensombreció con una hosca curiosidad y sorpresa, en modo alguno placenteras; se quedó erecta junto al lecho, con la boca firmemente cerrada y las comisuras de los labios caídas, en una especie de rechazo y perturbación, los ojos puestos en la paciente.

—Así que ésta es madame de la Rougierre —exclamó lady Knollys al cabo de un buen rato, con un imponente desdén—. Pienso que jamás había visto a nadie más escandalizado.

Madame se incorporó, muy arrebolada, lo que nada tenía de extraño, puesto que con tantas apreturas había permanecido envuelta en la colcha. No dirigió del todo su mirada hacia lady Knollys, sino más bien se puso a mirar directamente enfrente de ella, algo hacia abajo, y con los ojos muy encendidos.

Me sentía muy asustada y llena de asombro, casi en un tris de romper a llorar.

—Bien, *mademoiselle*, al parecer se ha casado usted desde la última vez que tuve el honor de verla. No reconocí a *mademoiselle* bajo su nuevo nombre.

—Sí... estoy casada, lady Knollys; creía que todos cuantos me conocen se habrían enterado de ello. Casada muy respetablemente, para una persona de mi estamento. Pronto no necesitaré ya llevar la vida de una institutriz. No hay nada malo en ello, espero.

—Espero que no —dijo lady Knollys secamente, algo pálida y con los ojos llenos de una suerte de oscuro asombro, todavía clavados en la frente y el semblante arrebolados de la institutriz, la cual tenía la vista baja y fija en el vacío, con una expresión de enojo y desconcierto.

—Supongo que se lo habrá explicado usted todo satisfactoriamente al señor Ruthyn, en cuya casa la encuentro —dijo la prima Mónica.

—Sí, por supuesto..., todo cuanto él demande... de hecho no hay nada que explicar. Estoy pronta a responder a cualquier pregunta. Que me pregunte.

—Muy bien, *mademoiselle*.

—*Madame*, si no le importa.

—Me olvidaba... *madame*... sí. Informaré de todo al señor Ruthyn.

Madame le dirigió una mirada aguda y maligna, risueñamente recelosa y cargada de clandestino desprecio.

—En lo que a mí respecta, nada tengo que ocultar. Siempre he cumplido con mi deber. ¡Bonita escena absolutamente por nada...! ¡Qué encantadores remedios para una persona enferma! *Ma foi!* ¡Qué agradecidísima estoy por tan amables atenciones!

—Por lo que puedo ver, *mademoiselle*... que diga, *madame*... no se halla usted muy necesitada de remedio alguno. Ni su oído ni su cabeza parecen molestarle en este momento. Me figuro que tales dolores pueden darse ya por despachados.

Lady Knollys hablaba ahora en francés.

—La señora ha distraído mi atención por unos instantes, pero eso no impide que sufra horriblemente. Desde luego yo no soy más que una pobre institutriz, y a esta gente tal vez no debería dolerle nunca nada... o al menos no debería mostrar que le duele. Nos está permitido morir, pero no estar enfermos.

—Vamos, Maud, querida, dejemos a la inválida entregada al reposo y la naturaleza. No creo que necesite mi cloroformo y mi opio en este momento.

—La señora es, en sí misma, un médico que ahuyenta muchas cosas y afecta poderosamente al oído. Sin embargo desearía dormir, y tan sólo podré hacerlo en silencio, si a la señora no le importa.

—Vamos, querida mía —dijo lady Knollys, una vez más sin mirar hacia aquel semblante ceñudo, sonriente y moreno que descansaba sobre la cama—; dejemos a tu institutriz a su *conforto*.

—El cuarto huele a aguardiente por todas partes, querida... ¿es que bebe? —dijo lady Knollys algo bruscamente, cuando cerró la puerta.

Estoy segura de que mi aspecto denotaba el asombro que sentía ante semejante imputación, que a mí entonces me parecía completamente increíble.

—¡Ay, mi pequeña, qué tonta es! —dijo la prima Mónica, sonriéndome y dándome un besito en la mejilla—. Una dama borracha es algo con lo que tu filosofía nunca ha soñado. Bueno, vivimos para aprender. Vámonos a tomar el té a mi habitación..., pues los caballeros, me figuro, se habrán retirado.

Asentí, por supuesto, y tomamos el té muy agradablemente junto al fuego de su dormitorio.

—¿Cuánto tiempo hace que tienes a esa mujer? —me preguntó de pronto, tras haber permanecido reflexionando un rato, para tratarse de ella, larguísimo.

—Vino a principios de febrero... hace casi diez meses... ¿no es así?

—¿Y quién la envió?

—En realidad no lo sé; papá me cuenta tan pocas cosas..., fue él quien lo arregló todo, creo.

La prima Mónica emitió un sonido de aquiescencia, con los labios cerrados, y

asintió con la cabeza, frunciendo el entrecejo mientras clavaba los ojos en las rejas.

—¡Es muy extraño! —dijo—. ¿Cómo puede ser la gente tan tonta? —aquí hubo una pequeña pausa—. ¿Y qué clase de persona es ella...? ¿Te resulta simpática?

—Sí, mucho... bueno, bastante. ¿No se lo dirá a nadie? Más bien me asusta. Estoy segura de que lo hace sin querer, pero el caso es que me da mucho miedo.

—¡Supongo que no te pegará! —dijo la prima Mónica, con un incipiente frenesí en su rostro que me hizo amarla.

—¡Oh, no!

—¡Ni que te maltrata de ninguna manera!

—No.

—¿Me das tu palabra de honor, Maud?

—Mi palabra de honor que no.

—Sabes muy bien que no he de contarle a nadie lo que me digas, y que lo único que quiero es saberlo, para poder terminar con ello, mi pobre primita.

—Muchas gracias, prima Mónica; pero la verdad es que no me maltrata.

—¿Y tampoco te amenaza, hija?

—Pues no... no, tampoco me amenaza.

—¿Por qué diantre te asusta entonces, hija?

—Bueno, realmente..., me da vergüenza decírselo..., se va a reír de mí..., yo no sé si quiere asustarme. Pero es que en ella hay algo, ¿sabe? fantasmal, ¿verdad que sí?

—¡Fantasmal...! ¿Tú crees? Bueno, lo cierto es que no lo sé, pero sospecho que lo que sí hay es algo diabólico... quiero decir que tiene pinta de ser una bribona... ¿verdad que sí? Además pienso que no ha tenido de veras resfriado alguno, y que tampoco le duele nada, sino que ha estado fingiendo la enfermedad para mantenerse apartada.

Me di clara cuenta de que el condenatorio epíteto de la prima Mónica se refería a algún conocimiento retrospectivo que a mí no me lo iba a revelar.

—¿Conocía a madame de antes? —dije—. ¿Quién es?

—Me ha asegurado que es madame de la Rougierre, y supongo que así se llama a sí misma en francés —me contestó lady Knollys riendo, aunque incómoda, según me pareció.

—¡Oh, querida prima Mónica, anda, dígamelo! ¿Es... es muy malvada? ¡Es tanto el miedo que me da!

—¿Y cómo quieres que lo sepa, querida Maud? Pero me acuerdo de su cara y no puedo decir que me agrade mucho, créeme. Mañana por la mañana pienso hablarle a tu padre acerca de ella, así que no me hagas más preguntas sobre ella, querida, pues la verdad es que no tengo mucho más que decir que a ti te importara oír. El hecho es que no pienso decir ni una palabra más sobre ella, y ya está.

Y la prima Mónica se echó a reír y me dio un cachetito en la mejilla, y luego un beso.

—Bueno, dígame sólo esto...

—No, no voy a decirte ni esto ni nada más... ni una sola palabra, curiosa mujercita. Lo cierto es que tengo poco que decir, y voy a decírselo a tu padre, y él, de eso estoy segura, hará lo que sea justo hacer; de modo que no me preguntes más. Hablemos de algo más agradable.

Había algo indescriptiblemente subyugador, tal me parecía a mí, en la prima Mónica. Vieja como era, y sin embargo se me antojaba muy juvenil, comparada con aquellas lerdas y vulgares señoritas a las que había conocido en mis escasas visitas a las mansiones del condado. Llegado este momento se me había esfumado por completo la timidez, y mi trato con ella era de gran intimidad.

—Sabe muchísimo sobre ella, prima Mónica, pero no quiere decírmelo.

—Nada me gustaría más, si me viera en libertad de hacerlo, briboncilla; pero ¿sabes?, después de todo, en realidad no digo si en el fondo sé o no algo sobre ella, o qué clase de conocimiento es el que tengo. Ahora dime qué es lo que quieres decir con eso de fantasmal, y todo eso.

Le relaté, así pues, mis experiencias, a las cuales, lejos de reírse de mí, prestó oídos con una muy especial seriedad.

—¿Escribe y recibe muchas cartas?

La había visto escribir cartas, y suponía, aunque tan sólo podía recordar una o dos, que las recibía proporcionalmente.

—¿Eres tú Mary Quince? —preguntó mi prima.

Mary estaba poniendo en orden las cortinas de las ventanas, y se volvió, haciendo una afirmativa reverencia hacia ella.

—Estás al servicio de la señorita Ruthyn, mi primita, ¿no es así?

—Sí, señora —dijo Mary con sus mejores modales.

—¿Duerme alguien en su habitación?

—Sí, señora. Yo, con el permiso de la señora.

—¿Y nadie más?

—No, con el permiso de la señora.

—¿Ni siquiera la institutriz, a veces?

—No, señora.

—¿Estás segura de que nunca, querida? —dijo lady Knollys, transfiriéndome a mí la pregunta.

—¡Oh, no, nunca! —contesté.

La prima Mónica se sumergió en una grave meditación —incluso, tal se me antojó, llena de ansiedad— mientras contemplaba la parrilla del hogar; acto seguido revolvió el té con la cucharilla y tomó un sorbo, sus ojos aún fijos en el mismo punto de nuestra alegre lumbre.

—Me gusta tu cara, Mary Quince; estoy segura de que eres una buena criatura —dijo, volviéndose de pronto hacia ella con un semblante satisfecho—. Estoy muy contenta de que la tengas, querida. ¡Me pregunto si Austin se habrá ido ya a la cama!

—No creo. Estoy segura de que está en la biblioteca o en su gabinete privado..., papá lee o reza con frecuencia a solas por la noche, y... y no le gusta que le interrumpan.

—No, no, desde luego que no..., vale perfectamente mañana por la mañana.

Lady Knollys, tal me pareció, estaba sumida en profundas meditaciones.

—Así que te dan miedo los duendes, querida mía —dijo por último, con una especie de sonrisa mortecina, volviéndose hacia mí—; bueno, si fuera yo, sabría lo que hay que hacer... tan pronto como yo y la buena de Mary Quince, aquí presente, nos hubiéramos, metido en el dormitorio para pasar la noche: lo que yo haría es avivar el fuego hasta hacer una buena llama, y echar el cerrojo a la puerta... ¿has oído, Mary Quince? Echar el cerrojo y mantener la vela encendida toda la noche. Tendrás que tener con ella mucha atención, Mary Quince, pues no... no me parece a mí que sea muy fuerte, y es preciso que no se ponga nerviosa; así que idos a la cama prontito, y no la dejes sola... ¿entendido? y... y acuérdate de echar el cerrojo, Mary Quince, si lo haces mandaré un caja de Navidad a mi prima y no me olvidaré de ti. ¡Buenas noches!

Y, haciendo una graciosa reverencia, Mary se marchó de la habitación a paso rápido.

CAPÍTULO XII

UNA CURIOSA CONVERSACIÓN

Nos tomamos otra taza de té y, durante un rato, permanecemos en silencio.

—No hablemos más de fantasmas. Eres una mujercita supersticiosa, ¿sabes?, y es preciso que no te asustes.

Y mi prima Mónica enmudeció de nuevo y, echando una vivaz ojeada alrededor de la habitación, como una dama en busca de un tema de conversación, sus ojos se detuvieron en un pequeño retrato oval, grácil, de colorido luminoso, al estilo francés, que representaba a un guapo muchachito con abundantes cabellos dorados, ojos grandes y dulces, rasgos delicados y una expresión tímida y peculiar.

—Es extraño; creo recordar haber visto hace muchísimo tiempo ese pequeño esbozo, tan bonito. Pienso que fue cuando yo era una niña, pero la forma de vestir, y de llevar el cabello, es mucho más antigua de lo que nunca vi. Ahora tengo cuarenta y nueve años. ¡Oh, sí, querida! ¡Ha pasado un buen rato desde que nací! ¡Qué chico tan extraño y guapo! Un pequeño personaje lo que se dice misterioso. Me pregunto si será completamente sincero. ¡Qué pelo tan abundante y dorado! Está hecho con gran habilidad... un artista francés, me figuro... ¿y quién es el muchachito?

—Nunca lo he oído decir. Alguien que vivió hace cien años, me imagino. ¡Pero abajo hay un cuadro sobre el que estoy deseando preguntarle!

—¡Oh! —murmuró lady Knollys, mientras seguía contemplando el dibujo con ojos soñadores.

—Es un retrato de cuerpo entero del tío Silas..., quiero preguntarle sobre él.

Al mencionar su nombre, mi prima me lanzó una mirada tan brusca y extraña que casi equivalía a un sobresalto.

—¿Tu tío Silas, querida? Es curiosísimo, pero justo estaba pensando en él —y dejó escapar una risita—. Preguntándome si ese muchachito podría ser él.

Y la activa prima Mónica, con una vela en la mano, saltó sobre una silla y se puso a escudriñar el borde del esbozo en busca de un nombre o una fecha.

—Quizá esté en el reverso —dijo.

Lo descolgó, así pues, y, en efecto, no en el reverso del dibujo, pero sí en el marco, que era igual de bueno, con letra italiana, redonda, escrito con pluma y tinta, y apenas distinguible a causa de la decoloración de la madera, descubrimos:

«*Silas Aylmer Ruthyn, Aetate viii. 15 mayo, 1779*».

—Es extrañísimo que nadie me haya dicho quién era, o que yo no me acordase.

Pienso que si me lo hubieran dicho alguna vez, lo habría recordado. Pero sí tengo memoria de este cuadro, estoy casi segura. ¡Qué singular la cara de ese niño!

Y mi prima se cernió sobre él con una vela a cada lado y utilizando la mano como pantalla, como si en aquellas hermosas facciones, a medio formar, buscara descifrar un enigma.

Supongo que aquellas facciones infantiles burlaron el empeño de mi prima; su secreto era insondable, pues tras un buen rato levantó la cabeza, todavía contemplando el retrato, y suspiró.

—Un rostro singularísimo —musitó, como quien está mirando el interior de un ataúd—. Será mejor que lo volvamos a colocar, ¿no?

Y el bello óvalo, con el cabello dorado y los grandes ojos, aquella esfinge impenetrable y pálida, de nuevo se alzó hasta su clavo, mientras el *funeste* y apuesto muchachito parecía derramar una mirada oracular sobre nuestras conjeturas.

—Así es el rostro del retrato grande... muy singular... más, creo yo, que ése... y más hermoso también. Este es un niño enfermizo, me parece a mí; en cambio el de cuerpo entero es tan varonil, aunque muy esbelto y también muy guapo. Pienso siempre que es un héroe y un misterio, y nadie quiere decirme nada sobre él, y lo único que puedo hacer es soñar y formularme preguntas.

—Mi querida Maud, no eres la única a la que él ha hecho soñar y formularse preguntas. No sé qué pensar de él. Para tu padre es una especie de ídolo, ¿sabes?, y sin embargo no creo que le ayude mucho. Sus facultades eran singulares, lo mismo que sus infortunios; por lo demás, querida mía, no es ni un héroe ni un prodigio. Que yo sepa, son muy poquitos los hombres sublimes que andan por el mundo.

—Tiene que decirme todo lo que sepa sobre él, prima Mónica. ¡No se niegue!

—Pero ¿por qué habrías de querer oírlo? No es nada realmente grato de contar.

—¡Justo por eso quiero saberlo! Si todo fuese agradable, sería una vulgaridad total. Me gusta escuchar aventuras, peligros y desgracias; y, sobre todo, amo el misterio. Sabe que papá no me lo dirá nunca, y yo no me atrevo a preguntarle, no porque él no sea siempre bondadoso conmigo, sino porque, de algún modo, me da miedo; y ni la señora Rusk ni Mary Quince quieren decirme nada tampoco, aunque sospecho que están enteradísimas.

—No veo bien alguno en contártelo, querida, y tampoco veo, a decir verdad, ningún gran daño en hacerlo.

—No... eso es una gran verdad... no hay ningún daño. Y no puede haberlo, porque algún día tengo que saberlo, y mejor que sea ahora y de sus labios y no, quizá, de los de algún extraño y de un modo menos favorable.

—En verdad que eres una mujercita inteligente y que tampoco se puede decir que tengas poco seso.

Así las cosas, nos servimos otra taza de té y fuimos tomándonoslo a sorbos muy a gusto al amor de la lumbre mientras lady Knollys seguía hablando y su animado semblante servía de ayuda a la extraña historia.

—Después de todo, no es gran cosa. ¿Sabes si tu tío Silas vive?

—¡Oh, sí; en Derbyshire!

—¡Ya veo, por tanto, que sabes algo de él, astuta chiquilla! Pero no importa. Sabes que tu padre es un hombre muy rico. Silas, sin embargo, era el hermano menor y tenía poco más que un millar de libras al año. Si no se hubiese dado al juego y si no hubiese querido casarse, esa cantidad habría sido suficiente..., muchísimo más de lo que con frecuencia tienen los hijos menores de los duques; pero Silas era... bueno, un *mauvais sujet*..., ya sabes lo que es eso. No quiero hablar mal de él... no quiero decir más de lo que realmente sé..., pero le gustaban los placeres, supongo, como a otros jóvenes, y jugaba y perdía siempre, y durante mucho tiempo tu padre pagó grandes sumas por él. Creo que era, realmente, un joven de lo más despilfarrador y depravado; y me imagino que él mismo no lo niega absolutamente, pues dicen que, si pudiera, cambiaría el pasado.

Me puse a contemplar al pensativo muchachito en el marco ovalado —de ocho años de edad—, quien, al cabo de unas pocas primaveras, iba a ser «un joven de lo más despilfarrador y depravado», y que en la actualidad era un viejo doliente y proscrito, y me maravillaba de cuán parva simiente brota la cicuta o el alhelí, y cuán microscópicos son los comienzos del reino de Dios o el misterio de la iniquidad en el corazón de un ser humano.

—Austin... tu papá... fue muy bueno con él... mucho; pero querida, ya sabes que es toda una rareza de hombre... ¡lo es!, aunque nadie te lo haya dicho antes... y no le perdonó nunca que contrajera matrimonio. Supongo que tu padre sabía más que yo acerca de aquella mujer..., yo entonces era joven..., pero el caso es que hubo diversos informes, ninguno de ellos agradable, y no se le hacían visitas, de manera que durante algún tiempo hubo un completo extrañamiento entre tu padre y tu tío Silas; lo que resulta bastante raro es que dicho extrañamiento se arreglara precisamente con ocasión de algo que, según decía alguna gente, tendría que haberlos separado por completo. ¿Oíste decir alguna vez una cosa..., una cosa muy digna de tener en cuenta... acerca de tu tío?

—No, nunca. Jamás me lo quisieron decir, aunque tengo la certeza de que lo saben. Por favor, continúe.

—Bien, Maud, ya que he empezado la historia, la terminaré, aunque acaso habría sido mejor que no lo hiciera. Fue algo, en verdad, para dejarle a uno de una pieza... de una pieza; el hecho es que insistían en considerarle sospechoso de haber cometido un asesinato.

Por un rato me quedé mirando a mi prima, y luego al muchachito, tan refinado, tan guapo, tan *funeste*, dentro de su marco ovalado.

—Sí, querida —dijo mi prima, mientras sus ojos seguían a los míos—; ¿quién hubiera supuesto que Silas podía incurrir jamás en una sospecha tan horrible?

—¡Qué desgraciados! ¡Desde luego que el tío Silas... por supuesto que es inocente! —dije finalmente.

—Por supuesto, querida mía —dijo la prima Mónica con una mirada extraña—; pero ya sabes que hay cosas que casi es tan malo el haberlas hecho como el incurrir en la sospecha de que las has hecho, y los hidalgos rurales eligieron sospechar de él. No le tenían simpatía, ¿entiendes? Eran contrarios a sus tendencias políticas, y él resentía el trato que daban a su esposa..., aunque en realidad creo, pobre Silas, que ella a él no le importaba un pepino..., y él les incordiaba cada vez que podía. Tu papá, ¿sabes?, está muy orgulloso de su familia... jamás tuvo la más mínima sospecha de tu tío.

—¡Claro que no! —exclamé con vehemencia.

—Justamente, Maud Ruthyn —dijo la prima Mónica con una sonrisa triste y un gesto de asentimiento con la cabeza—. Y, como puedes suponer, tu papá estaba muy enfadado.

—¡Claro que lo estaría! —exclamé.

—Querida mía, no tienes ni idea de lo enfadado que estaba. A su apoderado le dio instrucciones para que iniciara acciones legales a mansalva, contra todo aquel que hubiese pronunciado una palabra atentatoria contra el carácter de tu tío. Pero los abogados se opusieron, y entonces tu tío intentó presentar batalla hasta el final, pero nadie se la aceptó. Le dieron de lado. Tu padre se fue a ver al ministro. Quería que le hicieran delegado del gobierno en su condado, o algo así. Tu papá, ¿sabes?, tenía grandes influencias en el gobierno. Además de su influencia en el condado, en aquel entonces tenía dos distritos^[12]. Pero al ministro le entró miedo, pues los ánimos estaban muy caldeados. Le ofrecieron algo en las colonias, pero tu padre no quiso ni oír hablar de ello..., semejante cosa habría equivalido a un destierro, ¿entiendes? Para arreglar la cuestión estaban dispuestos a hacer a tu padre Par del Reino, pero rehusó aceptarlo y rompió con el partido. Excepto en este sentido (que, entiéndeme, estaba relacionado con la reputación de la familia), y tomando en cuenta su gran riqueza, no creo que haya hecho mucho por Silas. Sin embargo, y para decir la verdad, antes de su matrimonio fue muy liberal con él. La vieja señora Aylmer dice que en aquel momento tu padre se juró a sí mismo que tu tío jamás recibiría más de quinientas libras al año, que es lo que, según creo, le sigue asignando, y le permite vivir en la casa. Pero dicen que en un estado de caos y abandono.

—Usted vive en el mismo condado... ¿le ha visto últimamente, prima Mónica?

—No, no muy recientemente —dijo la prima Mónica, y comenzó a tararear una cancioncilla, con aire abstraído.

CAPÍTULO XIII

ANTES Y DESPUÉS DEL DESAYUNO

A la mañana siguiente, temprano, me planté ante mi retrato favorito, el de cuerpo entero, con la levita color chocolate y las botas altas. No obstante lo escasas que habían sido las notas que mi prima Mónica había proporcionado acerca de aquella oscura y excéntrica biografía, lo eran todo para mí. Un alma había penetrado en aquella forma encantada. La verdad había pasado de largo con su antorcha, y una luz triste brilló por un instante en aquel rostro enigmático.

Allí estaba el *roué* —el duelista— y, con todas sus faltas, ¡el héroe también! En aquellos sus ojos grandes y oscuros se escondía, acechante, el profundo y encendido entusiasmo de su malhadada pasión. En sus finos pero exquisitos labios, yo colegía el arrojo del paladín dispuesto a «presentar batalla hasta el final», aunque con una sola mano, contra todos los magnates de su condado y, mediante la ordalía del combate, purgar el honor de los Ruthyn. En aquella delicada y semisarcástica tracería de los ollares, yo percibía el desafío intelectual que había aislado políticamente a Silas Ruthyn, oponiéndolo a la oligarquía rural de su condado, cuyo desquite había sido una horrible calumnia. También en su frente y sus labios descubría yo la paciencia de un frío desdén. Ahora podía verle tal cual era: el pródigo, el héroe y el mártir. Me quedé contemplándole con doncellesco interés y admiración. Había en mí indignación, piedad y esperanza. Algún día podría suceder que, pese a no ser yo sino una muchacha, contribuyera, de palabra u obra, a la vindicación de aquel gallardo y romántico pródigo, que tanto había sufrido. Era un destello de la inspiración de Juana de Arco, común, me figuro, a muchas chicas. Poco imaginaba yo entonces cuán profunda y extrañamente se vería un día implicado el destino de mi tío en el mío propio.

Me interrumpió la voz del capitán Oakley desde la ventana. Estaba apoyado en el alféizar mirando, sonriente, hacia el interior —la mañana era soleada y la ventana estaba abierta—, con su gorra levantada en una mano.

—Buenos días, señorita Ruthyn. ¡Qué hermosura la de este viejo lugar! Es ni más ni menos que el decorado para una fábula. ¡Qué arboledas! Y además la casa, realmente bellísima. Me gustan mucho estas casas blanquinegras... prodigiosas en su antigüedad. Por cierto, anoche nos trató usted muy mal... ya lo creo que sí; a fe mía que estuvo pero que muy mal eso de marcharse a tomar el té con lady Knollys, según ella me ha dicho. La verdad es que... no quisiera decirle lo enfurecido que me sentí,

en especial si se considera el poco tiempo que me queda.

Yo era tímida, pero no una señorita rural dada a poner sonrisitas bobaliconas. Sabía que era una heredera; sabía que era alguien. No había en mí la más mínima brizna de engreimiento, pero pienso que dicho conocimiento contribuía a darme un cierto sentido de seguridad y presencia de ánimo que podrían confundirse con dignidad o simpleza. Estoy segura de que le lancé una mirada interrogativa y libre de todo temor, pues él contestó a mis pensamientos.

—Le aseguro a usted muy de veras, señorita Ruthyn, que lo he dicho completamente en serio; no tiene usted idea de lo mucho que la eché de menos.

Hubo una breve pausa y, como una tonta, pienso, bajé los ojos y me ruboricé.

—Mi... mi idea era marcharme hoy; tengo la desgracia de que mi permiso acaba de expirar..., es una mala suerte tremenda; pero no sé si mi tía Knollys permitirá que me vaya.

—¿Yo? ¡Por supuesto, mi querido Charlie, que no deseo en absoluto que te marches! —exclamó una voz vivaracha, la de lady Knollys, asomada a una abierta ventana contigua—. ¿Qué es lo que ha podido meterte esa idea en la cabeza?

Y la cabeza de mi prima se metió dentro y la ventana se cerró.

—¡Es tan rara, la pobre tía Knollys! —murmuró el joven, nada desconcertado, y se echó a reír—. Nunca sé qué es lo que quiere, o cómo complacerla; pero tiene un carácter excelente; y cuando va a la ciudad a pasar la temporada, cosa que no hace siempre, ¿sabe usted?, su casa es realmente muy alegre..., no puede usted imaginárselo.

Aquí se vio de nuevo interrumpido, pues la puerta se abrió y entró lady Knollys:

—Además ya sabes, Charles —continuó mi prima—, que no debes olvidarte de visitar Snodhurst; escribiste, ya lo sabes, y sólo te quedan esta noche y mañana. No piensas en otra cosa que en el monte; te oí hablarle al guardabosques; creo que es ese hombre moreno con grandes patillas y polainas... ¿no es así, Maud? Lo siento muchísimo, ¿sabes?, pero lo cierto es que tengo que estropear tu partida de caza, Charlie, pues te están esperando en Snodhurst; ¿y no crees que esta ventana es demasiado para la señorita Ruthyn? Maud, querida mía, el aire es muy cortante; ciérrala, Charles. Y tú lo mejor que puedes hacer es decirles que te manden un cabriolé desde el pueblo después del almuerzo. Vamos, querida —me dijo a mí—. ¿No ha sido eso la campanilla del almuerzo? ¿Por qué tu papá no pone un gong?... ¡Es tan difícil distinguir una campanilla de otra!

Vi al capitán Oakley remolonear un poco en busca de una última mirada, pero no se la dirigí y salí con lady Knollys sonriendo y preguntándome por qué las viejas damas son tan uniformemente desagradables.

Ya en el zaguán, con una extraña y bondadosa mirada, mi prima dijo:

—Nada de permitirle que te haga el amor, querida mía. Charles Oakley no tiene una guinea, y una heredera le resultaría muy conveniente. Por supuesto que no le faltan ojos en la cara. Charles es cualquier cosa menos tonto, y yo, desde luego, no

lamentaría el verle bien casado, pues no siendo así no creo que llegue muy lejos; pero hay grados, y sus ideas a veces son muy impertinentes.

Era yo fervorosa lectora de *Albumes*, *Souvenirs*, *Keepsakes* y toda esa riada de sabiduría para regalo navideño que anualmente anegaba Inglaterra, con sus bonitas cubiertas y grabados, así como del diluvio de charlatanerías elegantes que constituían la leche —no exenta de agua— de la que en aquel entonces se nutrían los bebés de la literatura. Mi genio medraba a base de esto. Tenía yo un pequeño álbum, enriquecido con numerosas gamas de pensamientos y reflexiones originales, anotados por mí en un lenguaje idóneo. Últimamente, al pasar estas desvaídas hojas de rimas y prosas, fui a dar con la siguiente sabia reflexión, fechada aquel día y con mi nombre al final:

«¿Es que no hay en el corazón femenino unos inerradicables celos que, si dominan las pasiones de los jóvenes, también rigen los consejos de las personas mayores? ¿Es que éstas no envidian a la juventud los sentimientos (aunque Dios sabe cuán ensombrecidos por la aflicción) que ellas ya no pueden inspirar, quizá incluso experimentar; y acaso la juventud, a su vez, no suspira por esa envidia que posee el poder de frustrar?

Maud Aylmer Ruthyn».

—No me ha estado haciendo el amor —dije con bastante acrimonia—, y además no me parece en absoluto impertinente y en realidad no me importa lo más mínimo si se va o se queda.

La prima Mónica me miró a la cara con su vieja sonrisa retozona y se rió.

—Querida Maud, algún día entenderás mejor a esos *dandies* londinenses; están muy bien, pero les gusta el dinero..., no para guardarlo, por supuesto..., lo que no quita para que les guste y conozcan su valor.

Durante el desayuno, mi padre le dijo al capitán Oakley dónde podría ir de caza, o si prefería ir a Dilsford, a sólo media hora a caballo, allí podría, aquella misma mañana, hallar monteros y perros a su elección.

El capitán me dirigió una sonrisa socarrona y miró a su tía. Se produjo una pausa de incertidumbre. Mi esperanza era que no se notase mi interés..., pero todo fue inútil. La prima Mónica se mostró inexorable.

—¡Cacería, cetrería, pesca... una gaita! Sabes muy bien, querido Charlie, que ni hablar de todo eso. Charlie se va esta tarde a Snodhurst, y sin cometer toda una grosería, en la que además yo me vería envuelta, lo cierto es que no puede irse de caza..., ¡sabes muy bien que no puedes, Charlie!; así que... lo que tiene que hacer es irse allá y cumplir su compromiso.

Papá, así pues, se mostró de acuerdo, no sin decir cortésmente que lo lamentaba y expresar su esperanza de que en otra ocasión pudiera ser.

—Oh, eso déjame a mí. Cuando quieras que venga, no tienes más que escribirme a mí una nota, y te lo enviaré, o te lo traeré, si me lo permites. Siempre sé dónde encontrarle, ¿no es verdad, Charlie?, y ambos estaremos felicísimos de venir.

La influencia de la tía Mónica sobre su sobrino era especial, pues ella, de vez en

cuando, le daba succulentas «gratificaciones», y él, además, se había hecho muy gratas ilusiones respecto a su testamento. Sentí un considerable enojo ante su sometimiento a esa especie de tutela, desconociendo por completo sus motivaciones; también me desagradaba mucho la tiranía de mi prima Mónica.

Tan pronto como el capitán se hubo marchado de la habitación, lady Knollys, sin importarle mi presencia, le dijo animadamente a mi papá:

—Jamás permitas que ese joven vuelva a tu casa. Esta mañana le encontré aquí discurséándole a la pequeña Maud; y lo cierto es que anda por el mundo sin un céntimo... ¡qué pasmosa impudicia! Pero bien sabes que tales cosas, por absurdas que sean, suceden.

—Vamos a ver, Maud, ¿qué clase de cumplidos te ha hecho? —dijo mi padre.

Me hallaba enojada, y, por tanto, hablé con valentía:

—Sus cumplidos no iban dirigidos a mí, sino exclusivamente a la casa —dije con sequedad.

—Naturalmente, como tenía que ser... a la casa; es de la casa de la que está enamorado —dijo la prima Knollys.

*En la tierra del viudo y su heredero,
Se asentó Cupido, el buen arquero.*

—Pues no acabo de entender —dijo mi padre astutamente.

—¡Basta, Austin! Olvidas que Charlie es mi sobrino.

—Efectivamente —dijo mi padre.

—De ahí que el viudo, en este caso, literalmente no pueda tener otro interés a la vista que uno: el tuyo propio y el de Maud. Le quiero bien, pero no se meterá a mi primita y sus expectativas en su vacío bolsillo..., ¡eso ni hablar! Y he aquí otra razón, Austin, por la que deberías casarte...; tú para estas cosas no tienes vista alguna, mientras que una mujer inteligente las vería a la primera y evitaría males.

—Así es —asintió mi padre, entre melancólico y divertido—. Maud, tienes que intentar ser una mujer inteligente.

—Lo será a su debido tiempo, pero ese tiempo aún no ha llegado; y mira lo que te digo, Austin Ruthyn: si no miras a tu alrededor y desposas a alguien, es posible que alguien te despose a ti.

—Siempre fuiste un oráculo, Mónica; pero heme aquí perdido en una perplejidad total —dijo mi padre.

—Sí; tiburones que navegan a tu alrededor, con ojos alertas y grandes gargantas; y tú has llegado precisamente a esa edad en que los hombres son devorados vivos como Jonás.

—Gracias por el paralelismo, pero ya sabes que aquélla no fue una unión feliz, ni siquiera para el pez, y que a los pocos días se produjo la separación; con esto no quiero decir que me confío a ello, pero no hay nadie capaz de arrojarme en las fauces

del monstruo, y no tengo intención alguna de zambullirme en las mismas... Mónica, aquí no hay ningún monstruo.

—No estoy yo tan segura de eso.

—Pero yo sí lo estoy —dijo mi padre, algo secamente—. Olvidas lo viejo que soy y el largo tiempo que llevo viviendo solo... y olvidas también a la pequeña Maud —y sonrió y alisó mis cabellos mientras, creo, exhalaba un suspiro.

—Nadie es nunca demasiado viejo para hacer una tontería —comenzó lady Knollys.

—Ni para decirla, Mónica. Esto ha durado ya demasiado. ¿No te das cuenta de que la pequeña Maud es lo bastante tonta como para asustarse de tus bromas?

Tal me sucedía, pero no podía entender cómo él lo había adivinado.

—Y bien o mal, cuerda o locamente, el hecho es que jamás me casaré; así que quítate eso de la cabeza.

Esto iba dirigido más bien a mí, pienso, que a lady Knollys, quien me dedicó una sonrisita retozona, y dijo:

—Seguro, Maud; quizá tengas razón; una madrastra es un riesgo, y yo debería haberte preguntado primero lo que pensabas sobre el particular; pero por mi honor —prosiguió alegre pero bondadosamente, observando que mis ojos, ignoro a causa de qué sentimiento, se llenaban de lágrimas—, que nunca más volveré a aconsejar a tu papá que se case, a menos que tú me digas primero que lo deseas.

Mucho era esto, viniendo de lady Knollys, a quien gustaba dar consejos a sus amigos y manejar sus asuntos.

—Tengo un gran respeto por el instinto. Creo, Austin, que es más verdadero que la razón, y el tuyo y el de Maud están en mi contra, aunque yo sé que la razón está de mi lado.

La respuesta de mi padre fue una gélida sonrisa, y la prima Mónica me besó y dijo:

—Hace tantísimo tiempo que vivo sin rendir cuentas a nadie, salvo a mí misma, que a veces se me olvida la existencia de cosas tales como el miedo y los celos. ¿Vas a ver a tu institutriz, Maud?

CAPÍTULO XIV

PALABRAS DE ENFADO

TAL como dijo lady Knollys, iba a ver a mi institutriz; y, en efecto, fui. La indefinible sensación de peligro que me oprimía cada vez que contemplaba a aquella mujer se había ahondado desde lo sucedido la última noche, siendo desalojada de la región del instinto o los vagos sentimientos por obra de los extraños aunque leves indicios de reconocimiento y aborrecimiento que, en aquella ocasión, había observado en lady Knollys.

El tono en que la prima Mónica me había preguntado «¿vas a ver a tu institutriz?» y la curiosa mirada, seria y llena de ansiedad, que acompañó a la pregunta, me turbaron; había, además, en su tono un no sé qué de raro y frío, como si un recuerdo la hubiera helado de pronto. Sus acentos permanecían en mi oído y la dura, meditabunda expresión de sus ojos continuaba fija ante los míos mientras subía en silencio las anchas y oscuras escaleras que conducían a la habitación de madame de la Rougierre.

Madame no había bajado al cuarto-escuela, como se denominaba el escenario de mis estudios. Había decidido tener una recaída y, en consecuencia, aquella mañana no había hecho su aparición en el piso de abajo. El corredor que llevaba a su habitación estaba oscuro y solitario, y a medida que me aproximaba me sentía cada vez más nerviosa; me detuve frente a la puerta, decidiéndome a llamar con los nudillos.

Pero la puerta se abrió de repente y, como una figura de linterna mágica que se presenta de golpe, muy cerca de mis ojos apareció el gran rostro embozado, con su aborrecible mueca sonriente, de madame de la Rougierre.

—¿Qué significa esto, mi querida niña? —inquirió con ojos de aviesa malevolencia y una sonrisa hueca que en todo momento me desconcertó aún más que lo súbito de su aparición—. ¿Por qué te has acercado tan callandito? No duermo, ya ves, pero quizá temías tener la desgracia de despertarme, así que viniste... ¿no es así? ... para escuchar y asomarte a la habitación sin hacer ruido; querías saber cómo estaba. *Vous êtes bien aimable d'avoir pensé a moi.* ¡Bah! —exclamó de pronto en un estallido de ironía—. ¿Por qué no iba a poder venir la propia lady Knollys a escuchar por el ojo de la cerradura, para dar su informe? *Fi donc!* ¿Qué hay que ocultar? Nada. Entra, por favor. ¡Sean todos bienvenidos! —y abrió la puerta de par en par, me dio la espalda y, con una exclamación que no entendí, se metió en su cuarto a grandes zancadas.

—No he venido, madame, con la menor intención de fisgar o entrometerme..., ¡no pensará semejante cosa..., no puede pensarlo..., sus palabras no pueden significar que insinúa usted algo tan insultante!

Estaba muy enfadada y mis temblores se habían desvanecido ya por completo.

—No, no en lo que a ti se refiere, querida niña; estaba pensando en milady Knollys, que es mi enemiga sin causa. Todo el mundo tiene enemigos; esto lo aprenderás tan pronto como te hagas un poco mayor. Y ella es enemiga mía, sin causa. Vamos, Maud, di la verdad... ¿no ha sido milady Knollys quien te ha mandado aquí callandito, callandito, silenciosamente, a mi puerta?... ¿Verdad que sí, briboncilla?

Madame se había vuelto de nuevo hacia mí y ambas estábamos de pie en mitad de la habitación.

Rechacé, indignada, la acusación, y ella, escudriñándome por un momento con sus ojos astutos y extrañamente formados, dijo:

—Eres una chica buena, hablas sin tapujos..., eso me gusta, y me alegro de oírlo; pero, mi querida Maud, esa mujer...

—Lady Knollys es la prima de papá —la interrumpí con cierta gravedad.

—No tienes idea de lo mucho que me odia. Son ya varias las veces que ha intentado hacerme daño, y es capaz de utilizar a la persona más inocente para que la ayude en su malicia... de forma inconsciente, ¿sabes, querida?

Llegado este instante madame rompió a llorar un poco, en silencio. Yo ya había descubierto que era capaz de derramar lágrimas cada vez que se lo proponía. He oído hablar de tales personas, pero nunca he encontrado otra, ni antes ni después.

Madame se mostró inhabitualmente franca..., nadie sabía elegir mejor que ella el momento conveniente para la sinceridad. Supongo que en aquellos instantes llegó a la conclusión de que lady Knollys sin duda contaría, antes de marcharse de Knowl, todo cuanto sabía en relación con ella; de suerte que las reservas de madame, cualesquiera que fuesen, iban disolviéndose, y ella se iba haciendo cada vez más infantil y confiada.

—*Et comment va monsieur votre père aujourd'hui?*

—Muy bien —le contesté, dándole las gracias.

—¿Y cuánto tiempo se supone que va a durar la visita de lady Knollys?

—No sabría decirlo con exactitud, pero unos cuantos días.

—*Eh bien!*, mi querida niña, esta mañana me encuentro mejor y hemos de volver a nuestras clases. *Je veux m'habiller, ma chère Maud*; espérame en el cuarto-escuela.

Dicho esto, madame, quien, aunque perezosa, podía hacer un esfuerzo y era capaz de darse súbitamente prisa, se colocó delante de su mesa de tocador y se puso a echar ojeadas a su descolorido y huesudo semblante en el espejo.

—¡Qué horror! ¡Qué pálida estoy! *Quel ennui!* ¡Qué fastidio! ¡Cómo me he debilitado en dos o tres días!

Y lanzó varias miradas quejumbrosas y desvalidas al espejo. Pero de pronto, al

mirar por encima del marco del mismo, sobre el balcón que había debajo, su ceño se frunció un poco, en un gesto duro e inquisitivo. Fue sólo una rápida mirada, y acto seguido se sentó lánguidamente en su sillón a fin de prepararse, supongo, para su aseo.

Mi curiosidad se hallaba lo suficientemente excitada como para preguntar:

—Pero ¿por qué, madame, se figura usted que lady Knollys le tiene antipatía?

—No es que me lo figure, mi querida Maud. ¡Ah, no! *Mais c'est toute une histoire...* demasiado aburrida para contarla ahora... Puede que algún día... y cuando seas un poco mayor aprenderás que los odios más violentos con frecuencia son los sin causa. Pero, mi querida niña, se nos están pasando las horas y yo tengo que vestirme. *Vite, vite!* Corre al cuarto-escuela, que yo iré después.

Madame estaba ocupada con su arreglo y sus misterios, y era palpable su necesidad de reparaciones, de modo que yo me marché a mis estudios. La habitación a la que llamábamos cuarto-escuela estaba, en parte, situada debajo del dormitorio de madame, y tenía las mismas vistas; así pues, recordando la ojeada que mi institutriz había lanzado desde su ventana, me asomé yo a la mía y vi a la prima Mónica paseando de arriba abajo por la terraza con paso vivaracho. Bien, ello era suficiente para explicar el gesto de madame. Mi curiosidad había aumentado grandemente, y decidí que, cuando nuestras clases hubieran terminado, me reuniría con ella y haría un nuevo intento de descubrir el misterio.

Mientras me hallaba sentada frente a mis libros, se me antojó oír un movimiento detrás de la puerta. Sospeché que era madame escuchando. Aguardé un rato, a la espera de ver abrirse la puerta; pero madame no entró, así que la abrí yo de repente; sin embargo ella no estaba, ni en el umbral ni en el pasillo. Oí, no obstante, un susurro y, en la escalera, por encima de la barandilla, vi los pliegues de su vestido de seda mientras bajaba.

Va en busca de una entrevista con lady Knollys, pensé. Tiene la intención de propiciarse a esa peligrosa dama; y esto me hizo divertirme durante ocho o diez minutos siguiendo con ojos atentos la rápida marcha y la cara de la prima Mónica cada vez que daba media vuelta por el desfiladero de la terraza. Pero nadie fue a reunirse con ella.

«Seguro que lo que está haciendo es hablar con papá», fue mi siguiente y más probable conjetura. Al albergar hacia madame la más profunda de las desconfianzas, lógicamente me sentía en grado sumo celosa de las entrevistas confidenciales en las que el engaño y la malicia pudieran montar una comedia plausible y sin respuesta.

«¡Sí, bajaré corriendo a ver a papá! ¡Es preciso que esa horrible mujer no le diga mentiras a mis espaldas!».

Una vez ante la puerta del estudio llamé con los nudillos e inmediatamente entré. Mi padre se hallaba sentado cerca de la ventana, con un libro abierto delante de él, y madame estaba de pie al otro lado de la mesa, con sus astutos ojos bañados en lágrimas y el pañuelo apretado contra su boca. Por un momento sus ojos me lanzaron

una fulgurante mirada subrepticia; aquella ceñuda dama-granadero estaba sollozando... *desolée*, de hecho, y su actitud era de un abatimiento y una timidez exquisitas. No obstante estaba leyendo atenta y hábilmente el rostro de mi padre, el cual, con aire reflexivo, la cabeza apoyada en la mano y una expresión no de enfado pero sí bastante displicente y enojada, no la miraba a ella, sino más bien hacia arriba, hacia el techo.

—Debería haberme enterado de esto antes, madame —estaba diciendo mi padre cuando yo entré—. Ello no hubiera cambiado las cosas... ni en lo más mínimo; téngalo en cuenta. Pero éste es el tipo de asunto del que yo tenía que haber sido enterado, y su omisión no ha sido estrictamente correcta.

Madame, en un tono de voz chillón y quejumbroso, inició su verborreica réplica, pero se detuvo ante un movimiento de cabeza de mi padre, el cual me preguntó si quería algo.

—Sólo... sólo que estaba esperando a madame en el cuarto-escuela y no sabía dónde estaba.

—Bien, ya ves que está aquí, y dentro de unos minutos irá a reunirse contigo arriba.

Me volví de nuevo, así pues, contrariada, llena de enojo y picada de curiosidad, y me senté en la silla con el semblante nublado, sin pensar gran cosa en las lecciones.

Cuando entró madame no alcé la cabeza ni los ojos.

—¡Leyendo! Eres una niña buena —dijo mientras se acercaba con paso rápido y firme.

—No —respondí acremente—; no soy buena, y tampoco una niña; no estoy leyendo, he estado pensando.

—*Tres bien!* —dijo ella, con una sonrisa insufrible—. Pensar también es bueno; pero tienes aspecto de sentirte desdichada... mucho, pobre niña. Procura no ponerte celosa porque a veces madame hable con tu papá; no debes hacerlo, tontita. Es sólo por tu bien, mi querida Maud; además yo no puse objeción alguna a que te quedaras.

—¡Usted, madame! —dije con altivez. Estaba muy enfadada y lo dejaba traslucir a través de mi dignidad, para evidente satisfacción de madame.

—No... fue tu papá, el señor Ruthyn, quien quiso hablar a solas; a mí no me importa; había algo que quería decirle. A mí no me importa quién lo sepa, pero el señor Ruthyn es diferente.

No hice ningún comentario.

—Vamos, pequeña Maud, no estés tan enfadada; es mucho mejor que tú y yo seamos amigas. ¿Por qué íbamos a reñir?... ¡Qué tontería! ¿Imaginas que iba yo a hacerme cargo de la educación de una jovencita a menos que pudiera hablar con sus padres?... ¡Qué locura! Sin embargo, mi pobre Maud, me gustaría ser amiga tuya, si lo permitieras... tú y yo juntas..., ¿qué dices a esto?

—Es la mutua simpatía lo que lleva a las personas a hacer amistad, madame, y la simpatía viene de por sí, no por ningún trato; y siento simpatía hacia todo aquel que

es bueno conmigo.

—Lo mismo que yo. ¡Eres tan parecida a mí en tantas cosas, mi querida Maud! ¿Te encuentras bien del todo hoy? Tienes aspecto de cansada, me parece; también yo lo estoy, muy cansada. Creo que dejaremos la clase para mañana. ¿Eh? Y nos iremos a jugar a la *grace* en el jardín.

Estaba claro que madame se hallaba en un estado de exultación. Su audiencia había sido, evidentemente, satisfactoria, y, al igual que otras personas, cuando las cosas marchaban bien su ánimo se encendía en un sulfúreo buen humor, no muy genuino ni agradable, aunque no obstante mejor que otros de sus humores.

Me alegré cuando nuestra calistenia^[13] hubo terminado y madame se retiró a su apartamento, lo que me permitió mantener una agradable charla con la prima Mónica.

Las mujeres solemos perseverar una vez excitada nuestra curiosidad, pero Mónica frustró la mía jocosamente y, además, pienso, con un malévolo placer al frustrarla. Sin embargo, cuando entrábamos a fin de vestirnos para la cena, me dijo con mucha seriedad:

—Maud, lamento el haberte dejado ver que esa señora institutriz me produce alguna impresión desagradable. Algún día estaré en libertad de explicarlo todo, y, de hecho, será suficiente el decírselo a tu padre, a quien no me ha sido posible encontrar en todo el día; pero lo cierto es que acaso estemos dando demasiada importancia al asunto, y no puedo decir que sepa nada concluyente en contra de madame... en... en realidad no sé nada en absoluto, salvo que hay razones, y... tú no debes hacer más preguntas... no, no debes.

Aquella noche, mientras estaba yo tocando la obertura de La Cenerentola para entretener a mi prima, desde la mesa de tomar el té, a la que ella y mi padre estaban sentados, se alzó una fogosa y harto enojada arenga de labios de lady Knollys; aparté la vista de la partitura y la dirigí hacia los que hablaban; la obertura se desvaneció en el silencio con un breve balbuceo dubitativo, y me puse a escuchar.

Su conversación había comenzado al amparo de la música que yo estaba haciendo, pero ahora ellos estaban demasiado absortos en su charla como para percibir su extinción. La primera frase que oí se adueñó de mi atención; mi padre había cerrado el libro que estaba leyendo entre uno de sus dedos, y estaba recostado en el respaldo de su butaca, como acostumbraba a hacer cuando estaba enfadado; tenía el semblante algo arrebolado y yo me conocía aquella mirada fija, fiera y vidriosa, que expresaba orgullo, sorpresa y rabia.

—Sí, lady Knollys, hay animosidad; conozco el espíritu en el que estás hablando... y no te honra —dijo mi padre.

—Y yo conozco el espíritu en el que tú estás hablando, el espíritu de la locura —replicó la prima Mónica con la misma seriedad—. No puedo comprender cómo es posible que estés tan fuera de tus cabales, Austin. ¿Qué es lo que te ha pervertido? ¿Estás ciego?

—Eso lo estás tú, Mónica; lo que te ciega son tus propios desnaturalizados

prejuicios... ¡sí, desnaturalizados! ¿Qué es todo esto?... ¡Nada! Si obrase como tú dices, sería un cobarde y un traidor. Veo, ¡ya lo creo que lo veo!, que todo esto es real. No soy un Quijote que desenvaine la espada contra ilusiones.

—Aquí no es posible el titubeo. ¿Cómo puedes...? ¿Alguna vez haces uso de tu raciocinio? Me pregunto cómo puedes respirar. Siento como si el Maligno estuviera en esta casa.

La única respuesta de mi padre fue un momentáneo y severo fruncimiento de ceño, mientras la miraba fijamente.

—No hace falta que, para mantener a raya al espíritu del mal, la gente clave en las paredes herraduras o ponga amuletos en el dintel de la puerta —prosiguió lady Knollys, cuyo semblante, a su manera, estaba igual de pálido y enojado—, pero tú abres tu puerta en la oscuridad e invocas peligros desconocidos. ¿Cómo puedes mirar a esa niña que es...? ¡Ha dejado de tocar! —dijo la prima Knollys, callándose bruscamente.

Mi padre, murmurando algo para sus adentros, se levantó y me lanzó una mirada encendida mientras, dando muestras de sumo desagrado, se dirigía hacia la puerta. La prima Mónica, un poco ruborizada ahora, me miró también en silencio, mordisqueando la punta de su fina cruz de oro, en la duda de cuánto habría yo oído.

Mi padre abrió de pronto la puerta que acababa de cerrar tras de sí y, asomándose, dijo en un tono más calmo:

—Quizá, Mónica, no te importe venir un momento a mi estudio; estoy seguro de que en ti no hay sino sentimientos bondadosos hacia mí y la pequeña Maud, y te agradezco tu buena voluntad; pero es preciso que otras cosas las veas de modo más razonable, y pienso que lo harás.

La prima Mónica se levantó en silencio y le siguió, tan sólo alzando los ojos y las manos mientras lo hacía. Y yo me quedé sola, sumida en cavilaciones y con más curiosidad que nunca.

CAPÍTULO XV

UNA ADVERTENCIA

INMÓVIL en mi asiento, no hacía otra cosa que escuchar y preguntar qué estaba sucediendo; debería haber sabido, sin embargo, que desde el estudio de mi padre hasta donde yo estaba no podía llegarme sonido alguno. Pasaron cinco minutos y ni mi padre ni Mónica volvían. Diez, quince. Me acerqué a la lumbre, me acomodé en un gran sillón y me puse a contemplar los rescoldos, pero, a diferencia de lo que suele hacer la gente en las fábulas, sin ver el decorado y las *dramatis personae* de mi vida pasada y mis futuros avatares en su cambiante fulgor, sino castillos fantásticos y grutas iluminadas por sangrientos y áureos resplandores, que sugerían un ensueño de países de hadas, salamandras, crepúsculos y palacios de ígneos reyes, todo lo cual, en parte configurando mi fantasía y en parte configurado por ella, arrebató mis semicerrados ojos y mis aletargados sentidos hacia el país de los sueños. Empecé, así pues, a dar cabezadas y dormitar, hasta sumergirme en una profunda somnolencia, de la que me despertó la voz de la prima Mónica. Al abrir los ojos no vi otra cosa que el rostro de lady Knollys mirando fijamente el mío y ensanchándose en una risa bondadosa al observar la vacía y deslustrada fijeza de mis pupilas como respuesta a su larga mirada.

—Vamos, querida Maud, ya es tarde y hace una hora que deberías estar en la cama.

Me levanté y, tan pronto como comencé a oír y a ver con claridad, me llamó la atención el hecho de que la prima Mónica estaba más seria y apagada de lo que yo la había visto.

—Vamos, encendamos nuestras velas y marchémonos juntas.

Subimos cogidas de la mano, yo soñolienta, ella callada; no hablamos una sola palabra hasta que llegamos a mi habitación. Mary Quince estaba esperando, y el té preparado.

—Dile que venga dentro de unos minutos; quiero decirte una cosa —dijo lady Knollys.

La criada, así pues, se retiró.

Los ojos de lady Knollys la siguieron hasta que hubo cerrado la puerta tras de sí.

—Me voy mañana por la mañana.

—¡Tan pronto!

—Sí, querida; no sería ya capaz de quedarme; de hecho debería haberme

marchado esta noche, pero es ya demasiado tarde, así que me iré por la mañana.

—Lo siento mucho... muchísimo —exclamé sinceramente desilusionada, y las paredes parecieron entenebrecerse a mi alrededor y la monotonía de la vieja rutina asomó aún más terrible en el horizonte.

—Yo también lo siento, querida Maud.

—Pero ¿no puede quedarse un poco más? ¿Es que no quiere?

—No, Maud; estoy muy molesta con Austin..., enojadísima con tu padre; en una palabra, no puedo concebir nada tan absolutamente descabellado, peligroso y demencial que su conducta, ahora que tiene los ojos abiertos por completo, y antes de irme tengo que decirte una cosa y esa cosa no es otra que la siguiente: tienes que dejar de ser una simple niña, tienes que intentar ser una mujer, Maud; y no te asustes ni te pongas tonta, sino escucha lo que te voy a decir. Esa mujer... ¿cómo dice llamarse... Rougierre?... tengo razones para creer que es... de hecho bajo ciertas circunstancias ha de ser tu enemiga; la encontrarás muy reservona, osada y falta de escrúpulos, me atrevo a decir, y por muy en guardia que estés, nunca lo estarás lo bastante. ¿Me entiendes, Maud?

—Sí, la entiendo —dije, jadeante y con mis ojos, llenos de un aterrorizado interés, fijos en ella como si fuera un fantasma que se aparece para hacer una advertencia.

—Fíjate bien: tienes que sujetar la lengua, controlar tu conducta y dominar incluso los gestos de tu semblante. Es difícil practicar la reserva, pero debes hacerlo... debes callar y estar vigilante. En apariencia trata de ser la de siempre; no entres en disputas; si por casualidad te enteras de algún asunto relacionado con tu padre, no le digas nada a ella; mantente siempre en guardia con ella, y no le quites el ojo de encima allí donde esté. Obsérvalo todo y no reveles nada... ¿me entiendes?

—Sí —musité de nuevo.

—Tienes a tu alrededor sirvientes buenos y honrados, y, gracias a Dios, a ella no le tienen simpatía. Pero es preciso que a ellos no les repitas ni una palabra de lo que te estoy diciendo ahora. Los criados tienen afición a dejar caer insinuaciones y a que las cosas, de ese modo, acaben por saberse; y en sus disputas con ella te comprometerían... ¿me entiendes?

—La entiendo —suspíré mientras clavaba en ella una mirada de desolación.

—Y... además, Maud, no le dejes entrometerse en tu comida.

La prima Mónica hizo un pequeño movimiento afirmativo con la cabeza y apartó la vista de mí.

Lo único que pude hacer es quedármela mirando y, en voz baja, emitir una exclamación de terror.

—No te asustes tanto; no tienes que ser tonta; lo único que quiero es ponerte en guardia. Tengo mis sospechas, pero puede que esté completamente equivocada; tu padre piensa que soy imbécil; quizá lo sea... y quizá no; acaso acabe por pensar como yo. Pero es preciso que no le digas nada sobre el particular; es un hombre

extraño, que nunca actuó ni actuará con sensatez cuando sus pasiones y sus prejuicios andan por medio.

—¿Ha cometido madame algún gran crimen alguna vez? —pregunté, sintiendo que estaba a punto de desmayarme.

—No, querida Maud, en ningún momento he dicho semejante cosa; no estés tan asustada: lo único que he dicho es que, a partir de algo que sé, me he formado una mala opinión de ella; y una persona sin principios es capaz, bajo la tentación, de muchas cosas. Pero por muy malvada que sea, tú puedes desafiarla simplemente mediante la asunción de que lo es, amén de actuar con precaución; ella es astuta y egoísta, y no hará cosa alguna a la desesperada. Pero yo no le daría ninguna oportunidad.

—¡Cielo santo! ¡Prima Mónica, no me abandone!

—Querida mía, no puedo quedarme; tu papá y yo... nos hemos peleado. Sé que yo tengo razón y él no, y que pronto acabará por darse cuenta de ello si se le deja a su aire, y entonces todo se arreglará. Pero en estos precisos momentos me entiende mal, y no nos hemos tratado con cortesía mutuamente. Quedarme es algo que no podría pasármelo por la cabeza, y él no te dejaría venir conmigo una temporadita, cosa que a mí me gustaría. Pero el asunto no durará, y te aseguro, mi querida Maud, que siento una enorme tranquilidad en lo que a ti respecta, ahora que estás perfectamente en guardia. En lo que se refiere a esa persona, tú actúas como si fuera capaz de cualquier perfidia, sin mostrar desconfianza o antipatía en tu comportamiento, y ella quedará impotente; y cada vez que quieras saber de mí, escíbeme, y si de veras puedo servirte de algo, no me importará venir. Una mujercita prudente, eso es lo que tienes que ser; haz como te he dicho y confía en que todo irá bien, y yo no tardaré en idear el modo de que se largue esa asquerosa criatura.

Salvo un beso y unas pocas palabras apresuradas al despedirse por la mañana, así como una nota de adiós para papá, escrita a lápiz, nada más se supo de la prima Mónica durante algún tiempo.

Knowl se volvió de nuevo tenebroso..., más tenebroso que nunca. Mi padre, siempre benévolo conmigo, ahora —quizá por efecto del contraste con el brusco retorno, durante la estancia de lady Knollys, a algo semejante al trato mundano— se mostraba más callado, triste y aislado que antes. En cuanto a madame de la Rougierre, al principio no observé nada de particular. Sólo pido a quien esto lee, si por azar es una chica muy joven y bastante nerviosa, que se haga idea de mis temores e imaginaciones, así como de la suerte de desdicha que me afligía. Ni yo misma puedo recordar ya su intensidad. Pero su sombra se cernía sobre mí perpetuamente... la de la zozobra y la alarma. Con ella me acostaba de noche y con ella me levantaba por la mañana. Una sombra que teñía y perturbaba mis sueños y que hacía terrible mi vida cotidiana. Ahora me pregunto cómo pude salir con vida de esa ordalía. El tormento era secreto e incesante, y mantenía mi mente en ininterrumpida actividad.

Durante algunas semanas todo siguió en Knowl, externamente, de acuerdo con la

rutina habitual. Madame, en lo que se refiere a su desagradable manera de comportarse, me atormentaba menos que antes, recordándome constantemente «nuestro pequeño voto de amistad, ¿te acuerdas, querida Maud?», y no pocas veces, de pie a mi lado, se ponía a mirar a través de la ventana rodeándome el talle con su huesudo brazo y mi desganada mano cogida por la suya; y de esta guisa sonreía y hablaba afectuosa e incluso juguetonamente, pues en ocasiones adoptaba aires de chiquilla, sonreía con sus grandes dientes cariados, empezaba a bromear y parlotear acerca de los «muchachos» y se daba a relatarme historias fanfarronas a propósito de sus amantes, todo lo cual me resultaba espantoso.

Perpetuamente traía a colación, también, el encantador paseo que habíamos dado juntas hasta Church Scarsdale, y proponía la repetición de aquella deliciosa excursión, cosa que, de ello cabe tener certeza plena, yo evitaba, ya que el recuerdo de aquella visita no era, para mí, en absoluto agradable.

Un día, mientras me vestía para salir a dar un paseo, entró en mi habitación la buena de la señora Rusk, el ama de llaves.

—Señorita Maud, cariño, ¿no va a ser demasiado lejos para usted? De aquí a Church Scarsdale hay un buen trecho, y no tiene usted muy buen aspecto.

—¿Church Scarsdale? —repetí—. Yo no voy a Church Scarsdale; ¿quién ha dicho que iba a ir yo a Church Scarsdale? No hay nada que me disgustara tanto como eso.

—¡Yo nunca, eso desde luego! —exclamó ella—. Ha sido la vieja madame quien me lo ha dicho cuando bajó a buscar fruta y bocadillos; me ha dicho que estaba usted deseando ir a Church Scarsdale...

—Eso es completamente falso —la interrumpí—. Sabe que lo detesto.

—¿De veras? —dijo la señora Rusk con calma—; ¿y no le dijo usted nada acerca de un cesto? ¡Será mentirosa! ¿Y qué es lo que persigue con esto... qué será... qué estará tramando?

—No sé decirlo, pero yo no voy.

—No, claro que no, cariño, usted no va. Pero puede usted estar segura de que en su cabezota hay algún plan. Tom Fowkes dice que ha estado dos o tres veces tomando el té en casa del granjero Gray... ¿a ver si es que está pensando en casarse con él?

Y la señora Rusk se sentó y se echó a reír de buena gana, poniendo fin a su risa con un graznido de escarnio.

—¡Pensar en un hombre joven como ése, que su mujer, pobrecilla, no hace un año que murió...! ¿Quizá ella tiene dinero?

—No lo sé... ni me importa... Tal vez entendió usted mal a madame, señora Rusk. Voy a bajar. Y a salir.

Madame tenía un cesto en la mano. Lo llevaba tranquilamente junto a su holgada falda, asido por un extremo, y no hizo ninguna alusión a los preparativos ni a la dirección en que se proponía que camináramos, y, charlando candorosa y afectuosamente, emprendió la marcha a mi lado.

De este modo llegamos hasta el portillo del sendero de ovejas, momento en el que

yo me detuve.

—Y bien, madame, ¿no hemos llegado ya bastante lejos en esta dirección?... ¿Qué le parece si vamos a ver el palomar en el parque?

—¡Qué tontería, mi querida Maud! Tú no puedes caminar tanto.

—Bueno, entonces volvamos a casa.

—¿Y por qué no por ahí? No hemos caminado lo suficiente, y al señor Ruthyn no le agrada el que no hagas ejercicio como es debido. Sigamos andando por el sendero, y nos pararemos cuando te apetezca.

—¿Adónde quiere usted ir, madame?

—A ningún sitio en particular... ¡vamos allá, no seas tonta, Maud!

—Este camino lleva a Church Scarsdale.

—¡Sí, así es! ¡Qué lugar tan delicioso! Pero no hace falta que recorramos todo el camino hasta allá.

—Hoy preferiría no salir de los linderos de la finca, madame.

—¡Vamos, Maud!, es menester que no seas tonta... ¿qué pretende *mademoiselle*? —dijo la fornida dama dirigiéndose a mí agriamente, en tanto su rabia hacía que la tez se le cubriera de manchas amarillas y verdosas.

—No me apetece cruzar el portillo, gracias, madame. Me quedaré de este lado.

—¡Harás lo que yo te diga! —exclamó.

—Suélteme el brazo, madame, me está haciendo daño —grité.

Me había agarrado por el brazo muy firmemente con su mano grande y huesuda, y parecía dispuesta a arrastrarme de viva fuerza.

—¡Suélteme! —repetí chillando, pues el dolor aumentaba.

—*Là!* —exclamó ella, con una sonrisa de rabia y una risita, soltándome y, al mismo tiempo, empujándome hacia atrás, de suerte que tuve una caída bastante peligrosa.

Me levanté, muy lastimada y enfadadísima, no obstante el miedo que me inspiraba.

—Preguntaré a papá si es que debo ser maltratada.

—¿Qué he hecho yo? —exclamó madame a la vez que sus huecas mandíbulas prorrumpían en una risa torva—. Hice cuanto pude para ayudarte a saltar... ¿Cómo impedir que tú te echaras hacia atrás y cayeras si es lo que querías? Esto es lo que pasa cuando ustedes, *petites mademoiselles*, se portan mal y se hacen daño; siempre tratan de echarle la culpa a los demás. Di lo que quieras... ¿te crees que me importa?

—Muy bien, madame.

—¿Vienes?

—No.

Me miró fijamente a la cara, de modo muy perverso. Yo la contemplaba con ojos deslumbrados..., supongo que como lo hace la avecilla que, de noche, mira al búho que, a su vez, clava unos ojos llameantes en su presa. No me moví ni hacia delante ni hacia atrás. Me limité a fijar mi vista en ella, del modo más desvalido.

—¡Qué simpática alumna eres..., qué encantadora personita! ¡Tan bien educada, tan obediente, tan amable! Seguiré andando hacia Church Scarsdale —continuó, dejando a un lado súbitamente el convencionalismo de su ironía y dirigiéndose a mí con acentos feroces—. ¡Quédate atrás si te atreves! ¡Yo te digo que me acompañes!... ¿Me oyes?

Decidida más que nunca a no seguirla, permanecí donde estaba, observándola mientras se marchaba, enfurecida, zarandeando el cesto como si se imaginase que con él me descabezaba.

Pronto, no obstante, amainó su cólera y, mirando por encima de su hombro y viéndome aún al otro lado del portillo, se detuvo y me hizo una hosca seña con la mano para que la siguiera. Viéndome, sin embargo, decidida a mantener mi postura, miró, como una bestia enfurecida, de un lado para otro, sacudió la cabeza y, por un momento, pareció indecisa en cuanto a qué hacer conmigo.

Estampó un pie contra el suelo y volvió a hacerme señas furiosamente. Yo me mantenía firme. Estaba muy asustada y no podía hacerme idea de la violencia a la que ella pudiera recurrir en su exasperación. Se encaminó hacia mí con el semblante enardecido y un rabioso meneo de cabeza; mi corazón vaciló y, en un estado de extrema excitación, me puse a esperar la crisis. Llegó hasta muy cerca —sólo el portillo nos separaba— y se paró en seco, lanzando fuego por los ojos y sonriéndome con una mueca, como la de un granadero francés que ha calado la bayoneta pero que duda si embestir o no.

CAPÍTULO XVI

APARECE EL DOCTOR BRYERLY

¿QUÉ había hecho yo para suscitar tan indomeñable furia? A menudo habíamos tenido pequeñas diferencias semejantes, pero ella se había contentado con mostrarse sarcástica, gastarme bromas y ser impertinente.

—De ahora en adelante tú serás, así pues, la institutriz, y yo la niña a tus órdenes... ¿No?... Tú serás quien señale adonde hemos de ir. *Tres bien!* Ya veremos. *Monsier* Ruthyn será puesto al corriente de todo. A mí no me importa..., nada en absoluto...; yo al contrario, encantada. Que decida él. Si he de responsabilizarme de la conducta y la salud de *mademoiselle* su hija, es menester que tenga autoridad para indicarle lo que debe hacer... Es menester que alguien obedezca, bien sea ella, bien sea yo lo único que pregunto es quién va a mandar en el futuro... *voilà tout!*

Ya estaba asustada, pero firme en mi voluntad... Me figuro que mi semblante expresaba hosquedad y desasosiego. Sea como fuere, ella parecía pensar que mediante zalamerías podría salirse con la suya, y en efecto, intentó engatusarme y halagarme, me dio palmaditas en los carrillos y predijo que yo sería «una buena chica», que «no atormentaría a la pobre madame» y que en el porvenir haría «lo que ella me dijera».

Puso su ancha y húmeda mueca sonriente, pasó su mano por la mía, me propinó cachetitos en las mejillas y, en un exceso de su paroxismo conciliatorio, quiso besarme, pero yo reulé y ella, con una risita, se limitó a comentar:

—¡Qué criatura tan tonta!... Pero ahora vas a ser amable.

—¿Por qué, madame —pregunté de pronto, alzando la cabeza y mirándola directamente a la cara—, desea usted que vayamos a Church Scarsdale precisamente hoy?

Ella respondió a la fijeza de mi mirada entornando los ojos y frunciendo el entrecejo desagradablemente.

—¿Que por qué?... No te entiendo; no tiene por qué ser hoy... ¡qué tontería! ¿Que por qué me gusta Church Scarsdale? Pues porque es un sitio muy bonito. ¡Eso es todo! ¡Qué tontita! ¿Acaso crees que voy a matarte y enterrarte en el cementerio?

Y se echó a reír con una risa que, por cierto, no habría estado mal en un vampiro.

—Vamos, queridísima Maud, no serás tan boba como para decir: «Si me dices de ir por este lado, iré por aquel otro, y si me dices de ir por aquél, iré por éste»... ¡tú eres una chica razonable!... Pues bien, ¡vayamos!... *allons done!*... ¡será un paseo

tan agradable!... ¿No vienes?

Pero yo permanecí inamovible. No por obstinación, y tampoco por capricho, sino por el profundo temor que me dominaba. En aquel instante tenía miedo, sí... miedo. ¿Miedo de qué? Pues bien: de ir aquel día a Church Scarsdale con madame de la Rougierre. Eso era todo. Y creo que la corazonada no se equivocaba.

Madame dirigió una amarga mirada hacia Church Scarsdale y se mordió los labios. Se dio cuenta de que tenía que renunciar. Sus sosas facciones se entenebrecieron. El ceño algo fruncido..., una expresión despreciativa..., los anchos labios comprimidos en una falsa sonrisa y una sombra plomiza abigarrándolo todo. Tal era el semblante de la dama que sólo uno o dos minutos antes había estado sonriendo y murmurando de modo tan afable por encima del portillo, en su manera *blarney*^[14] de hablar, como los irlandeses llaman a esa clase de zalamerías.

Era imposible interpretar equivocadamente la maligna decepción que contraía y distorsionaba sus facciones. El alma se me cayó a los pies y un tremendo miedo se apoderó de mí. ¿Había pretendido envenenarme? ¿Qué había en el cesto? Me quedé mirando su espantoso rostro. Por un instante me sentí absolutamente frenética. Se adueñó de mí un sentimiento de rabia hacia mi padre, hacia mi prima Mónica, por abandonarme a esta horrible bribona, y, retorciéndome las manos desvalidamente, exclamé:

—¡Oh, qué vergüenza... qué vergüenza!

El semblante de la institutriz se relajó. Pienso que ella, a su vez, estaba asustada por mi extrema agitación. Podría haber ejercido una influencia desfavorable en mi padre.

—Vamos, Maud, ya es hora de que controles tus humores. Si no te gusta, no iremos a Church Scarsdale... Yo sólo te invito. ¡Vamos! Se hará lo que tú quieras. ¿Adónde vamos, entonces? ¿Aquí al palomar? Eso es lo que dijiste. *Tout bien!* Te concedo cuanto desees, no lo olvides. ¡Vamos allá!

Nos encaminamos, así pues, hacia el palomar a través de los árboles del bosque; yo sin hablar, como hicieran los niños con su siniestro conductor por el bosque, en un absoluto mutismo y llena de miedo; ella callada también, meditando y, a veces, lanzándome una aguda mirada de soslayo a fin de calibrar mis progresos hacia la ecuanimidad. Los suyos fueron rápidos, pues madame era una filósofa y se acomodaba a las circunstancias con celeridad. No llevábamos ni un cuarto de hora caminando y todo rastro de lobrete había abandonado ya su semblante, al cual retornó su acostumbrado brillo, y madame comenzó a cantar con malévola hilaridad mientras proseguíamos la caminata, dando, de hecho, la impresión de que se acercaba a uno de sus pizpiretos y chocarreros estados de ánimo, en los cuales, sin embargo, su jolgorio era solitario. La broma, fuere cual fuere, se la guardaba para sí. Al aproximarnos a la ruinosa torre de ladrillo —antaño un palomar—, a madame le dio la vena retozona y se puso a voltear el cesto y a dar cabriolas al son de su propio canto.

Se dejó caer de golpe, juguetonamente, y fue a sentarse a la sombra del quebrado muro y la hiedra que lo cubría, y abrió el cesto, invitándome a participar de las viandas, cosa que decliné. He de hacerle justicia, sin embargo, en lo que se refiere a la sospecha de envenenamiento, pues si veneno había, ella dio buena cuenta del mismo engullendo todo cuanto contenía el cesto.

No debe suponer el lector que la jocosa conducta de madame indicaba que yo había sido perdonada. Nada de eso. Durante el camino de regreso no me dirigió ni una sílaba más. Y cuando llegamos a la terraza, dijo:

—Si haces el favor, Maud, quédate dos o tres minutos en el jardín holandés mientras yo hablo con el señor Ruthyn en el estudio.

Esto lo dijo con la cabeza levantada y una insufrible sonrisa; con más altivez aún, pero con gran seriedad, yo di la vuelta sin discutir y bajé los escalones que conducen al lindo jardincillo que ella me había indicado.

Me quedé sorprendida, y contentísima, de ver a mi padre allí. Corrí hacia él y empecé a exclamar: «¡Oh, papá!», callando bruscamente y añadiendo sólo: «¿Puedo hablarle ahora?».

Me dirigió una sonrisa bondadosa y grave.

—Bien, Maud, dime lo que quieras.

—Señor, únicamente es esto: le ruego que nuestros paseos, los míos con madame, no traspasen los linderos de la finca.

—¿Y por qué?

—Porque... porque tengo miedo de ir con ella.

—¡Miedo! —repitió él, mirándome con severidad—. ¿Has recibido últimamente alguna carta de lady Knollys?

—No, papá, desde hace dos meses o más.

Hubo una pausa.

—¿Y por qué tienes miedo, Maud?

—Un día me llevó a Church Scarsdale; ya conoce usted ese lugar solitario, señor; y me asustó tanto que tuve miedo de entrar con ella en el camposanto. Ella sí entró, sin embargo, dejándome sola al otro lado del riachuelo, y un hombre descarado que pasaba por allí se paró a hablarme y parecía propenso a reírse de mí, y me asustó muchísimo, y no se marchó hasta que a madame le dio por volver.

—¿Qué clase de hombre... joven o viejo?

—Joven; tenía aspecto de ser hijo de un granjero, pero era muy descarado y allí se quedó hablándome quisiera yo o no; y a madame aquello le traía sin cuidado y se rió de mí por estar asustada; la verdad es que me encuentro muy incómoda con ella.

Mi padre me dirigió otra inquisitiva mirada y, acto seguido, bajó la vista sombríamente y se puso a meditar.

—Dices que te sientes incómoda y asustada. ¿A qué obedece esto? ¿Cuál es la causa de tales sentimientos?

—No lo sé, señor; a ella le gusta asustarme; le tengo miedo... Creo que todas le

tenemos miedo. Quiero decir las criadas tanto como yo.

Mi padre meneó la cabeza desdeñosamente dos o tres veces y murmuró:

—¡Una partida de estúpidas!

—Y se puso enfadadísima conmigo hoy, porque yo no quería ir de nuevo con ella a Church Scarsdale. Le tengo muchísimo miedo. Yo... —y, del modo más impremeditado, rompí a llorar.

—¡Vamos, vamos, pequeña Maud, no debes llorar! Madame está aquí exclusivamente por tu bien. Pero si tienes miedo, aunque sea tontamente, con eso basta. Sea como tú dices: de ahora en adelante tus paseos serán dentro de la finca; así se lo diré a ella.

Le di las gracias muy en serio, en medio de mis lágrimas.

—Ahora bien, Maud, ten cuidado con tus prejuicios; las mujeres son injustas y violentas en sus juicios. Tu familia, en alguno de sus miembros, ha sufrido de semejante injusticia. Cumple que nosotros tengamos cuidado de no practicarla.

Aquella tarde, en el salón, mi padre, con su acostumbrada brusquedad, dijo:

—En cuanto a mi marcha, Maud, esta mañana he recibido una carta de Londres y creo que habré de irme antes de lo que en un principio suponía, así que por un breve espacio de tiempo hemos de arreglárnoslas sin estar juntos. No te alarmes. No estarás a cargo de madame de la Rougierre, sino al cuidado de una pariente; pero aun así la pequeña Maud echará de menos a su viejo padre, creo.

El tono de su voz era muy tierno, lo mismo que sus miradas; me estaba sonriendo mientras me miraba, y en sus ojos asomaban las lágrimas. Semejante enternecimiento era nuevo para mí. Sentí un extraño escalofrío de sorpresa, placer y amor, y, poniéndome en pie de un salto, le eché los brazos alrededor del cuello y lloré en silencio. También él, creo, derramó lágrimas.

—Dijo usted que iba a venir un visitante; alguien con el que se propone usted marcharse. ¡Le quiere usted más que a mí!

—No, cariño, no; pero le temo; y lamento abandonarte, pequeña Maud.

—¡No será por mucho tiempo! —imploré.

—No, cariño —respondió exhalando un suspiro.

Casi estuve tentada de interrogarle con más detalle sobre el asunto, pero él pareció adivinar lo que pasaba por mi mente, pues me dijo:

—No hablemos más de ello; únicamente, Maud, no olvides lo que te dije acerca del bargueño de roble, cuya llave está aquí —y la sacó como había hecho anteriormente—; ya recuerdas lo que tienes que hacer en caso de que el doctor Bryerly viniera mientras yo estoy ausente.

—Sí, señor.

Sus modales habían cambiado, y yo había vuelto a mis habituales formalidades.

De hecho, el doctor Bryerly llegó a Knowl tan sólo unos días más tarde, de forma totalmente inesperada salvo, supongo, para mi padre. Sólo iba a quedarse una noche.

Se encerró en dos ocasiones con mi padre en el pequeño estudio del piso de

arriba. Mi padre me pareció inusitadamente melancólico incluso tratándose de él, y la señora Rusk, arremetiendo contra «toda esa basura», como siempre llamaba a los swedenborgianos, me dijo que le estaban trastornando y que no duraría mucho si ese desgarrado y larguirucho fantasmón vestido de negro continuaba merodeando y entrando y saliendo de su habitación como un gato amaestrado.

Aquella noche la pasé despierta, preguntándome cuál sería el misterio que unía a mi padre y al doctor Bryerly. Había algo más de lo que pudieran explicar las convicciones de su extraña religión. Algo había que provocaba en mi padre una profunda zozobra. Puede no ser razonable, pero así es. Toda persona cuya presencia, pese a que nada sepamos acerca de la causa de tal efecto, resulta palpablemente penosa para alguien a quien amamos, se nos hace odiosa, razón por la que comencé a aborrecer al doctor Bryerly.

Era una mañana gris y oscura, y en un tenebroso pasadizo del corredor, cerca de las escaleras, fui a dar de lleno con el desgarrado doctor, vestido con su satinado traje negro.

Pienso que si mi mente se hubiera hallado menos excitada en torno al objeto de su visita, o si no me hubiera inspirado tantísima antipatía, no habría tenido el valor de dirigirme a él como lo hice. Había algo taimado, pensé, en su semblante oscuro y enjuto; y su aspecto era tan bajo, tan parecido al de un artesano escocés endomingado, que de pronto sentí una punzada de indignación ante la idea de que un gran caballero como mi padre hubiera sufrido bajo su influencia, de modo que repentinamente me detuve y, en vez de pasar por su lado con un mero saludo, como él se esperaba, dije:

—¿Puedo hacerle una pregunta, doctor Bryerly?

—Por supuesto.

—¿Es usted el amigo al que mi padre espera?

—No entiendo bien.

—Quiero decir el amigo con el que va a hacer una expedición a cierta distancia, creo, y durante un breve espacio de tiempo.

—No —dijo el doctor, moviendo la cabeza negativamente.

—¿Y quién es?

—Lo cierto es que no tengo la menor idea, señorita.

—¿No? Pues mi padre dijo que usted lo sabía —repliqué.

El doctor parecía sinceramente desconcertado.

—¿Va a estar mucho tiempo fuera? Le ruego que me lo diga.

El doctor me miró a la cara con ojos inquisitivos y ensombrecidos, como alguien que lee a medias lo que el otro quiere decir, y al cabo dijo algo vivamente, aunque sin aspereza:

—Bueno, yo estoy seguro de no saberlo, señorita; no, la verdad es que debe de estar usted equivocada; no hay nada que yo sepa.

Hubo una pequeña pausa, al cabo de la cual añadió:

—No, nunca me mencionó a un amigo.

Me figuré que mi pregunta le puso incómodo y que quería ocultar la verdad. Quizá tenía yo razón en parte.

—¡Se lo ruego, doctor Bryerly, dígame quién es el amigo y adonde va a ir mi padre!

—Le aseguro —dijo con una extraña suerte de impaciencia— que no lo sé; todo esto carece de sentido.

Y se dio la vuelta para continuar su camino, con muestras, pienso, de enojo y desconcierto.

Una terrible sospecha cruzó mi mente como un relámpago.

—Doctor, una cosa más —dije, creo, de forma bastante alocada—. ¿Piensa usted..., cree que su mente está afectada?

—¿Loco? —dijo él, mirándome con una súbita y áspera inquisitividad que se iluminó hasta convertirse en una sonrisa—. ¡Bah, bah! ¡Dios no lo quiera! ¡No hay un hombre más cuerdo en Inglaterra!

Acto seguido se marchó, con un pequeño movimiento de cabeza y, según creo, y no obstante sus protestas de desconocimiento, llevándose consigo el secreto. El doctor Bryerly abandonó la casa por la tarde.

CAPÍTULO XVII

UNA AVENTURA

TRAS nuestra disputa, madame estuvo muchos días sin apenas hablarme. En cuanto a las clases, no me molestó mucho con ellas. Era evidente, además, que mi padre había hablado con ella, ya que después de aquel día jamás me propuso que prolongáramos nuestros paseos más allá de los linderos de Knowl.

Knowl, sin embargo, era un terreno de proporciones muy considerables, y a una andarina mucho mejor que yo le habría sido posible cansarse sin, de hecho, llegar a traspasar sus límites. En ocasiones, así pues, nos dábamos largas caminatas.

Tras varias semanas de enfado, durante las cuales estuvo días seguidos casi sin hablarme y parecía perdida en oscuras y perversas abstracciones, madame, una vez más y de forma un tanto repentina, recuperó su buen ánimo y se hizo afabilísima. Sus alegrías y su amistad no me infundían confianza, y en mi mente presagiaban la inminencia de diabluras y felonías. Los días iban acortándose ante la proximidad del período invernal. El borde rojo del sol había ya rozado el horizonte cuando madame y yo, alcanzadas por sus últimos rayos en el campo de conejos, apresurábamos ya el paso de vuelta a casa.

Una angosta carretera atraviesa este desolado paraje del parque, al que da acceso un distante portón. Al descender por este poco frecuentado camino, me sorprendió ver allí parado un carruaje. Un postillón flaco y de aire astuto, con esa nariz petulante y respingona que el caricaturista Woodward solía atribuir a los caballeros de Tewkesbury, estaba inclinado sobre sus caballos y, cuando pasé, se me quedó mirando con dureza. Una dama que estaba sentada en el interior del coche se asomó, tocada con un bonete fuera de moda, y nos obsequió también con una mirada. Sus mejillas eran muy sonrosadas y blancas, el pelo muy negro y brillante, y los ojos chispeantes. Parecía gorda, atrevida y bastante enfadada, y, con sus descaradas maneras, nos examinó con curiosidad mientras pasábamos.

Entendí mal la situación. Sucedió ya una vez que alguien cuyo propósito era visitar Knowl había entrado en el lugar por la carretera del parque y se había perdido durante varias horas buscando en vano la casa.

—Madame, pregúntele si desean ir a la casa; me figuro que se han extraviado —musité.

—*Eh bien!*, ya volverán a encontrar el camino. No me complace el dirigirme a los postillones; *allons!*

Yo, sin embargo, al pasar pregunté al hombre:

—¿Desean llegar a la casa?

En aquel momento estaba junto a las cabezas de las caballerías, enganchando los arreos.

—No —dijo en tono desabrido, sonriendo extrañamente a las anteojeras; pero, haciendo acopio de cortesía, añadió—: No, gracias, señorita; esto es eso que llaman una merienda campestre; pronto nos pondremos en camino.

Entonces se puso a sonreírle a una pequeña hebilla que estaba manipulando.

—¡Vámonos... qué absurdo! —susurró madame ásperamente en mi oído y, cogiéndome del brazo, se me llevó a rastras, de modo que ambas atravesamos el pequeño portillo hasta el otro lado.

Nuestro camino discurría a través del campo de conejos, el cual se extiende en ondulantes promontorios. Para entonces el sol se había puesto ya, y azules sombras se cernían a nuestro alrededor, cada vez más frías, en un espléndido contraste con el pulido cielo del crepúsculo.

Al descender por estas lomas vimos a tres hombres algo por delante de nosotras, no lejos del sendero que seguíamos. Dos de ellos estaban fumando de pie y conversando a intervalos: el uno alto y esbelto, con una alta cachimba un poco desgastada por un lado, y un gabán blanco abotonado hasta la barbilla; el otro más gordo y de estatura más baja, envuelto en una pelliza de color oscuro. Tales caballeros se hallaban más bien de cara a nosotras cuando alcanzamos el filo de la loma, pero al percatarse de nuestra proximidad se volvieron de espaldas. Mientras lo hacían, recuerdo muy bien que cada uno de ellos abatió de pronto su cigarro con la simultaneidad que da un ejercicio de adiestramiento. El tercero daba consistencia al carácter de merienda campestre del grupo, pues procedía a llenar de nuevo una canasta. Al acercarnos a él se puso súbitamente en pie; era una persona de aspecto deplorable, la frente estrecha, el mentón cuadrado y una nariz ancha y quebrada. Calzaba borceguíes y era un poco cargado de espaldas, muy anchas, la cabeza la tenía rapada y los pequeños ojos hundidos. Nada más verle contemplé en él la viva imagen de los salteadores de caminos y majadores que, con cierto escepticismo, tantas veces había yo visto en *Punch*. Estaba de pie, cernido sobre su canasta, y por un instante nos lanzó una mirada ceñuda y penetrante; luego, con la punta del pie, alzó una pequeña gorra de pieles que yacía en el suelo, hasta hacerla llegar a su mano; se la caló hasta las harto bajas cejas y, en el preciso momento en que nosotras pasábamos a su lado, gritó a sus compañeros:

—¡Eh, jefe! ¿Cómo va eso?

—Todo va bien —dijo el hombre alto con el abrigo blanco, el cual, al responder, sacudió el brazo de su compañero más bajo, pienso que con enfado.

El mencionado compañero de estatura más baja se volvió. Tenía una bufanda suelta alrededor del cuello y la barbilla. Me dio la impresión de que era tímido e indeciso, y el hombre alto le propinó un codazo que le hizo tambalearse y, tal se me

antojó, provocó su enfado, pues pareció pronunciar una o dos palabras refunfuñantes.

Sin embargo, el caballero con el sobretodo blanco estaba en pie justamente por donde nosotras pasábamos, se quitó el sombrero en un saludo burlesco, colocó su mano sobre el pecho y, acto seguido, empezó a avanzar con una sonrisa insolente y aire de borracho jocoso.

—Justo a tiempo, señoras; cinco minutos más, y no habríamos estado aquí. Gracias, señora Mouser, por el honor del encuentro, y especialmente por el placer de trabar conocimiento con la señorita... ¿es su sobrina, señora? ¿Quizá su hija? ¿Tal vez su nieta? ¡Por Júpiter! ¿Lo es? ¡Oye, tú, más despacio, deja de empaquetar!

Esto iba dirigido al tipo poco agraciado, el de la nariz quebrada.

—Tráenos un par de vasos y una botella de curaço; ¿qué es lo que te da miedo, querida? Este que aquí ves es lord Lollipop, todo un seductor, aunque no es capaz de matar una mosca... ¿Eh, Lolly? ¿No es guapo, señorita? Y yo soy sir Simon Sugarstick..., nombre que me viene del viejo sir Simon, señora; ¡y bien alto y erguido que soy, señorita, y esbelto...!, ¿verdad? Y dulcísimo, cariñito mío, ya lo verás cuando me conozcas, igualito que un pirulí; ¿verdad que sí, eh, Lolly, muchacho?

—Yo soy la señorita Ruthyn, dígaselo, madame —dije, estampando el pie contra el suelo, y muy asustada.

—Cállate, Maud. Si te enfadas nos harán daño; déjame hablar a mí —susurró la institutriz.

A todo esto, ellos se estaban acercando desde diferentes puntos. Eché una mirada hacia atrás y vi al hombre de aspecto rufianesco a uno o dos metros, con el brazo levantado y un dedo erecto, telegrafizando, cabría decir, a los caballeros de enfrente.

—Cállate, Maud —cuchicheó madame, lanzando un terrible juramento que prefiero no reproducir—. Están borrachos; no pongas cara de miedo.

Yo, sin embargo, tenía miedo... estaba aterrorizada. El círculo se había estrechado tanto que podían poner sus manos sobre mis hombros.

—Caballeros, les ruego que me digan qué es lo que quieren. ¿Tendrán la bondad de permitirnos seguir nuestro camino?

Llegado este momento observé, por vez primera, y al hacerlo sentí una suerte de conmoción, que el más bajo de los dos hombres, el que nos impedía avanzar, era la misma persona que me había abordado de forma tan ofensiva en Church Scarsdale. Tiré del brazo de madame y susurré:

—Corramos.

—Estáte callada, querida Maud —fue su única respuesta.

—Voy a decirte una cosa —dijo el hombre alto, el cual había vuelto a colocarse el sombrero de copa de forma más airosa que antes, ladeado sobre la cabeza—. Te hemos cogido, buena pieza, y te soltaremos pero bajo ciertas condiciones. No tienes por qué asustarte, señorita. Por mi honor y mi alma que no pretendo nada malo, ¿verdad que no, Lollipop? Yo le llamo lord Lollipop, pero sólo es en broma; su

nombre es Smith. Bueno, Lolly, voto porque dejemos en libertad a las prisioneras una vez que las hayamos presentado a la señora Smith, que está en el coche y lleva al señor Smith, aquí presente, derecho como una vela, esto te lo prometo. Como ves, las condiciones son buenas para ti, ¿eh? Y nos tomaremos una copa de curaçao y nos despediremos como amigos. ¿No es un buen trato? ¡Vamos allá!

—Sí, Maud, tenemos que ir... ¿qué importa? —cuchicheó madame en tono vehemente.

—No debe ir —dije, instintivamente aterrorizada.

—Tú irás con la señora, jovencita, ¿verdad que sí? —dijo el señor Smith, como sus compañeros le llamaban.

Madame me tenía sujeta por el brazo, pero yo me solté de un tirón e hice ademán de echar a correr; sin embargo, el hombre alto me rodeó con sus brazos y me sujetó con firmeza, fingiendo que jugaba; su tenaza, no obstante, era tan fuerte como para hacerme mucho daño. Hallándome ya presa del más absoluto terror, y tras debatirme infructuosamente, momento en el que oí decir a madame: «Maud, idiota, ¿vienes o no conmigo? ¡Mira lo que estás haciendo!», comencé a gritar, alarido tras alarido, que el hombre trató de sofocar lanzando a su vez sonoros bramidos y grandes carcajadas, así como colocando de viva fuerza su pañuelo contra mi boca, mientras madame continuaba vociferando en mi oído sus exhortaciones de que «me callara».

—¡Que la levanto, oye! —dijo una voz bronca a mis espaldas.

Pero en aquel instante, fuera de mí por el terror, oí nitidamente otras voces que gritaban. Los hombres que me rodeaban callaron de súbito y todos miraron hacia el lugar de donde provenía el sonido ya cercano, y yo me puse a chillar con redobladas energías. El rufián que estaba detrás de mí estampó su manaza sobre mi boca.

—Es el guardabosque —exclamó madame—. ¡Dos guardabosques... estamos salvadas... gracias a Dios! —y comenzó a llamar a Dykes por su nombre.

Sólo recuerdo que me sentí en libertad..., di unos cuantos pasos a todo correr..., vi la cara de Dykes, blanca de furia..., me agarré a su brazo, con el que estaba alzando su escopeta a posición de tiro, y le dije:

—¡No dispare... si lo hace, nos asesinarán!

Madame, chillando de buena gana, echó a correr en ese mismo momento.

—¡Corre al portón y échale la tranca..., estaré contigo en un momento! —le gritó Dykes al otro guardabosque, el cual partió de inmediato a cumplir su misión, pues los tres rufianes se hallaban ya en plena retirada hacia el carruaje.

Aturdida... frenética... al borde del desmayo..., el terror seguía enseñoreándose de mí.

—Eh, madame Rogers... ¿y si se lleva a la señorita?... Tengo que correr a echarle una mano a Bill.

—¡No, no lo haga! —gritó madame—. Estoy en un tris de desmayarme y puede que cerca haya más maleantes.

Pero en ese instante oímos un disparo y, mascullando algo para sí y agarrando la

escopeta, Dykes salió a todo correr hacia donde había sonado el tiro.

Entre numerosas exhortaciones a la celeridad y exclamaciones de alarma, madame me arrastró a toda prisa hacia la casa, a la que finalmente llegamos sin mayores aventuras.

Mi padre salió a nuestro encuentro en el recibidor. Al oír de labios de madame lo que había sucedido, se puso absolutamente furioso y partió de inmediato, junto con algunos criados, en la esperanza de interceptar a la partida de malhechores en el portón del parque.

He aquí una nueva zozobra, pues mi padre tardó en regresar poco menos de tres horas y yo no podía hacerme idea de lo que acaso estuviera sucediendo durante su ausencia. Mi alarma aumentó grandemente por la llegada, en el ínterin, del pobre Bill, el guardabosque subalterno, el cual estaba muy maltrecho.

Viendo que Bill estaba resuelto a interceptar su retirada, los tres hombres se habían abalanzado sobre él y le habían arrebatado la escopeta, que se disparó en medio de la rebatiña, y le habían propinado una salvaje paliza. Menciono estos pormenores porque los mismos convencieron a todo el mundo de que en el ánimo de aquellos malhechores había alguna determinación especialmente feroz, y que la reyerta no fue mera jarana, sino el resultado de un plan preconcebido.

Mi padre no logró darles alcance. Les siguió el rastro hasta la estación de Lugton, donde ellos habían tomado el tren, y nadie supo decirle en qué dirección se había ido el carruaje y los caballos de posta.

Madame estaba, o fingía estarlo, destrozada por lo ocurrido. Cuando mi padre nos interrogó detalladamente, los recuerdos de ella diferían muy sustancialmente de los míos en lo que respecta a muchos pormenores relacionados con el *personnel* de la cuadrilla de malhechores. Se mostró obstinada y tajante, y pese a que el guardabosque corroboró la descripción que hice de ellos, mi padre, no obstante, se quedó desconcertado. Tal vez no lamentó el que se le impusiera alguna duda, pues aunque en un principio estaba dispuesto a recorrer casi cualquier distancia a fin de detectar a aquellas personas, tras reflexionar se sintió complacido de que no hubiera pruebas susceptibles de llevarles ante un tribunal, ya que la publicidad y las molestias derivadas de ello habrían resultado inconcebiblemente penosas para mí.

Madame se encontraba en un extraño estado..., mostraba un humor tempestuoso, hablaba incesantemente..., cada dos por tres se la veía anegada en llantos y perpetuamente de hinojos dando al cielo gracias a torrentes por nuestra conjunta liberación de las manos de aquellos truhanes. No obstante nuestro compartido peligro y sus acciones de gracias en mi nombre, lo cierto es que cuando estábamos juntas y a solas prorrumpía siempre en expresiones de ira y vilipendio.

—¡Qué estúpida eres! ¡Qué desobediente y obstinada! Si hubieras hecho lo que te dije, no nos habría ocurrido nada; aquellas personas estaban borrachas, y no hay nada tan peligroso como pelearse con borrachos; yo te habría puesto completamente a salvo..., la señora tenía un aspecto tan agradable y tranquilo..., y con ella habríamos

estado seguras... no habría pasado absolutamente nada; pero en cambio tú te pusiste a chillar y a empujar, y ellos, claro, se enfurecieron y, como es natural, de ahí se derivó toda la impertinencia y la violencia; y ese pobre Bill... con la paliza y el peligro para su vida, todo lo has causado exclusivamente tú.

Y hablaba con una virulencia más real de la que generalmente se muestra en este tipo de reconvenciones.

—¡Mala bestia! —exclamó la señora Rusk estando ella, yo y Mary Quince juntas en mi cuarto—. Pese a todos sus lloros y sus rezos, ya quisiera yo saber tanto como acaso ella sepa sobre esos sinvergüenzas. En este lugar jamás ha habido tipos como éstos, por más que me esfuerce en recordar, hasta que ella vino a Knowl. ¡Vieja bruja huesuda y calva y cabezona, con sus sonrisitas falsas por aquí y sus llantos por allá y su nariz metida en todas partes! ¡Francesa hipócrita!

Mary Quince hizo una observación a la que la señora Rusk, creo, replicó, pero yo no oí a ninguna de las dos. No obstante, tanto si las palabras del ama de llaves eran fruto de la reflexión como si no lo eran, lo que dijo me afectó de forma extraña. Por un instante, y a través de la más diminuta rendija, tuve un atisbo del *Pandemonium*^[15]. Algunas peculiaridades de la conducta de madame, así como sus consejos durante la aventura, ¿acaso no quedaban parcialmente explicados por la sugerencia? La propuesta excursión a Church Scarsdale ¿podía tener algún propósito de ese mismo tipo? ¿Qué se proponía? ¿Cómo es que madame estaba interesada en ello? ¿Era posible una traición y una hipocresía tan inconmensurables? No podía hallar explicación ni dar totalmente crédito a la amorfa sospecha que, con aquellas sus ligeras y duras palabras, el ama de llaves había introducido en mi mente de modo subrepticio y tan horrible.

Una vez que la señora Rusk se hubo retirado, me desperté de mis lúgubres abstracciones con algo parecido a un gemido y un estremecimiento, en medio de una espantosa sensación de peligro.

—¡Oh, Mary Quince! —exclamé—. ¿Piensas que en realidad ella lo sabía?

—¿Quién, señorita Maud?

—¿Piensas que madame conocía a aquella horrible gente? ¡Oh... no, no lo crees..., dime que ella no los conocía! Me estoy volviendo loca, Mary Quince, el miedo me está quitando la vida.

—Vamos, señorita Maud, querida..., no se ponga tan nerviosa..., ¿por qué habría ella de...? ¡No, no hay nada de eso! La señora Rusk, Dios la bendiga, no sabe lo que se dice.

Pero yo estaba realmente asustada. Me hallaba en un horrible estado de incertidumbre en cuanto a la complicidad de madame de la Rougierre con la cuadrilla que nos había asaltado en el campo de conejos y que luego había propinado tan bestial paliza a nuestro pobre guardabosque. ¿Cómo podría deshacerme alguna vez de aquella horrible mujer? ¿Por cuánto tiempo aún habría ella de gozar de sus continuas oportunidades de asustarme y hacerme daño?

—¡Me odia... me odia, Mary Quince! Y no parará jamás hasta que me haya hecho algún espantoso daño. ¿No habrá nadie que me socorra? ¿Nadie que se lleve a esa mujer de aquí? ¡Oh, papá, papá, papá! ¡Lo lamentarás cuando sea demasiado tarde!

Lloraba retorciéndome las manos, presa de enloquecida agitación, mientras la buena de Mary Quince se esforzaba en vano por calmarme y darme consuelo.

CAPÍTULO XVIII

VISITANTE NOCTURNO

LAS espantosas advertencias de lady Knollys también me rondaban. ¿No había escapatoria de la horrorosa compañera que me habían asignado los hados? Una y otra vez tomaba la decisión de hablar a mi padre para instarle a que la despidiera. En otras cosas era indulgente conmigo, mas, sin embargo, en esto me acogía de forma seca y severa; estaba claro que me imaginaba bajo la influencia de mi prima Mónica, y también que tenía razones secretas para persistir en un proceder opuesto. Justo entonces recibí una alegre y extraña carta de lady Knollys, desde no sé qué casa de campo en Shropshire. Ni una palabra sobre el capitán Oakley. Di una rápida ojeada a sus páginas en busca de aquel nombre encantador. Enrabetada, arrojé el papel sobre la mesa. Para mis adentros pensé que aquello estaba mal y era impropio de una mujer.

Al cabo de un rato, sin embargo, leí la carta y me pareció muy bondadosa. Lady Knollys había recibido una nota de papá, el cual había «tenido el descaro de perdonarla a ella por su impertinencia (la de él)». Pero no obstante este agravio, ella, en atención a mí, tenía la intención de perdonarle y, en cuanto dispusiera de una semana sin compromisos, aceptar la invitación que él le había hecho para ir a Knowl, desde donde mi prima estaba resuelta a llevarme enseguida con ella a Londres. Lugar en el que, pese a ser yo demasiado joven para ser presentada en la corte y alternar, sin embargo podría —además de tener los mejores profesores, amén de una buena excusa para desembarazarme de Medusa— ver una gran cantidad de cosas que me divertirían y sorprenderían.

—¿Grandes noticias, supongo, de lady Knollys? —dijo madame, que siempre sabía quién recibía en la casa cartas por correo y, por intuición, quién las enviaba.

—Dos cartas... tú y tu papá. Lady Knollys se encuentra perfectamente, supongo.

—Muy bien, gracias, madame.

Algunas otras preguntas que madame dejó caer por si lograba pescar algo, no corrieron mejor suerte. Y, como de costumbre cada vez que se veía contrariada aunque fuese en una minucia, se tornó ceñuda y maligna.

Aquella noche, estando solos mi padre y yo, de pronto él cerró el libro que había estado leyendo y me dijo:

—Hoy he tenido noticias de Mónica Knollys. La pobre Monnie siempre me cayó bien, y aunque no es ninguna bruja, y a veces es muy mal pensada, sin embargo de cuando en cuando dice alguna cosa digna de ser tomada en consideración. ¿Alguna

vez te ha hablado, Maud, del momento en que habrás de ser dueña de ti misma?

—No —contesté, algo desconcertada y mirando directamente a su recio y bondadoso rostro.

—Bueno, pensé que podría... es una charlatana, eso ya lo sabes... siempre lo fue, y esa clase de personas dicen todo cuanto se les pasa por la cabeza. Es un tema que me interesa y que más de una vez, Maud, me ha dejado perplejo.

Suspiró.

—Ven conmigo al estudio, pequeña Maud.

Y, llevando él una vela, atravesamos el zaguán y emprendimos juntos la marcha a lo largo del pasadizo, que por la noche tenía siempre un aspecto un poco terrorífico, con sus oscuros frisos de madera, en absoluto alegrados por la luz que, en escorzo, llegaba del vestíbulo, la cual se perdía en el recodo; pasadizo que nos alejaba de las zonas frecuentadas de la casa hacia aquella desdichada y solitaria estancia acerca de la cual las tradiciones del cuarto de los niños y las de los criados tantas pavorosas historias tenían que contar.

Creo que mi padre se proponía hacerme alguna revelación al llegar a dicha estancia, pero si así era, cambió de opinión o, al menos, aplazó su intención.

Se paró delante del bargueño a propósito de cuya llave me diera tan estricto encargo, y pienso que iba a explicarse más a fondo de lo que lo había hecho. Pero en vez de hacerlo siguió hasta una mesa donde se hallaba colocado su *secrétaire*, siempre celosamente cerrado con llave, y, tras encender las velas que había a su lado, me lanzó una mirada y me dijo:

—Tienes que esperar un poco, Maud; he de decirte algo. Toma esta vela y entretente con un libro mientras tanto.

Estaba acostumbrada a obedecer en silencio. Elegí un volumen de grabados y me acomodé en mi rinconcito predilecto, donde con frecuencia había pasado media hora haciendo lo mismo. Se trataba de una profunda rinconera junto a la chimenea, situada al lado de un escritorio grande y antiguo. Hasta dicha rinconera arrastré una butaca y, provista de la vela y el libro, me instalé cómodamente en el estrecho habitáculo. A cada ratito alzaba la vista y veía a mi padre, con aire de ansiedad, según me pareció, ora escribiendo, ora sumido en sus cavilaciones.

Transcurrió el tiempo..., más del que mi padre tenía intención que transcurriera, y él seguía absorto en su pupitre. Poco a poco me fue entrando sueño y, al empezar a dar cabezadas, el libro y la estancia se me borraron y en torno a mí comenzaron a acumularse pequeñas ensoñaciones placenteras, lo que hizo que acabara por hundirme en un profundo letargo.

Debió de durar mucho, pues al despertarme la vela se había consumido; mi padre, olvidándose por completo de mí, se había ido, y la estancia estaba oscura y desierta. Tenía frío y me sentía algo agarrotada, y por espacio de algunos segundos no supe dónde estaba.

Supongo que lo que me había despertado era un ruido que ahora, ante mi

indecible espanto, oía claramente aproximarse. Se percibía un susurro y una respiración. Oí un crujido de la tabla del entarimado que siempre crujía al pisar sobre ella en el corredor. Contuve la respiración, me puse a escuchar y me acurruqué en el rinconcito más hondo de mi pequeño habitáculo.

Súbito e hiriente penetró el resplandor de una luz por el resquicio de la casi cerrada puerta del estudio, proyectando su brillo angularmente en el techo como una L invertida. Hubo un intervalo, a cuyo término alguien llamó suavemente con los nudillos a la puerta, la cual, tras otro intervalo, fue empujada con lentitud hasta que quedó abierta. Yo esperaba, creo, ver la temida figura del paje del hacha, pero apenas me aterroricé menos al ver la de madame de la Rougierre. Iba ataviada con un vestido de una especie de seda gris, que ella llamaba su «seda china»..., justo el que había llevado puesto durante el día. No creo, de hecho, que se hubiera cambiado. Iba descalza. En ningún otro aspecto mostraba su atuendo deficiencia alguna. Su ancha boca estaba torvamente cerrada y, al entrar en la estancia, se puso a escudriñarla con un ceño pálido y fruncido, sosteniendo la vela por encima de su cabeza, a la altura máxima de su brazo extendido.

Situada como me hallaba en una honda rinconera y en una butaca que apenas sobresalía del nivel del suelo, escapé a su vista, pese a que durante unos segundos me pareció, mientras contemplaba aquel espectro, que nuestros ojos llegaban realmente a encontrarse.

Yo permanecía sentada sin respirar ni parpadear, mirando fijamente aquella formidable imagen que, con su alzado brazo, las hirientes luces y las duras sombras proyectadas sobre sus contraídas facciones, se asemejaba a una hechicera a la espera de ver los efectos de un encantamiento.

Era evidente que escuchaba con suma atención. De forma inconsciente se estaba mordiendo el labio inferior entre los dientes y recuerdo muy bien el aspecto cadavérico y estúpido que le daba aquella contorsión. Mi terror de que pudiera descubrirme se hizo auténticamente agónico. Lanzó una mirada subrepticia de una a otra esquina de la estancia y se puso a escuchar junto a la puerta con el cuello torcido.

Acto seguido se acercó al *secrétaire* de mi padre. Para mi gran alivio, me daba la espalda. Se inclinó sobre él con la vela muy cerca; la vi probar una llave —no podía ser otra cosa— y la oí soplar por las guardas para limpiarlas.

Luego, vela en mano, se fue de nuevo a la puerta a escuchar y, a continuación, dando largos pasos de puntillas, regresó al *secrétaire* de papá, el cual fue abierto en otro momento y madame se puso a desplegar cautelosamente los papeles que contenía.

Hizo dos o tres pausas a fin de deslizarse hasta la puerta y escuchar de nuevo atentamente, con la cabeza cercana al suelo, y después volvía y continuaba su búsqueda, echando rápidas ojeadas a algunos papeles, uno tras otro, de forma tolerablemente metódica, y leyendo algunos de ellos con todo detenimiento.

En tanto proseguía esta felonía, yo me sentía paralizada por el miedo de que ella

pudiera, accidentalmente, lanzar una mirada a su alrededor y sus ojos dieran conmigo; pues a saber qué no sería capaz de hacer antes que ver descubierto su crimen.

En ocasiones leía por dos veces un papel, otras emitía un cuchicheo no más sonoro que el tictac de un reloj, y otras soltaba una breve risita apenas perceptible, todo lo cual ponía de manifiesto el interés con el que de cuando en cuando leía una carta o un memorándum.

Esto se prolongó, pienso, por espacio de una media hora, pero en aquellos momentos me pareció un tiempo interminable. De repente levantó la cabeza y se puso a escuchar por un instante, recolocó los papeles habilidosamente, cerró el *sécretaire* sin hacer ruido, salvo por un tenue «clic» de la cerradura, apagó la vela y se deslizó furtivamente fuera del salón, dejando tras ella —cerniéndose nebuloso en la oscuridad— aquel rostro maligno y brujeril sobre el que la luz de la vela acababa de brillar.

¿Por qué permanecí inmóvil y en silencio mientras se estaba perpetrando aquella afrenta? Si, en lugar de ser una chica muy nerviosa, preocupada por el indefinible terror que aquella perversa mujer me provocaba, hubiese poseído valor y presencia de ánimo, me figuro que habría dado la alarma y me habría escapado de la estancia sin el menor riesgo. Pero el hecho es que era tan incapaz de hacer el menor movimiento como lo es el pajarillo que, acurrucado bajo la hiedra, contempla al búho blanco navegar por los aires, acercándosele y alejándosele, en su crucero predatorio.

No sólo durante su presencia, sino incluso al cabo demás de una hora, seguía yo acurrucada en mi escondrijo, temerosa de hacer el más leve movimiento, no fuera que madame se hallase al acecho en las proximidades o regresara y me sorprendiese.

No cabe asombrarse de que, tras semejante noche, a la mañana siguiente me sintiera enferma y febril. Para mi horror, madame de la Rougierre vino a verme a la cama. En su semblante no era legible ni el más mínimo rastro de conciencia culpable por lo sucedido por la noche. No mostraba huella alguna de su prolongada vigilia, y su atuendo era ejemplar.

Viéndola sentada allí a mi lado, llena de solícito y afectuoso interés, viéndola alisar la colcha con su mano grande y criminal, pude comprender perfectamente el horroroso estado de ánimo con el que el marido engañado de *Las Mil y Una Noches* encuentra al fantasma de su esposa tras su descubrimiento nocturno.

Pese a estar enferma, me levanté y encontré a mi padre en la habitación contigua a su dormitorio. Estoy segura de que, al ver el aspecto que yo tenía, se dio cuenta de que algo insólito había sucedido. Cerré la puerta y avancé hasta situarme al lado de su silla.

—¡Papá, si supieras lo que tengo que decirte!

Olvidé llamarle «señor».

—Un secreto. Pero usted no dirá quién se lo ha revelado, ¿verdad? ¿Quiere bajar conmigo al estudio?

Mi padre me miró con dureza, se levantó y, dándome un beso en la frente, dijo:

—No tengas miedo, Maud; me aventuro a decir que no es más que una ilusión; sea como fuere, hija mía, tendremos cuidado de que no te alcance ningún peligro. Vamos, hija.

Y, cogiéndome de la mano, me llevó al estudio. Cuando se cerró la puerta y llegamos hasta el fondo del salón, junto a la ventana, dije, si bien en voz baja y sujetando fuertemente el brazo de mi padre:

—¡Señor, no sabe usted qué persona tan espantosa tenemos viviendo con nosotros... quiero decir madame de la Rougierre! Si viene no la deje pasar; adivinaría lo que le estoy diciendo y, de un modo u otro, estoy segura de que me mataría.

—¡Bah, bah, hija! Es preciso que sepas que todo eso son tonterías —dijo, pálido y severo.

—¡Oh, no, papá! Estoy horriblemente asustada, y lady Knollys también piensa así.

—¡Ja! Me lo figuro; un tonto hace ciento. Todos sabemos lo que piensa Mónica.

—Pero es que yo lo he visto, papá. Anoche robó su llave y abrió su *secrétaire* y leyó sus papeles.

—¿Que robó mi llave? —dijo mi padre, clavando en mí unos ojos perplejos, al tiempo que sacaba la llave del bolsillo—. ¿Que la robó? ¡Pues ya ves: aquí está!

—Abrió su *secrétaire* y estuvo muchísimo rato leyendo los papeles. Ábralo ahora y vea si no han sido manipulados.

Esta vez se me quedó mirando en silencio, con aire desconcertado, pero abrió el *secrétaire* y levantó los papeles dando muestras de curiosidad y recelo. Mientras lo hacía profirió algunas de esas interjecciones inarticuladas que suelen pronunciarse con los labios cerrados y que no siempre son inteligibles; pero no hizo ningún comentario.

Acto seguido me colocó en una silla junto a él y, sentándose él también, me dijo que hiciera memoria y le contase con precisión todo cuanto había visto, cosa que hice mientras él escuchaba con profunda atención.

—¿Se llevó algún papel? —me preguntó mi padre mientras se ponía a buscar un poco, supongo que a fin de hallar alguna cosa que imaginaba pudiera haber sido robada.

—No, no la vi llevarse nada.

—Bien, eres una buena chica, Maud. Actúa con discreción. No digas nada a nadie..., ni siquiera a tu prima Mónica.

Tales indicaciones, si hubieran provenido de alguna otra persona, no habrían tenido mucho peso, pero mi padre las pronunció con una mirada tan seria y con un énfasis tan grande que las hacían irresistibles e impresionantes, de modo que al marcharse mis labios estaban sellados.

—Siéntate, Maud, ahí. No has sido muy feliz con madame de la Rougierre y ha llegado la hora de que seas aliviada. El presente acontecimiento lo ha decidido.

Hizo sonar la campanilla.

—Diga a madame de la Rougierre que le pido el honor de verla aquí unos minutos.

Cuando mi padre la mandaba llamar lo hacía siempre de forma igual de ceremoniosa. Al cabo de unos minutos se oyeron unos golpecitos en la puerta, haciendo su aparición en el umbral, sonriente y reverenciosa, aquella misma figura que la noche anterior me aterrorizara cual si fuese el espíritu del mal.

Mi padre se puso en pie. Madame, atendiendo el requerimiento de mi padre, tomó asiento frente a él en una butaca. Su semblante, como de costumbre cuando se hallaba en presencia de mi padre, era todo afabilidad. Mi padre fue en seguida al grano.

—Madame de la Rougierre, debo pedirle que me dé la llave que en estos momentos obra en su poder, la que abre mi *secrétaire*.

Y, al terminar de hablar, súbitamente golpeó el mueble con la funda de oro de su lápiz.

Madame, que se había esperado algo muy diferente, se puso de inmediato tan enormemente pálida, y su frente se tiñó de una coloración tan oscura y purpúrea, que, sobre todo tras haber intentado en vano por dos veces responder con sus blancos labios, supuse que iba a desplomarse víctima de un ataque.

Madame no miraba a mi padre a la cara; sus ojos estaban fijos en un punto más bajo y la boca y las mejillas las tenía chupadas para adentro, con una extraña distorsión en uno de los lados.

De pronto se puso en pie y, clavando su mirada en el rostro de mi padre, logró decir, tras aclararse por dos veces la garganta:

—No puedo comprender, monsieur Ruthyn, a menos que su intención sea insultarme.

—Eso no ha de valerle de nada, madame; es preciso que me dé la llave falsa. Yo a usted le doy la oportunidad de entregármela tranquilamente aquí y ahora.

—Pero ¿quién se atreve a decir que poseo semejante cosa? —preguntó madame, quien, habiéndose repuesto de su momentánea parálisis, ahora se mostraba tan furiosa y lenguaraz como a menudo la había visto antes.

—Usted sabe, madame, que puede creer lo que le digo, y le digo que anoche fue vista entrar en este salón y, con una llave, abrir este *secrétaire* y leer mis cartas y papeles que el mismo contiene. A menos que me dé inmediatamente dicha llave y cualquier otra llave falsa que obre en su poder..., en cuyo caso me contentaré con despedirla sumariamente..., mi actuación será distinta. Usted sabe que soy magistrado, y, por tanto, haré que usted, su equipaje y su habitación del piso de arriba sean registrados sin dilación, y presentaré contra usted una demanda criminal. La cosa está clara; usted la agrava al negarla; tiene usted que darme esa llave al instante, si hace el favor, de lo contrario tocaré esta campanilla y verá que lo que digo va en serio.

Hubo una pequeña pausa. Mi padre se levantó y alargó la mano hacia el cordón

de la campanilla. Madame se deslizó alrededor de la mesa, extendiendo su mano para detener la de mi padre.

—Haré lo que sea, monsieur Ruthyn... lo que usted desee.

Y, con estas palabras, madame de la Rougierre se derrumbó. Se puso a sollozar, a llorar, a balbucear penosamente toda suerte de retahilas incomprensibles de ruegos y lamentaciones; pudorosa, penitentemente, presa de una zozobra sumamente interesante, sacó de su pecho la llave que tenía atada con una cuerda. Mi padre se conmovió escasamente ante aquella quejumbrosa tempestad. Cogió la llave con frialdad y la probó en el *sécretaire*, cuya puerta cerraba y abría sin problemas, pese a que las guardas eran complicadas. Meneó la cabeza y clavó sus ojos en el rostro de madame.

—Le ruego me diga quién hizo esta llave. Es nueva y está hecha expresamente para encajar en esta cerradura.

Pero madame no iba a decir nada más de lo que expresamente había entrado en el trato, de modo que se limitó a sumirse una vez más en el consabido paroxismo de aflicción, autorreproches, paliativos y súplicas.

—Bien —dijo mi padre—, le prometí que se iría tras la entrega de la llave. Es suficiente. Cumpló mi palabra. Tiene usted hora y media para hacer sus preparativos, a cuyo término estará usted dispuesta para la marcha. Le enviaré su dinero a través de la señora Rusk; y si busca usted algún otro empleo, será mejor que no me pida informes. Y ahora tenga la bondad de dejarme.

Madame parecía sumida en una extraña perplejidad. Se irguió, enjugó sus lágrimas con fiereza, hizo una profunda reverencia y comenzó a andar majestuosamente hacia la puerta, antes de llegar a la cual se detuvo, se dio media vuelta, lanzó a mi padre una mirada aguda y pálida y, mientras lo hacía, se mordió el labio con malignidad. La misma repulsiva pantomima se repitió junto a la puerta, mientras permanecía un momento con la mano en el picaporte. Pero de nuevo cambió de compostura y, sorbiéndose la nariz y poniendo un gesto de desdén, que elevó casi a una sonrisa de desprecio, hizo otra profunda reverencia, sacudió la cabeza con altanería y, tras cerrar la puerta de manera hartamente violenta, desapareció.

CAPÍTULO XIX

«AU REVOIR»

A la señora Rusk le gustaba asegurarme que madame no me tenía simpatía «ni por asomo». De forma instintiva yo sabía que no albergaba hacia mí buena voluntad, si bien creo realmente que su deseo era hacerme pensar justo lo contrario. En cualquier caso, yo no tenía la menor gana de volver a ver a madame antes de su marcha, especialmente desde que, en el estudio, me lanzara una momentánea mirada que se me antojó cargada de sentimientos muy peregrinos.

El lector, por tanto, puede tener la certeza de que en mí no había deseo alguno de una despedida formal, de modo que cogí mi sombrero y la capa y salí de la casa sin decir nada a nadie.

Me di un paseo solitario e incluso, pese a lo avanzado de la estación, bien protegido por el follaje; el sendero discurría tortuoso entre añosos troncos de árboles, cuyas nudosas raíces se entreveraban en el suelo. No obstante la cercanía de la casa, reinaba una soledad selvática, atravesada por las sombras y destellos de un arroyuelo; por la tierra se esparcían las fresas salvajes y otras plantas boscosas, y las dulces notas y trinos de los pajarillos alegraban la oscura fronda.

Llevaba ya una hora entera inmersa en esta pintoresca soledad, cuando desde lejos llegó a mis oídos el chirrido de las ruedas de un carruaje, anunciándome que madame de la Rougierre había emprendido viaje; exhalé un gran suspiro y, a través de las ramas, me puse a contemplar el cielo limpio y azul.

Pero las cosas y el tiempo concuerdan extrañamente. Justo en ese momento la voz de madame sonó muy cerca de mi oído, y su mano grande y huesuda se posó sobre mi hombro. En un instante estuvimos cara a cara... Retrocedí y el miedo me dejó momentáneamente sin habla.

Cuando somos muy jóvenes no nos percatamos de los frenos que actúan sobre la malignidad, ni sabemos cuán efectivamente nos protege el miedo cuando falta la conciencia moral. Completamente sola en aquel lugar solitario, descubierta y alcanzada por el horrible instinto de mi enemiga, ¿qué no podría estar a punto de sucederme en aquel momento?

—Asustada como de costumbre, Maud —dijo con calma. Y, dedicándome una sonrisa siniestra mientras me miraba, añadió—: Y piensas que con motivo, sin duda. ¿Qué has hecho para agraviar a la pobre madame? Bueno, creo que lo sé, chiquilla, que he descubierto lo lista que es mi pequeña y dulce Maud. ¿Eh, no es así? *Petite*

carogne... ¡Ah, ja, ja!

Me hallaba demasiado confundida como para responder.

—Ya ves, mi querida niña —dijo sacudiendo el dedo levantado hacia mí con una horrible picardía—, que no has podido ocultar a la pobre madame lo que has hecho. Por muy de inocente que te las des, yo veo perfectamente tu maldad..., sí, pequeña *diablease*.

»Por lo que yo he hecho, no tengo nada que reprocharme. Si pudiera explicarlo, tu papá diría que había obrado bien, y tú me darías las gracias de rodillas; pero aún no puedo explicarlo.

Hablaba, por así decirlo, a pequeños párrafos, con una momentánea pausa entre cada uno de ellos, para permitir que su significado imprimiera su huella.

—Si optara por explicarlo, tu papá me imploraría que me quedase. Pero no..., yo no querría..., no obstante tu alegre casa, tus encantadores sirvientes, el divertido trato con tu papá y tu afectuoso y sincero corazón, mi pequeña y dulce *maraude*.

»Primero me iré a Londres, donde tengo, ¡vaya si los tengo!, muy buenos amigos, y luego me iré al extranjero por algún tiempo; pero puedes estar segura, cariño mío, que allí donde el azar quiera que esté, te recordaré... ¡Ah, ja, ja! ¡Sí! ¡Ya lo creo que te recordaré!

»Y aunque no siempre estaré cerca, sin embargo lo sabré todo acerca de mi pequeña y encantadora Maud; no sabrás cómo, pero el hecho es que lo sabré todo. Y ten la seguridad, queridísima niña, de que algún día estaré en condiciones de darte pruebas sensibles de mi gratitud y afecto..., ya me entiendes.

»El coche está esperando en el portillo del tejo, y debo proseguir la marcha. No esperabas verme... aquí; quizá en otro momento aparezca de modo igualmente repentino. Es un gran placer para ambas esta oportunidad de decirnos *adieu*. ¡Adiós, pequeña mía, queridísima Maud! Jamás dejaré de pensar en ti, así como en el modo de recompensar la amabilidad que has mostrado hacia la pobre madame.

Mi mano colgaba de un costado, y madame tomó no mi mano, sino mi dedo pulgar, lo estrechó, envuelto en la ancha palma de su mano, y, mientras lo mantenía en ella, se me quedó mirando como si meditase sobre el modo de hacer alguna diablura. Al cabo, dijo bruscamente:

—Te acordarás siempre de madame. Eso creo. Y además yo haré que te acuerdes. Por el momento, adiós, y espero que seas tan feliz como te mereces.

Por un instante aquella cara ancha y siniestra me miró con su latente sonrisa de desprecio, para a continuación, con un violento movimiento de cabeza y una espasmódica sacudida de mi aprisionado pulgar, darse media vuelta y, remangándose el vestido y mostrando sus grandes y huesudos tobillos, marcharse a rápidas zancadas sobre las retorcidas raíces hasta perderse en la perspectiva de los árboles. No desperté, por así decirlo, hasta que hubo desaparecido por completo en la lejanía.

Los acontecimientos de este tipo no alteraban a mi padre, pero en cambio todas las demás caras de Knowl se alegraron de que madame hubiera sido despedida.

Recobré energías y volví a estar de buen ánimo. La luz del sol era feliz, las flores inocentes, los cantos y los trinos de los pájaros recuperaron su alegría; toda la naturaleza, en fin, volvía a ser deliciosa y placentera.

Tras la primera y jubilosa sensación de alivio, de vez en cuando la nebulosa sombra de madame de la Rougierre se interponía ante la luz del sol, y el recuerdo de sus amenazas retornaba con una inesperada punzada de miedo.

—¡Habrás visto qué descaró! —exclamó la señora Rusk—. Pero no se atormenta usted dándole vueltas a la cabeza, señorita. Los de esa ralea son todos iguales. Jamás se vio a un bribón al que se le haya pillado en algo, que no haga toda clase de amenazas a las personas honradas cuando se marcha; ahí tiene usted a Martin, el guardabosque, y a Jervis el mozo de cuadra... Bien que me acuerdo de sus juramentos. Juraron lo que les dio la gana cuando se iban, pero ¿quién ha vuelto a oír hablar de ellos desde entonces? Esa gentuza siempre amenaza de esa manera..., siempre lo hacen, pero nunca pasa nada..., si ella pudiera, claro que haría algo, pero la cosa es que no puede, lo único que puede hacer es morderse las uñas y maldecirnos..., eso es lo único... ¡ja, ja, ja!

Tal era mi consuelo. Pero, no obstante, de vez en cuando la perversa sonrisa de madame se cruzaba ante mis ojos como una muda amenaza, se me hundía el ánimo y un hado, envuelto en negras vestiduras y cuyo rostro me era imposible ver, me cogía de la mano y me llevaba consigo, en espíritu, silenciosamente, en una pavorosa exploración de la que acababa despertándome con un sobresalto, y madame, por algún tiempo, había desaparecido.

Madame, sin embargo, había ideado bien su pequeña despedida. Se propuso dejar flotando sobre mí el aura de su hechizo, y ello turbaba mis sueños.

No obstante me sentía indescriptiblemente aliviada. Escribí, animadísima, una carta a la prima Mónica; y me preguntaba qué planes se habría formado mi padre en lo que a mí respecta y si nos quedaríamos en casa o iríamos a Londres o al extranjero. En lo que a esto último se refiere —el arreglo más agradable en varios sentidos—, yo, sin embargo, abrigaba un oculto horror. Me rondaba el secreto convencimiento de que si marchábamos al extranjero nos encontraríamos a madame, lo cual, para mí, era como encontrar a mi genio del mal.

Más de una vez he dicho que mi padre era un hombre extraño; y el lector, a estas alturas, habrá visto que en él había muchas cosas nada fáciles de entender. Con frecuencia me pregunto si, caso de haber sido él más franco, no me habría parecido menos extraño de lo que suponía, o más extraño aún. Las cosas que a mí me conmovían profundamente, a él no parecían afectarle en absoluto. La marcha de madame, en las circunstancias que la habían rodeado, se presentaba a mi mente infantil como un acontecimiento de suma importancia. Nadie en la casa, salvo su amo, era indiferente a lo sucedido. Mi padre jamás volvió a hacer ninguna alusión a madame de la Rougierre, pero, estuviera ello relacionado o no —que yo eso no sabría decirlo— con su puesta en evidencia y su expulsión, lo cierto es que el espíritu de mi

padre parecía ser víctima de alguna nueva angustia o tribulación.

—He estado pensando mucho en ti, Maud. Estoy lleno de zozobra. Hacía años que no me encontraba tan turbado. ¿Por qué Mónica Knollys no tendrá un poco más de mollera?

Tal fue la frase oracular que pronunció tras detenerme en el zaguán; y acto seguido, diciendo «ya veremos», se marchó de modo tan brusco como había aparecido.

¿Percibió algún peligro para mí en el carácter vengativo de madame?

Uno o dos días más tarde, encontrándome yo en el jardín holandés, le vi en los peldaños de la terraza. Me hizo una seña y vino a mi encuentro cuando yo me acercaba a él.

—Debes sentirte muy sola, Maud; eso no es bueno. He escrito a Mónica: su consejo es competente en materia de detalles; puede que venga a visitarnos brevemente.

Me puse muy contenta al oírlo.

—Tu interés en justificar su carácter es mayor del que, a mi edad, puedo tener yo.

—¿El carácter de quién, señor? —me aventuré a preguntar durante la pausa que siguió.

Sus hábitos de soledad y mutismo habían hecho adquirir a mi padre una muletilla consistente en dar por sentado que el contexto de sus pensamientos era legible para los demás, olvidando que no había llegado a expresarlos.

—¿De quién?... De tu tío Silas. Por ley de vida habrá de sobrevivirme. Entonces representará el nombre de la familia. ¿Harías algún sacrificio para limpiar ese nombre, Maud?

Mi respuesta fue breve, pero creo que mi semblante puso de manifiesto mi entusiasmo.

Mi padre me dedicó una sonrisa de aprobación como la que podríamos imaginar encendiéndose en las recias facciones de un pálido y viejo Rembrandt.

—Puedo decirte, Maud, que si mi vida lo hubiese podido hacer, no debería haberse deshecho... *ubi lapsus, quid feci*. Pero casi me había decidido a modificar mi plan, y encomendarlo todo al tiempo... *edax rerum*... para que lo ilumine o lo consuma. Pero pienso que a la pequeña Maud le gustaría contribuir a la restitución del nombre de su familia. Puede que ello te cueste algo..., ¿estás dispuesta a comprarlo al precio de un sacrificio? ¿Hay... no estoy hablando de fortuna, que eso no entra en esta cuestión... hay, digo, algún otro sacrificio honroso del que quisieras evadirte para disipar el oprobio bajo el cual, de lo contrario, habrá de seguir languideciendo nuestro antiquísimo y honorable nombre?

—¡Oh, ninguno..., de veras que ninguno, señor..., estoy encantada!

De nuevo vi la sonrisa rembrandtiana.

—Bien, Maud, tengo la certeza de que no hay ningún riesgo; pero tú has de suponer que sí lo hay. ¿Sigues estando dispuesta a aceptarlo?

Asentí una vez más.

—Eres digna de nuestra sangre, Maud Ruthyn. Pronto sobrevendrá, y no durará mucho. Pero es preciso que no permitas que gente como Mónica Knollys te amedrente.

No sabía a qué atenerme.

—Si les dejas que se apoderen de ti con sus insensateces, mejor fuera que te echases atrás a tiempo..., esa gente puede convertir la ordalía en algo tan terrible como el mismísimo infierno. ¿Eres animosa..., tienes temple?

Pensé que, por una causa así, tendría temple para lo que fuera.

—Bien, Maud, de aquí a unos meses, e incluso puede que antes, tendrá que producirse un cambio. Esta mañana he recibido una carta de Londres que me da esa certidumbre. Entonces habré de dejarte por algún tiempo; durante mi ausencia sé fiel a los deberes que surgirán. A quien mucho se le da, mucho se le pedirá^[16]. Has de prometerme que no mencionarás esta conversación a Mónica Knollys. Si eres una chica parlanchína y no puedes confiar en ti misma, dilo, y no le pediremos que venga. Tampoco le instes a que hable sobre el tío Silas..., tengo motivos para ello. ¿Te haces perfecto cargo de mis condiciones?

—Sí, señor.

—Tu tío Silas —dijo, poniéndose de pronto a hablar en voz alta y en un tono tan fiero que, proviniendo de un hombre tan viejo como él, sonaba casi a algo terrible— arrastra una intolerable calumnia. No mantengo correspondencia con él; no me inspira simpatía; jamás me la inspiró. Se ha vuelto religioso en sus ideas, y eso está bien; pero hay cosas en las que ni siquiera la religión debería hacerle a un hombre mostrar aquiescencia; y, por lo que he podido enterarme, él, la persona primordialmente afectada, la causa, si bien causa inocente, de esta gran calamidad, la soporta con una tranquila apatía, una apatía equivocada y fácilmente susceptible de inducir a error a los demás, una apatía, en fin, que ningún Ruthyn, bajo circunstancia alguna, debería mostrar. Le dije lo que tenía que hacer y me ofrecí a abrir mi bolsa a tal fin; pero él no quiso, y no lo hizo; la verdad es que nunca siguió mis consejos, sólo los suyos propios y, a la deriva, ha ido a parar a un sucio y triste bajío. No es por él, ¿por qué habría yo de hacerlo?, por quien me he afanado y esforzado por hacer desaparecer el vergonzoso desdoro bajo el que su mala suerte nos ha arrojado a nosotros. Eso a él poco le importa, según creo..., él es manso, más manso que yo. Mira menos por sus hijos de lo que yo miro por ti, Maud; se halla egoístamente sumido en el porvenir..., un pobre visionario. Yo no soy así. Creo un deber cuidar de los demás, aparte de cuidar de uno mismo. El carácter y la influencia de una antigua familia constituye una herencia muy particular..., sagrada pero destructible; ¡y ay de aquel que, o bien la destruye, o bien tolera que perezca!

Este fue el discurso más largo que jamás había oído pronunciar a mi padre, ni habría de oírle en lo sucesivo. Discurso que, bruscamente, reanudó así:

—Sí, Maud, tú y yo..., tú y yo dejaremos una prueba escrita que, si es leída con

espíritu de justicia, convencerá al mundo.

Miró a su alrededor, pero estábamos solos. El jardín casi siempre estaba solitario, siendo pocos los visitantes que jamás se aproximaban a la casa desde aquel lado.

—Creo que llevo demasiado rato hablando; todos somos niños hasta el final. Déjame, Maud. Pienso que te conozco mejor de lo que te conocía, y estoy contento de ti. Vete, hija... Yo me quedo aquí.

Si aquella entrevista le había hecho adquirir nuevas ideas acerca de mí, yo también las había adquirido acerca de él. Hasta entonces no tenía yo idea de la mucha pasión que aún ardía dentro de aquel viejo esqueleto, ni de lo lleno de energía y fuego que podía mostrarse aquel rostro por lo general tan adusto y ceniciento. Cuando le dejé sentado en la silla rústica junto a los escalones, todavía eran perceptibles en sus facciones las huellas de aquella tormenta. Su reconcentrado semblante, el fulgor de sus ojos, su expresión extrañamente enfebrecida y el hosco rictus de sus labios apretados mostraban aún esa zozobra que, de algún modo, cuando se da en la grisura de la edad proveya, conmueve y alarma a los jóvenes.

CAPÍTULO XX

AUSTIN RUTHYN EMPRENDE SU VIAJE

EL reverendo William Fairfield, el algo calvoso cura auxiliar del doctor Clay, un hombre apacible y delgado con una nariz alta y fina, el cual me estaba preparando para la confirmación, vino al día siguiente; y cuando hubo terminado nuestra conferencia catequística y fue anunciada la hora del refrigerio previo al almuerzo, mi padre lo mandó llamar a su estudio, donde permaneció hasta que la campanilla hizo sonar su convocatoria.

—Su papá y yo hemos tenido una conversación muy interesante..., de veras muy interesante, señorita Ruthyn —dijo mi reverendo *vis-à-vis*, tan pronto como su cuerpo se sintió entonado, sonriente y lustroso, mientras se recostaba sobre el respaldo de su butaca, con la mano en la mesa y un dedo rodeando suavemente el tallo de su copa de vino—. Creo que nunca ha tenido usted el privilegio de ver a su tío, el señor Silas Ruthyn, de Bartram-Haugh, ¿no es así?

—No... nunca; lleva una vida tan retirada..., tan enormemente retirada.

—¡Oh, claro, claro que no! Sólo quería señalar un parecido..., quiero decir, por supuesto, un parecido familiar..., únicamente esa clase de parecido..., usted ya me entiende..., entre él y el perfil de lady Margaret en el salón..., ¿o no es lady Margaret?... ese que tuvo usted la bondad de mostrarme el último miércoles. Desde luego hay un parecido. Pienso que estaría usted de acuerdo conmigo si tuviera el gusto de ver a su tío.

—¿Es que usted lo conoce? Yo nunca lo he visto.

—¡Oh, sí!...; tengo la satisfacción de decir que lo conozco muy bien. Tengo ese privilegio. Durante tres años fui cura en Feltram, y tuve el honor de ser un visitante bastante asiduo de Bartram-Haugh a lo largo de aquel, puede decirse, prolongado período; y pienso que jamás he tenido el privilegio y la dicha, si así se me permite decirlo, de gozar del conocimiento y el trato de un tan experimentado cristiano como mi admirable amigo, que así me está permitido llamarle, el señor Ruthyn de Bartram-Haugh. Le aseguro que lo contemplo bajo una luz de santidad; no, por supuesto, en el sentido papista de la palabra «santo», sino, usted ya me entiende, en el que nuestra Iglesia permite..., un hombre edificado en la fe, lleno de fe... fe y gracia..., absolutamente ejemplar; y más de una vez me he atrevido a deplorar, señorita Ruthyn, que la Providencia, en sus inescrutables designios, le hubiera alejado tanto de su hermano, su respetado padre de usted. Sin duda, su influencia y oportunidades,

podemos aventurarnos a esperar, habrían sido, cuando menos, una bendición; y acaso además nosotros..., mi apreciado párroco y yo..., podríamos haberle visto más por la iglesia de lo que, lamento profundamente tener que decirlo, le hemos visto.

Meneó un poco la cabeza mientras me sonreía con una triste complacencia a través de sus lentes azules de acero, y luego sorbía un poco de su meditativo jerez.

—¿Ha frecuentado mucho a mi tío?

—Así es, señorita Ruthyn..., puedo decir que muchísimo..., principalmente en su propia casa. Su salud está muy quebrantada... una salud malísima...; ha sido un hombre triste y afligido, como sin duda sabe usted. Pero las aflicciones, mi querida señorita Ruthyn, como, según recordará, tan acertadamente observara el doctor Clay el pasado domingo, aunque pájaros de mal agüero, espiritualmente, sin embargo, se asemejan a los cuervos que abastecieron al profeta^[17]; y cuando visitan al creyente, vienen cargados de alimento para el alma.

»Su tío tiene, diría yo, considerables problemas pecuniarios —prosiguió el cura, quien antes era un buen hombre que un hombre bien educado—. Para él fue difícil... de hecho le fue imposible..., suscribirse habitualmente a nuestra pequeña caja de caridad y... y a nuestros fines, pero yo solía decirle, y tal era mi sincera forma de sentir, que resultaba más satisfactorio verse rechazado por él, que auxiliado por otros..., ¡tales eran sus sentimientos y su capacidad de expresión!

—¿Ha querido mi papá que me hable usted de mi tío? —pregunté, pues de pronto se me pasó por la cabeza un pensamiento; acto seguido, sin embargo, me sentí medio avergonzada de mi pregunta.

Se quedó sorprendido.

—No, señorita Ruthyn, por supuesto que no. ¡Oh, no, por favor! Ha sido una simple conversación entre el señor Ruthyn y yo. Nunca, ni en lo más mínimo, señorita Ruthyn, me sugirió él que yo planteara ese tema, ni de hecho ningún otro, en mi entrevista con usted.

—No sabía yo, hasta ahora, que el tío Silas fuese tan religioso.

El cura elevó una tranquila sonrisa, no exactamente hacia el techo pero sí ligeramente hacia lo alto, meneando la cabeza, al bajar los ojos, apiadado por mi previa ignorancia.

—No digo yo que no haya algunos pequeños puntos, en materia doctrinal, que acaso nosotros pudiéramos desear fuesen en él distintos de como son. Pero los mismos, ¿sabe usted?, son de índole especulativa, y en todo lo esencial él es ortodoxo..., no en el viciado sentido moderno de la palabra, lejos, de ello... sino excepcionalmente ortodoxo, de un modo estricto. ¡Ojalá hubiera entre nosotros más gente con su mismo espíritu! ¡Y ello, ay, señorita Ruthyn, incluso en las más altas instancias de la propia Iglesia!

El reverendo William Fairfield, pese a luchar con su mano derecha contra los disidentes^[18], con la izquierda se hallaba fervorosamente comprometido con los tratadistas^[19]. Estoy segura de que era un buen hombre, y me figuro que

doctrinalmente sano, si bien pienso que, por naturaleza, no muy inteligente. Esta conversación con él me proporcionó ideas nuevas acerca de mi tío Silas. Todo casaba con lo que mi padre había dicho. Tales principios, así como su edad cada vez más avanzada, necesariamente habrían de apaciguar la turbulencia de su resistencia a la injusticia y enseñarle a someterse a su destino.

Cabría imaginar que alguien tan joven como yo, nacida en el seno de tan vasta opulencia y viviendo una vida tan absolutamente recluida, estaría exenta de zozobras.

Se ha visto ya, sin embargo, cuán atribulada se vio mi vida por la inquietud y el miedo mientras madame de la Rougierre residió en la casa, y ahora, en mi mente, quedaba una vaga y horrible anticipación de la prueba que mi padre, sin definirla, me había anunciado.

Una «ordalía», la llamó él, que iba a requerir no sólo buen ánimo, sino también temple, y que posiblemente, caso de faltarme valentía, pudiera convertirse en algo espantoso e incluso intolerable. ¿Qué podría ser? Y ¿de qué naturaleza? Algo no destinado a vindicar la buena fama de aquel manso y sumiso viejo —quien, a lo que parecía, había dejado de preocuparse por sus pasados agravios y sólo miraba hacia el porvenir—, sino la reputación de nuestra antigua familia.

A veces me arrenpentí de mi temeridad al haber aceptado dicha ordalía. Desconfiaba de mi valentía. ¿No haría mejor en echarme atrás cuando aún estaba a tiempo? Pero sentía vergüenza e incluso me resultaba difícil pensarlo. ¿Cómo me presentaría ante mi padre? ¿Acaso no era algo importante, algo que yo había aceptado libremente, algo con lo que me hallaba comprometida en conciencia? Quizá él había dado ya pasos comprometedores. ¿Tenía yo, además, la seguridad de que, incluso si volviera a ser libre, no me consagraría una vez más a la prueba, fuese ésta la que fuere? El lector se dará cuenta de que en mí había más espíritu que arrojo. Pienso que poseía los atributos mentales del arrojo, pero en aquel entonces no era sino una muchachita histérica y, en la medida que lo era, ni más ni menos que una cobarde.

No era extraño que desconfiase de mí misma; tampoco el que mi voluntad se alzara contra mi timidez. Aquello era una lucha: una orgullosa e indómita resolución en contra de la cobardía constitutiva.

Aquellos a los que alguna vez les fue arrojado sobre sus espaldas un fardo más pesado del que sus fuerzas parecían forjadas para sobrellevar —los débiles, los ambiciosos, los intrépidos y voluntariosamente dados al autosacrificio, amén de los de temple titubeante—, comprenderán la índole de angustia que a veces soportaba.

Pero de nuevo me sentía aliviada y se me antojaba que estaba, por fuerza, exagerando los riesgos que la venidera crisis pudiera depararme; y sentía también la certidumbre, al menos, de que si mi padre creía que dicha crisis iba a ir acompañada de verdadero peligro, jamás habría deseado verme envuelta en él. Pero el silencio al que me había comprometido era terrorífico..., tanto más cuanto que el peligro era tan amorfo y oculto.

Pronto habría de entenderlo todo... Pronto, así mismo, habría de saberlo todo

acerca del inminente viaje de mi padre, adonde iba, en compañía de qué visitante y por qué me lo había ocultado con tan horrible misterio.

Aquel día llegó una carta jovial y bondadosa de lady Knollys. Iba a venir a Knowl dentro de dos o tres días. Pensé que mi padre estaría contento, pero me pareció apático y melancólico.

—No siempre se siente uno a la par con Mónica. Pero para ti sí... sí, gracias a Dios. Ojalá pudiera quedarse un mes o dos, tal quisiera yo, Maud; para entonces puede que tenga que marcharme y, siempre que ella no se ponga a hablar de cosas indebidas, estaría contento, muy contento, Maud, de dejarla contigo durante una semana más o menos.

Pensé que aquel día había algo que inquietaba secretamente a mi padre. Su semblante mostraba aquel extraño y febril arrebol que le había notado cuando se excitó durante nuestra conversación en el jardín a propósito del tío Silas. Tal vez hubiera algo doloroso, acaso terrible, en las circunstancias del viaje que estaba a punto de emprender, y de todo corazón deseé que la intriga y la zozobra hubiesen tocado a su fin, y que él estuviera ya de regreso en casa.

Aquella noche mi padre me dio las buenas noches temprano y se fue al piso de arriba. Hacía ya un rato que estaba yo en la cama cuando oí sonar su campanilla. Esto no era habitual. Poco después oí a su criado, Ridley, hablando con la señora Rusk en el corredor. No podía equivocarme respecto a sus voces. No sabía por qué me había sobresaltado y, excitada, me había incorporado para escuchar apoyada sobre los codos. Sin embargo hablaban tranquilamente, como personas que están dando o recibiendo alguna orden de índole habitual, no con las prisas de una situación de emergencia.

Luego oí al criado dar las buenas noches a la señora Rusk y encaminarse corredor abajo en dirección a las escaleras, así que llegué a la conclusión de que ya no se le necesitaba y, por lo tanto, todo debía de estar en orden. Me volví a acostar, así pues, aunque sintiendo palpitaciones y con una ominosa sensación expectante, escuchando e imaginándome ruido de pisadas.

Estaba a punto de dormirme cuando de nuevo oí la campanilla; y al cabo de unos minutos los enérgicos pasos de la señora Rusk a lo largo del corredor; me puse a escuchar atentamente y oí, o me imaginé que oía, su voz y la de mi padre en el curso de un diálogo. Todo esto era muy insólito y, una vez más, con el corazón batiente, me incorporé sobre el codo en la almohada.

La señora Rusk, después de un minuto aproximadamente, pasó por el corredor y, deteniéndose en mi puerta, comenzó a abrirla despacio. Me sobresalté y desafié al visitante con un:

—¿Quién está ahí?

—Soy yo, señorita. ¡Cielo santo! ¿Todavía está usted despierta?

—¿Se ha puesto malo papá?

—¿Malo? ¡No, ni un poquito, gracias a Dios! Es sólo que un librito negro yo lo

tomé por su breviario de usted y lo traje aquí; ¡ah, ahí está, seguro! Y su papá lo necesita. Ahora tengo que bajar al estudio y buscar éste, «C, 15»; pero ya no puedo leer el nombre, no hay manera, y me dio reparo preguntarle a él otra vez; si usted tuviera la bondad de leérmelo, señorita..., sospecho que estoy perdiendo vista.

Leí el título; la señora Rusk era tolerablemente experta en el arte de encontrar libros, puesto que a menudo le habían sido encomendados tales menesteres con anterioridad. Así pues, se marchó.

Supongo que aquel volumen en concreto era difícil de hallar, pues debía de hacer ya mucho que se había ido y, de hecho, yo me había adormilado, cuando en un preciso instante me despertó el fragor de un horrendo desplome y un penetrante alarido de la señora Rusk. Los alaridos, cada vez más enloquecidos y horripilantes, se sucedían unos a otros. Por mi parte, grité a Mary Quince, que estaba durmiendo en la habitación conmigo:

—¡Mary! ¿Oyes? ¿Qué es eso? ¡Es algo espantoso!

El ruido del desplome fue tan tremendo que incluso el sólido suelo de mi habitación tembló bajo su efecto. Me pareció como si algún hombre corpulento hubiese irrumpido a través de la parte alta de la ventana, haciéndola estallar, y, en su caída, hubiera sacudido la casa entera. De pronto me encontré a mí misma de pie junto a la puerta, gritando: «¡Socorro! ¡Socorro! ¡Asesinos! ¡Asesinos!», con Mary Quince a mi lado, medio enloquecida de terror.

No podía imaginarme lo que estaba sucediendo. Estaba claro que se trataba de algo sumamente horrible, pues los alaridos de la señora Rusk no amainaban en su sucesivo clamoreo, aunque sonaban amortiguados, como si una puerta se hubiese cerrado tras ella; y a todo esto la campanilla del cuarto de mi padre repicaba demencialmente.

—¡Están intentando asesinarle! —grité, y corrí por la galería hasta su puerta, seguida por Mary Quince, la blancura de cuyo rostro jamás olvidaré, aunque sus súplicas tan sólo sonaban en mis oídos a ruidos desprovistos de significado.

—¡Venid! ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Socorro! —gritaba, tratando de forzar la puerta.

—¡Empuje! ¡Empuje! ¡En nombre de Dios! ¡Está atravesado contra la puerta! ¡Y no puedo moverlo!

Barrené cuanto pude contra la puerta, pero infructuosamente. Oímos pasos acercándose. Dando grandes voces, los criados venían corriendo hacia el lugar:

—¡No pasa nada! ¡Esperen un poco! ¡Ya estamos aquí! —y cosas por el estilo.

Al llegar ellos nos retiramos. No estábamos en condiciones de que nos pusieran la vista encima. Sin embargo, nos pusimos a escuchar desde mi puerta abierta.

Acto seguido se oyó un sordo fragor de violencia y empujones contra la puerta. La voz de la señora Rusk disminuyó en intensidad hasta convertirse en un quejido lloroso; los hombres hablaban todos a un tiempo, y supongo que la puerta se abrió, pues de repente oí algunas de las voces dentro de la habitación; entonces sobrevino un extraño apaciguamiento, un hablar en tono muy bajo, ni siquiera tanto como eso.

—¿Qué es esto, Mary? ¿Qué puede ser? —exclamé, sin saber qué horror imaginar. Y entonces, con un cubrecama sobre mis hombros, di, horrorizada, unas voces implorantes en demanda de conocer lo que había sucedido.

Mas no oí sino las atenuadas y ansiosas voces de los hombres, ocupados en alguna absorbente tarea, y los mortecinos sonidos de un pesado cuerpo al ser trasladado.

La señora Rusk vino hacia nosotras con aspecto de medio loca, y, pálida como un espectro y poniéndome las manos en los hombros, dijo:

—Y ahora, señorita Maud, querida, tiene usted que volver a su habitación otra vez; éste no es lugar para usted; ya lo verá todo, tiempo hay para eso..., ya lo verá. Y ahora sea buena, vamos, séalo y métase en su cuarto.

¿Qué fue aquel horrible estruendo? ¿Quién había entrado en la habitación de mi padre? Era el visitante al que durante tanto tiempo habíamos estado esperando, aquel con el que iba a emprender el viaje ignorado, dejándome a mí sola. El intruso era... ¡la muerte!

CAPÍTULO XXI

LLEGAN ALGUNAS PERSONAS

MI padre había muerto..., de forma tan súbita como si hubiera sido asesinado. Hacía ya mucho que el Dr. Bryerly le había descubierto uno de esos terribles aneurismas situados cerca del corazón y que no muestran signos externos de ceder en un momento. Mi padre sabía lo que tenía que suceder y que era imposible diferirlo por mucho tiempo. Tenía miedo de decirme que pronto iba a morir. Tan sólo aludió a ello en la alegoría de su viaje, y en ese triste enigma dejó algunas palabras de auténtico consuelo, las cuales jamás me han abandonado desde entonces. Bajo su adusto modo de ser se ocultaba una maravillosa ternura. No podía creerme que de veras estuviese muerto. Muchas personas, en la violenta agitación de semejante sacudida, durante uno o dos minutos han experimentado ese mismo escepticismo. Insistí en que se avisara inmediatamente al médico, que vivía en el pueblo.

—Está bien, señorita Maud, cariño, le mandaré llamar para complacerla, pero es completamente inútil. Si le viera usted, se convencería. Mary Quince, baja corriendo y dile a Thomas que la señorita Maud quiere que vaya enseguida al pueblo a buscar al Dr. Elweys.

Cada minuto de espera me pareció una hora. No sé lo que dije, pero imaginaba que si aún no estaba muerto, perdería la vida a causa del retraso. Supongo que hablaba alocadamente, pues la señora Rusk dijo:

—Mi querida niña, debería usted entrar y verle, desde luego que sí, señorita Maud. Hace ya una hora que está muerto sin remedio. Se sorprendería de ver toda la sangre que ha salido de su cuerpo, ya lo creo que se sorprendería..., la cama está empapada.

—¡Por favor, señora Rusk, no siga!

—¿Quiere entrar ahora a verle?

—¡Oh, no, no, no!

—Bien, no lo haga entonces, querida, si no lo desea; no hay necesidad. ¿No querría usted acostarse, señorita Maud? Mary Quince, atiéndela tú, yo tengo que entrar en la habitación unos minutos.

Enloquecida, comencé a pasearme de arriba abajo por la estancia. La noche era fresca, pero yo no lo sentía. Tan sólo era capaz de lamentarme: «¡Oh, Mary Quince! ¿Qué voy a hacer ahora? ¿Qué voy a hacer?».

Cuando llegó el médico poco debía de faltar, según me pareció, para que

despuntara el alba. Me había vestido. No me atrevía a entrar en la habitación donde yacía mi bienamado padre.

Al salir de mi cuarto al corredor en espera de la llegada del Dr. Elweys, vi a éste, que avanzaba a paso rápido con su abrigo abotonado hasta la barbilla, el sombrero en la mano y su calva cabeza reluciente, a la zaga del criado. Sentí que me invadía un frío helador, cada vez más gélido, y mi corazón, dando un súbito brinco, me pareció que se detenía.

La doncella estaba de pie junto a la puerta y oí cómo el doctor, en ese tono bajo, perentorio y misterioso que los médicos cultivan, le preguntaba:

—¿Aquí dentro?

Y, tras hacer una breve inclinación de cabeza, le vi entrar.

—¿No le gustaría ver al doctor, señorita Maud? —preguntó Mary Quince.

La pregunta me alteró un poco.

—Sí, creo que debo verle. Gracias, Mary.

Y así lo hice, al cabo de unos minutos. Estuvo muy respetuoso, muy triste y, en su semblante y modales, parecido a un sepulturero; pero también estuvo muy explícito. Me enteré de que mi querido papá «ha muerto, evidentemente, a causa de la ruptura de alguna arteria cardíaca»; de que la enfermedad, sin duda, hacía mucho que estaba «arraigada, y es de carácter incurable»; y de que en estos casos «resulta consolador el hecho de que el fallecimiento, que se produce de forma instantánea, no puede acarrear sufrimiento». Estas observaciones, y algunas otras más, eran todo cuanto tenía que ofrecer, y, tras cobrar sus honorarios de manos de la señora Rusk, se esfumó en medio de una respetuosa melancolía.

Volví a mi cuarto, hundiéndome, de pronto, en un paroxismo de desolación; hasta transcurrida una hora, o más, no comencé a tranquilizarme.

Por la señora Rusk me enteré de que aquella noche mi padre se había sentido muy bien, de hecho mejor que de costumbre, y que cuando ella había regresado del estudio con el libro que le había pedido, él estaba anotando, como solía, algunos pasajes que ilustraban el texto con el que se hallaba ocupado. Diciéndole a ella que no se marchara, cogió el libro y se subió en una silla para bajar otro de un estante, momento en el que cayó sin vida al suelo, con el terrible estruendo que había llegado a mis oídos. Cayó atravesado ante la puerta, motivo por el que resultaba difícil abrirla. La señora Rusk se vio sin energías para forzarla, no siendo extraño, por tanto, que se hubiera hundido en el terror. Creo que yo habría perdido casi la razón.

Todo el mundo conoce el aspecto reservado y la atmósfera taciturna de la casa, una de cuyas estancias estaba ocupada por aquel misterioso huésped.

No sé cómo han podido quedar atrás aquellos espantosos días y aún más espantosas noches. El recuerdo es repulsivo. Detesto pensar en ellos. Pronto me envolví en el convencional atuendo de luto, con sus pesados dobletes de crespón. Lady Knollys llegó y estuvo bondadosísima, haciéndose cargo de la ordenación de todos aquellos pormenores que a mí me resultaban tan indeciblemente horribles.

Escribió cartas por mí, además, y se portó, realmente, de un modo amable y útil en grado sumo, aparte de que su compañía me confortaba de manera indescriptible. Era una mujer rara, pero su excentricidad se veía atemperada por un fuerte sentido común; desde entonces he pensado no pocas veces con admiración y gratitud en el tacto con el que supo llevar mi aflicción.

Es imposible habérselas con una gran aflicción como si ésta estuviese bajo el control de nuestra voluntad. Se trata de un fenómeno terrible, cuyas leyes es preciso que estudiemos, y a cuyas condiciones hemos de someternos si queremos mitigarla. La prima Mónica me habló mucho de mi padre, cosa que le resultaba fácil, puesto que sus primeros recuerdos estaban llenos de él.

Una de las más terribles dislocaciones de nuestros hábitos mentales en lo que respecta a los muertos consiste en que nuestro futuro terrenal se ve hurtado de ellos, hallándonos abocados exclusivamente a la retrospección. Quedan eliminados de todo hondo mirar hacia delante y, a partir de ese momento, todo plan, imaginación y esperanza son una perspectiva muda y vacía. En el pasado, sin embargo, son todo cuanto siempre fueron. Permítaseme aconsejar a todos aquellos que deseen confortar a quienes hayan sufrido una pérdida reciente, que les hablen del muerto sin cortapisas y todo lo que puedan. Así, de esta manera, aquellos a los que aflige el duelo entrarán en esa conversación con interés, hablarán de sus propios recuerdos del difunto y escucharán los de quien les habla, incluso si dichos recuerdos se tornan a veces placenteros y, en ocasiones, hasta risibles. Tal me sucedió a mí. Hurté a la calamidad algo de su horrible y sobrenatural aspereza; ello evitó esa monotonía del objeto que es para la mente lo que es para el ojo, y aprestó la aptitud hacia esas ilusiones mesméricas que trastornan su sentido.

La prima Mónica me animó prodigiosamente, de eso estoy segura. Cada día que pasa la quiero más y más, cuando pienso en todas las molestias que se tomó, en su solicitud y su bondad.

No se me había olvidado la promesa que hiciera a mi querido papá acerca de la llave respecto a la cual tantísimo afán había demostrado. Fue hallada en el bolsillo que él quiso yo retuviese en la memoria, donde la tenía siempre guardada salvo cuando, a la hora de dormir, la colocaba debajo de la almohada.

—Así pues, querida, a aquella malvada se la halló abriendo la cerradura del *secrétaire* de tu pobre papá. ¡Lo que me extraña es que no la castigase..., ya sabes que eso es robo!

—Bueno, lady Knollys, como usted sabe, se ha marchado, así que yo ya no me preocupo por ella..., quiero decir que ya no tengo por qué tenerle miedo.

—No, querida. ¡Pero tienes que tutearme...! ¿Te importa? Soy tu prima y has de tutearme, a menos que quieras hacerme enfadar. ¡No, por supuesto que ya no tienes por qué temerla! Y por supuesto que se ha marchado. Pero yo soy vieja, ¿sabes?, y no soy tan tierna de corazón como tú. Confieso que me habría puesto contentísima de enterarme de que a esa vieja bruja malvada la habían metido en la cárcel y condenado

a trabajos forzados... ¡Ya lo creo que sí! ¿Y qué es lo que supones que andaba buscando? ¿Qué se proponía robar? Pienso que puedo adivinarlo... ¿Qué crees tú?

—Querría leer los papeles; quizá llevarse billetes de banco..., no estoy segura —respondí.

—Pues a mí lo que me parece más probable es que quisiera hacerse con el testamento de tu pobre papá... ¡Ésa es mi idea!

»No hay nada sorprendente en tal suposición, querida —prosiguió—. ¿No has leído sobre ese curioso juicio celebrado en York el otro día? Nada es más valioso de robar que un testamento, cuando en él se legan grandes propiedades. Mira, tendrías que haberle dado muchísimo dinero para que te lo devolviera. ¿Y si bajas, querida? Iré contigo y abriremos el bargueño del estudio.

—Creo que no puedo, pues prometí darle la llave al Dr. Bryerly, siendo la intención que sólo él lo abriese.

La prima Mónica emitió un inarticulado «¡hum!» de sorpresa o desaprobación.

—¿Se le ha avisado por carta?

—No, no sé su dirección.

—¡Qué no sabes su dirección! Pues es curioso —dijo mi prima, algo quisquillosamente.

Ni yo ni ninguna de las personas que en aquel momento vivían en la casa podíamos suministrar al respecto la más leve conjetura. Incluso hubo una disputa respecto al tren que había tomado..., si en dirección norte o sur, pues pasaban por la estación con un intervalo de cinco minutos. Si el Dr. Bryerly hubiese sido un espíritu del mal, evocado mediante un secreto encantamiento, no podría haber habido una oscuridad mayor respecto al proceso inmediato de su acercamiento.

—Y ¿cuánto tiempo te propones esperar, querida? No importa; en cualquier caso es lícito que abras el *sècretaire*; puedes encontrar papeles que te orienten..., puedes encontrar la dirección del Dr. Bryerly... ¡Dios sabe lo que puedes encontrar!

Asentí y, así pues, bajamos y abrimos el *sècretaire*. ¡Qué espantosa resulta la profanación...! ¡Toda intimidad abrogada...! ¡Escandalosa compensación por el silencio de la muerte!

A partir de este momento todo es evidencia circunstancial..., todo son conjeturas... salvo la *litera scripta*, y cada cuaderno de notas, cada trocito de papel —escudriñados, puestos al desnudo bajo la luz del día—, han de contribuir en lo que puedan a esa evidencia.

En la parte alta del *sècretaire* había dos mensajes sellados, el uno para la prima Mónica y el otro para mí. El mío era una breve despedida, tierna y amorosa, nada más que eso, la cual abrió de nuevo las fontanas de mi aflicción y me hizo pasarme largo rato llorando y sollozando amargamente.

El otro era para «lady Knollys». No vi cómo lo recibió, pues estaba ya absorta en el mío. Pero al cabo de un tatito se me acercó y me besó a su manera juvenil y bondadosa. Al contemplar mis paroxismos de aflicción se le solían llenar los ojos de

lágrimas. Luego se ponía a decir: «Recuerdo que él decía...», repitiéndolo —algo ora juicioso, ora retozón, pero en cualquier caso consolador—, así como las circunstancias en las que se lo había escuchado decir, a lo que seguían los recuerdos suscitados por aquéllas; así es como, en parte gracias a él y en parte gracias a la prima Mónica, me veía hurtada a la desesperación y las lamentaciones.

Junto a dichos mensajes había un sobre grande con la inscripción: «Disposiciones que deben ser cumplidas de inmediato tras mi muerte». Una de las mismas rezaba: «Publíquese el suceso inmediatamente en los principales periódicos del condado y de Londres». Tal paso ya había sido dado. No hallamos constancia escrita de la dirección del Dr. Bryerly.

Registramos por doquier, salvo en el bargueño, pues, conforme a las disposiciones de mi padre, estaba dispuesta a no permitir que, bajo pretexto alguno, lo abriera ninguna otra mano que la del Dr. Bryerly. Fue, sin embargo, imposible encontrar en parte alguna un testamento u otro documento que se le pareciera. No me cupo ya ninguna duda, por tanto, respecto a que el testamento se hallaba depositado en el bargueño.

Durante la rebusca entre los papeles de mi querido padre encontramos dos fajos de cartas primorosamente atadas y rotuladas..., cartas de mi tío Silas.

Mi prima Mónica hizo descender su mirada sobre dichos papeles, acompañándola de una sonrisa extraña; ¿era una sonrisa satírica, o se trataba de una de esas sonrisas indescriptibles con las que a veces se sale al encuentro de un misterio que cubre un largo período de años?

Eran unas cartas extrañas. Si había en ellas pasajes quejumbrosos e incluso abyectos, también los había, y largos, llenos de viriles y nobilísimos sentimientos, así como bravatas y divagaciones en torno a la religión. Aquí y allá una carta se transformaba gradualmente en una plegaria que terminaba con una doxología y sin ninguna firma; y algunas de ellas expresaban puntos de vista tan insensatos y confusos acerca de la religión que, imagino, jamás pudo habérselos expuesto abiertamente al bueno del señor Fairfield, y que se aproximaban más a las visiones swedenborgianas que a ninguna de las enseñanzas de la Iglesia anglicana.

Las leí con un solemne interés, pero mi prima Mónica no se conmovió de igual modo. Las leyó con la misma sonrisa —leve, serenamente desdeñosa, pensé— con la que en un principio depositara en ellas su mirada. Era el semblante de quien se divierte en rastrear la actuación de un personaje al que comprende muy bien.

—¿Es muy religioso el tío Silas? —dije, no acabándome de gustar las miradas de lady Knollys.

—Mucho —dijo ella, sin levantar la vista ni deponer su vieja sonrisa amarga mientras ojeaba un pasaje en una de las cartas.

—¿Crees que no lo es, prima Mónica? —dije yo.

Levantó la cabeza y me miró directamente a la cara.

—¿Por qué lo dices, Maud?

—Porque sonríes con incredulidad, me parece, al leer sus cartas.

—¿De veras? —dijo—. No estaba pensando..., ha sido puro accidente. El hecho es, Maud, que tu pobre papá se equivocó completamente conmigo. En lo que a él atañe, yo no tenía prejuicio alguno... ninguna teoría. Nunca supe qué pensar de él. No creo que Silas sea un producto de la naturaleza, sino un hijo de la Esfinge, y jamás pude entenderle..., eso es todo.

—Yo también he sentido así siempre, pero eso era porque fui abandonada a la especulación, porque fui abocada a espigar conjeturas de aquí y de allá, de su retrato o de donde fuera. Salvo por lo que tú me dijiste, jamás oí más de unas pocas frases; al pobre papá no le gustaba que le preguntara acerca de él, y pienso que ordenó a la servidumbre que guardara silencio.

—Pues una prohibición bastante parecida me impone a mí esta notita..., no es lo mismo, pero sí algo parecido; y no entiendo lo que significa.

Y se me quedó mirando inquisitivamente.

—No debes alarmarte a propósito de tu tío Silas, pues tu miedo te descalificaría para un *importante servicio* a tu familia cuya realización has tomado sobre ti, y cuya naturaleza pronto entenderé y, pese a que es completamente *pasivo*, se convertiría en muy triste si se permitiera que unos *miedos ilusorios se colaran en tu mente*.

Estaba mirando la carta, escrita de puño y letra del pobre papá, que había hallado dirigida a ella en el *sécretaire*, y recalcó las palabras que, supongo, estaba citando de la misma.

—¿Tienes idea, querida Maud, de qué servicio puede ser ése? —inquirió con grave e inquieta curiosidad en su semblante.

—Ninguna, prima Mónica; pero he meditado mucho sobre mi aceptación de realizarlo, o mi sumisión al mismo, sea lo que sea; y mantendré la promesa que hice voluntariamente, aunque sé lo cobarde que soy y a menudo desconfío de mi valentía.

—Bueno, yo no voy a asustarte.

—¿Y cómo ibas a poder hacerlo? ¿Por qué habría yo de asustarme? ¿Es que hay algo espantoso que haya de ser revelado? ¡Por favor, dímelo...! ¡Tienes que decírmelo!

—No, cariño, no es eso lo que quise decir..., no es eso lo que quiero decir; ... podría, si quisiera; no sé exactamente lo que quise decir. Pero tu pobre papá le conocía mejor que yo..., de hecho yo no le conocía en absoluto..., esto es: nunca le entendí..., cosa que tu papá, según veo, tuvo grandes oportunidades de hacer.

Y, tras una pequeña pausa, añadió:

—Así que no sabes lo que se espera de ti que hagas o padezcas.

—¡Oh, prima Mónica, sé que piensas que cometió aquel asesinato! —exclamé, levantándome bruscamente, no sé por qué, y sintiendo que me ponía mortalmente pálida.

—No pienso nada semejante, tontita; no debes decir cosas tan horribles, Maud —dijo, levantándose también con un semblante pálido y airado a un tiempo—. ¿Salimos

a dar un paseíto? Vamos, echa la llave a esos papeles, cariño, y vístete; y si el tal Dr. Bryerly no aparece por aquí mañana, tienes que mandar venir al párroco, el buen doctor Clay, y decirle que busque el testamento..., en él puede haber disposiciones respecto a muchas cosas, ¿sabes?; y, mi querida Maud, no debes olvidar que Silas es mi primo tanto como tu tío. Vamos, cariño, ponte el sombrero.

Y nos fuimos juntas a dar un pequeño paseo solitario.

CAPÍTULO XXII

ALGUIEN EN LA SALA CON EL ATAÚD

CUANDO volvimos había llegado un caballero «joven». Al pasar junto a la ventana le vimos en el recibidor. Fue un simple atisbo, pero uno de esos que bastan para hacer una fotografía que podemos estudiar después con calma. Lo recuerdo en este momento —un hombre de treinta y seis años—, ataviado con un traje gris de viaje, no excesivamente bien cortado; rubio, gordo de cara y desmañado; su aspecto era, además, soso y astuto a un tiempo, nada semejante al de un caballero.

Branston vino a nuestro encuentro, anunció la llegada y me entregó las credenciales del forastero. Mi prima y yo nos detuvimos en el pasillo para leerlas.

—Esta es de tu tío Silas —dijo lady Knollys, tocando una de las cartas con la punta de un dedo.

—¿Hay que servir el almuerzo, señorita?

—Por supuesto.

Y Branston se marchó.

—Léela conmigo, prima Mónica —dije. Era, en verdad una carta curiosísima. Decía así:

«¿Cómo podré agradecer a mi bienamada sobrina el acordarse de su anciano y desdichado pariente en estos momentos de angustia?».

Tras la muerte de mi padre, yo había escrito una nota con unas, me figuro, palabras incoherentes, que le envié con el primer correo.

«Es, sin embargo, en la hora del duelo y la aflicción cuando más valoramos los lazos que están rotos y anhelamos la compasión de nuestros allegados».

Aquí había un pequeño dístico en versos franceses, del que sólo pude leer *ciel* y *l'amour*.

«Nuestro tranquilo hogar se ve ensombrecido con un nuevo pesar. ¡Cuán inescrutables son los designios de la Providencia! Yo, aunque unos años más joven (¡y cuánto más achacoso, destrozadas mis fuerzas físicas y anímicas, no siendo ya sino una mera carga, estando completamente *de trop*!), veo, no obstante, perdonada mi vida en este mi triste lugar en un mundo donde ya no puedo ser útil, donde tan sólo tengo una ocupación —la plegaria—, y una esperanza —la tumba—; ¡y en cambio él, de tan robusta apariencia, el centro de tanto bien, alguien a quien tú tanto necesitabas y que tan necesario, ay, era

para mí... desaparece! Él se ha ido a su descanso... ¿Qué nos queda a nosotros sino inclinar la cabeza y murmurar: “Cúmplase Su voluntad”? Escribo estas líneas con mano temblorosa y mis viejos ojos arrasados por las lágrimas. Jamás pensé que un acontecimiento terrenal pudiera conmoverme tan profundamente. Hace mucho que me mantengo apartado del mundo. En tiempos llevé una vida de placeres..., ¡de perversión, ay de mí!, como ahora la llevo de austeridad; pero, como nunca fui rico, hasta mi peor enemigo habrá de conceder que jamás fui avaricioso. Mis pecados, por lo que doy gracias al Señor, han sido de índole más reducible, y han sucumbido a la disciplina que el cielo ha suministrado. Tiempo ha que estoy muerto para el mundo y sus intereses, así como para sus placeres. Para los pocos años que me queden de vida no pido sino quietud —una dispensa de las zozobras y alborotos que acompañan a las luchas y cuidados, liberación para la cual tengo puesta mi confianza en el Dador de todo Bien—, a sabiendas, a un tiempo, de que, bajo Su dirección, pase lo que pase será lo mejor. Feliz seré, sobrina queridísima, si en tu en grado sumo interesante y, en algunos aspectos, desdichada situación, puedo serte de alguna utilidad. Mi actual asesor religioso, de quien me he aventurado a solicitar consejo a propósito de ti, afirma que debería enviar a alguien a fin de que me represente en la triste ceremonia de la lectura del testamento que mi bienamado y ahora bienaventurado hermano sin duda habrá dejado, y la idea de que la experiencia y los conocimientos profesionales del caballero a quien he seleccionado puedan serte útiles, me decide a ponerle a tu disposición. Es el socio menor de la firma Archer & Sleigh, que lleva los pequeños negocios que de cuando en cuando pueda yo tener; ¿puedo rogarte que le des hospitalidad por una breve estancia en Knowl? Me cuesta un esfuerzo el referirme, aunque sea de pasada, a estos pequeños asuntos de negocios..., esfuerzo penoso, pero necesario. ¡Ay, mi pobre hermano! El cáliz de amargura está ya lleno. Pocos y malos han de ser los días de vejez que me quedan, pero mientras duren, permaneceré siempre para mi bienamada sobrina eso que toda su riqueza y esplendor no pueden comprar... un amoroso y leal pariente y amigo,

Silas Ruthyn».

—¡Qué carta tan amable! —dije, con lágrimas en los ojos.

—Sí —contestó lady Knollys secamente.

—¿Es que realmente no te lo parece?

—¡Amable, muy amable! ¡Oh, sí! —respondió en el mismo tono—. Y quizá un poquito astuta.

—¡Astuta! ¿Por qué?

—Bueno, tú ya sabes que soy una vieja solterona quisquillosa, y ni que decir tiene

que de vez en cuando arañó y veo en la oscuridad^[20]. Me figuro que Silas siente pena, pero no creo que ande vestido con arpillera y acostándose sobre cenizas. Tiene motivo para sentirse apenado e inquieto, y desde luego pienso que estará ambas cosas; pero mira: siente una gran compasión por ti y también por él, y además necesita dinero y tú, su bienamada sobrina, tienes muchísimo... En conjunto es una carta llena de afecto y prudencia, pero ha enviado a su apoderado aquí para que tome nota del testamento, y tienes que alojar al caballero y darle de comer; y Silas, muy precavidamente, te invita a que confíes tus dificultades y tribulaciones a su procurador. Es una carta muy amable, pero no imprudente.

—Pero, prima Mónica, ¿no crees que en un momento como éste difícilmente sería lógico que el tío Silas se forjase unos planes tan mezquinos, aunque en otros momentos fuera capaz de actuar de modo tan bajo? ¿No es juzgarle duramente? Y además tú que lo conoces tan poco.

Y bien, ¿no era esto tener prejuicios? Me figuro que así era, en parte. Y que también lo era mi vehemente predisposición favorable a mi tío. Me temo que las mujeres somos facciosas; siempre tomamos partido, pues la naturaleza nos ha formado más para abogados que para jueces; por otro lado pienso que tal función, si bien menos majestuosa, es más amable.

Me hallaba sentada junto a la ventana del salón, a la caída de la tarde, esperando que entrara mi prima Mónica.

Aquel atardecer me sentía febril y asustada. Me imagino que ello se debía a una cuestión de simpatía con el tiempo. El sol se había puesto tormentosamente. Pese a que el aire estaba en calma, el cielo ofrecía un aspecto fiero y tempestuoso. Los nubarrones, deslizándose en actitud de vuelo, reflejaban en mi ánimo su propia y sagrada configuración. Mi aflicción se entenebreció con un feroz presagio de peligro, apoderándose de mí la sensación de lo sobrenatural. Era la tarde más triste y horrible que había habido desde la muerte de mi bienamado padre.

Todo tipo de miedos amorfos me rodearon en silencio. Por primera vez me asaltaron recelos horribles sobre la forma de la fe. ¿Quiénes eran estos swedenborgianos que —nadie sabía cómo— se le habían arrimado y mantenido tan sujeto hasta el final de su vida? ¿Quién era este bilioso, empelucado doctor Bryerly de negros ojos, que a ninguno nos acababa de gustar y al que todos temíamos, el cual parecía surgir de la tierra y venía y se iba nadie sabía de dónde y adónde, y que, tal como me imaginaba, ejercía sobre mi padre una misteriosa autoridad? ¿Era todo bueno y verdadero, o una herejía bruñida? ¡Oh, mi bienamado padre! ¿Marchaba todo bien en tu vida?

Cuando entró lady Knollys, me halló en un mar de lágrimas, paseándome como loca de arriba abajo por la habitación. Me besó en silencio, se puso a pasear conmigo e hizo cuanto pudo por consolarme.

—Creo, prima Mónica, que me gustaría verle una vez más. ¿Subimos?

—A menos que realmente lo desees mucho, pienso, querida, que mejor harías no

proponiéndotelo. Es más grato recordarlos como fueron; se produce un cambio, ¿sabes, cariño?, y rara vez resulta confortadora su contemplación.

—Pero es que lo deseo muchísimo. ¿No vas a acompañarme?

La persuadí, así pues, y nos encaminamos hacia el piso de arriba cogidas de la mano a la luz del cada vez más sombrío crepúsculo. Nos detuvimos al final del oscuro corredor y, sintiéndome asustada, llamé a la señora Rusk.

—Dile que nos deje entrar, prima Mónica —susurré.

—La señorita desea verle, ¿verdad, lady Knollys? —preguntó la señora Rusk en un tono apagado y lanzándome una mirada misteriosa, mientras introducía sin ruido la llave en la cerradura.

—¿Estás completamente segura, Maud, cariño?

—Sí, sí.

Pero cuando la señora Rusk entró con la vela en la mano, cuyo resplandor se confundía, lúgubre, con el crepúsculo agonizante, poniendo al descubierto un gran ataúd negro sostenido sobre caballetes, al pie del cual tomó posición, contemplando su interior con ojos graves, de nuevo me sentí totalmente acobardada y reulé unos pasos.

—No, señora Rusk, no quiere verlo; y me alegra mucho que así sea —añadió mi prima, dirigiéndose a mí—. Vamos, señora Rusk, salga usted. Sí, cariño —prosiguió, de nuevo dirigiéndose a mí—, es mucho mejor para ti.

Y a toda prisa me hizo salir y me arrastró con ella escaleras abajo. Sin embargo, los horribles perfiles de aquel enorme ataúd se me quedaron fijos en la mente proporcionándome un nuevo y terrible sentido de la muerte.

No tenía ya deseo alguno de verle. Incluso la habitación me hizo sentir horror, y más tarde, por espacio de más de una hora, sentí una suerte de desesperación y terror ante la idea de la muerte como nunca antes o después llegué a experimentar.

La prima Mónica había hecho que pusieran su cama en mi cuarto, trasladándose Mary Quince a la contigua salita del tocador. Por vez primera hizo en mí acto de presencia el supersticioso terror que sigue a la muerte de forma no inmediata. Me rondaba la idea de ver a mi padre entrar en la habitación, o abrir la puerta y echar una ojeada al interior. Después de que lady Knollys y yo nos hubimos metido en la cama, me fue imposible conciliar el sueño. Fuera ululaba el viento lastimeramente, y la totalidad de los ruiditos, trepidaciones y golpeteos que desde dentro le respondían, me sobresaltaban constantemente, simulando ruido de pisadas, de puertas que se abrían, de llamadas con los nudillos y cosas por el estilo, las cuales, tan pronto como caía en el letargo, me despabilaban con el corazón palpitante.

Al cabo de un rato amainó el viento, se amortiguaron aquellos ruidos ambiguos y, fatigada, me sumergí en un sueño apacible. Me despertó un ruido en el corredor, que no pude definir. Había transcurrido un tiempo considerable, pues el viento se hallaba ahora completamente apaciguado. Muy asustada, me incorporé en la cama, conteniendo la respiración y escuchando no sabía qué.

Oí unos pasos moviéndose subrepticamente a lo largo del corredor. Llamé en voz baja a mi prima Mónica y ambas oímos cómo alguien entraba furtivamente por la puerta de la habitación —que estaba sin cerrar con llave— donde yacía mi padre, y la volvía a cerrar.

—¿Qué puede ser? ¡Cielo santo, prima Mónica! ¿Lo oyes?

—Sí, querida, y son las dos.

En Knowl todo el mundo se acostaba a las once. Sabíamos muy bien que la señora Rusk era bastante nerviosa y que ni por todo el oro del mundo habría entrado, sola y a semejantes horas, en la habitación. Llamamos a Mary Quince. Las tres nos pusimos a escuchar, pero no oímos ningún otro ruido. Hago constar aquí estas cosas debido a la terrible impresión que me causaron en aquel momento.

Las tres, apretadas como una piña, acabamos por salir a echar una ojeada al corredor. A través de cada una de las ventanas en perspectiva, penetraba una azulada lámina de claro de luna; pero la puerta en la que se centraba nuestra atención estaba en la sombra, y pensamos que podríamos distinguir el resplandor de una vela a través del ojo de la cerradura. Mientras, susurrantes, debatíamos en común sobre esta cuestión, la puerta se abrió, surgió la mortecina luz de una bujía, sobre el vano se proyectó, desde dentro, la sombra de una figura y, acto seguido, el misterioso doctor Bryerly —anguloso, desgarbado, ataviado con el traje de paño negro que le sentaba poco mejor que un ataúd— salió de la habitación, vela en mano; murmurando, supongo, una plegaria —sonaba como una despedida—, dio un paso cauteloso que le situó en el suelo del corredor, procediendo a dejar al muerto encerrado con llave; a continuación, tras ponerse a escuchar unos instantes, la saturnal figura, que, por efecto de la vela colocada a nivel más bajo, arrojaba sobre el techo y el lateral de la pared una sombra gigantesca y distorsionada, se marchó a grandes zancadas por el oscuro y largo pasadizo, alejándose de nosotras.

Tan sólo me cabe hablar por mí misma, pero honradamente puedo decir que me sentí tan aterrorizada como si acabara de ver a un hechicero marchándose a hurtadillas tras la realización de sus impíos tejemanejes. Pienso que la prima Mónica se vio también afectada del mismo modo, pues cuando entramos en nuestro cuarto dio una vuelta a la llave en la cerradura. No creo que ninguna de nosotras creyera en aquel momento que habíamos visto al doctor Bryerly en carne y hueso, pese a lo cual, de lo primero que hablamos por la mañana fue de la llegada del doctor Bryerly. La mente es un órgano distinto por la noche y por la mañana.

CAPÍTULO XXIII

HABLO CON EL DOCTOR BRYERLY

EL doctor Bryerly había llegado, de hecho, a las doce y media de la noche. Desde nuestro remoto emplazamiento en la vieja casa de Knowl escasamente pudieron ser oídas sus voces de llamada, y cuando el criado, soñoliento y a medio vestir, abrió la puerta, se encontró con el larguirucho doctor en pie sobre los escalones, ataviado con su traje negro y lustroso, su *portmanteau* descansando en los peldaños y el vehículo que le había traído desapareciendo entre las sombras de los añosos árboles.

Entró en la casa con un semblante más adusto y severo que de costumbre.

—¿Se me esperaba? Soy el doctor Bryerly. ¿No se me esperaba? Bien, llame a la persona, sea quien sea, que esté a cargo del cuerpo. Debo ver el cadáver inmediatamente.

Y el doctor se sentó en el salón de atrás, con una vela solitaria, la señora Rusk fue convocada y, refunfuñando mucho y de malísimo talante, se vistió y bajó; a medida que se iba aproximando al visitante, su mal humor se amainó, transformándose en una especie de miedo.

—¿Cómo está usted, señora? Triste visita esta, ¿hay alguien velando en la habitación donde yacen los restos de su difunto amo?

—No.

—Tanto mejor; es una costumbre estúpida. ¿Querrá, por favor, llevarme a la habitación? He de rezar donde yace..., ¡él ya no es él! Y haga el favor también de mostrarme mi dormitorio y así no hará falta que nadie se quede levantado, ya encontraré el camino.

Acompañada por el hombre, que llevaba él mismo su maleta, la señora Rusk le indicó cuál era su cuarto, pero él se limitó a echar una ojeada dentro y, a continuación, se puso a mirar rápidamente a su alrededor para hacerse con «el rumbo» hacia la puerta.

—Gracias... sí. Y ahora procedamos. ¿Aquí, por aquí? Vamos a ver. Primero a la derecha y luego a la izquierda... sí. Hace varios días que murió. ¿Está ya en el ataúd?

—Sí, señor; desde ayer por la tarde.

La señora Rusk se sentía cada vez más atemorizada por aquella figura escuálida, enfundada en su lustroso paño negro, cuyos ojos relumbraban con una suerte de horrible astucia y cuyos morenos dedos le antecedian a tientas, como si señalaran el

camino por adivinación.

—Pero la tapa, por supuesto, no estará colocada; supongo que no le han encerrado en el ataúd.

—No, señor.

—Así está bien. Mientras rezo tengo que mirarle la cara. Él está en su lugar, y yo aquí en la tierra. Él está en el espíritu, y yo en la carne. El terreno neutral está allí. De este modo las vibraciones son transportadas y la luz de la tierra y del cielo es reflejada hacia atrás y hacia delante... *apaugasma*^[21] un motor prodigioso pero impotente, la escala de Jacob^[22], y contemplad a los ángeles de Dios ascendiendo y descendiendo por ella. Gracias, me quedo con la llave. Misterios para aquellos que quieren vivir eternamente en casas de arcilla, ningún misterio para los que se hallan prontos a utilizar sus ojos y leer lo que está revelado. Esta vela, por favor, es la más larga; no... no hacen falta dos, gracias, sólo ésta, para llevarla en la mano. Y recuérdelo: todo depende de la voluntad del espíritu. ¿Por qué tiene usted ese aspecto de asustada? ¿Dónde está su fe? ¿Acaso ignora que los espíritus nos rodean en todo momento? ¿Por qué habría de asustarle el estar cerca del cadáver? El espíritu lo es todo; la carne no proporciona ningún provecho.

—Sí, señor —dijo la señora Rusk, haciéndole una gran reverencia en el umbral.

Estaba aterrorizada por su fantasmagórico discurso, el cual, según se le antojaba a la señora Rusk, a medida que se aproximaban al cadáver, iba haciéndose cada vez más verboso y enérgico.

—Recuerde, así pues, que cuando se imagina a solas y envuelta por la oscuridad, de hecho se halla usted en el centro de un escenario tan amplio como el estrellado suelo del cielo, con un público que nadie puede contar y que la está contemplando bajo un inmenso foco de luz. Por eso, y aunque su cuerpo se encuentre en soledad y sus sentidos mortales en tinieblas, recuerde que ha de caminar como si estuviese bajo la luz, rodeada por una nube de testigos. Así ha de caminar; y cuando llegue la hora de salir, libre, del tabernáculo de la carne, aunque ésta tenga aún sus relaciones y sus derechos —y, al llegar a este punto, mientras sostenía la solitaria vela en alto al pie de la puerta, el doctor Bryerly señaló con la cabeza hacia el ataúd, cuya enorme forma negra se distinguía débilmente de las sombras al fondo—, se servirá jubilosa; y, estando vestida con su casa celestial, no será hallada desnuda. Por el contrario, a aquel que ama la corrupción, le será dada con creces. Piense en estas cosas. Buenas noches.

Y el swedenborgiano doctor se metió en la habitación, llevándose consigo la vela, y cerró la puerta ante la sombría naturaleza muerta que allí yacía y ante su propio semblante severo y atezado, dejando a la señora Rusk a oscuras y a solas, presa de una suerte de pánico, abocada a encontrar el camino de su cuarto como mejor pudiera.

Por la mañana temprano, la señora Rusk vino a mi habitación a decirme que el doctor Bryerly estaba en el vestíbulo y rogaba se le hiciese saber si no tenía yo un

mensaje para él. Estaba ya vestida y, por lo tanto, aunque me resultaba horrible ver a un extraño en el estado de ánimo en que en aquel momento me encontraba, cogí la llave del bargueño y, guardándola en mi mano, seguí a la señora Rusk escaleras abajo.

La señora Rusk abrió la puerta del vestíbulo, se asomó al interior y, con una pequeña reverencia, dijo:

—Con su permiso, señor: aquí está la señorita Ruthyn.

La «señorita» era alta y delgada, y estaba muy pálida y ataviada con un vestido negro. Al entrar oí el roce crujiente de un periódico y el ruido de pasos que se acercaban.

Nos encontramos cara a cara en las proximidades de la puerta y, sin pronunciar palabra, le hice una profunda reverencia.

Él, sin que yo hiciera la más leve indicación al respecto, cogió mi mano en la suya escuálida y la estrechó de un modo amable pero familiar, escudriñando mi semblante, mientras mantenía mi mano cogida, con una especie de aguda curiosidad. Su desgarrado y lustroso traje negro, su desmañada presencia y sus facciones afiladas, oscuras y vulpinas tenían, como dije anteriormente, la vulgaridad de un artesano de Glasgow endomingado. Instantáneamente hice un movimiento para retirar mi mano, pero él la tenía sujeta con firmeza.

Si bien su atezado rostro mostraba una especie de torva familiaridad, había en él asimismo decisión, sagacidad y, sobre todo, gentileza —un leve fulgor que iluminaba el conjunto magistral y honesto— fulgor que, unido a cierta palidez que, tal se me antojó, traicionaba una emoción contenida, indicaba compasión e invitaba a la confidencia.

—Espero, señorita, que se encuentre usted bien. He venido como consecuencia de una solemne promesa que hace más de un año me arrancó su fallecido padre, el señor Ruthyn, de Knowl, a quien he tenido en cálida estima y con quien, además, estoy unido por lazos espirituales. ¿Ha supuesto para usted un duro golpe, señorita?

—Ciertamente, señor.

—Tengo el grado de doctor, soy... doctor en medicina, señorita. Como san Lucas, predicador y médico. En tiempos estuve en activo, pero así es mejor. Cuando falla un estribo, el Señor provee otro. El río de la vida es oscuro y turbulento; a menudo me pregunto cómo tantos de nosotros lo atravesamos sin ahogarnos. La mejor manera consiste en no mirar demasiado lejos hacia delante... Tan sólo de uno a otro peldaño; así, aunque acaso te mojes los pies, Él no permitiría que te ahogues..., en mi caso no lo ha permitido.

Y el doctor Bryerly levantó la cabeza y la meneó enérgicamente.

—Usted ha nacido para las riquezas de este mundo, en cierto modo una gran bendición, aunque también una gran prueba de responsabilidad, señorita, y de confianza encomendada; pero no imagine que por ello ha de verse exenta de tribulaciones: no en mayor medida que el pobre Emmanuel Bryerly. ¡Cual se elevan

las centellas, señorita Ruthyn!^[23] Su mullido coche puede volcar en la carretera como yo puedo tropezar y caer en el camino. Hay zozobras que no vienen de las deudas y privaciones. ¿Quién puede decir cuánto durará la salud o cuándo sobrevendrá un accidente cerebral, qué mortificaciones no le acaecerán a usted en su encumbrada esfera, qué ignotos enemigos no le asaltarán en su camino o qué calumnias no salpicarán su nombre?... ¡Ja, ja!... Es un prodigioso equilibrio..., un portentoso designio de la Providencia... ¡Ja, ja!

Y, sacudiendo la cabeza, se echó a reír, pienso que con cierto sarcasmo, cual si no lamentase que mi dinero fuera incapaz de servir para comprar mi inmunidad contra la maldición general.

—Mas lo que el dinero no logra, la plegaria... tenga esto presente, señorita Ruthyn. Todos podemos rezar, y aunque nuestro camino esté sembrado de abrojos, celadas y piedras incandescentes, no por ello hemos de sentir miedo. El Señor nos encomendará a Sus ángeles^[24], y éstos nos tomarán en sus manos y nos elevarán, pues Él oye y ve por doquier, y Sus ángeles son innumerables.

Llegado a este punto, el tono de su voz se hizo quedo y solemne, y detuvo su discurso. Sin embargo, y sin darse cuenta, había abierto en mi mente un nuevo venero de pensamientos, lo que me indujo a preguntarle:

—Y mi querido papá, ¿no tuvo otro consejero médico?

El doctor Bryerly me lanzó una dura mirada y enrojeció un poco bajo su oscura tez. Su pericia médica era quizá el punto de su vanagloria humana, y me figuro que en el tono de mi voz había un cierto menosprecio.

—Y si no tuvo otro, las cosas podrían haber ido peor. He tenido en mis manos muchos casos desesperados, señorita Ruthyn. No puedo culparme de ningún fracaso debido a la ignorancia. En el caso del señor Ruthyn, mi diagnóstico se ha visto verificado por el desenlace. Pero no fui yo solo; le examinó sir Clayton Barrow, quien coincidió con mi punto de vista: le he enviado una nota a Londres. Pero esto, perdóneme, no viene al caso. El finado señor Ruthyn me dijo que de manos de usted recibiría una llave que abre el bargueño donde tenía depositado su testamento... ¡ah, gracias!..., en su estudio. Mi opinión es que, habida cuenta de que el mismo puede contener muchas directrices en lo concerniente al entierro, lo mejor sería que se leyera inmediatamente. ¿Hay en las inmediaciones algún caballero..., un pariente u hombre de negocios..., a quien quisiera usted mandar llamar?

—No, ninguno, gracias; tengo confianza en usted, señor.

Pienso que hablé y le miré con franqueza, pues sonrió bondadosamente, si bien con los labios cerrados.

—Puede usted estar segura, señorita Ruthyn, de que su confianza no quedará defraudada.

Hubo un largo silencio.

—Pero es usted muy joven y es preciso que tenga usted a su lado a alguien que vele por sus intereses, que tenga alguna experiencia en cuestiones de negocios.

Veamos. ¿No está a mano el párroco, el doctor Clay? ¿En el pueblo...? Muy bien; y también debe venir el señor Danvers, el administrador de la finca. Y mande llamar a Grimston..., como ve conozco todos los nombres..., el procurador, pues aunque no ha tenido parte en este testamento, durante muchos años ha sido abogado del señor Ruthyn, y hemos de tenerle presente, ya que, como supongo sabe usted, pese a ser un testamento breve, es muy extraño. Yo le sermoneé en contra, pero ya sabe usted que cuando él tomaba una decisión, era inflexible. Se lo leyó a usted, ¿verdad?

—No, señor.

—Oh, pero le dijo todo cuanto le atañe a usted y a su tío, el señor Silas Ruthyn, de Bartram-Haugh, ¿no es así?

—No, señor, no lo hizo.

—Pues ojalá lo hubiera hecho.

Y, al pronunciar estas palabras, el semblante del doctor Bryerly se ensombreció.

—¿Es el señor Silas Ruthyn un hombre religioso?

—¡Oh, muchísimo! —le dije.

—¿Le ha tratado usted mucho?

—No, jamás le he visto —contesté.

—Hum... Esto cada vez es más raro... Pero es un buen hombre, ¿no?

—Ya lo creo que lo es, señor... buenísimo, y muy religioso.

Mientras estuve hablando el doctor Bryerly me miraba con fijeza a la cara, con ojos penetrantes y ávidos; luego bajó la vista y se estuvo un rato leyendo el dibujo de la alfombra, como si fuese una mala noticia; por último levantó de nuevo los ojos y, clavándolos con recelo en mi semblante, dijo:

—Estuvo muy próximo a unirse a nosotros... Estuvo a punto. Empezó a mantener correspondencia con Henry Voerst, uno de nuestros hombres de más valía. Nos llaman swedenborgianos, ya sabe usted; pero me figuro que eso, actualmente, no ha de ir mucho más lejos. Supongo, señorita Ruthyn, que la una será una buena hora, y estoy seguro de que, teniendo en cuenta las circunstancias, los caballeros pondrán todo su empeño en no faltar.

—Sí, doctor Bryerly, las notificaciones serán enviadas, y estoy segura de que mi prima, lady Knollys, querrá asistir conmigo a la lectura del testamento... No habrá ningún inconveniente en que lo haga, ¿verdad?

—Ninguno en absoluto. No puedo tener plena seguridad respecto a quienes se unan a mí como albaceas. Casi lamento no haber rehusado, pero es demasiado tarde para arrepentirse. Hay una cosa en la que debe usted creer, señorita Ruthyn: en la elaboración de las disposiciones testamentarias jamás fui consultado..., aunque manifesté mi disconformidad con la única, y muy insólita, que el testamento contiene, cuando me enteré de ella. Me esforcé denodadamente por anularla, pero en vano. Hubo otra contra la que protesté, pues me asistía el derecho a protestar, con mejores resultados. En ningún otro respecto debe nada el testamento a mis consejos o disuasiones. Le ruego que crea lo que le estoy diciendo, y también que soy amigo

suyo. Es mi deber, ya lo creo que lo es.

Estas últimas palabras las pronunció mirando de nuevo al suelo, como, por así decirlo, en un soliloquio. Y, tras darle las gracias, me retiré.

Al llegar al recibidor lamenté no haberle pedido que especificara claramente cuáles eran las disposiciones testamentarias que, al parecer, afectaban muy de cerca a mis relaciones con el tío Silas, y por un instante pensé en volver y solicitar una explicación. Pero recapacité, ocurriéndoseme que no faltaba mucho para la una y, por lo tanto, al menos él reflexionaría. Subí, así pues, al piso de arriba al cuarto-escuela, que actualmente utilizábamos como sala de estar, y allí encontré esperándome a mi prima Mónica.

—¿Estás bien, querida? —preguntó lady Knollys, viniendo a mi encuentro y dándome un beso.

—Sí, muy bien, prima Mónica.

—¡Déjate de tonterías, Maud! Estás tan blanca como ese pañuelo..., ¿qué pasa? ¿Estás mala..., estás asustada? Sí, estás temblando..., estás aterrorizada.

—Creo que tengo miedo. En el testamento del pobre papá hay algo concerniente al tío Silas... y a mí. No sé..., el doctor Bryerly dice, y él mismo parece muy incómodo y asustado..., que yo... que yo... ¡Oh, prima Mónica!, ¿verdad que no me dejarás sola?

Y le eché los brazos al cuello, apretándola mucho. Ambas nos besamos mientras yo lloraba como una niña atemorizada... Y en efecto, por lo que se refiere a experiencia del mundo, eso es lo que yo era: no más que una niña atemorizada.

CAPÍTULO XXIV

APERTURA DEL TESTAMENTO

QUIZÁ era irracional y enfermizo el terror con el que anticipaba que el reloj diera la una y se desvelara la desconocida misión a la que me había comprometido. Pero, francamente, lo dudo; como en el caso de otros muchos caracteres débiles, he tenido siempre una tendencia a actuar de forma impetuosa y, a continuación, reprocharme unas consecuencias que tal vez, en realidad, había contribuido escasa o nulamente a que se produjesen.

Lo que instintivamente me atemorizó fue el semblante del doctor Bryerly y su manera de aludir a una disposición en concreto del testamento de mi padre. Durante una pesadilla he visto rostros que me rondaban con un horror indescriptible, y sin embargo no podría decir en qué radicaba la fascinación. Y lo mismo sucedía con el suyo..., en su mirar lívido y lúgubre acechaba un agüero, una amenaza.

—No debes estar tan asustada, cariño —dijo la prima Mónica—. Es una tontería, realmente lo es; no te pueden cortar la cabeza, ¿sabes? La verdad es que en nada esencial pueden causarte perjuicio alguno. Si implicase el riesgo de algo de dinero, no te importaría; pero los hombres son unas criaturas tan extrañas..., miden todo sacrificio por el rasero monetario. Si estuvieses condenada a perder quinientas libras, el doctor Bryerly tendría justo el semblante que describes, y sin embargo ello no te mataría.

Como compañera, lady Knollys inspiraba confianza, pero yo no podía tomarme del todo en serio sus consuelos, pues sentía que carecía de mucha confianza en sí misma.

En el cuarto-escuela había, sobre la repisa de la chimenea, un pequeño reloj francés que consultaba casi al minuto. Ya tan sólo faltaban diez minutos para la una.

—¿Bajamos al salón, querida? —dijo la prima Knollys, quien, al igual que yo, se estaba poniendo inquieta.

Bajamos, así pues, y al llegar a la cabecera de la escalinata ambas nos detuvimos de consuno ante el ventanal que da a la alameda. El señor Danvers cabalgaba al paso montado en su caballo gris, bajo la enramada en dirección a la casa, y esperamos a que descabalgara frente a la puerta. Pero se quedó allí remoloneando, pues el calesín del buen párroco, conducido por el cura, se estaba aproximando a un trote elegante y eclesiástico.

El doctor Clay se apeó y estrechó la mano del señor Danvers; y, tras intercambiar

unas palabras, el cura se marchó con el coche, no sin antes lanzar hacia las ventanas esa mirada que tan poca gente es capaz de reprimir.

Yo contemplaba al párroco y al señor Danvers —que remoloneaban sobre los escalones— como pudiera hacerlo un paciente ante unos cirujanos que se están reuniendo para practicar alguna operación desconocida. Ellos también miraron hacia la ventana al disponerse a entrar en la casa, y yo reulé. La prima Mónica miró su reloj.

—Faltan sólo cuatro minutos. ¿Nos vamos al salón?

Tras esperar un momento a fin de dejar que los caballeros pasaran camino del estudio, bajamos, en efecto, y oí al párroco referirse al peligroso estado en que se hallaba el puente de Grindleston, preguntándome cómo podía pensar en semejantes cosas en estos momentos de aflicción. Todo lo concerniente a aquellos minutos de incertidumbre permanece vivo en mi memoria. Recuerdo cómo aminoraron el paso hasta detenerse en la esquina del corredor de roble que lleva al estudio, y cómo el párroco dio unas palmaditas sobre la cabeza de mármol y alisó los inflexibles cabellos de William Pitt, mientras, de labios del señor Danvers, escuchaba pormenores acerca del retrato; y luego, una vez que hubieron reanudado la marcha, recuerdo un estentóreo sonar de nariz que súbitamente atribuí entonces, y aún atribuyo, al párroco.

Llevábamos apenas cinco minutos en el salón cuando entró Branston para decir que los caballeros que yo había mencionado se hallaban todos reunidos en el estudio.

—Vamos, querida —dijo la prima Mónica.

Y, cogida de su brazo, llegué a la puerta del estudio y entré, seguida por ella. Los caballeros pusieron fin a su charla y, los que estaban sentados, se levantaron; el párroco se adelantó solemnemente y me saludó en voz baja con gran amabilidad. En su saludo no había emotividad alguna, pues aunque mi padre jamás reñía con nadie, no obstante le separaba una inmensa distancia de todos sus vecinos, y no creo que viviera allí ni un solo ser humano que, a lo sumo, conociera de él, acaso, más de uno o dos rasgos de su carácter.

Habida cuenta de la existencia tan absolutamente retraída que llevaba, mi padre era, como recuerdan aún muchas personas, prodigiosamente popular en su condado. Era sociable en todo menos en verse con la gente y alternar en sociedad. Poseía magníficos terrenos de caza, con los que se mostraba extremadamente liberal. En Dollerton guardaba una jauría de sabuesos con los que toda su comarca del condado cazaba a lo largo de la temporada.

Jamás rechazó petición alguna dirigida a su bolsillo que tuviera los más leves visos de razonabilidad. Se suscribía a toda caja recaudatoria —social, de caridad, deportiva, agrícola, fuere lo que fuere—, siempre que estuvieran interesadas en ella las gentes honradas de su condado, y en todo momento con mano principesca; y pese a que se encerraba, nadie podía decir que era innaccesible, pues diariamente dedicaba horas a contestar cartas, respuestas a las que su talonario de cheques contribuía

ampliamente. Mucho tiempo atrás le había tocado el turno de actuar como administrador general del condado, de modo que la encomienda había finiquitado antes de que su rareza y timidez le hubieran hecho retirarse por completo. Rehusó aceptar el cargo de comendador de su condado y declinó todo puesto de distinción personal relacionado con el mismo. Era capaz de escribir una carta a un tiempo cabal y afable cuando le venía en gana, y sus apariciones en reuniones públicas, cenas y cosas por el estilo, se realizaban de ese modo epistolar y, cuando se presentaba la ocasión, mediante espléndidas contribuciones de su bolsillo.

Si mi padre se hubiese mostrado menos propicio en las relaciones deportivas de sus vastas posesiones, o menos espléndido en el manejo de su fortuna, o incluso si no hubiera llegado a poner de manifiesto su fuerza intelectual que caracterizaba siempre sus cartas en torno a asuntos públicos, me figuro que sus rarezas le habrían condenado al ridículo y, posiblemente, a la malquerencia. Todos y cada uno de los principales caballeros de su condado cuya opinión era valiosa me han dicho, sin embargo, que era un hombre de notables aptitudes, y que su fracaso en la vida pública se debió a sus excentricidades, y en modo alguno a que careciese de esas peculiares cualidades mentales que convierten a los hombres en temidos y útiles en el Parlamento.

Me habría resultado imposible no dejar constancia testimonial de las altas cualidades mentales y la bondad de mi bienamado padre, el cual podría haber pasado por un misántropo o un necio. Fue un hombre de carácter generoso y recio intelecto, pero entregado a las rarezas de una timidez que fue creciendo con los años y la complacencia, hasta que sus desengaños y aflicciones le convirtieron en inflexible.

Incluso en el saludo cordial y ceremonioso del párroco había algo en lo que, curiosamente, se reflejaban los sentimientos encontrados —a los que no era ajeno el temor— con los que sus vecinos habían contemplado a mi querido padre.

Tras haber hecho los honores —estoy segura de que con un semblante lastimeramente pálido—, tuve tiempo de mirar tranquilamente al único personaje, entre los allí reunidos, que no me resultaba tolerablemente familiar, y que no era otro que el socio menor de la firma Archer & Sleigh, el cual representaba a mi tío Silas: un hombre gordo y macilento de treinta y seis años, con semblante avieso y pérfido. Siempre me ha parecido que la mala fe se trasluce de forma más repulsiva en una cara gorda y pálida que en cualquier otra.

El doctor Bryerly, situado de pie junto a la ventana, estaba hablando en voz baja a nuestro apoderado, el señor Grimston.

Oí al bueno del doctor Clay decirle al señor Danvers:

—¿No es ése el doctor Bryerly..., ese señor con la..., supongo que es una peluca..., con la peluca negra?... Ese de ahí junto a la ventana, el que está hablando con Abel Grimston.

—Sí, es él.

—Un tipo raro..., uno de esos swedenborgianos, ¿no es así? —prosiguió el

párroco.

—Eso me han dicho.

—Sí —dijo el párroco con calma y, cruzando una sobre otra sus piernas con polainas, se puso a girar los pulgares con las manos entrelazadas sin quitar la vista de encima, vigilándolo bajo su viejo y ortodoxo entrecejo con severa inquisitividad, al monstruoso sectario. Se me ocurrió que estaba meditando una batalla teológica.

Pero el doctor Bryerly y el señor Grimston, todavía conversando, comenzaron a apartarse lentamente de la ventana, y aquél, en su hosco y peculiar tono de voz, dijo:

—Discúlpeme, señorita Ruthyn; tal vez tendría la amabilidad de señalarnos cuál de los bargueños de esta habitación es el que su fallecido y llorado padre indicó como aquel al que pertenece esta llave.

Señalé el bargueño de roble.

—Muy bien, señorita, muy bien —dijo el doctor Bryerly, mientras intentaba chapuceramente introducir la llave en la cerradura.

La prima Mónica no pudo reprimirse de musitar:

—¡Cielos, pero qué bruto!

El socio menor, con sus regordetas manos en los bolsillos, metió su mofletuda cara por encima del hombro del señor Grimston y lanzó una miradita escudriñante cuando se abrió la puerta.

La búsqueda no duró mucho. Un bonito sobre blanco, primorosamente atado con cinta carmesí y sellado con grandes sellos colorados, ostentaba esta inscripción de puño y letra de mi querido padre: «Testamento de Austin R. Ruthyn, de Knowl», y a continuación, en caracteres menores, la fecha; y en una esquina esta nota: «Este testamento, a instancias mías, ha sido redactado por Gaunt, Hogg & Hatchett, procuradores, Great Woburn Street, Londres, A.R.R.»

—Por favor, caballeros, permítanme que eche una ojeada a ese endoso —medio cuchicheó la desagradable persona que representaba a mi tío Silas.

—No es un endoso. Ahí lo tiene... mírelo: es un memorándum en un sobre —dijo Abel Grimston con aspereza.

—Gracias... está bien... correcto —respondió, procediendo a tomar nota de ello a lápiz en un cuaderno con presilla que sacó del bolsillo de su chaqueta.

La cinta fue cuidadosamente cortada y el sobre abierto sin rasgar la inscripción, del cual salió el testamento, ante cuya visión sentí que mi corazón se dilataba, subía en rápido vuelo hasta mis labios y, a continuación, por así decirlo, caía colapsado, a su sitio.

—Por favor, señor Grimston, ¿quiere usted proceder a la lectura? —dijo el doctor Bryerly, que llevaba las riendas del proceso—; me sentaré a su lado y, mientras avanzamos, tendrá usted la amabilidad de ayudarnos a entender los tecnicismos y echarnos una mano cuando haga falta.

—Es un testamento breve —dijo el señor Grimston, pasando las hojas—, muy breve, si bien se mira. Aquí hay un codicilo.

—Eso no lo vi —dijo el doctor Bryerly.

—Fechado hace sólo un mes.

—¡Oh! —dijo el doctor Bryerly, calándose los lentes.

El embajador del tío Silas, que estaba sentado detrás, había insinuado su cara entre la del doctor Bryerly y la del lector del testamento.

En el preciso instante en que Abel Grimston se había aclarado la garganta para empezar, intervino el delegado:

—En nombre del hermano sobreviviente del testante, pido permiso para solicitar una copia de este instrumento. Ello ahorrará muchos problemas, si aquí la señorita que representa al testante no tiene nada que objetar.

—Cuando el testamento haya sido hecho público podrá usted quedarse con cuantas copias quiera —dijo el señor Grimston.

—Ya lo sé; pero suponiendo que todo esté en orden, ¿dónde está la objeción?

—Pues está justo en que se proceda de forma irregular —replicó el señor Grimston.

—Al parecer usted no tiene ninguna objeción contra el proceder desatento.

—Puede usted hacer lo que le he dicho —replicó el señor Grimston.

—Gracias por nada —masculló el señor Sleigh.

Y la lectura del testamento prosiguió mientras él tomaba prolijas notas de su contenido en el voluminoso cuaderno.

«Yo, Austin Aylmer Ruthyn Ruthyn, estando, gracias a Dios, en plenitud de mis facultades mentales y perfecta rememoración (...)»; y aquí venía una manda de todos su bienes raíces, muebles, privilegios, arriendos, enseres, dinero, derechos, intereses, restituciones, poderes, vajilla, cuadros y fincas y posesiones cualesquiera, a cuatro personas: lord Ilbury, el señor Penrose Creswell, de Creswell, sir William Aylmer, baronet, y Hans Emmanuel Bryerly, doctor en medicina, para tener y poseer.

Al oír esto, mi prima Mónica exclamó: «¿Eh?», y el doctor Bryerly la atajó:

—Cuatro fideicomisarios, señora. Apenas si nos llevamos otra cosa que molestias..., ya lo verá. Continúe.

Luego resultó que todo este variado esplendor me era legado en depósito, sujeto a una manda de 15000 libras para su único hermano, Silas Aylmer Ruthyn, y 3500 libras para cada uno de los dos hijos del susodicho hermano; y a fin de que en razón de su óbito, el del testante, no pudiera surgir duda alguna respecto a la continuidad del convenio de arrendamiento bajo el que su hermano disfrutaba su actual vivienda y granja, le legaba el usufructo de la mansión y las tierras de Bartram-Haugh, en el condado de Derbyshire, así como de las tierras de tal y cual, adyacentes, en el mismo condado, bajo pago de una renta de 5 chelines al año y sujetas a las mismas condiciones respecto a deterioro que las expresadas en el susodicho arrendamiento.

—Permítanme una pregunta, ya que, según me parece a mí, ustedes han visto el testamento con anterioridad: ¿todas las donaciones a mi cliente, que es su único hermano, son las contenidas en esas cláusulas? —inquirió el señor Sleigh.

—No hay nada más, a menos que haya algo en el codicilo —respondió el doctor Bryerly.

Pero en el codicilo no se le mencionaba.

El señor Sleigh se echó hacia atrás en su silla y, con la punta del lápiz entre los dientes, puso una sonrisa desdeñosa. Espero que su decepción fuese sólo por su cliente. El señor Danvers, según manifestó luego, se imaginaba que el apoderado de mi tío probablemente cifraba sus ilusiones en legados que pudieran entrañar litigios o, en cualquier caso, una procura; pero el legado resultaba muy poco ganancioso. El señor Danvers comentó también que aquel hombre era un profesional de ínfima categoría, asombrándose de que mi tío hubiese encomendado su representación a semejante persona.

Hasta ahí, el testamento no contenía nada de lo que ni el más parcial de mis amigos hubiese podido quejarse. El codicilo, asimismo, tan sólo especificaba legados a los sirvientes, y una suma de 1000 libras, junto con unas cariñosas palabras, a Mónica, lady Knollys, y además una suma de 3000 libras al doctor Bryerly, dejando constancia de que el beneficiario le había inducido a eliminar del borrador del testamento un legado a su favor por importe de dicha suma, pero que, en consideración de todas las molestias derivadas para él como depositario, le hacía ese legado a través del codicilo; y con estas disposiciones quedaba completado en permanencia el legado de sus propiedades.

Pero quedaba aún la disposición a la que él y el doctor Bryerly habían aludido oscuramente, la cual era, ciertamente, extraña. En virtud de la misma se designaba a mi tío Silas como mi único tutor, con plena patria potestad sobre mí hasta que cumpliese la edad de veintiún años, debiendo residir, en tanto no hubiese llegado ese momento, bajo su tutela en Bartram-Haugh. La cláusula mandaba, además, a los depositarios proceder al pago de una suma de 2000 libras anuales a mi tío mientras durase la tutela, a fin de sufragar los gastos de mi adecuada manutención, educación y otros.

El lector tiene ya un perfil suficiente del testamento de mi padre. Lo único que lamenté amargamente en este arreglo fue la ruptura..., la congoja que acompaña la desaparición del hogar. Por otra parte, la idea resultaba, en cierto sentido, no poco agradable. Hasta donde alcanzaba mi memoria, yo siempre había acariciado la misma misteriosa curiosidad hacia mi tío y el mismo anhelo de verle, y en ello estaba a punto de verme complacida. Además estaba mi prima Millicent, aproximadamente de mi misma edad. Mi existencia había sido tan solitaria, que no había adquirido ninguno de esos hábitos artificiales que conforman un carácter de dama distinguida..., una segunda naturaleza, no siempre muy amable. Mi prima había llevado, al igual que yo, una vida solitaria. ¡Qué paseos y lecturas no podríamos emprender juntas! ¡Qué confidencias e ilusiones no nos haríamos! Y además estaba la nueva comarca y una casa magnífica y antigua, así como el sentido de lo interesante y aventurero que, en nuestros años juveniles, acompaña siempre al cambio.

Había cuatro cartas, todas iguales, con grandes sellos rojos, dirigidas respectivamente a cada uno de los fideicomisarios nombrados en el testamento. Había también una dirigida a Silas Aylmer Ruthyn, caballero, señorío de Bartram-Haugh, que el señor Sleigh se ofreció a entregar. Pero el doctor Bryerly pensó que el correo era el canal más adecuado. El representante del tío Silas se puso a criticar en voz baja al doctor Bryerly.

Volví los ojos hacia la prima Mónica —¡me sentía tan indeciblemente aliviada! —, ilusionada con ver en su semblante una expresión similar a la mía, pero me llevé una sorpresa al comprobar que estaba lívida y tenía aire de enojo. Me la quedé mirando, sin saber qué pensar. ¿Podía haberle decepcionado el testamento en lo que a su persona se refiere? Semejantes dudas, pese a que andando el tiempo nos imaginamos que tan sólo son propias de la madurez y la experiencia, a veces, de hecho, cruzan la mente de los jóvenes. Pero la idea era un agravio hacia lady Knollys, la cual no esperaba ni necesitaba nada, pues era rica, generosa, franca, y no tenía hijos. Lo que me asustó fue el inesperado carácter de su semblante, y por un momento la conmoción evocó correspondientes imágenes morales.

Poniéndose en pie de pronto, lady Knollys levantó la cabeza a fin de mirar por encima del hombro al señor Sleigh, y, mordiendo su pálido labio, carraspeó y dijo:

—Doctor Bryerly, le ruego que me diga si la lectura ha concluido.

—¿Concluido? Desde luego. Sí, no hay nada más —contestó él con una afirmativa inclinación de cabeza, y prosiguió su charla con el señor Danvers y Abel Grimston.

—¿Y a quién —dijo lady Knollys no sin esfuerzo— pertenecerán las propiedades en caso..., en caso de que mi joven prima, aquí presente, falleciera antes de la mayoría de edad?

—¿Eh? Y bien... ¿No recaerían sobre el heredero legal de parentesco inmediato? —dijo el doctor Bryerly, volviéndose hacia Abel Grimston.

—Eso por supuesto —dijo el abogado, con aire pensativo.

—¿Y quién es? —prosiguió mi prima.

—Pues bien, su tío, el señor Silas Ruthyn. A un tiempo es heredero legal y pariente inmediato —añadió Abel Grimston.

—Gracias —dijo lady Knollys.

El doctor Clay se adelantó, con su cuello alto y su chaqueta sencilla, y, haciendo ante mí una profunda inclinación y tomando mis manos graciosamente entre las suyas blandas y arrugadas, dijo:

—Permítame decirle, mi querida señorita Ruthyn, cuánto me alegro de la disposición especial señalada en el testamento a cuya lectura acabamos de asistir, al tiempo que le expreso mi sentimiento por el hecho de que hayamos de perderla a usted de entre los miembros de nuestro pequeño rebaño, si bien confío en que tan sólo por una breve, muy breve temporada. Mi cura auxiliar, William Fairfield, residió durante algunos años, desempeñando ese mismo cargo espiritual, en la vecindad de

su, así he de decirlo, admirable tío, con cuyo trato se vio favorecido..., ¿se me permitirá decir más bien bendecido?..., en ocasiones. Un verdadero cristiano y hombre de Iglesia..., todo un caballero cristiano. ¿Qué más puedo decir? ¡Una elección sumamente afortunada!

Llegado a este punto, me hizo una gran reverencia y me estrechó la mano con los ojos casi cerrados.

—La señora Clay tendrá el honor de venir a visitarla a fin de presentarle sus respetos antes de que se marche de Knowl para su temporal estancia en otro ambiente.

Y, con otra profunda inclinación de cabeza —pues de pronto me había convertido en un gran personaje—, soltó mi mano cautelosa y delicadamente, cual si estuviera depositando una curiosa taza de porcelana. Yo le dediqué también una profunda reverencia, sin saber qué decir, así como a todos los allí reunidos, que a su vez inclinaron sus cabezas. Pero la prima Mónica susurró vivamente: «¡Vámonos!», y, cogiéndome de la mano con la suya muy fría y algo húmeda, me sacó de la habitación.

CAPÍTULO XXV

NOTICIAS DEL TÍO SILAS

SIN decir palabra, la prima Mónica me acompañó al cuarto-estudio y, tras entrar, cerró la puerta, no con brusquedad pero sí con decisión, aunque sin ruido.

—Bueno, querida —dijo, con el mismo semblante pálido y excitado—, el arreglo es sin duda sensato y caritativo. Jamás lo habría creído posible, de no haberlo oído con mis propios oídos.

—¿Lo de que me vaya a Bartram-Haugh?

—Sí, eso exactamente, bajo la tutela de Silas Ruthyn, para pasar dos... ¡tres! de los más importantes años de tu educación y tu vida bajo ese techo. ¿Era eso, querida, lo que tenías en la mente cuando estabas tan alarmada respecto a lo que se te iba a pedir que hicieras, o que padecieras?

—No, no era eso en absoluto. No tenía la menor idea de lo que pudiera ser. Me asustaba el que fuera algo serio —contesté.

—Pero, mi querida Maud, ¿es que tu pobre padre no te habló de ello como si de hecho fuese algo serio? —dijo ella—. ¡Y serio es, eso te lo digo yo, algo muy serio; y pienso que habría que impedirlo, y desde luego yo voy a impedirlo si puedo!

Me quedé totalmente desconcertada por la intensidad de la protesta de lady Knollys. La miré, esperando una explicación de lo que quería decir con todo aquello, pero ella guardó silencio mientras contemplaba con fijeza las joyas de los dedos de su mano derecha, con los que estaba marcando un *staccato* en tiempo de marcha sobre la mesa, muy pálida, con ojos fulgurantes y, a todas luces, sumida en profundas reflexiones. Empecé a pensar que era verdad lo de que tenía prejuicios contra mi tío Silas.

—No es muy rico —comencé.

—¿Quién? —dijo lady Knollys.

—El tío Silas —respondí.

—No, claro que no; está endeudado —contestó.

—Pero entonces, ¿por qué el doctor Clay ha hecho tan grandes elogios de él? —proseguí.

—No me hables del doctor Clay. Pienso que ese hombre es el ganso más grande al que jamás he oído hablar. Esa clase de hombres acaba con mi paciencia —replicó.

Traté de recordar qué tontería concreta había dicho el doctor Clay, y no lo conseguí, a menos que su ditirambo de mi tío Silas hubiera que clasificarlo dentro de

ese tipo de declamación.

—Danvers es un hombre muy cabal, y un buen contable, me figuro; pero o bien es una persona muy profunda, o un imbécil...; me inclino a creer que un imbécil. En cuanto a vuestro apoderado, supongo que conoce su oficio, como también su propio interés, y no me cabe duda de que lo consultará. Empiezo a pensar que, de todos ellos, el más listo, y fiable, es ese vulgar visionario con peluca negra. Me fijé en cómo te miraba, Maud, y me ha gustado su cara, aunque es abominablemente fea y vulgar, y astuta también; pero creo que es un hombre justo, y me figuro que de sentimientos limpios...; estoy segura de que sí.

Mi desconcierto me impedía adivinar cuál era el meollo de las críticas que estaba haciendo mi prima.

—Voy a hablar con el doctor Bryerly; estoy convencida de que comparte mi punto de vista, y la verdad es que hemos de pensar qué es lo mejor que se debe hacer.

—Prima Mónica, ¿hay algo que no aparezca en el testamento? —pregunté, pues me estaba entrando un gran desasosiego—. Me gustaría que me lo dijeras. ¿A qué punto de vista te refieres?

—A ninguno en particular; el de que un parque vetusto y desolado, y la casa de un viejo descuidado, el cual es muy pobre y ha sido perdidamente estúpido, no es el sitio adecuado para ti, especialmente a tu edad. La cosa clama al cielo, y desde luego voy a hablar con el doctor Bryerly. ¿Puedo tocar la campanilla, querida?

—Por supuesto —y yo misma la toqué.

—¿Cuándo se marcha de Knowl?

No sabía decirlo. Pero llamamos a la señora Rusk, quien nos pudo informar que había anunciado su intención de tomar el tren nocturno en Drackleton, hacia cuya estación saldría de Knowl a las seis y media.

—¿Puede Rusk darle o mandarle un mensaje mío, querida? —me preguntó lady Knollys—. Entonces hágale saber, por favor, que le pido tenga la amabilidad de concederme unos pocos minutos, lo justo para decirle una cosa antes de que se vaya.

—¡Qué buena eres, prima! —dije, poniendo mis dos manos sobre sus hombros y mirándola seriamente a la cara—. Estás inquieta por mí, más de lo que dices. ¿No vas a decirme por qué? En realidad soy mucho más desdichada en la ignorancia que si se entendiera la causa.

—¿Pero es que no te la he dicho, querida? Los dos o tres años de tu vida que han de formarte estás destinada a pasarlos en una soledad total y, de ello estoy segura, en una total desatención. Tú no puedes estimar las desventajas de semejante arreglo. Está lleno de ellas. ¿Cómo se le ha podido pasar por la cabeza una cosa así al pobre Austin? Aunque no debería decir esto, pues tengo la certeza de que lo entiendo. Pero es inconcebible que, fuere cual fuere su propósito, haya incluido esa disposición. Jamás llegó a mis oídos nada tan estúpido y abominable, pero, si puedo, he de impedirlo.

En ese momento la señora Rusk anunció que el doctor Bryerly vería a lady

Knollys cuando quisiera, antes de su marcha.

—Entonces ahora mismo —dijo aquella enérgica dama. Y se puso en pie y, delante del espejo, dio ese toque apresurado y general a su atuendo que constituye un deber irrenunciable para toda mujer, con independencia de bajo qué circunstancias y ante qué clase de criatura va a hacer su aparición. Un momento después, al inicio de la escalera, la oí indicarle a Branston que hiciera saber al doctor Bryerly que lo esperaba en el salón.

Una vez que se hubo ido, empecé a hacerme preguntas y a especular. ¿Por qué habría de armar tanto alboroto la prima Mónica a propósito de algo que, después de todo, no era sino un arreglo natural? Mi tío, fuese lo que fuese en otros tiempos, ahora era un buen hombre, un hombre religioso, quizá un poco severo... Y esta idea hizo que mi horizonte se ensombreciera.

¡Un disciplinario cruel! ¿Acaso no había yo leído acerca de semejantes caracteres?... ¡Cerradura y llave, pan y agua, y soledad! Pasarme las noches enteras encerrada en un apartado cuarto de una casa enorme, fantasmal y vetusta, con la persona más próxima en la otra ala del edificio. ¡Qué años de horror en una sola noche como ésa! ¿Acaso no explicaría esto las dudas de mi padre, así como la aparentemente desproporcionada oposición por parte de mi prima Mónica? Cuando una idea terrorífica se presenta en la mente de una persona joven, traspasa y ocupa por entero el campo visual, sin tomar en consideración probabilidades ni razón.

Mi tío era ahora un terrible viejo ordenancista, con largas lecciones bíblicas, conferencias, páginas de catecismo, sermones que había que aprender de memoria y un espantoso catálogo de castigos por holgazanería y por lo que a él pudiera parecerle impiedad. Iba a marcharme, así pues, a un reformatorio horroroso y aislado, donde, por vez primera en mi vida, habría de verme sujeta a una disciplina rigurosa y acaso bárbara.

Todo esto no era sino fruto de la fantasía, pero se apoderó de mí por completo. En mi soledad, me hiqué de hinojos y recé por mi liberación... Pedí en mis plegarias que la prima Mónica persuadiera al doctor Bryerly, y ambos en mi nombre al Tribunal de Menores o al Alguacil Mayor o a quienquiera que fuera el que tenía que liberarme. Cuando regresó mi prima me encontró sumida en la zozobra.

—¡Pero bueno, tontita! ¿Qué ocurrencias se han posesionado de ti ahora? —exclamó.

Y al salir a la luz mis nuevos terrores se echó a reír un poco para darme confianza, diciendo a continuación:

—Mi querida niña, tu tío Silas jamás te hará cumplir tus deberes para con el prójimo; durante todo el tiempo que estés bajo su techo disfrutarás de ocio y libertad hartos suficientes, e incluso en exceso, me temo. Es de la negligencia, querida mía, y no de la disciplina, de lo que tengo miedo.

—Pienso, querida prima Mónica, que tienes miedo de algo más que de la negligencia —dije, si bien aliviada.

—Claro que me da miedo algo más que la negligencia —replicó de inmediato—, pero confío en que mis temores resulten ilusorios y que puedan ser evitados. Pero pensemos en otra cosa, al menos por unas horas. Ese doctor Bryerly me es bastante simpático. No he podido hacerle decir lo que yo quería. No creo que sea escocés, pero es muy cauteloso y, de esto estoy segura aunque él no llegó a decirlo, creo que opina sobre el asunto exactamente como yo. Dice que esos gentiles señores nombrados codepositarios no se tomarán ninguna molestia y se lo dejarán todo a él, y creo que tiene razón. Así que no debemos reñir con él, Maud, ni llamarle cosas feas, aunque desde luego es intolerablemente feo y vulgar, y a veces roza la impertinencia..., supongo que sin saberlo o, de hecho, sin que le importe mucho.

Teníamos muchas cosas en las que pensar, y hablamos sin parar. Hubo estallidos e interrupciones a causa de mi pesadumbre, y también palabras de consuelo por parte de mi bondadosa prima. Desde entonces me he visto sermoneada tan a menudo por haberme dejado hundir en el dolor, que me asombro de la paciencia que mi prima tuvo durante esa fastidiosa visita. Luego hubo alguna que otra lectura de ese libro que, en los días terribles de aflicción, siempre deja sentir sus derechos. A continuación nos dimos un paseo por el jardín de los tejos, aquel pequeño recinto cuadrangular, primoroso y claustral..., el más solemne, triste y anticuado de los jardines.

—Y ahora, querida mía, la verdad es que he de dejarte durante dos o tres horas. Son muchísimas las cartas que tengo que escribir; mi gente debe de estar pensando ya que me he muerto.

Así que, hasta la hora del té, tuve por compañera a la pobre Mary Quince, con sus simplonas efusiones parloteantes y sus largos accesos de vacío silencio. Una compañía así suele, sin embargo, ser el mejor consuelo que puede hallarse en los habituales estados de pesadumbre: alguien capaz de aprenderse de memoria las viejas y amistosas habladurías acerca de los muertos y conversar sobre sus maneras de ser, su aspecto y sus gustos, sin gran refinamiento psicológico, pero con una sencilla admiración y simpatía incapaz de medirlos con el rasero de la censura, sino siempre con el de la fe y el amor.

En los momentos de sosiego y felicidad no resulta fácil rememorar las sensaciones de un agudo dolor ya pasado. Gracias a que Dios así lo ha dispuesto misericordiosamente, nada es más difícil de recordar que el dolor. Recuerdo una o dos grandes angustias de aquel tiempo, las cuales permanecen para testificar del resto y para convencerme de cuán terrible fue aquella época, aunque ya no pueda verla.

Al día siguiente fue el entierro, esa aterradora necesidad. El ser amado abandona el hogar sacado subrepticamente del mismo, sin ofrecer resistencia, por cuchicheantes familiares enlutados, sin una palabra de adiós, para ya nunca más ensombrece el vano de aquellas puertas, para yacer, de aquí en adelante, fuera, lejos y desamparado en los soñolientos ardores estivales, en los días de nieve y noches de tormenta, sin luz ni calor, sin una voz cercana. ¡Oh, muerte, reina del terror! Ante tu

presencia el cuerpo tiembla y el espíritu desfallece. Vano es que, tapándonos los ojos con las manos, gitemos nuestra reclamación; la horrible imagen no será excluida. Justo hemos pronunciado la palabra hace mil ochocientos años, y profesado nuestra fe. Y, a través de la rota bóveda, el fulgor de la Estrella de Belén.

Me alegré, dentro de una especie de agonía, cuando el entierro hubo terminado. Mientras todavía estaba por efectuarse, se cernía aún algo de la catástrofe. Ahora ya todo había quedado atrás.

¡La casa estaba tan extrañamente vacía! ¡Sin dueño... sin amo! Yo con mi extraña libertad momentánea, desposeída de aquel amor irreemplazable, nunca del todo apreciado hasta que se pierde. La mayoría de las personas han experimentado, bajo tales circunstancias, el desaliento que subyace en la tristeza.

El aposento del pobre expulsado de la vida se ve ahora dismantelado. Han sido quitadas las camas y cortinas, y el mobiliario desplazado; las alfombras suprimidas, las ventanas abiertas y las puertas cerradas. El dormitorio y la antesala a partir de entonces permanecieron deshabitados durante muchos días. Cada uno de aquellos escandalosos cambios me golpeaba como un reproche.

Aquel día vi llorar a la prima Mónica por primera vez, creo, desde su llegada a Knowl, lo que me hizo amarla aún más, y sentirme consolada. Mis lágrimas se han detenido con frecuencia ante la visión de otra persona llorando, y nunca pude explicarme por qué. Pero creo que es mucha la gente que experimenta esta misma y extraña reacción.

El entierro se llevó a cabo, en obediencia a sus breves pero perentorias indicaciones, en la más estricta intimidad y sin dispendios. Hubo, sin embargo, comitiva, y los aparceros de la finca de Knowl acompañaron el furgón fúnebre hasta el mausoleo, que por tal nombre se le llama, en el parque, donde mi padre fue depositado junto a mi querida madre. Y con ello, el repulsivo ceremonial de aquel día aciago llegó a su fin. La aflicción continuaba, pero hubo un descanso de la fatiga de tantas zozobras, y sobrevino una calma relativa.

Reinaba en aquel momento ese tiempo equinoccial que entona el impetuoso canto fúnebre del otoño, heraldo del invierno. Amo —siempre la he amado— esa música grandiosa e indefinible, amenazadora y quejumbrosa, con su extraño espíritu de libertad y desolación.

Hallándonos en el salón de Knowl, los oídos puestos en el fragor de la tempestad, con el correo de la noche me llegó una voluminosa carta provista de un sello grande y negro y unos ribetes de un luto prodigiosamente profundo, como el crespón de una viuda. No reconocí la letra, pero, al abrir la fúnebre misiva, resultó ser de mi tío Silas, y su contenido era éste:

«QUERIDÍSIMA SOBRINA: Esta carta te llegará, probablemente, el día señalado para que los restos mortales de mi bienamado hermano Austin, y querido padre tuyo, sean inhumados. Luctuosa ceremonia de cuya triste

participación me veo excluido por la edad, la distancia y la quebrantada salud. Confío en que en estas horas de desolación no sea mal recibido el recuerdo de que un sustituto —imperfecto, indigno, pero al que anima el más afectuoso celo— de ese honroso progenitor al que acabas de perder, ha sido designado en la persona de tu tío, esto es, en mí, por su testamento. Tengo entendido que estuviste presente durante su lectura, pero pienso que un inmediato inicio de nuestras nuevas y más afectuosas relaciones ha de redundar en nuestra mutua satisfacción, a cuyo efecto habrán de ser consultadas mi conciencia y tu seguridad, así como —confío— tu comodidad. Permanecerás, querida sobrina, en Knowl hasta que se hayan llevado a cabo unos sencillos arreglos destinados a tu recepción en esta casa. Entonces decidiré los pormenores de tu breve viaje hasta nosotros, el cual se realizará de la manera más cómoda y fácil para ti que sea posible. Elevo humildemente mis preces porque esta aflicción nos santifique a todos y porque hallemos apoyo, consuelo y orientación en nuestros nuevos deberes. No hace falta que te recuerde que en estos momentos estoy, respecto a ti, *in loco parentis*, lo cual significa en el lugar del padre, y no olvidarás que debes quedarte en Knowl hasta que recibas nuevas noticias mías.

Con el cariño de tu tío y tutor.

Silas Ruthyn».

P.D. —Te ruego que presentes mis respetos a lady Knollys, quien, según tengo entendido, se encuentra en Knowl. Quisiera observar que una dama que, tengo motivos para temer, abriga sentimientos inamistosos hacia tu tío, no constituye la compañía más deseable para su pupila. Pero bajo expresa condición de que yo no sea tema de vuestra conversación —distinción que no conduciría a que te formarás de mí un juicio justo y respetuoso—, no interpongo mi autoridad para que a vuestra relación sea puesto inmediato fin».

Al leer esta postdata mi mejilla cosquilleó como si hubiera recibido una bofetada. El tío Silas era aún un extraño. La amenaza de autoridad era nueva y repentina, y, con una punzada mortificante, sentí el alcance de la situación en que el testamento de mi querido padre me había colocado.

Sin decir palabra entregué la carta a mi prima, quien la leyó con una especie de sonrisa, hasta que, supongo, llegó a la postdata, momento en el que su semblante, en el que mis ojos estaban clavados, cambió y, con las mejillas arreboladas, golpeó sobre la mesa que tenía delante con la mano en la que sostenía la carta, y exclamó:

—¡Habrás visto! ¡Pero qué impertinencia! ¡Menudo anciano este!

Hubo una pausa, durante la cual lady Knollys, con el ceño fruncido, permaneció con la cabeza levantada, resoplando un poco.

—No tenía la intención de hablar de él, pero ahora lo haré. Diré lo que se me

antoje y me quedaré aquí mientras tú me lo permitas, Maud. Y es preciso que no le tengas ni una pizca de miedo. ¡Que a nuestra relación sea puesto «un inmediato fin»! ¡Ojalá estuviera aquí! ¡Me iba a oír!

Y la prima Mónica se bebió de un trago la taza entera de té y, ya más a su aire, dijo:

—¡Ya estoy mejor! —y respiró hondo y se rió un poco con una risa desafiante y zumbona—. ¡Ojalá lo tuviéramos aquí, Maud, para que le dijéramos unas cuantas cositas que opinamos! ¡Y ello antes de que ese miserable testamento sea publicado!

—Casi me alegro de que haya escrito esa postdata, pues aunque pienso que en esa cuestión no tiene autoridad ninguna mientras yo esté bajo mi propio techo —dije, improvisando una opinión legal—, y, por lo tanto, no le obedeceré, de algún modo me ha abierto los ojos a mi situación real.

Suspiré, creo, con gran desolación, pues lady Knollys se acercó a mí y me besó muy tierna y afectuosamente.

—Lo cierto, Maud, es que parece como si tuviera un sentido sobrenatural y oyera, a través del aire, cosas dichas a más de cincuenta millas de páramos y montañas. Recordarás que, justo en el momento en que seguramente estaría él escribiendo ayer esa mismísima postdata, yo te estaba instando a que vinieras a mi casa y te quedaras conmigo, y planeando predisponer al doctor Bryerly en tu favor. Y eso es lo que voy a hacer, Maud; vas a venirte conmigo..., como mi invitada. Estaría encantadísima; y lo cierto es que si Silas está desacreditado, la culpa es suya, y no veo por qué haya de incumbirte a ti librar su batalla. No puede vivir mucho tiempo. La sospecha, sea la que sea, se morirá con él... ¿Qué otra cosa podía nuestro querido y pobre Austin probar con su testamento sino lo que todo el mundo sabía de antemano..., su propia y firme creencia en que Silas era inocente? ¡Qué tormenta tan horrorosa! La habitación retiembla. ¿No te gusta ese sonido? ¡Es lo que solían llamar «aullar de lobos» en el viejo órgano de Dorminster!

CAPÍTULO XXVI

LA HISTORIA DEL TÍO SILAS

Y así era, como los aullidos de fantasmagóricos sabuesos y cazadores y el atronar de sus corceles en el aire..., una música furibunda, grandiosa y sobrenatural, que en mi fantasía proporcionaba un acompañamiento adecuado a la conversación acerca de aquella enigmática persona, mi tío Silas... mártir... ángel... demonio... con quien mi destino me había ligado ahora de forma tan extraña, y a quien había comenzado a temer.

—El viento sopla de ese lado —dije, señalando con la mano y la mirada, pese a que los postigos se hallaban cerrados y las cortinas corridas—. Esta tarde vi cómo todos los árboles se doblaban por esa parte, donde está el gran bosque solitario en el que yacen enterrados mis queridos padres. ¡Oh, qué horrible es pensar en ellos una noche como ésta! ¡Una cripta... húmeda, oscura y solitaria... bajo la tormenta!

La prima Mónica lanzó una mirada anhelante en la misma dirección y, exhalando un breve suspiro, dijo:

—Pensamos demasiado en los pobres despojos y demasiado poco en el espíritu que vive por siempre. Estoy segura de que son felices —y volvió a suspirar—. Ojalá me atreva a tener tan firmes esperanzas en lo que a mí concierne. Sí, Maud, es triste. Somos tan materialistas que no podemos evitar sentir de esa manera. Olvidamos lo bueno que es para nosotros el que nuestros actuales cuerpos no duren para siempre. Están contruidos para un tiempo y un lugar de tribulación... No son, eso está claro, sino meras máquinas temporales que se desgastan y constantemente muestran sus fallos y su ruina... ¡y con qué tremenda capacidad para el dolor! El cuerpo yace solitario, y así es como debe ser, pues ello obedece evidentemente a la voluntad de su buen Creador; sólo el tabernáculo, no la persona, es el que es sobrevestido tras la muerte «con una casa que viene del cielo», dice san Pablo^[25]. Por eso, Maud, cariño, aunque la idea nos atormente una y otra vez, es una idea huera; el pobre cuerpo mortal no es más que la fría ruina de una morada que ellos han abandonado antes que nosotros. Así que, según dices, este ventarrón que sopla contra nosotros viene de ese bosque de ahí. Si es así, Maud, entonces de donde viene es de Bartram-Haugh también, por encima de los árboles y las chimeneas de aquella vieja casa y ese misterioso anciano que no puede estar más en lo cierto al decir que no le tengo simpatía; le imagino como un viejo hechicero en su castillo, lanzando al aire sus espíritus familiares con el encargo de que le busquen y traigan noticias de nuestras

ocupaciones aquí.

Alcé la cabeza y me puse a escuchar la tormenta, que a veces parecía perderse a lo lejos, y a veces se henchía a nuestro alrededor esparciendo sus estruendos por lo alto. Y mis pensamientos volaban hacia Bartram-Haugh y el tío Silas a través de la tiniebla y la soledad.

—Esta carta —dije finalmente— me hace sentir de modo diferente. Pienso que el tío Silas es un viejo severo... ¿no es así?

—Ahora hace veinte años desde que lo vi por última vez —contestó lady Knollys—. No me apetecía hacerle visitas.

—¿Eso fue antes del horrible suceso acaecido en Bartram-Haugh?

—Antes..., sí, querida. En aquel entonces no era un libertino reformado, sino sólo arruinado. Austin fue muy bueno con él. El señor Danvers dice que es absolutamente inexplicable cómo Silas pudo dilapidar, sin beneficiarse en lo más mínimo, las inmensas sumas que de cuando en cuando recibía de su hermano. Pero es que, cariño mío, tu tío jugaba, y tratar de ayudar a un hombre que juega, y que tiene mala suerte, y hay algunos hombres que la tienen habitualmente, es como tratar de llenar una vasija sin fondo. Creo, por cierto, que mi prometedor sobrino, Charles Oakley, juega. Pues Silas, de la manera más injustificable, se metía en todo tipo de especulaciones, y tu pobre padre tenía que pagarlo todo. Silas perdió sumas asombrosas en aquel banco que arruinó a tantos caballeros rurales; el pobre sir Harry Shackleton, de Yorkshire, tuvo que vender la mitad de sus tierras. Pero tu buen padre siguió ayudándole... de aquella manera, quiero decir, extravagante y que en realidad era absolutamente inútil, hasta que se casó.

—¿Hace mucho que murió mi tía?

—Doce o quince años... más, en realidad... murió antes que tu pobre mamá. Era muy desgraciada, y estoy segura de que habría dado su mano derecha por no haberse casado con Silas.

—¿Te era simpática?

—No, querida, era una mujer tosca y vulgar.

—¡Tosca y vulgar la esposa del tío Silas! —repetí, sorprendidísima, ya que el tío Silas era un hombre de mundo, un galán de su época, el cual lo lógico es que se casara con una mujer de buena cuna y además acaudalada, sobre este particular no me cabía ninguna duda, y en este sentido me expresé.

—Sí, querida, eso era lo lógico, y el pobre Austin estaba muy impaciente porque así lo hiciera, a cuyo fin le habría ayudado con una generosa asignación, me figuro. Pero a Silas le dio por casarse con la hija de un posadero de Denbigh.

—¡Qué absolutamente increíble! —exclamé.

—En absoluto increíble, querida..., semejante cosa está mucho más a la orden del día de lo que te imaginas.

—¡Cómo!... Un hombre de mundo, y refinado, casarse con una persona...

—¡Una tabernera!... Ni más ni menos que eso —dijo lady Knollys—. Creo que

podría contar hasta media docena de hombres de mundo que, que yo sepa, se han arruinado justo de ese mismo modo.

—Bueno, en cualquier caso hay que admitir que en esto el tío Silas demostró ser muy poco mundano.

—Nada mundano, pero sí muy vicioso —replicó la prima Mónica, con una risita desconsiderada—. Ella era muy hermosa, curiosamente hermosa para una persona de su condición. Se parecía mucho a aquella lady Hamilton que fue la hechicera de Nelson..., elegantemente hermosa, pero perfectamente plebeya y estúpida. Creo, para hacer justicia a tu tío, que lo único que él pretendía era seducirla, pero ella era astuta, lo suficiente como para insistir en casarse. Los hombres que jamás se han negado a sí mismos ni un solo capricho, cueste lo que cueste, no se verán obstaculizados ni siquiera por semejante condición, si el *penchant* es lo bastante violento.

No entendí ni la mitad de esta muestra de psicología mundana, que a lady Knollys parecía causarle hilaridad.

—Cierto que el pobre Silas luchó honradamente contra las consecuencias, pues pasada la luna de miel intentó declarar nulo el matrimonio. Pero el cura galés y el papá posadero fueron demasiado fuertes para él, y la joven señora se las arregló para mantener a su pugnaz galán dentro del respetable dogal... ¡y una buena presa la que resultó ser!

—He oído decir que la pobrecilla murió con el corazón destrozado.

—En cualquier caso murió unos diez años después de casarse, pero lo cierto es que no puedo decir nada acerca de su corazón. Desde luego creo que sufrió malos tratos suficientes para morirse, pero, que yo sepa, su sensibilidad no era suficiente para morirse de eso, de no haber sido porque bebía. Me han dicho que las galesas beben a menudo. Había entre ellos celos, eso por supuesto, y unas broncas brutales, y todo tipo de horribles historias. Durante un año o dos visité Bartram-Haugh, pese a que nadie quería hacerlo. Pero cuando empezó ese tipo de cosas, como es natural dejé de ir, eso no tenía vuelta de hoja. Pienso que el pobre Austin jamás supo lo mala que era la situación. Y luego vino ese odioso asunto a propósito del desdichado señor Charke. El tal señor Charke..., ¿sabes?..., se suicidó en Bartram.

—Nunca lo oí decir —dije, y ambas hicimos una pausa, y mi prima se puso a contemplar la lumbre con semblante grave, y la tormenta rugía y ululaba hasta hacer que la vieja casa temblara de nuevo.

—Pero el tío Silas no pudo evitarlo —dije finalmente.

—No, no pudo evitarlo —asintió desagradablemente.

—Y el tío Silas incurrió en... —me detuve, presa de una especie de miedo.

—Tu tío Silas incurrió en la sospecha de haber sido él quien lo matara, según algunas personas —completó la frase.

Aquí hubo otra larga pausa, durante la cual fuera de la casa la tempestad mugía y clamaba como ruge una multitud al pie de la ventana, exigiendo una víctima. Se apoderó de mí una sensación intolerable y nauseabunda.

—Pero tú no sospechaste de él, ¿verdad, prima Knollys? —dijo, temblando mucho.

—No —dijo con gran aspereza—. Ya te lo dije antes. Claro que no.

Se hizo otro silencio.

—Ojalá, prima Mónica —dijo, arrimándome a ella—, no hubieras dicho eso de que el tío Silas era un hechicero y mandaba a sus espíritus por los aires a escuchar. Pero estoy muy contenta de que nunca sospecharas de él.

Insinué mi gélida mano entre las suyas y la miré a la cara, no sé con qué expresión. Ella me miró a su vez con ojos severos y altivos, según me pareció.

—¡Naturalmente que jamás sospeché de él! ¡Y no vuelvas nunca a hacerme esa pregunta, Maud Ruthyn!

¿Era orgullo familiar, o qué era aquel fulgor que tan fieramente hacía llamear sus ojos al pronunciar aquellas palabras? Yo estaba asustada..., me sentía herida... y rompí a llorar.

—Pero ¿por qué lloras, cariño mío? No tenía la intención de enfadarme. ¿Me he enfadado? —dijo este momentáneo fantasma de una lady Knollys adusta, que en un abrir y cerrar de ojos se transmutó de nuevo en una prima Mónica agradable, con sus brazos alrededor de mi cuello.

—No, no, claro que no..., sólo que pensé que te había enojado; creo que pensar en el tío Silas me pone nerviosa, y no puedo evitar el estar pensando en él continuamente.

—A mí me pasa lo mismo, aunque las dos podríamos hallar fácilmente algo mejor en lo que pensar. ¿Y si lo intentamos? —dijo lady Knollys.

—Pero primero he de saber algo más acerca del tal señor Charke y cuáles fueron las circunstancias que posibilitaron a los enemigos del tío Silas fundamentar esa malvada calumnia a propósito de su muerte, que a nadie ha hecho bien alguno y que a algunas personas tantas calamidades ha traído. Por ejemplo al tío Silas, puede decirse que arruinado por su culpa, y todos sabemos hasta qué punto oscureció la vida de mi querido padre.

—A la gente le gusta hablar, querida mía. Tu tío Silas se había perjudicado a sí mismo antes de eso, en opinión de las gentes de su condado. Era una oveja negra, eso es un hecho. Corrían historias muy malas acerca de él, y la gente se las creía. Desde luego su matrimonio fue una desventaja, ¿sabes?, así como las deplorables escenas que se desarrollaban en su desacreditado hogar...; todo esto predisponía a la gente a pensar mal de él.

—¿Cuánto tiempo hace que pasó?

—Oh, de eso hace mucho, creo que antes de que tú nacieras —contestó.

—Y la injusticia pervive todavía..., ¿aún no la han olvidado? —dijo yo, pues semejante tiempo transcurrido me parecía lo bastante largo como para que todo cuanto por su naturaleza es perecedero fuese relegado al olvido.

Lady Knollys sonrió.

—Sé buena, prima, y cuéntame toda la historia según la recuerdes. ¿Quién era el señor Charke?

—El señor Charke, querida mía, era un caballero «de hipódromo»... así es como les llaman, según creo; uno de esos londinenses sin cuna ni crianza, cuyos vicios y cuyo dinero constituyen el único fuero que les permite alternar con los jóvenes *dandies* aficionados a los sabuesos y los caballos y todas esas cosas. Tal pandilla le conocía muy bien, pero por supuesto nadie más. Asistió a las carreras de Matlock y tu tío le invitó a Bartram-Haugh; y el tipo aquel, judío o gentil, fuese lo que fuese, se imaginó que eso de visitar Bartram-Haugh constituía un honor más grande del que acaso constituía realmente.

—Para el tipo de persona que estás describiendo, pienso que el hecho de ser invitado a estar en la casa de un hombre del linaje del tío Ruthyn ciertamente constituía un honor bastante insólito.

—Bien, puede que así fuese, pues aunque le conocían mucho del hipódromo y le invitaban a sus cenas en tabernas, lo que nunca hacían, eso por supuesto que no, era invitarle a casas donde hubiera damas. Pero la esposa de Silas no gozaba de mucha consideración en Bartram-Haugh. De hecho, se la veía muy poco, pues todas las tardes se emborrachaba en su dormitorio, pobre mujer.

—¡Qué desdichada!

—No me parece a mí que a Silas le preocupara mucho, pues bebía ginebra, según decían, y el gasto no era muy grande; en realidad pienso que, una cosa por otra, en el fondo a él le alegraba que ella bebiera, pues esto la apartaba de él y había probabilidades de que acabara matándola. Por aquellos tiempos, tu padre, a quien aquel matrimonio le tenía absolutamente asqueado, había cortado los suministros, ¿sabes?, y Silas vivía en una gran pobreza, tan hambriento como un gavián cuando, según decían, cayó en picado sobre este rico jugador londinense, proponiéndose hacerse con su dinero. Lo que te estoy contando es lo que dijeron después. Las carreras duraron se me ha olvidado cuánto tiempo, y el señor Charke se quedó en Bartram-Haugh todo ese tiempo y unos días más. Se tenía la idea de que el pobre Austin solía pagar todas las deudas de juego de Silas, así que el miserable del tal señor Charke apostó fuerte con tu tío en las carreras, y además jugaban a lo grande en Bartram. Él y Silas solían jugar por las noches partidas de cartas. Todos estos pormenores, como ya te he dicho, salieron a la luz después, pues hubo una investigación, ¿sabes?, y luego Silas hizo pública lo que él llamaba su «declaración», lo que dio lugar a la más penosa de las correspondencias en los periódicos, amén de abundante.

—¿Y por qué se mató el señor Charke? —pregunté.

—Bueno, primero te contaré aquello sobre lo que todos están de acuerdo. La segunda noche después de las carreras, tu tío y el señor Charke estuvieron levantados hasta eso de las dos o las tres de la mañana, en el recibidor, a solas totalmente. El criado del señor Charke estaba en una taberna de Feltram, conocida por Stag's Head,

y, por lo tanto, le fue imposible arrojar luz sobre lo que ocurrió aquella noche en Bartram-Haugh; pero a las seis de la mañana estaba allí, tempranito, a la puerta de su amo, tal como éste se lo mandara. El señor Charke, según su costumbre, había cerrado la puerta por dentro, y la llave estaba en la cerradura, lo que posteriormente resultó algo de mucha importancia. Al llamar con los nudillos se encontró con que no podía despertar a su amo, pues, según se reveló tras forzar la puerta, su amo yacía muerto a un lado de la cama, no en un charco, sino en todo un lago de sangre, según la descripción que hicieron, degollado.

—¡Qué horrible! —exclamé.

—En efecto. Tu tío Silas fue avisado, la impresión que se llevó fue, por supuesto, enorme, e hizo lo que, a mi entender, era lo mejor que cabía hacer. Dejó todo, en la medida de lo posible, como lo había encontrado, e inmediatamente envió a su criado personal a buscar al forense, y, como tu tío era juez de paz, tomó declaración al criado del señor Charke cuando todo lo acaecido estaba aún fresco en su memoria.

—¿Acaso podía procederse de modo más recto, justo y sabio? —pregunté.

—No, por supuesto que no —respondió lady Knollys, pienso que con cierta sequedad.

CAPÍTULO XXVII

MÁS EN TORNO AL SUICIDIO DE TOM CHARKE

LA investigación, así pues, se llevó a cabo, y el señor Manwaring, de Wail Forest, fue el único miembro del jurado que, durante la pesquisa, parecía abrigar la idea de que el señor Charke no había muerto por su propia mano.

—¿Y cómo pudo imaginar una cosa así? —exclamé indignada.

—Bueno, el resultado, como verás, fue suficiente para justificar el que dijeran, como así lo hicieron, que murió por su propia mano. Se halló que la ventana estaba cerrada por dentro con un tornillo, habiéndolo estado cuando la doncella había arreglado la habitación a las nueve; nadie podía haber entrado por esa ventana. Estaba, además, en el tercer piso, y las habitaciones son de techo alto, de modo que estaba a mucha altura del suelo y no había ninguna escalera de mano tan larga como para llegar hasta allí. La casa está construida formando cuadrilátero con un estrecho patio interior, al que daba el cuarto del señor Charke. Sólo una puerta conduce a ese patio, y la misma no mostraba señal alguna de haber sido abierta desde hacía años. Estaba cerrada por dentro con llave, y ésta en la cerradura, de manera que nadie podía tampoco haber entrado por allí, pues, ¿comprendes?, resultaba imposible abrir la cerradura desde fuera.

—¿Y cómo pretendieron poner en tela de juicio una cuestión tan clara? —pregunté.

—Cayó, no obstante, sobre el asunto una especie de niebla que a aquellos a quienes les daba por decir cosas desagradables les proporcionó la oportunidad de insinuar sospechas, aunque ellos mismos no eran capaces de descubrir la clave del misterio. En primer lugar, al parecer el señor Charke se había ido a la cama muy borracho y, mientras se acostaba, se le había oído cantar y armar alboroto..., estado de ánimo que no es en el que la gente se quita la vida. Además, aunque se halló su propia navaja de afeitar en medio de toda aquella espantosa sangría, cerca de su mano derecha (resulta horrible tener que oír todo esto), en los dedos de la izquierda presentaba un corte que llegaba hasta el hueso. Además, no se encontró por ninguna parte el cuaderno de apuntes donde anotaba sus apuestas, lo cual, ¿entiendes?, era muy extraño. Sus llaves las llevaba enganchadas a una cadena. Lucía gran cantidad de oro y piezas de bisutería. Lo vi, desgraciado de él, en la pista de carreras. Habían descabalgado de sus caballos y él y tu tío estaban paseando por la pista.

—¿Tenía el aspecto de un caballero? —quise saber, como me figuro que habrían

querido otras damiselas.

—Tenía el aspecto de un judío, querida mía. Llevaba puesto un horrendo abrigo marrón con esclavina de terciopelo, el pelo lo tenía negro y rizado, y le caía sobre el cuello del abrigo, llevaba grandes patillas, era muy alto de hombros y fumaba un cigarro, cuyo humo lo echaba a bocanadas directamente al aire. Me quedé escandalizada al ver a Silas en semejante compañía.

—¿Descubrieron algo sus llaves? —pregunté.

—Al abrir su escritorio de viaje y una cajita laqueada que había dentro, se encontró muchísimo menos dinero del que se esperaba..., de hecho, muy poco. Tu tío dijo que había ganado algo la noche anterior jugando a las cartas, y que Charke, estando borracho, se le quejó de que había tenido grandes pérdidas que contrapesaban sus ganancias en las carreras, de las cuales, además, sólo le habían pagado una pequeña parte. En cuanto a su cuaderno, al parecer había pequeñas anotaciones de apuestas al dorso de unas cartas, y se dijo que a veces no hacía otra clase de recordatorio de sus apuestas, aunque esto fue impugnado, y en dichas anotaciones no había ni una que se refiriera a Silas. Pero además se omitía toda alusión a sus transacciones con otros dos renombrados caballeros, así que la cosa no era una excepción.

—No, claro que no; eso quedaba perfectamente explicado —dije.

—Entonces se planteó la pregunta —continuó mi prima— de qué motivo podría haber tenido el señor Charke para quitarse la vida.

—¿Pero es que eso no es algo muy difícil de averiguar en muchos casos? —la atajé.

—Se dijo que en Londres tenía misteriosos problemas, a los que solía aludir. Algunos dijeron que realmente se encontraba en un aprieto, y otros que no había nada de eso y que cuando se refería a ello lo hacía sólo en broma. Durante la pesquisa no hubo ninguna sospecha de que tu tío se hallara implicado, salvo por unas preguntas del señor Manwaring.

—¿Qué preguntas fueron ésas? —pregunté.

—La verdad es que no me acuerdo, pero ofendieron enormemente a tu tío, y se produjo una pequeña escena en la sala. Al parecer, el señor Manwaring pensaba que, de algún modo, alguien había entrado en la habitación. Por la puerta no podía ser, ni bajando por la chimenea, pues en el cañón de la misma encontraron una barra de hierro atravesada de parte a parte en la mampostería, próxima a la cúspide. La ventana daba a un patio no mayor que una sala de baile. Bajaron a examinarlo, pero aunque la tierra estaba húmeda, no pudieron descubrir la menor huella de pisadas. Hasta donde llegaron sus averiguaciones, resultó que el señor Charke se había encerrado herméticamente en su habitación y, acto seguido, se había rebanado el cuello con su propia navaja de afeitar.

—Sí —dije—, pues todo, esto es, la ventana y la puerta, estaba cerrado desde dentro, y no había señales de que se hubiera intentado penetrar al interior.

—Exactamente; y unos meses más tarde, cuando el escándalo estaba haciendo más ruido que nunca y fueron registradas las paredes y, a instancias de tu tío, quitados los frisos de madera, se puso en evidencia que no existía ningún acceso disimulado a la habitación.

—Así pues, la respuesta a todas aquellas calumnias fue simplemente que el crimen era imposible —dije—. ¡Qué horrible el mero hecho de que semejante calumnia requiriese una respuesta!

—Incluso entonces fue un asunto desagradable, aunque no puedo decir que nadie supusiera culpable a Silas; pero comprenderás que todo ello menoscababa su buen nombre: el tal señor Charke era un huésped deshonesto, lo sucedido era horrendo, y además una publicidad sensacionalista puso de relieve los escándalos de Bartram-Haugh. Pero al poco, y de repente, todo se volvió muchísimo peor.

Mi prima hizo una pausa para recordar con exactitud.

—Se produjeron murmuraciones muy desagradables entre las gentes relacionadas con el deporte en Londres.

El tal Charke había escrito dos cartas. Sí... dos. Dos meses más tarde fueron publicadas por su malvado destinatario, el cual quería extorsionar dinero. En un principio dichas gentes hablaron mucho de esas cartas en la ciudad, pero en cuanto se publicaron produjeron sensación en el país, así como toda una tempestad de comentarios periodísticos. La primera no tuvo grandes consecuencias, pero la segunda era muy chocante, embarazosa e incluso alarmante.

—¿Qué era, prima Mónica? —inquirí en un susurro.

—Sólo te lo puedo decir a grandes rasgos, puesto que hace tanto tiempo que las leí; pero los dos estaban escritas en la misma clase de jerga, y tenían partes tan difíciles de entender como un combate de boxeo. Espero que nunca leas esas cosas.

Satisface su repentina alarma educativa, y lady Knollys prosiguió:

—Me temo que apenas me oyes, con estos rugidos del viento. Bien, escucha. La carta decía a las claras que el señor Charke había hecho una visita muy provechosa a Bartram-Haugh, y mencionaba, en cifras exactas, en cuánto estimaba el IOU^[26] de tu tío Silas, puesto que no podía pagarle. No sé decir a cuánto ascendía la suma, lo único que recuerdo es que era absolutamente terrorífica. Cuando la leí me quedé sin aliento.

—¿El tío Silas la había perdido? —pregunté.

—Sí, y la debía; y le había dado esos papeles que llaman IOU, prometiendo pagarle; papeles que, por supuesto, el señor Charke había puesto bajo llave con su dinero; y la insinuación consistió en que Silas le había eliminado con el fin de verse libre de la deuda, y que además le había quitado una buena cantidad de dinero. No recuerdo sino estos extremos, que fueron precisamente los que causaron sensación —continuó lady Knollys tras una breve pausa—, la carta estaba escrita la tarde del último día de vida de aquel desgraciado, de modo que tu tío Silas no había tenido mucho tiempo para recuperar su dinero jugando a las cartas; y sostuvo empecinadamente que no debía ni una guinea al señor Charke. La carta mencionaba

una enorme cantidad como efectivamente adeudada por Silas, y advertía a su destinatario, un agente, que no hablara de aquello, ya que Silas sólo podía pagar si le sacaba el dinero a su riquísimo hermano, quien querría administrarlo; y decía muy a las claras que había mantenido muy en secreto el asunto a instancias de Silas. Era una carta, ¿sabes?, muy embarazosa, tanto más cuanto que estaba escrita con una euforia brutal, y no en el estado de ánimo de quien está pensándose el marcharse de este mundo. No puedes imaginarte la sensación que produjo la publicación de estas cartas. En un abrir y cerrar de ojos se desencadenó la tormenta, y desde luego Silas se enfrentó con ella valientemente... sí, con gran coraje y talento. ¡Qué pena que no iniciara pronto en su vida una carrera ambiciosa! Bueno, de nada sirve lamentarse. Sugirió que las cartas eran falsificadas. Alegó que Charke tenía la costumbre de fanfarronear y decir enormes falsedades a propósito de sus operaciones tahurescas, especialmente en sus cartas. Recordó a todo el mundo cuán a menudo la gente finge hallarse en una euforia animal en el mismísimo momento en que está pensando suicidarse. Aludió, de un modo varonil y grácil, a los miembros de su familia y su carácter. Adoptó un tono de severa amenaza contra sus adversarios e insistió en que lo que osaban insinuar contra él era materialmente imposible.

Pregunté bajo qué forma aparecía esta vindicación.

—Era una carta, impresa como un panfleto; todo el mundo admiró su talento, ingenio y fuerza, y además fue escrita con una rapidez enorme.

—¿Tenía el estilo de sus cartas? —pregunte inocentemente.

Mi prima se echó a reír.

—¡No, claro que no, querida! Desde que se reconoció a sí mismo un carácter religioso, no ha escrito más que la más insípida y sosa de las chácharas. Tu pobre padre solía enviarme sus cartas para que yo las leyera, y a veces llegué a pensar realmente que Silas estaba perdiendo facultades; pero creo que sólo trataba de escribir de acuerdo con su propio personaje.

—Supongo que el sentir general estaría a su favor —dije.

—A mí me parece que no lo estaba, en ninguna parte, pero en su propio condado desde luego estaba unánimemente en su contra. De nada sirve preguntar por qué, pero así era, y pienso que, con sus solas fuerzas y sin ayuda, más fácil le habría sido levantar de cuajo el Peak que modificar las convicciones de los caballeros de Derbyshire. Todos estaban contra él. Por supuesto que había causas que predisponían en su contra. Tu tío publicó un ataque muy duro contra ellos, describiéndose a sí mismo como víctima de una conspiración política, y manifestó, lo recuerdo, que desde el mismo instante de aquella terrible catástrofe acaecida en su casa, había abjurado de las carreras de caballos y de toda ocupación o diversión relacionada con ellas. La gente sonrió con sarcasmo y dijo que como si se ponía a esperar que le dieran una patada.

—¿Hubo pleitos a propósito de todo esto? —pregunté.

—Todo el mundo esperaba que los hubiera, pues por ambas partes se publicaron

cosas durísimas, y pienso, además, que la gente que peor pensaba de él tenía puestas sus ilusiones en que aún surgirían pruebas que convirtieran a Silas en convicto del crimen que se les antojaba imputarle; y he aquí que han transcurrido los años y muchas de las personas que recordaban la tragedia de Bartram-Haugh y desempeñaron el papel más fuerte de la denuncia y el ostracismo subsiguiente han muerto sin que se haya arrojado luz alguna sobre aquel suceso, y tu tío Silas sigue siendo un marginado. Al principio él se enfureció muchísimo, hasta el punto de que le habría gustado retar a duelo al condado entero, hombre por hombre, caso de que ellos hubiesen aceptado el desafío. Pero desde aquel entonces ha cambiado sus costumbres por completo, y, como él dice, sus aspiraciones.

—Se ha hecho un hombre religioso.

—La única ocupación que le queda. Debe dinero; es pobre; está aislado y, según él, enfermo; y además se ha vuelto religioso. Tu pobre padre, que era muy decidido e inflexible, jamás le ayudó más allá del límite que, tras la *mésalliance* de Silas, había prescrito. Quería introducirlo en el Parlamento, a cuyo fin habría corrido con los gastos y le habría concedido una asignación; pero o bien Silas se había vuelto perezoso, o bien entendía su situación mejor que el pobre Austin, si no es que desconfiaba de sus propias fuerzas, aunque quizá su salud era realmente precaria, pero el caso es que adujo escrúpulos religiosos. Tu pobre papá creía posible la autoafirmación, en la que un hombre agraviado tiene derecho a confiar, pero había permanecido mucho tiempo apartado del mundo, y la teoría no sirve. Nada hay más difícil que lograr la readmisión de alguien a quien en un momento preciso se le dio de lado. Creo que Silas tenía razón. La cosa no me parece que fuese factible. ¡Pero qué tarde es ya, querida niña! —exclamó de pronto lady Knollys, mirando el reloj *Louis Quatorze* encima de la repisa de la chimenea.

Faltaba poco para la una. La tormenta había amainado ligeramente, y la idea que tenía del tío Silas estaba menos marcada por la zozobra, y más por la confianza, que la que tenía una hora antes aquella noche.

—¿Y qué idea tienes de él? —pregunté.

Lady Knollys se puso a tamborilear con la punta de los dedos sobre la mesa, mientras contemplaba el fuego.

—No entiendo de metafísica, querida mía, ni de brujería. A veces creo en lo sobrenatural, y a veces no. Silas Ruthyn está solo, y no puedo definirlo porque no lo comprendo. Quizá a veces vienen al mundo, bajo la envoltura de la carne humana, almas que no son humanas. Silas me desconcertó casi siempre, no sólo en lo tocante a aquel horrible acontecimiento, sino a lo largo de toda su vida, en los primeros y en los últimos tiempos. En vano he tratado de comprenderle. Eso sí: hubo un tiempo en su vida que fue espantosamente malvado, excéntrico, de hecho, en su personalidad, calavera, frívolo, dado al secreto y peligroso. Pienso que hubo un tiempo en que pudo haber conseguido del pobre Austin lo que quisiera, o casi; pero su ascendencia sobre él se esfumó con su matrimonio, y nunca la recobró. No, no lo entiendo. Siempre me

dejó perpleja, como un rostro cambiante, a veces risueño pero siempre siniestro, en un mal sueño.

CAPÍTULO XXVIII

SOY PERSUADIDA

¡POR fin había oído la historia de la misteriosa deshonra del tío Silas! Durante un rato permanecimos sentadas en silencio, y yo, con la mirada fija en el vacío, le hice recorrer la ciudad de la imaginación en un carro triunfal, coronado de laurel, ensortijado y envuelto en una túnica, gritando tras él: «¡Inocente! ¡Inocente! ¡Mártir y coronado!». Todas las virtudes y honestidades, razón y conciencia, bajo miríadas de formas —hilera sobre hilera de rostros humanos—, desde aceras, ventanas y tejados abarrotados por la muchedumbre, se unían en vítores de júbilo y los pregoneros hacían resonar sus clarines y los tambores redoblaban y grandes órganos y coros, atravesando los abiertos portones de las catedrales, atronaban con sus himnos de alabanza y acción de gracias, y las campanas repicaban y los cañones disparaban salvas y el aire temblaba con aquella rugiente armonía; y Silas Ruthyn, el retrato de cuerpo entero, se alzaba en pie sobre el bruñido carro con un semblante orgulloso, triste y ensombrecido, que no se regocijaba con los celebrantes, y detrás de él el esclavo, flaco como un espectro, con el semblante blanco y cuchicheándole algo al oído con una sonrisa desdeñosa: mientras yo y toda la ciudad seguíamos gritando «¡Inocente! ¡Inocente! ¡Mártir y coronado!». Y con esto concluía el ensueño, del que no quedaban sino el rostro severo y pensativo de lady Knollys, bañado en una pálida luz de sarcasmo, y la tempestad fuera de la casa, con sus estruendos y desoladas lamentaciones.

La prima Mónica había sido muy buena al quedarse conmigo tanto tiempo. Debí de ser indeciblemente tedioso para ella. Y ahora empezaba ya a hablar de cosas que tenía que hacer en su casa, siendo evidente que se preparaba para una inmediata huida. Y el alma se me cayó a los pies.

Sé que en aquel entonces no habría podido definir mis sentimientos y zozobras. No estoy segura de que incluso ahora pudiera hacerlo. Todo recelo a propósito del tío Silas era, en mi mente, una puesta en tela de juicio de los fundamentos de mi fe, y, en sí misma, una impiedad. Mas, sin embargo, no tengo la certidumbre de que en el fondo de mis tribulaciones no hubiera quizá alguno de esos recelos, débiles e intermitentes.

No me encontraba muy bien. Lady Knollys había salido a dar un paseo. No se cansaba fácilmente y a veces sus excursiones eran largas. El sol se estaba poniendo cuando Mary Quince me trajo una carta que acababa de llegar con el correo. Mi

corazón se puso a palpar violentamente. Tenía miedo de romper el ancho sello negro. Era del tío Silas. Hice un repaso mental de todos los desagradables mandatos que podía contener, en un intento de prepararme para el golpe. Finalmente abrí la carta. Me daba instrucciones para que me aprestase a emprender el viaje a Bartram-Haugh. Decía que podía llevar conmigo dos criadas, si así lo deseaba, y que su próxima carta me daría detalles acerca de la ruta que debía seguir y del día de mi marcha a Derbyshire; decía además que debería tomar las disposiciones convenientes en lo que concierne a Knowl durante mi ausencia, pero que él difícilmente era la persona adecuada para ser consultada a ese respecto. Luego rogaba a Dios que le capacitase para cumplir a plena satisfacción de su conciencia con la confianza en él depositada y que yo entrara en mis nuevas relaciones con un espíritu de oración.

Miré alrededor por la habitación, que tan familiar me era desde hacía mucho tiempo, y con la que ahora, ante la idea de la partida y el cambio, tan encariñada me sentía. La vieja casa... ¡Querido, querido Knowl!... ¿Cómo iba a poder abandonarte, a ti y a tus entrañables recuerdos, voces y miradas amables, y cambiarte por una tierra extraña?

Exhalando un hondo suspiro cogí la carta del tío Silas y bajé por las escaleras al salón. Desde la ventana del vestíbulo, donde me rezagué unos momentos, me puse a contemplar la arboleda, que tan familiar me era. El sol se había puesto. La luz era ya crepuscular y los blancos vapores de la noche que se avecinaba empezaban ya a cubrir de una veladura el adelgazado y amarillo follaje. Todo estaba melancólico. Todos aquellos que envidiaban a la joven heredera de una fortuna principesca, ¡qué poco sospechaban el peso que oprimía su corazón, o que, refrenando el miedo a la muerte, de buena gana, en aquel momento, habría dicho adiós a su vida!

Lady Knollys todavía no había vuelto y la oscuridad iba cayendo rápidamente; por el occidente había un cúmulo de negros nubarrones, entre cuyos resquicios se reflejaba aún un pálido lustre metálico.

El salón estaba ya muy oscuro, pero alguna que otra hilacha de dicho frío resplandor fue a caer sobre una negra figura apoyada en el marco de la ventana junto a las cortinas, que de lo contrario no hubiera podido ser vista.

Avanzó bruscamente, con un crujido de zapatos; era el doctor Bryerly.

Me sobresalté, sorprendida de no saber cómo había llegado hasta allí. Me quedé en pie, mirándole con fijeza en la penumbra y, me temo, bastante azorada.

—¿Cómo está usted, señorita Ruthyn? —dijo, alargándome la mano larga, dura y parda como la de una momia, e inclinándose un poco a fin de acercarse algo más, pues no era fácil ver bajo aquella luz imperfecta—. Me figuro que está usted sorprendida de verme por aquí de nuevo tan pronto.

—No sabía que hubiese usted llegado. Me alegro de verle, doctor Bryerly. Espero que no haya sucedido nada desagradable.

—No, señorita, nada desagradable. El testamento ha sido depositado y a su debido tiempo obtendremos su validación; pero tenía algo en la mente y he venido a

hacerle dos o tres preguntas a las que le convendría contestar tras habérselo meditado bien. ¿Todavía está aquí la señorita Knollys?

—Sí, pero aún no ha regresado de su paseo.

—Me alegro de que esté aquí. Creo que su punto de vista es sensato, y además las mujeres se entienden mejor entre sí. En cuanto a mí, está claro que mi deber es exponerle a usted las cosas tal como yo las veo y ponerme a su disposición para conseguir, si así lo deseara usted, un arreglo diferente. El otro día dijo usted que no conoce a su tío, ¿no es así?

—No, nunca lo he visto.

—¿Comprende usted la intención de su fallecido padre al convertirla en pupila de su tío?

—Supongo que deseaba mostrar la alta opinión que le merecía la capacidad de mi tío para semejante cargo de confianza.

—Eso es muy cierto; pero en este caso la naturaleza de ese cargo es extraordinaria.

—No comprendo.

—Bueno, si muere usted antes de alcanzar la edad de veintiún años, pasarán a él todas las propiedades, ¿se da usted cuenta?, y entre tanto tiene la custodia de su persona; ha de vivir usted en su casa, bajo su tutela y autoridad. Pienso que se percata usted ya de cómo es este asunto, el cual, cuando su padre me leyó el testamento, no me gustó, y así lo manifesté. ¿Le gusta a usted?

La duda me hizo callar, no hallándome segura de haberle entendido del todo.

—Y cuanto más pienso en ello, menos me gusta, señorita —dijo el doctor Bryerly en un tono tranquilo y severo.

—¡Dios misericordioso! Doctor Bryerly, no supondrá usted que iba a estar menos segura en casa de mi tío que bajo la tutela del Tribunal de Menores, ¿verdad? —exclamé, mirándole a la cara.

—Pero es que colocar a su tío en semejante situación no es justo, ¿no se da usted cuenta, señorita? —replicó, tras titubear un poco.

—Pero supongamos que él no opina así. Si así pensara, podría rehusar, ¿no?

—Bien, eso es cierto..., pero no rehusará. He aquí una carta suya —y el doctor Bryerly la sacó del bolsillo—, mediante la cual anuncia oficialmente que tiene la intención de aceptar el encargo; sin embargo creo que se le debería decir que su aceptación es, bajo toda circunstancia, indelicada. Ya sabe usted, señorita, que en tiempos su tío fue objeto de desagradables habladurías.

—Se refiere usted... —comencé a decir.

—Me refiero a la muerte del señor Charke en Bartram-Haugh.

—Sí, estoy enterada —dije. El doctor Bryerly hablaba con un apabullante *aplomb*.

—Nosotros suponemos, naturalmente, que tales habladurías son injustas, pero hay muchas otras personas que piensan de modo hartamente diferente.

—Pero, doctor Bryerly, mi padre posiblemente le convirtió en mi tutor por esa misma razón.

—Respecto a eso no cabe duda alguna, señorita; lo hizo para purgarle de aquel escándalo.

—Y una vez cumplido honrosamente dicho cargo de confianza, ¿no cree usted que semejante honroso cumplimiento lograría acallar a sus calumniadores?

—Si todo va bien, podría contribuir un poco, pero muchísimo menos de lo que usted se imagina. Supongamos, sin embargo, que sucediera una cosa, señorita: que usted muriese siendo menor de edad. Todos somos mortales, y quedan por delante tres años y varios meses. ¿Qué pasaría entonces? ¿No se da cuenta? Imagínese lo que diría la gente.

—Supongo que sabe usted que mi tío es hombre religioso —dije.

—¿Y qué, señorita? —preguntó de nuevo.

—Mi tío es... ha sufrido intensamente —proseguí—. Hace mucho que lleva una vida retirada y es muy religioso. Pregúntele al cura, el señor Fairfield, si lo duda.

—Yo eso no lo discuto, señorita; me limito a suponer lo que podría pasar... un accidente, digamos un ataque de viruela, de difteria, algo que es muy corriente. Tres años y tres meses son mucho tiempo, ¿sabe usted? Usted se marcha a Bartram-Haugh pensando que de aquí a muchos años le aguardan multitud de bienes, pero su Creador, ¿sabe usted?, puede decir: «Necia, éste es el día en que tu alma ha sido llamada»^[27]. Abandona usted el mundo y, dígame, por favor: ¿qué piensa de su tío, el señor Silas Ruthyn, a quien va a parar la totalidad de la herencia, alguien que durante mucho tiempo ha sido denostado como si fuese un ratero, o peor, en su propio condado, según tengo entendido?

—Usted, doctor Bryerly, es un hombre religioso, de acuerdo con sus creencias, ¿no es así? —dije.

El swedenborgiano sonrió.

—Y bien, sabiendo que él también lo es, y habiendo experimentado usted la fuerza de la religión, ¿no cree usted que él es merecedor de toda confianza? ¿No le parece bien que tenga esta oportunidad de demostrar tanto su propio carácter como la confianza que mi querido papá depositó en él, y que nosotros lo que deberíamos hacer es dejar en manos de Dios todas las consecuencias y contingencias?

—Por las trazas, lo que la voluntad de Dios ha querido hasta ahora —dijo el doctor Bryerly, no pude ver con qué expresión de su semblante, pero tenía la vista baja y con su bastón estaba dibujando pequeños diagramas sobre la alfombra y hablaba en un tono muy bajo— es que su tío padezca dichas habladurías. Al contrapesar los designios de la Providencia hemos de hacer uso de nuestra razón de concienzuda diligencia en cuanto a los medios y, si hallamos que éstos son susceptibles de provocar daños tanto como bienes, no tenemos derecho alguno a esperar que una interferencia especial convierta nuestro experimento en una ordalía. Pienso que debería usted meditarlo bien... Estoy seguro de que hay razones en contra

de ello. Si decide usted que preferiría ser colocada bajo la tutela de, digamos, lady Knollys, me esforzaré en lo posible para llevarlo a efecto.

—Eso es algo que no podría hacerse sin el consentimiento de mi tío, ¿no es así? —dije.

—Así es, pero no desespero de conseguirlo... bajo condiciones por supuesto —observó.

—No entiendo bien —dije.

—Me refiero, por ejemplo, a que se le permitiera conservar la dote destinada a su manutención, ¿eh?

—Mucho me equivoco respecto a mi tío —dije— si tal dote tuviera para él algún valor, en comparación con el valor moral de la situación. Si se viese privado de ésta, estoy segura de que rehusaría aquélla.

—En todo caso podríamos probarle —dijo el doctor Bryerly, en cuyas oscuras y nervosas facciones, aun bajo aquella luz imperfecta, creí descubrir una sonrisa.

—Quizá —dije— doy la impresión de ser muy tonta al suponerle motivado por consideraciones que no sean sórdidas, pero es un pariente cercano y no puedo evitarlo, señor.

—Es un asunto muy grave, señorita Ruthyn —replicó—. Usted es muy joven y en estos momentos es incapaz de darse cuenta, como lo será más adelante. Dice usted que su tío es muy religioso y todo eso, pero su casa no es un lugar adecuado para usted. Es un lugar solitario..., su dueño es un marginado y entre sus paredes se han sucedido escenas de toda suerte de escándalos, así como un gran crimen; lady Knollys piensa, además, que su estancia en esa casa constituirá para usted un perjuicio que no le abandonará durante el resto de su vida.

—Eso es lo que pienso, Maud —dijo lady Knollys, que acababa de entrar inadvertidamente en el salón—. ¿Cómo está usted, doctor Bryerly?... Un grave perjuicio. No tienes idea de hasta qué punto esa casa está condenada. La gente la evita y hasta el nombre mismo de sus moradores es objeto de un tabú.

—¡Qué monstruoso...! ¡Qué crueldad! —exclamé.

—Desagradabilísimo, querida mía, pero perfectamente natural. Debes recordar que, con total independencia de la historia del señor Charke, la casa fue objeto de murmuraciones y que la gente del condado había contado con tu tío Silas mucho antes de que ni pudiera soñarse con esa aventura; y en cuanto a lo de que sea su hermano quien te coloque bajo su tutela, una persona que, como tu padre, llevado por un fuerte sentimiento familiar, desde un principio adoptó una visión absolutamente unilateral del asunto, eso tienes que quitártelo de la cabeza. Excepto yo, si tu tío me lo permite, y el clérigo, nadie más en todo el país te hará una visita en Bartram-Haugh. Puede que sientan piedad de ti y consideren que el asunto entero no es sino el ápice de la locura y la crueldad, pero no irán de visita a Bartram-Haugh, ni trabarán conocimiento con Silas ni tendrán nada que ver con su hogar.

—En cualquier caso se percatarán de cuál era la opinión de mi querido papá.

—Ya la conocen —contestó mi prima— y no ha tenido, ni tenía por qué tenerlo, el más mínimo peso en ellos. Por allá hay gente que se cree ni más ni menos grande que los Ruthyn, o de mayor grandeza; y esa idea de tu pobre padre, la de salirse con la suya por medio de una demostración, no fue sino el sueño de alguien que había olvidado lo que es el mundo y, en cambio, había aprendido, desde su prolongado retiro, a exagerarse a sí mismo. Sé que estaba empezando a dudar y que si le hubiera sido deparado un año más de vida, esa disposición testamentaria habría sido eliminada.

El doctor Bryerly movió la cabeza afirmativamente, y dijo:

—Y si tuviera ahora la facultad de dictar una disposición como ésa, ¿lo haría? Se mire por donde se mire es un error perjudicial para usted, su hija; y si sucediese que usted muriera durante su estancia bajo tutela de su, tío, ello daría lastimosamente al traste con el propósito del testador, y levantaría tal tormenta de sospechas y pesquisas, que despertaría a Inglaterra entera y haría que el viejo escándalo se esparciera de nuevo por los cuatro vientos.

—No me cabe la menor duda de que el doctor Bryerly lo arreglará todo. En realidad no creo que resulte difícil hacer que Silas se avenga, y si no consientes que trate de lograrlo, acuérdate de lo que te digo, Maud: habrás de arrepentirte toda tu vida.

He aquí dos personas que contemplaban el problema desde puntos de vista totalmente distintos; ambas perfectamente desinteresadas; ambas, a su manera, creo que inteligentes e incluso sabias; y ambas honorables, instándome en contra y de un modo que alarmaba mi imaginación indefiniblemente, al tiempo que hacía funcionar mi raciocinio. Miré a la una y al otro..., hubo un silencio. Para entonces habían traído ya las velas y podíamos vernos.

—Estoy esperando su decisión, señorita Ruthyn —dijo el albacea—, para ir a ver a su tío. Si el beneficio de éste constituía el principal propósito de este arreglo, él será el mejor juez para dictaminar si dicho arreglo es, o no, el que mejor sirve a sus intereses; y, así lo creo, verá claramente que no lo es, y responderá en concordancia.

—No puedo contestar en este momento..., tienen que permitirme reflexionar..., haré lo que pueda. Me siento muy agradecida, querida prima Mónica, eres muy buena, y usted también, doctor Bryerly.

Al decir esto, el doctor Bryerly tenía los ojos puestos en su cuaderno de notas y ni siquiera respondió a mi gratitud con un leve movimiento de cabeza.

—Pasado mañana he de estar en Londres. Bartram-Haugh dista de aquí casi sesenta millas, y de ellas sólo veinte por ferrocarril, según veo. Cuarenta millas de coche de posta a través de esas montañas de Derbyshire son un trabajo lento; pero si me dice usted: ¡inténtelo!, veré a su tío mañana por la mañana.

—¡Tienes que decir que sí, Maud, cariño, tienes que decirlo!

—Pero ¿cómo puedo decidirlo en un momento? ¡Oh, querida prima Mónica, me siento enloquecer!

—Pero es que no eres tú quien necesita decidir; la decisión le corresponde tomarla a él. ¡Vamos! Él es más competente que tú. Lo que tú tienes que hacer es decir que sí.

De nuevo fijé mis ojos en ella, y acto seguido en el doctor Bryerly. Rodeé a mi prima con mis brazos y, apretándola estrechamente, exclamé:

—¡Oh, prima Mónica, querida prima Mónica, aconséjame! ¡Soy una criatura desdichada! ¡Tienes que aconsejarme!

Hasta aquel momento no supe lo apocada que era. Cuando mi prima me contestó me di cuenta, de algún modo, por el tono de su voz, que estaba sonriendo:

—¡Pero si ya te he aconsejado, querida! Te lo aconsejo —y acto seguido añadió impetuosamente—: Te ruego e imploro que, si realmente piensas que te quiero, sigas mi consejo. Tu deber es dejar que tu tío Silas, a quien crees más competente que tú, decida tras hablar largo y tendido con el doctor Bryerly, el cual sabe más que tú o yo acerca de las opiniones y propósitos de tu pobre padre al proveer esa disposición.

—¿He de decir que sí? —exclamé estrechándola contra mí y besándola désválidamente—. ¡Oh, dímelo, dime que diga sí!

—Sí, por supuesto, sí. Mi prima está de acuerdo con su amable propuesta.

—¿Debo entenderlo así? —preguntó él.

—Muy bien... sí, doctor Bryerly —contesté.

—Ha tomado usted una decisión sabia y buena —dijo vivamente, como alguien que se ha quitado una preocupación de encima.

—Se me olvidó decirle, doctor Bryerly..., lo cual ha sido una gran grosería..., que tiene usted que quedarse aquí esta noche.

—¡No puede, querida! —me atajó lady Knollys—. El camino es largo.

—Pero se quedará a cenar, ¿verdad, doctor Bryerly?

—No, no puede. Usted sabe que no puede, señor —dijo mi prima perentoriamente—. No le atosigues, querida mía, con cumplidos que no puede aceptar. Se despedirá de nosotras en este mismo instante. Adiós, doctor Bryerly. Ha de escribir usted de inmediato; no espere hasta llegar a la ciudad. Dile adiós, Maud. Le diré una cosa en el recibidor.

Y de este modo le echó literalmente del salón con muchas prisas, dejándome en un estado de desconcierto y confusión, incapaz de revisar mi decisión... insatisfecha pero, no obstante, incapaz de revocarla.

Allí me quedé, de pie donde me habían dejado, mirándoles marchar, supongo, como una boba.

Al cabo de unos minutos volvió lady Knollys. De haber tenido el ánimo un poco más frío, era lo bastante inteligente como para darme cuenta de que mi prima había despachado de viaje al pobre doctor Bryerly, obligándole a encontrar alojamiento en su camino hacia Bartram, con el fin de alejarlo inmediatamente de mi presencia y, de ese modo, hacer que mi decisión —si es que era mía— fuese irrevocable.

—Te aplaudo, querida mía —dijo la prima Knollys, abrazándome a su vez con

fuerza—. Eres una niña sensata y has hecho exactamente lo que debías hacer.

—Eso espero —balbuceé.

—¿Qué esperas? ¡Una gaita! ¡Niñerías! La cosa no tiene vuelta de hoja.

En ese momento entró Branston a decir que la cena estaba servida.

CAPÍTULO XXIX

DE CÓMO LE FUE AL EMBAJADOR

SEGÚN pude ver claramente cuando, sentadas ya a la mesa para cenar, nos iluminaron aquellas luces más intensas, la propia lady Knollys era presa de gran excitación; se sentía aliviada y contenta, durante la cena se mostró gárrula y me contó todos sus primeros recuerdos de mi querido papá, la mayoría de los cuales ya se los había oído relatar otras muchas veces, aunque para mí siempre eran pocas.

Mi mente, sin embargo, vagabundeaba en ocasiones —de hecho con frecuencia— hacia aquella entrevista tan inesperada, tan súbitamente decisiva y, posiblemente, tan trascendental; y, con acongojada incertidumbre, constantemente se me presentaba la interrogante de si había hecho bien.

Me figuro que mi prima entendía mejor mi carácter, quizá, tras todas mis honestas autopesquisas, pues incluso ahora me lo sigo figurando. Indecisa, volviendo del revés súbitamente mis propias resoluciones, impetuosa en mis actos como ella me conocía, estoy segura de que temía que revocase mi encargo al doctor Bryerly y que pensó en la contraorden que acaso enviara a galope en pos de él.

De ahí el que, bondadosa criatura que era, se esforzase por tener ocupada mi mente y, cuando se agotaba un tema, encontraba otro, hallándose siempre preparada para parar el golpe cada vez que yo dirigía una reflexión o una pregunta tendentes a reabrir la cuestión que ella tanto se había afanado por cerrar.

Aquella noche me hallaba sumida en la zozobra. Había comenzado a reprenderme a mí misma. No podía conciliar el sueño y, finalmente, me senté en la cama y me eché a llorar. Lamentaba mi debilidad por haber dado mi asentimiento al consejo del doctor Bryerly y mi prima. ¿Acaso no estaba rompiendo mi compromiso con mi querido papá? ¿Acaso no estaba consintiendo que mi tío Silas se viera inducido a contestar mi deslealtad con una perfidia correspondiente?

Lady Knollys había obrado sagazmente al despachar al doctor Bryerly con tanta premura, pues si se hubiera quedado en Knowl, con toda seguridad que a la mañana siguiente, al bajar de mi dormitorio, habría revocado mi encargo.

Aquel día hallé en el estudio cuatro papeles que acrecentaron mi zozobra. Estaban escritos de puño y letra de mi querido papá y tenían un endoso que rezaba así: «Copia de mi carta dirigida a (...)», uno de los albaceas nombrados en el testamento. He aquí, pues, el contenido de aquellas cuatro cartas selladas que habían aguijoneado mi curiosidad y la de lady Knollys el agitado día en que se procedía a la lectura del

testamento.

Contenía estas palabras:

«Nombro a mi oprimido y desdichado hermano, Silas Ruthyn, residente en mi casa de Bartram-Haugh, tutor de la persona de mi bienamada hija, a fin de convencer al mundo, si es posible, y si no lo es, al menos dar satisfacción a todas las futuras generaciones de nuestra familia de que su hermano, quien mejor le conocía, tenía implícita confianza en él, y de que él se la merecía. Una calumnia cobarde y descabellada, originada en la malicia política y que jamás se habría visto aventada entre cuchicheos de no haber sido Silas pobre e imprudente, el mejor modo de acallarla es mediante esta ordalía de purificación. Si mi hija muere antes de alcanzar la mayoría de edad, todo cuanto poseo va a parar a manos de Silas; mientras, le encomiendo la tutela de mi hija, a sabiendas de que estará tan segura bajo sus cuidados como bajo los míos propios. Confío en su recuerdo de nuestra vieja amistad para que haga esto público allí donde se presente la oportunidad, y para que diga también aquello que su sentido de la justicia le autorice».

Las demás cartas estaban escritas en este mismo espíritu. Tras leerlas, el alma se me cayó a los pies. Me eché a temblar de miedo. ¿Qué había hecho yo? Había osado frustrar la sabia y noble vindicación de nuestro deshonrado nombre que mi padre había ideado. Como una cobarde, me había echado atrás de mi fácil participación en la tarea; y ¡Dios misericordioso! había sido desleal con el muerto.

Con estas cartas en la mano, blanca de miedo, volé como una sombra al salón, donde estaba la prima Mónica, y le dije que las leyera. En su semblante vi que mi aspecto le provocaba gran alarma, pero se limitó a leer las cartas apresuradamente y en silencio, exclamando acto seguido:

—¿Esto es todo, mi querida niña? La verdad es que me imaginé que habías encontrado un segundo testamento y que lo habías perdido todo. ¡Pero bueno, queridísima Maud, todo eso ya lo sabíamos! Comprendíamos muy bien las motivaciones del pobre Austin. ¿Por qué te alteras tan fácilmente?

—¡Oh, prima Mónica, es que creo que mi padre tiene razón! Ahora todo parece absolutamente razonable; y yo... ¡qué crimen!... ¡Hay que pararlo!

—Escucha a la razón, mi querida Maud. Hace ya dos horas por lo menos que el doctor Bryerly se ha entrevistado con tu tío en Bartram. ¡No puedes pararlo! Y, si pudieras, ¿por qué diantre habrías de hacerlo? ¿Es que no te parece que había que consultar a tu tío? —dijo.

—Pero es que él ya lo ha decidido. Tengo su carta en la que lo da todo por sentado; y el doctor Bryerly... ¡Oh, prima Mónica... ha ido allí a tentarle!

—¡Bobadas, niña! El doctor Bryerly es un hombre bueno y justo, según creo, y además no tiene motivo alguno imaginable para pervertir ni su conciencia ni su juicio. No ha ido a tentarle..., ¡niñerías!..., sino a poner los hechos sobre el tapete e invitarle a que los considere; y óyeme bien: tomando en cuenta lo atolondradamente que con frecuencia son asumidos tales deberes, así como el largo tiempo que Silas se

ha pasado viviendo en una perezosa soledad, apartado del mundo y desacostumbrado a discutir cosa alguna, estimo muy recto y honroso el que se someta a su consideración una visión clara e imparcial del asunto con todas sus concomitancias, antes de que incurra indolentemente en lo que acaso se revele como el peor de los peligros en que se haya visto envuelto jamás.

Tales fueron los argumentos de lady Knollys, expuestos con femenina energía y, debo confesarlo, con esa buena dosis de repetitividad que a veces he observado en las personas de mi propio sexo cuando hacen uso de la lógica. Mi prima me desconcertó sin satisfacerme.

—No sé por qué fui a esa habitación —dije, muy asustada—; o por qué me dirigí a ese bargueño o cómo es que estos papeles, que jamás habíamos visto antes, fueron lo primero que hoy me llamó la atención.

—¿Qué quieres decir, querida? —dijo lady Knollys.

—Quiero decir que..., que pienso que fui llevada hasta allí y que en ello hay una llamada de mi padre, tan clara como si viniera su mano y lo escribiese en la pared.

Casi acabé chillando la conclusión de esta enloquecida confesión.

—Estás nerviosa, cariño mío; te han extenuado las malas noches que has pasado. Salgamos fuera, el aire te hará bien; y te aseguro que muy pronto habrás de darte cuenta de que tenemos razón, y que te alegrarás muchísimo de haber obrado como lo has hecho.

Pero aunque mi vehemencia del principio se había calmado, no me daba por satisfecha. Aquella noche, durante mis oraciones, mi conciencia me reprendió, y cuando me metí en la cama mi nerviosismo retornó cuadruplicado. Toda persona dada al nerviosismo y a la excitabilidad ha sufrido, en una u otra ocasión, a causa de la aparición, tan pronto como se cierran los ojos, de semblantes lívidos y horrendos, los cuales se presentan bajo toda variedad de contorsiones, unos tras otros. Aquella noche me turbó el rostro de mi querido padre..., a veces blanco y nítido como el marfil, a veces, extrañamente transparente, como el cristal, a veces colgando por entero en cadavéricas arrugas, y siempre con la misma y nada natural expresión de furia diabólica.

Sólo podía escapar a esta pavorosa visión sentándome en la cama y clavando los ojos en la luz. Al cabo del rato, extenuada, me dormí de golpe y, en un sueño, oí con claridad la voz de mi papá diciéndome desde el otro lado de los cortinajes del lecho:

—Maud, vamos a llegar tarde a Bartram-Haugh.

Me desperté horrorizada. Las paredes parecían resonar aún con la llamada, y quien la había pronunciado estaba, según yo imaginaba, de pie al otro lado de la cortina.

Pasé una noche espantosa. Por la mañana, con un aspecto semejante al de un fantasma, acudí, en camisón, junto al lecho de lady Knollys.

—Me ha sido hecha una advertencia —dije—. ¡Oh, prima Mónica, papá ha estado conmigo y me ha ordenado ir a Bartram-Haugh, y así he de hacerlo!

Mi prima se me quedó mirando a la cara. Se sentía incómoda e intentó despachar la cuestión con unas risitas, pero me consta que le preocupaba el extraño estado al que la agitación y la ansiedad me habían reducido.

—Estás dando por sentadas demasiadas cosas, Maud —dijo—; lo más probable es que Silas Ruthyn no dé su consentimiento e insista en que vayas a Bartram-Haugh.

—¡Dios lo quiera! —exclamé—. Pero si no lo hace así, me da igual, yo iré. Podrá echarme, pero yo iré para tratar de expiar esa deslealtad mía que, me temo, es tan horriblemente perversa.

Teníamos por delante varias horas de espera hasta la llegada del correo. Tanto para ella como para mí, la demora entrañaba incertidumbre, para mí casi mortalmente angustiosa. Por último, cuando menos lo esperábamos, Branston entró en la habitación con la bolsa de correspondencia. Había una gruesa carta con matasellos de Feltram, dirigida a lady Knollys, y su remitente era el doctor Bryerly. La leímos juntas. Estaba fechada el día anterior, y decía lo siguiente:

«Respetada señora, en el día de hoy he visto al señor Silas Ruthyn en Bartram-Haugh, el cual rechaza perentoriamente y bajo cualquier condición el inhibirse de la tutela o consentir que la señorita Ruthyn resida en cualquier otro lugar que no sea bajo su propio e inmediato cuidado. Habida cuenta de que su rechazo lo fundamenta, primero, en una dificultad de conciencia moral, a cuyo propósito declara no tener derecho alguno, por miedo a contingencias personales, a abdicar de una tarea que de modo tan solemne le fuera impuesta y tan naturalmente transmitida a él como único hermano del finado; y segundo, en el efecto que, en lo concerniente a su actuación como albacea, semejante retirada tendría sobre su propio carácter, lo que equivaldría a una autocondena pública; y habida cuenta asimismo de que ha rehusado discutir conmigo tales posturas y me ha sido de todo punto imposible hacerle entrar en razones, pareciéndome, así pues, que su decisión estaba firmemente tomada, al cabo de un breve rato me he despedido de él. Ha hecho mención de que los preparativos para recibir a su sobrina están siendo ultimados y que dentro de unos días mandará a buscarla; soy, por ello, de la opinión de que mi deber es ir a Knowl para socorrer a la señorita Ruthyn con cualquier consejo que le haga falta antes de su marcha, así como para despedir a los criados, hacer inventarios y tomar disposiciones en lo concerniente al cuidado de la casa y la finca durante la minoría de edad de la señorita.

Con mis respetos, señora,

Hans E. Bryerly».

Me resulta imposible describir el semblante hundido y enojado que puso mi prima. Se sorbió la nariz una o dos veces y luego, con bastante amargura y en un tono

apagado, dijo:

—Bueno... estarás ya satisfecha, espero.

—¡No, no, no! Sabes muy bien que no. Querida prima Mónica, mi única amiga, tengo el corazón abrumado por la tristeza, pero la conciencia tranquila; no puedes imaginar el sacrificio que ello supone para mí; soy la más desdichada de las criaturas. Tengo un presentimiento indescriptible. Estoy asustada. Pero tú no me abandonarás, ¿verdad, prima Mónica?

—No, cariño, nunca —dijo tristemente.

—Y vendrás a verme tan a menudo como te sea posible, ¿verdad?

—Sí, querida, es decir, si Silas me deja, y estoy segura de que me dejará —añadió apresuradamente al ver, supongo, el temor que asomaba a mi semblante—. Puedes estar segura de que haré todo lo que pueda, y además quizá él te deje venir a mi casa de vez en cuando a hacerme una pequeña visita. Ya sabes que estoy tan sólo a seis millas de distancia..., poco más de media hora de viaje en coche, y aunque odio Bartram y detesto a Silas... ¡sí, detesto a Silas! —repitió en respuesta a mi mirada de sorpresa—, iré de visita a Bartram... vamos, si él me lo permite; porque, ¿te das cuenta?, hace un cuarto de siglo que no he pisado esa casa; y pese a que jamás he entendido a Silas, me imagino que no perdona ningún pecado, ya sea por omisión o por comisión.

Me pregunté qué viejo rencor sería el que llevaba a mi prima a juzgar siempre con tanta dureza al tío Silas... Me era imposible suponer que lo hiciese en justicia. La verdad es que últimamente había visto a mi héroe tratado de forma tan irrespetuosa que, como sucede con los ídolos, había perdido un poco de su sacralidad. Sin embargo, aún cultivaba mi confianza en su divinidad como un artículo de fe y despachaba la intrusión de la duda con un exorcismo, como si fuera el Maligno quien me indujese a dudar. Pero era injusta con lady Knollys al sospechar en ella pique, malicia o cualquier otra cosa que no fuera esa tendencia a adoptar opiniones firmes, que algunas personas atribuyen a mi sexo.

Así pues, el pequeño proyecto de estar bajo la tutela de la prima Mónica, el cual, de haber sido deseo de mi pobre papá, tan enormemente feliz me habría hecho, se había derrumbado para no renacer jamás. Me consolé, no obstante, con su promesa de reiniciar sus relaciones con Bartram-Haugh, y ambas nos resignamos.

Recuerdo que a la mañana siguiente, mientras, muy tarde ya, estábamos tomando el desayuno, lady Knollys, que leía una carta, de pronto lanzó una exclamación y una risita; durante unos minutos siguió leyendo con redoblado interés y, a continuación, con otra risita, levantó la vista y colocó su mano, en la que sostenía la carta abierta, al lado de la taza de té.

—¿A que no adivinas acerca de quién he estado leyendo? —dijo, con la cabeza muy derecha y una sonrisa socarrona.

Sentí que me ruborizaba... mejillas, frente, incluso hasta la punta de los dedos. Anticipaba el nombre que iba a oír. Mi prima parecía muy divertida. ¿Era posible que

el capitán Oakley estuviese casado?

—La verdad es que no tengo la menor idea —respondí con esa especie de indiferencia exagerada que nos traiciona.

—No, ya veo que no la tienes, eso está clarísimo; pero no te puedes imaginar lo bien que te ruborizas —contestó jocosamente.

—Me da igual, de veras —repliqué con un poquitín de dignidad, al tiempo que me ruborizaba más y más a fondo.

—¿No quieres adivinarlo? —preguntó.

—Soy incapaz.

—Y bien, ¿te lo digo?

—Como quieras.

—Bien, pues lo haré..., esto es, te leeré una página de la carta, que lo dice todo. ¿Conoces a Georgina Fanshaw? —preguntó.

—¿Lady Georgina? No.

—Bueno, no importa; ahora está en París y esta carta es de ella, y dice... déjame ver dónde... «¿Qué crees que pasó ayer?... ¡Toda una aparición!... Escucha: mi hermano Craven insistió mucho ayer en que le acompañara a la tienda Le Bas, en esa callecita extraña cerca del Grève; es una tienda maravillosa de cosas raras. Se me ha olvidado el nombre que le dan por aquí. Cuando entramos estaba casi desierta, y había tantísimas cosas curiosas por todas partes que, mirándolas, durante uno o dos minutos no me fijé en una mujer alta, con un vestido de seda negra y un abrigo de terciopelo negro, además de un sombrero muy lindo, a la última moda parisina. Por cierto que te quedarás encantada con lo último que se lleva..., hace tan sólo tres semanas que lo han sacado, y es indescriptiblemente elegante, o por lo menos eso es lo que yo pienso. Estoy segura de que lo tendrán ya en Molnitz, así que no necesito decirte nada más. Y ya que estoy con el tema de la ropa, he conseguido tu encaje, y creo que serás muy ingrata si no te deja fascinada». Bueno, no hace falta que te lea todas estas cosas..., aquí está el resto —y leyó—. «Pero te preguntarás por mi misteriosa *dame* con su sombrero a la última y su abrigo de terciopelo; estaba sentada en una silla al pie del mostrador, no comprando sino, evidentemente, vendiendo una cierta cantidad de piedras y alhajas que llevaba en una caja de cartón, y el hombre las cogía una a una, supongo que para valorarlas. Estaba yo a punto de ver una crucecita de perlas que era una monada, que tenía por lo menos media docena de perlas auténticas, y había empezado a codiciarlas para mi colección, cuando la dama me echó una mirada por encima del hombro, y me conoció, nos conocíamos, de hecho, ¿sabes quién era? Bueno..., no lo adivinarías ni en una semana, y no puedo esperar tanto, así que te lo diré enseguida..., era esa horrible y vieja *mademoiselle* Blassemare a la que me señalaste en Elverston, y cuya cara no se me ha borrado de la memoria desde entonces, ni la mía, a lo que parece, de la de ella, pues se dio la vuelta rápidamente y cuando quise volver a verla se había bajado ya el velo». ¿No me dijiste, Maud, que habías perdido tu cruz de perlas mientras estuvo aquella horrible

madame de la Rougierre?

—Sí, pero...

—Ya sé lo que ibas a decir, que qué tiene que ver con madame de Blassemare... Pues que son la misma persona.

—Ya caigo —contesté con esa oscura sensación de peligro y desaliento con la que se oye de pronto hablar de un enemigo al que desde hacía algún tiempo se había perdido de vista.

—Pienso escribir a Georgie y decirle que compre esa cruz. Apuesto mi vida a que es la tuya —dijo lady Knollys con firmeza.

De hecho, la servidumbre no ocultaba su opinión acerca de madame de la Rougierre, imputándole abiertamente una larga lista de hurtos. Incluso Anne Wixted, que había gozado de sus favores mientras la institutriz estuvo aquí, aludió en privado a que le había canjeado a un buhonero gitano una pieza de encaje que me pertenecía, y que había echado en falta, por unos guantes franceses y popelina irlandesa.

—Y como sea la tuya, y seguro que lo es, haré que la persiga la policía.

—Pero no has de hacerme comparecer ante los tribunales —dije yo, medio divertida y medio alarmada.

—No hace falta, querida mía; Mary Quince y la señora Rusk pueden probarlo perfectamente.

—¿Y por qué te es tan antipática? —pregunté.

La prima Mónica se recostó en la butaca y, levantando la vista, se puso a buscar la razón escudriñando la cornisa de esquina a esquina, y al final, divertida de sí misma, lanzó una risita.

—Bueno, en realidad no es fácil de definir, y acaso no sea caritativo del todo; lo que sé es que la odio, y sé que tú, hipocritilla, la odias tanto como yo —y las dos nos echamos a reír un poco.

—Pero tienes que contarme todo lo que sepas de su historia.

—¿Su historia? —repitió como un eco—. En el fondo no sé prácticamente nada sobre ella; sólo que solía verla a veces en ese sitio que menciona Georgina y que se decían algunas cosas desagradables acerca de ella; claro que puede ser mentira, ya sabes. Lo peor que sé acerca de ella es el trato que te dio, y el hecho de que robara el *sècretaire* —(la prima Mónica decía siempre que lo había «robado»)— y a mi parecer eso es bastante para que la ahorquen. ¿Qué te parece si nos damos un paseo?

Nos fuimos juntas, así pues, y yo reanudé la conversación a propósito de madame, pero no pude sonsacarle nada más... Quizá no había mucho más que oír.

CAPÍTULO XXX

EN CAMINO

TODO en Knowl daba señales de la ruptura que estaba a punto de producirse. Llegó el doctor Bryerly, de acuerdo con su promesa. Se pasó todo el tiempo en un torbellino de ajeteo. El señor Danvers y él mantuvieron consultas acerca de la administración de la propiedad. Se acordó que fueran alquilados los terrenos y los jardines, pero no la casa, de la que cuidaría la señora Rusk. El guardabosque permanecería en el cargo, así como algunos criados no domésticos, pero los demás se marcharían, excepto Mary Quince, que me acompañaría a Bartram-Haugh a mi servicio como doncella.

—No te deshagas de Mary Quince —dijo lady Knollys perentoriamente—. Querrán que no la tengas contigo, pero tú no lo consientas.

Mi prima insistió machaconamente sobre este punto, sobre el que volvía media docenas de veces al día.

—Mira, te dirán que no reúne condiciones para ser doncella de una dama, y desde luego que no las reúne, aunque valiente cosa lo que eso importa en semejante erial como es Bartram-Haugh; pero Mary te tiene apego y es honrada y digna de confianza, y estas cualidades son valiosas en todas partes, especialmente en la soledad. No permitas que en su lugar te pongan a una joven y perversa sombrerera francesa.

En ocasiones decía cosas que me ponían los nervios de punta y me dejaban una vaga sensación de peligro, como por ejemplo:

—Sé que te tiene lealtad y que es buena chica, pero ¿es lo bastante lista?

O, con aire de zozobra:

—Espero que Mary Quince no se asuste fácilmente.

O, de pronto:

—¿Mary Quince sabe escribir, en caso de que estuvieras enferma?

O,

—¿Es capaz de tomar un recado con exactitud?

O,

—¿Es persona resuelta y con recursos y sangre fría en caso de emergencia?

No es que tales preguntas se sucedieran en una retahíla como la que aquí expongo, sino que lo hacían a largos intervalos y eran seguidas rápidamente por charlas de tipo corriente; pero por lo general se le escapaban a mi compañera tras

momentos de silencio y sombría reflexión; y pese a que no podía sonsacarle nada más preciso que estas preguntas, las mismas, sin embargo, se me antojaban señalar hacia algún posible peligro contemplado en las lúgubres rumias de mi bondadosa prima.

Otro de los temas que en buena medida tenían ocupada la mente de mi prima era, obviamente, el hurto de mi cruz de perlas. Tomó nota de la descripción facilitada por la memoria, respectivamente, de Mary Quince, la señora Rusk y yo misma. Me había imaginado que su pequeña visión de la policía obedecía tan sólo a un impulso momentáneo, pero realmente, a juzgar por el metódico interrogatorio al que nos sometió a nosotras, cabría pensar que se lo había tomado completamente en serio.

Tras enterarse de que mi marcha de Knowl iba a producirse muy pronto, mi prima decidió no dejarme hasta el día de mi viaje a Bartram-Haugh, y a medida que pasaban los días y se acercaba la hora de la despedida, se volvía cada vez más tierna y cariñosa. Aquel intervalo fue para mí un tiempo enfebrecido y triste.

Aunque estaba en la casa, veíamos poquísimos al doctor Bryerly, salvo durante una hora más o menos, para tomar el té. Desayunaba muy temprano y almorzaba a solas a horas inciertas, según se lo permitían sus quehaceres.

A la segunda tarde tras la llegada del doctor Bryerly, la prima Mónica aprovechó para introducir el tema de la visita que aquél había hecho a Bartram-Haugh.

—Le vio usted, claro —dijo lady Knollys.

—Sí, me vio; no se encontraba bien. Cuando supo quién era yo, me pidió que pasara a su habitación, donde estaba sentado en zapatillas y con una bata de seda.

—Hablaron del asunto principalmente —dijo la prima Mónica con laconismo.

—La cosa se despachó en muy pocas palabras, pues se hallaba totalmente decidido, y su rechazo lo basó en razones difíciles de rebatir. Pero, difíciles o no, mire usted, lo que hizo fue dar a entender que no quería oír hablar más del asunto... así que éste quedó concluido.

—Bien; ¿y qué clase de religión tiene ahora? —preguntó mi prima irreverentemente.

—Mantuvimos alguna que otra conversación interesante sobre el particular. Se inclina mucho hacia lo que nosotros llamamos la doctrina de los correspondientes. Ha ahondado bastante en la lectura de los escritos de Swedenborg y parecía ansioso por discutir algunos de sus puntos con alguien que se confiesa su secuaz. A decir verdad, no me esperaba hallarle tan enterado y profundamente interesado en el tema.

—¿Se mostró enfadado cuando se le propuso que se inhibiese de la tutela?

—En absoluto. Al contrario, dijo que ésa misma había sido su primera intención. Sus años, sus costumbres y, en parte, lo inadecuado de la situación, lo muy alejado que Bartram-Haugh se encontraba de los buenos profesores, y todas esas cosas le habían hecho tomar conciencia y decidirse casi en contra de la aceptación del cargo. Pero luego vinieron los puntos de vista que expuse en mi carta, los cuales predominaron en él; y nada podría hacerlos tambalear, dijo, ni inducirle a reconsiderar la cuestión en su propia mente.

Durante todo el tiempo que el doctor Bryerly estuvo narrando su entrevista con el cabeza de familia en Bartram-Haugh, mi prima comentaba el relato con una variada serie de «¡pss!» y sonrisitas sarcásticas que, me parecía a mí, mostraban más fastidio que menosprecio.

Me alegré de oír todo lo relatado por el doctor Bryerly. Me dio una especie de confianza y me hizo experimentar una momentánea reacción. Después de todo, ¿podía Bartram-Haugh ser más solitario de lo que para mí lo había sido Knowl? ¿No tenía yo asegurada la compañía de mi prima Millicent, que era aproximadamente de mi edad? ¿No había bastantes posibilidades de que mi estancia en Derbyshire se convirtiera, para el resto de mi vida, en un recuerdo feliz aunque muy sosegado? ¿Qué tiempo o qué lugar habría de ser feliz si nos entregábamos a imaginaciones lúgubres?

Finalmente me llegó la convocatoria de mi tío Silas. Las horas en Knowl estaban contadas.

La tarde anterior a mi marcha me planté ante el retrato de cuerpo entero de mi tío Silas y lo estuve estudiando cuidadosamente por última vez, durante muchos minutos, con profundo interés; pero, no obstante, con resultados más vagos que nunca.

Con un hermano tan generoso y tan rico, siempre dispuesto a ayudarle a salir adelante; con su talento, con su esbelta y vistosa belleza, cuya sombra se cernía sobre aquel lienzo... ¿Qué no podría haber sido capaz de realizar aquel hombre? ¿A quién no habría podido cautivar? Y sin embargo, ¿quién y qué era? Un viejo pobre al que todos esquivaban, el cual ocupaba una casa solitaria y una finca que no le pertenecían, que había hecho un matrimonio degradante y al que quedaban unos pocos años de vida solitaria y bajo sospecha para, al final —siendo ello lo mejor que pudiera tocarle en suerte—, caer en un rápido olvido.

Me quedé contemplando el cuadro a fin de fijarlo bien y vívidamente en mi memoria. Acaso rastreara algunos de sus perfiles y matices en el original viviente, que iba a ver al día siguiente por primera vez en mi vida.

Y llegó la mañana..., mi último día en Knowl por mucho tiempo..., un día de despedidas, novedades y pesares. A la puerta estaba el coche de viaje y los caballos de posta. El coche de la prima Mónica acababa de llevarla a la estación de ferrocarril. Nos habíamos abrazado llorando y todavía tenía ante mis ojos su bondadoso semblante y sus palabras de consuelo y promesa en mis oídos. En el aire se sentía aún el frío matutino y la escarcha relucía todavía en los cristales de las ventanas. Habíamos desayunado rápidamente, consistiendo mi colación tan sólo en una taza de té. ¡Qué extraño era el aspecto de la casa! Deshabitada, con las alfombras quitadas, la mayoría de las puertas cerradas con llave y la ausencia de todos los sirvientes, salvo la señora Rusk y Branston. La puerta del salón estaba abierta y una mujer se hallaba fregando el desnudo suelo. Estaba echando mis últimas miradas —¿quién sabe por cuánto tiempo?— a la vieja casa, y me demoré. El equipaje estaba ya cargado en su totalidad. La hice meterse a Mary Quince en el coche primero, pues toda dilación era

preciosa; pero finalmente llegó el momento. Abracé y besé a la señora Rusk en el recibidor.

—Que Dios la bendiga, señorita Maud, cariño. No debe ponerse nerviosa; tenga en cuenta que el tiempo pasará pronto..., en un abrir y cerrar de ojos; y volverá usted, ¿quién sabe?, con un caballero joven y estupendo..., tan grande como el duque de Wellington, que será su marido; y yo cuidaré de todo lo mejor que pueda, de los pájaros y los perros, hasta que regrese; además iré a verla, a usted y a Mary, si me lo permite, a Derbyshire —y cosas por el estilo.

Subí al coche, me despedí de Branston, que cerró la portezuela, y besé las manos de la señora Rusk, que sonreía y se secaba los ojos y me hacía una reverencia en los escalones de la puerta de entrada. Los perros, que habían empezado a seguir alegremente el carruaje, fueron llamados por Branston y conducidos dentro de la casa, anhelantes y sin saber a qué atenerse, mirando hacia atrás con las orejas erguidas de un modo peregrino y el rabo entre las piernas. Mi corazón les agradeció su cariño y me sentí como una extraña y muy desolada.

La mañana era clara y esplendorosa. Se había decidido que no valía la pena tomarse la molestia de trasladarse del coche al ferrocarril por sólo veinticinco millas, de modo que el viaje entero, de sesenta millas, se haría por la carretera de postas..., la manera más agradable de viajar, si la mente se hallara desocupada. A través de la ventanilla del tren pueden contemplarse muy bien los perfiles más grandiosos y distantes del paisaje, pero lo que nos interesa e instruye son los primeros planos, como una placentera historia de murmuraciones; y eso es precisamente lo que disfrutábamos antaño desde la ventanilla del coche de posta. Era más que viajar como un pelotón de avanzadilla. Todo pasaba en procesión silenciosa y vivida, todo dentro de su propio escenario: un poco de cada condición de vida..., lujo y miseria..., alegría y desánimo; toda suerte de atuendos, libreas, harapos, cintas y adornos de sombrerería; caras rollizas, arrugadas, amables, malvadas; el interés y la sugestión no tenían fin. Las doradas gavillas de cereales..., los viejos huertos sombríos bajo la arboleda y las calles principales de antiguas ciudades. Pocos sueños eran tan esplendentes, pocos libros tan placenteros.

Bordeamos el sombrío bosque —siempre me parecía oscuro—, donde se alza el mausoleo en el que yacían ahora mis queridos padres. Fijé la mirada en sus umbrosas masas, no con un sentimiento reblandecido, sino con una peculiar sensación de dolor, y cuando lo hubimos dejado atrás por completo me sentí contenta.

No había derramado ni una sola lágrima durante toda la mañana. La buena de Mary Quince lloró al abandonar Knowl; los ojos de lady Knollys no estaban secos cuando me besó, me bendijo y me prometió una pronta visita; y el oscuro, delgado y enérgico rostro del guardabosque estaba trémulo, y sus mejillas húmedas, mientras el coche me alejaba de allí. Sin embargo yo, cuya aflicción era la más amarga, no derramé lágrima alguna en ningún momento. Me limité a posar la mirada de uno a otro objeto familiar, pálida, excitada, sin comprender del todo mi marcha y

asombrada ante mi propia compostura.

Pero cuando llegamos al viejo puente, con sus altas mimbreras junto al estribo, y me volví a mirar el pobre Knowl —¡los lugares que amamos y nos abandonan se nos aparecen tan mágicos y tristes en la nitidez de la lejanía, y aquélla era la más hermosa vista que fuera dado imaginar de una vieja casa con aleros, ondulantes prados y nobles arboledas que reposaban en solemnes grupos!—, mis ojos se llenaron de aquella visión que se alejaba y, por fin, las lágrimas llegaron y así estuve, llorando en silencio, hasta mucho después de que el hermoso cuadro se hubiera perdido de vista tras las tierras altas en las que ya nos adentrábamos.

Me sentí aliviada y, cuando hubimos realizado nuestro primer cambio de caballos y penetrado en una comarca que me era desconocida, el nuevo paisaje y la sensación de avance surtieron sus acostumbrados efectos en una joven viajera que había vivido una existencia particularmente recluida, de modo que, en conjunto, comencé a experimentar una excitación no del todo desagradable.

Mary Quince y yo, con el optimismo del viajero inexperto, nos pusimos ya a especular sobre nuestra proximidad a Bartram-Haugh, lo que nos hizo llevarnos una penosa decepción cuando el inclasificable cochero —más parecido a un mozo de establo que a un criado, el cual iba sentado en la parte trasera al cuidado del equipaje y encarnaba los especiales desvelos de mi tutor— nos hizo saber, faltando poco para la una, que todavía nos quedaban cuarenta millas por delante, considerable parte de las cuales era a través de las altas montañas a Derbyshire, antes de llegar a Bartram-Haugh.

El hecho era que habíamos viajado a un paso más acorde con la comodidad de los caballos que con nuestra impaciencia; y hallando, en la pequeña y encantadora venta donde habíamos hecho alto, que debíamos esperar hasta que arreglaran uno o dos clavos sueltos en la pezuña de uno de los caballos de nuestro relevo, deliberamos y, puesto que ambas teníamos hambre, acordamos engañar el rato con un temprano almuerzo, del cual disfrutamos, muy comunicativas, en un extraño saloncito con una ventana ojival que, con un pequeño jardín delante, dominaba un precioso paisaje.

Para entonces, la buena de Mary Quince, al igual que yo, había secado ya sus lágrimas, y ambas estábamos enormemente interesadas —yo, además un poco nerviosa— por nuestra llegada y recibimiento en Bartram. Ni que decir tiene que perdimos algún tiempo en aquel agradable saloncito antes de vernos en camino de nuevo.

La parte más lenta de nuestro viaje la constituía el largo ascenso por la carretera de montaña, la cual se elevaba en zigzag, como los marineros avanzan haciendo virajes ante un viento de proa. He olvidado el nombre del lindo grupito de casas —no llegaba a ser una aldea— sepultadas entre los árboles, donde conseguimos nuestros cuatro caballos y dos postillones, pues la tarea era ardua. Tan sólo puedo designarlo como el lugar donde Mary Quince y yo tomamos el té muy confortablemente y compramos un poco de pan de jengibre, muy curioso de contemplar, pero

absolutamente incomedible.

La mayor parte del ascenso, ya faltando poco para la cima de la montaña, se realizó al paso, y en algunos puntos especialmente empinados hubimos de apearnos y caminar. Pero para mí aquello fue delicioso. Nunca hasta entonces había subido a una montaña, y los helechos y los brezos, el aire puro y revuelto y, sobre todo, el magnífico panorama de la rica comarca que íbamos dejando atrás esplendorosa ahora y cubierta por una bruma teñida con los tintes del crepúsculo, que se extendía en suaves ondulaciones muy por debajo de nosotras, me fascinaban.

Acabábamos de alcanzar la cumbre cuando el sol se puso. Las tierras bajas al otro lado yacían en una fría sombra gris, y le dije al hombre que iba sentado en la trasera que me indicara lo mejor que pudiese el emplazamiento de Bartram-Haugh. Mas para entonces la bruma se estaba acumulando por doquier. El membranoso disco de la luna, que habría de alumbrarnos en nuestro camino tan pronto como el crepúsculo se diluyera en la noche, se cernía en las etéreas alturas. Traté de ver la negra masa boscosa que el hombre describía, pero fue en vano, y para adquirir una clara idea del lugar y de su dueño no me quedaba sino aguardar la visión más próxima que una o dos horas más de viaje me proporcionarían.

Nos pusimos a descender rápidamente por la ladera de la montaña. El paisaje era más agreste y atrevido de lo que yo estaba acostumbrada a ver. La carretera bordeaba un gran páramo cubierto de brezo. Comenzó a brillar la argéntea luz de la luna y pasamos junto a un campamento gitano con fogatas y calderos colgados sobre ellas. Era el primero que veía. Dos o tres tiendas bajas, un par de viejucas, auténticas brujas, detrás de las cuales nos seguía con la mirada una graciosa muchachita, y, delante, perezosos y en pie, hombres con sombreros de formas raras, llamativos chalecos, pañuelos de brillante colorido anudados al cuello y polainas en las piernas. Todos ellos exhibían un furioso despliegue de chillones colores, y, al fondo, un grupo de alisos protegía con su sombra las tiendas, las fogatas y las figuras.

Abrí una ventanilla delantera del coche y dije a los postillones que se detuvieran. El palafrenero de atrás se acercó a la ventanilla.

—Ésos de ahí, ¿no son gitanos? —pregunté.

—Sí que lo son, señorita, ya lo creo que sí —contestó mirando de refilón con esa extraña sonrisa, medio desdeñosa, medio supersticiosa, con la que desde entonces he observado a menudo a los campesinos de Derbyshire ojear a aquellos rapaces e inquietantes vecinos.

CAPÍTULO XXXI

BARTRAM-HAUGH

DE pronto una muchacha alta y espigada, de pelo negro, ojos negros y, según me pareció, inexpresiva hermosura, surgió, sonriente, en la ventanilla mostrando sus bellas hileras de dientes nacarados y, con su peculiar acento, en el que había un cierto deje extranjero, me propuso, haciéndome muchas reverencias, echarle la buenaventura a la señora.

Jamás había yo visto hasta entonces esta tribu salvaje de la raza humana..., hijos del misterio y la libertad. ¡Qué vagabundería y qué belleza en aquella figura ante mis ojos! Miré la choza de aquellas gentes, pensé en la noche, me maravillé de su independencia y sentí mi inferioridad. No pude resistirme. La muchacha me presentó su fina mano oriental.

—Sí, escucharé mi buenaventura —dije instintivamente, devolviéndole la sonrisa a la sibila.

—Dame algo de dinero, Mary Quince. No, eso no —dije, rechazando la tacaña moneda de seis peniques que alargaba, pues había oído decir que las revelaciones de esta misteriosa cofradía eran proporcionalmente halagüeñas a la amabilidad de sus clientes, y estaba decidida a acercarme a Bartram provista de buenos augurios—. Esa moneda de cinco chelines —insistí; y la honrada Mary Quince, a regañadientes, me la entregó.

Entre reverencias y «gracias», sonriendo aún, aquella belleza felina cogió la moneda y se la guardó como si, habiéndola robado, la escondiera, y, todavía sonriente, se puso a escudriñar la palma de mi mano; para mi sorpresa, me dijo que había alguien que me gustaba mucho..., ¡casi temí que pronunciara el nombre del capitán Oakley! Me dijo también que ese alguien se haría riquísimo y que me casaría con él; y que en el porvenir y durante no poco espacio de tiempo, me trasladaría de un lado a otro. Que tenía algunos enemigos, los cuales se hallarían a veces tan próximos a mí que estarían en la misma habitación conmigo pero no serían capaces de hacerme daño. Que vería sangre derramada, aunque no sería la mía, y que al final sería muy feliz y me vería rodeada de esplendor, como la heroína de un cuento de hadas.

Esta extraña y joven charlatana, ¿vio acaso en mi semblante algún signo de amedrentamiento al hablar de mis enemigos, y dio por sentado que yo era una cobarde de cuya debilidad pudiera aprovecharse? Muy probablemente. Sea como

fuere, de algún lugar de su vestido la muchacha se desprendió un largo alfiler de bronce con un agallón redondo por cabeza y, sosteniendo la punta entre sus dedos y haciendo exhibición de su tesoro ante mis ojos, me dijo que me era preciso obtener un alfiler encantado como aquél y que a ella se lo había dado su madre, y acto seguido se adentró, locuaz, en la narración de una historia acerca de todos los poderes mágicos que le habían sido conferidos, diciéndome que no podía deshacerse de él, pero que su virtud consistía en que había que clavarlo en la manta y, mientras estuviera allí, ni rata, ni gato ni culebra —y aquí venían dos términos más del catálogo, pertenecientes, supongo, al dialecto gitano y cuyo significado, según explicó y hasta donde pude yo entender, era, el del primero, un espíritu maligno, y el del segundo «un degollador»— podrían acercarse ni hacer daño.

Me dio a entender que me era preciso hacerme con un talismán como aquél a tuertas o a derechas. Ella no tenía otro y nadie de su gente en el campamento había tenido nunca uno igual. ¡Me avergüenza confesar que le pagué una libra por aquel alfiler de bronce! La adquisición era, en parte, indicativa de mi temperamento, el cual jamás podía dejar pasar irrevocablemente una oportunidad sin luchar, temiendo siempre que «¡algún día me reprocharé el haberla dejado!», y, en parte también, un testimonio de las zozobras de aquella época de mi vida. En cualquier caso, mío era el alfiler y suya la libra, y me atrevo a decir que, de las dos, la más satisfecha era yo.

Allí se quedó, al borde de la carretera, sonriendo y haciendo reverencias, la primera hechicera que me había encontrado, mientras yo contemplaba aquel cuadro que se iba alejando, con sus zonas iluminadas por las fogatas, sus grupos en la sombra y carromatos tirados por burros, blancos esqueletos bajo el claro de luna, a medida que proseguíamos la marcha rápidamente en nuestro coche.

Los gitanos, supongo, se lanzarían entre sí miradas de sorna y se echarían a reír a carcajadas al enterarse de mi compra, mientras, sentados alrededor de la fogata, cenaban sus robadas gallinas y, con razón, se sentían orgullosos de pertenecer a una raza superior.

Mary Quince, escandalizada por mi prodigalidad, insinuó una reconvención.

—Me ha llegado al alma, señorita, ¡vaya si me ha llegado! ¡Menuda panda todos ellos, viejos y jóvenes, ladrones y vagabundos por igual! ¡Y con tanta gente por ahí que no tiene un mendrugo que llevarse a la boca!

—Calla, Mary, no importa. A todo el mundo le dicen la buenaventura alguna vez en su vida, y sin pagar no puedes lograr que sea buena. Creo, Mary, que ya debemos de estar cerca de Bartram.

La carretera discurría ahora por una empinada colina, paralela a la cual, a la otra orilla de un río sinuoso, se elevaban los umbríos riscos de las correspondientes tierras altas, cubiertas de bosques que ofrecían un aspecto borroso bajo las profundas sombras, en tanto la luna rielaba caprichosamente sobre la corriente en la hondonada.

—Parece un hermoso país —dije a Mary Quince, que estaba masticando un bocadillo en el rincón y que, al sentirse así convocada a dar su opinión, se ajustó el

bonete e hizo una inspección desde su ventanilla, la cual, sin embargo, no dominaba otra vista que la ladera de la colina, cubierta de brezo, que estábamos atravesando.

—Supongo que lo es, señorita; pero es muy montañoso, ¿no?

Y, tras decir esto, la buena de Mary se recostó de nuevo y siguió mordisqueando su bocadillo.

Estábamos descendiendo ya a muy buen paso. Sabía que nos acercábamos. Me erguí cuanto pude en el coche para mirar por encima de las cabezas de los postillones. Estaba ansiosa, pero también asustada, llena de zozobra a medida que se aproximaba la crisis de la llegada y el encuentro. Por fin, a partir del instante en que el estrecho valle por el que corríamos dio un súbito quiebro, se hizo visible una larga extensión de tierras comparativamente llanas, debajo de nosotras, salpicada, hasta donde me era posible distinguir, de masas boscosas irregularmente esparcidas.

Continuamos nuestro descenso, y entonces percibí un cambio. El gran muro de un parque, cubierto de hierba, por encima del cual descollaban árboles imponentes; pero aún proseguimos nuestro camino a un paso largo que casi parecía galope, viéndonos, a uno de los lados, flanqueadas por el viejo muro gris del parque, y al otro, por un harto pastoril seto de fresnos, distribuidos de forma irregular.

Finalmente los postillones comenzaron a tirar de las bridas y, la luz de la luna cayendo de plano sobre ellos, al tomar un suave recodo nos adentramos en un amplio semicírculo formado por una recesión de los muros del parque y nos detuvimos ante una verja de hierro, grandiosa y fantástica, y un par de altos machones acanalados, de piedra blanca, totalmente crecidos de hierba y cubiertos de hiedra, con grandes cornisas coronadas de escudos y soportes, los blasones de los Ruthyn lavados por las lluvias de Derbyshire a lo largo de muchas generaciones de Ruthyns, casi pulidos ya y con un aspecto blanqueado y fantasmal, cual centinelas gigantes, cada uno de ellos apretando la mano de su camarada a fin de cerrarnos el paso al castillo encantado..., y la florida tracería de la verja de hierro con el aspecto de pliegues de blancas túnicas colgando hasta el suelo desde sus brazos extendidos.

Uno de los postillones se apeó, abrió la gran verja empujándola y penetramos, entre filas sombrías de magníficos árboles, por una de esas anchurosas y rectas alamedas cuya amplitud se corresponde con la fachada de la casa. Esta última estaba construida con piedra blanca, parecida a la de Caen, que algunas zonas de Derbyshire producen en tanta abundancia.

Esto era, así pues, Bartram, y aquí estaba el tío Silas. Al acercarme me sentía casi sin aliento. La reluciente luna, lanzando su brillo de lleno sobre la blanca fachada de la vieja casa, revelaba no sólo el recargado estilo de su decoración, sus acanalados pilares y el portal, sus ricas y floridas molduras y el remate embalaustrado, sino también las manchas y el musgo que se extendían por la fachada. Dos árboles gigantescos, finalmente derribados como consecuencia de la reciente tormenta, yacían por tierra con las raíces al aire y su amarillo follaje temblando aún en las ramas que ya jamás habrían de volver a florecer, donde habían caído, a la derecha del

patio, el cual, lo mismo que la alameda, estaba tachonado de hierba y matojos de cizaña.

Todo esto daba a Bartram un desdichado carácter de desolación y decadencia, que contrastaba de modo casi pavoroso con la grandiosidad de sus proporciones y la riqueza de su arquitectura.

En un ventanal de la segunda fila había un resplandor rojizo, y me pareció ver a alguien asomarse fugazmente y desaparecer; en ese mismo instante se oyeron unos furiosos ladridos, y unos cuantos perros irrumpieron saltando en el patio por una puerta lateral a medio cerrar; y, en mitad de su estrépito, las recias voces del hombre en el asiento trasero, que había saltado al suelo para ahuyentarlos, y el restallar de los látigos de los postillones con los que atizaban a los perros, llegamos ante la señorial escalinata de aquella melancólica mansión.

En el preciso momento en que nuestro asistente tenía la mano puesta en la aldaba de la puerta, ésta se abrió y, a la no muy brillante luz de una bujía, vimos tres figuras: un viejecito zarrapastroso y muy encorvado, con una chalina blanca y ropas negras que parecían venirle demasiado anchas, como si hubiesen sido confeccionadas para otra persona, se apoyaba con una mano contra la puerta; una figura femenina, entrada en carnes pero muy linda, con unas sayas insólitamente cortas, piernas regordetas y bonitos tobillos, y calzando botas, estaba en el centro; y, tras ella, una criada desaliñada, como una vieja fregona.

No era, ciertamente, muy esplendorosa la bienvenida que nos tributaban los moradores de la casa. Nuestro asistente, que seguía gritándoles, de modo alternativo, al viejo de la puerta y a los perros, se puso a bajar deliberadamente del coche los baúles en medio de la barahúnda mientras el viejo hablaba y señalaba con un dedo tieso y trémulo, aunque no pude oír lo que decía.

¡Sería posible...! ¿Acaso aquel hombre de tan mísero aspecto sería el tío Silas?

La idea me dejó anonadada, pero casi inmediatamente me di cuenta de que su estatura era demasiado baja, sintiéndome aliviada y agradecida. El dedicar las primeras atenciones a los baúles y cajas, dejando a las viajeras encerradas todavía en el carruaje, del que en aquellos momentos se encontraban harto fatigadas, constituía, ciertamente, un extraño modo de proceder. Sin embargo no lamenté la demora, pues hallándome nerviosa a causa de las primeras impresiones y deseosa de diferir la mía, permanecía recostada tímidamente en el asiento, lanzando, sin ser vista, alguna que otra ojeada hacia el cuadro —la vela y el claro de luna— que se ofrecía ante mis ojos.

—¿Quiere decirme, sí o no, si mi prima está en el coche? —chilló la joven entrada en carnes al tiempo que estampaba una de sus recias botas negras contra el suelo, en un momentáneo silencio.

Sí, claro que estaba yo allí.

—¿Por qué demonios no la deja salir, eh, estúpido? ¡Vamos, Giblets, corre, que nunca haces nada sin que te empujen, y ábrele la portezuela a la prima Maud! ¡Bienvenida a Bartram!

Este saludo fue gritado en un tono pasmosamente alto, y repetido antes de que me diera tiempo de bajar la ventanilla y decir «gracias».

—Me habría gustado abrirtela yo misma, —¡eh, perro, sé bueno, no irás a morderle a mi prima!— (el paréntesis iba dirigido a un enorme mastín que se arrimó a ella, ya totalmente apaciguado), pero no me atreví a bajar los escalones porque el gobernador dice que no debo hacerlo.

Llegado este momento, la venerable persona que respondía al nombre de Giblets había abierto ya la portezuela del coche, y nuestro asistente de viaje, o mozo de equipajes —tenía más bien el aspecto de este último funcionario— había desplegado la escalerilla del carruaje, y, más trémula aún de lo que en días sucesivos me sintiera al ser presentada a mi soberano, descendí para ofrecerme a las saluciones y la inspección de la deslenguada señorita que aguardaba en lo alto de la escalinata para recibirme.

Me dio la bienvenida con un abrazo y un sonoro «besote», como llamó a su salutación, en cada mejilla, tirando de mí hacia el interior de la casa. Era evidente que se alegraba de verme.

—Seguro que estarás cansadita; ¿y quién es esa vieja? —me preguntó ansiosamente en un teatral cuchicheo al oído que me lo dejó insensible durante cinco minutos—. ¡Oh, oh, la doncella! ¡Pues menudo vejestorio de doncella... ja, ja! ¡Hay que ver lo majestuosa que está con su vestido de seda negra, su capa y su crespón, y yo con mi sarga y mi viejísimo coburgo^[28] para los domingos! ¡Es una vergüenza, qué diantre! Pero estarás cansada, ¡vaya si lo estarás! Se las trae el caminito de Knowl hasta aquí, según dicen. Me conozco un tramo, sólo hasta El Gato y el Violín, cerca de la carretera de Lunnon. Vamos arriba, ¿quieres? ¿Te gustaría entrar primero a ver al gobernador? Mi padre, ¿sabes?, está un poco tonto, sí que lo está en estos momentos.

Averigüé que la frase significaba sólo que se encontraba indispuerto físicamente.

—El viernes le dio un dolor, neuralgia..., algo así lo llama él, reúma es lo que tiene el viejo Giblets; y está en su habitación; o quizá prefieras ir primero a tu dormitorio, porque eso de viajar ensucia, según dicen.

Sí, prefería arreglarme primero. Mary Quince permanecía de pie a mis espaldas, y mientras mi locuaz pariente seguía hablando, cada una de nosotras tuvo oportunidad y tiempo sobrados para observar el aspecto de la otra; y no mostró escrúpulo alguno en dejarme percibir que no desaprovechaba la ocasión, pues se me quedó mirando fijamente a la cara, escudriñando, evidentemente, rasgo por rasgo, y palpó con todo detenimiento, entre el índice y el pulgar, la tela de mi capa y manoseó mi cadena y mis alhajas y, cogiéndome la mano como si fuera un guante, se puso a estudiar mis sortijas.

Me resulta imposible, desde luego, decir con exactitud qué impresión pude haberle hecho. Pero en mi prima Milly yo vi a una muchacha que parecía más joven de lo que era, llenita pero con un talle esbelto, con el pelo rubio, más rubio que el

mío, y ojos muy azules, bastante redondos; en conjunto muy agraciada. Tenía unos andares algo petulantes y raros, meneaba la cabeza con una sacudida y su semblante traslucía insolencia e imperiosidad, pero también resultaba bondadoso y honrado. Hablaba en tono más bien alto, con una voz bien timbrada y, cuando se terciaba, una risa sonora.

Si yo estaba rezagada respecto a la moda, ¿qué habría dicho de ella la prima Mónica? Iba ataviada, como ha quedado dicho, con un vestido negro de sarga de algodón, como muestra de su duelo; pero la falda era casi tan corta como la de las estampas de las fregonas bávaras. Llevaba medias de algodón blancas y un par de botas negras de cuero, con botones de cuero y, para tratarse de una dama, suelas prodigiosamente gruesas, las cuales me recordaban las de los braceros que tan a menudo había admirado en *Punch*. Debo añadir que las manos con las que se ayudaba en su escrutinio de mi vestido, aunque bonitas, estaban francamente tostadas por el sol.

—¿Y cómo se llama? —me preguntó, señalando con la cabeza hacia Mary Quince, quien la contemplaba con ojos desorbitados por el espanto, como pudiera hacerlo una solterona de tierra adentro al contemplar por vez primera una ballena.

Mary hizo una reverencia y yo contesté.

—Mary Quince —repitió mi prima—. Eres bienvenida, Quince. ¿Cómo la llamaré? Tengo un nombre para cada uno de ellos. El viejo Giles, ése de ahí, es Giblets^[29]. Al principio no le gustó, pero bien prontito que contesta ahora; y ésa, la vieja Lucy Wyat —dijo, indicando de nuevo con la cabeza—, es Lucía de L'Amour.

Una lectura ligeramente errónea de *Lammermoor*, pues mi prima a veces cometía errores y no estaba muy versada en ópera italiana.

—Ya sabes que es una obra de teatro; yo la llamo L'Amour para abreviar.

Se echó a reír de buena gana, y yo no pude evitar el unirme a su hilaridad. Haciéndome un guiño, llamó en voz alta: «¡L'Amour!». A lo que la viejuca, tocada con un gorro alto que le hacía parecerse a Madre Hubbard, respondió con una reverencia y un «sí, señorita».

—¿Están ya arriba todos los baúles y cajas?

Lo estaban.

—Bien, ahora iremos; ¿y qué te llamaré a ti, Quince? Déjame que lo piense.

—Lo que a la señorita le plazca —contestó Mary con dignidad, haciendo una seca reverencia.

—¡Bueno! Estás tan ronca como una rana, Quince. Por el momento te llamaremos Quinzy. No está mal. Vámonos, Quinzy.

Y mi prima Milly me cogió del brazo y me arrastró hacia delante; pero mientras subíamos me soltó y se echó hacia atrás para inspeccionar mi atuendo desde un nuevo punto de vista.

—¡Eh, prima! —exclamó, dando una palmada a mi vestido—. ¿Para qué quieres tanto engorro con ese polisón? ¡Chica, vas a dejártelo detrás al primer arbusto que

saltes!

Mi pasmo fue considerable, y a punto estuve también de echarme a reír, pues en su regordete semblante había una especie de importancia, así como un algo indescriptiblemente grotesco en el corte de sus prendas de vestir, que aumentaban la sensación de extranjería en su manera de hablar hasta extremos que me resulta absolutamente imposible describir.

¡Qué palaciega amplitud la de las escaleras por las que estábamos subiendo, con sus prodigiosas balaustradas de roble y cada enorme pilar en el rellano coronado por un escudo y soportes heráldicos tallados, mientras las paredes se hallaban recubiertas por floridos frisos de roble! No pude, sin embargo, formarme una idea de la casa, pues en el gobierno doméstico del tío Silas no entraba la provisión de luz para el recibidor y los corredores, de modo que dependíamos del resplandor de una sola vela; ya habría, empero, suficientes exploraciones de este tipo a la luz del día.

Avanzamos, así pues, hacia mi cuarto a lo largo de un oscuro entarimado de roble, y tuve la oportunidad de admirar a mi placer las señoriales proporciones del edificio. Dos grandes ventanas, con cortinas oscuras y deslustradas, eran como ventana y media de las de Knowl, y eso que Knowl, en su estilo, era una magnífica casa. Los marcos de las puertas, así como los de las ventanas, estaban ricamente tallados; la chimenea tenía el mismo estilo masivo, y la repisa sobresalía con una ingente cantidad de riquísimas molduras. En conjunto me quedé sorprendida. Jamás había dormido en un cuarto tan noble.

Debo confesar que el mobiliario no se hallaba en absoluto a la par con las pretensiones arquitectónicas de la estancia. Una cama francesa, una alfombra de menos de tres metros cuadrados, una mesita, dos sillas, un tocador... y ni un solo armario ni una sola cómoda. Los muebles, pintados de blanco y tirando a pequeños, se adaptaban particularmente mal a la escala y al estilo de aquel aposento, sólo uno de cuyos extremos se hallaba amueblado, y ello escasamente, dejando el resto de la habitación en la desnudez de una majestuosa desolación.

Mi prima Milly se marchó corriendo a informar al «gobernador», como llamaba al tío Silas, de cómo iban las cosas.

—¡Y bien, señorita Maud, la verdad es que no me habría esperado nunca ver semejante cosa! —exclamó la honrada Mary Quince—. ¿Ha visto usted alguna vez una señorita igual? ¡Tiene el mismo aire de familia que pueda tener yo! ¡Cielo santo! ¿Y cómo va vestida? ¡Vaya, vaya, vaya!

Y Mary, sacudiendo la cabeza con desolación, dio un chasquido con la lengua entre los dientes, y yo no pude evitar echarme a reír.

—¡Y estos mueblecitos de nada! ¡Vamos, que...! —y volvió a chasquear con la lengua.

Pero la prima Milly volvió a los pocos minutos y, con una especie de bárbara curiosidad, ayudó a deshacer el equipaje y a guardar los tesoros, sobre los cuales se aventuró a hacer toda una variada serie de comentarios admirativos, en los bargueños

que, como alacenas, ocupaban los recesos de las paredes, con grandes puertas de roble y las llaves en ellos.

Mientras procedía a arreglarme apresuradamente, mi prima me entretenía con algún que otro comentario de índole más estrictamente personal.

—Tienes el pelo un poquitín más oscuro que el mío..., pero no por eso es más bonito... ¿verdad? Dicen que el mío es del color apropiado. No sé..., ¿qué te parece a ti?

De buena gana concedí que tenía razón en ello.

—Ojalá mis manos fuesen tan blancas como las tuyas, eso sí... en eso me ganas; pero eso se consigue con guantes y nada más, y yo nunca he podido soportarlos. Pero me parece que lo intentaré..., ¡las tienes muy blancas, ya lo creo que sí! Me pregunto quién es más bonita, si tú o yo. No lo sé, de veras que no... ¿Qué piensas tú?

Ante semejante desafío no pude por menos de soltar una carcajada; mi prima se ruborizó un poco y, por primera vez, y por un momento, dio una leve sensación de timidez.

—Bueno, tú eres media pulgada más larga que yo, me parece... ¿no es así?

Yo era toda una pulgada más alta, así que no tuve dificultad alguna en dar por admitido lo que se me proponía.

—¡Pero eres guapa! ¿Verdad que sí, Quinzy? Sólo que la falda te llega casi hasta los talones... ya lo creo que sí.

Y pasó de mirar la mía a mirar la suya y, a fin de ayudarse a establecer una distancia comparativa, dio una patadita en el aire y levantó el talón de su bota de gañán.

—Quizá la mía es un poquitín demasiado corta —sugirió—. ¿Quién anda por ahí? ¡Oh, eres tú! —exclamó al ver aparecer en la puerta a Madre Hubbard—. Pasa, L'Amour..., ya sabes que tú eres siempre bienvenida.

Había venido a hacernos saber que el tío Silas se sentiría feliz de verme en cuanto estuviese preparada y que mi prima Millicent me conduciría hasta la habitación donde él me esperaba.

En un abrir y cerrar de ojos se desvanecieron todas las sensaciones cómicas despertadas por las excentricidades de mi singular prima, y me sentí atenazada por el temor. Estaba a punto de contemplar en carne y hueso —marchito, quebrantado, envejecido, pero no obstante el mismo— a aquel ser que había constituido la visión y el problema de tantos años de mi corta vida.

CAPÍTULO XXXII

EL TÍO SILAS

PENSÉ que también mi extraña prima se sentía atenazada por una especie de temor, aunque en diferente grado que yo, pues su rostro se ensombreció y se mantuvo en silencio mientras, la una al lado de la otra, caminábamos por el corredor, acompañadas por la viejuca portadora de la vela que nos iluminó hasta la puerta de aquella estancia que bien puedo llamar la sala de audiencias del tío Silas.

Al aproximarnos, Milly me susurró:

—Procura no hacer ruido; el gobernador tiene el oído tan fino como el de una comadreja, y nada le molesta más que el ruido.

Ella misma marchaba de puntillas, dando tumbos. Nos detuvimos ante una puerta aladaña a la cabecera de la gran escalinata, y L'Amour llamó tímidamente con sus reumáticos nudillos.

Desde dentro una voz clara y penetrante nos invitó a entrar. La vieja abrió la puerta y, un instante después, me hallaba en presencia del tío Silas.

Al fondo de una hermosa sala recubierta de frisos de madera, cerca del hogar, en el que ardía un fuego bajo, junto a una mesita sobre la que se alzaban cuatro candelabros de plata con sendas velas de cera, estaba sentado un viejo de singular aspecto.

Los oscuros frisos a su espalda, así como la vastedad de la habitación, en cuyas zonas más remotas la luz que caía con intensidad sobre su rostro y su figura se perdía sin apenas producir efecto alguno, lo exhibían con la fuerza y el extraño relieve de un retrato holandés de espléndida factura. Durante un rato no me fijé en nada, salvo en él.

Un rostro como de mármol, con una imponente mirada monumental y, para tratarse de un viejo, unos ojos extraños y de singular viveza, cuya singularidad llamaba cada vez más mi atención a medida que lo contemplaba, pues sus cejas las tenía aún negras, pese a que su cabello descendía desde sus sienes, casi hasta los hombros, en largos mechones de la más pura plata, y suaves como la seda.

Se levantó, alto y delgado, un poco cargado de hombros, vestido enteramente de negro, con una holgada casaca de terciopelo negro, más tirando a una bata que a una levita, de sueltas mangas que dejaban ver la nivea blancura de su camisa a cierta altura del brazo, y un par de gemelos, en aquel entonces ya por completo fuera de moda, cuyos diamantes lanzaban un brillo aristocrático.

Sé que por medio de la palabra no puedo hacer llegar una idea de esta aparición, diríase que dibujada en blanco y negro, venerable, exangüe, de fogosa mirada, con su singular aire de poderío y una expresión tan desconcertante... ¿de irrisión, de angustia, de paciencia?

Los indómitos ojos de este extraño viejo no se apartaron de mí mientras se levantaba; un rictus habitual, que bajo ciertas luces adoptaba el carácter de un ceño fruncido, no se relajó en tanto se aproximaba a mí con una sonrisa en sus finos labios. Dijo algo con su voz clara, suave pero fría, cuyo significado no pude captar por hallarme demasiado inmersa en la zozobra, y tomó mis manos entre las suyas con una gracia cortesana perteneciente a otra época, y, afectuosamente y mientras me hacía muchas preguntas que yo sólo a medias entendía, me condujo hasta una silla cercana a la suya.

—No hace falta que te presentes a mi hija; ella me ha ahorrado ya esa mortificación. La encontrarás, creo, de buen carácter y afectuosa; *au reste*, me temo que una muy rústica Miranda, y más idónea para la compañía de Calibán que para la de un achacoso Próspero. ¿No es así, Millicent?

El viejo hizo una sarcástica pausa, en espera de respuesta, con sus ojos severamente fijos en mi extraña prima, la cual se ruborizó y me echó una mirada incómoda, en busca de una pista.

—No sé quiénes podrán ser... ni el uno ni el otro.

—Muy bien, querida —replicó mi tío con una leve y burlona inclinación de cabeza—. Ya ves, mi querida Maud, qué shakespeariana tienes por prima. Es evidente, sin embargo, que ha trabado conocimiento con algunos de nuestros dramaturgos: ha estudiado el papel de la señorita Hoyden a la perfección.

No era, desde luego, una peculiaridad razonable de mi tío el resentir, con una buena dosis de retozona acrimonia, la carencia de educación de mi pobre prima, de la cual, si él no era responsable, ciertamente tampoco lo era ella.

—Ahí la tienes, pobrecilla, producto de la combinación de todas las desventajas de una falta de educación refinada, refinada compañía y, me temo, de refinados gustos por naturaleza; pero una estancia en una buena residencia conventual francesa hará milagros, cosa que espero arreglar a su debido tiempo. Mientras tanto nos gastamos bromas acerca de nuestras desgracias, y nos amamos, en ello confío, cordialmente.

Con una gélida sonrisa alargó su delgada y blanca mano hacia Milly, la cual dio un respingo y se la cogió con expresión de susto; y mi tío, sosteniendo de forma harto descuidada, según me pareció, la mano de su hija, repitió: «Sí, confío en ello, muy cordialmente», y, acto seguido, volviéndose de nuevo hacia mí, la puso sobre el brazo de su butaca y la soltó como pudiera hacerlo alguien que arroja por la ventanilla de un carruaje algo que ya no necesita.

Tras hacer esta apología de la pobre Milly, quien evidentemente se hallaba sumida en el desconcierto, mi tío, para alivio de mi prima y mío propio, pasó a hablar

de otros temas, expresando de vez en cuando sus temores de que me encontrase fatigada, así como su solícito interés por que tomase algo de cena o una taza de té; pero tales solicitudes parecían, de algún modo, escapársele de la memoria casi tan pronto como las pronunciaba, manteniendo la conversación, que pronto degeneró en un pormenorizado y para mí doloroso interrogatorio a propósito de la enfermedad de mi querido padre y sus síntomas, sobre los que no pude dar ninguna información, y de sus costumbres, sobre las que sí pude.

Quizá se imaginaba que pudiera existir alguna predisposición familiar hacia la enfermedad orgánica de la que murió su hermano, y sus preguntas iban dirigidas más bien a la prolongación de su propia vida que a un mejor entendimiento de la muerte de mi querido padre.

¡Qué pocas eran las cosas que le quedaban a este viejo susceptibles de hacerle deseable la vida, y sin embargo con cuánto ahínco, según llegué a saber más tarde, perseveraba en ella! ¿Acaso todos nosotros no hemos conocido personas para las cuales la vida no es ya que fuese indeseable, sino que era decididamente dolorosa — un simple rosario de tormentos corporales—, y no obstante se aferraban a ella con desesperada y lastimosa tenacidad? Las criaturas, viejas o jóvenes, todas son iguales.

Ved cómo un niño soñoliento procura diferir su inevitable ida a la cama. Los ojos de la criaturita parpadean, miran con fijeza, siendo necesario un constante zarandeo para impedir que, entre cabezada y cabezada, caiga en el letargo que la naturaleza anhela. Sus despertares le resultan dolorosos; está extenuado, se muestra quisquilloso y estúpido, y sin embargo implora una prórroga, desdeña el reposo y jura que no tiene sueño incluso en el momento en que su madre lo toma en sus brazos y se lo lleva, sumido en un dulce sopor, al cuarto de los niños. Así ocurre con nosotros, niños viejos, hijos de la tierra y del gran sueño de la muerte, y la naturaleza, nuestra bondadosa madre. Igual que a regañadientes nos separamos de la consciencia, pues ¡es tan interesante el cuadro incluso hasta el final! Infinitamente más vale el pájaro en mano, aun enfermo y desplumado, que los cien volando en toda la brillantez de su lozanía. Nos incorporamos, estúpidos, entre bostezos y parpadeos, la escena entera pasando ante nosotros, y las historias y la música perdiéndose en un susurro de aguas y vientos lejanos. Aún no ha llegado el momento; no estamos fatigados; nos encontramos bien para una hora más, y así, protestando contra el lecho, vacilamos y caemos en el letargo sin sueños que la naturaleza asigna a la fatiga y el hartazgo.

A continuación hizo un pequeño elogio de su hermano, lleno de cumplidos y, en cierto modo, de verdadera elocuencia. Mi tío poseía en alto grado esa facultad tan escasamente cultivada, pienso, por la actual generación, que es la de expresarse con perfecta precisión y fluidez. Había también en su conversación una buena dosis de citas ligeramente ilustrativas, salpicadas de flores francesas, lo que le daba un carácter a un tiempo elegante y artificial. Todo era fácil, ligero y agudo, y, al ser por entero nuevo para mí, ejercía sobre mí una prodigiosa fascinación.

Luego me dijo que Bartram era el templo de la libertad, que la salud de toda una

vida se basaba en unos años de juventud, aire y ejercicio, y que, si no la educación, los logros sí, al menos, serían producto de la salud. Por ello, y mientras permaneciera en Bartram, dispondría de mi tiempo a mi placer, y cuanto más a saco entrara en el jardín y más gitaneara en el bosque, tanto mejor.

Acto seguido me informó del miserable inválido que era y de cómo los médicos se injerían en sus frugales gustos. No se atrevía a tocar un vaso de cerveza y una chuleta de cordero... su almuerzo ideal. Le hacían beber vinos ligeros, que él detestaba, y vivir de esas abominaciones artificiales, el gusto por las cuales se desvanece con la juventud.

En la mesa lateral, dentro de su cubilete de plata, había una cuellilarga botella de vino del Rin, y a su lado una fina copa rosada, hacia las que mi tío, con aire malhumorado, alargó unos dedos temblorosos.

Pero a menos que se encontrase mejor muy pronto, tomaría en sus propias manos su caso y probaría la dieta hacia la que apuntaba la naturaleza.

Agitó sus dedos hacia sus armarios de libros y me dijo que éstos estaban por entero a mi disposición durante mi estancia. Pero tal promesa terminó, debo confesarlo, de forma decepcionante. Por último, observando que debía de estar cansada, se levantó, me besó con una ternura solemne y colocó su mano sobre lo que, según me di cuenta, era una gruesa Biblia con dos anchos marcadores de seda roja y dorada plegados en su interior: el uno, me cupo conjeturar, para indicar el lugar del Antiguo Testamento, y el otro para el del Nuevo. Estaba sobre la mesita que sostenía las velas de cera, junto con un frasco de *eau de cologne* bellamente tallado, su estuche de lapicero, de oro y pedrería, y su reloj repujado, cadena y sellos. No había, ciertamente, indicios de pobreza en la habitación del tío Silas, quien me dijo en tono imponente:

—Recuerda este libro; en él depositó tu padre su confianza, en él halló su recompensa y tan sólo en él alienta mi esperanza; consúltalo día y noche, mi bien amada sobrina, como un oráculo de vida.

A continuación puso su fina mano sobre mi cabeza, me bendijo y, acto seguido, me dio un beso en la frente.

—¡No...! —exclamó la vigorosa voz de mi prima Milly. Se me había olvidado por completo su presencia, y la miré con un pequeño sobresalto. Estaba sentada en una silla muy alta y anticuada; era evidente que había estado durmiendo; sus redondos ojos pestañeaban y nos contemplaban con vidriosa fijeza, y sus blancas piernas y botas de gañán bamboleaban en el aire.

—¿Tienes algo que comentar acerca de Noé? —le preguntó su padre con una cortés inclinación y un irónico interés.

—No... e —repitió con la misma embotada inflexión de voz—; ¿no he roncado, verdad?

El viejo sonrió y, vuelto hacia mí, se encogió levemente de hombros... Era una sonrisa asqueada.

—Buenos noches, mi querida Maud —y, volviéndose hacia su hija, con una suavidad curiosamente severa, dijo—: ¿No harías mejor en despertarte, querida mía, y ver si a tu prima le gustaría cenar algo?

Y con esto nos acompañó hasta la puerta, al otro lado de la cual encontramos a L'Amour esperándonos con la bujía.

—Le tengo un miedo espantoso al gobernador, ya lo creo que sí. ¿Estuve roncando ese rato?

—No, querida; al menos yo no lo oí —dijo, incapaz de reprimir una sonrisa.

—Pues si no lo hice, estuve en un tris de hacerlo —dijo ella, con aire meditabundo.

Hallamos a la pobre Mary Quince dando una cabezada junto al fuego; pero pronto tomamos el té y otras cosas buenas, de las que Milly hizo los honores con un apetito prodigioso.

—Lo del roncar me hizo tener remordimientos —dijo Milly, quien llegado este instante había recobrado ya su propio ser—. Cuando me pilla durmiendo una siestecita, rara es la vez que no me da un metido en la cabeza con el estuche del lapicero... ¡Y vaya si duele, chica!

Cuando comparaba esta asombrosa especie de joven dama con el viejo, refinado y elocuente caballero al que acababa de dejar, casi me volvía escéptica respecto a la posibilidad de que fuera su hija.

Andando el tiempo acabaría por enterarme, sin embargo, de lo poco que mi prima había conocido no diré ya el trato, sino tan siquiera la presencia de su padre. Y también de que entre sus compañeras domésticas no había ninguna con las más mínimas pretensiones de educación; de que correteaba por la finca sin ton ni son; de que jamás, excepto en la iglesia, llegó a ver a nadie del rango social al que ella pertenecía por nacimiento; y de que lo poco que sabía leer y escribir lo había aprendido, a ratos perdidos, de una persona a la que le importaban un comino sus modales y su decoro, y acaso disfrutaba con su carácter grotesco; y de que nadie, entre quienes se hallaban dispuestos a tomarse una mínima molestia por ella, era competente para hacerla una brizna más refinada de lo que yo la conocí. Así las cosas, no había ya motivo para sentir extrañeza. No sabemos lo poco que es heredable y lo mucho que es simple adiestramiento, hasta que no nos hallamos ante un espectáculo como el que ofrecía mi pobre prima Milly.

Cuando me acosté en la cama y pasé revista a la jornada, me pareció un mes entero de prodigios. El tío Silas no se apartaba de mi mente; su voz, tan cristalina para un viejo como él..., tan sobrenaturalmente suave; la dulzura y gentileza de sus modales; su aspecto risueño, doliente, espectral. Ya no era una sombra, ahora le había visto en carne y hueso. Pero, después de todo, ¿era más que una sombra para mí? Al cerrar los ojos seguía viéndolo ante mí, el luto nigromántico, de una palidez cenicienta que yo contemplaba con miedo y pena, un rostro tan deslumbrantemente pálido, y aquellos ojos hundidos, fieros y terribles. A veces parecía como si se abriese

la cortina y hubiese visto a un fantasma.

Le había visto, pero seguía siendo un enigma y un portento. El semblante vivo no explicaba el pasado, como tampoco el retrato presagiaba el futuro. Era aún un misterio y una visión. Pensando en estas cosas me dormí.

Mary Quince, que dormía en la sala del tocador, cuya puerta estaba próxima a mi cama y permanecía abierta para resguardarme de los fantasmas, me llamó para que me levantara, y en cuanto supe dónde estaba salté de la cama y me puse a mirar con ansia por la ventana, desde la cual se veía la alameda y el patio. Nos hallábamos, sin embargo, a muchas ventanas de distancia de la que daba sobre la puerta de entrada a la casa, e inmediatamente debajo de nosotras yacían los dos gigantescos tilos, postrados y con las raíces al aire, que la noche anterior observara al llegar en el coche.

A la luz brillante de la mañana vi con más claridad los signos de desidia, de ruina incluso, que me habían llamado la atención al llegar. El patio estaba cubierto de matojos de hierba rara vez, de año en año, aplastada por las ruedas de un carruaje o las pisadas de unos visitantes. Este melancólico verdor se hacía más denso en las áreas más alejadas del centro, y bajo las ventanas y orillando los muros hacia el lado izquierdo, y se veía reforzado por un grueso soto de espinosas zarzas. La alameda estaba crecida de hierba por entero salvo en su mismísimo centro, donde un estrecho carril señalaba aún el sendero. La hermosa balaustrada del patio, con sus molduras talladas, se hallaba descolorida por los líquenes y, en dos sitios, desportillada y rota; y el aire de ruina se veía acrecentado por los árboles caídos, entre cuyas ramas y hojas amarillas brincaban los pajarillos.

Antes de que mi aseo hubiese concluido, mi prima Milly entró como una tromba. Ibamos a desayunar solas, «y tanto mejor», me dijo. A veces el gobernador le ordenaba que desayunase con él, y «jamás dejaba de burlarse de ella» hasta que le llegaba su periódico, y en ocasiones «le decía tales cosas, que la hacían llorar», y entonces él «se metía aún más con ella» y acababa echándola de la habitación; pero, dijera él lo que dijera, ella era un montón más simpática que él. «¿No era ella más simpática? ¿Verdad que sí? ¿Verdad que sí?». Sobre este punto se mostró tan insistente y perentoria que me vi obligada a contestar mediante una protesta contra el tener que conceder la palma de la elegancia al padre o a la hija, así como a declarar que a mí ella me resultaba simpatiquísima, cosa que atestigüé con un beso.

—Sé muy bien quién de los dos te parece más simpático, y no me equivoco, sólo que le tienes miedo; y anoche no tenía por qué haberse metido conmigo delante de ti. Ya sabía yo que iba a hacerlo, aunque no pude entenderle del todo; pero ¿verdad que se portó como un ruin cochino? ¿Verdad que sí?

La pregunta era aún más embarazosa, así que volví a darle un beso y le dije que en ausencia de mi tío no debía nunca hacerme decir nada que no pudiera decir en su presencia.

Ante esta mi perorata, se me quedó mirando con fijeza durante un rato, y a

continuación me regaló con una de sus cordiales carcajadas, tras lo cual pareció sentirse más feliz y, gradualmente, se le fue pasando el mal humor hacia su padre.

—A veces, cuando viene de visita el cura, me manda llamar arriba..., porque es más religioso que seis, vaya si lo es..., y se ponen a leer la Biblia y a rezar... ¡uf! ¿te crees que no? Tú también tendrás que hacerlo, chica, igualito que yo... ¡Y mira que no lo aborrezco! ¡Oh, no...!

Desayunamos en una salita, casi un gabinete, lejos del gran salón, el cual, a todas luces, se hallaba en desuso. Nada podía ser más acogedor que nuestro equipaje, ni más desaharrado que el mobiliario de aquella pequeña estancia. Pero no obstante, de algún modo, me gustaba. Era un cambio total; pero a veces, al principio, se experimenta un cierto gusto por «vivir mal».

CAPÍTULO XXXIII

EL BOSQUE DEL MOLINO DE VIENTO

No tuve tiempo de explorar aquella vieja y noble casa como mi curiosidad me urgía a hacerlo, pues Milly estaba tan alborotada en su empeño de que nos fuésemos a la «cañada de las moras», que apenas vi más de lo que estrictamente cabía ver en el escenario recorrido desde y hacia mi habitación.

Mi querido padre había impedido que la casa, de hecho, se convirtiera en una ruina, mediante el mantenimiento y la reparación del tejado, las ventanas, la mampostería y la carpintería. Pero sin que se llegue a indicios de verdadera ruina, hay, sin embargo, muchas manifestaciones de pobreza y desidia que impresionan con una sensación de desolación. Estaba claro que ni siquiera una décima parte de aquella enorme casa se hallaba habitada; largos corredores y galerías se extendían hasta perderse en el polvo y el silencio, siendo atravesados por otros cuyos oscuros arcos me inspiraban, desde lejos, una especie de horrible tristeza. Evidentemente se trataba de una de esas estructuras en las que fácilmente cabría perderse, y, con un terror placentero, me recordaba la deliciosa y vieja abadía circundada por sombríos bosques que sale en la novela de la señora Radcliffe, entre cuyas silenciosas escaleras, tenebrosos pasadizos y largas hileras de señoriales pero desiertos aposentos, la familia La Mote obtuvo lúgubre refugio.

Mi prima Milly y yo, sin embargo, estábamos empeñadas en dar un paseo al aire libre, así que Milly, a través de diversos pasadizos, me condujo hasta una puerta que nos hizo salir a una terraza cubierta de hierbajos, desde la que, por una amplia escalinata, descendimos a la explanada de abajo y continuamos caminando por la hierba corta, bajo los nobles árboles, Milly de un humor buenísimo, hablando sin parar, con su falda corta, botas de gañán y sombrero raído por la intemperie. En una de sus desenguantadas manos llevaba un bastón. Su conversación era completamente nueva para mí y se asemejaba mucho a lo que pudiera yo imaginar que fuesen los recuerdos vacacionales de un niño en edad escolar. Además, el lenguaje en el que se expresaba era, a veces, tan foráneo, que me veía impulsada a soltar una carcajada..., demostración que a ella, evidentemente, le disgustaba.

Su charla versaba sobre los grandes saltos que había dado..., sobre cómo había rociado a los chicos con bolas de nieve en invierno... y cómo le había adelantado patinando, dos veces el largo de su bastón, a «Bridgles el vaquero».

Con este tipo de conversación, y otras similares, me entretenía mi prima.

La finca estaba deliciosamente agreste y descuidada. Pero ahora nos adentramos por un vasto parque con hondonadas y altozanos de hermosa variedad, por cuyas laderas y llanadas se esparcían espléndidas arboledas, densas y añosas. Entre éstas desembocamos por fin en una pintoresca vaguada; las peñas grises asomaban por entre los helechos y flores silvestres, y las gradas de blando césped en sus laterales se veían oscurecidas por las sombras de los abedules de argénteos troncos, los bermejos espinos y los robles, bajo los cuales, en los vapores nocturnos, el Erl-King^[30] y su hija acaso se deslizaran cabalgando sus aéreos corceles.

En el regazo de esta grata cañada había las zarzamoras más estupendas, pienso, que jamás he visto, y que daban un fruto fabuloso; arrancando éste, y mientras charlábamos, proseguimos nuestro camino agradablemente.

Al principio mi mente se hallaba ocupada por los absurdos de Milly, a los que mis descripciones no son capaces de hacer justicia, por la sencilla razón de que la lejanía del tiempo ha hecho que muchos de sus detalles se hayan borrado de mi memoria. Pero sus comportamientos y su charla eran tan inenarrablemente grotescos, que una y otra vez me entraba una tiritera a fuer de reprimirme las ganas de reír.

Sin embargo, bajo aquel espectáculo burlesco subyacía un significado penoso e incluso melancólico.

Aquella criatura no más educada que una vaquerilla poseía, según fui descubriendo gradualmente, unas magníficas aptitudes naturales..., una voz muy dulce y un oído prodigiosamente fino, amén de un talento para el dibujo que ensombrecía por completo el mío. Era realmente asombroso.

A lo largo de toda su vida, la pobre Milly no había leído ni tres libros, y detestaba pensar en ellos. Uno de éstos, sobre el que mi prima, por mandato del gobernador, acostumbraba a lanzar bostezos y suspiros y tener fatigosamente ante los ojos durante una hora todos los domingos, era un grueso volumen de sermones pertenecientes a la primitiva escuela de Jorge III; y no es posible imaginar recopilación más árida. No creo que leyese nada más. Milly era, ello no obstante, diez veces más inteligente que la mitad de las señoritas versadas en la biblioteca circulante con las que es dado encontrarse. Aparte de todo esto, a mí me aguardaba una larga estancia en Bartram-Haugh, y Milly me había hablado, cosa que yo ya había oído mencionar antes, de la perenne soledad que allí reinaba, y me sentía ridículamente temerosa de asimilar el descabellado dialecto de mi prima y convertirme finalmente en algo parecido a ella. Me decidí, así pues, a hacer por ella cuanto estuviera en mi mano..., enseñarle todo cuanto yo supiese, si es que me lo permitía, y, poco a poco, si era posible, introducir algunos cambios civilizadores en su lenguaje y —como lo denominan en los pensionados— en su porte.

Pero ahora debo proseguir con el paseo que nos diéramos en aquel nuestro primer día por lo que llamaban Bartram Chase. Es imposible seguir comiendo moras indefinidamente, así que al cabo de un rato reanudamos nuestra caminata a lo largo de la bonita vaguada, la cual se ensanchaba gradualmente hasta convertirse en un

valle boscoso, a un nivel más bajo y circundado por altozanos irregulares que en algunos puntos, por así decirlo, retrocedían en imitación de bahías y ensenadas, y en otros sobresalían para formar collados que terminaban en arboledas.

Precisamente allí donde el hocino que habíamos estado atravesando se ensanchaba hasta desembocar en este extenso pero boscoso valle, el mismo estaba cruzado por una valla alta y tupida que, si bien daba muestras de ruina, era aún muy resistente.

En la valla había un portón de madera, toscamente construido, pero fuerte, y por el lado hacia el que nos aproximábamos estaba una muchacha reclinada, de pie, contra el poste y uno de sus brazos descansando en lo alto del portón.

La muchacha no era ni alta ni baja, aunque sí más alta de lo que parecía a lo lejos; su cintura no era delgada; el pelo lo tenía tan negro como el hollín, y la frente ancha, perpendicular pero baja; tenía un par de magníficos ojos, oscuros y lustrosos, y párese de contar sus rasgos agraciados..., a menos que se me permita contar entre los mismos sus dientes, que eran muy blancos y regulares. Su cara era más bien corta y morena como la de una gitana, amén de observadora y hosca. No se movió, limitándose a ojearnos con indiferencia, a medida que nos acercábamos, desde debajo de sus sombrías pestañas. Una figura en absoluto carente de pintoresquismo, con una parduzca saya de droguete rojo y una andrajosa chaqueta de paño color verde botella, con las mangas cortas, que mostraban sus brazos morenos hasta los codos.

—Ésa es la hija de Pegtop^[31] —dijo Milly.

—¿Quién es Pegtop? —pregunté.

—Es el molinero... mira, allá está —y mi prima señaló hacia un elemento muy bonito del paisaje, un molino que coronaba la cúspide de un altozano elevándose bruscamente por encima del nivel de los árboles, como una isla en el centro del valle.

—Hoy no marcha el molino, ¿eh, guapa? —vociferó Milly.

—No, guapa, no marcha —replicó la muchacha, ceñuda y sin moverse.

—¿Y qué ha pasado con el portillo? —inquirió Milly, estupefacta—. ¡Está arrancado de la valla!

—Así parece —contestó la ninfa de los bosques vestida de rojas sayas, dedicando a mi prima una mueca sonriente y perezosa, que dejó al descubierto sus magníficos dientes.

—¿Quién ha hecho eso? —preguntó Milly.

—Ni tú ni yo, chica —dijo la muchacha.

—¡El que lo ha hecho es el viejo Pegtop, tu padre! —exclamó Milly, cada vez más furiosa.

—¿Y qué si fue él? —replicó.

—Y el portón cerrado.

—Eso es, el portón cerrado —repitió la muchacha hoscamente, con una desafiante mirada de soslayo hacia Milly.

—¿Y dónde está Pegtop?

—Al otro lado, en alguna parte; ¿cómo voy a saber dónde está? —replicó.

—¿Quién tiene la llave?

—Aquí está, chica —respondió, golpeando con la mano en un bolsillo.

—¿Y cómo te atreves a tenernos aquí? ¡Ábrelo enseguida, pelandusca! —gritó Milly, dando una patada al suelo.

Su respuesta fue una hosca sonrisa.

—¡Abre el portón ahora mismo! —vociferó Milly.

—Pues no lo abro porque no me da la gana.

Me esperaba, ante un desafío tan directo, que Milly se pusiera frenética, pero, en lugar de ello, dio muestras de desconcierto y curiosidad..., la inesperada audacia de la muchacha le había dejado perpleja.

—Eres idiota, tardo en saltar la valla tanto como en mirarte a ti, pero no lo haré. ¿Qué bicho te ha picado? Óyeme bien, o abres el portón o te lo haré abrir.

—Anda, déjala en paz, querida —supliqué, temerosa de un mutuo asalto—. Tal vez le hayan ordenado que no lo abra. ¿Es así, buena muchacha?

—No eres la más boba de las dos, ya lo creo que no —observó en tono de encomio—. Diste en el clavo, chica.

—¿Y quién te lo ha mandado? —exclamó Milly.

—Padre.

—El viejo Pegtop. ¡La cosa tiene gracia...! ¡Nuestro sirviente no dejándonos pasar a nuestros propios terrenos!

—¡De sirviente tuyo nada!

—¿Qué quieres decir con eso, chica?

—Es el molinero del viejo Silas, y eso ¿qué tiene que ver contigo?

Con estas palabras, la muchacha dio un brinco sobre la aldaba del candado y saltó fácilmente por encima del portón.

—¿No puedes tú hacer eso, prima? —me susurró Milly, con un codazo de impaciencia—. ¡Quisiera que lo intentases!

—No, querida..., vámonos, Milly —y comencé a retirarme.

—¡Mira lo que te digo, chica, va a ser para ti un mal día de trabajo cuando se lo diga al gobernador! —dijo Milly, dirigiéndose a la muchacha, la cual estaba de pie al otro lado, sobre un tronco caído, mirándonos con hosca compostura.

—Voy a pasar, mal que te pese —exclamó Milly.

—¡Mientes! —contestó.

—¿Y por qué no, pelandusca? —preguntó mi prima, quien se mostró menos enfurecida de lo que yo me esperaba ante la afrenta.

Durante todo este tiempo yo no hacía otra cosa que instar, en vano, a Milly para que nos marcháramos.

—La chica esa no es ningún gato salvaje como tú... ése es el porqué —dijo la recia portera.

—Si paso, te voy a dar una —dijo Milly.

—Y yo a ti otra —contestó, sacudiendo la cabeza perversamente.

—Vámonos, Milly. Si no vienes, me voy yo —dije.

—Pero es que no debemos dejarnos vencer —susurró mi prima con vehemencia, cogiéndome del brazo—. ¡Vas a saltar la valla y a ver lo que le hago!

—No pienso saltar.

—Entonces echaré la puerta abajo, y pasarás —exclamó Milly, poniéndose a dar patadas con sus pesadas botas contra la fuerte empalizada.

—¡Marramiáu! ¡Marramiáu! ¡Marramiáu! —gritó la muchacha de las sayas rojas, con una sonrisa desdeñosa.

—¿Sabes tú quién es esta dama? —chilló Milly de pronto.

—Es más guapa que tú —respondió la «Guapa».

—Es mi prima Maud..., la señorita Ruthyn de Knowl..., y es mucho más rica que la Reina, y el gobernador la va a cuidar y va a hacer que el viejo Pegtop te haga entrar en razón.

La muchacha me echó una ojeada de hosca indiferencia, algo inquisitiva, según me pareció.

—¡Vaya que no lo va a hacer! —le amenazó Milly.

—¡Vamos, tienes que venir! —dije, tirando de ella.

—¿Y si entramos? —exclamó Milly, intentándolo por última vez.

—No vas a entrar ni esto —contestó ella con aspereza, pellizcando el índice contra el pulgar y midiendo una distancia infinitesimal, gesto que terminó con un retador chasquido de los dedos y una sonrisa que mostró sus magníficos dientes.

—Me están entrando ganas de pegarte una pedrada —gritó Milly.

—¡Vete por ahí! Y yo te la tiraré a ti. Andate con cuidado.

Y la «Guapa» cogió un guijarro redondo del tamaño de una bola de *cricket*.

Me resultó difícil llevarme de allí a Milly sin que se produjera un intercambio de proyectiles, y muy contrariada por mi falta de celo y agilidad.

—Bueno, vámonos, prima, conozco un camino fácil junto al río, cuando no viene crecido —contestó Milly—. Es una bruta..., ¿verdad que sí?

Mientras retrocedíamos vi a la muchacha encaminándose lentamente hacia la vetusta cabaña de tejado de paja, la cual mostraba su alero a un lado de una pequeña y escarpada eminencia, bajo las ramas extendidas de los árboles; y, en tanto seguía su camino, la muchacha bamboleaba y enroscaba alrededor de su dedo aquella llave por la que la batalla había estado en un tris de librarse.

El nivel del río era lo suficientemente bajo como para que nos resultara fácil bordear el final de la empalizada que corría en sus proximidades, y, por tanto, proseguimos nuestro camino, Milly recobró su ecuanimidad y nuestro paseo se hizo de nuevo muy agradable.

Nuestro sendero discurría a lo largo de la orilla del río, y, a medida que avanzábamos, los matorrales se vieron sustituidos por árboles más grandes, los cuales se hacían cada vez más numerosos, altos y próximos entre sí, hasta que finalmente el

paraje se convirtió en un profundo y solemne bosque, y un súbito quiebro en el río puso al descubierto las hermosas ruinas de un viejo puente empinado, a uno de cuyos extremos se veían los restos de una casamata de paso.

—¡Oh, Milly, querida! —exclamé—. ¡Qué bonito dibujo se podría hacer de esto! ¡Me gustaría tanto hacer un esbozo!

—Ya lo creo que sí. ¡Pues vamos, hazlo! Aquí hay una piedra pura y plana para sentarse, que pareces muy cansada. ¡Anda, hazlo, y yo me sentaré a tu lado!

—Sí, Milly, estoy un poco cansada y voy a sentarme; pero habremos de esperar a otro día para hacer el dibujo, pues no tenemos lápiz ni papel. Pero es demasiado bonito para que se pierda, así que mañana vendremos otra vez.

—¡Al cuerno mañana! ¡Lo harás hoy, que me maten si no lo haces! ¡Me muero por verte hacer un cuadro, y voy a buscar tus acertijos de tu cajón, pues tienes que hacerlo!

CAPÍTULO XXXIV

ZAMIEL

VANAS fueron mis protestas. Mi prima juró que cruzando sobre las pasaderas de piedra que había allí cerca podría llegar a la casa por un atajo y, en un cuarto de hora, estar de vuelta con mis lápices y cuadernos de láminas. Las peregrinas medias blancas y gañanescas botazas de Milly salieron, así pues, de estampida correteando y dando brincos por encima de las irregulares y precarias pasaderas, sobre las que yo no me atrevía a seguirla; me resigné, por tanto, a volver a la piedra tan «pura y plana» en la que me había sentado, disfrutando de la grandiosa soledad selvática, el oscuro trasfondo del paraje y el pasadizo gris del puente, tan alto y esbelto, sobre cuyas ruinas brillaba un rayo de sol, y los gigantescos árboles del bosque que dormitaban en torno, abriéndose aquí y allá en sombrías perspectivas y, por el lado frontal, rompiendo filas para formar solemnes grupos aislados. Era el decorado de un ensueño novelesco.

Habría sido el lugar adecuado para leer un volumen de folclore alemán, pues las cada vez más oscurecidas columnatas y silenciosos resquicios del bosque parecían rondados por las voces y las sombras de aquellos encantadores elfos y trasgos.

Me hallaba gozando de la soledad y de mis fantasías entre las bajas ramas de la foresta cuando, a mi derecha, oí un crujido y vi una figura ancha y achaparrada vestida con una casaca militar harapienta y llena de manchas, calzones holgados y una pata de palo con la que caminaba a trancas y barrancas. El hombre avanzaba con esfuerzo. Su rostro era recio, arrugado y curtido hasta alcanzar la pátina del roble viejo; sus ojos eran negros, redondos como cuentas y fieros, y unas greñas de pelo fuliginoso se escapaban por debajo de su vapuleado sombrero de fieltro casi hasta los hombros. Tal repulsiva persona venía hacia mí renqueante y dando bandazos, blandiendo de vez en cuando en el aire su bastón con malevolencia y zarandeando bruscamente su cabellera, como un toro bravo que se apresta a embestir.

Me puse en pie maquinalmente, con una sensación de miedo y sorpresa, casi creyendo vislumbrar en aquel viejo soldado pata de palo al demonio del bosque que rondaba a Der Freischütz^[32].

Se me acercó gritando:

—¡Eh, tú! ¿Cómo has llegado hasta aquí? ¿Me oyes?

Se me arrimó jadeante y, en sus prisas, arrastrando a veces con enojo su pata de palo, la cual se hundía de cuando en cuando más de lo conveniente en el césped. Este

esfuerzo contribuía a malhumorarlo, y cuando se paró ante mí con su cetrino semblante tiznado de humo y polvo, los ollares de su nariz chata y colgante se ensancharon, trémulos, por efecto de sus jadeos, como las agallas de un pez. Difícil habría sido imaginar un rostro más enfadado y feo.

—Venís cuando queréis, ¿no? Y hacéis lo que os da la gana, ¿verdad? Pero vamos a ver: ¿tú quién eres? ¿Me oyes? ¡Qué quién eres, digo! ¿Y qué diablos estás buscando por estos bosques? ¡Vamos, muévete!

Si su boca y sus grandes dientes manchados de tabaco, su ceño fruncido y el tono estridente de su vozarrona resultaban intimidatorios, también eran enormemente irritantes. De inmediato sentí que mi espíritu despertaba y recobraba el ánimo.

—Soy la señorita Ruthyn, de Knowl, y el señor Silas Ruthyn, su amo, es mi tío.

—¡Ajá! —exclamó con algo más de suavidad—, pues si Silas es tu tío, tú serás la que ha venido a vivir con él y que llegó anoche... ¿eh?

No le respondí, pero creo que mi semblante expresaba a un tiempo enfado y desdén.

—¿Y qué haces sola por aquí? ¿Milly no está contigo, ni nadie? Pero Maud o no Maud, yo no le dejo ni al mismísimo diablo poner el pie dentro de la empalizada sin que Silas me dijera que lo permitía. Puedes ir y decirle a Silas estas palabras de Dickon Hawkes, que yo las mantendré..., y es más, se lo diré yo mismo... ¡vaya si lo haré!; le diré que de nada sirve el que me esfuerce y bregue por estos andurriales día y noche y noche y día, vigilando que no se metan cazadores furtivos y ladrones y gitanos y afanadores de todo tipo, si no se guardan las reglas y la gente hace lo que le da la gana. ¡Maldita sea, muchacha, que has tenido suerte que no te pegara un ladrillazo nada más verte!

—Me quejaré a mi tío —contesté.

—Hazlo, pero mira que no vayas a verte tú en un aprieto, muchacha; no puedes decir que te echara los perros encima, ni que te llamara nada malo, ni que te tirara una pedrada... ¿verdad? ¿Estamos? ¿Dónde está la queja entonces?

Me limité a responder, bastante furiosa:

—Tenga la bondad de marcharse.

—Bueno, a eso no tengo nada que objetar, fíjate. Yo te creo lo que dices... que eres Maud Ruthyn..., puede que lo seas y puede que no. Yo eso no lo sé, pero te creo y lo único que quiero saber es si Meg te abrió el portón.

No le respondí, y, para mi gran alivio, vi a Milly que venía dando zancadas y saltitos sobre las desiguales pasaderas.

—Hola, Pegtop. ¿Qué andas buscando ahora? —exclamó al acercarse.

—Este hombre ha sido enormemente impertinente. ¿Lo conoces, Milly? —dije.

—¡Vaya si no! Es Pegtop Dickon. El viejo Hawkes, el que nunca se lavó. Voy a decirte una cosa, muchacho: que ya veremos lo que el gobernador opina de todo esto... Hablará contigo.

—Yo no he hecho ni dicho nada... nada más que lo que debía..., ésta es la

realidad, y ella no puede negarlo; no ha recibido de mí ni una palabra dura; y a mí no me importa ni la punta de ese cardo lo que diga nadie..., ¡me tiene sin cuidado! Pero a ti, Milly, voy a decirte una cosa: ya he parado en seco algunas de tus jugarretas, y seguiré haciéndolo. No vas a continuar tirándole piedras al ganado.

—Tú cuentas tus cuentos... a mí como si tal cosa —grito Milly—. Ojalá hubiera estado yo aquí cuando regañaste a mi prima. Si Winny estuviera aquí te cogería por la pata de palo y te tiraría de espaldas.

—¡Buena va a ser ésa si se parece a ti! —replicó el viejo con una feroz sonrisa de desprecio.

—Déjalo estar, y márchate —vociferó Milly—, que si no aún puede que llame a Winny para que te parta la pata de palo.

—¡Ajá! ¡Así que ésas tenemos! Es muy maja, ¿verdad que lo es? —respondió sardónicamente.

—¿No te gustó, verdad, la última Pascua, cuando Winny te la rompió de una patada?

—Fue un caballo que me dio una coz —gruñó, lanzándome una mirada.

—¡De eso nada...! Quien lo hizo fue Winny..., y éste se tuvo que pasar acostado una semana mientras el carpintero le hacía una nueva —y Milly se echó a reír de buena gana.

—Te equivocas si crees que voy a seguir perdiendo el tiempo con tus tonterías; pero ten ojo, pues hablaré con Silas.

Y, al marcharse, se llevó la mano a su arrugado sombrero y me dijo con hosca deferencia:

—Buenas tardes, señorita Ruthyn..., y tenga la bondad de recordar que mi intención no era ofenderla.

Y, dicho esto, se fue con paso fanfarrón, renqueando y dando tumbos por el césped, perdiéndose pronto en el bosque.

—Bien está que se haya asustado un poquito..., creo que jamás le he visto tan enfadado; está loco de remate.

—Quizá en el fondo no es consciente de lo grosero que es —sugerí.

—Le odio. Estábamos el doble de contentos con el pobre Tom Driver..., nunca se metía con nadie y siempre estaba borracho; lo llamábamos Ginebravieja. En cambio este bruto... yo es que le odio..., creo que es de Wigan, y siempre te está aguando la fiesta..., y a Meg la zurra..., Meg es la «Guapa», ¿sabes?, y para mí que si no fuera por él, no sería ni la mitad de mala. Escúchale silbar.

Oí unos silbidos entre los árboles, algo lejos.

—¡No estará llamando a los perros! Súbete aquí, haz lo que te digo.

Y trepamos por el oblicuo tronco de un gran nogal y forzamos los ojos hacia el lugar donde esperábamos el ataque de la perversa jauría de Pegtop.

Pero era una falsa alarma.

—Bueno, después de todo no le creo capaz de hacer semejante cosa...

difícilmente lo haría; ¡pero bruto sí que es, eso desde luego!

—Y esa chica morena que no nos quiso dejar pasar, es su hija, ¿verdad?

—Sí, ésa es Meg... la «Guapa», la bauticé yo, cuando a él le llamaba el «Bestia»; pero ahora le llamo Pegtop, y ella todavía es la «Guapa», y así es como están las cosas. Vamos, siéntate y haz el dibujo —añadió tan pronto como hubimos desmontado de nuestra posición de resguardo.

—Me temo que no estoy muy en vena. Creo que no sería capaz de trazar una sola línea recta. Me tiembla la mano.

—Ojalá puedas, Maud —dijo Milly con una mirada tan anhelante y cargada de súplica que, teniendo en cuenta la excursión que había hecho para ir a buscar mis lápices, no podía soportar desilusionarla.

—Bien, Milly, lo intentaremos, pero si fallamos, no podemos evitarlo. Siéntate a mi lado e intentaré decirte por qué empiezo por una parte y no por otra, y verás cómo hago los árboles y el río, y... sí, ese lápiz, es duro y viene bien para los trazos finos; pero tenemos que empezar por el principio y aprender a copiar dibujos, antes de intentarlo con vistas de verdad como ésta. Si tú quieres, Milly, estoy decidida a enseñarte todo cuanto sé, que, después de todo, no es mucho, y nos divertiremos haciendo bocetos de los mismos paisajes y comparándolos luego.

Y así, absolutamente encantada y deseosa de comenzar su curso de instrucción, Milly se sentó a mi lado extasiada y me abrazó y besó con tanta vehemencia que a punto estuvimos de salir despedidas de la piedra en la que estábamos sentadas y rodar por el suelo. Sus aspavientos de satisfacción y su buen carácter me ayudaron a reponerme, y, riéndonos de buena gana, inicié mi tarea.

—¡Cielos! ¿Quién es ése? —exclamé de pronto cuando, al alzar la vista del cuaderno de láminas, vislumbré la figura de un hombre delgado, vestido con el desaliñado atuendo matutino de un caballero, cruzando el ruinoso puente en nuestra dirección y caminando con considerable cautela sobre el precario suelo del pretil, único lugar que ofrecía un paso enterizo.

¡Aquél era un día de apariciones! Milly lo reconoció al instante. El caballero era el señor Carysbroke. Había alquilado La Granja sólo por un año. Vivía completamente solo y era muy bueno con los pobres, y era además el único caballero, desde hacía tantísimo tiempo, que iba de visita a Bartram y, cosa extraña, a ningún otro sitio. Pero le hacía falta permiso para atravesar las fincas, y, tras obtenerlo, repitió sus visitas, en parte, sin duda, inducido a ello por el hecho de que Bartram no podía vanagloriarse de su hospitalidad y, en consecuencia, no se corría riesgo alguno de encontrarse allá con la gente del condado.

Con un grueso bastón en la mano y una corta chaqueta de caza, amén de un sombrero de fieltro en mucho mejor estado que el de Zamiel, el caballero surgió de los matorrales que ocultaban el puente, a paso rápido pero tranquilo.

—Irás a ver al viejo Snoddles, imagino —dijo Milly, con aire un poco asustado y curioso; pues Milly, huelga decirlo, era una palurda, y ello le hacía quedarse pasmada

ante la buena crianza de aquel caballero, si bien ella poseía la bravura de un león y habría combatido a los filisteos con la quijada de un asno, fueren cuales fueren sus probabilidades de vencer.

—Igual no nos ve —musitó Milly en tono esperanzado.

Pero nos vio y, quitándose el sombrero, se detuvo con una sonrisa jovial que dejó al descubierto unos dientes muy blancos.

—Delicioso día, señorita Ruthyn.

Al oírle levanté la cabeza de pronto, apropiándome el apelativo, por la fuerza de la costumbre; fue ello tan patente, que él se quitó el sombrero en respetuoso gesto dirigido a mí, y acto seguido dijo a Milly:

—El señor Ruthyn se encuentra perfectamente, espero, aunque no es necesario que lo pregunte, puesto que usted parece tan feliz. ¿Tendrá la bondad de decirle que dentro de uno o dos días confío en tener el libro que mencioné y que cuando llegue se lo enviaré o se lo llevaré inmediatamente?

En aquel momento Milly y yo estábamos ya de pie, pero ella no hacía otra cosa que mirarle fijamente, con un nudo en la lengua, sus mejillas harto ruborizadas y sus ojos muy redondos. A fin de facilitar el diálogo, supongo, el caballero dijo de nuevo:

—Está perfectamente, espero.

Milly seguía sin responder, y yo, provocada, aunque un poco tímida, contesté:

—Mi tío, el señor Ruthyn, se encuentra muy bien, gracias —y me sentí ruborizar mientras hablaba.

—Le ruego que me perdone, pero ¿puedo tomarme una gran libertad? ¿Es usted la señorita Ruthyn, de Knowl? ¿Pensará usted que soy muy impertinente, y me temo que sí lo pensará, si me atrevo a presentarme? Me llamo Carysbroke, y tuve el honor de conocer al pobre señor Ruthyn cuando yo no era más que un muchachito; desde entonces se portó muy bien conmigo; y espero que me perdonará usted la libertad que, me temo, me he tomado. Creo que mi amiga la señorita Knollys es también pariente de usted; ¡qué persona tan encantadora!

—¡Oh, desde luego que sí! ¡Un verdadero amor! —dije, ruborizándome por mi declaración de afecto.

El caballero, sin embargo, sonrió amablemente, como si ello me hiciera simpática a sus ojos, y dijo:

—No me atrevo yo a decir otro tanto, piense lo que piense, pero francamente lo entiendo, eso sí. Es una mujer que conserva su juventud de un modo prodigioso, y su humor y su buen carácter son completamente juveniles. ¡Qué deliciosa vista ha elegido usted! —prosiguió, cambiando repentinamente de tema—. Muchas veces me he detenido yo aquí para contemplar esa exquisitez de viejo puente. ¿Lo ha observado usted?... usted es una artista, ya lo veo... Hay un no sé qué muy curioso en esos tintes grises, con esas extrañas manchas a través, de un rojo desvaído, o amarillo, ¿verdad?

—Sí que lo he observado; precisamente estaba comentando la peculiar belleza de

su colorido..., ¿no es así, Milly?

Milly se me quedó mirando fijamente y pronunció un alarmado «sí» con el aspecto de alguien al que le pillan robando.

—Sí, y además el fondo es tan especial —prosiguió el caballero—. Antes de la tormenta estaba mejor, pero continúa estando muy bien.

A esto siguió una pausa, y a continuación, algo bruscamente:

—¿Conoce la comarca?

—No, en absoluto... es decir, sólo lo que vi durante el viaje hasta aquí, pero me ha interesado mucho.

—Cuando la conozca mejor se sentirá encantada..., ¡el lugar adecuado para una artista! Yo soy un desdichado garrapateador y suelo llevar conmigo este cuadernito en el bolsillo —y se rió en tono de hacerse perdonar, mientras sacaba un fino cuaderno de pesca, pues tal parecía—. Son simplemente memorándos, como puede usted ver. Soy tan andariego, y a veces, cuando menos me lo espero, me topo con rincones tan bonitos para hacer un boceto, que, sencillamente, intento tomar un apunte; pero en realidad más que apuntes son escritura; mi hermana dice que es una cifra que sólo yo entiendo. No obstante trataré de explicarle sólo dos de ellos..., pues de veras que debería usted ir a ver esos sitios. ¡Oh, no, eso no! —rió, al pasarse la hoja accidentalmente por efecto del viento—, eso es El Gato y el Violín, una curiosa tabernita donde un día me dieron una cerveza buenísima.

En este momento Milly dio algunas, e incómodas, muestras de hallarse a punto de hablar, pero, al no saber qué podía sobrevenir, me apresuré a hacer comentarios acerca de los pequeños bocetos, llenos de espíritu, sobre los que él intentaba atraer mi atención.

—Sólo le estoy mostrando los lugares a los que es fácil llegar..., los que están a un paso, ya sea a caballo o en coche.

Y procedió a volver la hoja y enseñarme dos o tres más de los que me había propuesto antes, y luego otro más; a continuación un pequeño boceto, toda una joyita encantadora, a decir verdad, de la casa de la prima Mónica, con sus aleros preciosos; y cada uno de los temas iba acompañado de su pequeña crítica, o de su comentario narrativo, o de su aventura.

Estaba a punto de volverse a meter en el bolsillo este cuadernito de apuntes mientras continuaba charlando conmigo, cuando, de pronto, se acordó de la pobre Milly, que estaba mirando con el ceño harto fruncido, pero que súbitamente se animó sobremanera cuando él le entregó el cuaderno a la vez que le decía unas palabras que ella, a todas luces, entendió mal, pues le hizo una de sus extrañas reverencias y en un tris estuvo, según me pareció, de metérselo en su enorme bolsillo y aceptarlo como un regalo.

—Mira los dibujos, Milly, y luego devuélvelo —le susurré.

A petición suya, permití al caballero que contemplara mi inconcluso boceto del puente, y, mientras él se hallaba midiendo distancias y proporciones a ojo, Milly me

susurró bastante enfadada:

—¿Y por qué he de devolvérselo?

—Porque lo necesita y tan sólo te lo ha prestado —susurré yo a mi vez.

—¡Prestado, y después que a ti! ¡Qué me maten si miro una sola hoja! —replicó, con mucha inquina—. Tómalo chica, dáselo tú misma..., yo no lo hago —y, dejándolo caer en mis manos, retrocedió unos pasos, enojada.

—Mi prima se lo agradece mucho —dije, devolviéndole el cuaderno y sonriendo en nombre de ella; él lo cogió sonriendo también y dijo:

—Creo, señorita Ruthyn, que de haber sabido lo bien que usted dibuja, habría dudado antes de enseñarle mis pobres garrapateos. Pero no son los mejores míos, ¿sabe usted?; lady Knollys le dirá que puedo hacerlo realmente mejor... muchísimo mejor, creo yo.

Acto seguido, y presentando de nuevo sus excusas por lo que él llamaba su impertinencia, se despidió, y yo me quedé con una sensación muy placentera, sintiéndome muy halagada.

Aquel hombre no podía tener más de veintinueve o treinta años, pensé, y era guapo, eso desde luego..., esto es: tenía ojos y dientes bonitos, así como la tez morena..., y en su figura y su porte había algo de distinguido y grácil; y en conjunto estaba la indescriptible atracción de la inteligencia; y me imaginé —aunque esto, desde luego, era un secreto— que desde el instante mismo en que me dirigió la palabra se sintió interesado por mí. No voy a ser vanidosa. Era un interés serio, pero interés al fin, pues, mientras pasaba las hojas de sus apuntes, pude ver cómo él estudiaba mis facciones, creyéndose que yo no veía otra cosa. Fue también halagador su vivo interés por que mi opinión de sus dibujos fuese buena, así como su relacionarme con lady Knollys. Carysbroke... ¿había oído a mi padre mencionar alguna vez ese nombre? Me resultaba imposible recordarlo. Pero lo cierto es que él acostumbraba a estar tan callado, que el hecho de no oírsele no era ningún gran argumento en contra.

CAPÍTULO XXXV

VISITAMOS UN CUARTO EN EL SEGUNDO PISO

EL señor Carysbroke entretuvo mi fantasía lo suficiente como para impedirme observar el mutismo de Milly hasta que emprendimos nuestro regreso a casa.

—La Granja debe de ser una casa bonita si ese pequeño apunte le era fiel; ¿está lejos de aquí?

—Estará a dos millas.

—¿Estás enfadada, Milly? —pregunté, pues tanto su tono de voz como su semblante indicaban que lo estaba, y mucho.

—Sí, estoy enfadada. ¿Y por qué no iba a estarlo, chica?

—¿Qué ha sucedido?

—¡Pues anda que...! Mira, el tipo ese, el Carysbroke, se fijó en mí tanto como en un perro, y se pasó todo el tiempo hablándote a ti de sus pinturas, de sus caminatas y de su gente. ¡Pues vaya! ¡Un cerdo tiene mejores modales que él!

—Pero Milly, querida, olvidas que intentó hablar contigo y que tú no le contestaste —le rebatí.

—¿Y no es eso justo lo que estoy diciendo?... ¡No sé hablar como las demás personas... las damas, quiero decir! Todo el mundo se ríe de mí; voy vestida como un adefesio... sí, ya lo creo que sí. ¡Es una vergüenza! El pasado domingo vi a Polly Shives..., ¡y mira que es una dama, por mi vida que lo es!..., riéndose de mí en la iglesia. Tentada estuve de decirle cuatro cosas. Pero sé que soy un adefesio. Es una vergüenza, vaya si lo es. ¿Por qué tengo yo que ser tan rara? ¡Es una vergüenza! No quiero ser así, y tampoco es culpa mía.

Y la pobre Milly prorrumpió en un mar de lágrimas, y dio una pataleta y se tapó la cara con su corta saya, que levantó hasta sus ojos. Nunca hasta entonces había contemplado una imagen tan estrafalaria de la aflicción.

—Además no entendí ni patata de lo que dijo —lloriqueó la pobre Milly a través de su bermejo algodón, dando una pataleta—. Y en cambio tú lo cogiste palabra por palabra. ¿Por qué soy yo así? ¡Es una vergüenza... una vergüenza! ¡Oh, oh, oh, es una vergüenza!

—Pero, mi querida Milly, estábamos hablando de dibujo, algo que tú todavía no has aprendido, pero que aprenderás..., yo te enseñaré, y entonces entenderás todo lo que se diga sobre ello.

—Y todo el mundo se ríe de mí..., incluso tú; aunque lo intentas, Maud, a veces a

duras penas consigues reprimirte la risa. No te culpo, pues sé que soy rara; pero es que no lo puedo remediar ¡y es una vergüenza!

—Bueno, mi querida Milly, escúchame; si me dejas, te aseguro que te enseñaré la música y el dibujo que yo sé. Has vivido muy sola y, como tú misma dices, las damas tienen un modo de hablar que es distinto al de la demás gente.

—Sí, ya lo creo que lo tienen, y los caballeros también..., como el gobernador, y ese Carysbroke; es un galimatías preciosísimo... ¡maldita sea!... Vamos, que ni el diablo en persona lo entiende... Y entre vosotros yo no soy más que una pobre tonta. ¡Poco me falta para tirarme al río! ¡Es una vergüenza, lo es... sabes muy bien que lo es... una vergüenza!

—Pero te enseñaré también ese galimatías si así lo deseas, Milly; sabrás todo cuanto yo sé; y me las arreglaré para que te hagan unos vestidos mejor confeccionados.

Al decir esto se puso a mirarme a la cara con mucha tristeza, pero también con mucha atención, hinchados sus ojuelos y su nariz, y las mejillas empapadas.

—Creo que si fueran un poco más largos..., el tuyo es más largo —y la frase se vio interrumpida por un sollozo.

—Vamos, Milly, no debes llorar; si así lo decides, puedes ser igual que cualquier otra dama... y lo serás; y serás muy admirada, te lo digo yo, con sólo que te tomes la molestia de desaprender todos tus modales y tus modos de hablar extraños, y que te vistas como la demás gente; yo me cuidaré de ello si me dejas; pienso que eres muy lista, Milly, y me consta que eres muy bonita.

Las llorosas facciones de la pobre Milly se ensancharon, a su propio pesar, en una sonrisa, pero bajó la vista y negó con la cabeza.

—No, no, Maud, me temo que no lo seré.

La verdad es que tuve la impresión de haberme propuesto un trabajo de Hércules.

Sin embargo Milly era realmente una criatura dotada de inteligencia, era capaz de una rápida visión y, cuando dominaba su torpe dialecto, podía hacer muy gratas descripciones; con tal de que soportara la sujeción y poseyese la necesaria laboriosidad, yo no desesperaba y, al menos, estaba decidida a desempeñar mi papel.

¡Pobre Milly! Se mostró auténticamente agradecida y entró en el proyecto de su educación con gran celo y con una extraña mezcla de humildad e insubordinación.

Milly estaba a favor de atacar de nuevo las posiciones de la «Guapa» cuando ésta regresara, y de forzar el paso por este lado, pero yo insistí en seguir por la ruta a lo largo de la cual habíamos llegado, de modo que alcanzamos la empalizada por el río y nos vimos obsequiadas con una risueña y desafiante mueca por parte de la «Guapa», la cual se hallaba hablando por encima del portón con un joven delgado, vestido de pana y tocado con un estafalario gorro de piel de conejo, quien, al vernos, se hizo timoratamente a un lado contiguo al que nosotras nos encontrábamos, mientras, con la barbilla apoyada en un brazo, descansaba sobre el travesaño más alto del portón.

De hecho, tras nuestro encuentro de aquel día, la señorita «Guapa» había adoptado la costumbre de poner una expresión de desdeñoso escarnio, o cosa parecida, cada vez que pasábamos por allí.

Creo que Milly se habría enzarzado de nuevo con ella, de no haber sido porque le recordé su empeño y ejercí mi nueva autoridad.

—Mira ahí a ese cuco de Pegtop, está subiendo por el camino del molino. Ahora finge que no nos ve, pero nos está viendo y tiene miedo de que hablemos con el gobernador porque piensa que contigo no le dejará salirse con la suya. Le odio, al Pegtop ese: hace un año no me dejó montarme en las vacas y cabalgar.

Pensé que Pegtop habría hecho algo peor. Estaba claro que aquí se imponía una reforma total, y me sentía contenta de ver que la pobre Milly parecía consciente de ello y que su decisión de asimilarse a otras personas de su rango no obedecía a un mero espasmo de mortificación o celos, sino a una determinación muy genuina y llena de empeño.

Apenas había llegado a ver todavía ni la mitad de esta vieja casa de Bartram. En un principio tenía, de hecho, una idea muy imperfecta de su extensión. A lo largo de uno de los labios del gran corredor había una serie de habitaciones con los postigos, por lo general, cerrados, así como sus puertas. Cuando entrábamos en ellas la vieja L'Amour se enfadaba, aunque no pudiésemos ver nada; y Milly tenía miedo de abrir las ventanas... no porque fuésemos a enterarnos de ningún secreto de Barba Azul, sino simplemente porque sabía que el tío Silas había impartido órdenes en el sentido de que todo permaneciese tal como estaba. Aquel espíritu bullicioso y zascandil sentía en tan alto grado un temeroso respeto hacia su padre, que, habida cuenta de los gentiles modales y la aparente calma de éste, resultaba sobremanera sorprendente.

Había en la casa —lo que desde luego no existía en Knowl y nunca he observado en otras, aunque es posible que se encuentre en casas antiguas— unas muy altas escotillas, aquí y allá, a través de las cuales sólo podíamos atisbar si dábamos un gran salto en el aire. Se hallaban situadas a lo largo de los grandes corredores y galerías, y algunas de ellas estaban tapadas y bajo llave, para interceptarnos el paso e interrumpir nuestras exploraciones.

Milly, sin embargo, conocía una extraña escalerita trasera, muy empinada y oscura, que llegaba hasta el piso de arriba, de modo que ella y yo subimos y nos dimos un largo paseo a través de las habitaciones, de techos mucho más bajos y terminación más tosca que los señoriales aposentos que habíamos dejado abajo. Dichas habitaciones tenían vistas a los hermosos aunque descuidados terrenos de la finca; pero al atravesar un corredor de pronto penetramos en una estancia que daba a un pequeño y lúgubre cuadrilátero formado por los muros interiores del gran edificio y, desde luego, diseñado por el arquitecto con la exclusiva mira de proporcionar la luz y el aire necesarios a algunas partes de la estructura.

Froté el cristal de la ventana con mi pañuelo y miré hacia fuera. El tejado circundante era alto y empinado. Los muros parecían manchados y oscuros, las

ventanas estaban forradas de polvo y suciedad y sus marcos de piedra recubiertos, a trozos, de musgo, hierba y zuzón. La casa se abría a este ensombrecido patio por medio de una entrada porticada, la cual, sin embargo, estaba mugrienta y llena de polvo; y los húmedos hierbajos que recubrían el cuadrángulo se inclinaban sobre el portal, impertérritos. Estaba claro que raramente era hollado por pisadas humanas, y la visión de aquel área ciega y siniestra me produjo un extraño pavor y abatimiento.

—Este es el segundo piso... y ahí está el patio cerrado —soliloqué, por así decirlo.

—¿De qué tienes miedo, Maud? Tienes el aspecto de haber visto un fantasma —exclamó Milly, quien se acercó a la ventana y atisbó por encima de mi hombro.

—De pronto, Milly, me ha recordado aquel horroroso asunto.

—¿Qué asunto, Maud?... ¿En qué demonios estás pensando? —inquirió Milly, bastante divertida.

—Fue en una de estas habitaciones... puede que en esta misma... sí, seguro que fue en ésta..., pues, fíjate, los frisos de madera están arrancados de la pared..., donde se suicidó el tal señor Charke aquel.

Lancé una triste y atenta mirada alrededor de la penumbrosa estancia, en cuyos rincones estaban ya acumulándose las sombras de la noche.

—¿Charke? ¿Y qué pasa con el Charke ese? ¿Quién es? —preguntó Milly.

—¡Por fuerza habrás oído hablar de él! —dije.

—No, que yo sepa —respondió—. Así que se mató...; ¿y cómo lo hizo? ¿Se ahorcó, eh, o se levantó la tapa de los sesos?

—Se degolló en una de estas habitaciones..., en esta en la que estamos, seguro..., pues tu papá mandó arrancar los frisos de madera de las paredes para cerciorarse de que no hubiera una segunda puerta por la que hubiera podido entrar el asesino; y ya ves que las paredes están sin frisos y tienen marcas de la madera que quitaron —contesté.

—¡Es algo espantoso! No me explico cómo tienen agallas para degollarse. De hacer una cosa así, más me gustaría a mí ponerme una pistola en la cabeza y disparar, como lo hizo aquel joven caballero en la Hondonada del Muerto, según dicen. En cambio los tipos que se degüellan deben tener muchas agallas, porque, me parece a mí, es una buena rebanada.

—¡Cállate, cállate, querida Milly! ¿Y si nos vamos? —dije, pues la tarde se estaba convirtiendo rápidamente en noche.

—¡Qué me maten si esto no es sangre, esto que hay aquí! ¿No ves este nubarrón extendido por todo el suelo, no lo ves?

Milly estaba agachada sobre la mancha y trazaba en el aire con un dedo el contorno de aquel, acaso, imaginario mapa.

—No, Milly, no podrías verlo, el suelo es demasiado oscuro y todo está en sombras. Deben de ser imaginaciones, y además, después de todo, quizá no sea ésta la habitación.

—Bueno, creo que... estoy segura de que lo es. Mira...

—Volveremos por la mañana, y si tienes razón podremos verlo mejor. Vámonos —dijo, cada vez más asustada.

Y, cuando nos estábamos poniendo en pie para marcharnos, el alto gorro blanco y las lívidas facciones de la vieja L'Amour surgieron en el vano de la puerta.

—¡Dios! ¿Qué te trae por aquí? —exclamó Milly, casi tan sobresaltada como yo por la intrusión.

—¿Qué es lo que la trae a usted aquí, señorita? —bisbiseó L'Amour a través de sus encías.

—Estábamos mirando dónde se degolló Charke —contestó Milly.

—¡Al diablo Charke! —dijo la anciana, con una extraña mezcla de desprecio y furia—. Esta no es su habitación; y salgan de aquí, por favor. Al amo no le va a gustar nada cuando se entere de que está usted arrastrando a la señorita Maud de una habitación a otra y de arriba abajo por toda la casa.

Parloteaba en un tono harto severo, pero al pasar yo a su lado me hizo una profunda reverencia y, tras lanzar una aguda mirada a toda la estancia, acompañándola de un movimiento afirmativo con la cabeza, la vieja encajó sonoramente la puerta y la cerró con llave.

—¿Quién ha hablado de Charke?... Un atajo de mentiras, eso lo garantizo. Supongo que lo que quieres es asustar aquí a la señorita Maud con fantasmas y zarandajas por el estilo.

Al nombrarme me hizo otra tullida reverencia.

—En eso te cueles, fue ella quien me habló a mí del asunto, y mucho. ¡Fantasmas! No les doy yo valor; si lo hiciera, sabría quién iba a asustarme —rió Milly.

La vieja se guardó la llave en el bolsillo mientras su boca arrugada se henchía y se hundía con una torva desazón.

—Una chiquilla inofensiva, y muy buena, pero locuela... locuela, porque le da la gana serlo.

Esto me lo susurró L'Amour en el oído, durante el silencio que se hizo a continuación, meneando la cabeza enérgicamente hacia Milly por encima de la barandilla; luego me hizo otra reverencia, al marcharnos, y se encaminó hacia la habitación del tío Silas arrastrando los pies.

—El gobernador está rarillo esta tarde —dijo Milly, sentadas ya las dos para tomar el té—. ¿Tú nunca le has visto rarillo, verdad?

—Debes decir con mayor claridad lo que quieres significar con eso, Milly. No querrás decir que está enfermo, espero.

—Bueno, yo no sé lo que es, pero el caso es que a veces se pone rarísimo..., casi se diría que está muerto durante dos o tres días con sus noches. Se queda sentado y está todo el rato como una vieja desmayada... ¡Es espantoso!

—¿Está insensible cuando entra en ese estado? —pregunté, alarmadísima.

—No lo sé, pero nunca tiene importancia. Creo que eso no le matará; la que lo sabe todo sobre eso es la vieja L'Amour. Cuando él está así yo apenas entro en su habitación, sólo si me llama; y a veces él se despierta y se le antoja llamarme para esto o lo otro. Un día mandó llamar a Pegtop, que estaba allá en el molino, y vino y el gobernador no hizo más que quedarse mirándole uno o dos minutos, y le dijo que se marchara de la habitación. Cuando le da una de esas soñeras se pone casi como un niño.

Siempre supe cuándo el tío Silas estaba «rarillo», por las prohibiciones de la vieja L'Amour, la cual bisbiseaba y farfullaba sobre la barandilla cuando nosotras subíamos, para decirnos que no hiciéramos ruido al pasar junto a la puerta del amo; y por los ruidos de las misteriosas idas y venidas en torno a su habitación.

Le veía muy poco. A veces se le antojaba que desayunáramos con él, capricho que le duraba quizá una semana; después, el orden de nuestra existencia volvía a su vieja rutina.

No he de olvidar dos bondadosas cartas de lady Knollys, a quien algunos quehaceres retenían lejos, mostrándose encantada de saber que me agradaba mi tranquila existencia, y prometiéndome solicitar, en persona, permiso del tío Silas para visitarme.

Para las Navidades estaría en Elverston, que tan sólo estaba a seis millas de Bartram-Haugh, de modo que me entró la comezón de una anhelada y grata espera.

Me dijo también que en su invitación incluiría a la pobre Milly; ante mis ojos se alzó una visión del capitán Oakley, con sus ojos, de tan bello mirar, posados, en el colmo del asombro, sobre la pobre Milly, por la que había comenzado a sentirme responsable.

CAPÍTULO XXXVI

UNA LLEGADA A ALTAS HORAS DE LA NOCHE

A veces me han preguntado por qué llevo una pequeña sortija de turquesa que, para un no avisado observador, parece carecer de todo valor y, en conjunto, es una compañera indigna de las joyas que, a su lado, brillan insultantemente. Se trata de un recuerdo del que me convertí en poseedora por aquel entonces.

—Y bien, chica, ¿qué nombre te pondré yo a ti? —exclamó Milly una mañana, entrando como una tromba en mi habitación, en un estado de alarmante hilaridad.

—El mío propio, Milly.

—No, tienes que tener un mote, como todos los demás.

—Ni se te ocurra, Milly.

—Ya lo creo que sí. ¡Te llamaré «señora Bulla»!

—No harás semejante cosa.

—Pero es que tienes que tener un nombre.

—Me niego a cualquier nombre.

—Pues te voy a poner uno, chica.

—Y yo no lo aceptaré.

—Pero no puedes impedirme que te bautice.

—Puedo negarme a contestar.

—Yo haré que contestes —dijo Milly, poniéndose muy colorada.

Quizá hubo algo provocador en el tono de mi voz, pues lo cierto es que me sentía muy disgustada ante aquella recaída en el barbarismo por parte de Milly.

—No, no podrás —repliqué con calma.

—¿Qué no? ¡Y te pondré otro el doble de feo!

Sonreí, me temo, desdeñosamente.

—Y pienso que eres una descarada y una guarra y una boba —estalló, arrebolándose hasta adquirir un tono escarlata.

Volví a sonreír de ese modo tan poco cristiano.

—Y nada más mirarte te daría una bofetada.

Dicho lo cual, Milly dio un gran palmetazo contra su vestido y, furiosa, se acercó a mí. Pensé, realmente, que estaba ofreciendo la ordalía de un combate singular.

Yo, sin embargo, le hice una paralizante reverencia y, con inmensa dignidad, salí majestuosamente de la habitación y me marché al estudio del tío Silas, donde se daba el caso que habíamos de desayunar aquella mañana y otras varias subsiguientes.

Durante la colación mantuvimos la más augusta de las reservas, hasta el punto de que ni siquiera, creo, llegamos a intercambiar una mirada.

Aquel día no dimos ningún paseo.

Ya por la tarde, estaba yo sentada a solas, cuando Milly entró en el cuarto. Tenía los ojos enrojecidos y parecía muy enfurruñada.

—Dame la mano, prima —dijo, al tiempo que me la cogía por la muñeca y, de pronto, se administró con ella un bofetón contra su mofletuda mejilla, el cual resonó en toda la habitación e hizo que mis dedos sintieran un cosquilleo. Y, antes de que yo me recobrase de mi sorpresa, desapareció.

La llamé, pero no obtuve respuesta; la perseguí, pero ella también corría y acabé perdiéndole el rastro en una encrucijada de galerías.

No la vi a la hora del té, ni antes de ir a la cama; después, sin embargo, de que me durmiera fui despertada por Milly, hecha un mar de lágrimas.

—Prima Maud, ¿me vas a perdonar? No volverás ya a tenerme simpatía, ¿verdad? Bien sé que no... soy tan bruta... detesto serlo... ¡es una vergüenza! Mira, este pastel de Banbury es para ti, mandé al pueblo por él, y una melcocha... ¿verdad que te lo comerás? Y esto es una sortijita..., no es tan bonita como las tuyas, pero la llevarás, tal vez, lo harás por mí, por la pobre Milly, antes de que se portara tan mal contigo; pero si no lo haces, no te molestaré más, creo que me tiraré al río y me ahogaré y me quitaré de en medio y no volverás a ver a la perversa Milly nunca más.

Y sin aguardar ni un instante, dejándome medio despierta como estaba, y con la sensación de estar soñando, Milly se marchó corriendo de la habitación, los pies desnudos y una saya sobre sus hombros.

Había dejado su vela junto a mi cama, y sus pequeñas ofrendas sobre la colcha, a mi lado. Si yo hubiese estado una brizna menos aterrorizada por los duendes de lo que estaba, habría corrido en pos de ella. Pero sentía miedo. Me puse en pie, descalza, al lado de la cama, y besé la pobre sortijita y me la puse en el dedo, donde ha permanecido desde entonces, y permanecerá por siempre. Y cuando, deseosa de que llegara la mañana, me acosté, la imagen de su semblante pálido, implorante y compungido, me acompañó durante horas; y me arrepentí amargamente de mis modales fríos y provocadores, y me juzgué, me atrevo a decir que con justicia, mil veces más digna de reproche que Milly.

En vano la busqué antes del desayuno. Durante el almuerzo, sin embargo, nos encontramos, pero en presencia del tío Silas, quien, aunque callado y apático, imponía mucho. Sentadas a una mesa desproporcionadamente grande, bajo la fría y extraña mirada de mi tutor, hablamos sólo lo inevitable, y ello en voz baja, pues, cada vez que Milly elevaba el tono de la suya, el tío Silas daba un respingo, se llevaba rápidamente sus finos y blancos dedos al oído y ponía una expresión de dolor, como si éste le hubiera atravesado el cerebro, para finalmente encogerse de hombros y lanzar una mirada lastimera al vacío. Como cabe suponer, cuando el tío Silas no estaba en vena locuaz —y la locuacidad no era en él cosa frecuente—, muy poco era

lo que se hablaba en su presencia.

Cuando, desde el otro extremo de la mesa, Milly vio su sortija en mi dedo, respiró hondo y dijo: «¡Oh!», y, con la boca y los ojos redondos, dio la impresión de sentirse encantada; hizo un pequeño movimiento, como si estuviera a punto de dar un brinco, pero el rostro de la pobrecilla sufrió un espasmo, y se mordió un labio; y, mirándome con implorante fijeza, sus ojos se llenaron rápidamente de lágrimas, las cuales se despeñaron rodando por sus compungidos mofletes.

Tengo la certidumbre de que me sentía yo más contrita que ella. Recuerdo que yo lloraba y sonreía y estaba deseando besarla. Supongo que ambas éramos muy absurdas, pero está bien que las pequeñas cosas puedan remover los afectos de forma tan profunda en una época de la vida en que rara vez nos salen al encuentro grandes tribulaciones.

Cuando, pasado el rato, se presentó la oportunidad, jamás se vio un abrazo, propio del cuadrilátero de combate, como el que la pobre Milly me otorgó, zarandeándome de un lado para otro, hundiendo su cara en mi vestido y balbuceando:

—¡Estaba tan sola hasta que llegaste, y has sido tan buena conmigo, y yo en cambio un demonio! Nunca te pondré otro nombre que no sea Maud..., mi queridísima Maud.

—Tienes que ponérmelo, Milly... «doña Bulla». Seré «doña Bulla», o lo que tú quieras. Tienes que hacerlo.

Balbuceaba igual que Milly y la apretaba contra mí con todas mis fuerzas; la verdad es que me pregunto cómo no perdimos el equilibrio.

Y así es como Milly y yo nos hicimos más amigas que nunca.

Entre tanto avanzaba el invierno, los días eran más cortos y las noches más largas, de modo que mi prima y yo sosteníamos prolongados chismorreos al amor de la lumbre en Bartram-Haugh. Me hallaba asustada por la frecuencia de los extraños colapsos a los que estaba sujeto el tío Silas. Al principio no les presté mucha atención, pues, como era natural, di en hablar de ellos del mismo modo en que lo hacía Milly.

Un día, mientras se hallaba en uno de sus estados «rarillos», me mandó llamar y, al verle, me asusté de forma inenarrable.

Envuelto en una bata blanca, yacía acurrucado en un gran sillón. De no haber estado acompañada por L'Amour, que se conocía todas las gradaciones y síntomas de aquellas extrañas afecciones, habría pensado que estaba muerto.

La vieja me hizo guiños y señas con la cabeza, con lívida expresión, y susurró:

—No haga ningún ruido, señorita, hasta que él hable; enseguidita volverá en sí.

Salvo por el hecho de que no había indicios de convulsiones, su semblante era el de un epiléptico paralizado en una de sus contorsiones.

Tenía el ceño y la sonrisa bobalicona propios del idiotismo, y una franja del blanco del ojo se hallaba también al descubierto.

Repentinamente, con una especie de gélido escalofrío, el tío Silas abrió mucho los

ojos, apretó los labios y se puso a parpadear y a mirarme fijamente con una especie de imbécil incertidumbre que, poco a poco, desembocó en una débil sonrisa.

—¡Ah, la chica... la hija de Austin! Bien, querida, apenas puedo..., mañana hablaré... o al otro..., es una... neuralgia o algo parecido..., *torture*..., díselo a ella.

Y, haciéndose un ovillo, volvió a recostarse en su gran sillón con la misma actitud de inexpresable desvalimiento, y, gradualmente, su rostro adoptó de nuevo su anterior impronta.

—Váyase, señorita; ha cambiado de idea; puede que ya no esté en condiciones de hablarle durante todo el día —dijo la anciana, una vez más en un susurro.

Con gran sigilo salimos, así pues, de la habitación, yo, por mi parte, conmovida de modo indecible. Mi tío parecía, en verdad, hallarse agonizando, y así se lo dije, en mi zozobra, a la viejuca, quien, echando en el olvido la ceremoniosidad con la que habitualmente me trataba, soltó una risita de mofa.

—¿Muriéndose? Bueno, igualito que san Pablo..., hace muchísimo que se muere todos los días^[33].

La miré con un escalofrío de horror. Supongo que a ella le traía sin cuidado el tipo de sentimientos que suscitara, pues continuó mascullando sarcásticamente para sus adentros. Me paré y vencí la repugnancia que me inspiraba el volverle a hablar, pues me sentía realmente asustadísima.

—¿Cree usted que está en peligro? ¿Y si avisamos a un médico? —musité.

—Dios la bendiga, señorita, pero el doctor está al corriente de todo.

El semblante de la anciana se iluminó con ese brillo escarnecedor que tanto choca ver en las facciones de los débiles y los viejos.

—¡Pero se trata de un ataque! De parálisis o de alguna otra cosa horrible... Por fuerza ha de ser arriesgado el dejar al azar o a la naturaleza el que supere estos terribles ataques.

—No hay miedo de que le pase nada, no son ataques. De vez en cuando se pone un poquito tonto. Le viene ocurriendo desde hace una docena de años, o más, y el doctor lo sabe todo —contestó la vieja con porfía—. Y si movemos el asunto se pondrá furioso como un loco, ya lo verá.

Aquella noche hablé de la cuestión con Mary Quince.

—No se sabe lo que se traen, señorita, pero yo creo que su tío toma demasiado láudano —dijo Mary.

Este es el momento en que todavía ignoro la naturaleza de aquellos accesos periódicos. Desde entonces he oído a los médicos referirse a ellos, pero jamás obtuve constancia de que su explicación estuviera en un uso excesivo del opio. Doy por cierto, sin embargo, que mi tío utilizaba esa droga en cantidades asombrosas. De hecho, él solía quejarse de que sus neuralgias le imponían esta triste necesidad.

Tras acostarme, la imagen del tío Silas, tal como le había visto aquel día, llenó de zozobra y terror mi imaginación. Desde mi llegada a Bartram-Haugh, yo había dormido muy bien, cosa nada de extrañar, puesto que buena parte del día la pasaba al

aire libre y haciendo ejercicio. Aquella noche, sin embargo, me sentí nerviosa y desvelada, y eran ya más de las dos cuando creí oír ruido de caballos y ruedas de carruaje en la alameda.

Mary Quince estaba a mi lado y, por tanto, no tuve miedo de levantarme y atisbar desde la ventana. Mi corazón se puso a latir con fuerza cuando vi acercarse al patio una silla de postas, una de cuyas ventanillas fue bajada mientras el postillón frenaba durante unos segundos.

Como consecuencia de alguna orden recibida, el postillón prosiguió su ruta al paso, según me pareció, hasta llegar a la puerta de entrada, en cuyos escalones una figura aguardaba su llegada. Creo que se trataba de la vieja L'Amour, pero no pude sentirme segura de ello. En lo alto de la balaustrada, junto a la puerta, había una linterna. Las luces de la silla de postas estaban encendidas, pues la noche era bastante oscura.

El mozo de postas sacó del interior del coche una bolsa y un saco de viaje, según pude distinguir, así como una caja de la baca del vehículo, y todo ello fue introducido en el recibidor.

A fin de poder vislumbrar el punto de desembarque me veía obligada a pegar la mejilla contra el cristal de la ventana, que mi aliento empañaba y emborronaba de nuevo casi con la misma rapidez con la que yo lo limpiaba frotando, cosa que contribuía a oscurecer mi visión. Vi, sin embargo, una figura de alta estatura, envuelta en una capa, apearse y entrar sin tardanza en la casa, pero me fue imposible discernir si era hombre o mujer.

Mi corazón palpitaba deprisa. De inmediato llegué a una conclusión. Mi tío estaba peor... estaba, de hecho, en la agonía, y aquella figura era la del médico, llamado ya demasiado tarde a la cabecera del lecho.

Me puse a escuchar la subida del doctor y su entrada en la habitación de mi tío, cosa que, en el silencio de la noche, pensé que podría oír fácilmente, pero a mis oídos no llegó sonido alguno. Permanecí así, a la escucha, por espacio de cinco minutos de reloj, pero sin resultado. Volví a la ventana, mas el coche y los caballos habían desaparecido.

Tuve la fuerte tentación de despertar a Mary Quince para deliberar con ella y persuadirla de que saliera a hacer un reconocimiento. Lo cierto es que yo me hallaba convencida de que mi tío estaba en las últimas, y me moría por conocer la opinión del doctor. Pero, después de todo, despertar a aquel alma bendita de su sueño reparador habría sido una crueldad, de modo que, al comenzar a sentir mucho frío, volví a la cama, donde seguí escuchando y haciendo conjeturas hasta quedarme dormida.

Por la mañana, y como era habitual, Milly entró en la habitación antes de que me hubiera vestido.

—¿Cómo está el tío Silas? —pregunté con ansiedad.

—La vieja L'Amour dice que aún está rarillo; pero no está tan apagado como ayer —contestó.

—¿No avisaron al médico? —inquirí.

—¿Le avisaron? Pues es extraño, ella no me ha dicho ni una palabra —respondió mi prima.

—Sólo estoy preguntando —dije.

—No sé si vino o no —replicó Milly—; pero ¿qué es lo que te hace pensarlo?

—Anoche, entre las dos y las tres, aquí llegó un coche.

—¿Y quién te lo ha dicho?

Milly, de pronto, pareció muy interesada.

—Lo vi yo, Milly; y alguien se apeó de él, me imagino que el doctor, y entró en la casa.

—¡Quita allá! ¿Quién iba a avisarle? No era él, te lo digo yo. ¿Qué aspecto tenía? —dijo Milly.

—Lo único que alcancé a ver con claridad es que él, o ella, era de elevada estatura y llevaba capa —respondí.

—Entonces no era él, y tampoco el otro en el que estaba yo pensando; me parece que es Cormorán, ¡qué me maten si no! —exclamó Milly, con aire meditabundo, al tiempo que daba sobre la mesa un golpecito con los nudillos.

En ese mismo instante se oyó llamar a la puerta.

—¡Adelante! —dije.

Y, haciendo una reverencia, la vieja L' Amour entró en la habitación.

—Venía a decirle a la señorita Quince que su desayuno está preparado —dijo la anciana.

—¿Quién vino en el coche de posta, L' Amour? —preguntó Milly.

—¿Qué coche? —farfulló la vieja bruja con acrimonia.

—El coche que vino anoche, pasadas las dos —dijo Milly.

—¡Eso es mentira, una mentira cochina! —gritó la viejuca—. Desde que la señorita Maud vino de Knowl no ha llegado a esta puerta otro coche.

Me puse a mirar fijamente a aquella vieja criada, capaz de utilizar semejante lenguaje.

—Sí, vino un coche, y en él venía Cormorán, eso es lo que pienso —dijo Milly, que estaba acostumbrada a las insolencias de L' Amour.

—¡Eso es otra mentira, tan cochina como la de antes! —dijo la viejuca, en tanto su rostro demacrado y marchito se teñía por entero de un tono anaranjado.

—Le ruego que no utilice ese lenguaje en mi habitación —repliqué muy enfadada—. Yo vi el coche a la puerta; el hecho de que falte usted a la verdad importa poco, pero su impertinencia aquí es algo que no pienso tolerar. Caso de repetirse, puede estar segura de que me quejaré a mi tío.

Mientras yo hablaba, la anciana se arreboló aún más y, dibujando con sus apretados labios algo que equivalía a una mueca malvada, se me quedó mirando con ojos legañosos y encendidos. Resistió, sin embargo, el impulso de su enojo y se limitó a decir, tras soltar una risita despreciativa:

—No es mi intención ofender, señorita; es una manera de hablar que tenemos por aquí en Derbyshire. No quería ofender, señorita, y espero que no se haya ofendido.

Y, dicho esto, hizo una reverencia.

—Olvidaba decirle a usted, señorita Milly, que el amo quiere verla inmediatamente.

Milly, así pues, se retiró en silencio y a toda prisa, seguida por L'Amour.

CAPÍTULO XXXVII

SURGE EL DOCTOR BRYERLY

CUANDO Milly se reunió conmigo a la hora del desayuno, tenía los ojos enrojecidos e hinchados. Todavía se sorbía la nariz en medio de esos breves sollozos espasmódicos que, aun cuando no haya otros signos, revelan un reciente y violento acceso de llanto. Se sentó sin decir palabra.

—¿Se encuentra peor, Milly? —pregunté, llena de ansiedad.

—No, a él no le pasa nada malo; está muy bien —dijo Milly con ferocidad.

—¿Qué ocurre entonces, querida Milly?

—¡Esa bruja venenosa! Va y le dice al gobernador que yo dije que era Cormorán el que había venido anoche en la silla de posta.

—¿Y quién es ese Cormorán? —pregunté.

—Pues ahí está la cosa, que tú quieres saberlo, y a mí me gustaría decírtelo... pero no me atrevo, porque si lo hago él me mandará a una escuela francesa..., ¡malditas sean, malditas sean todas!

—¿Y por qué habría de importarle al tío Silas? —dije, considerablemente sorprendida.

—Están diciendo mentiras.

—¿Quiénes? —dije yo.

—L'Amour... ésa es. En cuanto se quejó de mí, el gobernador le preguntó, bastante enfadado, si había venido alguien anoche, o una silla de posta, y ella se puso a jurar que no había venido nadie. ¿Estás completamente segura, Maud, de que de veras viste algo, o es que a lo mejor fue todo un sueño?

—No fue ningún sueño, Milly; tan cierto como que estás tú aquí vi exactamente lo que te he dicho —repliqué.

—Pues el gobernador no se lo va a creer; y se ha puesto hecho una furia conmigo y a amenazarme con que me va a mandar a Francia. ¡Ojalá se hundiera en el mar! ¡Odio a Francia... la odio... como al demonio! ¿No la odias tú? Siempre me están amenazando con Francia si me atrevo a decir una palabra más sobre el coche o... o sobre cualquiera.

Me entró verdadera curiosidad por Cormorán, pero Milly no quería hablarme de él, y tampoco, en realidad, sabía ella más que yo respecto a la llegada de la noche anterior.

Un día me llevé una sorpresa al ver en las escaleras al doctor Bryerly. Estaba yo

en un oscuro corredor cuando él atravesó el recibidor en dirección a la puerta de mi tío, con el sombrero puesto y algunos papeles en la mano.

No me vio, y, una vez que hubo entrado en la habitación de mi tío Silas, bajé y me encontré a Milly esperándome en el recibidor.

—Resulta que está aquí el doctor Bryerly —dije.

—¿Es ese tipo delgado, con ojos penetrantes y una levita negra, que reluce, y que ha subido ahora mismo? —preguntó Milly.

—Sí. Ha entrado en el cuarto de tu papá —dije yo.

—A lo mejor fue el que vino la otra noche. Puede que esté en la casa residiendo, aunque rara vez le vemos, porque esta casa es un cuartel..., vaya si lo es.

Por un momento tuve esa misma idea, pero enseguida la deseché. La figura que yo había visto no era el doctor Bryerly, de eso estaba segurísima.

Así pues, y sin que esta aparición hubiese arrojado ninguna nueva luz, seguimos nuestro camino e hicimos nuestro pequeño apunte del puente en ruinas. Hallamos el portón cerrado como la vez anterior, y como Milly no pudo convencerme para que trepara por él, nos fuimos por la empalizada a orillas del río.

Estábamos dibujando, cuando vimos la cara morena, las fuliginosas greñas y la zarrapastrosa casaca roja de Zamiel, quien, desde el bosque, metido entre los troncos, nos contemplaba con ceño maligno, en pie e inmóvil, como una figura monumental en uno de los cruceros de una catedral. Cuando volvimos a mirar se había marchado ya.

Pese a que, para encontrarnos en la estación invernal, el día era espléndido y tibio, vestidas como estábamos nos era imposible ya continuar durante más de cinco o diez minutos con una ocupación tan quieta como la de dibujar. Al regresar, y mientras pasábamos junto a una arboleda, oímos un súbito estallido de voces, en agrio altercado; y, bajos los árboles, vimos al salvaje del viejo Zamiel pegar a su hija dos golpazos con el bastón, uno de ellos en plena cabeza. La «Guapa» echó a correr, tan sólo un poco, mientras el atezado y viejo demonio de los bosques renqueaba vigorosamente tras ella, blandiendo su bastón y lanzando juramentos.

Se me puso a hervir la sangre. Me sentí tan escandalizada que por un momento no pude articular palabra, pero acto seguido grité:

—¡So bruto! ¿Cómo se atreve a pegar a la pobre chica?

La «Guapa» había corrido tan sólo unos cuantos pasos, y se volvió, presentándonos cara a él y a nosotras, lanzando fuego por los ojos, con el semblante pálido y trémulo en sus esfuerzos por no romper a llorar. Dos pequeños regueros de sangre discurrían por su sien.

—Mira, padre, mira esto —dijo con una extraña sonrisa temblorosa, levantando la mano manchada de sangre.

Tal vez Zamiel se sintiera avergonzado, y por ello mismo tanto más enfurecido, pues rugió otro juramento y comenzó de nuevo a dar alcance a la muchacha, volteando su bastón en el aire. Nuestras voces, sin embargo, le detuvieron.

—Mi tío será enterado de su brutalidad. ¡Pobre chica!

—Pégale, Meg, si lo hace otra vez; y esta noche tira al río su pata de palo mientras duerme.

—A ti te haría lo mismo —dijo, y soltó un juramento—. ¿Te gustaría que le ganara a su padre, eh? ¡Ándate con cuidado!

Y sacudió la cabeza agitando en el aire su bastón y mirando a Milly con el entrecejo fruncido.

—Estáte quieta, Milly —susurré, pues Milly se estaba preparando para la batalla; y de nuevo me dirigí al hombre, asegurándole que al llegar a casa le contaría a mi tío cómo había tratado a la pobre muchacha.

—Ya puede agradecértelo, le estás dando coba por abrirte el portón —gruñó.

—Eso es mentira; fuimos por el arroyo —gritó Milly.

Consideré impropio discutir el asunto con él, y, mostrándose enfadadísimo y, según pensé, algo desconcertado, se quitó de nuestra vista renqueando y dando bandazos. Mientras se marchaba me limité a repetir mi promesa de informar a mi tío, a lo cual vociferó por encima de su hombro:

—Silas no te hará caso —al tiempo que hacía chasquear sus encallecidos corazón y pulgar.

La chica se quedó donde estaba, limpiándose la sangre con la palma de la mano y contemplándola antes de frotársela contra el delantal.

—¡Pobrecilla, no llores! —dije—. Le hablaré de ti a mi tío.

Pero no estaba llorando. Alzó la cabeza y se nos quedó mirando algo inquisitivamente y con hosco desprecio, según me pareció.

—Mira, estas manzanas son para ti..., ¿las quieres?

Habíamos traído en nuestro cestillo dos o tres de esas espléndidas manzanas por las que Bartram tenía fama.

Dudé en acercarme a ella, ya que estos Hawkes, la «Guapa» y Pegtop, eran tan salvajes, así que dejé rodar suavemente las manzanas por tierra hasta los pies de la muchacha.

La «Guapa» seguía con sus tercos ojos clavados en nosotras, con la misma expresión, y al acercarse a sus pies las manzanas, se puso a darles patadas, malhumorada. A continuación, secándose la sien y la frente con su delantal, se volvió de espaldas y, sin pronunciar palabra, se marchó caminando lentamente.

—¡Pobre criatura! Me temo que la vida que lleva es muy dura. ¡Qué gentes estas, tan extrañas y repulsivas!

Cuando llegamos a casa la vieja L'Amour me estaba esperando al pie de la gran escalera y, con una reverencia y de manera muy respetuosa, me informó de que el amo se sentiría feliz de verme.

¿Me llamaría para hablar de mi declaración respecto a la llegada de aquel misterioso coche? No obstante la dulzura de sus modales, había en el tío Silas un algo indefinible que inspiraba miedo; pocas cosas me habrían resultado menos agradables

que el encontrarme con su mirada representando el personaje de un criminal.

Otra incertidumbre era, además, el estado en el que le hallaría, y la idea de contemplarle de nuevo en las condiciones que le había visto la última vez, me producía verdadero horror.

Entré en la habitación, así pues, temblando un poco, pero enseguida me sentí aliviada. El tío Silas se encontraba, por las trazas, en el mismo estado de salud y, hasta donde alcanzaba mi memoria, ataviado con exactamente el mismo atuendo, bonito aunque algo desaliñado, que le había visto la primera vez.

El doctor Bryerly —¡qué acusado y vulgar contraste, y, sin embargo, qué confianza la que me proporcionó!— se hallaba sentado a la mesa junto a él, atando unos papeles. Al acercarme, sus ojos, según me pareció, me miraron ansiosos y escrutadores, y pienso que hasta que no le hube saludado no se acordó, de pronto, de que no me había visto todavía en Bartram, de modo que se puso en pie y procedió a saludarme a su manera un tanto brusca y familiar, vulgar y no cordial, pero honesta e indefiniblemente bondadosa.

Mi tío se levantó, aquel retrato extraño, venerable y pálido, envuelto en su rembrandtiano terciopelo negro y holgado. ¡Qué dulce, qué benévolo, qué espiritual e inescrutable!

—No necesito decir cómo está. Esas lilas y esas rosas, doctor Bryerly, por sí mismas expresan sus hermosas alabanzas al aire de Bartram. Casi lamento que el coche de mi sobrina esté tan próximo a llegar. Espero que no acorte sus paseos a pie. Me hace bien el mirarla, de veras que sí. Es el fulgor de las flores en invierno, y la fragancia de unos campos bendecidos por el Señor.

—El aire campestre, señorita Ruthyn, es una buena cocina para las viandas campestres. Me gusta ver comer de buena gana a las jóvenes. Desde la última vez que la vi ha comido usted varias libras de vaca y cordero —dijo el doctor Bryerly.

Y, dicha esta astuta parrafada, se puso a escrutar mi semblante de forma harto embarazosa.

—En su calidad de discípulo de Esculapio^[34] aprobará usted, doctor Bryerly, mi sistema: primero la salud, después los conocimientos. El continente es el mejor terreno para la instrucción elegante, y más adelante hemos de ver un poco de mundo, Maud; en cuanto a mí, y si me fuera concedida salud, los escenarios donde pasara tantos días de juventud, felices aunque también descarnados y alocados, serían para mí una delicia indecible, si bien melancólica, e incluso creo que volvería a estas pintorescas soledades con más fruición. Ya recordarás los delicados versos del viejo Chaulieu:

*Déserte, aimable solitude,
Séjour du calme et de la paix,
Asile où n'entrèrent jamais
Le tumulte et l'inquiétude.*

»No puedo decir que la inquietud y la aflicción no hayan penetrado a veces en estas selváticas espesuras, pero, gracias al cielo, los tumultos del mundo... ¡jamás!

En el severo semblante del doctor Bryerly había, según me pareció, un ladino escepticismo; y apenas sin aguardar el expresivo «¡jamás!», dijo:

—Olvidaba preguntarle, ¿quién es su banquero?

—Oh, Barlet & Hall, calle Lombard —respondió mi tío, seca y lacónicamente.

El doctor Bryerly lo anotó, y su rostro puso una expresión que, llena de una taimada determinación, parecía decir: «Conmigo no te las vas a dar de anacoreta».

Por un instante sentí posarse sobre mí los fieros y penetrantes ojos de mi tío, cargados de recelo, como para cerciorarse de si yo percibía el espíritu de aquella casi interrupción del doctor Bryerly; y, poco menos que al mismo tiempo, embutiendo sus papeles en los espaciosos bolsillos de su levita, el doctor Bryerly se levantó y se despidió.

Cuando se hubo marchado se me ocurrió que aquél era un buen momento para presentar mi queja a propósito de Dickon Hawkes. Titubeé, pues el tío Silas se había levantado, pero comencé:

—Tío, ¿puedo hacer mención de un suceso... que he presenciado?

—Claro que sí, hija —contestó, lanzándome una mirada cortante. Se imaginó, pienso, que la conversación iba a derivar hacia el coche fantasma.

Le hice, así pues, una descripción de la escena que tan fuerte impresión nos causara a Milly y a mí aproximadamente una hora atrás, en el Bosque del Molino de Viento.

—Son gentes zafias, has de darte cuenta, hija; sus ideas no son las nuestras; tienen que imponer correctivos a su prole, y ello de un modo y en un grado que a nosotros nos parecerían graves. El entremeterse en malentendidos estrictamente domésticos lo juzgo un mal empeño, y preferiría no hacerlo.

—Pero le pegó violentamente en la cabeza, tío, con un pesado bastón, y la chica sangró en abundancia.

—¿Sí? —dijo mi tío secamente.

—Y gracias a que Milly y yo le disuadimos diciéndole que se lo contaríamos a usted, pues a no ser por eso le habría vuelto a pegar; de veras pienso que si continúa tratándola con tanta violencia y crueldad puede dañarla gravemente o quizá matarla.

—¡Qué te crees, niña romántica! A las gentes de esa categoría social les trae absolutamente sin cuidado una cabeza rota —contestó el tío Silas de la misma manera.

—¿Pero acaso no es una horrible brutalidad, tío?

—Por supuesto que es brutalidad, pero has de recordar que son unos brutos, y eso les va —dijo.

Me desilusioné. Había imaginado que el dulce carácter del tío Silas habría reculado ante semejante atropello con horror e indignación; y en lugar de ello, helo aquí convertido en apologista de Dickon Hawkes, aquel malvado rufián.

—Además es siempre muy impertinente con Milly y conmigo —continué.

—¿Impertinente contigo?... Eso ya es otra cosa. Me ocuparé del asunto. ¿Nada más, mi querida niña?

—No, no ha ocurrido nada más.

—Hawkes es un criado útil, y aunque su aspecto no es muy atractivo y su lenguaje y modales son zafios, es un padre sumamente bondadoso y un hombre honestísimo..., un hombre profundamente moral, si bien severo... un diamante en bruto, sin embargo, que no tiene la más mínima idea de lo que son los refinamientos de la buena sociedad. Me atrevo a decir que Hawkes cree honradamente haber sido excepcionalmente cortés contigo, de modo que hemos de ser tolerantes.

Y el tío Silas acarició mis cabellos con su fina y envejecida mano y me dio un beso en la frente.

—Sí, hemos de ser tolerantes, hemos de ser buenos. ¿Qué dice el Libro? «No juzgues, si no quieres ser juzgado». Tu querido padre obró según esa máxima... tan noble y tremenda..., y yo me esfuerzo por obrar igual. ¡Ay, pobre Austin, *longo intervallo*, que ha quedado atrás, muy atrás! ¡Te me han llevado... ejemplo y socorro míos... te has ido a tu descanso, y yo sigo bajo el peso de mi fardo, marchando aún por gélidos senderos alpinos, bajo la pavorosa noche!

O nuit, nuit douloureuse!

O toi, tardive aurore!

Viens-tu? vas-tu venir?

es-tu bien loin encore?

Y, repitiendo estos versos de Chenier, con los ojos alzados y una mano levantada, así como una indescriptible expresión de pesar y fatiga, se hundió rígidamente en su butaca y, durante un rato, permaneció mudo y con los ojos cerrados. Por último, aplicando apresuradamente a los mismos su pañuelo perfumado, y lanzándome una mirada muy bondadosa, dijo:

—¿Se te ofrece algo más, querida niña?

—Nada, tío, muchas gracias; sólo una cosa, en lo tocante a ese Hawkes; me figuro que su intención no es ser tan descortés como de hecho lo es, pero el caso es que me infunde auténtico miedo y que convierte en muy desagradables nuestros paseos en esa dirección.

—Lo entiendo muy bien, querida mía. Me ocuparé del asunto; debes tener presente que no ha de tolerarse nada que ofenda a mi bienamada sobrina y pupila durante su estancia en Bartram..., nada que su viejo pariente, Silas Ruthyn, pueda remediar.

Y así, con una tierna sonrisa y el encargo de cerrar la puerta «perfectamente, pero sin hacer ruido», me despidió.

El doctor Bryerly no había dormido en Bartram, sino en la pequeña fonda de

Feltram, y marchaba directamente a Londres, según me enteré luego.

—Tu feo doctor se ha ido en un cabriolé —dijo Milly cuando nos encontramos en las escaleras, ella subiendo y yo bajando.

Sin embargo, al llegar a la pequeña estancia que constituía nuestra sala de estar, descubrí que mi prima estaba equivocada, puesto que el doctor Bryerly, con el sombrero y un par de guantes de lana puestos, así como un viejo sobretodo gris tipo Oxford, el cual, abotonado hasta la barbilla, mostraba bien a las claras la larguirucha figura de su dueño, había depositado sobre la mesa su bolsa de cuero negro y, junto a la ventana, estaba leyendo un pequeño volumen que yo había tomado prestado de la biblioteca de mi tío.

Se trataba del relato que Swedenborg hacía del otro mundo, el cielo y el infierno.

Al entrar yo, él lo cerró, dejando entre sus páginas uno de sus dedos, y, olvidándose de quitarse el sombrero, dio uno o dos pasos hacia mí con sus pesadas y crujientes botas. Lanzando una rápida mirada en dirección a la puerta, dijo:

—Me alegra verla un momento a solas... me alegra mucho.

Su semblante, por el contrario, parecía lleno de una gran ansiedad.

CAPÍTULO XXXVIII

ALGUIEN SE VA A MEDIANOCHE

—**M**E marchó enseguida..., sólo quería —y aquí el doctor Bryerly lanzó otra mirada hacia la puerta— saber si realmente se encuentra usted a gusto en esta casa.

—Así es —contesté sin dilación.

—¿Sólo tiene usted la compañía de su prima? —prosiguió, echando una ojeada a la mesa, que estaba puesta.

—Sí; pero Milly y yo nos sentimos muy felices juntas.

—Eso es muy simpático; pero según tengo entendido no hay profesores, ¿se da cuenta?... de dibujo, de canto y todas esas cosas habituales en las damas jóvenes. Ni de esa clase... ni de otra ninguna... ¿o sí los hay?

—No, mi tío piensa que lo mejor es que viva rodeada de salud, como él dice.

—Ya. Y el coche y los caballos no han llegado. ¿Cuándo se los espera?

—La verdad es que no lo sé, y le aseguro que no me importa gran cosa. Corretear por ahí me parece muy divertido.

—¿Va a la iglesia andando?

—Sí. El coche del tío Silas está a falta de una rueda nueva, según me dijo.

—Bien, pero es que una señorita de su rango, ¿se da usted cuenta?, no es costumbre que no disponga de un coche. ¿Tiene usted caballos en los que montar?

Negué con la cabeza.

—Usted sabe que su tío recibe una asignación muy liberal por su manutención y educación.

Recordaba algo acerca de eso en el testamento, y Mary Quince se pasaba todo el tiempo refunfuñando que mi tío «no se gastaba ni una libra a la semana en nuestra manutención».

No contesté nada y bajé la vista.

Otra miradita hacia la puerta por parte de los penetrantes y negros ojos del doctor Bryerly.

—¿Su tío es bondadoso con usted?

—Sí que lo es..., sumamente dulce y afectuoso.

—¿Por qué no le hace a usted compañía? ¿Alguna vez almuerza con usted, o toma el té, o le da conversación? ¿Lo ve usted mucho?

—Es un desdichado inválido..., sus horarios y su régimen son peculiares. La verdad es que me gustaría mucho que considerase usted su caso; según creo, a

menudo, y por espacio de largo tiempo, se queda insensible, y en ocasiones su mente muestra un extraño estado de debilidad.

—Me lo figuro..., se extenuó en sus años mozos; además he visto en su botella un preparado de opio... toma demasiado.

—¿Qué le induce a pensar así, doctor Bryerly?

—Se hace con agua. Más allá de cierto límite el espíritu no tolera su uso. No tiene usted idea de lo que pueden tragar esos tipos. Lea el *Comedor de opio*. He conocido dos casos en los que la cantidad sobrepasaba la de De Quincey^[35]. Ajá, veo que esto es nuevo para usted —y se echó a reír en silencio de mi simplicidad.

—¿Y de qué cree usted que se queja? —pregunté.

—Bah, no tengo ni idea; pero probablemente, de una manera o de otra, se ha pasado los días de su vida sometiendo a tensión sus nervios y su cerebro. Esta clase de hombres, los que no persiguen otra cosa que el placer, por lo común quedan extenuados y pagan un alto precio por sus pecados. Así pues, es bueno y afectuoso, pero la entrega a usted a su prima y a los criados. Su servidumbre ¿es bien educada y servicial?

—Bueno, no es mucho lo que puedo decir a su favor; hay un hombre que se llama Hawkes, y su hija, que son muy groseros y a veces hasta ofensivos; dicen que tienen órdenes de mi tío para impedirnos entrar en algunas partes de la finca, pero no lo creo, pues el tío Silas en ningún momento ha hecho alusión a semejante cosa cuando hoy le presenté mi queja contra ellos.

—¿Por qué lado de la finca queda ese lugar? —preguntó el doctor Bryerly bruscamente.

Le describí su situación lo mejor que pude.

—¿Podemos verlo desde aquí? —preguntó, atisbando a través de la ventana.

—Oh, no.

Dicho esto, el doctor Bryerly hizo una anotación en su cuaderno, y yo dije:

—Pero la verdad es que estoy segura de que eso es una historia que se ha inventado Dickon, que es un tipo muy insolente y antipático.

—¿Y qué tal es esa vieja sirvienta que entraba y salía de su habitación?

—Ah, ésa es L'Amour —respondí, harto indirectamente, amén de olvidar que estaba utilizando el mote de Milly.

—¿Son buenos sus modales? —preguntó.

No, lo cierto es que no lo eran; era una mujer sumamente desagradable, con una vena de maldad. Me parecía haberla oído lanzar juramentos.

—El lote, por las trazas, no es un dechado de simpatía —dijo el Dr. Bryerly—; mas donde hay uno, habrá más. Mire, acababa de leer este pasaje —y abrió el pequeño volumen en el sitio donde su dedo lo marcaba y me leyó unas frases, cuyo significado recuerdo muy bien aunque, por supuesto, no así las palabras.

Era esa horrible parte del libro que pretende describir la situación de los condenados; decía que independientemente de las causas materiales que en ese estado

llevan a imponer una comunidad de morada y un aislamiento de los espíritus superiores, existen simpatías, aptitudes y necesidades que, por sí mismas, inducirían también a ese depravado gregarismo y aislamiento.

—¿Y qué tal el resto de los criados? ¿Son mejores? —prosiguió.

A los demás los veíamos poco o nada, salvo al viejo Giblets, el mayordomo, quien deambulaba por ahí como un pequeño autómatas de huesos secos, metiendo la nariz aquí y allá y cuchicheando para sus adentros, sonriente, mientras ponía el mantel, sin dar, fuera de todo lo dicho, muestras de ser en absoluto consciente de la existencia de un mundo externo.

—Esta habitación no está puesta como la del señor Ruthyn; ¿ha dicho su tío algo acerca de amueblar y adecentar un poco las cosas? ¡No! Pues debo decir que muy bien podría haberlo hecho, me parece a mí.

Aquí se hizo un breve silencio, y el doctor Bryerly, con su habitual mirada simultánea hacia la puerta, con suma claridad y en un tono de voz quedo y cauteloso, dijo:

—¿Ha vuelto usted a reflexionar sobre aquel asunto, quiero decir, lo referente a hacer que su tío renuncie a la tutela? Yo no daría importancia a su primer rechazo. Usted podría hacer que a él le valiese la pena, a menos que..., esto es..., a menos que sea un hombre verdaderamente irrazonable; soy del parecer de que debería usted atender a sus propios intereses, señorita Ruthyn, al hacer lo sugerido y, a ser posible, salir de este lugar.

—Pero eso es algo que ni se me ha pasado por la cabeza; soy mucho más feliz aquí de lo que me había esperado, y siento mucho cariño por mi prima Milly.

—¿Cuánto tiempo lleva usted aquí exactamente?

Se lo dije. De dos a tres meses.

—¿Ha visto usted ya a su otro primo... el joven caballero?

—No.

—Hum. ¿No está usted muy sola? —inquirió.

—Nadie viene a visitarnos; pero eso es algo para lo que ya estaba preparada, como usted bien sabe.

El doctor Bryerly se puso a escudriñar, con displicente atención, las arrugas de una de sus anchas botas, mientras con la suela daba leves golpecitos sobre el entarimado.

—Sí, éste es un lugar muy solitario, y sus moradores nada recomendables. En otro sitio se hallaría usted más a gusto..., por ejemplo con lady Knollys, ¿eh?

—Por supuesto que sí. Pero aquí estoy muy bien, la verdad es que el tiempo transcurre muy agradablemente, y mi tío es amabilísimo. Me basta mencionar cualquier cosa que me moleste para que él se ocupe de remediarla: no deja de insistir sobre ello, para que no lo olvide.

—No, no es el lugar adecuado para usted —dijo el doctor Bryerly—. En lo que a su tío se refiere —prosiguió, observando mi expresión de sorpresa— por supuesto

que todo está en orden, pero es un hombre desvalido, completamente, ¿se da usted cuenta? En cualquier caso, piense en ello. Tenga mi dirección, «Hans Emmanuel Bryerly, Dr. Med., 17 King Street, Covent Garden, Londres», procure no perderla —y dicho esto, arrancó una hoja de su cuaderno de notas—. Mi cabriolé me está esperando a la puerta. Tiene usted..., tiene —dijo, mirando su reloj— que reflexionar sobre ello seriamente; y no deje que nadie vea este papelito, ¿comprende? Lo más seguro es que lo pierda usted por cualquier parte, así que lo mejor será que grabe usted mi dirección en la puerta de su armario, por dentro, ¿entiende?; pero no ponga mi nombre, de él se acordará, sino sólo el resto de las señas; y el papel quémelo. ¿Está con usted Quince?

—Sí —contesté, contenta de tener algo satisfactorio que decir.

—Bien. No deje que se marche; mala señal, si ellos lo desearan. Procure no consentirlo; no tiene más que hacer una ligera alusión, y aquí me tendrá enseguida. Y en cuanto a cualquier carta que pueda recibir de lady Knollys, quien, como sabe, gusta de expresarse con mucha franqueza, lo mejor es que las queme sin contemplaciones. Me estoy demorando demasiado; recuerde lo que le he dicho: grabe mis señas con un alfiler y queme el papelito. Y de todo esto ni una palabra a nadie. Adiós..., oh, me llevaba su libro.

Y así, presa de gran agitación, tras estrechar levemente mi mano y recoger su paraguas, su bolsa y su cajita de hojalata, el doctor Bryerly salió a toda prisa de la habitación y al cabo de un minuto oí el ruido de su vehículo al alejarse.

Suspiré y lo seguí con la mirada, sintiendo que se reavivaban en mí las inquietudes que había experimentado en relación con mi estancia en Bartram-Haugh.

Mi feo y vulgar, pero fiel amigo, estaba desapareciendo más allá de los gigantescos tilos que ocultaban Bartram de los ojos del mundo exterior. El cabriolé, con la maleta del doctor en la baca, acabó por esfumarse, y yo exhalé un suspiro de ansiedad. La sombra de los abovedados árboles se hizo más densa, y yo me sentí desvalida y abandonada. Mis ojos, al posarse sobre la hoja arrancada que sostenía entre mis dedos, se encontraron con la dirección del Dr. Bryerly.

La deslicé en mi pecho y subí al piso de arriba sigilosamente, temblando de que la vieja no me llamara de nuevo al llegar a la cabecera de las escaleras, para que fuese al cuarto del tío Silas, donde, bajo su mirada, a buen seguro, imaginé, me traicionaría a mí misma.

Sin embargo me deslicé sin ser vista, entré en mi habitación y cerré la puerta. Con el oído atento mientras trabajaba, utilizando la punta de mis tijeras grabé las señas del doctor Bryerly, según éste me había aconsejado. Acto seguido, sumida en un auténtico terror de que ni tan siquiera alguien llamara con los nudillos a la puerta durante la operación, con una cerilla reduje a cenizas el acusador papelito.

En aquel momento, y por vez primera, experimenté la desagradable sensación de tener que guardar un secreto. Me figuro que en mi caso el dolor de esta solitaria obligación era desproporcionadamente agudo, puesto que yo era muy abierta y muy

nerviosa. Siempre estaba en un tris de traicionarlo *à propos de bottes*... y siempre reprochándome mi doblez, así como en constante terror de que la buena de Mary Quince se acercase al armario o la simpática Milly hiciera alguna de sus ocasionales inspecciones de las maravillas de mi guardarropa. Habría dado cualquier cosa por plantarme ante mi diminuta inscripción y, señalándola con el dedo, haber dicho: «Ésta es la dirección del Dr. Bryerly en Londres. La he grabado con la punta de mis tijeras, tomando toda posible precaución para que nadie —incluidas vosotras, mi buenas amigas— me sorprendiera. Desde entonces vengo guardando este secreto y he temblado cada vez que vuestros francos y bondadosos rostros miraban dentro del armario. ¡Pero se acabó... ya, por fin, lo sabéis todo! ¿Podréis perdonarme alguna vez mi engaño?».

Pero no podía aún decidirme a revelarlo, ni a borrar la inscripción, lo cual constituía mi idea alternativa. La verdad es que, en mi talante habitual, he sido siempre la criatura más vacilante e indecisa que jamás ha existido. Tan sólo una gran excitación, o la pasión, son capaces de hacer de mí un ser decidido. Bajo la inspiración de cualquiera de ellas me transformo, sin embargo, y a menudo me torno resuelta y valiente.

—Creo que alguien se marchó de aquí anoche, señorita —dijo Mary Quince una mañana, acompañando sus palabras con un misterioso movimiento afirmativo de su cabeza—. Eran las dos, y yo lo estaba pasando mal por el dolor de muelas y bajé por una pizca de pimienta roja... dejando aquí la vela encendida, no fuera a ser que usted se despertara. Cuando subía, al cruzar el recibidor al fondo de la galería larga... ¿qué oí sino el piafar de unos caballos y unas voces de unos que se estaban diciendo unas palabritas en voz baja? Y me asomé a la ventana y vi, ¡vaya si los vi!, dos caballos uncidos a un coche, y a un tipo que subía a la baca una caja; y de dentro sacaron una bolsa, y me parece a mí que la que estaba en la entrada de la casa hablando con el cochero era la vieja Wyat, esa que la señorita Milly llama L'Amour.

—¿Y quién se metió en el coche? —pregunté.

—Bueno, señorita, yo me estuve esperando todo lo que pude, pero me dolía cosa mala y además me entró un frío horrible, así que al final lo dejé y me volví a la cama, porque no sabía yo cuánto se esperarían ellos. Pero mire, señorita, que esto hay que guardarlo en secreto, como lo del coche que vio usted la semana pasada. Yo esto de los tapujos y los secretos lo odio; fíjese en la vieja Wyat, que va contando trolas, ¡vaya si las cuenta!, y más le valiera andarse con cuidadito, viendo que ya le queda poco de vida, con lo vieja que es; ¡la cosa es tremenda, una vieja así y decir tantos embustes!

Milly mostró la misma curiosidad que yo, pero no pudo arrojar ninguna luz sobre el asunto. Ambas estuvimos de acuerdo, sin embargo, en que quien se había marchado probablemente era la misma persona cuya llegada había yo presenciado accidentalmente. Esta vez el coche se había detenido ante la puerta lateral, doblando por la esquina izquierda de la casa, y, a no dudarlo, se había ido por la carretera de

atrás.

El presente movimiento nocturno había sido revelado por otro azar. Resultaba irritante, sin embargo, el que Mary Quince no hubiese tenido la decisión de esperar la aparición del viajero. Todas convinimos, no obstante, en que habíamos de guardar estricto silencio y que ni siquiera a Wyat —más me valdría seguir llamándola L'Amour— debía Mary Quince hacer la menor alusión respecto a lo que había visto. Sospecho, empero, que el pique de la curiosidad acabaría por imponerse y que difícilmente Mary se atendería a esta abnegada determinación.

Pero los radiantes soles invernales y cielos escarchados, las largas noches y el firmamento bajo el fulgor de las estrellas, al amor de la hogareña lumbre en nuestros cómodos aposentos... chismes, historias, breves lecturas de vez en cuando, animosas caminatas por los siempre hermosos parajes de Bartram-Haugh, y, sobre todo, el ininterrumpido tenor de nuestra vida, la cual había caído en una serena rutina ajena a la idea de peligro o malaventura, gradualmente aquietaron los escrúpulos y recelos que mi entrevista con el Dr. Bryerly tan poderosamente había resucitado.

Para mi indecible contento, mi prima Mónica había regresado a su casa de campo, y una activa diplomacia, a través del correo, estaba negociando la reapertura de relaciones amistosas entre las cortes de Elverston y Bartram.

Finalmente, un buen día, con el semblante risueño, envuelta en su capa y con el bonete puesto, y las mejillas todavía encendidas por los cortantes aires de los cerros de Derbyshire, hallé de pronto ante mí a mi prima Mónica, de pie, en nuestra sala de estar. Nuestro encuentro fue el de dos compañeras de colegio separadas durante mucho tiempo. A mis ojos, la prima Mónica fue siempre una chiquilla.

¡Qué abrazo! ¡Qué lluvia de besos y exclamaciones, preguntas y caricias! Por fin conseguí hacer que se sentara y, riendo, dijo:

—No tienes ni idea del ejercicio de abnegación que he tenido que hacer para venir de visita. Yo, que detesto escribir, he escrito a Silas cinco cartas ¡y no creo haber dicho ni una sola impertinencia en ninguna de ellas! ¡Qué portentosa criaturita es tu mayordomo! No sabía qué pensar de él en las escaleras. ¿Es un struldburg^[36], o un hada, o sólo un fantasma? ¿Dónde diantre lo encontró tu tío? Seguro que vino el día de Todos los Santos, en respuesta a un encantamiento..., no será tu futuro marido, espero..., y que una de estas noches se esfumará tristemente por la chimenea convertido en un humito gris. Es la criaturita más venerable que he visto en mi vida. Me recosté en el asiento del coche y creí que me iba a morir de risa. Ha ido al piso de arriba a preparar a tu tío para mi visita; estoy realmente muy contenta de que lo haya hecho, pues, tras él, tengo la certidumbre de que pareceré tan joven como Hebe^[37]. Pero ¿quién es ésta? ¿Quién eres tú, querida mía?

Estas palabras iban dirigidas a la pobre Milly, que estaba de pie en una esquina de la chimenea, mirando fijamente, con sus ojos redondos y sus mofletes, asustada y llena de asombros, a aquella extraña dama.

—¡Pero qué estúpida soy! —exclamé—. Milly, querida, ésta es tu prima, lady

Knollys.

—Así que tú eres Millicent. Pues bien, querida, estoy contentísima de verte.

Y la prima Mónica de inmediato se puso otra vez en pie, con la mano de Milly apretada cordialmente entre las suyas, dándole después un beso en cada mejilla y unas palmaditas en la cabeza.

Debo decir que Milly ofrecía una figura mucho más presentable que la primera vez que me encontré con ella. Sus vestidos eran, por lo menos, veinticinco centímetros más largos. De ahí el que, si bien muy rústica, en cualquier caso no resultaba tan bárbaramente grotesca.

CAPÍTULO XXXIX

EL ENCUENTRO ENTRE LA PRIMA MÓNICA Y EL TÍO SILAS

LA prima Mónica, con sus manos sobre los hombros de Milly, mostraba un semblante divertido y bondadoso.

—Tú, curiosa criatura, y yo —dijo— tenemos que ser muy buenas amigas. Es cosa generalmente admitida que soy la vieja más insolente de Derbyshire..., incorregiblemente privilegiada; y jamás nadie se ha ofendido conmigo, así que constantemente digo las cosas más escandalosas.

—Yo también soy un poquito así, y pienso... —dijo Milly, haciendo un esfuerzo y poniéndose muy colorada; perdió el hilo de lo que estaba diciendo y se mostró incapaz de concluir el sentimiento que había comenzado a perfilar.

—¿Piensas? Pues bien, sigue mi consejo, querida, y no aguardes nunca a pensar; habla primero, y luego piensa, eso es lo que yo hago, aunque lo cierto es que no puedo decir que piense nunca. Es un hábito muy cobarde. Nuestra Maud, con su sangre fría, a veces piensa, pero es tal su fracaso siempre, que la perdono. Me pregunto cuándo volverá vuestro pequeño mayordomo preadánico. Habla la lengua de los pictos y los antiguos britanos, me figuro, y tu padre necesita tiempo para traducirle. El caso es, Milly, querida, que tengo mucho apetito, así que no esperaré a que venga vuestro mayordomo, el cual, supongo, me traería uno de los bollos que cociera al horno el rey Alfredo y cerveza danesa en una calavera, así que te pido a ti un poco de ese pan con mantequilla que tan buen aspecto tiene.

Enseguida le fue servido, de acuerdo con sus deseos, mas ello en modo alguno impidió que lady Knollys siguiera expresándose.

—Chicas, ¿pensáis que de aquí a una o dos horas podríais estar listas para veniros conmigo si Silas da su permiso? ¡Me gustaría tanto llevaros a las dos conmigo a Elverston!

—¡Qué delicia! ¡Eres un amor! —exclamé, abrazándola y besándola—. Yo estaría lista en cinco minutos; ¿qué dices tú, Milly?

El guardarropa de la pobre Milly era, me temo, más portátil que bonito, y, con un susto horrible dibujado en el semblante, me susurró al oído:

—Mi mejor saya está en la lavandería, así que pongamos... una semana, Maud.

—¿Qué dice? —preguntó lady Knollys.

—Teme no poder estar lista —contesté abatida.

—Muchos de mis trapos se están lavando —espetó la pobre Milly, mirando a lady

Knollys a la cara.

—¡En nombre del cielo! ¿Qué quiere decir con eso mi prima? —preguntó lady Knollys.

—Sus cosas todavía no han vuelto de la lavandería —repliqué; y en ese mismo instante entró nuestro portentoso mayordomo para anunciar que su amo se hallaba preparado para recibir a lady Knollys cuando ella estuviese dispuesta a concederle tal favor, y que presentaba sus excusas por el hecho de que su estado de salud le obligara a hacer que se tomase la molestia de subir a su habitación.

Acto seguido, la prima Mónica estaba, así pues, en el vano de la puerta, diciéndonos por encima del hombro: «¡Vamos, chicas!».

—Por favor, todavía no; usted sola, señora; mi amo solicita de las señoritas que se hallen preparadas, puesto que las mandará llamar sin tardanza.

Empecé a admirar al pobre Giblets como la ruina de un criado tolerablemente respetable.

—Muy bien; quizá sea mejor que primero nos demos un beso y nos reconciliemos en privado —dijo la prima Knollys riendo; y se marchó guiada por la momia.

Después escuché, de labios de la propia lady Knollys, el relato de su *tête-à-tête*.

—Cuando le vi, querida —dijo— apenas podía dar crédito a mis ojos. ¡Un pelo tan blanco... una cara tan blanca..., unos ojos tan de loco... y una sonrisa tan muerta! La última vez que le había visto tenía el pelo oscuro, iba vestido como un inglés moderno y la verdad es que conservaba el parecido con el retrato de cuerpo entero que hay en Knowl, del que tú te enamoraste, ¿sabes? Pero ¡por Dios y todos los santos! ¡Qué espectro! Me he preguntado si será la nigromancia o el delírium trémens lo que le ha reducido a esto. Y él, con esa odiosa sonrisa que me ha hecho imaginarme a mí misma medio loca, dijo: «Observas un cambio, ¿verdad, Mónica?». ¡Qué voz tan dulce, suave e insufrible tiene! Alguien me habló una vez del sonido de una flauta de cristal que a algunas gentes que lo escuchaban les hacía volverse histéricas, y todo el tiempo me he estado acordando de eso. Su voz tuvo siempre un algo muy peculiar. «Claro que observo un cambio, Silas», dije finalmente; «y sin duda tú también en mí... un gran cambio». Y él dijo: «Ha transcurrido tiempo suficiente para que obrara un cambio mayor del que observo en ti desde la última vez que me honraste con tu visita». Creo que sacaba a relucir sus viejos sarcasmos, queriendo decir que yo era la misma impertinente y descarada que recordaba de antaño, incorregida por el tiempo; y eso es lo que soy y no debe esperar cumplidos de la vieja Mónica Knollys. «Ha pasado mucho tiempo, Silas, pero sabes bien que eso no es culpa mía», dije. «Culpa tuya no es, querida..., sino de tu instinto. Todos somos criaturas imitativas: los grandes me condenaron al ostracismo, y los pequeños les siguieron. Somos muy parecidos a los pavos, tanto es el buen sentido y tanta la generosidad que tenemos. La Fortuna tuvo el capricho de herir mi cabeza, y la pollada entera cayó sobre mí picando y gorgoteando, y tú entre ellos, querida Mónica. No fue culpa tuya, fue sólo tu instinto, de modo que te perdono sin reservas; pero no

es de extrañar que los que pican estén mejor que los picados. Tú estás robusta, y yo, como estoy». «Vamos, Silas, que no he venido aquí para reñir. Mira que si reñimos ya no podremos reconciliarnos nunca..., somos demasiado viejos, así que olvidemos todo cuanto podamos e intentemos perdonarnos algo, y si no podemos ni lo uno ni lo otro, en cualquier caso que haya una tregua entre nosotros mientras esté aquí». «Mis agravios personales puedo perdonarlos por entero, y así lo hago, Dios lo sabe, de corazón, pero hay cosas que no deberían ser perdonadas. El asunto fue la perdición de mis hijos. Tal vez yo, por la misericordia de la Providencia, pueda quedar rehabilitado aún ante el mundo, y tan pronto como llegue ese momento, recordaré y actuaré; pero para mis hijos —ya verás a esa desdichada chiquilla, mi hija— todo ha llegado demasiado tarde... la educación, la sociedad..., para mis hijos ha sido la perdición». «No ha sido obra mía, pero sé lo que quieres decir», dijo. «Amenazas con litigios cuando tengas medios, pero olvidas que Austin, al darte en usufructo la casa y la finca, lo hizo bajo promesa de no confutar jamás mi derecho a Elverston. Así que ésta es mi respuesta, si eso es lo que pretendes». «Pretendo lo que pretendo», replicó él, con su vieja sonrisa. «Lo que pretendes, entonces», dijo yo, «es que por el placer de molestarme con litigios estás dispuesto a perder el derecho a la tenencia de esta casa y esta finca». «Supón que pretendiera precisamente eso: ¿por qué habría de perder el derecho a nada? En virtud del testamento, mi bienamado hermano me ha otorgado de forma vitalicia el derecho al usufructo de Bartram-Haugh, y a esta dádiva no añadió ninguna absurda condición del tipo que tú te figuras». Silas estaba de uno de esos viejos y malévolos humores suyos, y proclive a amenazarme. Su vindicatividad aventajaba a su astucia, pero él sabe tan bien como yo que nunca logrará confutar el derecho de mi pobre y querido Harry Knollys, y sus amenazas no me han alarmado lo más mínimo, y así se lo he dicho, con la misma frialdad con que te estoy hablando ahora. «Bueno, Mónica», dijo él, «te he pesado en la balanza, y no te he hallado menesterosa. Por un instante ha prevalecido en mí el anciano: el pensar en mis hijos, en la crueldad de antaño y en la actual aflicción y vergüenza, me ha exasperado y hecho enloquecer. Pero ha sido tan sólo por un instante..., el galvánico espasmo de un cadáver. Jamás pecho alguno estuvo más muerto que el mío para las pasiones y ambiciones del mundo; éstas no son para blancos mechones como éstos ni para un hombre que, una semana al mes, yace a las puertas de la muerte. ¿Nos damos la mano? He aquí la mía..., firmo una tregua, y olvido y perdono todo». Ignoro lo que ha pretendido con esta escena. No tengo idea de si estaba haciendo una comedia o es que perdió la cabeza o por qué y cómo ha sucedido, pero, cariño, me siento contenta de que, cosa impropia de mí, me haya mantenido en calma y no me haya visto forzada a una trifulca.

Cuando nos tocó el turno y fuimos llamadas a su presencia, el tío Silas estaba más o menos como siempre, pero la encendida tez de la prima Mónica y el fulgor de su mirada mostraban a las claras que algo irritante y desagradable había ocurrido.

El tío Silas, de acuerdo con su sentir, glosó los efectos del aire y la libertad de

Bartram, todo cuanto él podía ofrecer, y me instó a que dijera lo mucho que me gustaban. A continuación llamó a su lado a Milly, la besó tiernamente, le dedicó una triste sonrisa y, volviéndose hacia la prima Mónica, dijo:

—Esta es mi hija Milly... ¡Oh!, ya te ha sido presentada abajo, ¿no? Sin duda habrá despertado tu interés. Como ya le dije a su prima Maud, aunque yo no soy aún un sir Tunbelly Clumsy, Milly sí que es toda una señorita Hoyden^[38]. ¿Verdad que sí, mi pobre Milly? Debes tu distinción, querida mía, al cerco que, desde el día de tu nacimiento, interceptó el paso de toda civilización a Bartram. Debes mucha gratitud, Milly, a todos aquellos que, natural o no naturalmente, pusieron su grano de arena en esa obra invisible pero impenetrable. En cuanto a tus logros personales, más singulares que mundanos, tu deuda de gratitud has de dirigirla, en parte, a tu prima, lady Knollys. ¿Verdad, Mónica? Dale las gracias, Milly.

—¿Es ésta tu tregua, Silas? —dijo lady Knollys, con tranquila aspereza—. Pienso, Silas Ruthyn, que quieres provocarme para que hable delante de estas criaturas de un modo que todos habríamos de lamentar.

—Imagínate entonces cuáles serían tus sentimientos si te hubiera hallado al borde de un camino, vapuleada por unos salteadores, y te hubiese puesto el pie en el cuello y escupido a la cara. Pero... basta. ¿Por qué he dicho esto? Simplemente a fin de subrayar mi perdón. Mirad, chicas, lady Knollys y yo, primos mucho ha distanciados, olvidan y perdonan el pasado y juntan sus manos sobre sus enterrados agravios.

—Bien, sea; pero dejémonos de ironías y pullas encubiertas.

Y, con estas palabras, ambos juntaron sus manos; y el tío Silas, tras haber soltado la de ella, la acarició y le dio unas palmaditas, acompañando su gesto todo el tiempo con una risa gélida y muy tenue.

—Me gustaría muchísimo, querida Mónica —dijo, una vez concluida aquella especie de escena muda—, poder decirte que te quedaras a pasar la noche, pero es el caso que no tengo ninguna cama que ofrecerte, e incluso, si la tuviera, me temo que mi ruego difícilmente te persuadiría.

Acto seguido vino la invitación que lady Knollys nos hacía a Milly y a mí. Mi tío se sentía muy agradecido y se puso a meditar sobre la cuestión, muy sonriente. Pienso que se quedó desconcertado; entre sonrisa y sonrisa, sus fieros ojos escrutaron el franco rostro de la prima Mónica una o dos veces, recelosos.

Existía una dificultad —una dificultad indefinida— para dejarnos ir aquel día; pero en una ocasión futura..., pronto... muy pronto..., él estaría encantadísimo.

Bien, al menos por aquella vez, así llegó a su fin aquel pequeño proyecto; y la prima Mónica estaba demasiado bien educada como para insistir más allá de cierto límite.

—Milly, querida, ¿querrás ponerte el sombrero y enseñarme el terreno alrededor de la casa? ¿Le das permiso, Silas? Me gustaría renovar mis conocimientos.

—Lo verás tristemente descuidado, Monnie. La finca de recreo de un hombre pobre debe confiar en la naturaleza y encomendarse a ella en cuanto al efecto que

cause. Ahora bien, cuando hay árboles magníficos y altozanos, peñas y hondonadas en abundancia, a veces ganamos en pintoresquismo lo que perdemos en exuberancia por culpa del descuido.

A continuación, tras decir que atravesaría la finca por un sendero al encuentro de su coche, el cual la estaría esperando en un punto hasta el que nosotras la acompañaríamos y desde el que emprendería el regreso a casa, la prima Mónica se despidió del tío Silas, ceremonia en el transcurso de la cual —aunque, según me pareció, sin mucho entusiasmo por ninguna de las dos partes— ambos se dieron un beso.

—Bueno, chicas —dijo la prima Knollys cuando estábamos ya en plena caminata por la hierba—, ¿qué decís vosotras? ¿Os dejará venir conmigo, sí o no? Yo no sé que decir, pero pienso, querida (esto iba dirigido a Milly) que debería permitirte ver un poco más de mundo del que se muestra en las arboledas y arbustos de Bartram, los cuales, eso sí, son muy bonitos, como también tú lo eres, pero muy agrestes y muy poco vistos. ¿Dónde está tu hermano, Milly? ¿No es él mayor que tú?

—No sé dónde está, y es poco más de seis años mayor que yo.

Luego, mientras Milly estaba haciendo aspavientos para asustar a unas garzas que había a orillas del río y hacer que echaran a volar, la prima Mónica me dijo confidencialmente:

—Me han dicho que se ha escapado..., ¡ojalá me lo pudiera creer!..., y se ha alistado en un regimiento que marcha a la India, acaso lo mejor que podía pasarle. ¿Le has visto por aquí antes de su juicioso autodestierro?

—No.

—Bien, supongo que no te has perdido nada. El doctor Bryerly dice que, por cuanto ha podido llegar a saber, es un joven muy malo. Y ahora dime, querida, ¿Silas es bueno contigo?

—Sí, siempre es cariñoso, justo como le has visto hoy; pero le vemos más bien poco... muy poco, de hecho.

—Y ¿qué tal tu vida en la casa y sus moradores? —preguntó.

—Mi vida, muy bien; en cuanto a la gente, no está mal. Hay una vieja que nos es antipática, la vieja Wyatt, porque es atravesada y misteriosa y dice mentiras; pero no creo que le falte honradez..., eso dice Mary Quince..., y eso ya es algo, ¿no?; y hay una familia, padre e hija, de nombre Hawkes, que vive en el Bosque del Molino de Viento, y que son unos perfectos salvajes, aunque mi tío dice que no pretenden serlo; pero son una gente muy zafia y desagradable; y salvo a éstos, vemos muy poco a los criados y a otras gentes. Pero eso sí: ha habido una visita misteriosa, alguien vino a altas horas de la noche y se quedó varios días, aunque ni Milly ni yo le vimos nunca, y Mary Quince vio un coche en la puerta lateral a las dos de la madrugada.

La prima Mónica se sintió tan interesada por esto, que se detuvo y se quedó mirándome, con su mano en mi brazo, haciéndome preguntas y escuchando, perdida, a lo que parecía, en lúgubres conjeturas.

—No es agradable, ¿sabes?

—No, no es agradable —dijo lady Knollys en tono muy sombrío.

En aquel preciso instante Milly se unió a nosotras, gritándonos que mirásemos volar las garzas, cosa que la prima Mónica hizo, sonriendo a Milly entre movimientos afirmativos de cabeza, como muestra de gratitud, y, al reanudar la marcha, se hundió de nuevo en el silencio y las reflexiones.

—¿Sabéis una cosa? Pues que tenéis que veniros conmigo, vosotras dos, chicas —dijo bruscamente—. ¡Y lo haréis! Yo me encargo de arreglarlo.

Cuando volvió el silencio y Milly echó de nuevo a correr a comprobar si la vieja trucha gris podía verse aún en las tranquilas aguas bajo el puente, la prima Mónica me dijo en voz baja y mirándome con dureza:

—No has visto nada que te asuste, ¿verdad, Maud? ¡No pongas esa cara de alarma, querida! —añadió soltando una risita que, sin embargo, no era muy alegre—. No quiero decir que te asuste en ningún sentido horrible, de hecho no era asustar lo que quería decir. Quería decir..., no sé expresarlo con precisión..., algo que te moleste o te haga sentir incómoda... ¿Lo has visto?

—No, no puedo decir que lo haya visto, excepto la habitación donde encontraron muerto al señor Charke.

—¡Oh, así que la has visto!... Me gustaría muchísimo verla también. ¿No estará cerca de ella tu habitación?

—Oh, no, está en el piso de abajo y mirando a la parte delantera. El doctor Bryerly me habló un poco, y parecía que en su mente había más de lo que se decidió a decirme, de manera que durante algún tiempo después de haberle visto, la verdad es que sí me quedé, como tú dices, asustada; pero salvo por esto, lo cierto es que no he tenido ningún motivo. ¿Qué estabas pensando cuando me lo has preguntado?

—Bueno, Maud, es que como a ti te asustan los fantasmas, los bandidos, y te asusta todo, quería saber si estabas a gusto y cuál es actualmente tu fantasma particular..., eso ha sido todo, te lo aseguro; y estoy al corriente —prosiguió, trocando súbitamente su actitud y tono ligeros por otros de acuciante súplica— de lo que dijo el doctor Bryerly, y te imploro, Maud, que reflexiones seriamente sobre ello y que cuando vengas a verme lo hagas con la intención de quedarte en Elverston.

—Pero ¿es esto justo, prima Mónica? Tú y el doctor Bryerly me habláis del mismo modo terrorífico, y te aseguro que no sabes lo nerviosa que estoy a veces. Sin embargo, ni él ni tú decís lo que pensáis. Vamos, Mónica, querida prima, ¿no vas a decírmelo?

—Mira, cariño, es que... ¡es un sitio tan solitario! El lugar es extraño, y tu tío muy raro. No me gusta el lugar y no me gusta tu tío. Lo he intentado, pero no puedo y creo que jamás podré. Es posible que tu tío sea..., ¿qué era aquello que el bueno del curita de Knowl, ese tontorrón, solía llamarle?..., ah, eso es: «un cristiano muy avanzado». Espero que lo sea, pero tan sólo con que sea lo que acostumbraba a ser, su absoluto retiro de todo trato social elimina el único freno, excepto el miedo

personal..., y él nunca tuvo mucho de eso..., susceptible de actuar sobre un hombre muy malvado. Y debes cobrar conciencia, mi querida Maud, de la fortuna que tú representas, y de la inmensa confianza que supone.

De pronto la prima Mónica se paró en seco y se me quedó mirando, como si hubiera ido demasiado lejos.

—Pero eso sí, puede que Silas sea actualmente muy bueno, pese a que en sus años mozos fue un disoluto y un egoísta. La verdad es que no sé qué pensar de él. Ahora bien, tengo la certidumbre de que cuando hayas reflexionado sobre el asunto, te mostrarás de acuerdo conmigo y con el doctor Bryerly en que no debes permanecer aquí.

Vano fue mi intento de inducir a mi prima a expresarse de forma más explícita.

—Espero veros en Elverston dentro de muy pocos días. Avergonzaré a Silas para que os deje venir. No me gusta su renuncia.

—Pero ¿no crees que él es consciente de que a Milly le haría falta un pequeño vestuario antes de su visita?

—No sé qué decir. Confío en que eso sea todo, pero, sea como fuere, haré que os permita venir, y además inmediatamente.

Cuando mi prima se marchó se repitieron en mí aquellas indefinidas sensaciones de duda que me torturaron durante algún tiempo tras mi conversación con el doctor Bryerly. Sin embargo había sido sincera al decir que me hallaba lo suficientemente contenta con mi modo de vida aquí, pues en Knowl me había adiestrado en el hábito de una soledad casi tan profunda.

CAPÍTULO XL

EN EL CUAL CONOZCO A OTRO PRIMO

EN aquel tiempo mi correspondencia no era muy abundante. Más o menos cada quince días, una carta de la honrada señora Rusk, en un inglés peregrino y de estrafalaria ortografía, me comunicaba qué tal estaban los perros y los *poneys*, algún que otro chismorreo del pueblo, una crítica del último sermón del doctor Clay o del cura y algunas severas observaciones acerca, por lo común, de los Disidentes, con cariñosos recuerdos para Mary Quince y los mejores deseos para mí. A veces una carta, siempre bienvenida, de la jovial prima Mónica, y, en esta ocasión, para variar, un ejemplar manuscrito de versos galantes, sin firma, muy adoradores..., muy al estilo que entonces se me antojara byroniano y que ahora, debo confesarlo, se me antoja harto insulso. ¿Podía dudar de quién provenían?

Aproximadamente un mes después de mi llegada había recibido otro ejemplar de versos del mismo puño y letra, en quejumbroso estilo baladesco, de corte militar, en los que el redactor decía que si, en vida, su único objeto era agradarme, al morir yo sería su último pensamiento, amén de algunas impiedades poéticas más, a cambio de las cuales tan sólo pedía que cuando se extinguiera el fragor de la batalla, derramase yo «una lágrima» al ver yacer el roble donde había caído. Sobre tal lúgubre juego de palabras^[39] no podía, por supuesto, haber equivocación alguna. Todo señalaba inequívocamente hacia el capitán Oakley. Me sentí tan emocionada que me fue imposible guardar por más tiempo mi secreto, de modo que, hallándome aquel día de paseo con Milly, confié el pequeño romance a aquella poco sofisticada oyente bajo los castaños. Los versos estaban impregnados de una tan amorosa aflicción, y sin embargo exhalaban una tan heroica fragancia de sangre y pólvora, que Milly y yo nos mostramos de acuerdo en que su redactor debía de estar a punto de emprender una sangrienta campaña.

No era fácil acceder al *The Times* o al *Morning Post* del tío Silas, los cuales, según nos imaginábamos, explicarían aquellas horribles alusiones; pero Milly se acordó de un sargento de la milicia, residente en Feltram, que conocía el destino y acuartelamiento de todos y cada uno de los regimientos en activo; de modo que, indirectamente, gracias a dicha autoridad y para mi infinito alivio, nos enteramos de que al regimiento del capitán Oakley le quedaban todavía dos años de permanencia en Inglaterra.

Una tarde fui convocada por la vieja L'Amour a la habitación de mi tío Silas.

Recuerdo muy bien el aspecto que tenía, recostado en su sillón, la almohada, el albo fulgor de sus extraños ojos y su débil y doliente sonrisa.

—Me perdonarás que no me levante, querida Maud, pero esta tarde me siento horriblemente mal.

Expresé mi respetuosa condolencia.

—Sí, estoy como para que me tengan compasión, pero la compasión no sirve de nada, querida —murmuró, de mal humor—. Te he mandado llamar para que conozcas a tu primo, mi hijo. ¿Dónde estás, Dudley?

Al oír estas palabras, una figura sentada en un sofá bajo, al otro lado del fuego, cuya presencia no había advertido hasta ese momento, se levantó con cierta lentitud, como alguien entumecido tras una jornada de caza, y, con un asombro que me hizo perder el aliento, mis ojos se clavaron en él, el joven al que había encontrado en Church Scarsdale el día de mi desagradable excursión con madame, y que, de ello estaba convencida, era también uno de aquellos rufianes que tan indeciblemente me aterrorizaron en el campo de conejos de Knowl.

Supongo que tenía el aspecto de estar muy asustada. Si hubiese estado contemplando un fantasma no me habría sentido mucho más espantada e incrédula.

Cuando fui capaz de volver los ojos hacia mi tío, éste no estaba mirándome, sino que, con el fulgor de esa sonrisa con la que un padre observa a un hijo cuya juventud y galanura le inspiran admiración, su blanco semblante estaba vuelto hacia el joven en el que yo no contemplaba sino la imagen de asociaciones odiosas y tremendas.

—Venga usted acá, señor —dijo mi tío—, no debemos ser tan modosos. Esta es tu prima Maud... ¿qué dices?

—¿Qué tal, señorita? —dijo, con una sonrisa rastrera.

—¡Señorita! ¡Vamos, vamos! Nada de «señorita» —dijo mi tío—. Ella es Maud y tú Dudley, ¿o es que me equivoco? Si no habremos de decirte que llames a Milly «madame». Me aventuro a pensar que Maud no rehusará que le des la mano. ¡Vamos, caballere, hable usted por sí mismo!

—¿Cómo estás, Maud? —dijo, haciendo un esfuerzo. Y, acercándose a mí, me alargó su mano—. Es usted bienvenida a Bartram-Haugh, señorita.

—Bese usted a su prima, señor. ¿Dónde está su galantería? ¡Por mi honor que reniego de ti! —exclamó mi tío, con más energía de la que había dado muestras antes.

Con un torpe esfuerzo y una risueña mueca que, a un tiempo, era rastrera e impúdica, agarró mi mano y adelantó su cara. La inminencia del saludo me dio fuerzas para retroceder uno o dos pasos, y él titubeó.

Mi tío se echó a reír con impaciencia.

—Bueno, bueno..., con eso basta, supongo. En mis tiempos, los primos hermanos no se saludaban como extraños, pero quizá nosotros estábamos equivocados; los norteamericanos nos están enseñando a ser modosos, y los viejos modales ingleses nos resultan demasiado groseros.

—Yo..., yo le he visto antes..., quiero decir... —y, al llegar aquí me detuve.

Mi tío, con ojos fulgurantes y una especie de inquisitividad en el ceño fruncido, se volvió a mirarme.

—¡Vaya! ¡Esto sí que es una novedad! Nunca me lo dijiste. ¿Dónde os habéis visto, eh, Dudley?

—No la he visto en mi vida, que yo sepa —dijo el joven.

—¿No? Bien, ¿querrás, entonces, ilustrarnos sobre el particular, Maud? —dijo el tío Silas fríamente.

—Yo he visto antes a este joven —balbucí.

—¿Se refiere usted a mí, señorita? —preguntó sin inmutarse.

—En efecto..., a usted. Desde luego que lo he visto, tío —contesté.

—¿Y dónde fue, querida? Me figuro que en Knowl no. Mi pobre y bienamado Austin no era mucho lo que nos importunaba a mí y a los míos con su hospitalidad.

No era aquello adoptar un tono agradable al hablar de su fallecido hermano y benefactor, pero en aquel momento me hallaba yo demasiado absorta en una sola cuestión para reparar en ello.

—A mi... —me resultaba imposible decir «mi primo»— lo vi, tío... a su hijo... a este caballero... lo vi creo que en Church Scarsdale, y después, junto con otras personas, en el campo de conejos de Knowl, la noche que apalearon a nuestro guardabosque.

—Bien, Dudley, ¿qué tienes que decir a eso? —preguntó el tío Silas.

—No he estado nunca en esos lugares, pobre de mí. Ni siquiera sé dónde están; y jamás hasta este momento había puestos los ojos en esta señorita, en toda mi vida, tan cierto como que espero salvarme —dijo con tan inalterado semblante y aire de seguridad, que empecé a pensar si no habría sido yo víctima, de una equivocación como las que provocan esos extraños parecidos que, como se sabe, desde el banquillo de los testigos inducen a una plena identificación y, con posterioridad, queda probado que se trataba de un error total.

—Pareces, Maud, tan... tan incómoda ante la idea de haberle visto antes, que difícilmente puedo asombrarme ante la vehemencia de su desmentido. Está claro que hubo alguna cosa desagradable, pero ya ves que en lo que a él respecta se trata de una total equivocación. Mi hijo ha sido siempre un muchacho veraz..., y puedes confiar implícitamente en lo que diga. ¿No estuviste en esos lugares?

—¡Ojalá me hubiera estado permitido...! —inició la frase el cándido joven, con mayor vehemencia.

—Bueno, bueno... con eso basta; tu honor y tu palabra de caballero, pues, aunque pobre, eres un caballero, satisfarán plenamente a tu prima Maud. ¿Estoy en lo cierto, querida mía? Como caballero, puedo asegurarte que jamás le he conocido decir una cosa por otra.

Y el señor Dudley comenzó, no a proferir juramentos pero sí a jurar en su debida forma que jamás me había visto antes, como tampoco los lugares que yo había nombrado: «Desde que me destetó mi...».

—Bueno, basta... Ahora, si no queréis daros un beso, daos la mano como buenos primos —le interrumpió mi tío.

Y, sintiéndome muy incómoda, le alargué mi mano para que la estrechara.

—Querrás cenar algo, Dudley, así que Maud y yo te excusaremos si te retiras. Buenas noches, querido hijo —y, sonriéndole, le hizo un gesto de adiós con la mano al irse de la habitación—. Pienso que es un muchacho tan excelente como el que más, y que a cualquier padre inglés podría llenar de orgullo tenerlo por hijo..., es un chico sincero, bueno y amable, y además todo un Apolo. ¿Te has fijado en lo bien proporcionado que está y en las exquisitas facciones que tiene? Como ves, es rústico y tosco, pero uno o dos años en la milicia..., tengo la promesa de un puesto para él... es demasiado mayor para la infantería..., le formarán y pulirán. Lo único que le hace falta son modales, y afirmo que en cuanto haya tenido algún adiestramiento de ese tipo, será, de ello estoy convencido, un muchacho tan estupendo como el que más en Inglaterra.

Yo escuchaba con infinito asombro. En aquel horrible palurdo, yo no era capaz de descubrir sino cosas desagradables, y un ejemplo como aquél, de ciega parcialidad paterna, difícilmente me resultaba digno de crédito.

Bajé la vista, temiendo otra apelación directa a mi opinión, y el tío Silas supongo que atribuyó mi abatida mirada al pudor doncellesco, pues se abstuvo de forzar el mío con un nuevo interrogatorio.

La frialdad y resolución con que Dudley Ruthyn desmintiera el haberme visto jamás, a mí y los lugares que yo había nombrado, hicieron que se tambalease grandemente mi propia confianza en haberle identificado. No podía tener plena certeza de que la persona que había visto en Church Scarsdale fuese la misma que viera después en Knowl. Y ahora, en esta circunstancia particular, tras el transcurso de un tiempo aún más largo, ¿podía estar perfectamente segura de que mi memoria, engañada por algunos puntos casuales de semejanza, no me había hecho ser víctima de una ilusión, agravando a mi primo Dudley Ruthyn?

Supongo que mi tío había esperado de mí alguna muestra de aquiescencia con su esplendoroso juicio estimativo acerca de su cachorro, y que se sintió zaherido por mi silencio, pues al cabo de un breve intervalo dijo:

—En mis tiempos vi algo de mundo y, sin la menor sospecha de parcialidad, puedo decir que Dudley tiene madera de perfecto caballero inglés. No es que yo esté ciego, por supuesto..., se hace necesario proveer un adiestramiento; uno o dos años de buenos modelos, autocrítica activa y buena sociedad. Me limito a decir que tiene madera.

Se hizo una nueva pausa de silencio.

—Y ahora, hija, háblame de esos recuerdos de Church... ¿Qué?

—Church Scarsdale —repliqué.

—Eso es, gracias... Church Scarsdale y Knowl. ¿De qué se trata?

Le narré, así pues, mis historias lo mejor que pude.

—Bueno, querida Maud, difícilmente cabe decir que la aventura de Church Scarsdale sea tan pavorosa como me esperaba —dijo el tío Silas dejando escapar una fría risita—; y no veo por qué, caso de haber sido él su protagonista, tendría que rehuir el reconocerlo. Sé que yo no lo haría. Y la verdad es que no puedo decir que tu merienda campestre en los terrenos de Knowl me haya asustado mucho más. Una señora que aguarda en un coche y dos o tres jóvenes achispados. La presencia de la dama me parece una garantía de que no había malas intenciones; pero el champán es el alma de la alegre travesura, y una trifulca con los guardabosques, su consecuencia natural. Una vez, hace cuarenta años, siendo, como era yo, un impetuoso y joven macho cabrío, tuve uno de los peores altercados en que me viera envuelto jamás.

Y el tío Silas echó un poco de *eau de cologne* en una esquina de su pañuelo y se tocó las sienes con ella.

—De haber estado allí mi hijo, te aseguro, porque le conozco, que lo diría enseguida. Me figuro que incluso haría alarde de ello. Nunca le he conocido una mentira. Cuando tú le conozcas un poco, dirás lo mismo.

Con estas palabras, el tío Silas se reclinó, exhausto, en el respaldo y lánguidamente echó sobre las palmas de sus manos un poco de su *eau de cologne* predilecta, hizo un gesto de despedida con la cabeza y, en un susurro, me dio las buenas noches.

—Dudley ha venido —cuchicheó Milly, cogiéndoseme del brazo al entrar yo en el recibidor—. Pero me trae sin cuidado: nunca me da nada; y al gobernador le saca dinero, todo el que quiere, y en cambio yo ni seis peniques. ¡Es una vergüenza!

No existía, así pues, mucho amor entre el único hijo y la única hija de la rama más joven de los Ruthyn.

Sentí curiosidad por enterarme de todo cuanto Milly pudiera contarme acerca de este nuevo inquilino de Bartram-Haugh, y Milly se mostró comunicativa aun sin tener gran cosa que relatar. Lo que oí de sus labios tendía a confirmarme en mis propias y desagradables impresiones acerca de él. Milly le tenía miedo. Dudley era «un mal sujeto en una riña», de eso me daba ella fe. Era el único «que ella supiera, que había tenido agallas para plantarle cara al gobernador». Pero «también le tenía miedo».

Sus visitas a Bartram-Haugh, según me enteré, las hacía a su antojo, y la presente, para mi alivio, probablemente no se prolongaría más allá de una o dos semanas. Era «todo un currutaco»; siempre «andaba correteando por ahí, sobre todo por Liverpool y Birmingham, y a veces hasta por el mismísimo Londres». En tiempos «anduvo arrimado a la “Guapa”», según pensaba el gobernador, el cual tenía un miedo espantoso a que se casara con ella; pero todo aquello no eran más que habladurías y bobadas, porque la «Guapa» no le admitía bromas ni halagos, ya que a ella quien le gustaba era Tom Brice; y Milly pensaba que «ella no le importaba un higo». Solía ir al molino de viento a «fumarse una pipa con Pegtop», y era miembro del Feltram Club, cuyo lugar de reunión era El Penacho de Plumas. Era, según Milly había oído decir, «una escopeta de primera»; y «tuvo un juicio por cazar en vedado, pero no se

pudo probar», y el gobernador había dicho que «todo era por la ojeriza que le tenían..., porque nos odian por ser de mejor sangre que ellos». Y que «salvo los hacendados y todos esos advenedizos, todo el mundo quiere a Dudley porque es muy guapo y muy alegre, aunque en casa se enfade un poco». Y que «el gobernador dice que mal que les pese a todos éstos, un día llegará al Parlamento».

A la mañana siguiente, cuando nos faltaba poco para terminar nuestro desayuno, Dudley dio unos golpecitos en la ventana con la punta de su pipa de barro —«chibuquí» la llamaba Milly—, una pipa tan larga y curvada como la que Joe Willet lleva entre sus labios en esas ilustraciones tan encantadoras de «Barnaby Rudge», que todos conocemos muy bien, y, quitándose su sombrero de fieltro en un saludo burlesco que, supongo, habría hecho las delicias de los asiduos de El Penacho de Plumas, dejó caer su sombrero, le dio un puntapié y lo recogió con una agilidad y una gravedad, al volvérselo a poner, tan indeciblemente humorísticas, que Milly se echó a reír al tiempo que exclamaba:

—¡Habrás visto!

Era extraño, pero mi fe en mi identificación del primer momento se avivaba, repulsivamente, cada vez que, al cabo de un intervalo de tiempo, veía a Dudley de forma inesperada.

Me di cuenta de que aquella cómica escena muda tenía el propósito de producir en mí una impresión adecuada. Yo la recibí, sin embargo, con una seriedad asesina, de modo que, tras dirigir a Milly una o dos palabras, Dudley se marchó haraganeando, no sin antes romper su pipa a trocitos, con los cuales se puso a hacer equilibrios sobre la nariz y la barbilla, desde donde, con una sacudida, los introdujo en la boca con tal precisión que, junto con su excelente pantomima de comérselos, suscitó en grado sumo la hilaridad y la admiración de Milly.

CAPÍTULO XLI

A PRIMO DUDLEY

PARA mi gran satisfacción, tan simpática persona no volvió a aparecer en todo aquel día. Pero al siguiente, Milly me dijo que mi tío le había regañado por la falta de atención que nos estaba dedicando.

—Le ha puesto en solfa, y él no ha dicho esta boca es mía, sólo le miraba con aire de malas pulgas; y yo asustadísima, casi sin atreverme a levantar la vista; y los dos han dicho muchas cosas y yo me he quedado en ayunas; el gobernador me ha mandado salir de la habitación, y yo tan contenta de marcharme; así que allí se han quedado entendiéndose entre ellos.

Milly no pudo arrojar luz alguna sobre las aventuras de Church Scarsdale y Knowl, de modo que aún hube de quedar en la duda, la cual a veces oscilaba hacia uno u otro lado. Sin embargo, y en conjunto, no me podía sacudir de encima los celos que constantemente volvían a mí y apuntaban, con terquedad, hacia Dudley como protagonista de aquellas odiosas escenas.

Lo curioso, no obstante, es que ahora me sentía mucho menos segura del asunto de lo que lo hiciera cuando lo vi por primera vez. Había comenzado a desconfiar de mi memoria y a sospechar de mi imaginación; una cosa había, sin embargo, que era imposible poner en tela de juicio, y es que entre la persona tan desagradablemente unida a mi recuerdo de aquellas escenas y Dudley Ruthyn existía un chocante parecido, si bien, posiblemente, de índole tan sólo general.

Sin duda Milly tenía razón en cuanto al meollo del requerimiento formulado por el tío Silas, pues a partir de entonces Dudley comenzó a dejarse ver más a menudo.

Era tímido, era descarado, era zafio, era engreído: en conjunto, el más intolerable de los patanes. Aunque a veces se ponía colorado y tartamudeaba, y ni por un instante se mostraba cómodo en mi presencia, en sus modales había, sin embargo, para mi indescriptible fastidio, una autocomplacencia, así como una suerte de triunfalismo en su maliciosa forma de sonreír, que me indicaban muy a las claras lo satisfecho que se sentía en cuanto a la naturaleza de la impresión que me estaba produciendo.

El mundo entero habría dado yo por decirle cuán odioso me parecía. Pero probablemente no me habría creído. Tal vez se imaginaba que las «damas» adoptaban falsos aires de indiferencia y repulsión para encubrir sus verdaderos sentimientos. Siempre que podía evitarlo jamás le hablaba ni le miraba, y cuando era inevitable, lo hacía del modo más breve que me era posible. No obstante, y para hacerle justicia,

hay que decir que no parecía gustarle nuestra compañía y, desde luego, cuando estaba en ella no daba nunca muestras de hallarse del todo a gusto.

Me resulta difícil escribir con toda imparcialidad incluso del aspecto personal de Dudley Ruthyn; pero, haciendo un esfuerzo, confieso que sus facciones eran agraciadas y su tipo físico no estaba mal, aunque tirando ligeramente a la gordura. El pelo y las patillas los tenía rubios, la tez sonrosada y unos ojos azules que estaban bastante bien. Hasta ahí, mi tío tenía razón; de haberse portado como un perfecto caballero, a juicio de algunos críticos podría, realmente, haber pasado por un hombre guapo.

Pero en su porte y su semblante había aquella odiosa mezcla de *mauvaise honte* y desfachatez, zafiedad, socarronería y una consciencia no claramente de su propia grosería, pero sí de su propia bajeza, que convertía su apostura en una fealdad más intolerable que la propiamente física; además, una correspondiente vulgaridad, que impregnaba su manera de vestir, sus modales y hasta sus andares, echaba a perder cualquier buena cualidad que su figura poseyese. Si se toma en cuenta todo esto, unido a los ominosos celos que constantemente me asaltaban y sobresaltaban de nuevo, se comprenderá la mezcla de sentimientos de ira y repugnancia con los que recibía la admiración con la que él me favorecía.

Gradualmente se fue volviendo menos cohibido en mi presencia, si bien lo cierto es que su creciente desenvoltura y confianza no hizo mejorar sus modales.

Nos hallábamos Milly y yo almorzando cuando Dudley entró, dio un salto y media vuelta en el aire y se sentó en el aparador, desde donde, con una risueña y socarrona mueca, al tiempo que hacía golpearse entre sí los talones, se puso a mirarnos con ojos maliciosos.

—¿Tomarás algo, Dudley? —preguntó Milly.

—No, chica; pero me estaré aquí mirándoos y a lo mejor me tomo un traguito para haceros compañía.

Y, dicho esto, sacó del bolsillo un frasco de viaje y, cogiendo un vaso grande y una garrafa, se sirvió un compuesto de aguardiente fuerte y agua, refrescándose de vez en cuando con el brebaje mientras hablaba.

—El cura está arriba con el gobernador —dijo, con una sonrisa forzada—. Yo quería decirle una cosita, pero me figuro que de aquí a una hora, o más, difícilmente podré entrar; están rezando y metidos en disquisiciones bíblicas, como de costumbre, ¡ja, ja! La cosa no va a durar ya mucho, según la vieja Wyat, ahora que el tío Austin se ha muerto; ya están de más los rezos y todos esos ajetreos, ya no sirven de nada.

—¡Quita allá! ¡Vergüenza debiera darte, pecador! —rió Milly—. Hace cinco años que no ha pisado una iglesia, dice, y la única vez, para encontrarse con una chica. ¿Verdad que es un pecador, eh, Maud?

Dudley, con su sonriente mueca en los labios, me lanzó una lánguida y maliciosa mirada mientras mordisqueaba el borde de su sombrero de fieltro, que tenía sujeto con las manos sobre el pecho.

Dudley Ruthyn probablemente pensaba que en la impiedad que profesaba había una especie de viril y desesperada fascinación.

—Tu risa, Milly, me deja asombrada. ¿Cómo puedes reírte? —dije yo.

—¿Es que quieres que me eche a llorar? —respondió Milly.

—De lo que estoy segura es de que no quiero que te rías —repliqué.

—Yo lo que sé es que quisiera que alguien llorase por mí, y bien me sé yo quién —dijo Dudley, de un modo que él daba por extremadamente simpático, y se me quedó mirando como si pensara que debía sentirme halagada por su deseo de hacerme llorar.

Yo, sin embargo, en vez de llorar me recosté en mi silla y comencé a volver tranquilamente las páginas de los poemas de Walter Scott, que en aquel entonces Milly y yo solíamos leer por las tardes.

El tono en el que aquel odioso joven habló de su padre, su grosera mención del mío, así como la bajeza de su alarde de irreligiosidad, me lo hicieron más repulsivo que nunca.

—Los curas esos son más lentos que los coches de posta... un horror de lentos. Supongo que tendré que esperar un buen rato. A estas horas tendría yo que estar a tres millas, o más, de aquí... ¡Maldita sea!

Estaba mirando la polaina de la pierna que mantenía en alto mientras hablaba, como si calculase la distancia a la que el miembro le habría llevado ya a estas horas.

—¿Por qué la gente no se pondrá con sus Biblias y sus rezos los domingos, y sanseacabó? Oye, Milly, ¿quieres ver si el gobernador ha terminado ya con el cura? Anda. Me está haciendo perder el día entero.

Milly, acostumbrada a obedecer a su hermano, se puso en marcha de un salto, y, al pasar a mi lado, me susurró, con un guiño:

—¡Dinero!

Y salió de la habitación. Dudley se puso a silbar una cancioncilla y a menear los pies como un péndulo, mientras seguía a su hermana con una mirada de soslayo.

—Mire, señorita, es muy duro eso de que a un muchacho con espíritu se le tenga a dos velas. No veo un chelín si no es él quien lo suelta, y ni hablar del peluquín hasta que no sepa para qué.

—Quizá mi tío piense que debería usted ganar por sí mismo algunos chelines —dije.

—Me gustaría a mí saber cómo un tipo gana dinero hoy día. Me imagino que no querrá que un caballero lleve una tienda. Pero ahora voy a hacerme con un buen puñado, y no precisamente gracias a él. Los albaceas, ¿sabe?, me deben cantidad de dinero. Tipos muy honrados, pero lentos... ¡los condenados! a la hora de apoquinar.

Me abstuve de hacer comentario alguno a esta elegante alusión a los albaceas testamentarios de mi padre.

—Pero mira lo que te digo, Maud, cuando cobre la pasta, me sé yo muy requetebién a quién le voy a hacer un regalito, ya lo creo que sí, chica.

La odiosa criatura pronunció estas palabras con un deje arrastrado y una lasciva mirada de soslayo que, supongo, a él le parecía absolutamente irresistible.

Soy una de esas desdichadas personas que, cuanto mayor es su deseo de mostrarse impasibles, tanto más se ruborizan, y en esta ocasión, para mi inenarrable enojo, sentí que el rubor, con su acostumbrada contumacia, subía a mis mejillas y hacía que hasta la frente se me encendiera.

Vi que él se daba cuenta de este indicio, en grado sumo desconcertante, de un sentimiento cuya sola idea me resultaba tan detestable que, enfurecida a la par contra mí misma y contra él, no sabía cómo mostrar mi desprecio y mi indignación.

Interpretando equivocadamente la causa de mi alteración, el señor Dudley Ruthyn emitió una risita melosa, de una insufrible melosidad.

—Y algo tengo yo que llevarme a cambio, chica. «Honrarás a tu padre», ya sabes. No querrás que desobedezca al gobernador... No, seguro que no quieres, ¿verdad?

Le lancé una mirada con la que esperaba poner coto a su impertinencia, pero me ruboricé de modo aún más irritante y violento que nunca.

—Al condado le volvería la espalda, eso es lo que yo haría —exclamó con condescendiente entusiasmo—. Eres guapísima, Maud, sí que lo eres. No sé qué me pasó la otra noche cuando el gobernador me dijo que te besara; pero ¡maldita sea!, ahora no me lo vas a negar, y voy a besarte a pesar de tus rubores.

Saltó de su elevado asiento en el aparador y se me acercó contoneándose, con una odiosa mueca sonriente y los brazos extendidos. Me puse rápidamente en pie, por completo fuera de mí a causa de la ira.

—¡Maldita sea! ¡Cualquiera diría que me va a dar de puñetazos! —se rió entre dientes, divertido—. Ven aquí, Maud. ¿No vas a ponerte de malas pulgas, verdad? Después de todo, no es más que nuestro deber. El gobernador nos pidió que nos besáramos, ¿no?

—¡Quieto! ¡Quieto, señor! ¡Retírese o llamaré a los criados!

Y, sin más, me puse a llamar a Milly a gritos.

—¡Esto es lo que ocurre siempre con este ganado! No sabéis nunca lo que queréis —dijo, malhumorado—. ¡Menudo escándalo que estás armando! ¡Y todo por querer jugar un poquitín! ¡Nadie te está haciendo daño! ¿Verdad que no? ¡Yo no, al menos, eso desde luego!

Y, con una risita rabiosa, se dio media vuelta y se marchó de la habitación.

Pienso que me asistía un perfecto derecho a resistirme con toda la vehemencia de que fuera capaz contra aquel intento de dar por sentada una intimidad que, no obstante la opinión contraria de mi tío, me parecía cosa semejante a un ultraje.

Milly me encontró sola... no asustada, pero sí enfadadísima. Había decidido quejarme a mi tío, pero el cura todavía estaba con él y, cuando se marchó, yo ya estaba más serena. Me había vuelto el temeroso respeto a mi tío. Me imaginé que consideraría todo el asunto como una mera y juguetona comedia galante. Así pues, y con la cómoda convicción de que mi primo se había llevado una lección y se lo

pensaría dos veces antes de repetir su impertinencia, decidí, con la aprobación de Milly, dejar las cosas como estaban.

Dudley, para mi tranquilidad, estaba ofendido conmigo y apenas se dejó ver, y, cuando lo hizo, se mostró enfurruñado y silencioso. Me puse a anticipar placenteramente su marcha, que, en opinión de Milly, se produciría pronto.

Mi tío tenía la Biblia y sus consuelos, pero para aquel viejo *roué*, no obstante su conversión —para aquel refinado hombre de mundo—, no podía resultar agradable ver a su hijo crecer como un marginado, un Tony Lumpkin^[40], pues, pensara lo que pensara acerca de sus cualidades naturales, por fuerza había de tener conciencia de que no era otra cosa que un palurdo.

Estoy tratando de recordar las impresiones que en aquel tiempo me producía el carácter de mi tío. Su imagen se alza en medio de una caótica grisura: cabeza de plata, pies de barro. Todavía le conocía poco.

Comencé a percatarme de que mi tío era eso que Mary Quince solía llamar «una persona horriblemente rara»..., algo egoísta e impaciente, supongo. De Liverpool solían mandarle cajas de tortugas de mar. Bebía, por motivos de salud, clarete y vino del Rin, y comía becasas y otras saludables exquisiteces, por los mismos motivos; y era quisquilloso y enojadizo en cuanto a la manera de guisarlas y en lo que se refiere al aroma y claridad de su café.

Su conversación era fácil, culta y, con un barniz sentimental, fría; pero a través de esta charla artificial, con sus rimas francesas, frases chispeantes y fluida elocuencia, a intervalos brillaba súbitamente, como una furiosa ráfaga de luz, algún lúgubre pensamiento religioso. Jamás pude tener enteramente claro si dichos pensamientos eran pura afectación o si, por el contrario, eran genuinos, como intermitentes punzadas de dolor.

El fulgor de sus grandes ojos era muy peculiar. No me es posible compararlo a nada, salvo al intenso brillo del claro de luna sobre un bruñido metal. Pero esto no puedo expresarlo. Era un brillo blanco y repentino... casi fatuo. Siempre que lo veía, pensaba en los versos de Moore:

Oh vosotros, los muertos, a los que conocemos por la luz que nos dais desde vuestros gélidos, resplandecientes ojos... ¡Diríase que alentáis!

En ninguna otra mirada he visto jamás, ni por asomo, el mismo funesto resplandor. Sus ataques —aquel revoloteo suyo entre la vida y la muerte, entre la cordura y la insania— constituían asimismo un dudoso existir, como el fuego que brota en una ciénaga... ¡Horrible espectáculo!

Me sentía perpleja hasta en mi intento de comprender sus sentimientos por sus hijos. A veces me parecía que estaba dispuesto a dar su vida por ellos, mientras que en otras ocasiones les dirigía miradas y palabras casi de odio. Hablaba como si tuviera siempre presente la idea de la muerte, y, sin embargo, su interés por la vida era terrible, aunque en apariencia dormitara para olvidar las heces de su pasada existencia a la vista de un ataúd.

¡Oh, tío Silas, antaño tremenda figura que arde siempre en la memoria bajo los mismos espantables resplandores! ¡El hierático y blanco rostro del desprecio y la angustia! Es como si la Dama de Endor^[41] me hubiera llevado a aquella estancia y me hubiese mostrado un espectro.

Aún no se había marchado Dudley de Bartram-Haugh, cuando me llegó una breve nota de lady Knollys, la cual decía:

«Queridísima Maud: por este mismo correo he enviado a Silas una carta en la que le suplico me haga el préstamo de vuestra presencia, la tuya y la de mi prima Milly. No veo qué motivo pueda tener tu tío para rechazar esta súplica, así que confío en veros a las dos en Elverston mañana, donde os quedaréis por lo menos una semana. Apenas tengo a nadie que presentaros. Unas cuantas visitas me han dado un chasco; pero en otra ocasión tendremos la casa más alegre. Dile a Milly —junto con todo mi cariño— que si no viene contigo no se lo perdonaré.

Con todo el cariño de tu prima,

Mónica Knollys».

Tanto Milly como yo nos temíamos que el tío Silas se negara a dar su consentimiento, si bien nos resultaba imposible adivinar razón alguna de peso para semejante negativa, habiendo, por el contrario, muchas a favor de que el padre de Milly mejorase las oportunidades que ésta tenía de ver a alguna persona de su propio sexo por encima de la categoría de domésticas.

A eso de las doce mi tío nos mandó llamar, dándonos la gran alegría de anunciarnos su consentimiento y desearnos una excursión muy feliz.

CAPÍTULO XLII

ELVERSTON

Así pues, al día siguiente Milly y yo atravesábamos en coche la Calle Mayor de Feltram, con sus gabletes y aleros. A la puerta de El Penacho de Plumas vimos a mi benévolo primo fumando con un hombre que parecía un mozo de cuadras. Al pasar por delante de ellos yo me eché hacia atrás y Milly sacó la cabeza por la ventanilla.

—Que me maten —dijo riendo— si no tenía el pulgar en la nariz y el meñique hecho un ovillo, como suele hacer con la vieja Wyat..., L' Amour, ya sabes; y seguro que estaba diciendo algo divertido, pues Jim Jolliter se estaba riendo, con la pipa en la mano.

—Ojalá no le hubiera visto, Milly. Siento como si fuera de mal agüero. Siempre parece enfadado, y me figuro que nos ha deseado alguna desgracia —dije.

—No, no, tú no conoces a Dudley; si estuviera enfadado no diría nada divertido; no, no está ofendido, sólo de mentirijilla.

El paraje por el que estábamos pasando era muy bonito. La carretera nos llevaba a través de un estrecho y boscoso hocino. ¡Qué bocetos de raíces retorcidas y peñascos cubiertos de hiedra! Solitario, un arroyuelo dejaba oír su murmullo en la cañada. ¡Pobre Milly! A su extraño modo, resultaba una buena compañía. A veces se me ha ocurrido que el gozo del paisaje no es tanto una aptitud como una adquisición. ¡Es tan exquisito en las personas cultas, y en las incultas brilla tan extrañamente por su ausencia! Pero sin duda en Milly constituía algo innato y sincero, de modo que era capaz de entender mis embelesos y corresponderlos.

A continuación nuestro coche se puso a rodar por uno de esos hermosos páramos de Derbyshire, para desembocar en una amplia cañada boscosa, desde donde nuestros ojos se posaron por primera vez sobre los bonitos aleros de la casa de la prima Mónica, embellecida por ese indescriptible aire de refugio y comodidad propio de una antigua mansión residencial inglesa, rodeada de añosos árboles y con ese algo, en su aspecto, de primorosos tiempos pretéritos y fiestas de antaño, un algo que, triste pero afablemente, dice: «Entrad, os doy la bienvenida. Durante doscientos años, o más, he sido el hogar de esta antigua y bienamada familia, cuyas generaciones he visto en la cuna y en el ataúd, y cuyas alegrías y tristezas, y cuya hospitalidad, recuerdo. Todos sus amigos, al igual que vosotros, fueron bien acogidos; y vosotros, al igual que ellos, gozaréis aquí de las cálidas ilusiones que engañan la triste condición de ser mortal; y, como ellos, vosotros os marcharéis y otros os sucederán

hasta que al final también yo me rendiré a la ley general de la decrepitud, y desapareceré».

Llegado este momento, la pobre Milly se había puesto muy nerviosa, estado que ella describió con tan estrafalaria fraseología que, bien a mi pesar —dado que yo solía adoptar una impresionante seriedad cuando le aleccionaba sobre su modo de hablar—, me hizo estallar en carcajadas.

Debo mencionar, sin embargo, que en ciertos importantes extremos Milly se había reformado de modo muy esencial. Su atuendo, aunque no muy a la moda, no era ya absurdo. Y yo la había instruido para que hablase y riese sin alzar la voz. Para todo lo demás, mi confianza estaba puesta en la indulgencia, la cual, pienso, más honesta y fácilmente es obtenida por las personas de buena cuna que por las de baja condición.

Cuando llegamos, la prima Mónica estaba ausente, pero nos encontramos con que había preparado una habitación con dos camas para mí y para Milly, lo que nos puso muy contentas; en cuanto a la buena de Mary Quince, fue colocada en un cuartotocador contiguo.

Acabábamos de iniciar nuestro aseo, cuando nuestra prima entró, animadísima, como de costumbre, a darnos la bienvenida y muchos, muchos besos. La verdad es que se mostraba encantada, pues había imaginado alguna estratagema o evasiva para impedir nuestra visita; y, de acuerdo con su habitual modo de ser, se puso a hablarle a la pobre Milly del tío Silas con la misma franqueza con que solía hablarme a mí de mi querido padre.

—Creí que no os dejaría venir sin que antes hubiera una batalla, y ya sabéis que si le hubiese dado por ponerse terco no habría sido fácil sacaros de ese recinto encantado, que eso es lo que parece, con ese viejo y horrible hechicero en medio. Me refiero a Silas, tu papá, querida mía. Con el corazón en la mano: ¿es que no se parece mucho a Michael Scott?

—No le he visto nunca —contestó la pobre Milly—. Al menos, que yo sepa —añadió, dándose cuenta de que Mónica y yo nos sonreíamos—. Pero lo que sí creo es que se parece un poquitín a Michael Dobbs, el que vende los hurones, ¿tal vez te refieres a él?

—Pero bueno, tú me dijiste, Maud, que Milly y tú estabais leyendo los poemas de Walter Scott. Bueno, no importa. Michael Scott, querida mía, era un hechicero muerto, con el pelo blanquísimo, plateado, quien desde hacía muchísimos años estaba en su tumba, aunque le quedaba vida suficiente para fruncir el entrecejo cada vez que le quitaban su libro; lo encontrarás en la *Balada del último trovador*; igualito que tu papá, querida mía. Por cierto que mi gente me ha dicho que esta semana han visto a tu hermano por Feltram, bebiendo y fumando. ¿Cuánto tiempo va a quedarse en la casa? Supongo que no mucho, ¿eh? ¡Y no te habrá estado haciendo el amor!, ¿eh, Maud, querida? Bueno, ya veo que sí, por supuesto. Y *à propos* de hacer el amor, espero que esa criatura sin decoro, Charles Oakley, no te habrá molestado con notas o versitos.

—¡Ya lo creo que sí! —la atajó la señorita Milly, lo cual me resultó harto fastidioso, ya que no veía yo ninguna razón especial para depositar sus versos en las manos de la prima Mónica. Confesé, así pues, los dos pequeños ejemplares de versos, puntualizando, sin embargo, que ignoraba de quién procedían.

—Pero vamos a ver, querida Maud, ¿es que no te he dicho ya más de cincuenta veces que con ése no tienes nada que hablar? He averiguado, querida, que juega y que está muy endeudado. Y he jurado no volver a pagar por él. He sido muy tonta, no tienes ni idea; ya ves que hablo contra mí misma; ¡sería un alivio tan grande si encontrara una esposa que lo mantuviese! Según me han dicho está muy zalamero con una solterona rica..., la hermana de un fabricante de botones de Manchester.

Este dardo estaba bien lanzado.

—Pero no te asustes: tú eres más rica y más joven, y sin duda tendrás tu oportunidad primero, querida; y mientras tanto me atrevo a decir que los versitos esos están haciendo un servicio doble, como los *billet-doux* de Falstaff, ya sabes.

Me reí, pero la fabricante de botones me producía una secreta turbación; y no sé lo que habría dado por que el capitán Oakley se encontrase en la casa y así pudiera yo tratarle con el refinado desdén que sus merecimientos y mi dignidad exigían.

La prima Mónica se ocupó de lo concerniente al atuendo de Milly y resultó una doncella muy útil, charlando sin parar y a su manera mientras le ayudaba, hasta que, finalmente, dio a Milly un toquecito con el dedo bajo la barbilla y dijo, muy complacida:

—Creo que lo he logrado, señorita Milly; mírese en el espejo. Realmente es una criatura preciosa.

Y Milly se ruborizó y se miró con tímida complacencia, lo que la hizo parecer aún más bonita.

La verdad es que Milly era muy guapa. Ahora que sus vestidos eran de la largura habitual, parecía mucho más alta. Era, eso sí, un poco llenita, pero hermosa, con bellos ojos azules y abundante cabello.

—Cuanto más te rías, mejor, Milly, porque tienes unos dientes muy bonitos... mucho; si fueras mi hija, o si tu padre se convirtiera en presidente del colegio de hechiceros y te entregara a mí, me atrevo a decir que te colocaría divinamente; y aun siendo las cosas como son, hemos de intentarlo, querida mía.

Acto seguido bajamos al salón, en el que hicimos nuestra entrada conducidas por la prima Mónica, que nos llevaba a cada una de una mano.

En aquel momento las cortinas estaban echadas y el salón dependía del agradable resplandor de la lumbre y de la exigua iluminación provisional previa, habitualmente, a la cena.

—He aquí a mis dos primas —comenzó lady Knollys—, ésta es la señorita Ruthyn, de Knowl, a la que me tomo la libertad de llamar Maud; y ésta es la señorita Millicent Ruthyn, la hija de Silas, ya saben, a quien me aventuro a llamar Milly; ambas son muy guapas, como verán cuando tengamos un poco más de luz, y ellas lo

saben muy bien.

Y, mientras Mónica hablaba, una dama de mirada franca, porte exquisito y considerable belleza, no tan alta como yo pero con un semblante muy acogedor, se levantó, dejando a un lado el libro de estampas que estaba mirando y, sonriente, nos cogió de la mano.

Distaba de ser joven, según mi estimación de la juventud en aquel entonces —habría cumplido ya los treinta, supongo—, y tenía un aire muy tranquilo, amable y simpático. Estaba claro que nunca había sido una mera dama del gran mundo, pero poseía el aplomo y el lustre de la mejor sociedad, y pareció interesarse amablemente tanto por Milly como por mí; la prima Mónica a veces la llamaba Mary, y otras Polly. Por el momento era todo cuanto sabía de ella.

El tiempo, así pues, transcurrió muy agradablemente, hasta que sonó la campanilla que anunciaba la hora de vestirse, y nos marchamos apresuradamente a nuestra habitación.

—¿He dicho algo que esté muy mal? —preguntó la pobre Milly, colocándose justo enfrente de mí, tan pronto como se cerró la puerta.

—Nada, Milly; lo estás haciendo admirablemente.

—Tengo aspecto de ser una grandísima estúpida, ¿verdad? —inquirió Milly.

—Estás preciosa, Milly, y no tienes el más mínimo aspecto de ser una estúpida.

—Me fijo en todo. Pienso que acabaré aprendiendo, pero al principio la cosa es un poco difícil; esas personas hablan de modo muy diferente a como yo estaba acostumbrada..., en esto tenías toda la razón.

Cuando regresamos al salón nos encontramos con que la reunión estaba ya formada y todo el mundo se hallaba conversando, como era evidente, en medio de una gran animación.

El médico del pueblo, cuyo nombre no recuerdo —un hombre pequeño, de pelo cano y penetrantes ojos grises, nariz pronunciada y del color de las moras, cuya conflagración se extendía hasta sus recias mejillas, rozándole el mentón y la frente—, estaba charlando, sin duda plenteramente, con Mary, como la prima Mónica llamaba a su invitada.

Milly me susurró por encima de mi hombro:

—El señor Carysbroke.

Y así era, en efecto: aquel caballero que conversaba con lady Knollys, el codo apoyado sobre la repisa de la chimenea, era el mismo al que conocimos en el Bosque del Molino de Viento. Al instante nos reconoció y vino hacia nosotras con su sonrisa atenta e inteligente.

—Justo en este momento estaba tratando de describir a lady Knollys ese paraje encantador que es el Bosque del Molino de Viento, en el cual tuve la suerte de conocerla, señorita Ruthyn. Ni siquiera en este hermoso condado conozco nada más bonito.

Y a continuación hizo, por así decirlo, un boceto con unas pocas y leves pero

ardorosas palabras.

—¡Qué paraje tan dulce! —dijo la prima Mónica—. Nótese, sin embargo, que Maud jamás me ha llevado por allá. Imagino que lo reserva para sus aventuras románticas; y en cuanto a ti, Ilbury, eres muy benévolo y todas esas cosas, pero no estoy del todo segura de que hubieras atravesado aquel estrecho parapeto sobre un río para visitar a una vieja enferma, de no haber sido porque el azar quiso que vieras a dos preciosas *demoiselles* al otro lado.

—¡Qué malvado discurso! O bien debo renunciar a mi naturaleza propensa a la desinteresada benevolencia, tan justamente admirada, o bien desautorizar una motivación que tan infinito crédito otorga a mi buen gusto —exclamó el señor Carysbroke—. Pienso que una persona caritativa habría dicho que un filántropo, en ejercicio de su virtuosa pero peligrosa vocación, inesperadamente se vio recompensado por la visión de unos ángeles.

—Y con esos ángeles se puso a malgastar el tiempo que debería haber sido dedicado a la buena Madre Hubbard^[42], en pleno ataque de lumbago, y regresó sin haber llegado a ver a esa afligida cristiana, para asombrar a su digna hermana con sus balbuceos poéticos acerca de las ninfas del bosque y otras impiedades paganas por el estilo —replicó lady Knollys.

—Bueno, sé justa —respondió él, riendo—. ¿Acaso no acudí al otro día y vi a la paciente?

—Sí, al día siguiente fuiste por la misma ruta... en pos de las dríades, me temo... y fuiste recompensado con el espectáculo de Madre Hubbard.

—¿Nadie saldrá en auxilio de un hombre humanitario en apuros? —exclamó el señor Carysbroke en tono suplicante.

—Creo firmemente —dijo la dama que hasta ese instante conocía tan sólo por el nombre de Mary— que lo dicho por Mónica es perfectamente cierto, palabra por palabra.

—Y, siendo así, ¿acaso no me hallo tanto más necesitado de ayuda? La verdad es simplemente el género más peligroso de difamación que hay; pienso que estoy siendo perseguido del modo más cruel.

En aquel instante fue anunciada la cena, y un manso y atildado hombrecillo, clérigo de profesión, con las mejillas tersas y sonrosadas y el pelo peinado con la raya en medio, a quien todavía no había visto, surgió de las sombras.

El hombrecillo fue asignado a Milly, el señor Carysbroke a mí, y no sé cómo el resto de las damas se dividieron entre sí al médico.

Aquella cena, la primera en Elverston, la recuerdo como una velada muy agradable. Todo el mundo hablaba..., era imposible que la conversación languidciese allí donde lady Knollys se hallaba presente; y el señor Carysbroke estuvo muy gentil y divertido. Al otro lado de la mesa, según observé encantada, el sonrosado curita no cesaba de perorar, con modesta soltura y en voz baja, a Milly, la cual seguía mis instrucciones a rajatabla, de suerte que, al hablar, lo hacía en voz tan

baja que, desde enfrente, apenas si podía yo oír una sola palabra de lo que estaba diciendo.

Aquella noche, mientras Milly y yo charlábamos en nuestro cuarto al amor de la lumbre, la prima Mónica vino a visitarnos, y yo le dije:

—Justo en este momento le estaba diciendo a Milly la impresión que ha causado. Ese guapo curita..., *il en est épris*..., es evidente que se ha prendado de ella. Me figuro que el domingo que viene su sermón versará sobre algunos de los dichos del rey Salomón acerca del irresistible poderío de las mujeres.

—Sí —dijo lady Knollys—, o quizá sobre ese sensato texto: «Aquel que encuentra una esposa, encuentra algo bueno, y es favorecido», etc.^[43] Sea como fuere, si me lo permites, Milly, te diré que aquella que encuentra un marido como el curita, encuentra algo tolerablemente bueno. Es una criaturita ejemplar, hijo segundo de sir Harry Biddlepen, con una pequeña renta propia e independiente, además de sus ingresos eclesiásticos de noventa libras al año; no creo yo, la verdad, que pueda hallarse en sitio alguno otro maridito más inofensivo y dócil que éste; por cierto, señorita Maud, que usted también parecía interesadísima.

Me reí y me puse colorada, supongo. Y la prima Mónica, cambiando bruscamente de tema, según su costumbre, dijo, a su manera franca y peculiar:

—Y, ¿cómo ha estado Silas?... no enfadado, espero, ni muy estrafalario. Ha corrido el rumor de que tu hermano Dudley se había ido a la India como soldado, o a algún otro lugar; pero no eran más que habladurías, pues ha hecho su aparición como de costumbre. ¿Qué piensa hacer consigo mismo? Ahora tiene algún dinero... el del testamento de tu pobre padre, Maud. Sin duda sus propósitos no serán los de pasarse la vida holgazaneando y fumando entre cazadores furtivos, púgiles y gentes de peor ralea. Debería irse a Australia, como Thomas Swain, del que se dice que está haciendo una fortuna..., un fortunón..., y que piensa regresar a casa. Esto es lo que debería hacer tu hermano Dudley, si es que tiene mollera o espíritu; pero supongo que no lo hará..., hace demasiado tiempo que está abandonado a la ociosidad y las malas compañías..., y de aquí a uno o dos años no le quedará ni un chelín. Me pregunto si sabe que su padre ha enviado una nota o algo así al doctor Bryerly, indicándole que le pague ¡a Dudley! seiscientas libras del pobre Austin, y diciendo que él ha pagado deudas del joven y que conserva los pagarés por esa suma. Dentro de un año ese muchacho no tendrá ni una guinea, si se queda aquí. Daría cincuenta libras por que estuviera en el país de Van Diemen^[44]..., y no es que a mí me importe el cachorro, Milly, más de lo que tú me importas; pero es que, de veras, no veo que aquí en Inglaterra tenga nada honrado que hacer.

Milly, mientras lady Knollys seguía perorando, permanecía boquiabierta, sumida en la más absoluta perplejidad.

—Es preciso que cuando vuelvas a Bartram no digas nada de todo esto, ¿te das cuenta, Milly?, pues Silas te impediría que estuvieras de nuevo conmigo, si pensara que hablo con tanta franqueza; pero no puedo remediarlo: así que has de prometerme

que serás más discreta que yo.

»Y me han dicho que están a punto de serle planteadas toda suerte de reclamaciones, ahora que, según se piensa, tiene algún dinero; y, tal y como le han contado al doctor Bryerly, está talando robles y vendiendo la corteza, en ese Bosque del Molino de Viento, y que tiene allí hornos para hacer carbón vegetal y que ha cogido a, un tipo de Lancashire que entiende de eso... Hawk, o algo parecido.

—¡Eso es, Hawkes... Dickon Hawkes! Ese es Pegtop, ¿sabes, Maud? —dijo Milly.

—Bueno, me lo figuro; pero es un tipo de muy mal carácter, dice el doctor Bryerly, quien ha escrito al señor Danvers poniéndole al corriente del asunto... porque eso es lo que llaman devastación, el talar árboles y vender la madera y la corteza de los robles, y quemar los sauces y otros árboles para hacer carbón vegetal. Todo esto es devastación, y el Dr. Bryerly está a punto de poner coto a todo ello. ¿Ha hecho que te traigan tu coche, Maud, y tus caballos? —preguntó de pronto la prima Mónica.

—Todavía no han llegado, pero Dudley dice que llegarán dentro de unas semanas sin falta...

La prima Mónica lanzó una risita y meneó la cabeza.

—Sí, Maud, el coche y los caballos estarán siempre a punto de llegar dentro de unas semanas, hasta el fin de los tiempos; y mientras tanto la vieja silla y caballos de posta harán su buen servicio —dijo, volviendo a reír otro poco.

—Por eso es por lo que el portillo de la cerca está arrancado, supongo; y la «Guapa»... Meg Hawkes, quiero decir..., está puesta allí para impedirnos que pasemos, pues a menudo vi salir humo más allá del molino de viento —comentó Milly.

La prima Mónica escuchó con interés, asintiendo en silencio con la cabeza.

Yo estaba escandalizadísima. Me parecía absolutamente increíble. Pienso que lady Knollys leyó en mi semblante mi asombro y mi exaltada estimación de la atrocidad de aquel proceder, pues dijo:

—Sabes bien que no podemos condenar del todo a Silas hasta no haberle escuchado lo que tenga que decir. Puede haberlo hecho por ignorancia; o puede incluso que tenga derecho.

—Muy cierto. Puede que tenga derecho a talar árboles en Bartram-Haugh. Sea como fuere, estoy segura de que él cree tenerlo —repetí como un eco.

El hecho era que no quería confesarme a mí misma una sospecha a propósito del tío Silas. A ese respecto, cualquier falsedad abría bajo mis pies un abismo al que no me atrevía a mirar.

—Y ahora, queridas niñas, buenas noches. Debéis de estar cansadas. Desayunamos a las nueve y cuarto..., no demasiado temprano para vosotras, lo sé.

Y, dicho esto, nos dio un beso, sonriente, y se marchó.

Tras su marcha, y durante un buen rato, tuve la mente tan desagradablemente

ocupada con las truhanerías que, según se había dicho, eran practicadas entre la densa espesura del Bosque del Molino de Viento, que de inmediato no caí en la cuenta de que había dejado de preguntarle pormenores sobre sus huéspedes.

—¿Quién será esa Mary? —preguntó Milly.

—La prima Mónica dice que está comprometida para casarse, y me parece que al doctor le oí llamarla lady Mary; mi intención era preguntarle a Mónica muchas cosas sobre ella, pero eso que nos ha dicho acerca de la tala de árboles y todo lo demás, me lo ha quitado de la cabeza. Mañana, sin embargo, tendremos tiempo de sobra para hacerle preguntas. Lo que sí sé es que me resulta muy simpática.

—Pues yo lo que creo —dijo Milly— es que con quien se va a casar es con el señor Carysbroke.

—¿Eso piensas? —dije yo, acordándome de que después del té Carysbroke había estado más de un cuarto de hora sentando al lado de ella, conversando de forma íntima y en voz baja—; ¿tienes algún motivo concreto para pensarlo? —preguté.

—Bueno, la oí llamarle a él una o dos veces «querido», y tutearle, igual que lady Knollys, quien, me parece, le llama Ilbury..., y además a él le vi darle a ella un besito cuando ella subía al piso de arriba.

Me reí.

—Bueno, Milly —dije—, yo misma observé algo, pensé, parecido a relaciones íntimas, pero si realmente les has visto darse un beso en las escaleras, la cuestión queda completamente zanjada.

—Sí, chica.

—No debes decir «chica».

—Bueno, pues «Maud», entonces. Los vi de reojo, vuelta de espaldas, cuando ellos no se pensaban que yo estuviera espiando. Los vi como te estoy viendo a ti ahora.

De nuevo me reí, pero sentí una extraña punzada de dolor..., entre la mortificación y la pesadumbre; sin embargo sonreí muy alegremente mientras me miraba en el espejo, desvistiéndome para acostarme.

—¡Maud... Maud... voluble Maud!... ¡De modo que el capitán Oakley ya está desplazado, y el señor Carysbroke... oh, humillación..., comprometido! —me dije, sin dejar de sonreír, pero fastidiadísima. Y, temerosa de haber escuchado a este impostor con interés demasiado aparente, me puse a cantar los versos de una cancioncilla alegre e intenté pensar en el capitán Oakley, el cual, de algún modo, se había convertido en un ser bastante tonto.

CAPÍTULO XLIII

NOVEDADES A LA ENTRADA EN BARTRAM

GRACIAS a nuestras madrugadoras costumbres de Bartram, Milly y yo fuimos las primeras en bajar a la mañana siguiente, y en cuanto apareció la prima Mónica, la atacamos.

—Así que lady Mary es la novia del señor Carysbroke —dije muy sagazmente—. Pues la verdad, pienso que has sido muy mala al tratar de implicarme ayer en un flirteo con él.

—¿Y quién te ha dicho a ti eso? —preguntó lady Knollys con una risita bienhumorada.

—Milly y yo lo hemos descubierto. Tan sencillo como que estamos aquí —respondí.

—Pero tú no flirteaste con el señor Carysbroke, Maud. ¿O es que sí lo hiciste? —preguntó.

—No, por supuesto que no, pero si no lo hice no fue gracias a ti, malvada, sino a mi discreción. Y ahora que sabemos tu secreto, tienes que contarnos todo lo que sepas sobre ella y sobre él. En primer lugar, ¿cuál es su nombre..., lady Mary qué? —inquirí.

—¡Quién iba a pensar que fueseis tan astutas! ¡Dos señoritas rurales..., dos monjitas de los claustros de Bartram! Bien, supongo que habré de responder. Resulta vano tratar de ocultaros nada. Pero ¿cómo diantre lo habéis averiguado?

—Te lo diremos enseguida, pero primero has de decirnos quién es ella —insistí.

—Lo haré, desde luego, pero sin apremios. Es lady Mary Carysbroke —dijo lady Knollys.

—Pariente del señor Carysbroke —aseveré.

—Sí, pariente. Pero ¿quién te ha dicho a ti que él era el señor Carysbroke? —preguntó la prima Mónica.

—Me lo dijo Milly cuando lo vimos en el Bosque del Molino de Viento.

—Y ¿quién te lo dijo a ti, Milly?

—Fue L'Amour —contestó Milly, con sus azules ojos muy abiertos.

—¿Qué quiere decir esta niña con eso de «L'Amour»? No querrás decir «amor» —exclamó lady Knollys, perpleja a su vez.

—Me refiero a la vieja Wyatt; ella fue quien me lo dijo, y el gobernador.

—No debes decir eso —la atajé.

—¿Quieres decir tu padre? —sugirió lady Knollys.

—Pues sí; mi padre se lo dijo a ella, y así fue como lo supe.

—¿Qué se traía Carysbroke? —exclamó lady Knollys, riendo, por así decirlo, en un soliloquio—. Recuerdo ahora que no llegué a mencionar su nombre. Él os reconocio a vosotras, y vosotras a él al entrar ayer en el salón. Pero ahora tenéis que decirme cómo habéis descubierto que lady Mary y él van a casarse.

Milly, así pues, volvió a declarar sus pruebas, y lady Knollys se echó a reír de buenísima gana y dijo:

—¡Van a quedarse de una pieza! Pero les está bien merecido. Y no olvidéis que yo no he dicho lo que acabo de decir.

—¡Oh, te absolvemos!

—¿Sabéis una cosa? Pues que en mi vida había visto un par de chicas, si bien se mira, tan solapadas y peligrosas como vosotras —exclamó lady Knollys—. No hay nada como conspirar en vuestra presencia. ¡Buenos días, espero que hayan dormido bien!

Estas palabras iban dirigidas a la dama y el caballero, quienes justo en aquel momento entraban en el salón procedentes del invernadero.

—Difícil será que esta noche durmáis igual de bien, cuando os hayáis enterado de los ojos que os persiguen. He aquí a dos muy lindos detectives que han descubierto vuestro secreto y, exclusivamente a causa de vuestra imprudencia y de su propia sagacidad, se ha averiguado que sois una pareja comprometida para casarse y a punto de ratificar vuestros votos ante el altar de Himeneo. Os aseguro que no he sido yo quien lo ha revelado, sino vosotros mismos quienes os habéis traicionado. Si andáis charlando por los sofás de modo tan confidencial y subrepticamente os tuteáis y, de hecho, os besáis al pie de las escaleras mientras las está subiendo un sagaz detective que en apariencia os está dando la espalda, no os queda sino apenar con las consecuencias y salir prematuramente a la luz pública como el héroe y la heroína de la próxima gacetilla del *Morning Post*.

Milly y yo estábamos horriblemente azoradas, pero la prima Mónica se hallaba decidida a situarnos a todos en los términos menos formales posibles, y creo que había empezado a hacerlo del modo adecuado.

—Y ahora, chicas, voy a hacer un contradescubrimiento que, me temo, entra un poco en conflicto con el vuestro. Aquí el señor Carysbroke es lord Ilbury, hermano de la aquí presente lady Mary; y la culpa es por entero mía al no haber hecho los honores mejor; pero ya veis qué sagaces casamenteras son estas criaturas.

—No pueden imaginarse lo halagado que me siento de haber sido objeto de una teoría, aunque esté equivocada, por parte de la señorita Ruthyn.

Luego, una vez que se nos hubo pasado nuestro pequeño sofoco, Milly y yo, al igual que los demás, nos pusimos muy alegres y llegamos a intimar muchísimo más aquella mañana.

Pienso que, en conjunto, aquellos días fueron los más agradables y felices de mi

vida. En la casa una compañía alegre, inteligente y amable; y por el condado excursiones deliciosas..., a veces a caballo y otras en coche..., hasta lugares alejados y de gran belleza. Por las tardes se alternaban la música, la lectura y la animada conversación. De vez en cuando llegaba un visitante para pasar uno o dos días, y constantemente se dejaba caer por allí algún vecino del pueblo o sus dependencias. De éstos no recuerdo sino a la vieja señorita Wintletop, la más amena de las solteronas rústicas, con sus lindos encajes y grueso satén, y su cara redondita y cordial —una mujer guapa, imagino, en otros tiempos, aunque ahora encanecida, pero amable—, la cual contaba unas viejas historias deliciosas del condado en la época de sus padres y sus abuelos, y se conocía el linaje de cada una de las familias que lo habitaban y era capaz de enumerar todos los duelos y fugas de parejas; y darnos retazos ilustrativos de antiguos sueltos electorales aparecidos en la prensa o frases de epitafios, y decir dónde exactamente los salteadores de caminos habían cometido sus robos en los viejos tiempos, y cómo habían salido parados los delincuentes tras el juicio; y, sobre todo, dónde y de qué modo se habían dejado ver los duendes y elfos del condado, desde el mozo de posta fantasma, que cada tres noches atravesaba el Páramo de Windale por la antigua carretera, hasta el viejo y gordinflón espectro, vestido de terciopelo color de mora, que, a la luz de la luna, mostraba su enorme cara, su muleta y sus rizos desde la ventana ojival del antiguo palacio de justicia demolido en 1803.

Es imposible hacerse idea de las gratas veladas que pasamos en esa compañía, de cuán rápidamente mejoró, entre aquellas personas, mi buena prima Milly. Recuerdo muy bien la tensa incertidumbre con la que ella y yo estuvimos esperando la respuesta de Bartram-Haugh a la solicitud que hiciera nuestra cariñosa prima Mónica, en el sentido de que se viera prolongado nuestro permiso de ausencia.

La respuesta llegó, con una nota del tío Silas, la cual era curiosa y, por eso, hela aquí reproducida:

«Mi querida lady Knollys: a tu amable respondo afirmativamente (esto es, por una semana, no por dos) con todo mi corazón. Me alegra enterarme de que mis estorninas charlan tan plenteramente. De todos modos su estribillo no puede ser el de Sterne. Pueden salir, y así lo hacen, y seguirán haciéndolo tanto como les plazca. No soy ningún carcelero y no encierro a nadie salvo a mí mismo. Siempre he pensado que los jóvenes tienen demasiada poca libertad. Mi principio ha sido hacer de ellos, desde el comienzo, unos hombrecitos y mujercitas libres. En lo moral, y en lo intelectual más de lo que toleramos, es la autoeducación lo que, en conjunto, perdura; y la misma no empieza sino allí donde termina la represión. Tal es mi teoría. Mi práctica es coherente. Que se queden una semana más, como tú dices. Los caballos estarán en Elverston el martes 7. Hasta su regreso estaré más triste y solitario que de costumbre, de modo que, te lo ruego egoístamente, no prolongues su

ausencia. Te sonreirás recordando lo poco que mi salud me permite verlas incluso cuando están en casa, pero, como Chaulieu dice tan bellamente..., estúpido de mí, se me han olvidado las palabras, pero el sentido es éste: “Aunque ocultas por una selvática e impenetrable muralla de hojas (el autor se halla persiguiendo a sus ninfas predilectas por los pasadizos y vericuetos de un rústico laberinto), sin embargo vuestras canciones, vuestras charlas y vuestras risas, débiles y remotas, inspiran mi fantasía; y, a través de mis oídos, veo vuestras invisibles sonrisas, vuestros rubores, vuestros mechones al viento y vuestros marfileños pies; y así, aunque triste, soy feliz y, aunque solo, en compañía”... Tal es mi caso.

»Tan sólo una petición y termino. Te ruego que les recuerdes una promesa que me hicieron. El Libro de la Vida..., el manantial de la vida... de él hay que abreviar día y noche, so pena de que expire la vida espiritual de esas dos muchachas.

»Bien, que el cielo te bendiga y te guarde, mi querida prima; te suplico transmitas el testimonio de mi cariño a mis bienamadas sobrina e hija, y tú cuenta con el sempiterno afecto de

Silas Ruthyn».

La prima Mónica, con una sonrisa retozona, dijo:

—Ya veis lo que tenéis, chicas: a Chaulieu y a los evangelistas; al coplero francés en sus pasadizos y a Silas en el valle de la sombra de la muerte; perfecta libertad y perentorias órdenes de regresar en una semana... Cada cosa ilustra la otra. ¡Pobre Silas! No me parece a mí que ahora, en su vejez, le siente bien su religiosidad.

A mí la carta me gustó bastante. Mantenía una dura lucha por pensar bien de él, y la prima Mónica lo sabía; en realidad, creo que si yo no hubiese estado por medio, Mónica habría sido, a menudo, menos severa con él.

Uno o dos días más tarde, hallándonos todos muy a gusto, sentados en torno a la mesa del desayuno mientras el sol lucía sobre el paisaje invernal, de pronto la prima Mónica exclamó:

—Se me olvidaba deciros que Charles Oakley ha escrito para decir que llega el miércoles. En realidad no me apetece que venga. ¡Pobre Charlie! Me pregunto cómo consiguen esos certificados médicos. Sé que no le aqueja indisposición alguna, y mucho mejor haría quedándose con su regimiento.

¡El miércoles!... Qué extraño. Justo al día siguiente de mi marcha. Traté de aparentar una perfecta despreocupación. Lady Knollys se había dirigido más a lady Mary y a Milly que a mí, y nadie en particular me estaba mirando. No obstante, con mi habitual contumacia, sentí que me ruborizaba con unos ardores que acaso me sentaran muy bien, pero tan intolerablemente fastidiosos que, de buena gana, me habría levantado y marchado del salón, de no haber sido porque ello habría puesto las

cosas infinitamente peor. Con gusto me hubiera dado de bofetadas. Casi habría podido tirarme por la ventana.

Noté que lord Ilbury se daba cuenta de ello. Vi los ojos de lady Mary posados gravemente en mis acusicas... mentirosas mejillas, puesto que en realidad había comenzado a tener una opinión mucho menos celestial del capitán Oakley. Estaba enfadada con la prima Mónica, quien, a sabiendas de mi ruborosa flaqueza, tan inopinadamente había hecho mención de su sobrino, viéndome yo amarrada a la silla por la etiqueta, de cara a la ventana y con, por lo menos, dos pares de ojos enfrente, sumamente desconcertantes. Estaba enfadada conmigo misma —enfadada en general—, rehusé con bastante sequedad un poco más de té y estuve lacónica con lord Ilbury, todo lo cual, por supuesto, era muy enojoso y estúpido; más tarde, desde la ventana de mi dormitorio, vi a la prima Mónica y a lady Mary entre las flores bajo la ventana del salón, hablando, como intuitivamente sabía, de aquel pequeño incidente. Me puse delante del espejo.

—¡Odiosa, estúpida, perjura cara mía! —susurré, furiosa, al tiempo que pateaba el suelo y me propinaba una dolorosa bofetada en la mejilla—. No puedo bajar... estoy que voy a llorar..., ganas me entran de volver a Bartram hoy... ¡Siempre estoy ruborizándome! ¡Ojalá ese descarado del capitán Oakley estuviera en el fondo del mar!

Tal vez estuviera pensando más en lord Ilbury de lo que me daba cuenta; y estoy segura de que si el capitán Oakley hubiera llegado aquel mismo día, le habría tratado con la más injustificable de las groserías.

No obstante aquel infortunado rubor, el resto de nuestra visita transcurrió muy felizmente para mí. Nadie que no lo haya experimentado puede hacerse idea del grado de intimidad que puede alcanzar en poco tiempo un grupo pequeño, como lo era aquel nuestro, en una casa de campo.

Por supuesto que a una joven dama en sus cabales es absolutamente imposible que nadie del sexo opuesto le importe un pepino hasta, por lo menos, tener la certidumbre de gustarle más que el mundo entero; pero, sin embargo, no podía negarme a mí misma el que me hallaba considerablemente ansiosa por saber acerca de lord Ilbury más de lo que de hecho sabía.

Sobre la mesita de mármol del salón había un *Libro de los Pares*, en su reluciente uniforme escarlata y oro, voluminoso y tentador. Tuve muchas oportunidades de consultarlo, pero nunca reuní el coraje preciso para hacerlo.

A una persona inexperta, la consulta le habría llevado varios minutos, durante los cuales, ¡qué espantoso riesgo de sorpresa y detección! Un día en que todo estaba silencioso, me aventuré y, de hecho, con el corazón palpitante, llegué incluso a encontrar las letras «II», cuando oí pasos fuera de la puerta, que estaba un poco abierta, y oí a lady Knollys, por fortuna detenida en la entrada, decir algunas frases al otro lado, con la mano aún en el picaporte. Cerré el libro como la esposa de Barba Azul pudiera cerrar la cámara de los horrores al escuchar los pasos de su marido, y

corrí sigilosamente a la parte más remota de la estancia, donde me encontró la prima Knollys en un extraño estado de agitación.

Sobre cualquier otro tema no habría dudado en interrogar a la prima Mónica, pero sobre éste, de algún modo, estaba muda. Tenía desconfianza de mí misma y temía mi odiosa costumbre de sonrojarme, siendo consciente de que ofrecería el aspecto de una horrible culpabilidad y de que me pondría tan desasosegada y rara que, razonablemente, Mónica sacaría la conclusión de que me había prendado perdidamente de él.

Tras la lección recibida y el estrecho margen por el que había escapado al sorprendimiento *in fraganti*, se puede tener la seguridad de que jamás volví a confiarme a la vecindad de aquel gordo y cruel *Libro de los Pares* que poseía el secreto, pero no quería desvelarlo sin comprometerme.

En este atormentador estado de oscuridad y conjeturas, de buena gana me habría marchado, de no haber sido porque la prima Mónica, de modo totalmente espontáneo, me alivió.

La noche anterior a nuestra marcha vino a sentarse con nosotras en nuestra habitación, para tener unas hablillas de despedida.

—¿Y qué piensas de Ilbury? —preguntó.

—Me parece inteligente y culto, y también divertido; pero a veces me da la impresión de estar muy melancólico, esto es, sólo durante unos minutos, y luego, me figuro que haciendo un esfuerzo, se une de nuevo a nuestra conversación.

—Sí. ¡Pobre Ilbury! No hace más de cinco meses que perdió a su hermano y hasta ahora no ha empezado a recobrar el ánimo un poco. Se querían mucho; la gente pensaba que iba a acceder a la sucesión del título, porque Ilbury es *difficile*, es... un filósofo, o un San Kevin; la verdad es que han empezado a tratarle como a un prematuro solterón.

—¡Qué encantadora es su hermana, lady Mary! Me ha hecho prometerle que le escribiré —dije, supongo que para demostrar..., así de hipócritas somos..., a la prima Knollys que no tenía ningún interés especial en oír hablar más de él.

—Sí, y con una gran devoción por él. Ilbury vino y se quedó en La Granja, para cambiar de ambiente, y de soledad..., lo peor que podía hacer un hombre sumido en la aflicción..., un capricho morboso, como él mismo está empezando a darse cuenta; pues está contentísimo de estar aquí y confiesa que desde que vino se encuentra mucho mejor. Sus cartas van remitidas aún a nombre del señor Carysbroke, pues pensó que si se conociera su rango, la gente del condado no habría parado de hacerle visitas y, en consecuencia, pronto se habría visto envuelto en una tediosa ronda de cenas y, al final, tendría que haberse marchado a otro lugar. Tú le viste en Bartram antes de que viniera Maud, ¿no es así, Milly?

En efecto, Milly lo había visto cuando fue a visitar a su padre.

—Pensó que, tras la aceptación del legado, y residiendo tan cerca, difícilmente podía dejar de visitar a Silas, el cual le impresionó grandemente y suscitó su interés.

Tiene mejor opinión de él..., no te enfadarás, ¿verdad, Milly?... que ciertas gentes de mala fe que podría yo nombrar; y dice que la tala de árboles al final se quedará en un mero desliz. Pero estos deslices no les suceden a los hombres inteligentes en otras cosas, y algunos se las arreglan para cometerlos siempre en beneficio propio. Pero bueno, hablemos de otras cosas. Sospecho que tú y Milly probablemente veréis a Ilbury en Bartram, pues pienso que a él le gustaría mucho.

¿Lo decía por mí solamente, o por las dos?

Nuestra agradable visita llegó a su fin. El buen curita había sido empujado por nuestra astuta y peligrosa prima Mónica a hacerse el contradicho con Milly. Era hombre de laudable formalidad, y sus flirteos avanzaban por el terreno de la teología, donde, felizmente, se habían concentrado las escasas lecturas de Milly. El rasgo más destacado de su empeño consistía en un comedido y serio interés por la ortodoxia de la pobre y guapa Milly, y yo me divertía con las referencias que ésta, cuando de noche nos retirábamos a nuestro cuarto, me hacía respecto a las cuestiones sobre las que había polemizado con él, así como con sus anhelantes informes acerca de las conferencias en voz baja mantenidas con él en una apartada otomana, donde él daba palmaditas y acariciaba su pierna cruzada mientras sonreía con ternura y meneaba, preocupado, la cabeza ante la cuestionable doctrina de Milly. La devoción y la admiración que Milly sentía por su instructor iban en aumento de día en día; entre nosotros era conocido por el «confesor» de Milly.

El día de nuestra marcha almorzó con nosotras y, en un hábil aparte, que en un lego habría resultado astuto, le regaló, al amparo de su sagrada misión, un librito con una encuadernación medieval y valiosísima, y cuyo contenido trataba, de forma que él aprobaba, de algunos de los puntos en que las opiniones de Milly no eran satisfactorias; y, sobre las guardas, Milly halló esta pequeña inscripción: «Regalo de un serio bienintencionado a la señorita Millicent Ruthyn, 1.º de diciembre de 1844». A esto seguía un texto, primorosamente caligrafiado. Salvo por un sonrojo, amén de la acostumbrada sonrisa, y por los ojos bajados en el momento de dárselo, la entrega del regalo fue realizada con toda unción.

Antes de que nos acomodáramos en nuestros asientos del coche, el temprano sol de diciembre, con sus tonos carmesíes, se había ocultado tras las colinas.

Lord Ilbury se asomó al interior del coche, apoyando el codo en la ventanilla, y me dijo:

—De veras que no sé lo que vamos a hacer, señorita Ruthyn; nos vamos a sentir muy solos. Por lo que a mi respecta, creo que me iré corriendo a La Granja.

Estas palabras me parecieron poco menos que la perfección de la elocuencia humana.

Su mano aún se mantenía en la ventanilla, y el reverendo Sprigge Biddlepen estaba en los escalones de la entrada, con una sonrisa entristecida y algo bobalicona; cuando restalló el látigo, los caballos se pusieron en marcha con un confuso arrebató de sus patas, y henos aquí rodando por la alameda y dejando a nuestras espaldas la

casa y la anfitriona más agradables del mundo, adentrándonos a un trote ligero en la oscuridad, camino de Bartram-Haugh.

Ambas permanecíamos hartas silenciosas. Milly tenía su libro en el regazo; de vez en cuando la veía hacer un intento de leer la inscripción de su pequeño y «serio bienintencionado», pero no había suficiente luz.

Reinaba la oscuridad cuando llegamos al gran portón de Bartram-Haugh. Oí cómo el viejo Crawl, el portero, advertía al postillón que no hiciera otros ruidos que los inevitables en la puerta de entrada a la casa, y ello por la extraña y sobrecogedora razón de que creía a mi tío «muerto ya».

Grandemente sobrecogidas y asustadas, mandamos parar el coche e interrogamos al viejo y trémulo portero.

Al parecer, el tío Silas había estado «rarillo» todo el día de ayer, y «esta mañana no hubo modo de despertarle», y «el médico había estado dos veces, y ahora se encontraba en la casa».

—¿Está mejor? —pregunté, temblando.

—No que yo sepa, señorita; hace dos horas estaba a la merced del Señor; quién sabe si en este momento no estará en el cielo.

—¡Siga, vaya deprisa! —dije al cochero—. No te asustes, Milly; Dios querrá que todo lo encontremos bien.

Al cabo de un ratito, en el transcurso del cual se me hundió el ánimo y di por perdido al tío Silas, el hombrecillo entrado en años que servía como criado abrió la puerta y bajó los escalones, renqueante, para acercarse al coche.

El tío Silas había estado durante horas a las puertas de la muerte; la interrogante de si iba o no a vivir había hecho temblar la balanza; pero en estos momentos el doctor decía que «podría salir adelante».

—¿Dónde está el doctor?

—En la habitación del amo; le sangró hace tres horas.

Pienso que Milly no estaba tan asustada como yo. Mi corazón palpitaba y, temblorosa como me hallaba, apenas podía subir por las escaleras.

CAPÍTULO XLIV

SURGE UN AMIGO

EN lo alto de la gran escalera me alegré de ver la acogedora cara de Mary Quince, quien, vela en mano, nos saludó con muchas reverencias y una expresión, aunque sonriente, muy demacrada y pálida.

—Sean bienvenidas, señoritas, y espero que estén ustedes bien.

—Lo estamos. ¿Y tú, Mary, estás bien? Pero dinos enseguida cómo se encuentra el tío Silas.

—Esta mañana creimos que había fallecido, pero ahora está bastante bien; el doctor dice que como en un trance. La mayor parte del día estuve ayudando a la vieja Wyatt, y estuve presente cuando el doctor le sangró, y al final llegó a hablar; pero por fuerza ha de estar debilísimo, le sacó mucha sangre del brazo, señorita, yo estuve sosteniendo la palangana.

—Pero ¿está mejor? ¿Decididamente mejor? —pregunté.

—Bueno, el doctor dice que lo está; habló un poco, y el doctor dice que si se vuelve a quedar dormido y empieza a roncar como lo hizo antes, tenemos que quitarle el vendaje y dejarle que sangre hasta que vuelva a su ser, lo cual nos parece a mí y a Wyatt que es casi lo mismo que decir que se le mate sin más, pues no creo yo que le quede ni una gota más, y usted ha de decir lo mismo, señorita, si tiene usted a bien mirar la palangana.

He aquí una invitación que no me apetecía aceptar. Pensé que iba a desmayarme. Me senté en los escalones y sorbí un poco de agua, con la cual Mary me roció ligeramente la cara, recobrando fuerzas.

Sin duda Milly se sintió más afectada que yo por el peligro que corría su padre, pues era cariñosa y el hábito y la relación le habían hecho amarle pese a que él no era afectuoso con ella. Yo, sin embargo, estaba más nerviosa y alterada, y mis sentimientos me estimulaban, tanto como abrumaban, más fácilmente. En cuanto fui capaz de tenerme en pie, y con la mente fija en un solo pensamiento, dije:

—Tenemos que verle, Milly. ¡Vamos!

Entré en la sala de estar. Una vela de sebo, escorada como la torre de Pisa, con una mecha larga y mortecina, colocada en una mugrienta palmatoria, profanaba la mesa del quisquilloso inválido. No era mucho mejor la luz que la oscuridad, así que atravesé a paso rápido la estancia, aún bajo la obsesión de ver a mi tío.

La puerta de su dormitorio, contigua a la chimenea, se hallaba entreabierta, y me

asomé a mirar.

La vieja Wyat, blanco fantasma con alto bonete, estaba en la sombra, en zapatillas, enredando con no sé qué junto a un extremo del lecho. El médico, un hombrecillo grueso, calvo y panzudo, con un voluminoso montón de apósitos, se encontraba de pie, dando la espalda a la chimenea, que se correspondía con la de la otra habitación, y contemplaba a su paciente a través de las cortinas de la cama, con una especie de indiferente pomposidad.

El cabezal del enorme lecho de cuatro postes descansaba contra la pared opuesta, y el pie encaraba la chimenea, pero las cortinas a uno de los lados, el único que me era dado ver desde donde yo me hallaba, estaban corridas.

El doctor me reconoció y, creyéndome, supongo, persona consecuente, apartó las manos, que tenía detrás, permitiendo que los faldones de su levita cayeran hacia delante y, con rapidez y gravedad, me dedicó una profunda inclinación, llena de prosopopeya, y, acto seguido, optando por el más concreto procedimiento de trabar conocimiento conmigo, avanzó y, haciéndome otra reverencia, se presentó, en un murmullo de voz, como el doctor Jolks. Con una nueva inclinación me invitó a retroceder al estudio de mi tío y a la espantable luz de la vela de la vieja Wyat.

El doctor Jolks era afable y pomposo. Me puse a añorar un médico menos cachazudo, que me hubiera puesto al corriente en la mitad de tiempo.

—Coma, señorita, coma. Señorita Ruthyn, estoy en condiciones de decirle que su tío ha permanecido en un estado muy crítico; en grado sumo. Coma del tipo más contumaz. Habría sufrido un colapso, por fuerza habría fallecido, de hecho, caso de no haber recurrido a un remedio, sumamente extremo, el de practicarle una abundante sangría, la cual ha tenido precisamente el resultado que deseábamos. Una constitución portentosa..., una prodigiosa constitución..., maravillosa fibra nerviosa; la pena, la inmensa pena, es que su tío no juegue limpio consigo mismo. Sus hábitos son, ¿se da usted cuenta?, completamente destructivos, si se me permite decirlo. Hacemos lo que podemos..., todos hacemos cuanto está en nuestra mano, pero si el paciente no quiere cooperar, no cabe esperar un final satisfactorio.

Y Jolks acompañó estas palabras con un horrible encogimiento de hombros.

—¿Hay algo que pueda hacerse? ¿Cree usted que un cambio de aires...? ¡Qué enfermedad tan espantosa! —exclamé.

El médico bajó los ojos, sonrió misteriosamente y meneó la cabeza con aires de sepulturero.

—Bueno, el caso es que difícilmente podemos llamar a esto una «enfermedad», señorita Ruthyn. Yo lo considero un envenenamiento... Su tío ha ingerido, usted ya me entiende —prosiguió, observando mi expresión de sobresalto—, una sobredosis de opio; como usted sabe, toma opio habitualmente; lo toma en láudano, lo toma en agua y, lo que supone el peligro mayor, lo toma en sólido, en pastillas. He conocido a gente que lo toma moderadamente. He conocido a gente que lo toma en exceso, pero todos ellos eran escrupulosos en cuanto a la medida, y ésta es exactamente la cuestión

que he tratado de hacer que se grabe en el ánimo de su tío. El hábito, por supuesto, está establecido, como usted comprenderá, y ya no hay manera de erradicarlo; pero es que su tío no tiene medida..., se guía por el ojo y por las sensaciones, lo cual, huelga que se lo diga a usted, señorita Ruthyn, es guiarse por el azar; y el opio, como sin duda sabe usted, es ni más ni menos que un veneno; un veneno, sin duda, que el hábito permitirá tomar, digamos, en considerables proporciones sin que las consecuencias sean fatales, ¡pero veneno al fin! Y el administrar de ese modo un veneno, no hace falta que se lo diga, es jugar con la muerte. Su tío ha sido amenazado en este sentido, y durante algún tiempo cambia su azaroso modo de administrarlo, pero vuelve a las andadas; puede que se salve, desde luego esto es posible, pero cualquier día puede ingerir una sobredosis. No creo que la presente crisis tenga consecuencias graves. Estoy muy contento, independientemente del honor de haberla conocido a usted, señorita Ruthyn, por el hecho de que usted y su prima hayan regresado, pues, no obstante su celo, me temo que los criados no están sobrados de inteligencia; en el caso de una recurrencia de los síntomas, lo cual, sin embargo, no es probable, le ruego que permita informarle de su naturaleza y la manera mejor y más exacta de tratarlos.

Sobre este particular, así pues, el doctor nos impartió una pequeña y pomposa conferencia, y rogó que o bien Milly, o bien yo, nos quedáramos en la habitación con el paciente hasta su regreso a las dos o las tres de la mañana; una reaparición del coma «sería una cosa verdaderamente mala».

Y, por supuesto, Milly y yo hicimos lo que se nos había indicado. Nos sentamos junto al fuego, apenas sin atrevernos a emitir un susurro. El tío Silas, respecto al cual empezaba a rondarme una nueva y espantosa sospecha, yacía mudo e inmóvil, cual si realmente estuviera muerto.

¿Había intentado envenenarse?

Si consideraba su situación tan desesperada como lady Knollys la describía, ¿resultaba improbable, después de todo, semejante cosa? En su religión, según me habían dicho, había mezcladas extrañas y locas teorías.

De vez en cuando, a intervalos de una hora, se producía un signo de vida —un gemido que provenía de aquella alta figura encamada y envuelta en la sábana—, un gemido y un borboteo de labios. ¿Era una plegaria?... ¿Qué era? ¿Quién podía adivinar los pensamientos que pasaban por el interior de aquella frente cubierta por un paño blanco?

Le había echado una ojeada: tenía puesto un paño blanco mojado en agua y vinagre alrededor de la frente; sus grandes ojos estaban cerrados, lo mismo que sus labios de mármol; su figura estirada, fina y larga, vestida con una bata blanca, parecía la de un cadáver amortajado en el lecho; su flaco brazo vendado yacía fuera de la sábana que cubría su cuerpo.

Ante esta horrenda imagen de la muerte manteníamos nuestra vigilia, hasta que a la pobre Milly empezó a entrarle tanto sueño que la vieja Wyat propuso reemplazarla

y velar conmigo.

Escasa como era mi simpatía hacia aquella viejuca con su gorro alto, ella, en cualquier caso, podía permanecer despierta, cosa que Milly era ya incapaz de hacer. A la una de la mañana, así pues, comenzó el nuevo arreglo.

—¿Está en casa el señor Dudley Ruthyn? —susurré a la vieja Wyatt.

—Ayer por la noche se fue a Cloperton, señorita, a ver un pugilato que iba a celebrarse esta mañana.

—¿Se le ha mandado llamar?

—¿A él? No.

—¿Y por qué no?

—No habría dejado el combate por esto, eso pienso yo —y la anciana puso una mueca sonriente.

—¿Cuándo va a volver?

—Cuando necesite dinero.

Nos callamos, y de nuevo pensé en el suicidio y en aquel desdichado viejo, quien en aquel preciso instante cuchicheó una o dos frases para sí, exhalando un suspiro.

Durante la siguiente hora estuvo muy silencioso, y la vieja Wyatt me informó de que tenía que bajar a buscar velas. Las nuestras estaban ya consumidas hasta el tubo del candelero.

—En la habitación de al lado hay una vela —sugerí, pues detestaba la idea de que se me dejara a solas con el paciente.

—¡Quite allá, señorita! Yo en su presencia no me atrevo a poner más que una vela de cera —murmuró la anciana con desprecio.

—Pienso yo que si atizáramos el fuego y pusiésemos un poco más de carbón, tendríamos muchísima más luz.

—Él lo que quiere son velas —dijo la señora Wyatt tercamente.

Y, mascullando para sus adentros, se fue de la habitación con paso vacilante. En el cuarto contiguo la oí coger la vela y marcharse, así como cerrar tras de sí la puerta del pasillo.

Heme aquí sola, salvo por aquel sobrenatural compañero hacia el que sentía un miedo inenarrable, a las dos de la mañana, en el enorme y viejo caserón de Bartram.

Aticé el fuego. Estaba bajo y las llamas no quisieron prender. Me levanté y, con la mano en la repisa de la chimenea, me esforcé por pensar en cosas que me levantarán el ánimo. Pero era luchar en vano..., contra viento y marea; y me vi, así pues, arrastrada hacia regiones espectrales.

El tío Silas permanecía en perfecta inmovilidad. Me resultaba insoportable pensar en el número de habitaciones y pasadizos tenebrosos que en aquel momento me separaban de los otros moradores vivos de la mansión, y me puse a aguardar la llegada de la vieja Wyatt con falsa compostura.

Encima de la repisa de la chimenea había un espejo. En otra ocasión, ello me habría ayudado a entretener mis instantes de soledad, pero entonces no quise

aventurarme ni tan siquiera a echar una mirada. Sobre la campana de la chimenea se hallaba una Biblia, y, apoyando su tapa trasera contra el espejo, comencé a leerla concentrando mi mente y mi atención cuanto pude. Absorta, pues, en la operación de ir pasando las hojas, me encontré con dos o tres papeles de extraño aspecto, los cuales, doblados, habían sido colocados dentro. Uno de ellos era un amplio impreso, con nombres y fechas escritos en los espacios en blanco, y era del tamaño de, aproximadamente, veinticinco centímetros de cinta muy ancha. Los demás eran simples papelitos, con el nombre «Dudley Ruthyn» al pie de los mismos, escrito a pluma en la vulgar letra redondita de mi primo. Mientras los plegaba y volvía a dejar donde estaban, no sé, realmente, qué me hizo imaginar que algo se movía detrás de mí, puesto que me hallaba de espaldas a la cama. No recuerdo haber oído el más mínimo ruido, pero, instintivamente, miré al espejo y mis ojos se quedaron al instante atónitos ante lo que vieron.

La figura del tío Silas se levantó y, vestida con una larga bata matinal de color blanco, se deslizó por el borde de la cama y, dando dos o tres pasos rápidos y silenciosos, se plantó detrás de mí con un ceño cadavérico y una sonrisa boba. Preternaturalmente alto y flaco, por un momento casi me tocó, en pie a mi lado, con el paño blanco sujeto por un imperdible alrededor de su frente, el brazo vendado colgando, rígido, a un costado, y, cerniéndose por encima de mi hombro, con su larga y fina mano me arrebató la Biblia y susurró sobre mi cabeza: «La serpiente la engañó, y ella comió»^[45]; y, tras una momentánea pausa, se deslizó silenciosamente hasta la ventana más alejada y se puso, diríase, a contemplar el panorama de medianoche.

Hacía frío, pero él no parecía notarlo. Con el mismo ceño y sonrisa inflexibles se pasó varios minutos mirando a través de la ventana, y al cabo, exhalando un gran suspiro, se sentó al borde de la cama, el rostro inamoviblemente vuelto hacia mí, con la misma expresión dolorosa.

Cuando la vieja Wyat regresó, me pareció que había transcurrido una hora... ¡Jamás a amante alguno le fue deparada dicha tan grande ante la visión de su amada, como la que yo sentí al contemplar a aquella decrepita viejuca!

Téngase la seguridad de que no prolongué por más tiempo mi vigilia. Era evidente que ya no había riesgo de que mi tío recayese en el letargo. Cuando llegué a mi habitación sufrí un acceso de llanto histérico, con la buena de Mary Quince a mi lado.

En cuanto cerraba los ojos se presentaba ante mí el rostro del tío Silas tal y como lo había visto reflejado en el espejo. Una vez más me veía envuelta por los sortilegios de Bartram.

A la mañana siguiente, el doctor dijo que mi tío estaba fuera de peligro, aunque muy débil. Milly y yo le vimos, y luego, durante nuestro paseo a primera hora de la tarde, volvimos a verle caminando bajo los árboles en dirección al Bosque del Molino de Viento.

—¿Van a ver a esa pobre muchacha? —dijo, tras saludarnos, señalando con el

bastón extendido hacia allá—. Hawk, o Hawkes, creo que se llama.

—La «Guapa» está mala, Maud —exclamó Milly.

—Hawkes. Está en la lista de mi dispensario. Sí —dijo el doctor, mirando su cuaderno de notas—. Hawkes.

—¿Y qué es lo que le aqueja?

—Fiebres reumáticas.

—¿No infecciosas?

—En absoluto... no más, digamos, señorita Ruthyn, que una pierna rota —rió el médico, obsequiosamente.

Tan pronto como el doctor se hubo ido, Milly y yo convinimos en seguir hasta la cabaña de los Hawkes y preguntar más detalladamente cómo estaba. A decir verdad, me temo que lo hicimos más por dar a nuestro paseo un propósito y un punto de destino, que por ningún muy caritativo interés que pudiéramos sentir hacia la paciente.

Caminando por los desniveles de aquellas altas lomas salpicadas de arboledas, llegamos a la cabaña, con sus aleros y su pequeño corral descuidado. Sólo había una sirvienta, una anciana reumática, la cual, tras poner la oreja en actitud de escucha —lo que nos indujo a preguntar en tonos cada vez más altos cómo estaba Meg—, nos informó, a grandes voces, de que hacía mucho que había perdido el oído y era perfectamente sorda. Y, deferente, añadió:

—Cuando venga el hombre, él les dirá lo que quieran.

A través de una puertecita al fondo de la habitación donde nosotras estábamos, pudimos vislumbrar parte del cuarto en el que estaba la paciente y oír sus quejidos y la voz del doctor.

—Le veremos cuando salga, Milly. Esperemos aquí.

Nos pusimos, así pues, a esperarle en el vano de la puerta. Los lamentos de dolor habían despertado mi compasión y provocado nuestro interés por la enferma.

—Que me maten si no está aquí Pegtop —dijo Milly.

Y la casaca roja, ajada por la intemperie, la cetrina y antipática cara y fuliginosas greñas del viejo Hawkes se hicieron visibles mientras renqueaba con su pata de palo tratando de afirmarse con su bastón. Nos saludó tocando hoscamente con la mano su sombrero, pero no parecía que nuestra presencia allí le gustara ni a medias, pues nos lanzó una mirada desabrida y se rascó la cabeza bajo su sombrero de fieltro.

—Me temo que su hija está muy enferma —dije.

—Sí... y me va a costar un montón, como su madre —dijo Pegtop.

—Espero que la habitación sea confortable. Pobrecilla.

—Sí que lo es; ella estará cómoda, lo garantizo..., más que yo. Todo es para Meg y nada para Dickon.

—¿Cuándo se puso enferma? —pregunté.

—El día que se herró a la yegua... el sábado. Hablé con los del hospicio, pero ésos no le dan nada..., los condenados..., y yo, ¿cómo me las voy a arreglar? Con

Silas siempre ha sido duro, y ahora mucho más, estando la chica con esos dolores. Yo esto no lo aguanto mucho más. ¡Patrañas! Si sigue así, lo que haré es cortar, ni más ni menos. ¡Y a ver qué dicen a eso los del hospicio!

—El doctor presta sus servicios por nada —dije.

—¡Y tampoco hace nada el condenado! ¡Ja, ja, ja! No más que esa vieja sorda, que me cuesta dieciocho peniques a la semana, y no vale ni medio..., no más que Meg, que se está aprovechando todo lo que puede de los dolores esos. Todos me están engañando, y se creen que no me doy cuenta... ¡Pues eso vamos a verlo, oiga!

Durante todo este tiempo estuvo cortando en hebras un trozo de tabaco sobre el alféizar de la ventana.

—Un hombre que trabaja es lo mismo que un caballo; si no se le cuida, no puede trabajar..., no está en él.

Y, con estas palabras, tras haber llenado la pipa de tabaco, propinó un harto malévolo aguijonazo con la punta de su bastón a la sorda dama, la cual estaba vuelta de espaldas parloteando, y le hizo una seña reclamando fuego.

—No está en él, no puedes conseguir que trabaje, como tampoco conseguirías sacarle humo a esto —y levantó la pipa un poco en alto, con el pulgar en la cazoleta — sin tabaco ni fuego. No es lo suyo.

—Quizá yo pueda serle de alguna utilidad.

—Puede —replicó.

En ese momento recibió de la vieja doncella sorda un rollete de papel marrón ardiendo y, dándose un toque en el sombrero con la mano, se retiró mientras encendía la pipa, lanzando pequeños penachos de humo blanco, como el saludo de un barco que zarpa.

¡No le importaba, así pues, enterarse de cómo estaba su hija, y había venido aquí tan sólo a encender su pipa!

En aquel preciso instante apareció el médico.

—Hemos estado esperando para saber cómo está hoy su pobre paciente —dije.

—Muy enferma, ésa es la verdad, y completamente desatendida, me temo. Si estuviera en condiciones..., y no lo está..., creo que habría que trasladarla al hospital inmediatamente.

—Esa pobre vieja está completamente sorda..., ¡y el hombre es tan hosco y egoísta! ¿Podría usted recomendar una enfermera que se quedase aquí hasta que se ponga mejor? Yo la pagaré con gusto, así como cualquier cosa que crea usted conveniente para la pobrecilla.

La cuestión quedó arreglada al instante. El doctor estuvo amable, como la mayoría de los hombres de su profesión, y se encargó de enviar desde Feltram a una enfermera con unos cuantos alivios para la paciente; llamó, además, a Dickon al portillo del corral y supongo que le puso al corriente de lo acordado, mientras Milly y yo nos acercábamos a la puerta de la pobre muchacha y preguntábamos:

—¿Podemos pasar?

No hubo respuesta, de modo que, ateniéndonos a la interpretación convencional del silencio, entramos. Su semblante mostraba lo mal que estaba. Le arreglamos la ropa de la cama, oscurecimos la habitación e hicimos por ella cuanto pudimos, tomando nota, además, de lo que más falta le hacía para su comodidad. No respondió a pregunta alguna. No nos dio las gracias. Casi habría imaginado que no se había dado cuenta de nuestra presencia, a no ser porque observé cómo sus ojos oscuros y hundidos se alzaban una o dos veces hacia mi rostro con una lúgubre mirada de asombro y pesquisa.

La muchacha se encontraba muy mal e íbamos todos los días a verla. A veces contestaba a nuestras preguntas, y a veces no. Parecía pensativa, observadora y hosca, y, como a las personas les gusta que les den las gracias, en ocasiones me preguntaba por qué continuábamos sembrando en mala tierra. Milly mostraba una especial impaciencia ante aquel trato, y protestaba y, finalmente, rehusó acompañarme al dormitorio de la pobre «Guapa».

—Mira, Meg, pienso que deberías darle las gracias a la señorita Milly —le dije un día, hallándome junto a su cama, cuando ya ella estaba recuperándose con el firme empuje de la juventud.

—No se las daré —dijo la «Guapa» tercamente.

—Muy bien, Meg; yo sólo quería pedírtelo, porque pienso que deberías hacerlo.

Mientras yo hablaba, ella tomó entre sus dedos tan sólo la punta de los míos, que, hallándome yo en pie, colgaban próximos a la colcha, y los metió debajo y, antes de que pudiera darme cuenta, metiendo la cabeza entre las sábanas, de pronto asió con fuerza mi mano entre las suyas, se la llevó a los labios y la besó apasionadamente una y otra vez, sollozando. Sentí sus lágrimas en mi piel.

Traté de retirar la mano, pero ella la tenía sujeta y la atraía hacia sí rabiosamente mientras seguía llorando y besándola.

—Meg, pobrecita mía, ¿deseas decir algo? —pregunté.

—Nada, señorita —susurró entre tenues sollozos, sin dejar de besar mi mano y de llorar. Pero de pronto dijo—: No le doy las gracias a Milly porque es a usted a quien se las doy; no ha sido ella, a ella ni se le pasó por la cabeza..., no, no, ha sido usted, señorita. Anoche me puse a gritar en la oscuridad pensando en las manzanas, cuando las aparté de mí de una patada, el día que padre me atizó en la cabeza con el bastón; usted fue muy buena, y yo muy mala. Quisiera que me pegara, señorita; usted es más buena para mí que padre o madre..., más buena para mí que yo; y quisiera morir por usted, señorita, porque no soy digna de mirarla a la cara.

Me quedé sorprendida y me eché a llorar. De buena gana habría abrazado a la pobre Meg.

No conocía su historia. Nunca he llegado a saberla desde entonces. En mi presencia solía hablar de sí misma con la más absoluta autohumillación. No era por ningún sentimiento religioso..., era una forma de expresar su amor y su adoración por mí..., tanto más extraña cuanto que, por naturaleza, era muy orgullosa. Habría

soportado de mí cualquier cosa salvo la más mínima sospecha de que no albergara hacia mí una devoción total, o de que, de la manera más insignificante, pudiera agraviarme o engañarme.

Ya no soy joven. He tenido mis pesares, y con ellos todo cuanto la riqueza, virtualmente ilimitada, puede disponer; y cuando miro hacia atrás, unas pocas luces, resplandecientes y puras, tiemblan a lo largo del oscuro río de mi vida..., oscuro salvo por ellas; y tales luminarias no las enciende el esplendor de una espléndida fortuna, sino dos o tres de los recuerdos más simples y amables, como los que pueda enumerar la existencia más pobre y hogareña, y al lado de los cuales, en la hora sosegada de la memoria, palidecen y desaparecen todos los triunfos artificiales, pues tales recuerdos jamás se ven apagados por el tiempo o la distancia, al estar fundamentados en los afectos y, por tanto, ser celestiales.

CAPÍTULO XLV

CAPÍTULO LLENO DE AMANTES

UNO de aquellos días tuvimos la grata y totalmente inesperada visita de lord Ilbury, el cual había venido a presentar sus respetos a mi tío, entendiendo que éste se había recuperado ya lo suficiente para recibir visitas.

—Creo que lo primero que haré es subir a verle, si quiere recibirme, y luego bajo a transmitirles el larguísimo mensaje de mi hermana a usted y a la señorita Millicent; pero lo mejor es que primero cumpla mi misión..., ¿no les parece?..., y vuelvo en unos minutos.

Y, mientras hablaba, nuestro trémulo y anciano mayordomo volvió para decir que el tío Silas estaría encantado de verle. Lord Ilbury, así pues, se marchó. No es posible hacerse idea del agradable aspecto que ofrecía nuestra acogedora sala de estar, con el abrigo y el bastón de lord Ilbury en ella... garantía de su regreso.

—¿Crees tú, Milly, que va a hablar de los árboles, ya sabes, esos a los que se refirió la prima Knollys? Espero que no.

—Eso espero yo también —dijo Milly—. Ojalá se hubiera quedado primero un poco con nosotras, pues si le habla de eso, seguro que mi padre le pone de patitas en la puerta y ya no le veremos más.

—Exacto, querida Milly; y hay que ver lo agradable y simpático que es.

—Y tú le caes de maravilla, ya lo creo.

—Pienso que las dos le caemos igual de bien, Milly; en Elverston te dio mucha conversación y además solía pedirte a menudo que cantaras esas dos preciosas baladas de Lancashire —dije—. Pero claro, tú estabas junto a la ventana, metida en tus controversias y ejercicios de religión con ese pilar de la Iglesia que es el reverendo Spriggs Biddlepen...

—Menos guasa, Maud. No tuve más remedio que contestarle cuando se puso a armarme líos con mi testamento y mi catecismo... Más bien le detesto, para que te enteres, y a la prima Knollys... ¡Sois más tontos! Cosita que dices, y a lord Ilbury se le cae la baba... ¡Y bien que tú lo sabes, tunanta!

—Yo no sé nada; la tunanta eres tú, que no dices lo que piensas; además lo cierto es que me trae sin cuidado a quién le caigo o le dejo de caer bien, salvo a mis parientes. Si lo quieres, te regalo a lord Ilbury.

Tal era el sesgo que había tomado nuestra charla, cuando lord Ilbury volvió a entrar en la sala, un poco antes de lo que nos esperábamos.

Milly, que, recuérdese, tan sólo se hallaba en proceso de reforma y aún le quedaban residuos de vaquerilla de Derbyshire, me dio un clandestino pellizquito en el brazo justo en el instante en que él hacía su aparición.

—Acabo de rechazar un regalo de mi prima —dijo la odiosa Milly, como respuesta a la interrogante mirada de lord Ilbury— porque sabía que ella no podría prescindir de él.

Todo esto tuvo el objeto de hacer que me sonrojara con uno de aquellos apabullantes rubores míos. La gente me decía que me sentaban muy bien; así lo espero, pues la desgracia era frecuente, y creo que la naturaleza me debía esa compensación.

—Ello les coloca a ustedes dos bajo la más favorecedora de las luces —dijo lord Ilbury, con toda inocencia—. No sé realmente qué admirar más... si la generosidad del ofrecimiento o la del rechazo.

—Bueno, en ello ha habido bondad. ¡Si usted supiera! Casi estoy tentada de decírselo —dijo Milly.

La contuve lanzándole una mirada de auténtico enojo, y dije:

—Quizá usted no lo haya observado, pero lo cierto es que aquí mi prima, para una persona sensata, dice más insensateces que veinte jovencitas juntas.

—¡El poderío de veinte jovencitas! Es un inmenso cumplido. Siento el mayor de los respetos por la insensatez, ya que tanto es lo que le debo; de veras pienso que si la insensatez fuese desterrada, la tierra se haría insoportable.

—Gracias, lord Ilbury —dijo Milly, quien, durante nuestra larga visita a Elverston, había adquirido gran aplomo en su compañía—. Y le advierto, señorita Maud, que si se pone usted insolente, aceptaré su regalo, y a ver qué dice usted entonces.

—No lo sé, la verdad; lo único que sé es que ahora quisiera preguntar a lord Ilbury cómo ha encontrado a mi tío; desde su enfermedad, ni yo ni Milly le hemos vuelto a ver.

—Mucho más débil, me parece; pero acaso esté recuperando fuerzas. No obstante, como lo que me traía aquí no era del todo agradable, he juzgado mejor posponerlo; si a ustedes les parece correcto, escribiré al doctor Bryerly para pedirle que aplase la discusión por algún tiempo.

Asentí al instante, y le di las gracias; de hecho, de haber prevalecido mi modo de ver las cosas, jamás se habría mencionado el asunto, ya que me hacía sentir rapaz y dura de corazón; pero lord Ilbury explicó que los legatarios estaban obligados en virtud de las provisiones del testamento, y que en realidad yo no estaba facultada para exonerarles de dicha obligación. Puse mis esperanzas en que también el tío Silas lo entendiera.

—El caso es que ahora —dijo lord Ilbury— mi hermana y yo hemos vuelto a La Granja, que está más cerca de Elverston, de modo que ya somos auténticos vecinos; Mary desea que lady Knollys fije una fecha, puesto que nos debe una visita, ¿sabe?

..., y al mismo tiempo que ella tiene que venir usted; será muy agradable, exactamente las mismas personas reunidas en un nuevo escenario; y no hemos explorado ni la mitad de los alrededores; además traje conmigo esos grabados españoles de los que le hablé, y los misales venecianos, y todo lo demás. Creo que recuerdo con gran exactitud las cosas por las que usted tenía mayor interés, y todas están allí; así que ha de prometerme usted, de veras, usted y la señorita Millicent, que vendrán. Ah, lo olvidaba..., como sabe, se quejó usted de que no estaba bien provista de libros; pues bien, Mary ha pensado que acaso le permita compartir los suyos con usted... se trata de libros nuevos, ¿sabe?... y cuando haya leído los de usted, ambas pueden intercambiárselos.

¿Cuándo es una jovencita por entero franca en lo concerniente a sus inclinaciones? No creo que yo fuese más tramposa que otras, pero nunca tenía certidumbre respecto a las mías. Ciertamente que esta duplicidad y reserva rara vez engañan. Algunas personas de nuestro sexo nos vemos forzadas a la hipocresía a causa de la agudeza y vigilancia que todos ejercen en este campo de pesquisas; mas si somos ladinas, también tenemos ojo de lince y somos magníficas detectives, sumamente ingeniosas a la hora de juntar los fragmentos y ensambladuras de un caso acumulativo; y en los negocios del amor y las inclinaciones poseemos un terrible instinto exploratorio, de suerte que, la mayoría de las veces, cuando somos descubiertas no sólo se averigua que estamos enamoradas, sino que además somos unas bribonas.

Lady Mary era amabilísima, pero ¿se había tomado *motu proprio* toda aquella molestia? En aquella, para mí bienvenida, caja de libros que llegó tan sólo media hora más tarde, ¿acaso no había, en el fondo, una influencia más poderosa? La biblioteca circulante de aquellos tiempos no tenía aún la epidémica y ubicua influencia que ha llegado a adquirir, y había muchos lugares que quedaban fuera de su alcance.

Una cosa por otra, aquella tarde Bartram se había revestido de una belleza peculiar..., un suave fulgor bajo el que hasta los pilares del portón y la carretilla eran interesantes. Pero al día siguiente sobrevino un pequeño nubarrón: apareció Dudley.

—Puedes estar segura de que necesita dinero —dijo Milly—. Esta mañana mi padre y él han tenido unas palabras.

Dudley se sentó a la mesa mientras almorzábamos y, en el lacónico dialecto que le caracterizaba, se puso a despotricar contra todo, lo que no le impidió comer muchísimo. Con Milly estuvo hosco y cortante, pero en cambio hacia mí se mostró suave y quejumbroso, amén de proclive a las confidencias cuando Milly se hubo marchado al recibidor.

—¿Pues no dice el gobernador que no tiene ni un penique? No sé yo, que me maten si lo sé, cómo se las arregla un viejo así para despilfarrar el dinero a esa velocidad desde su dormitorio. No se creará, supongo, que yo puedo ir tirando sin pasta; y él sabe que los fideicomisarios no me darán ni un ochavo hasta que obtengan lo que ellos llaman una «opinión»..., ¡los condenados! Bryerly dice que se teme que

todo tenga que hacerse según las escrituras. Pues bien que me van a fastidiar como lo hagan; y el gobernador está al corriente de todo y no quiere darme ni una maldita perra gorda..., y yo con cuentas que pagar y con abogados..., que Dios confunda..., escribiendo cartas. Algo de esto sabe el gobernador, ya lo creo que lo sabe, y bien que podía tener consideración hacia un pedazo de su misma carne y su misma sangre, vamos, digo yo. Pero nunca hace nada por nadie, como no sea por sí mismo. ¡La próxima vez que tome..., venderé sus libros y sus joyas! Así es como le voy a corresponder.

Este amable joven, con el ceño amenazador, los codos sobre la mesa y los dedos entre sus grandes patillas, tras terminar su homilía —allí donde los clérigos suelen hacerlo impartiendo su bendición— se puso a balbucear cosas hartamente diferentes.

—Tú dime, Maud —dijo Dudley patéticamente, recostándose de pronto en su butaca, con su belleza y sus desdichas conscientes reflejadas en su semblante—, si no es muy dura la cosa.

Pensé que la exhortación iba a adoptar la forma de una petición de dinero, pero no fue así.

—Nunca he conocido a una chica guapa de veras..., de primera quiero decir..., que no acabara por ser cariñosa, y yo soy un tipo que no puede arreglárselas sin cariño..., y de ahí el que diga si no es muy dura la cosa. Vamos, dílo tú... ¿Es que no es dura, eh, Maud?

Yo ignoraba qué es lo que exactamente quería decir aquello de «cosa muy dura», pero dije:

—Supongo que es muy desagradable.

Y, con esta concesión, y sin querer oír nada más por el estilo, me levanté, con la intención de marcharme.

—Ni más ni menos. Sabía que dirías eso, Maud. Tú eres una chica cariñosa..., vaya si lo eres..., lo llevas escrito en tu preciosa cara. Me gustas terriblemente, ya lo creo que sí... no hay una chica más guapa que tú en todo Liverpool y hasta en el mismísimo Londres..., ¡en ningún sitio!

Me había cogido una mano y, tratando de ponerme un brazo alrededor de la cintura, intentó aquel saludo del que por tan poco lograra yo escapar el día que le conocí.

—¡Estése quieto, señor! —exclamé, llena de indignación, al tiempo que me libraba de su cogedura.

—No lo tomes a mal, chica; no es nada malo, Maud; no debes ser tan tímida..., somos primos, ¿sabes?... y no iba a querer hacerte daño, Maud, antes me cortaría la cabeza. ¡Jamás de los jamases!

No esperé a oír el resto de sus tiernas protestas, sino que, sin dar muestras de lo nerviosa que estaba, salí de la habitación en silencio, toda una retirada en orden, tanto más meritoria cuanto que le oía vocear a mis espaldas en tono persuasivo:

—Vuelve, Maud. ¿De qué tienes miedo, chica? Te digo que vuelvas..., ahora

mismo; vamos, sé buena chica.

Mientras Milly y yo estábamos dando nuestro paseo aquel día, en dirección al Bosque del Molino de Viento, al que, tal vez como consecuencia de alguna orden secreta, teníamos ahora libre acceso, vimos a la «Guapa», por vez primera desde su enfermedad, en el pequeño corral, echando grano a las aves.

—¿Cómo te encuentras hoy, Meg? Me alegra mucho verte de nuevo capaz de andar por ahí; espero que no sea demasiado pronto.

Estábamos de pie, junto al portillo de travesaños de la pequeña cerca, y muy próximas a Meg, la cual, sin embargo, no quiso alzar la cabeza, sino que, sin dejar de esparcir granos y mondas de patata entre los pollos y las gallinas, dijo en tono bajo:

—¿No se le ve por ahí a mi padre? Miren un poco alrededor y díganme si le ven.

Pero la parduzca casaca roja de Dickon no se veía por ninguna parte.

Meg, así pues, levantó la vista, pálida y delgada, con sus ojos de siempre, serios y observadores, y dijo con calma:

—No es que no esté contenta de verla, pero si mi padre me viera hablar con usted amistosamente, ahora que estoy sana y que ya no tiene que venir a casa, se pondría a vigilarme a todas horas y a creerse que yo contaba historias, y a lo mejor pretendería que la molestara pidiéndole dinero, señorita Maud; y no es aquí donde se lo gastaría, sino en las tabernas de Feltram, eso es lo que haría, y no necesitamos nada que sea bueno para nosotros. Pero así es como sería, y él me estaría riñendo y zurrando siempre; así que no se preocupe por mí, señorita Maud, y ojalá algún día pueda yo hacerle a usted algún bien.

Al cabo de unos días de esta pequeña entrevista con Meg, mientras Milly y yo caminábamos a paso rápido —pues era un día sin nubes y muy frío— por las cuestas del camino de ovejas, Dudley Ruthyn nos dio alcance. No fue una sorpresa agradable. El fastidio, sin embargo, se vio al menos mitigado por el hecho de que nosotras íbamos a pie y él conducía un carrito por la pista que lleva al páramo, con sus perros y su escopeta. Por un momento puso su caballo al paso y, tras hacerme a mí un saludo indiferente con la cabeza, quitándose la pipa de la boca, dijo:

—El gobernador te está llamando, Milly; me ha dicho que si te veía te mandara rápido a casa; creo yo que te va a dar algo de dinero y mejor que se lo cojas mientras esté de humor, chica, que si no igual te pasas sin él mucho tiempo.

Y, dichas estas palabras, con un empeño aparente en irse a cazar, hizo otro saludo con la cabeza y, la pipa de nuevo en la boca, siguió a un trote vivo por la ladera del cerro, y desapareció.

Convine con Milly, así pues, que me quedaría aguardando su regreso mientras ella se iba a casa, y que vendría a reunirse conmigo donde yo estaba. Milly partió, muy animada, y yo me puse a deambular con indiferencia, en busca de algún sitio cómodo para sentarme, pues estaba algo cansada.

No hacía ni cinco minutos que se había marchado, cuando oí pasos que se aproximaban y, volviéndome a mirar, vi el carrito muy cerca, el caballo ramoneando

la hierba baja y a Dudley Ruthyn a unos pasos de mí.

—Mira, Maud, he estado pensando por qué estás tan molesta conmigo, y se me ha ocurrido venir a preguntarte qué te he hecho yo para que te pongas tan enfadada; no hay ningún pecado en eso, creo yo..., o ¿es que lo hay?

—No estoy enfadada. No dije que lo estuviera. Espero que esto baste —dije, sobresaltada.

No obstante mi discurso, lo cierto es que estaba enfadadísima, pues sentí instintivamente que aquel despachar a Milly a casa no era más que un truco, y yo la víctima de aquella burda estratagema.

—Bueno, si no estás enfadada, tanto mejor, Maud. Lo único que quiero saber es por qué me tienes miedo. En mi vida he pegado a un hombre, y menos aún he hecho daño a una chica; además, Maud, me gustas demasiado para hacerte daño. Chica, que me maten si no eres mi prima, y los primos, ¿sabes?, están siempre juntos y queriéndose, y nadie dice nada en contra.

—No tengo nada que explicar..., no hay nada que explicar. Me he comportado amistosamente —dije apresuradamente.

—¡Amistosamente! ¡Menudo embuste! ¿Cómo te puede parecer eso, Maud, cuando casi ni me quieres dar la mano? Ya está bien de hacerle jurar a uno, casi llorar. ¿Por qué te gusta agraviar a un pobre diablo? Vamos, ¿verdad que no vas a portarte como una gatita enfadada, Maud? ¡Con lo que a mí me gustas! Eres la chica más guapa de Derbyshire; no hay nada que no hiciera yo por ti.

Declaración que Dudley apoyó mediante un juramento.

—Entonces tenga la amabilidad de montarse otra vez en el carro y marcharse —repliqué, irritadísima.

—¡Y dale! No sabes hablar con cortesía. Otro se dispararía y a lo mejor te besaba por despecho; pero yo no soy de éstos, yo siempre he estado por los mimos y el cariño, pero tú no me dejas. ¿Adónde vas a parar, Maud?

—Creo que lo he dicho con toda claridad, señor: quiero estar sola. Lo único que dice usted son tonterías, y ya he oído bastantes. De una vez por todas, le ruego, señor, que tenga la amabilidad de marcharse.

—Bueno, mira, Maud, haré lo que quieras..., que me maten si no lo hago..., con tal de que seas cariñosa conmigo, como cumple entre primos. ¿Qué he hecho yo para molestarte? Si te crees que hay alguna chica que me gusta más que tú..., a lo mejor en Elverston te han dicho algo..., pues todo son mentiras y estupideces. No es que no les guste yo a muchas chicas, ya lo creo que les gusto, aunque soy un tipo sincero que dice lo que piensa.

—No me parece a mí que sea usted tan franco como se describe a sí mismo, señor, pues acaba de poner en práctica un truco miserable para lograr que tenga lugar esta desagradable entrevista.

—Supongamos que quité de en medio a esa tonta de Milly para hablar aquí contigo un poquito... ¿Y qué? ¿Qué tiene de malo? ¡Maldita sea, chica, no debes ser

tan dura! ¿No te he dicho que haré lo que quieras?

—Pero no lo está usted haciendo.

—¿Te refieres a que me vaya de aquí? Está bien, me iré. ¡Ya está! Inútil, por supuesto, pedirte que nos besemos y seamos amigos, antes de que me vaya, como cumple en unos primos. Bueno, bueno, no te sulfures, chica, que no te lo estoy pidiendo; pero mira lo que te digo: me gustas una barbaridad y a lo mejor en otra ocasión te encuentro de mejor humor. Adiós, Maud; acabaré haciendo que me tengas cariño.

Y, dicho esto, se dirigió, para mi alivio, a su carrito y su pipa, y salió sin tardanza, ya de veras, camino del páramo.

CAPÍTULO XLVI

LOS RIVALES

TODO el tiempo que Dudley me estuvo persiguiendo con su odiosa compañía yo había continuado andando a paso rápido hacia la casa, de modo que casi había llegado ya a la misma cuando Milly salió a mi encuentro con una nota en la mano, la cual había llegado para mí con el correo.

—Más versos, Milly. Sea quien sea, es un poeta muy perseverante.

Rompí el sello; pero esta vez era prosa. Y las primeras palabras: ¡capitán Oakley!

Confieso que cuando mis ojos se posaron sobre aquellas poco habituales palabras, sentí una extraña sensación. Tal vez se tratara de una declaración. No me detuve en especulaciones, sin embargo, y pasé a leer aquellas frases escritas del mismo puño y letra que copiara los versos con los que me había visto favorecida en dos ocasiones.

«El capitán Oakley envía, por la presente, sus saludos a la señorita Ruthyn, confiando en que sabrá excusarle por su atrevimiento al preguntarle si, durante su breve permanencia en Feltram, le sería permitido presentarle sus respetos en Bartram-Haugh. Se encuentra haciendo una breve visita a su tía y no concibe hallarse tan cerca sin, al menos, intentar la renovación de un conocimiento que jamás ha cesado de acariciar en el recuerdo. Si la señorita Ruthyn tuviera la bondad de favorecerle con una respuesta, por breve que ésta sea, a esta pregunta, el capitán Oakley se aventura a solicitar, con la mayor consideración, que su decisión le sea enviada al Hall Hotel de Feltram».

—Bueno, de cualquier modo es un tipo al que le gustan los rodeos. ¿Es que no podía venir y verte si eso es lo que quiere? Estos poetas le sacan gusto a escribir parrafadas, ¿a que sí?

Y con esta reflexión, Milly cogió la nota y se la volvió a leer de cabo a rabo.

—Pero eso sí, es la mar de bien educado, ¿verdad, Maud? —dijo Milly, que se había estudiado la nota con suma atención y la aceptaba como modelo de composición.

Pienso que yo, por naturaleza, debía de ser una muchacha bastante sagaz, pues, teniendo en cuenta el poco mundo que había visto —ninguno, de hecho—, no sin frecuencia me asombro de las sabias conclusiones a las que llegué.

Caso de dar respuesta a aquel guapo y astuto payaso de acuerdo con su desatino, ¿en qué posición me encontraría yo? Sin duda, mi respuesta daría lugar a una contestación, y ésta me obligaría a escribir una nueva nota, lo que a su vez

constituiría una invitación a otra por su parte; y, fuere cual fuere el grado en que las tuyas incrementaran su ardor, lo que es seguro es que no menguaría. ¿Consistía en esto su impertinente plan, con su exhibición de respeto y ceremonia: en arrastrarme a una correspondencia clandestina? Pese a ser una chica inexperta, sentí un inmenso enojo ante la idea de convertirme en víctima de sus engaños, e imaginando que acaso había más de lo que tal vez hubiera en darle una mera respuesta, dije:

—Una cosa así puede muy bien convenir a las fabricantes de botones, pero a las damas no les gusta. ¿Qué pensaría tu papá si llegase a averiguar que le había estado escribiendo, y viéndole, sin su permiso? Si quería verme, podría haber... (en realidad no sabía con exactitud qué podría haber hecho)..., podría haber hecho su visita a lady Knollys en otro momento; sea como fuere, no tiene derecho a colocarme en una situación embarazosa, y estoy segura de que la prima Knollys diría lo mismo; considero su nota tan ruin como impertinente.

La toma de decisiones no constituía, en mí, un proceso intelectual. Cuando estaba completamente serena, era el más indeciso de los mortales, pero en cuanto mis sentimientos se hallaban excitados, era impulsiva y osada.

—Entregaré la nota al tío Silas —dije, avivando el paso hacia casa—; él sabrá lo que hay que hacer.

Pero Milly, quien, me imagino, no veía objeción alguna al pequeño romance que el joven militar me proponía, me dijo que no había podido ver a su padre, pues se encontraba enfermo y no hablaba con nadie.

—¿No estarás armando un bochinche por nada? Me apuesto una guinea a que si no hubieras puesto nunca los ojos en lord Ilbury le habrías dicho que viniera y le habrías visto, y tan contenta.

—No digas bobadas, Milly. Jamás me has visto comportarme engañosamente. Mira, lord Ilbury tiene tanto que ver en esto como el hombre de la luna.

Estaba indignadísima. No dije a Milly ni una palabra más. Las dimensiones de la casa eran tan grandes, que de la puerta del recibidor a la habitación del tío Silas había un trecho a recorrer más largo del que cupiera suponer. Sin embargo no me serené en todo el proyecto y no me paré a reconsiderar la cuestión hasta que no hube llegado al pasillo y visto la agria y celosa cara y el alto gorro de la vieja Wyat, sintiendo la influencia de aquella vecindad. Se me antojó que tras toda aquella deferente fraseología del capitán Oakley había una fría consciencia de que iba a salirse con la suya, cosa que me irritó sobremanera. No, no había lugar para la duda. Llamé suavemente a la puerta con los nudillos.

—¿Qué se le ofrece, señorita? —gruñó la quejicosa anciana, con sus marchitos dedos en el picaporte.

—¿Puedo ver a mi tío un momento?

—Está cansado, y no ha dicho ni una palabra en todo el día.

—Pero no estará enfermo, ¿verdad?

—Ha pasado una noche malísima —dijo la viejuca, lanzándome una súbita

mirada echando fuego por los ojos, como si fuese yo la responsable.

—Oh, no sabía nada. Lo lamento mucho.

—Aquí no se enterará más que la vieja Wyat. Ahí tiene a Milly, que tampoco pregunta nunca..., y es su propia hija.

—¿Qué es? ¿Debilidad, o alguna otra cosa?

—Uno de esos ataques. Cualquiera día de éstos se quedará en uno de ellos, y nadie más que la vieja Wyat para ir a enterarse y a preguntar. Eso es lo que va a pasar.

—¿Hará el favor de entregarle esta nota, si es que está lo suficientemente bien como para leerla, y decirle que estoy en la puerta?

La cogió, con un gruñido y un hosco gesto afirmativo de la cabeza, y cerró la puerta en mi cara, regresando al cabo de unos minutos.

—Entre —dijo la anciana, y pasé al interior.

El tío Silas, tras su nocturno horror o visión, yacía en un sofá, envuelto en su descolorida bata de seda amarilla, sus largos cabellos blancos colgándole hacia el suelo y, en su semblante, iluminándolo, aquella extraviada y débil sonrisa suya, apagado fulgor cuya contemplación me infundía miedo; los largos y delgados brazos reposaban a ambos costados, con manos y dedos yertos salvo cuando, de tarde en tarde, con un movimiento lánguido, se mojaba la sien y la frente con *eau de cologne* de un platillo de cristal que tenía al lado.

—¡Excelente chica! ¡Obediente pupila y sobrina! —murmuró, el oráculo—. Dios te lo recompense...; la franqueza de tu proceder es garantía de tu seguridad y de mi paz. Siéntate y dime quién es ese capitán Oakley, cuándo le conociste, qué edad tiene, cuál es su fortuna, cuáles sus expectativas y quién la tía que menciona.

Sobre todos estos extremos satisface en lo que me fue posible la curiosidad de mi tío.

—Wyat... las gotas blancas —exclamó en tono severo y tenue—. Le escribiré una nota enseguida. No puedo recibir visitas, y, por supuesto, tampoco tú a jóvenes capitanes, hasta tu presentación en sociedad. Adiós. Dios te bendiga, querida.

Wyat se puso a verter el reconstituyente «blanco» en una copa de vino. La habitación exhalaba un olor a éter. Me alegré de escaparme. Las figuras y toda la *mise en scene* eran ultraterrenales.

—Bueno, Milly —dije, cuando me encontré con ella en el recibidor—, tu papá va a escribirle.

A veces me pregunto si Milly tenía razón, y cómo habría yo actuado unos meses antes.

Al día siguiente, ¿a quién íbamos a encontrar en el Bosque del Molino de Viento, sino al capitán Oakley? El lugar donde tuvo lugar esta interesante *rencontre* se hallaba en las proximidades del puente en ruinas acerca de cuyo boceto me fueran hechos tantos elogios. Fue una sorpresa tan grande que no tuve tiempo de recordar mi indignación, y, habiéndole recibido afablemente, me resultó imposible, durante nuestra breve entrevista, recobrar mi perdida altitud.

Una vez concluidos nuestros saludos, y tras dedicarme algunos amables cumplidos, el capitán dijo:

—He recibido una nota muy curiosa del señor Silas Ruthyn. Estoy seguro de que me cree un tipo impertinente, pues es cualquier cosa menos acogedora..., extremadamente grosera, en realidad. Pero en el hecho de que no quiera que invada su dormitorio, excursión con la que jamás soñé, no he sido capaz de ver motivo alguno para no presentarme ante usted, quien me había honrado ya con su conocimiento, con la sanción de aquellos que más interés tenían en su bienestar y que, me imagino, se encontraban tan bien cualificados como él para decir quién lo estaba a su vez para recibir ese honor.

—Como usted sabe, mi tío, el señor Silas Ruthyn, es mi tutor; y aquí está su hija, mi prima.

Esto me dio la oportunidad de mostrarme un poco altiva, y la aproveché. Él se quitó el sombrero y se inclinó ante ella.

—Me temo haber sido muy grosero y estúpido. El señor Ruthyn, por supuesto, tiene perfecto derecho a... a... La verdad es que no sabía yo que tenía el honor de estar tan cerca de una persona allegada... ¡Y qué exquisito paisaje el que tienen ustedes aquí! Estos campos de alrededor de Feltram me parecen especialmente magníficos; y en cuanto a Bartram-Haugh, me atrevo a decir que es el lugar más hermoso de esta hermosa región. Les aseguro que siento la desmedida tentación de hacer de Feltram y del Hall Hotel mi cuartel general al menos durante una semana. Lo único que echo de menos es el follaje, pero sus árboles se muestran maravillosos incluso en invierno, y muchos de ellos están recubiertos de hiedra. Dicen que estropea los árboles, pero lo cierto es que los embellece. Me quedan aún diez días de permiso por consumir; ojalá pudiera inducirle a usted a que me aconsejara cómo emplearlos. ¿Qué debo hacer, señorita Ruthyn?

—Soy la peor persona del mundo haciendo planes, incluso para mí. Me parece tan molesto... Supongamos que prueba a irse a Gales o a Escocia, a trepar por esas montañas tan espléndidas y que tan bonitas están en invierno, ¿qué le parece?

—Preferiría, con mucho, quedarme en Feltram, y deseo que sea Feltram lo que usted me recomienda. ¿Qué planta es ésta, tan linda?

—La llamamos el mirto de Maud, porque fue ella quien la plantó; es preciosa cuando está en flor —dijo Milly.

Nuestra visita a Elverston nos había sido de inmensa utilidad a las dos.

—¡Oh, plantada por usted! —dijo él, muy suavemente y lanzándome una mirada a tono—: ¿Puedo... muy poco nada más... sólo una hoja?

Y, sin esperar el permiso, cogió una ramita y la sostuvo en la mano, a la altura del chaleco.

—Sí, le va muy bien a esos botones. Son unos botones preciosísimos, ¿no es verdad, Milly? Un regalo, un recuerdo, me figuro.

Mis palabras eran una terrible alusión a la fabricante de botones, y me pareció que

me miraba algo extrañado, pero mi semblante era tan «hechiceramente cándido», que, supongo, sus sospechas se vieron apaciguadas.

Ahora bien, debo confesar que por mi parte era muy extraño hablar de ese modo y recibir todas aquellas tiernas alusiones de un caballero acerca del cual tan sólo la tarde anterior me había estado expresando de forma tan severa, acorde con mis sentimientos hacia él. Pero Bartram era un sitio abominablemente solitario. Una persona civilizada era un objeto inapreciable en aquella región pintoresca y brutal; de ahí el que sea especialmente a mis lectoras, dado que ellas serán, probablemente, las que más duras se muestren conmigo, a las que digo: ¿no podéis recordar una insensatez semejante en vuestro propio pasado? ¿No podéis traer a vuestra memoria al menos seis incoherencias similares, cometidas por vosotras mismas en los mismos minutos que yo? Por mi parte, la verdad es que soy incapaz de ver ventaja alguna en ser el sexo débil si siempre hemos de ser tan fuertes como nuestros prójimos masculinos.

Lo cierto es que aquel leve sentimiento de simpatía que en una ocasión llegué a experimentar no se reavivó. Tan pronto como estas cosas se extinguen, creo firmemente que son tan difíciles de reavivar como nuestros perritos falderos, conejillos de Indias y papagayos cuando se mueren. Mi perfecta frialdad fue —y por ello me lisonjeo a mí misma— lo que me permitió charlar tan agradablemente con el refinado capitán, quien, a todas luces, me creía su cautiva y, probablemente, de vez en cuando cavilaba sobre lo que había que hacer para utilizar o embellecer este o aquel trocito de Bartram cuando le pareciera llegado el momento oportuno de convertirse en su dueño, mientras paseábamos a través de aquellos campos agrestes pero hermosos.

Fue justo en uno de aquellos instantes cuando Milly me dio un golpecito con el codo, no sin cierta vehemencia, y me susurró:

—¡Mira!

Seguí con mi mirada la dirección de la suya, y vi a mi odioso primo Dudley, vestido con unos escandalosos pantalones a rayas, abombados, y lo que Milly, antes de su reforma, acostumbraba a llamar sus «trapos» —los cuales eran igual de horrorosos—, acercándose a nuestro refinado grupito a grandes zancadas. De veras pienso que Milly estuvo a punto de avergonzarse de él. Yo, desde luego, lo estaba. De lo que no tenía idea es de la escena que se avecinaba.

El encantador capitán probablemente lo tomó por algún rústico sirviente de la finca, pues prosiguió con sus gratas observaciones hasta el mismísimo momento en que Dudley, cuyo semblante estaba pálido de rabia y cuyo rápido avance no había servido para serenarle, sin acordarse de saludarnos ni a Milly ni a mí, abordó a nuestro elegante compañero de la manera siguiente:

—¿No le parece, jefe, que está usted aquí un poquitín en desventaja?

Se había plantado directamente en su cara, y su mirada era inequívocamente amenazadora.

—¿Puedo hablarle? ¿Me perdonan? —dijo el capitán blandamente.

—Sí... oh, sí, ya lo creo que le van a perdonar, me figuro; pero es conmigo con quien tiene que tratar. ¿No está usted en desventaja ahora?

—No soy consciente, señor, de hallarme en ventaja ni desventaja alguna —replicó el capitán, con severo desdén—. Por las trazas tiene usted ganas de armar gresca. Si hace usted el favor, vamos a retirarnos de las damas un poco, si ése es su propósito.

—Mi propósito es que se vaya usted por donde ha venido. Si la gresca la arma usted, tanto peor para usted, porque le molere a palos.

—Dile que no se pegue con él —cuchicheó Milly—, con Dudley no tiene nada que hacer.

Vi a Dickon Hawkes con una risueña mueca dibujada en sus labios, mirando por encima de la valla sobre la que se apoyaba.

—Señor Hawkes —dije, acercándome a aquel poco prometedor mediador—, le ruego que impida lo muy desagradable que puede ocurrir, interponiéndose entre ellos.

—¿Y que me zurren por los dos lados? No, gracias, señorita —sonrió Dickon tranquilamente.

—¿Quién es usted, señor? —inquirió nuestro romántico conocido, con seriedad militar.

—Le voy a decir quién es usted...; usted es Oakley, el que para en el Hall, al que escribió el gobernador esta noche pasada diciéndole que no se atreviera a meter la nariz por dentro de la finca. Usted lo que es, es un capitanzucho muerto de hambre, que se viene para acá en busca de una esposa y...

Antes de que Dudley pudiera terminar su frase, el capitán Oakley, con la cara más roja que la más roja de las casacas regimentales, cruzó en aquel preciso instante con su fusta la apuesta cara de Dudley.

No sé cómo sucedió..., por obra de algún truco de hechicería, pero el caso es que se oyó un ruido seco, y el capitán yacía panza arriba en el suelo, con la boca llena de sangre.

—¿Te gusta cómo sabe? —rugió Dickon desde su puesto de observación.

En un abrir y cerrar de ojos, el capitán se puso de nuevo en pie, sin sombrero, con aire frenético y largando puñetazo tras puñetazo hacia Dudley, el cual, con toda serenidad, se agachaba, esquivándolos. Y de nuevo aquel horrendo ruido seco, sólo que esta vez por partida doble, como el rápido chasquido de un postillón, y he aquí otra vez en la hierba al capitán.

—¡Tocadas sus narices, por...! —tronó Dickon, rugiendo de risa.

—¡Vámonos, Milly..., me estoy poniendo mala! —dije.

—¡Déjalo, Dudley, mira lo que te digo! ¡Le vas a matar! —chilló Milly.

Pero el devoto capitán, cuya nariz, boca y pechera de la camisa no formaban ya sino una gran mancha de sangre, y que además estaba sangrando de un ojo, se lanzó de nuevo contra él.

Me di la vuelta. Me sentía desfallecer, y en un tris de echarme a llorar de puro horror.

—¡Atízale duro a las napias! —vociferó Dickon en un frenesí de placer.

—Se la va a romper, si es que no lo ha hecho ya —exclamó Milly, aludiendo, como más tarde llegué a entender, a la nariz griega del capitán.

—¡Bravo, pequeño!

El capitán era considerablemente más alto. Se oyó otro ruido seco y, supongo, el capitán Oakley volvió a caer.

—¡Hurra! ¡Déjale bien servido otra vez! —rugió Dickon—. Sigue por ahí. En el mismo sitio... en el subsuelo, te digo... Aún no tiene bastante.

Temblando de pura repulsión, me hallaba en plena retirada, y lo más rápida posible, cuando a mis oídos llegó la ronca voz del capitán Oakley gritando:

—Es usted un condenado púgil, no puedo pegarme con usted.

—Ya te dije que te molería a palos —vociferó Dudley.

—Pero es usted el hijo de un caballero, y por... que se batirá conmigo como un caballero.

Dudley y Dickon acogieron esta salida con alaridos de risa.

—Recuerdos al coronel, y piensa en mí cuando te mires al espejo. Así que te vas ya, ¿eh?, después de todo. Bueno, ve detrás de lo que te queda de nariz. ¡Eh, que te olvidas de unas muelas, ahí en la hierba! ¿No?

Estas y otras mofas similares acompañaron al maltrecho capitán en su retirada.

CAPÍTULO XLVII

REAPARECE EL DOCTOR BRYERLY

NADIE que no lo haya vivido puede hacerse idea de la zozobra, la repulsión y el horror que un espectáculo como el que, en parte, nos vimos forzadas a presenciar, deja en la mente de una persona joven y de mi particular temperamento.

A partir de aquel momento, dicho espectáculo afectó mi involuntaria valoración de sus principales actores. Una exhibición de semejante y consumada bajeza, acompañada por tamaño golpe contra el sentido femenino de la elegancia, no hay mujer capaz de olvidarlo. El capitán Oakley había sufrido una dura derrota a manos de un hombre de estatura más baja. Era lamentable, pero también indigno; y las inquietudes de Milly a propósito de sus dientes y su nariz, si bien, en cierto sentido, horribles, resultaban asimismo penosamente sospechosas de pertenecer al reino del absurdo.

Por otro lado, la gente dice que las proezas de valentía, incluso en bárbaras competiciones, como fue aquélla, provocan en nuestro sexo un interés afín a la admiración. Puedo afirmar que en mi caso fue justo al revés. Dudley Ruthyn quedó a un nivel más bajo que nunca en mi estimación, pues, aunque le temía más, ello era en razón de esta conjunción de brutalidad y sangre fría.

Después de aquel suceso viví en un constante temor a ser convocada a la habitación de mi tío para requerir de mí una explicación de mi encuentro con el capital Oakley, el cual, no obstante mi perfecta inocencia, resultaba sospechoso. Pero tal pesquisa no llegó a producirse. Quizá mi tío no sospechaba de mí, o quizá, sin precipitarse, pensó que todas las mujeres son mentirosas, no interesándose por oír lo que yo pudiera decir. Me inclino más bien por esta última interpretación.

Supongo que en aquel momento las arcas del tesoro, ignoro por qué medios, habían vuelto a llenarse, pues a la mañana siguiente Dudley se marchó a Wolverhampton, en una de sus, como la pobre Milly se las imaginaba, excursiones mundanas. Y el mismo día llegó el doctor Bryerly.

Milly y yo, desde la ventana de mi cuarto, le vimos bajar de su vehículo al patio.

Junto con él, en el coche, había un hombre flaco, de pelo y patillas color rojizo. El Dr. Bryerly descendió vestido con su invariable traje negro, que siempre parecía nuevo y nunca le sentaba bien.

Pensé que el doctor tenía aspecto agobiado y daba la sensación de haber envejecido varios años desde la última vez que le vi. No se le hizo pasar a la

habitación de mi tío, en el piso de arriba, sino que, por el contrario, según averiguó Milly, cuya curiosidad era más activa que la mía, nuestro trémulo mayordomo le informó de que mi tío no se encontraba lo suficientemente bien como para concederle una entrevista. En vista de lo cual el Dr. Bryerly había escrito una nota a lápiz, la cual recibió en respuesta un mensaje del tío Silas diciendo que estaría encantado de recibirle en cinco minutos.

Estábamos Milly y yo haciendo conjeturas sobre cuál sería el significado de aquello, cuando Mary Quince, antes de que los cinco minutos hubieran expirado, entró:

—Wyat me manda decirle, señorita, que su tío reclama su presencia inmediatamente.

Cuando entré en la habitación, mi tío estaba sentado a la mesa, con su *sécretaire* ante él. Levantó los ojos. ¿Acaso podía haber algo más digno, doliente y venerable que aquella figura?

—Te he mandado llamar, querida —dijo muy suavemente, al tiempo que me alargaba una de sus delgadas y blancas manos, en la que tomó la mía, manteniéndola asida afectuosamente mientras hablaba—, porque no deseo tener secretos y quiero que conozcas a fondo todo lo concerniente a tus propios intereses, mientras te halles sujeta a mi tutoría; y me hace feliz el pensar, queridísima sobrina, que tú correspondes mi sinceridad. Bien, aquí está este caballero. Siéntate, querida.

El doctor Bryerly avanzó unos pasos, a lo que parecía, para estrechar la mano de mi tío Silas, quien, sin embargo, se levantó con aire adusto y altanero, sin exagerar en lo más mínimo su actuación, y le hizo una lenta y ceremoniosa reverencia. Me pregunto cómo el sencillo doctor pudo, tan tranquilo, enfrentarse con aquella pasmosa estatua de la arrogancia.

El único signo que mostró de su sentimiento de repulsa fue una leve sonrisa de hastío.

—¿Cómo está usted, señorita? —dijo, extendiendo su mano y saludándome, según sus poco galantes maneras, como el que se acuerda tardíamente de hacerlo.

—Creo que no me vendría mal sentarme, señor —dijo el doctor Bryerly, tomando asiento con serenidad, junto a la mesa, y cruzando sus desgarradas piernas.

Mi tío hizo una inclinación de cabeza.

—Ya conoce usted, señor, la naturaleza del asunto. ¿Quiere que se quede la señorita Ruthyn? —preguntó el doctor Bryerly.

—He sido yo quien la ha llamado, señor —replicó mi tío en un tono muy suave y sarcástico, en sus finos labios una sonrisa, mientras, por un instante, sus extrañamente contorneadas cejas se alzaban en un gesto desdeñoso—. Mi querida Maud, aquí el caballero juzga apropiado insinuar que te estoy robando. Me sorprende un poco, y tú, sin duda, tú... Nada tengo que ocultar, y he querido que estés presente en tanto aquí el señor me favorece más pormenorizadamente con la exposición de sus opiniones. Supongo que estoy en lo cierto al calificarlo como robo, ¿no es así, señor?

—Pues bien —dijo el doctor Bryerly reflexivamente, puesto que estaba tratando el asunto como un problema jurídico y no sentimental—, así sería, ciertamente, el tomar aquello que no le pertenece a usted y transformarlo para su propia utilidad; pero, en el peor de los casos, pienso que se asemejaría más al hurto que al robo.

Vi cómo los labios, los párpados y las delgadas mejillas del tío Silas temblaban y se contraían como un estremecimiento de *tic-douloureux* mientras el doctor Bryerly le daba esta respuesta inconscientemente insultante. Mi tío, sin embargo, poseía el dominio de sí que se aprende en la mesa de juego, y se encogió de hombros con una gélida risita sarcástica y una mirada hacia mí.

—Creo que su nota habla de «derroche», ¿no es así, señor?

—Sí, derroche... la tala y venta de árboles del Bosque del Molino de Viento, la venta de corteza de roble para fabricar carbón vegetal, según mis informes —dijo Bryerly, tan triste y tranquilamente como el que relata una noticia leída en un periódico.

—¿Detectives o espías privados suyos?... o tal vez mis sirvientes, sobornados con el dinero de mi pobre hermano. Un muy noble procedimiento.

—Nada de eso, señor.

Mi tío sonrió con desprecio.

—Quiero decir, señor, que no se ha realizado ninguna indebida pesquisa en busca de pruebas, que el asunto es simplemente una cuestión de derecho, y que nuestro deber consiste en procurar que esta inexperta señorita no sea defraudada.

—¿Por su propio tío?

—Por quien sea —dijo el doctor Bryerly con una impenetrabilidad natural que suscitó mi admiración.

—Está claro que viene usted armado con un dictamen —dijo, insinuante, mi risueño tío.

—El caso está en manos del señor Serjeant Grinders. A veces estas lumbreras no devuelven sus casos tan pronto como sería de desear.

—Así que no tiene usted ninguna opinión —sonrió mi tío.

—Mi procurador ve el asunto muy claro, y a mí me parece que no es posible poner ninguna objeción, salvo por una cuestión de forma.

—Ya, y por cuestión de forma usted pone una y, entre tanto, fundamentándose en una sutil cuestión legal, las conjeturas de un lerdo abogado y un hábil farma..., perdón... médico, son suficiente garantía para decirle a mi sobrina y pupila, en mi presencia, que la estoy defraudando.

Mi tío se recostó en su butaca y, mientras hablaba, se puso a sonreír por encima de la cabeza del doctor Bryerly con desdeñosa paciencia.

—No sé si he usado esa expresión, señor, pero estoy hablando en un sentido meramente técnico. Lo que quiero decir es que, ya sea por error o por cualquier otro motivo, está usted ejerciendo una facultad que legalmente no posee, y que ello tiene como resultado el empobrecimiento de la propiedad y, en la medida en que ello le

beneficie a usted, constituye un agravio para esta señorita.

—Así pues, según veo soy un defraudador técnico, y su actitud de usted da a entender el resto. Doy gracias a Dios, señor, por ser un hombre muy diferente al que en tiempos fui.

El tío Silas hablaba en tono bajo y con extraordinaria circunspección.

—Recuerdo los tiempos en que sin duda alguna le habría, por mucho menos, tirado a usted al suelo de un puñetazo, o al menos lo habría intentado.

—Pero hablando en serio, señor, ¿qué se propone usted? —preguntó el doctor Bryerly, adusto y un poco arrebolado, pues pienso que en su interior se removió el anciano; y, aunque no alzó la voz, se excitó en sus modales.

—Me propongo defender mis derechos, señor —murmuró el tío Silas, muy hoscamente—. A diferencia de usted, yo sí tengo una opinión.

—Parece imaginar, señor, que el molestarle me proporciona placer, y se equivoca de medio a medio. Yo detesto molestar a nadie..., por naturaleza lo detesto. Pero ¿no se da usted cuenta de la posición en que me veo colocado? Ojalá me fuera dado complacer a todo el mundo, y cumplir con mi deber.

El tío Silas se inclinó y sonrió.

—He traído conmigo al administrador escocés de Tolkingden, finca de su propiedad, señorita, y, si nos lo permite usted, haremos una visita al lugar y tomaremos nota de lo que observemos, esto es, suponiendo que admita usted el derroche y simplemente ponga en tela de juicio nuestro proceder legal.

—Señor mío, ni usted ni su escocés van a hacer nada de lo dicho; y, teniendo en cuenta que yo ni niego ni admito nada, me hará el favor de no volver a presentarse nunca más, bajo pretexto alguno, bien sea en esta casa o en los terrenos de Bartram-Haugh, mientras yo viva.

El tío Silas se levantó con la misma sonrisa y ceño vidriosos, en señal de que la entrevista había concluido.

—Adiós, señor —dijo el doctor Bryerly, con aire triste y pensativo, y, tras titubear un instante, me dijo a mí—: ¿Podría usted, señorita, concederme unas palabras en el recibidor?

—¡Ni una palabra, señor! —gruñó el tío Silas, lanzando por los ojos un fulgor blanco.

Hubo una pausa.

—Quédate sentada donde estás, Maud.

Otra pausa.

—Si tiene usted algo que decir a mi pupila, señor, haga usted el favor de decirlo aquí.

El oscuro y sencillo rostro del doctor Bryerly estaba vuelto hacia mí con una expresión de indecible compasión.

—Iba a decir que si se le ocurre a usted algo, fuere lo que fuere, en que yo pueda serle de provecho, por mínimo que éste sea, señorita, estoy dispuesto a actuar. Eso es

todo. Téngalo presente, fuere lo que fuere.

Vaciló, mirándome con la misma expresión, como si tuviera algo más que decir, pero repitió tan sólo:

—Eso es todo, señorita.

—¿No va a darme la mano, doctor Bryerly, antes de irse? —dije, acercándome a él ansiosamente.

Sin una sonrisa, con la misma inquietud en el semblante, con su pensamiento, según me pareció, puesto en alguna otra cosa, e indeciso en cuanto a si hablar o permanecer en silencio, el doctor Bryerly cogió en su gélida mano los dedos de la mía y, estrechándolos con lentitud mientras sus ojos graves y preocupados se posaban inconscientemente en el rostro del tío Silas, como ausente y con voz triste dijo:

—Adiós, señorita.

Antes de que el doctor lanzase aquella triste mirada hacia mi tío, éste apartó con rapidez sus extraños ojos y, curiosamente, se puso a mirar hacia la ventana.

Transcurrido un instante más, el doctor Bryerly soltó mi mano al tiempo que exhalaba un suspiro y, con una brusca inclinación de cabeza, salió de la habitación mientras yo escuchaba el más lúgubre de los sonidos: el de los pasos de un fiel amigo en retirada, perdiéndose.

—No nos dejes caer en la tentación; si así imploramos, no habremos de escarnecer la eterna Majestad del Cielo cayendo en la tentación deliberadamente.

Esta frase oracular no fue pronunciada por mi tío hasta que no hubieron transcurrido cinco minutos desde que se fuera el doctor Bryerly.

—Le he prohibido mi casa, Maud, porque, en primer lugar, su insolencia, perfectamente inconsciente, pone a prueba mi paciencia más allá, casi, de lo soportable; y en segundo lugar, porque han llegado a mis oídos informes desfavorables sobre él. Respecto a la cuestión de derecho que él disputa, estoy perfectamente informado. Soy tu inquilino, mi querida Maud; cuando me haya ido de este mundo te enterarás de cuán escrupuloso he sido; comprobarás cómo, bajo la presión de las más acuciantes dificultades pecuniarias, terrible castigo a una juventud malbaratada, he tenido cuidado de no transgredir jamás, ni un ápice, el límite estricto de mis privilegios legales; tanto en mi calidad de inquilino tuyo, Maud, como en la de tutor; te darás cuenta de cómo, en medio de horrorosas zozobras, en virtud de la milagrosa fuerza y la milagrosa gracia que me ha sido otorgada, me he mantenido... puro.

»El mundo —reanudó el hilo de su discurso tras una breve pausa— no tiene fe en la conversión de ningún hombre; nunca olvida lo que fue, nunca le cree en absoluto mejor, es un juez inexorable y estúpido. Lo que yo fui lo describiré en términos más negros y con un aborrecimiento más sincero que mis calumniadores: un atolondrado manirroto, un licencioso sin Dios. Eso es el que fui; ahora soy lo que soy: el más miserable de todos los hombres, si no tuviera esperanza puesta más allá de este mundo, pero, en virtud de esa esperanza, un pecador salvado.

Luego acrecentó su elocuencia y su misticismo. Pienso que sus estudios swedenborgianos habían traspasado sus ideas religiosas de unas luces extrañas. Nunca pude seguirle del todo en estas excursiones a la región del simbolismo. Sólo recuerdo que hablaba del diluvio y de las aguas de Mara^[46], y que dijo: «Estoy lavado, heme aquí salpicado», y que luego, haciendo una pausa, se mojó las sienes y la frente con *eau de cologne*; operación que, quizá, le sugería su imaginería de las salpicaduras, etc.

Así refrescado, mi tío dio un suspiro, sonrió y pasó al tema del doctor Bryerly.

—Del doctor Bryerly sé que es astuto, que le gusta el dinero, que nació en la pobreza y que de su profesión no saca nada. Pero posee muchos miles de libras de tu dinero, bajo el testamento de mi pobre hermano; y con un, por supuesto, humilde *nolo episcopari*, sigilosamente se ha introducido en el fideicomiso activo, con todas sus múltiples oportunidades, de tu inmensa fortuna. No lo ha hecho tan mal, para ser un swedenborgiano visionario. Un hombre así tiene que prosperar. Pero si esperaba sacarme dinero, se ha llevado una decepción. Lo sacaré, sin embargo, del fideicomiso, ya lo verás. Es una decisión peligrosa. Pero si busca la vida de Dives^[47], lo peor que le deseo es que encuentre la muerte de Lázaro^[48]. Sin embargo, tanto si, al igual que Lázaro, es llevado por los ángeles al seno de Abraham, como si, al igual que el rico, no hace sino morir y ser enterrado y... lo demás, no deseo su compañía ni vivo ni muerto.

Dicho esto, el tío Silas pareció, de pronto, sentirse exhausto. Se echó hacia atrás en el asiento, con el semblante lívido, y sus demacradas facciones brillaron bajo el rocío del desmayo. Di una voz llamando a Wyat, pero pronto recobró fuerzas suficientes para sonreír con una extraña sonrisa, a la que acompañó con un fruncimiento de ceño a modo de despedida, indicándome que me retirase con un gesto de la cabeza y de la mano.

CAPÍTULO XLVIII

PREGUNTA Y RESPUESTA

AQUEL día, después de todo, mi tío no estuvo enfermo según la extraña forma en que solía manifestarse su dolencia, fuere ésta la que fuere. La vieja Wyat repitió, a su manera agria y lacónica, que «no podía decirse que estuviera mal». A mí me quedó, sin embargo, una sensación de dolor y de miedo. No obstante las sarcásticas reflexiones de mi tío, el doctor Bryerly seguía siendo, a mi juicio, un amigo verdadero y prudente. Toda mi vida había estado acostumbrada a confiar en los demás, y aquí, bajo el acoso de muchas alarmas e incertidumbres inconfesas y mal definidas, la desaparición de un amigo diligente y capaz hizo que el alma se me cayera a los pies.

Aún me quedaba mi querida prima Mónica y mi agradable amigo lord Ilbury, en el que confiaba; y al cabo de menos de una semana llegó una invitación de lady Mary, cursada a nombre mío y al de Milly, para reunimos con lady Knollys en La Granja. Dicha invitación iba acompañada, según decía lady Mary, por una nota de lord Ilbury a mi tío, en apoyo del requerimiento de su hermana. A primera hora de la tarde recibí un mensaje por el que se me pedía acudiese a la habitación de mi tío.

—Una invitación de lady Mary Carysbroke para reuniros, tú y Milly, con Mónica Knollys; ¿la has recibido? —preguntó mi tío tan pronto como hube tomado asiento.

Tras mi afirmativa respuesta, mi tío prosiguió:

—Bien, Maud Ruthyn, yo de ti espero la verdad; yo he sido franco, y tal has de serlo tú. ¿Has oído alguna vez a lady Knollys hablar mal de mí?

Me quedé desconcertada.

Sentí que mis mejillas ardían. Mis ojos, muy abiertos, estaban devolviendo la fiera, fría y penetrante mirada de mi tío con otra estúpida. Permanecí muda.

—Sí, Maud, la has oído.

Bajé los ojos en silencio.

—Me consta; pero es justo que respondas; ¿la has oído o no?

Tuve que aclararme la voz dos o tres veces. Mi garganta sufría una especie de espasmo.

—Estoy tratando de recordar —dije al fin.

—Recuérdalo —dijo él imperiosamente.

Hubo un pequeño intervalo de silencio. Habría dado el mundo entero, bajo cualquier condición, por estar en cualquier otra parte del mundo.

—Estoy seguro de que no deseas engañar a tu tutor, ¿verdad? Vamos, la pregunta es sencilla, y además yo ya sé cuál es la verdad. Te vuelvo a preguntar: ¿has oído alguna vez hablar mal de mí a lady Knollys?

—Lady Knollys —dije, medio inarticuladamente— suele hablar con mucho desenfado, y en ocasiones medio en broma; pero —continué, observando un no sé qué amenazador en su semblante— la he oído expresar su desaprobación acerca de algunas cosas que usted ha hecho.

—Vamos, Maud —prosiguió él, en tono severo pero todavía bajo—, ¿acaso lady Knollys no ha insinuado la acusación, supongo que entonces en estado de incubación..., que el otro día presentó aquí en plena sazón, con pico y garras, ese intrigante boticario... La aseveración de que yo te estaba defraudando mediante la tala de árboles de la finca?

—Es cierto que mencionó esa circunstancia, pero también argumentó que podría haber sido por ignorancia del alcance de los derechos de usted.

—Vamos, vamos, Maud, no debes mistificar, muchacha. Quiero que me lo digas. ¿No suele lady Knollys hablar de mí con menosprecio, tanto en tu presencia como directamente a ti? ¡Contesta!

Hundí la cabeza.

—¿Sí o no?

—Bueno, tal vez... sí —balbucí, y rompí a llorar.

—Vamos, no llores; escandalízate más bien. ¿Y acaso no has oído decir a lady Knollys las mismas cosas en presencia de mi hija Millicent? Yo sí sé, repito, que la has oído. De nada sirven tus vacilaciones, y te ordeno que contestes.

Entre sollozos, dije la verdad.

—Ahora quédate aquí y no te muevas, mientras escribo mi respuesta.

Se puso a escribir, con un ceño y una sonrisa penosísimos de contemplar mientras posaba sus ojos sobre el papel, y a continuación me colocó delante la nota:

—Lee esto, querida.

Comencé:

«Mi querida lady Knollys: me has favorecido con una nota, añadiendo tu requerimiento al de lord Ilbury, a fin de que permita a mi pupila y a mi hija beneficiarse de la invitación de lady Mary. Hallándome, como me hallo, por entero al corriente de la aversión que siempre, e inexplicablemente, has abrigado hacia mí, así como de los términos en los que has tenido la delicadeza y alto sentido moral de hablar de mí a mi hija y a mi pupila, y en su presencia, no me queda sino expresarte mi asombro ante el recato de tu requerimiento, al mismo tiempo que perentoriamente lo rechazo. Adoptaré, asimismo, escrupulosas medidas tendentes a un eficaz impedimento de que jamás vuelvas a tener la oportunidad de intentar la destrucción de mi influencia y autoridad sobre mi pupila y mi hija mediante calumnias directas o

insinuadas.

Tu difamado y ofendido pariente,

Silas Ruthyn».

Me quedé cariacontecida; pero ¿qué podía alegar contra el golpe que iba a aislarme? Me eché a llorar ruidosamente, con las manos enlazadas, contemplando el marmóreo rostro de aquel anciano.

Sin que pareciera oír nada, dobló y selló la nota y, acto seguido, procedió a contestar a lord Ilbury.

Una vez escrita la nota, mi tío la colocó igualmente ante mí, y la leí también. Simplemente le remitía a lady Knollys «para una explicación de las desdichadas circunstancias que le obligaban a declinar una invitación cuya aceptación habría hecho felices a su sobrina y a su hija».

—Ya ves, mi querida Maud, lo franco que soy contigo —dijo, agitando en la mano, poco antes de doblarla, la abierta nota que yo acababa de leer—. Creo poder pedirte que obres a la recíproca con mi sinceridad.

Tras decirme mi tío que me retirara, corrí a ver a Milly, la cual se echó a llorar de pura decepción, y así permanecemos ambas, llorando y gimiendo al unísono. Pienso, sin embargo, que mi aflicción estaba más motivada.

Me senté a cumplir con la lúgubre tarea de escribir a mi querida lady Knollys. Le imploré que hiciera las paces con mi tío; le dije lo franco que él había sido conmigo y que me había enseñado su triste respuesta a su carta; le conté la entrevista con el doctor Bryerly, a la que mi propio tío me había invitado a asistir; lo poco alterado que se había mostrado por la acusación —ni la menor señal de culpabilidad, al contrario, una perfecta confianza—, y le rogué que ideara la mejor manera, teniendo en cuenta mi aislamiento, de lograr una reconciliación con el tío Silas. «Imagínate —le escribí — que sólo tengo diecinueve años, y me quedan dos de soledad en perspectiva. ¡Qué separación!». Jamás comerciante alguno en bancarrota firmó el acto de su quiebra con el corazón más apesadumbrado que yo al firmar esta carta.

Las penas de la juventud son como las heridas de los dioses..., hay un icor que cura las cicatrices de las que supura, y, así pues, Milly y yo nos consolamos y, al día siguiente, disfrutamos de nuestro paseo, nuestra charla y nuestras lecturas con una maravillosa resignación ante lo inevitable.

Milly y yo nos hallábamos en la misma relación que lord Duberly respecto al doctor Pangloss^[49] mi misión consistía en enmendar su «cacareología», y la tarea nos divertía a las dos... Pienso que en el fondo de nuestra sumisión al destino se agazapaba una esperanza, la de que el inexorable tío Silas cediera, o que la prima Mónica, esa sirena, se saliera con la suya y le ablandara, consiguiendo sus propósitos.

El alivio que derivaba de la ausencia de Dudley no iba, sin embargo, a ser muy duradero, pues una mañana, mientras estaba yo a solas entreteniéndome con unas

labores de estambre, con la mente ocupada —y precisamente en aquel momento de modo no desagradable— en muchas cosas, mi primo Dudley entró en la habitación.

—Ya ves, aquí estoy de vuelta otra vez, como un medio penique falso. ¿Cómo has estado desde la última vez? Has «estado», sin más, lo certifico, a juzgar por tu aspecto. Me alegro una barbaridad de verte; por ahí no hay un ganado que se te pueda comparar, Maud.

—Creo que habré de pedirle a usted que me suelte la mano de modo que pueda seguir con mi labor —dije, muy estirada, con la esperanza de enfriar un poco sus entusiasmos.

—Lo que tú quieras, Maud, con tal de complacerte; en mi ánimo está el no rehusarte nada. He estado en Wolverhampton, chica..., qué juerga..., y de allí me largué a Leamington; casi me rompo la crisma, de veras, con un caballo prestado, detrás de los perros; ¿no te importaría, Maud, que me rompiese la crisma? Bueno, quizá un poquitín —dijo bonachonamente, supliendo mis palabras, puesto que permanecía callada—. Hace poco más de una semana desde que me marché de aquí, por san Jorge; y para mí eso es casi la mitad del almanaque; ¿adivinas el motivo, Maud?

—¿Ha visto usted a su hermana Milly, o a su padre, desde su regreso? —pregunté con frialdad.

—Seguirán ahí, Maud, no te preocupes por ellos; era a ti a quien yo quería ver..., es en ti en quien he estado pensando todo el tiempo. Mira lo que te digo, chica: no hago más que pensar en ti.

—Creo que debería usted ir a ver a su padre; ha estado usted ausente algún tiempo, como usted mismo dice. No me parece una prueba de respeto —dije, algo cortante.

—Por mí iría, puesto que me lo pides, pero no puedo, porque no hay nada en el mundo que yo no hiciera por ti, excepto marcharme de tu lado.

—Pues eso —dije en un arrebató de enojo— es lo único en el mundo que le pediría a usted que hiciera.

—Que me maten si no te has puesto colorada, Maud —dijo él, arrastrando las palabras y con una odiosa mueca sonriente en los labios.

Su estupidez estaba a prueba de cualquier cosa.

—¡Esto es demasiado! —musité, dando con el pie un toquecito de indignación contra el suelo, cual si diera una patada.

—La verdad es que las chicas sois un ganado de lo más raro; ahora estás enfadada conmigo porque te figuras que he andado por ahí de picos pardos..., eso es lo que te pasa, Maud, eso es lo que crees que he hecho en Wolverhampton, tontita mía, guapa, y sólo por eso estás dispuesta a echarme otra vez de tu lado, nada más volver... ¡no es justo!

—No le entiendo, señor; y le ruego que se vaya.

—¿Pero no te he dicho lo que ocurre con eso de dejarte, Maud? Es lo único que

no puedo hacer por ti. Soy igual que un niño en tus manos, eso es lo que soy, ¿sabes? Soy capaz de molerle a palos a un tipo y dejarlo hecho unos zorros, por san Jorge (sus juramentos no eran, en realidad, tan suaves), algo de eso viste el otro día, pero no te enfades, Maud, todo fue por ti, ¿sabes? Estaba algo celosillo; pero el caso es que soy capaz de hacerlo y, sin embargo, mírame aquí: nada más que un niño, oye, un niño en tus manos.

—Deseo que se marche. ¿Es que no tiene nada que hacer y nadie a quien ver? ¿Por qué no puede dejarme en paz, señor?

—Porque no puedo, Maud, ése es el porqué; y me pregunto, Maud, cómo puedes ser tan mala, viéndome así como me ves, ¿cómo puedes?

—Ojalá venga Milly —dije, enojada, lanzando una mirada hacia la puerta.

—Bueno, te diré lo que pasa, Maud. Será mejor que lo suelte. Me gustas más que ninguna otra chica que he visto en mi vida, mucho más; eres más guapa, sin comparación; no hay ninguna como tú... no, no la hay; y me gustaría que me tuvieras contigo. No tengo mucha pasta..., mi padre ha gastado un montón, está lo que se dice en una situación bastante mala, ¿sabes? Pero aunque yo no sea tan rico como otros, soy mejor como hombre, eso es lo que pasa; y si quieres tomar a un chico decente, que te quiera una barbaridad y que estuviera dispuesto a morir por ti, pues aquí lo tienes.

—¿Qué es lo que puede usted estar queriendo decir, señor? —exclamé, levantándome, presa de la indignación y el desconcierto.

—Estoy queriendo decir, Maud, que si te casas conmigo jamás tendrás motivo de queja; haré que nunca te falte nada y jamás oirás de mí una palabra inconveniente.

—¡Una declaración! —proferí, como quien habla en sueños.

Me hallaba de pie, con mi mano en el respaldo de la silla, mirando fijamente a Dudley; la expresión de mi semblante se correspondería, me figuro, con el estupor que me embargaba.

—¿Verdad que vas a ser buena chica y no me vas a rechazar? —dijo la odiosa criatura, con una rodilla sobre el asiento de la silla tras la cual estaba yo de pie, intentando rodear amorosamente mi cuello con su brazo.

Esto obró el efecto de despertarme y, retrocediendo bruscamente, di una patada en el suelo con verdadera furia.

—¿Qué ha habido en mi conducta, señor, en mis palabras o miradas, que haya podido dar pábulo a esta sin igual osadía? A menos que sea usted tan estúpido como es usted impertinente, brutal y feo, hace mucho tiempo, señor, que debería haberse dado cuenta de la antipatía que me inspira. ¿Cómo se atreve, señor? ¡No ose interponerse en mi camino! ¡Voy a ver a mi tío!

Jamás en mi vida había hablado tan violentamente a un ser mortal.

Por su parte, Dudley parecía algo perplejo, y, a paso vivo y enfadado, dejó atrás su brazo extendido, aunque inmóvil.

Dudley dio uno o dos pasos en pos de mí, sin embargo, antes de llegar yo a la

puerta; tenía el aspecto de estar horriblemente enojado, pero se detuvo, limitándose a proferir a mis espaldas algunas de esas «palabras inconvenientes» que mis oídos no iban a haber escuchado nunca. Me hallaba yo, no obstante, demasiado colérica y caminaba demasiado deprisa como para captar su significado. Antes de haber comenzado a ordenar mis pensamientos, estaba llamando ya con los nudillos a la puerta de mi tío.

—Adelante —respondió la voz de mi tío, clara, fina y quisquillosa.

Entré y me puse delante de él.

—Señor, su hijo me ha insultado.

Durante unos segundos se me quedó mirando fijamente con fría curiosidad, mientras yo permanecía jadeante y con las mejillas encendidas ante él.

—¿Qué te ha insultado? —repitió—. ¡Por Dios que me sorprendes!

La exclamación, más que ninguna otra que le hubiera oído hasta entonces, tenía el sabor del «anciano», para tomar prestada su bíblica frase^[50].

—Y ¿cómo? —prosiguió—. ¿Cómo te ha insultado Dudley, mi querida niña? Vamos, estás excitada; siéntate; tómate tiempo y dímelo todo. No sabía que Dudley estuviese aquí.

—Yo... él... es un insulto. Lo sabía muy bien... tiene que saber lo antipático que me resulta... y se ha atrevido a hacerme una proposición matrimonial.

—¡O... o... oh! —exclamó mi tío, con un prolongado toniquete que, a todas luces, quería decir: «¿Y esto es ese asunto tan terrible?».

Me miró, mientras se recostaba en su butaca, con la misma fija curiosidad, esta vez sonriendo, lo que de algún modo me asustó, pues su semblante me pareció perverso, como el rostro de una bruja, reo de un delito que me era imposible entender.

—¡Y ésa es toda tu queja..., que te ha hecho una proposición matrimonial!

—Sí, me la ha hecho.

A medida que me iba serenando, comencé a sentirme ligeramente desconcertada y turbada por la sospecha de que alguien a quien el asunto no le importara, pudiera, probablemente, pensar que, no teniendo nada más de lo que quejarme, mi lenguaje había sido tal vez un poco exagerado y mi comportamiento excesivamente tempestuoso.

Me figuro que mi tío vio algún síntoma de este recelo, pues, sonriendo aún, dijo:

—Mi querida Maud, no por justa dejas de parecerme un poco cruel; olvidas, a todas luces, la parte de culpa que te corresponde; al menos tienes un fiel amigo al que te aconsejo que consultes..., me refiero a tu espejo. Ese loco es joven y lo ignora todo en lo que a los modales mundanos concierne. Está enamorado... desesperadamente enamorado.

Aimer c'est craindre, et craindre c'est souffrir.

»Y el sufrimiento empuja a la toma de remedios desesperados. No debemos

mostrar excesiva dureza con un tosco pero romántico jovenzuelo alocado que habla de modo acorde con su locura y su dolor.

CAPÍTULO XLIX

UNA APARICIÓN

—**P**ERO, después de todo —prosiguió súbitamente mi tío, como si una nueva idea le hubiera venido a la cabeza—, ¿acaso es una locura tan grande? La verdad es que me llama la atención, querida Maud, el hecho de que el asunto sea digno de reflexión. No, no, no rehusarás escucharme —dijo, observándome a punto de protestar—. Doy por sentado, eso por supuesto, que tú no estás enamorada. Y doy también por sentado que Dudley no te importa un bledo e incluso que imaginas tenerle antipatía. Ya sabes, en esa agradable comedia, el pobre Sheridan..., ¡qué tipo tan estupendo!..., todos nuestros espíritus han muerto..., hace decir a la señora Malaprop^[51] que no hay nada como comenzar con una pequeña aversión. Ahora bien, aunque, por supuesto, en el matrimonio esto no es más que una broma, sin embargo en el amor, créeme, no es tal cosa. Su propio matrimonio con la señorita Ogle, ello me consta, viene muy bien al caso. Cuando se conocieron, ella se manifestó auténticamente horrorizada por él, y, no obstante, tengo la certidumbre de que unos meses más tarde habría dado la vida antes que no haberse casado con él.

A punto estuve otra vez de hablar, pero mi tío, sonriéndome, me hizo un gesto con la mano para que me callara.

—Hay dos o tres cosas que tienes que tener en cuenta. Uno de los más felices privilegios de tu fortuna consiste en que, sin incurrir en imprudencia, puedes casarte simplemente por amor. Pocos son los hombres en Inglaterra que podrían ofrecerte un patrimonio comparable al que ya posees, o, de hecho, acrecentar apreciablemente el esplendor de tu fortuna. Si, por lo tanto, Dudley fuese elegible por otros conceptos, no veo ni por un instante por qué su pobreza fuera una objeción de peso. Es un diamante en bruto. Al igual que muchos otros jóvenes de la más alta alcurnia, se ha dado en demasía a los deportes atléticos..., a esa sociedad constituida por la aristocracia del cuadrilátero y el hipódromo, y cosas por el estilo. Como ves, pongo en primer término los peores rasgos. Pero en mis tiempos he visto a muchos jóvenes que tras unos años de atolondrado corretear entre púgiles, luchadores y jinetes de carreras..., aprendiendo su jerga y adoptando sus modales..., acaban por hacer suyas y por cultivar las exquisiteces y decencias. Así tienes al pobre y entrañable Newgate, quien, a un nivel hartó más bajo en el escalafón de esa clase de disipaciones, cuando se cansó de las mismas, se convirtió en uno de los hombres más elegantes y cultos de la Casa de los Pares. ¡Pobre Newgate, tampoco él está ya en el mundo de los vivos!

Podría enumerar hasta cincuenta de mis amigos de antaño que, todos, empezaron como Dudley y acabaron, más o menos, como Newgate.

En aquel instante se oyó llamar a la puerta con los nudillos, y Dudley asomó la cabeza de la manera más inoportuna para la visión de sus prendas y logros futuros.

—Muchacho —dijo su padre, con una especie de lúdica severidad—, da la casualidad de que estoy hablando de mi hijo, y no me gustaría que mis palabras fuesen escuchadas, de modo que habrás de elegir otro momento para tu visita.

Dudley, ceñudo, se demoró en la puerta, vacilante, pero otra mirada de su padre le hizo retirarse.

—Además, querida mía, debes tener presente que Dudley posee magníficas cualidades...; jamás padre alguno se vio bendecido con un hijo tan sumamente afectuoso, a su tosca manera, como lo es él; cualidades en grado sumo admirables..., valor indomable y un alto sentido del honor; y, en último término, que en sus venas corre la sangre de los Ruthyn, la más pura, lo sostengo, de Inglaterra.

Al decir esto, mi tío, de forma indeliberada, se irguió un poco, su fina mano puesta levemente sobre el corazón, como si se diera una palmadita, y su semblante adquirió una expresión tan extrañamente augusta y melancólica que, absorta en la admirativa contemplación de la misma, me perdí algunas de las frases que siguieron a continuación.

—He aquí el motivo, querida, por el que, deseoso, como es lógico, de que mi hijo no sea alejado del hogar, y habrá de serlo si tú perseveras en rechazar su proposición matrimonial, te ruego que reserves tu decisión de aquí a quince días, fecha en que, con gran placer, escucharé lo que tengas que decir sobre el particular. Pero hasta entonces, fíjate en lo que te digo: ni una palabra.

Aquella tarde mi tío y Dudley estuvieron encerrados durante mucho rato. Sospecho que el padre aleccionó al hijo sobre la psicología de las damas, pues todas las mañanas, a la hora del desayuno, era colocado junto a mi cubierto un ramillete de flores, las cuales, sin duda no eran fáciles de conseguir, puesto que el invernadero de Bartram se hallaba desierto. Al cabo de unos pocos días más llegó, de forma anónima, un lorito verde en una jaula dorada, acompañado de una nota escrita de puño y letra amanuenses, dirigida a «la señorita Ruthyn (de Knowl), Bartram-Haugh», al pie de la cual, subrayadas, aparecían estas palabras: «El nombre del pájaro es Maud».

Los ramilletes los dejaba yo invariablemente sobre el mantel, donde los había encontrado, y en cuanto al pájaro, insistí en que Milly se lo quedara en propiedad. Durante los quince días de interregno, Dudley, a diferencia de lo que solía hacer antes, jamás se dejó ver a la hora del almuerzo, y tampoco se asomó a la ventana mientras desayunábamos, contentándose con interponerse un día en mi camino, en el recibidor, con sus avíos de caza y, llevándose la mano al sombrero y con una especie de tosco y rastrero respeto, decirme:

—Pienso, señorita, que el otro día sin duda me expresé descortésmente. Estaba

tan irritado que, como si fuese un niño, no sabía lo que decía; quiero decirle que lo lamento y le pido perdón... muy humildemente.

No supe qué decir y, por tanto, no dije nada; me limité a hacer una solemne inclinación y pasar de largo.

Durante nuestros paseos, Milly y yo le vimos dos o tres veces a cierta distancia. Nunca intentó reunirse con nosotras. Solamente en una ocasión pasó tan cerca que se hizo inevitable algún saludo, de modo que, deteniéndose, se quitó el sombrero en silencio, con un envarado respeto. Pero aunque no se nos acercaba, desde lejos hacía ostentación de su presencia, con una suerte de cortesía telegráfica. Abría los portillos de las cercas, silbaba a los perros para que no se desmandasen, ahuyentaba el ganado y, acto seguido, él mismo se retiraba. En el fondo pienso que en ocasiones nos vigilaba a fin de poder hacernos aquellos servicios, pues, de aquel modo distante, nos lo encontrábamos, decididamente, con más frecuencia de lo que solíamos antes de su halagadora propuesta matrimonial.

Dese por seguro que Milly y yo discutíamos aquel acontecimiento cabe decir que constantemente y bajo toda clase de humores. Pese a lo limitado de la experiencia que mi prima había tenido de las relaciones humanas, en aquellos momentos vio con claridad cuán por debajo de un nivel presentable se hallaba su prometedor hermano.

Los quince días transcurrieron rápidamente, como ocurre siempre cuando al término de un plazo nos aguarda algo que nos disgusta y ante lo que reculamos. Durante ese lapso de tiempo no vi nunca al tío Silas. Acaso resulte extraño a aquellos que hayan hecho una simple lectura del relato de nuestra última entrevista, en la que su actitud había sido más lúdica y sus palabras más frívolas que en ninguna otra, el hecho de que de la misma me llevé una más profunda sensación de miedo e inseguridad que de todas las demás. Un día muy oscuro, en la habitación de Milly, sumida en calamitosos presentimientos y con el ánimo por los suelos, permanecí a la espera de la convocatoria que, de ello estaba segura, iba a llegarme puntualmente de mi tutor.

Mientras a través de la ventana contemplaba las oblicuas ráfagas de lluvia bajo el cielo plomizo, pensando en la aborrecida entrevista que me aguardaba, me llevé la mano a mi acongojado corazón y murmuré: «¡Ah, si tuviera alas como una paloma! ¡Huiría y estaría en paz!».

Justo en aquel instante oí el parloteo del loro. Me volví a mirar hacia la jaula y recordé las palabras: «El nombre del pájaro es Maud».

—¡Pobre pájaro! —dije—. Me figuro, Milly, que está deseando salir. Si hubiese nacido en este país, ¿no te gustaría abrir la ventana, y luego la puerta de esa jaula cruel, y dejar que la pobre criatura se marche volando?

—El amo quiere ver a la señorita Maud —dijo la desagradable voz de Wyat desde la entreabierta puerta.

La seguí en silencio, con el corazón atenazado por la proximidad de algo alarmante, como una persona que se dirige al quirófano.

Cuando entré en el aposento, mi corazón palpitaba tan deprisa que apenas podía hablar. La alta figura del tío Silas se alzó ante mí, y le hice una trémula reverencia.

Desde las hondas cuencas de sus ojos lanzó una salvaje y fiera mirada hacia la vieja Wyat y le señaló la puerta con un gesto imperioso de su esquelético dedo. La puerta se cerró y nos quedamos a solas.

—¿Tomas asiento? —dijo, indicando una silla.

—Gracias, tío, prefiero estar de pie —balbucí.

Él también se quedó de pie —su blanca cabeza inclinada hacia delante, el fosfóreo fulgor de sus extraños ojos brillando sobre mí bajo sus cejas—; sólo las uñas de sus dedos rozaban apenas la mesa.

—Habrás visto el equipaje atado y etiquetado en el recibidor, listo para que se lo lleven —dijo.

En efecto, Milly y yo habíamos leído las etiquetas que colgaban de las asas de las maletas y de la funda de la escopeta. La dirección era: «Señor Dudley R. Ruthyn, París, vía Dover».

—Soy viejo y lleno de zozobras, en vísperas de una decisión de la que dependen muchas cosas. Te ruego que alivies mi incertidumbre. ¿Deberá mi hijo abandonar Bartram hoy, afligido, o podrá, gozoso, quedarse aquí? Dame tu respuesta enseguida, por favor.

Balbucí no sé qué. Estuve incoherente..., quizá perdí el tino, pero, de algún modo, expresé lo que quería decir... mi inalterable decisión. Creo que mientras le hablaba sus labios se tornaron más blancos y sus ojos despidieron un fulgor más brillante.

Cuando concluí, mi tío exhaló un gran suspiro y, volviendo sus ojos lentamente hacia derecha e izquierda, como alguien sumido en una perplejidad irremediable, musitó:

—Sea lo que Dios quiera.

Pensé que estaba a punto de desmayarse; una tonalidad terrosa oscureció la blancura de su cara, y, olvidando, al parecer, mi presencia, se sentó y se puso a contemplar con una ceñuda mirada de desesperación su mano cenicienta y senil, que reposaba sobre la mesa.

Me lo quedé mirando, de pie, sintiendo casi como si hubiera asesinado a aquel anciano, el cual continuaba contemplando su mano con ojos inquisitivos y un sobrecejo alelado.

—¿He de retirarme, señor? —reuní, finalmente, ánimos para susurrar.

—¿Retirarte? —dijo, alzando la vista súbitamente. Tuve la impresión de que una fría lámina de luz me hubiera, por un instante, traspasado y envuelto.

—¿Retirarte? ¡Oh... sí... sí, Maud, retírate! Tengo que ver al pobre Dudley antes de que se marche —añadió, por así decirlo, en un soliloquio.

Temblando, no fuera a revocar su permiso para que me fuese, salí de la habitación rápida y silenciosamente.

La vieja Wyat andaba merodeando por fuera, con un trapo en la mano, haciendo como si limpiase el artesonado marco de la puerta. Al pasar a su lado me lanzó una mirada ceñuda e inquisitiva por encima de su brazo encogido. Milly, que había permanecido vigilante, corrió a mi encuentro. Estaba yo cerrando la puerta, cuando oímos la voz de mi tío llamando a Dudley, el cual, probablemente, había estado aguardando en la habitación contigua. Me metí apresuradamente en mi cuarto, con Milly a mi lado, y una vez dentro mi zozobra halló el alivio natural en una muchacha: las lágrimas.

Al cabo de un rato vimos, desde la ventana, a Dudley, con el semblante muy pálido, según me pareció, montarse en un vehículo, en cuya baca estaba su equipaje, y partir de Bartram.

Empecé a consolarme. Su marcha constituía una inenarrable alivio. ¡Su definitivo alejamiento! ¡Un largo viaje!

Aquella noche tomamos el té en la habitación de Milly. La luz de la lumbre y de las velas es inspiradora. Bajo ese rojo fulgor siempre me sentí, y me siento, más segura y más a gusto que bajo la luz del día..., lo cual es completamente irracional, pues bien sabemos que la noche es aliada de aquellos que aman la oscuridad más que la luz, y que el mal anda por ahí. Pero así es. Quizá la mismísima consciencia del peligro externo realza el gozo del interior bien iluminado, al igual que lo hace la tormenta que ruge y se lanza contra el tejado.

Estábamos Milly y yo charlando muy gratamente, cuando se oyó un golpecito en la puerta de la habitación, y, sin aguardar una invitación a pasar, la vieja Wyat entró y, con su parduzca garra en el picaporte y una mirada hosca, dijo a Milly:

—Tiene que dejar su entretenimiento, señorita Milly, y tomar el relevo en el cuarto de su padre.

—¿Está enfermo? —pregunté.

Su respuesta no fue dirigida a mí, sino a Milly:

—Se ha pasado dos horas con un ataque, desde que se fue el señorito Dudley. Va a ser su muerte, me parece a mí, pobre hombre. Yo misma tuve pena cuando le vi al señorito Dudley marcharse hoy bajo el aguacero, pobre chico. Bastantes problemas había ya en la familia, aunque como familia no va a durar mucho, me creo yo. Nada más que problemas, nada más que problemas desde que vinieron los últimos cambios.

A juzgar por la acritud de la mirada que me lanzó al decir esto, saqué la conclusión de que yo representaba aquellos «últimos cambios» a los que se remitían todas las calamidades de la casa.

Incluso la mala fe de aquella odiosa anciana me hacía sentirme desdichada, pues pertenezco a esa clase de mortales cuya infausta constitución les impide ser indiferentes aun cuando serlo fuera razonable, y que ansian el cariño hasta de las gentes de mala ralea.

—Debo ir. Quisiera que vinieses conmigo, Maud, pues me da mucho miedo ir sola —dijo Milly, implorante.

—Por supuesto, Milly —contesté sin que, de ello puede estar seguro el lector, la cosa me gustara—. No estarás allí sola.

Juntas nos fuimos, así pues, mientras la vieja Wyat nos advertía que, por lo que más quisiéramos, no hiciéramos ningún ruido.

Atravesamos el cuarto de estar del anciano, en el que aquel día había tenido lugar su breve pero trascendental entrevista conmigo, así como su despedida de su único hijo, y entramos en el dormitorio al fondo.

En la parrilla del hogar ardía un fuego bajo. La habitación se encontraba en una especie de penumbra. La única luz era una mortecina lámpara próxima a uno de los extremos de la cama. La vieja Wyat susurró la orden de que no habláramos en tono más alto que el de un bisbiseo ni nos apartáramos de la chimenea, a menos que el enfermo llamara o diera señales de fatiga. Tales habían sido las indicaciones del doctor, el cual había estado viéndole.

Milly y yo, así pues, nos sentamos junto al hogar y la vieja Wyat nos abandonó a nuestra suerte. Podíamos oír la respiración del paciente, pero estaba muy tranquilo. Nos pusimos a hablar en un tenue cuchicheo, pero nuestra conversación decayó pronto. De acuerdo con mi costumbre, comencé a echarme en cara el sufrimiento que había infligido. Al cabo de media hora de inconexos cuchicheos e intervalos de silencio cada vez más largos, se hizo evidente que Milly se estaba durmiendo.

Ella luchaba contra el sueño, y yo trataba con todas mis fuerzas de hacer que siguiera hablando..., pero de nada me sirvió: el sueño la venció. Yo era, así pues, la única persona en pleno estado de consciencia en aquella horrible estancia.

Había en mi mente imágenes relacionadas con mi última vigilia allí, que me colocaban en una desagradable situación de nerviosismo. De no haber tenido muchas cosas de índole claramente más práctica en las que ocupar mi pensamiento —la osada proposición matrimonial de Dudley, la sospechosa tolerancia de la misma por parte de mi tío, y mi propia conducta durante aquel sumamente desagradable período de mi existencia—, habría percibido mucho más mi situación presente.

Pero el hecho es que mis pensamientos estaban puestos en mis tribulaciones reales, y algo también en la prima Knollys y, lo confieso, mucho en lord Ilbury. Al mirar hacia la puerta creí ver un rostro humano —algo así como el más terrible que mi fantasía pudiese evocar— mirando fijamente al interior de la habitación. Era sólo un busto, no la figura entera..., la puerta lo ocultaba en gran medida, si bien creí ver también parte de los dedos. El rostro miraba hacia la cama y, bajo la imperfecta iluminación, se asemejaba a una máscara lívida, con ojos de yeso.

Tan a menudo me había visto sobresaltada por similares apariciones formadas por luces y sombras que accidentalmente disfrazaban objetos hogareños, que me incliné hacia delante en espera, aunque temblorosa, de ver desvanecerse también esta tremenda aparición hasta recobrar la forma de sus inofensivos elementos. Mas he aquí que, de pronto, para mi inenarrable espanto, tuve la absoluta certeza de que estaba viendo el semblante de madame de la Rougierre.

Reculé, lanzando un grito, y me puse a zarandear a Milly furiosamente para despertarla de su letargo.

—¡Mira! ¡Mira! —chillé. Pero la aparición, o ilusión, se había esfumado.

Me aferré con tanta fuerza al brazo de Milly, agazapándome tras ella, que no podía levantarse.

—¡Milly! ¡Milly! ¡Milly! ¡Milly! —continué gritando como alguien a quien le sobreviene un ataque de idiotismo y es incapaz de decir otra cosa.

Presas del pánico, Milly, que no había visto nada y ninguna conjetura podía hacer acerca de la causa de mi terror, se puso en pie de un salto y, apretujadas la una contra la otra, nos retiramos a un rincón de la estancia mientras yo seguía chillando, enloquecida, «¡Oh, Milly! ¡Milly! ¡Milly!» y nada más.

—¿Qué es... dónde está... qué es lo que estás viendo? —exclamó Milly, agarrándose a mí como yo a ella.

—¡Volverá... volverá... cielo santo!

—¿Qué es... qué es, Maud?

—¡La cara! ¡La cara! —grité—. ¡Oh, Milly! ¡Milly! ¡Milly!

Oímos unos quedos pasos acercándose a la puerta y, en un empavorecido *same qui peut*, nos precipitamos al unísono, dando tumbos, hacia la luz que había junto al lecho del tío Silas. Pero la voz de la vieja Wyat nos tranquilizó.

—Milly —dije, tan pronto como, pálida y muy desfallecida, llegué a mi habitación—, no hay poder en el mundo que jamás haya de tentarme a volver a entrar en ese cuarto de noche.

—Pero ¿qué es, Maud, querida, en nombre del cielo, qué es lo que has visto? —dijo Milly, apenas menos asustada.

—Oh, no puedo, no puedo, no puedo, Milly, no me preguntes nunca. En esa habitación hay espectros, está horriblemente rondada por fantasmas.

—¿Era Charke? —susurró Milly, mirando por encima del hombro, totalmente despavorida.

—No, no... no me preguntes; un mal espíritu bajo una forma aún peor.

Finalmente me vi aliviada por un prolongado acceso de llanto, y durante toda la noche la buena de Mary Quince permaneció sentada junto a mí, mientras Milly dormía a mi lado. Entre sobresaltos y alaridos, y drogada con sales volátiles, pasé aquella noche de sobrenatural terror y vi de nuevo la bendita luz del cielo.

El doctor Jolks, cuando por la mañana vino a ver a mi tío, me visitó a mí también. Dictaminó que estaba muy histérica, hizo minuciosas averiguaciones acerca de mis horarios y mi dieta y preguntó cuál había sido mi cena el día anterior. En sus serenas y confiadas mofas sobre la teoría de los fantasmas había algo levemente reconfortante.

El resultado fue un régimen que excluía el té e imponía el chocolate y la cerveza negra, así como horarios más tempraneros y no recuerdo qué más. Y me prometió que, si observaba sus prescripciones, jamás volvería a ver un fantasma.

CAPÍTULO L

MILLY DICE ADIÓS

AL cabo de unos días me sentí mucho mejor. El doctor Jolks se mostró tan desdeñosamente firme y categórico sobre el particular, que comencé a abrigar reconfortantes dudas sobre la realidad de mi fantasma; y puesto que la ilusión, si es que tal era, la habitación en la que se apareció y todo lo concerniente a ello me infundían aún un horror indescriptible, procuraba no hablar y, en la medida de mis posibilidades, ni siquiera pensar en el asunto.

Así pues, aunque Bartram-Haugh era a un tiempo sombrío y hermoso, pavorosas algunas de las viviendas asociadas al lugar y, a veces, casi terrible la soledad que allí reinaba, sin embargo los horarios madrugadores, el ejercicio fortificante y el aire sano que predomina en la comarca pronto lograron que mis nervios recobraran una tesitura más saludable.

Pero me parecía como si Bartram-Haugh hubiera de ser para mí un valle de lágrimas, o más bien, en mi triste peregrinaje, aquel valle de las sombras de la muerte por el que el pobre Christian marchaba solo y entre tinieblas^[52].

Un día Milly entró corriendo en el salón, pálida, con las mejillas húmedas y, sin decir palabra, me echó los brazos al cuello y estalló en un paroxismo de llanto.

—¿Qué ocurre, Milly..., qué es lo que pasa, querida, qué sucede? —exclamé despavorida, pero devolviéndole el abrazo con todo mi corazón.

—¡Oh, Maud... Maud, cariño mío, va a mandarme fuera!

—¿Fuera? ¿Adónde? ¿Y dejarme a mí sola en esta terrible desolación, donde sabe muy bien que sin ti moriré de espanto y dolor? ¡Oh, no... no, tiene que ser por fuerza un error!

—Voy a Francia, Maud..., me marchó. Pasado mañana la señora Jolks se va a Londres, y yo he de ir con ella; y mi padre dice que una señora francesa, del internado, vendrá a buscarme allá y seguirá viaje conmigo.

—¡Oh... ho... ho... ho... o... o... o! —lloraba la pobre Milly, estrechándose contra mí aún con más fuerza, con la cabeza escondida en mi hombro y, en su angustia, zarandeándome como un luchador.

—Nunca he estado fuera de casa, salvo aquel poquito contigo en Elverston, y entonces tú estabas conmigo, Maud, y yo te quiero..., te quiero más que a Bartram... más que a mí misma; si se me llevan de aquí creo que me moriré, Maud.

Mis sentimientos de angustia y desesperación eran tan grandes como los de la

pobre Milly; nos pasamos una hora entera llorando al unísono... a veces de pie... a veces caminando de arriba abajo por la habitación... a veces sentadas o levantándonos, por turno, para caer en los brazos de la otra. Finalmente, Milly, al coger su pañuelo del bolsillo, al mismo tiempo sacó una nota que, al caerse al suelo, le recordó de inmediato que era del tío Silas, para mí.

Decía lo siguiente:

«Deseo poner al corriente de mis planes a mi querida sobrina y pupila. Milly se marcha, como *pensionnaire*, a una admirable escuela francesa, y se irá de aquí el próximo jueves. Si al cabo de tres meses de prueba encuentra alguna objeción que hacer al pensionado, sea la que fuere, volverá con nosotros. Si, por el contrario, le parece que es, en todos los respectos, la agradabilísima residencia que a mí me ha sido descrita, al término de dicho plazo tú irías a reunirte con ella allí hasta que mis asuntos, temporalmente complicados, se hayan arreglado lo suficiente para permitirme recibarte una vez más en Bartram. En la esperanza de días mejores y con el deseo de llevar a tu ánimo la seguridad de que dichos tres meses constituyen el límite de tu separación de mi pobre Milly, he escrito esta nota, al no sentirme —¡ay de mí! — con fuerzas para verte por el momento.

Bartram, martes.

P.D. —Me es imposible hallar objeción alguna al hecho de que informes a Mónica Knollys de estas providencias. Entenderás, por supuesto, que no se trata de una copia de esta carta, sino de su contenido».

Hallamos consuelo en un escudriñamiento de este documento, cual los juristas escudriñan en el Parlamento un nuevo proyecto de ley. Después de todo había un límite para nuestra separación, la cual no excedería de tres meses, acaso mucho menos tiempo. En conjunto, además, me satisfizo el pensar que la nota del tío Silas, aunque perentoria, era amable.

Nuestros paroxismos amainaron hasta tornarse tristeza; planeamos una estrecha correspondencia. A esto siguió un poco el ajeteo y la excitación del cambio. Caso de resultar la residencia de veras «agradabilísima», ¡qué delicioso sería nuestro encuentro en Francia, con el aliciente de un ambiente extranjero, sus modos de ser y sus caras!

Y así llegó el jueves —un nuevo borbotón de congoja, seguido de un nuevo despeje del ánimo—, y, entre pesadumbres y anticipaciones, nos despedimos en el portillo al extremo del Bosque del Molino de Viento. Allí, ni que decir tiene, hubo más adioses, más abrazos y más sonrisas llorosas. La buena señora Jolks, que vino a buscarnos a dicho lugar, estaba nerviosísima; creo que era su primera visita a la

metrópolis, y se hallaba proporcionalmente acalorada y fachendosa, amén de aterrorizada por el tren, así que no intercambiamos muchas últimas palabras.

Me quedé mirando a la pobre Milly, con la cabeza fuera de la ventanilla agitando la mano en señal de despedida, hasta que la curva de la carretera y el macizo de añosos frenos la ocultaron, junto con el carruaje, de mi vista. Mis ojos volvieron a llenarse de lágrimas, y emprendí el camino de regreso a Bartram, con la honrada Mary Quince a mi lado.

—No se lo tome tan así, señorita; todo pasará en un santiamén, tres meses no son nada —dijo, sonriendo bondadosamente.

Yo sonreí a través de mis lágrimas, besé a la buena criatura y, una al lado de la otra, entramos de nuevo por la verja.

Aquel joven delgado, vestido de pana, al que había visto hablar con la «Guapa» la mañana de nuestro primer encuentro con aquella juvenil amazona, estaba esperando nuestro regreso con la llave en la mano. Estaba de pie, semioculto tras el portillo abierto. Al pasar junto a él vislumbré unas mejillas hundidas y cetrinas, unos ojos tímidos y una nariz aguda y respingona. Me estaba obsequiando con un subrepticio escudriñamiento y parecía evitar mi mirada, pues cerró el portón rápidamente y se entretuvo en echarle la llave, para a continuación, con la punta de su grueso zapato, ponerse a raer algunos cardos que crecían por allí cerca, dándonos la espalda todo el tiempo.

Se me antojó reconocer sus facciones y pregunté a Mary Quince:

—¿Has visto alguna vez a ese joven, Quince?

—De cuando en cuando le trae a su tío piezas de caza, señorita, y echa una mano en el jardín, según creo.

—¿Sabes cómo se llama, Mary?

—Le llaman Tom, pero no sé qué más, señorita.

—Tom, por favor, Tom, ven aquí un momento —le llamé.

Tom se dio la vuelta y se acercó lentamente. Sus modales eran más corteses que los habituales entre las gentes de Bartram, pues bruscamente se quitó, con un payasesco respeto, su amorfo gorro de piel de conejo.

—Tom, ¿cuál es tu apellido... Tom qué? Dímelo, buen hombre.

—Tom Brice, señora.

—¿No te he visto yo a ti antes, Tom Brice? —proseguí, pues sentía excitada mi curiosidad, y con ella sentimientos mucho más graves, ya que sin duda existía un parecido entre las facciones de Tom y las de aquel postillón que me había mirado con tanta dureza al pasar junto al carruaje en el campo de conejos de Knowl la tarde en que se produjera aquel desafuero que turbó la paz del tranquilo lugar.

—A lo mejor, señora —contestó, con gran serenidad, con los ojos bajos, puestos en los botones de sus polainas.

—¿Eres un buen cochero... sabes llevar bien un coche?

—Llevo un arado con otros muchos mozos de los alrededores —respondió Tom.

—¿Has estado alguna vez en Knowl, Tom?

Tom se quedó con la boca abierta, del modo más inocente.

—Alguna vez.

—Mira, Tom, aquí tienes media corona.

No anduvo remiso en cogerla.

—Eso está muy bien —dijo Tom, asintiendo con la cabeza tras lanzar una penetrante mirada a la moneda.

Me es imposible decir si el término lo refirió a la moneda, a su buena suerte o a mi generosidad.

—Y ahora, Tom, vas a decírmelo: ¿has estado alguna vez en Knowl?

—Puede que sí, señora, pero no me acuerdo de ese sitio... no.

Mientras Tom decía esto de forma muy reflexiva, como alguien que ama la verdad, esforzándose, en honor de ésta, por recordar, tiró en el aire dos o tres veces la moneda y la volvió a coger, mirándola todo el tiempo con la mayor fijeza.

—Vamos, Tom, haz memoria y dime la verdad; si lo haces seré tu amiga. ¿Eras tú el postillón de un coche que llevaba a una dama y, creo, a varios caballeros que fueron a la finca de Knowl, donde merendaron en la hierba y hubo... una... una riña con los guardabosques? Trata de recordar, Tom; te doy mi palabra de honor que no te vas a meter en ningún lío, y en cambio yo procuraré serte útil.

Tom guardó silencio mientras, con la boca abierta y una expresión vacía, contempló revolotear por dos veces la moneda en el aire y, cogiéndola en la mano con un ruidito seco, se la metió en el bolsillo y dijo, sin dejar de mirar en la misma dirección:

—En mi vida he sido postillón, señora. No sé nada de ese sitio, aunque a lo mejor he estado allá, Knowl. No he salido nunca de Derbyshire, menos tres veces a la feria de Warwick con caballos, por tren, y dos a York.

—¿Estás seguro, Tom?

—Seguro, señora.

Y con esto, Tom hizo otro gañanesco saludo y puso punto final a la conferencia apartándose del camino y poniéndose a dar voces hacia unas reses que habían invadido el terreno.

En este intento de identificación no había llegado a sentirme tan próxima a la certeza como en el caso de Dudley. Incluso en cuanto a la identidad de Dudley con el hombre de Church Scarsdale, mi confianza había ido decreciendo día a día, y, de hecho, si me hubieran propuesto someterla a la prueba de una apuesta, no creo que hubiera, para decirlo en el lenguaje de los deportistas, «respaldado» mi opinión original. Existía, sin embargo, la suficiente incertidumbre para ponerme incómoda; y he aquí otra incertidumbre más, para aumentar la desagradable sensación de ambigüedad.

En nuestro camino de regreso pasamos junto a los blanqueantes troncos y ramas de varias hileras de robles descortezados, unos al lado de otros, algunos cuarteados

por el hacha, quizá vendidos, pues sobre ellos se veían grandes letras y números romanos pintados con tiza roja. Al pasar de largo suspiré, no porque aquello fuese una acción indebida, dado que en realidad me inclinaba más bien a creer que el tío Silas estaba bien aconsejado en cuestiones legales, sino porque allí, ay, yacían abatidos los grandes y añosos ornamentos familiares de Bartram-Haugh, que no podrían ser sustituidos hasta no pasar siglos y bajo cuyas extendidas ramas los Ruthyn, hacía trescientos años, habían practicado la cetrería y la caza.

En uno de aquellos troncos me senté a descansar, mientras Mary Quince correteaba por los alrededores en exploraciones sin objeto. Estaba así sentada, sin prestar atención a nada, cuando pasó por mi lado aquella muchacha, Meg Hawkes, llevando un cesto.

—¡Ssss! —dijo en un rápido bisbiseo al pasar, sin alterar el paso ni levantar la vista—. No me hable ni me mire..., mi padre nos está espiando; se lo diré a la vuelta.

«¿A la vuelta?»... ¿Qué quería aquello decir? Tal vez que iba a regresar y que así al pasar, sin detenerse, no podía decir más de lo que había dicho; decidí, así pues, esperar un ratito a ver en qué quedaba la cosa.

Poco después miré a mi alrededor y vi a Dickon Hawkes —Pegtop, como la pobre Milly lo llamaba—, con un hacha en la mano, merodeando entre los árboles con aire espeluznante.

Habiéndose dado cuenta de que yo le había visto, se llevó, con gesto hosco, la mano al sombrero y, al poco, pasó a mi lado, mascullando para sus adentros. Estaba claro que no podía comprender qué era lo que me había traído a aquella parte en concreto del Bosque del Molino de Viento, y me lo hacía ver con la expresión de su semblante.

Su hija volvió a pasar a mi lado, pero esta vez él estaba cerca, y la muchacha guardó silencio. Su siguiente pasada tuvo lugar en un momento en que Pegtop se hallaba a cierta distancia, haciendo unas preguntas a Mary Quince; y cuando estaba a mi altura, y comportándose de la misma manera que antes, me dijo:

—Por nada del mundo se quede a solas con Dudley en ningún sitio.

El requerimiento era tan sorprendente, que a punto estuve de interrogar a la muchacha, pero me contuve y me puse a esperar que en sus sucesivas pasadas fuese más explícita. No dijo, sin embargo, una sola palabra más, y como el viejo Pegtop no nos quitaba de encima sus celosos ojos, me abstuve de hacer pregunta alguna.

En aquel oráculo había vaguedad y sugestión suficientes como para dar trabajo a la mente durante muchas horas de angustiosas conjeturas y muchas horribles noches en vela. ¿Jamás habría de hallar la paz en Bartram-Haugh?

Habían transcurrido ya diez días de ausencia de Milly, y de mi soledad, cuando mi tío me mandó llamar a su habitación.

Al ver a la vieja Wyat de pie en la puerta, farfullando y gruñendo su mensaje, el corazón se me vino abajo dentro de mí.

Era una hora tardía —esa en la que aquellos que son presa del desánimo sienten

con más fuerza sus angustias—, cuando la fría grisura del crepúsculo ha adquirido sus tonalidades más profundamente sombrías, antes de que se enciendan las animosas bujías y caiga la tranquilizante quietud de la noche.

Cuando entré en la sala de estar de mi tío —no obstante hallarse abiertas las contraventanas, a través de las cuales eran visibles los pálidos rayos de la luz crepuscular, cual angostos lagos en las simas de las oscuras nubes por el oeste—, ardía un par de velas: una de ellas estaba sobre la mesa-escritorio, la otra encima de la repisa de la chimenea, ante la cual se encorvaba su alta y delgada figura. Su mano reposaba sobre la repisa, y la luz de la vela, justo encima de su cabeza inclinada, iluminaba las hebras de plata de su cabello. Parecía sumido en la contemplación de los rescoldos que se consumían, y su aspecto era el de una auténtica estatua del abandono, el desánimo y la decrepitud.

—¡Tío! —me aventuré a decir, tras haber permanecido algún tiempo inadvertida junto a su mesa.

—Ah, sí, Maud, mi querida niña..., mi querida niña.

Se volvió, con la vela en la mano, sonriéndome con su doliente sonrisa de plata. Nunca hasta entonces, pensé, le había visto andar con pasos tan rígidos y vacilantes.

—Siéntate, Maud..., por favor, siéntate ahí.

Me senté en la silla que me indicó.

—Desde mi aflicción y mi soledad, Maud, te he invocado como a un espíritu, y tú te has aparecido.

Con sus dos manos rozando la mesa se me quedó mirando en una postura algo agachada; no había llegado a sentarse. Seguí callada hasta que tuviera a bien hacerme alguna pregunta o dirigirse a mí.

Finalmente, irguiéndose y mirando hacia lo alto, con un impetuoso fervor —las puntas de los dedos elevadas y exhalando un débil fulgor bajo aquella tenue mezcla de luces—, dijo:

—No, doy las gracias a mi Creador, pues no estoy del todo abandonado.

Otro silencio, durante el cual me miró con fijeza y musitó, cual si estuviera pensando en voz alta:

—¡Mi ángel de la guarda..., mi ángel de la guarda! Maud, tú tienes corazón.

Súbitamente se dirigió a mí.

—Escucha por unos instantes el llamamiento que te hace un anciano cuyo corazón está roto... tu tutor... tu tío... tu suplicante. Había decidido no volverte a hablar más del asunto, pero estaba en un error. A ello me indujo el orgullo... el puro orgullo.

Durante la pausa que siguió me sentí, por turnos, palidecer y arrebolarme.

—Me siento muy desgraciado..., muy cerca de la desesperación. ¿Qué queda de mí..., qué queda? La Fortuna me ha maltratado al máximo... arrojado contra el polvo, sus ruedas han pasado sobre mí; y el mundo servil, que sigue en pos de su carro como la chusma, pisotean al maltrecho y mutilado. Todo esto ha pasado sobre

mí, dejándome lleno de cicatrices, y exangüe, en esta soledad. No fue culpa mía, Maud..., te digo que no lo fue; no tengo remordimientos, aunque sí pesares, cuyo recuento excede mi capacidad, y todos marcados a fuego. Cuando la gente pasaba por Bartram y contemplaba sus terrenos entregados a la desidia y sus chimeneas sin humo, consideraban mi calamitosa situación, me figuro, como una de las peores a las que un hombre orgulloso podía verse reducido. Eran incapaces de imaginar ni la mitad de sus penalidades. Pero este viejo enfebrecido..., este antañón epiléptico..., este anciano espectro de agravios, calamidades y locuras, tiene aún una esperanza... mi varonil aunque inculto hijo..., el último vástago masculino de los Ruthyn. Maud, ¿lo he perdido? Su suerte... mi suerte... la de Milly, me es dado decir: todos nosotros nos hallamos a la espera de tu sentencia. Dudley te ama, como sólo los muy jóvenes saben amar, y ello sólo una vez en la vida. Te ama desesperadamente..., un carácter sumamente afectuoso... un Ruthyn, la mejor sangre de Inglaterra..., el último hombre de la estirpe; y yo... si le pierdo, lo pierdo todo; y me verás en mi ataúd, Maud, antes de muchos meses. Me hallo ante ti en la actitud de un suplicante... ¿habré de ponerme de rodillas?

Sus ojos estaban fijos en mí con la luz de la desesperación, sus nudosas manos entrelazadas, su figura entera inclinada hacia mí. Me encontraba indeciblemente conmovida y apenada.

—¡Oh, tío, tío! —exclamé, y la propia excitación me hizo echarme a llorar.

Vi que sus ojos estaban clavados en mí con un lúgubre escudriñamiento. Pienso que adivinaba la naturaleza de mi zozobra; pero, no obstante, decidió presionarme mientras continuara mi desvalida turbación.

—Ya ves mi incertidumbre... mi miserable y pavorosa incertidumbre. Tú eres buena, Maud; amas la memoria de tu padre y sientes piedad por el hermano de tu padre; ¿serías capaz de no decir no, y colocarle una pistola en la sien?

—¡Oh, yo debo... debo... tengo que decir no! ¡Oh, tío, hágame esta gracia, por amor de Dios! No me pregunte... no me presione. Jamás podría... nunca, hacer lo que me pide.

—¡Sea, Maud...! ¡Cedo, querida mía! No te presionaré. Dispondrás de tiempo, tu tiempo, para pensártelo. Ahora no aceptaré respuesta alguna... no, no, ninguna, Maud.

Y al decir esto levantó su fina mano para silenciarme.

—Bien, Maud, ya basta. Te he hablado con franqueza, como siempre te hablo, tal vez con demasiada franqueza, pero la desesperación y el extremo dolor han de decir lo que llevan dentro, y suplicar, incluso al más endurecido y cruel.

Dichas estas palabras, el tío Silas entró en su dormitorio y cerró la puerta, no violentamente pero sí con mano decidida, y creo que oí un lamento.

Me apresuré a volver a mi habitación. Me hiqué de hinojos y di gracias al cielo por la firmeza que me había concedido; no podía creerme que hubiera sido la mía.

Aquella renovada propuesta matrimonial en nombre de mi odioso primo tuvo

como resultado el que me sintiera más desdichada de lo que soy capaz de describir. La porfía de mi tío había adquirido tales proporciones que resistirla se convirtió en una especie de tormento. Pensé en la posibilidad de enterarme de que se hubiera quitado la vida, y cada mañana me sentía aliviada al oír que seguía estando como de costumbre. Desde entonces me he asombrado con frecuencia de mi firmeza. Durante aquella espantosa entrevista con mi tío me había sentido, en el torbellino y el horror en que se hallaba mi mente, en un tris de ceder, al igual que de las personas medrosas suele decirse que se arrojan al precipicio de puro miedo a caer en él.

CAPÍTULO LI

SARAH MATILDA SALE A LA LUZ

UN día, transcurrido cierto tiempo después de esta entrevista, me hallaba, harto triste, en mi habitación, mirando distraídamente por la ventana en compañía de la buena de Mary Quince, a quien, ya fuera en la casa o en mis melancólicos paseos, tenía siempre a mi lado, cuando fui sobresaltada por unas estridentes voces de mujer que, con violento histerismo, en una especie de furia, parloteaban con gran rapidez entre sollozos y casi alaridos.

Me levanté, mirando fijamente hacia la puerta.

—¡Dios bendito! —exclamó la honrada Mary Quince, con los ojos muy abiertos, al igual que la boca, clavando su mirada en la misma dirección.

—Mary... Mary, ¿qué será eso?

—¿Le estarán pegando a alguien ahí fuera? No sé de dónde viene —dijo Quince entrecortadamente.

—¡Quiero verla... quiero verla...! ¡Es ella a quien quiero ver! ¡Oo... hoo... hoo... oo... o... a la señorita Ruthyn de Knowl... hoo... hoo... oo!

—Pero ¿quién puede ser? —exclamé, perpleja y aterrorizada.

Era evidente que las voces sonaban ya muy cerca, y entre ellas llegó a mis oídos la de nuestro apacible y tambaleante mayordomo, el cual, a todas luces, reconvenía a la afligida damisela.

—¡He de verla! —continuó ésta, vertiendo todo un torrente de soeces injurias contra mí, lo cual súbitamente aguijoneó en mí un sentimiento de rabia. ¿Qué había hecho yo para temer a nadie? ¿Cómo se atrevía nadie, en casa de mi tío, en mi propia casa, a mezclar mi nombre con todas aquellas groserías?

—¡Por lo que más quiera, señorita, no salga! —exclamó la pobre Quince—. ¡Debe de ser alguien con una borrachera!

Pero me sentía soliviantada y, tonta como era, abrí la puerta de golpe y exclamé con altivez:

—Aquí está la señorita Ruthyn de Knowl, ¿quién quiere verla?

Una joven blanca y sonrosada, de negros bucles, violenta, llorosa, estridente y parlanchina, había dejado atrás de un brinco el último peldaño de la escalera y sacudía su vestido en el rellano mientras el anciano y pobre Giblets, como solía llamarle Milly, marchaba en pos de ella entre regañinas y súplicas sin cuento, perfectamente desatendidas por la joven.

Echarme a los ojos a aquella persona y pensar que era la misma dama que viera en el coche en el campo de conejos de Knowl, fue una y la misma cosa. Pero un instante después me asaltó la duda, y al siguiente la duda fue aún mayor. Esta era decididamente más delgada, y en absoluto iba vestida con tan señorial atuendo como aquélla. Tal vez apenas existía parecido entre ambas. Comencé a desconfiar de todas estas semejanzas y a imaginar, con un estremecimiento, que su origen estaba acaso tan sólo en mi enfermizo cerebro.

Al verme, esta damita —la cual, según la impresión que me produjo, pertenecía en buena medida a la especie de las taberneras o doncellas domésticas— se secó los ojos fieramente y, con el semblante encendido, me conminó perentoriamente a que le dejara ver a su «legítimo marido». Su estentóreo, insolente y desaforado ataque surtió el efecto de aumentar mi indignación. Se me ha olvidado lo que le dije, pero recuerdo muy bien que sus modales se hicieron mucho más decorosos. Estaba claro que se hallaba bajo la impresión de que yo pretendía apropiarme de su marido o, al menos, de que éste quería casarse conmigo. Iba tan deprisa y su arenga era tan apasionada, incoherente e ininteligible, que pensé que no estaba en sus cabales. Lejos se encontraba de estarlo, sin embargo. Creo que si me hubiera permitido aunque sólo fuese un segundo de reflexión, habría dado con el sentido de lo que quería decir. Pero, así las cosas, nada podía dejarme más perpleja que aquello, hasta que, sacándose del bolsillo un mugriento periódico, señaló una determinada gacetilla, ya suficientemente puesta de relieve por unas dobles rayas trazadas con tinta roja en sus laterales. Era un periódico de Lancashire, de hacía unas seis semanas, muy raído y manchado para su tiempo de existencia; recuerdo, en concreto, una mancha circular, de café o cerveza negra, impronta de las posaderas de algún vaso. La gacetilla daba cuenta de un acontecimiento acaecido con un año, o más, de anterioridad respecto a la fecha de la publicación, y decía así:

«BODA. —El martes 7 de agosto de 18..., en la iglesia de Leatherwig, el Rev. Arthur Hughes procedió a unir en matrimonio al señor Dudley R. Ruthyn, único hijo y heredero del señor Silas Ruthyn, de Bartram-Haugh, Derbyshire, con la señorita Sarah Matilda, hija segunda del señor John Mangles, de Wiggan, en este condado».

La lectura de aquel anuncio no me produjo, al principio, sino estupor, pero al momento siguiente me sentí completamente aliviada. Y con un semblante que mostraba, tengo por cierto, mi intensa satisfacción —pues la damita me miraba con considerable sorpresa y curiosidad—, dije:

—Esto es importantísimo. Tiene usted que ver inmeditamente al señor Silas Ruthyn. Estoy segura de que lo ignora todo sobre el particular. La conduciré a usted a su presencia.

—Seguro que lo ignora... eso me lo sé yo muy bien —contestó ella, siguiéndome con un contoneo autoafirmativo y un estruendoso susurrar de seda barata.

Cuando entramos, el tío Silas levantó la vista desde el sofá y cerró su *Revue des Deux Mondes*.

—¿Qué es todo esto? —inquirió secamente.

—Esta señora ha traído un periódico que contiene una extraordinaria afirmación que atañe a nuestra familia —respondí.

El tío Silas se puso en pie y lanzó a la desconocida damita una mirada dura y escudriñante.

—¿Algún libelo, supongo, en el periódico? —dijo, alargando la mano para cogerlo.

—No, tío... no; sólo una boda —contesté.

—¡No será Mónica! —dijo, al tomarlo en su mano—. ¡Uf! Todo él huele a tabaco y cerveza —añadió, echando sobre el papel un poco de *eau de cologne*.

Lo alzó con una mezcla de curiosidad y desagrado, volviendo a exclamar «¡uf!», mientras lo hacía.

Leyó el párrafo y, en tanto lo leía, el color de su tez pasó del blanco a gris de plomo. Levantó los ojos y, durante unos segundos, se quedó mirando a la joven, la cual parecía algo amedrentada ante aquella extraña presencia.

—Y usted es, supongo, la joven señora, Sarah Matilda, *née* Mangles, que es mencionada en esta gacetilla —dijo en un tono que cabría haber calificado como menospreciativo, de no haber sido porque la voz le temblaba.

Sarah Matilda asintió.

—Mi hijo, me figuro, está localizable. Se da la circunstancia de que hace varios días que le escribí para decirle que suspendiese el viaje y volviera aquí... hace varios días —repitió con lentitud, como alguien cuyo pensamiento se ha alejado remotamente del tema sobre el que estaba hablando.

Había hecho sonar la campanilla, y la vieja Wyat, que siempre estaba zascandileando en las cercanías de sus habitaciones, entró.

—Quiero aquí a mi hijo inmediatamente. Si no está en la casa, manda a Harry a los establos; si no está allí, que se le vaya a buscar sin demora. Si está en Feltram, o más lejos, que Brice coja un caballo y el señorito Dudley vuelva montándolo. Ha de presentarse aquí sin pérdida de un solo instante.

Transcurrió casi un cuarto de hora, a lo largo del cual, cada vez que el tío Silas se acordaba de la joven señora, la hacía objeto de un trato hiperrefinado y ceremoniosamente cortés, el cual, por las trazas, a ella le hacía sentirse incómoda e incluso un poco tímida, y, ciertamente, impidió la reanudación de las lamentaciones e invectivas que desde la cabecera de las escaleras llegaron tenuemente hasta los oídos de mi tío.

Mas la mayor parte del tiempo, el tío Silas parecía haberse olvidado de nosotros, de su libro y de todo cuanto le rodeaba, recostado en un rincón del sofá, con el mentón sobre el pecho y, en sus facciones, unos trazos tan horriblemente sombríos, que me hacían preferir mirar hacia cualquier otro sitio.

Finalmente oímos sobre el entarimado de roble las pisadas de las gruesas botas de Dudley, y, tenue y amortiguado, el sonido de su voz mientras interrogaba a la vieja

Wyat antes de entrar en la sala de audiencias.

Pienso que se imaginaba un visitante muy distinto y que no esperaba ver a aquella damita en concreto, la cual, al entrar él, se levantó de su silla, hecha un oportuno mar de lágrimas, y exclamó:

—¡Oh, Dudley, Dudley...! ¡Oh, Dudley, cómo pudiste...! ¡Oh, Dudley, tu pobre Sal! ¿Cómo pud... cómo...? ¡A tu legítima esposa!

Estas y muchas cosas más, con mejillas que chorreaban como los cristales de una ventana bajo un aguacero de tormenta, pronunció Sarah Matilda con toda su oratoria, zarandeando sin parar de arriba abajo el brazo de Dudley, al que se aferraba, como quien manipula la manivela de una bomba de agua. Pero Dudley estaba manifiestamente pasmado y sin habla. Durante mucho rato se quedó mirando a su padre boquiabierto y tan sólo me lanzó a mí una mirada furtiva; y, con la cara y la frente coloradas, se puso a contemplar sus botas y luego otra vez a su padre, el cual continuaba en la misma postura que he descrito y con la misma repelente y melancólica intensidad en la expresión de su extraño semblante.

De pronto, como alguien quisquilloso a quien un ruido viene a turbar su sueño, Dudley se despertó, por así decirlo, sobresaltado, presa de una exasperación a medias contenida, y, de un empujón, se quitó de encima a la mujer, mascullando un juramento cuando ésta tropezó involuntariamente con una silla de forma más violenta de lo que resultara agradable.

—A juzgar por su aspecto y su comportamiento, señor, casi puedo anticipar sus respuestas —dijo mi tío, dirigiéndose a él súbitamente—. Tenga la bondad de dominarse por un momento, con su permiso, *madame* (entre paréntesis a nuestra visitante). ¿Es esta joven la hija de un tal señor Mangles, y es su nombre Sarah Matilda?

—Me figuro —contestó Dudley apresuradamente.

—¿Es su esposa de usted?

—¿Que si es mi esposa? —repitió incómodo.

—Sí, señor; la pregunta es sencilla.

Durante todo este rato Sarah Matilda estaba metiendo perpetuamente baza en la conversación, siendo a duras penas silenciada por mi tío.

—Bueno, eso es lo que ella dice, ¿no? —replicó Dudley.

—¿Es su esposa de usted, señor?

—A lo mejor ella lo considera así, según y como —respondió con descarada desfachatez, al tiempo que tomaba asiento.

—¿Cuál es su opinión al respecto, señor? —persistió mi tío.

—No tengo ninguna opinión —replicó Dudley con aspereza.

—¿Es cierta esta información? —dijo mi tío, alargándole el periódico.

—Eso es lo que nos quieren hacer creer, en todo caso.

—Responda directamente, señor. Tenemos nuestras ideas al respecto. Si es cierto, es susceptible de toda prueba. Le estoy preguntando a usted a fin de no perder

tiempo. De nada sirve mistificar.

—¿Quién lo niega? ¡Es cierto... ya está!

—¡Ya está! ¡Sabía que lo diría! —chilló la joven histéricamente, con una extraña carcajada de júbilo.

—¡Cierra el pico! ¿Quieres? —rugió Dudley salvajemente.

—¡Oh, Dudley, Dudley, cariño mío! ¿Qué te he hecho yo?

—Arruinarme, eso es todo.

—¡Oh, no, no, no, Dudley! Sabes muy bien que nunca lo haría..., que jamás podría hacerte daño, Dudley. ¡No, no, no!

Dudley dibujó en sus labios una mueca sonriente y, con un brusco movimiento de su cabeza ladeada, dijo:

—Espera un poquitín.

—¡No te enfades, Dudley, cariño! No quería decir eso. Yo no te haría daño ni por todo el oro del mundo. Nunca.

—Bueno, no importa. Tú y los tuyos me disteis el pego divinamente, y ahora me has atrapado..., eso es todo.

Mi tío se echó a reír con una risa muy extraña.

—Lo sabía, por supuesto; y por mi honor, madame, usted y él hacen una muy buena pareja —dijo el tío Silas con una sonrisa despectiva.

Dudley no contestó nada, pero en su mirar había fiereza.

¡Y teniendo esta joven esposa, con la que, pobrecilla, tan poco tiempo hacía que se había casado, el ruin villano me había pedido a mí en matrimonio!

Tengo la certeza de que mi tío era tan absolutamente ignorante como yo de aquel nexo, y, por tanto, no había tenido participación alguna en aquella aterradora maldad.

—Y he de felicitarte, muchacho, por haber sabido hacerte con el afecto de una joven muy adecuada y vulgar.

—No soy el primero en la familia que ha hecho lo mismo —le devolvió la pulla Dudley.

Ante este dicterio, por un instante el anciano se sintió desbordado por la furia. Se puso de inmediato en pie, temblando de pies a cabeza. Jamás vi un semblante igual —como el de esos demonios grotescos que contemplamos en las naves laterales y en las crucerías de las iglesias góticas—, una mueca pavorosa, simiesca y demencial, y su fina mano cogió su bastón de ébano y lo agitó perláticamente en el aire.

—¡Si me tocas con eso te haré pedazos, por...! —gritó Dudley, furioso, alzando las manos y los hombros bruscamente, como le viera hacer cuando luchó con el capitán Oakley.

Por un momento aquella imagen quedó en suspenso ante mí, y lancé un agudo grito, aterrorizada, diciendo no recuerdo qué. Pero el anciano, aquel veterano de muchas escenas agitadas en las que los hombres disfrazan su ferocidad tras tonos sosegados y barnizan su furia con sonrisas, no había perdido totalmente su autodomínio. Se volvió hacia mí y dijo:

—¿Sabe lo que está haciendo?

Y, con una gélida risita de desprecio, su alta y delgada frente aún arrebolada, se sentó temblando.

—Si quieres decirme algo, te escucharé. Puedes reñirme todo lo que quieras. Lo aguantaré.

—¡Oh! ¿Tengo permiso para hablar? Gracias —dijo el tío Silas con una sonrisa de escarnio, volviendo sus ojos lentamente hacia mí y echándose a reír con una risa helada.

—Que te metas conmigo no me importa, pero lo otro, eso no lo vas a hacer, ¿sabes? Yo un golpe no lo aguanto... venga de quien venga.

—Bien, señor, beneficiándome de su permiso para que hable, ¿puedo hacer la observación de que no recuerdo el nombre de Mangles entre las viejas familias de Inglaterra? Es de presumir que la ha escogido usted principalmente por sus gracias y virtudes.

La señora Sarah Matilda, no dando a este cumplido exactamente el mismo significado que le daba el tío Silas, hizo una pequeña reverencia, no obstante su agitación, y, enjugándose las lágrimas de los ojos, dijo, con una gimoteante sonrisa:

—Es usted muy amable, vaya que sí.

—Confío, por ambos, en que ella tenga un poco de dinero, de lo contrario no sé cómo vais a vivir. Para guardabosque eres demasiado perezoso, y no creo que pudieras regentar una taberna, pues eres excesivamente adicto a la bebida y las peleas. Lo único que tengo perfectamente claro es que tú y tu esposa habréis de encontrar otra morada, que no ésta. Os marcharéis esta tarde; y ahora, señor y señora Ruthyn, pueden ustedes retirarse de esta habitación, si hacen el favor.

El tío Silas se había levantado y les hizo una de sus viejas inclinaciones cortesananas, sonriendo con una sonrisa cadavérica y señalando la puerta con sus trémulos dedos.

—Venga, vámonos —dijo Dudley, rechinando los dientes—. Tú aquí ya no tienes nada que hacer.

Sin entender del todo la situación, pero con un lastimero semblante de perplejidad, la joven hizo una rápida reverencia de despedida en la puerta.

—¿Querrás terminar de una vez? —ladró Dudley, en un tono que le hizo dar un brinco. Y de pronto, sin mirar a su alrededor, Dudley salió tras ella de la habitación a grandes zancadas.

—Maud, ¿cómo me recobraré de esto? ¡Ese vulgar canalla..., ese payaso! ¡Qué abismo al que nos vemos abocados! Se esfumó mi última esperanza... No me espera ya sino la ruina más total e irreparable.

Estaba pasando sus trémulos dedos de arriba abajo por la repisa de la chimenea, como quien busca algo, y así continuó, con la mirada fija, desvaída y vacía, aunque allí no había nada.

—Ojalá, tío..., no sabes cuánto lo deseo..., pudiera serte de alguna utilidad. ¿Tal

vez puedo?

Se volvió hacia mí y me miró con ojos penetrantes.

—Tal vez puedas —repitió lentamente, como un eco—. Sí, tal vez puedas —volvió a decir, esta vez con más rapidez—. Va... vamos a ver... pensemos... ¡ese condenado!..., ¡mi cabeza!

—¿No se siente usted bien, tío?

—Oh, sí, muy bien. Hablaremos esta tarde... te mandaré llamar.

Encontré a Wyatt en la habitación de al lado y le dije que se apresurase, pues pensé que mi tío se encontraba mal. Espero que no fuese demasiado egoísta por mi parte, pero tan grande se había hecho mi horror a verle en uno de sus extraños accesos, que me marché de la habitación precipitadamente..., en parte para evitar el riesgo de que me pidieran quedarme.

En Bartram-Haugh las paredes son gruesas y profundo el nicho del vano de las puertas. Al cerrar la de mi tío, oí la voz de Dudley en la escalera. No quería ser vista por él ni por su «señora», como su pobre esposa se llamaba a sí misma, la cual, al salir yo, se hallaba entregada a un vehemente diálogo con él, de modo que, no deseando volver a entrar en la habitación de mi tío, permanecí inmóvil, oculta en el envolvente marco de la puerta, posición desde la que oí a Dudley decir en un salvaje gruñido:

—Te vas a volver por donde has venido. Contigo no me voy, si eso es lo que pretendías... ¡Maldita sea tu estampa!

—¡Oh, Dudley, cariño! ¿Qué he hecho yo..., qué te he hecho para que me odies así?

—¿Que qué has hecho? ¡Mala bestia! ¡Con tu maldita palabrería has conseguido que nos echen y nos deshereden, eso es todo! ¿No te parece bastante?

No pude oír sus sollozos ni las estridentes voces de su réplica, pues habían comenzado a bajar las escaleras, pero Mary Quince me informó, horrorizada, de que le vio a él meterla a ella a empujones en el cabriolé, como se mete un haz de heno en un pajar, y hasta que el coche partió él estuvo con la cabeza en la ventanilla, increpándola.

—¡Vaya si estaba riñendo a la pobre criatura! Me di cuenta por el modo en que meneaba la cabeza..., y el puño lo tenía metido dentro y se lo agitaba en su cara..., parecía un mal bicho..., y ella llorando como una niña y venga a mirar para atrás y a decirle adiós con el pañuelo mojado..., pobrecilla, y tan jovencita. ¡Qué pena, Dios mío! Muchas veces pienso, señorita, que qué bien el no haberme casado nunca. Y el caso es que a todas nos gusta pescar un marido, con la poca gente que hay que sea feliz cuando están juntos. Es un mundo extraño éste, y a lo mejor los solteros son, después de todo, los que mejor se lo pasan.

CAPÍTULO LII

EL DIBUJO DE UN LOBO

AQUELLA tarde bajé en busca de un libro a la sala de estar que nos había sido asignada a Milly y a mí —mi buena Mary Quince siempre atendiéndome—. La puerta se hallaba un poco abierta, y me sobresalté al ver la luz de una vela, así como un considerable aroma de tabaco y aguardiente que provenían del lado de la chimenea.

Encima de mi mesita de trabajo, que Dudley había corrido junto al fuego, estaba su pipa, su frasco de aguardiente y un vaso vacío, y él, con un pie sobre el guardafuegos, el codo en la rodilla y la cabeza reposando sobre la mano, estaba sentado llorando. Al estar situado algo de espaldas con respecto a la puerta, no advirtió nuestra presencia, de modo que le vimos pasarse los nudillos por los ojos y oímos los sonidos de su egoísta lamentación.

Mary y yo nos marchamos sigilosamente, dejándole el cuarto en posesión y preguntándonos cuándo se marcharía de la casa, de acuerdo con la sentencia que habíamos oído pronunciar.

Me sentí encantada de ver al anciano Giblets atar calmamente las correas de su equipaje en el recibidor y enterarme por el mayordomo, en un cuchicheo, que iba a marcharse aquella tarde por tren, aunque Giblets no sabía adonde.

Una media hora más tarde, Mary Quince, en una salida de reconocimiento, se enteró por la vieja Wyat en el pasillo que acababa de irse a tomar el tren.

¡Loado sea el cielo por esta liberación! Había sido expulsado un espíritu maligno y la casa ofrecía un aspecto más luminoso y feliz. Hasta que no me hube acomodado en el silencio de mi habitación no empezaron a desfilar ante mi memoria en ordenada procesión las escenas e imágenes de aquel agitado día, y por vez primera, con una sobrecogedora sensación de horror y un perfecto éxtasis de gratitud, supe apreciar el valor de mi escapada y la inmensidad del peligro que me había amenazado. Puede que fuera una miserable flaqueza..., pienso que lo fue. Pero yo era joven, medrosa, y me veía afligida por una fastidiosa especie de conciencia moral que en ocasiones se volvía loca e insistía, tanto en pequeñeces como en cosas importantes, en sacrificios que ahora mi razón me asegura eran absurdos. Dudley me inspiraba absoluto horror, pero, no obstante, de haber persistido durante mucho tiempo aquel sistema de solicitudes, aquella horrenda y directa apelación a mi compasión, aquel colocar mi endeble condición de muchacha en el sitio de árbitro de las esperanzas y

desesperaciones de mi anciano tío, mi resistencia podría haber sufrido un desgaste — ¿quién puede decirlo?— y haberme hecho caer en el autosacrificio, exactamente del mismo modo que en Alemania son atormentados los criminales, vigilados e interrogados año tras año, incesantemente, hasta conducirlos a una suerte de demencia que, exhaustos por la incertidumbre, la iteración, la continencia y la insoportable fatiga, les hace poner término a todo aquello mediante la autoacusación, con lo cual suben al cadalso infinitamente aliviados... Cabe adivinar, así pues, cuán intenso fue el consuelo —para alguien que, como yo, era medrosa, carecía de confianza en sí misma y se encontraba sola— de saber que Dudley estaba, de hecho, casado, y que la zahiriente porfía que tan sólo acababa de comenzar, se veía silenciada para siempre.

Aquella noche vi a mi tío. Sentía piedad por él, pero también miedo. Ansiaba decirle lo deseosa que estaba de ayudarle, con sólo que me indicara la manera. Era algo, en esencia, que ya le había dicho, pero a lo que ahora le urgí acuciantemente. Se animó; se irguió en su silla perpendicularmente, con un semblante ya no débil o vacío, sino resuelto y escrutador, y que, a medida que yo hablaba, se fue contrayendo en oscuros pensamientos o cálculos.

Me figuro que hablé de modo harto confuso. Siempre me sentía nerviosa en su presencia; había, supongo, algo mesmérico en el extraño tipo de influencia que, sin esfuerzo, ejercía sobre mi imaginación.

A veces esto se convertía en un lúgubre pánico, y el tío Silas —cortés, gentil— me parecía indeciblemente horrible. Pues no era ya una fortuita fascinación de electrobiología. Era algo más. Su naturaleza me resultaba incomprensible. Carecía de la nobleza, el frescor, la blandura o las frivolidades de una naturaleza humana como la que yo había experimentado, ya fuese dentro de mí o en otras personas. De modo instintivo percibía que las apelaciones a la simpatía o a los sentimientos no podían afectarle más de lo que lo harían a un monumento de mármol. Parecía adecuar su conversación a la estructura moral de los demás, exactamente igual que, según se dice, los espíritus asumen la forma de los mortales. Para su cuerpo existían las sensualidades del gourmet, y, tal se me antojaba, ahí concluía su naturaleza humana. A través de esa estructura semitransparente creía, de vez en cuando, poder vislumbrar la luz o el relumbre de su vida interior. Pero no la entendía.

Jamás hacía escarnio de lo que era bueno o noble: la más dura de sus críticas jamás podría haberle desmentido en ese particular; y, sin embargo, yo tenía la sensación de que, de algún modo, su ignota naturaleza constituía una sistemática blasfemia contra todo ello. Si era un espíritu maligno, no obstante rayaba a cierta mayor altura que el gárrulo y, por otra parte, endeble demonio de Goethe. Asumía los rasgos y la encarnadura de nuestra naturaleza mortal. Ocultaba los suyos propios y era un Mefistófeles profundamente reticente. Conmigo había sido benévolo y casi siempre me había hablado con afabilidad, pero ello se asemejaba a la dulce charla de uno de esos duendes del desierto, de los que nos habla la superstición asiática, que,

bajo formas amistosas, se aparecen a los rezagados de las caravanas, les hacen señas desde lejos, los llaman por sus nombres y los conducen a donde ya nadie los vuelve a encontrar jamás. ¿Acaso toda su bondad no era, así pues, sino un brillo fosfórico que encubría algo más gélido y más pavoroso que la tumba?

—Es muy noble por tu parte, Maud..., es angelical; tu compasión por un anciano en la ruina y la desesperación. Pero me temo que te echarás atrás. Te digo con franqueza que menos de veinte mil libras no me sacarán del ruinoso atolladero en el que estoy metido... perdido.

—¡Echarme atrás! Lejos de ello. Lo haré. Debe de haber algún modo.

—Basta, liberal y joven protectora mía..., celestial entusiasta, basta. Aunque tú no lo hagas, soy yo quien se echa atrás. Jamás podría decidirme a aceptar este sacrificio. ¿Qué significa, incluso para mí, el que se me libre de este embrollo? Postrado estoy, y maltrecho, soy un infeliz con cincuenta heridas mortales en mi testa: ¿de qué sirve la curación de una si hay tantas otras que no tienen cura? Mejor dejarme perecer donde caiga, y reservar tu dinero para aquellos objetos más dignos, por los que acaso valga la pena ahorrar en un futuro.

—Pero yo quiero hacerlo. Debo hacerlo. No puedo verle a usted sufrir sin hacer uso del poder que en mis manos tengo de ayudarle —exclamé.

—Basta, querida Maud. La voluntad está presente... basta: tu compasión y tu buena voluntad son un bálsamo. Déjame, ángel auxiliador; por el momento no puedo. Si así lo deseas, podemos hablar de ello otra vez. Buenas noches.

Y así nos separamos.

Según me enteré después, el procurador, venido de Feltram, estuvo con él casi la noche entera tratando, en vano, de idear conjuntamente algún medio por el que yo me viera impedida de actuar. Pero no lo había. Yo no podía atarme.

Me sentía henchida con la esperanza de ayudarle. ¿Qué era aquella suma para mí, cuantiosa en apariencia? Nada, en verdad. Habría podido desprenderme de ella sin percibir siquiera su pérdida.

Cogí un gran volumen en cuarto, de estampas coloreadas, uno de los pocos libros que había traído conmigo de la vieja y entrañable casa de Knowl. Lo abrí, demasiado excitada como me hallaba para abrigar esperanzas de dormirme en la cama, y comencé a pasar sus páginas, con la mente llena aún del tío Silas y de la suma de dinero con la que confiaba en ayudarle.

Inexplicablemente, uno de aquellos grabados de colores atrajo mi atención. Representaba la solemne soledad de un bosque; una muchacha, con atuendo suizo, corría despavorida y, mientras lo hacía, arrojaba un trozo de carne que había tomado de un cestillo que colgaba de su brazo. Una manada de lobos la perseguía a través del claro del bosque.

La narración contaba que al regresar a casa con las compras que había hecho en el mercado, unos lobos se habían lanzado en su persecución y a duras penas había logrado escapar a fuerza de correr a toda velocidad y, de cuando en cuando, retardar

la persecución a base de ir tirando, trozo por trozo, el contenido de su cestillo a sus espaldas, a fin de que los hambrientos depredadores los devoraran y lucharan por ellos entre sí.

Tal era la estampa que se había apoderado de mi imaginación. Me puse a mirarla con interés y curiosidad: había algo en la disposición de los árboles, en su gran altura y vigorosas ramas entrelazadas, y en la terrible sombra abajo, que me recordaba una zona del Bosque del Molino de Viento por la que Milly y yo habíamos paseado con frecuencia. Luego contemplé la figura de la pobre muchacha, huyendo para salvar la vida y mirando, aterrorizada, por encima del hombro. Luego mis ojos se posaron en la sanguinaria manada, con sus fauces abiertas, y en la blanquecina bestia que marchaba a su vanguardia; y acto seguido, me recosté en mi butaca y pensé —tal vez alguna asociación latente sugería una cosa tan poco probable— en una magnífica estampa que tenía en mi portafolio y que representaba la noble pintura que Van Dyke hiciera de Belisario. Mientras me hallaba reclinada, con un lápiz tracé ociosamente en un sobre que había encima de la mesa esta pequeña inscripción. Era un mero jugueteo, y, absurdo como parecía, no había en ella más que un recto significado: ¡«20000 libras, *date Obolum Belisario*»! Mi querido padre había traducido para mí la pequeña inscripción latina, y yo la había copiado como una especie de ejercicio de memoria; y también, quizá, como expresión de esa suerte de compasión que invariablemente suscitó en mí la decadencia y triste sino de mi tío. Así pues, metí este pequeño y curioso memorándum sobre la hoja abierta del libro, y de nuevo la huida, la persecución y el cebo para mantenerla a raya se enseñorearon de mis ojos. Y, junto a la piedra del hogar, oí una voz, según me pareció, decir en un grave cuchicheo: «¡Huye de los colmillos de Belisario!».

—¿Qué es eso? —dije, volviéndome bruscamente hacia Mary Quince.

Mary se levantó, dejando las labores que estaba haciendo al amor de la lumbre, y se puso a mirarme fijamente, con esa especie de extraño sobrecejo que acompaña al miedo y la curiosidad.

—¿Has hablado? ¿Has dicho algo? —dije, cogiéndola del brazo, pues me sentía muy asustada.

—No, señorita; no, cariño —respondió ella, pensando a todas luces, que estaba un poquito mal de la cabeza.

No podía caber duda alguna de que había sido una jugarreta de la imaginación, y, sin embargo, éste es el día en que, de volver a hablar, podría reconocer entre mil aquella voz clara y suave.

A la mañana siguiente, rendida tras una noche de sueño interrumpido y gran agitación, fui convocada a la habitación de mi tío.

Me recibió de un modo extraño, pensé. Su manera de comportarse había cambiado y produjo en mí una impresión desazonante. Se mostró cortés, amable, sonriente y solícito, como de costumbre; pero me pareció que a partir de aquel momento experimentaba hacia mí la misma semisupersticiosa repulsión que él me

había inspirado siempre a mí. Sueño o voz o visión..., ¿quién lo había hecho? Parecía existir un miedo y una antipatía inconscientes. Cuando pensaba que yo no le estaba mirando, sus ojos se clavaban en mí a veces por un momento torvamente, y, cuando yo le miraba, se posaban sobre el libro que tenía delante; y, cuando hablaba, alguien que no estuviera prestando atención a lo que decía habría supuesto que leía del libro en voz alta.

Nada tangible había salvo este recular ante el encuentro de nuestros ojos. He dicho que era amable como de costumbre. Lo era incluso más. Pero nuestras naturalezas mostraban un signo nuevo: el de repelerse en silencio. Antipatía no podía ser, pues él sabía que yo estaba deseosa de servirle. ¿Era vergüenza? ¿Había en ello una brizna de horror?

—No he dormido —dijo—. Ha sido para mí una noche dedicada a la cavilación, y el fruto ha sido éste: que no puedo, Maud, aceptar tu noble ofrecimiento.

—Lo lamento mucho —exclamé, con toda sinceridad.

—Lo sé, querida sobrina mía, y aprecio tu bondad; pero existen muchas razones, ninguna de ellas innoble, confío, y que en su conjunto lo hacen imposible. No. La gente lo entendería mal... y mi honor no ha de ser impugnado.

—Pero ello no sería posible, señor; usted jamás me lo ha propuesto. Ello sería siempre, de principio a fin, un acto exclusivamente mío.

—Cierto, querida Maud, pero yo, ¡ay!, conozco este mundo calumniador y perverso más de lo que tu bienaventurada experiencia puede conocerlo. ¿Quién oíría nuestro testimonio? Nadie... nadie en absoluto. La dificultad..., la insuperable dificultad moral radica en que habría de exponerme a la plausible imputación de haber influido en ti indebidamente a tal fin; más aún: que no podría considerarme por entero libre de culpa. Es obra de tu voluntaria bondad, Maud, pero eres joven e inexperta y yo considero mi deber interponerme entre tú misma y cualquier manejo con tu patrimonio a una edad tan inmadura. Algunos podrían calificar esto de quijotesco. En mi espíritu es un imperativo de conciencia que me niego perentoriamente a desobedecer..., ¡pese a que de aquí a tres semanas se recibirá en esta casa un mandamiento judicial!

Yo no sabía muy bien qué significaba un mandamiento judicial, pero por dos desgarradoras novelas cuyas calamidades me eran familiares, sabía que indicaba algún terrible proceso de tortura y expoliación legal.

—¡Oh, tío! ¡Oh, señor..., no puede usted permitir que ocurra semejante cosa! ¿Qué dirá la gente de mí? Y además..., está la pobre Milly... y todo lo demás. Piense en lo que sucederá.

—No puede evitarse..., tú no puedes evitarlo, Maud. Escúchame. Se producirá aquí un embargo, no sé exactamente cuándo, pero creo que dentro de algo más de quince días. Mi deber es procurar tu bienestar y, por tanto, debes marcharte. He dispuesto las cosas de modo que te reúnas con Milly, por el momento, en Francia, hasta que yo tenga tiempo de ocuparme de mí mismo. Pienso que deberías escribir a

tu prima lady Knollys. Pese a sus extravagancias, es mujer de corazón. ¿Puedes decir, Maud, que he sido bondadoso contigo?

—Nunca ha sido usted otra cosa que bondadoso —exclamé.

—¿Qué fui abnegado cuando me hiciste una oferta generosa? —prosiguió—. ¿Que ahora actúo para ahorrarte pesadumbres? Podrías decirle también, no de mi parte, sino como un hecho, que estoy pensando seriamente en renunciar a mi tutoría..., que creo haberme portado con ella injustamente y que, tan pronto como mi mente se halle un poco menos atormentada, intentaré llevar a cabo una reconciliación entre nosotros, y, por último, que me gustaría transferirle tu persona y tu educación. Puedes decirle que ya ni tan siquiera tengo interés en reivindicar mi buen nombre. Mi hijo se ha destrozado a sí mismo con su matrimonio. Se me olvidó decirte que se detuvo en Feltram y que esta mañana me escribió solicitando una entrevista de despedida. Se la he concedido, y será la última. Ya nunca más le veré ni mantendré correspondencia con él.

El anciano parecía muy abatido, y se llevó el pañuelo a los ojos.

—Su mujer y él están, según tengo entendido, a punto de emigrar. Cuanto antes, mejor —reanudó, con amargura, el hilo de su discurso—. Lamento profundamente, Maud, el haber tolerado su proposición matrimonial, incluso por un solo instante. De haber reflexionado sobre ello, como he hecho esta noche, nada me habría inducido a permitirlo. Pero he vivido tanto tiempo como un monje en su celda, con mis necesidades y mi capacidad de observación limitadas al estrecho círculo de este aposento, que mi conocimiento del mundo se ha extinguido con mi juventud y mis esperanzas, de modo que no tomé en consideración, como debería haberlo hecho, muchas objeciones. Por ello, querida Maud, te ruego silencio sobre este particular; hablar de este asunto no puede ya conducir a nada. Me equivoqué, y francamente te pido que olvides mi equivocación.

Había estado a punto de escribir a lady Knollys acerca de aquel odioso asunto cuando, felizmente, quedó concluido con el descubrimiento de ayer, en vista de lo cual no podía ver ya dificultad alguna en acceder al requerimiento de mi tío. Eran tantas sus concesiones, que no podía yo, a cambio, rehusar una tan insignificante.

—Espero que Mónica continúe siendo amable con Milly cuando yo me haya ido.

Aquí hubo unos segundos de meditación.

—Maud, pienso que no rehusarás el hacer llegar a lady Knollys en una carta la esencia de lo que acabo de decir, y que quizá no hallarás inconveniente en dejar que la lea cuando la hayas escrito. Ello evitará la posibilidad de que contenga algún concepto erróneo respecto a lo que he dicho hace un momento. Y, Maud, no olvidarás decirle si he sido bondadoso contigo, ¿verdad? Para mí sería una satisfacción el saber que Mónica tiene la certeza de que con mi joven pupila jamás me comporté de forma atormentadora o abusiva.

Y, dichas estas palabras, me despidió. Inmediatamente escribí una carta que conllevara el sentido de todo cuanto él había dicho. Sintiéndome de buen humor

hacia el tío Silas, dejé constancia, en encendidos términos, de mi valoración de su cortesía y su buena voluntad. Cuando se la di para que la leyera, expresó su admiración por lo que tuvo a bien denominar mi inteligencia para trasladar sus deseos con toda exactitud, dándome, asimismo, las gracias por los bellos términos en los que me había manifestado acerca de mi anciano tutor.

CAPÍTULO LIII

UNA EXTRAÑA PROPUESTA

CUANDO Mary Quince y yo regresamos aquel día de nuestro paseo y entramos en el recibidor, me llevé la más desagradable de las sorpresas al ver surgir a Dudley del vestíbulo al pie de la gran escalinata. Iba vestido, supongo, con su atuendo de viaje: un sobretodo bastante manchado, una gran bufanda de colores enrollada al cuello, su «chimenea» en la cabeza y su gorro de pieles sobresaliendo de un bolsillo. Acababa de bajar, supongo, de la habitación de mi tío. Al verme dio un paso atrás y se quedó de pie pegado a la pared, como una momia de museo.

Fingí tener que decirle a Mary una cosa antes de marcharme del recibidor, con la esperanza de que, ya que al parecer deseaba rehuirme, tuviera la oportunidad de hacer un rápido mutis.

Pero en el ínterin, por las trazas, había cambiado de opinión, pues cuando volví a mirar en aquella dirección se había puesto en marcha hacia nosotras y estaba en el recibidor con el sombrero en la mano. Debo hacerle justicia y decir que su aspecto era horriblemente lúgubre, hosco y asustado.

—Me permitirá una palabra, señorita..., sólo una cosa que pienso decir... por su bien. ¡Por...! Mire que es por su bien, señorita.

Dudley estaba un poco alejado, mirándome, con el sombrero en ambas manos y un semblante ensombrecido.

Me resultaba detestable la idea de escucharle hablar o hablarle yo, pero no tuve decisión para rechazarle, y diciendo solamente: «No puedo imaginar qué desea usted decirme», me acerqué a él.

—Espera aquí en la barandilla, Quince.

En torno a la arrebolada y la chillona bufanda de mi odioso primo flotaba una fragancia a alcohol, lo cual recalca el efecto de sus facciones horriblemente lúgubres. Hablaba, además, con la lengua un poco pesada, pero tenía aire abatido y me trataba con un respeto elaborado y lleno de desconcierto, que me infundió confianza.

—Estoy en un apuro, señorita —dijo, arrastrando los pies por el suelo de roble—. Me he comportado como un condenado imbécil, pero no soy un imbécil. Soy un tipo capaz de partirme la cara con cualquiera, y estar a su altura, ¿entiende? Yo no soy un imbécil, no lo soy... ¡Maldita sea!

Dudley pronunció esta asombrosa arenga con una buena dosis de vehemencia,

aunque en voz baja, y daba muestras de una extraña agitación. También él tenía un desagradable modo de evitar mi mirada y lanzar ojeadas por el suelo, de esquina a esquina, mientras hablaba, lo cual le daba un aire marcadamente solapado.

Estaba retorciendo su enorme patilla rojiza con los dedos y tirando de ella con tanta fuerza que muy bien podría, junto con aquella silvestre adquisición, haber arrastrado su mejilla entera. Y con la otra mano aplastaba y frotaba el sombrero contra la rodilla.

—El ancianito de ahí arriba está medio chiflado, me parece a mí; ni la mitad de lo que dice lo dice de veras. Pero de todos modos yo estoy en un mal aprieto..., ha sido un timo a base de bien, y no puedo sacarle ni un ochavo. Es tan duro conmigo como esos tipejos de abogados, malditos sean, y tiene un montón de pagarés míos y otros papeluchos; y Bryerly me escribe diciendo que no me puede dar mi parte de la herencia porque ha recibido una nota de Archer & Sleigh advirtiéndole que no me dé ni un chelín, porque los firmé a nombre del gobernador, dice..., cosa que es mentira, tal es mi creencia. Habré firmado algún papel... puede que lo hiciera... una noche que estaba algo achispado. Pero éstos no son modos de atrapar a un caballero, y no se tendrá en pie, lo digo yo, y no voy a quedarme en sus manos de esa manera. No niego que a lo mejor yo también esté un poquitín empeñado, pero no voy a llegar hasta el final enseguida. No soy de éstos. Se dará cuenta de que no lo soy.

Aquí Mary Quince emitió una tosecita desde el pie de las escaleras para recordarme que la conversación se prolongaba.

—No entiendo muy bien —dije, muy seria— y ahora me voy arriba.

—No, un momento, señorita; es sólo una cosa. Sary Mangles y yo nos vamos a Australia, a bordo del *Seamew*, el día 5. Yo esta noche salgo para Liverpool y ella me irá a buscar allí, y... y, si Dios quiere, no nos volveremos a ver nunca más; y antes de marcharme me gustaría ayudarte, Maud. Mira lo que te digo: si me prometes por escrito que me darás esas veinte mil libras que le has ofrecido al gobernador, me las arreglaré para sacarte de Bartram y llevarte con tu prima Knollys, o a cualquier otro sitio que tú prefieras.

—¡Sacarme de Bartram... por veinte mil libras! ¡Alejarme de mi tutor! Parece usted olvidar, señor —dije, cada vez más indignada a medida que hablaba—, que puedo visitar a mi prima, lady Knollys, siempre que me plazca.

—Bueno, puede que sí —dijo él, sumido en hoscas reflexiones, mientras, con la punta de su bota, raía un pedacito de papel que yacía en el suelo.

—Claro que sí, y así es, como se lo digo, señor; y, teniendo en cuenta el modo en que usted me ha tratado..., su mezquina, alevosa e infame proposición matrimonial, y su cruel traición a su pobre esposa, su desfachatez me deja atónita.

Me di la vuelta para marcharme, pues me hallaba, en verdad, fuera de mí.

—No corras tanto —dijo perentoriamente, cogiéndome con fuerza por la muñeca—, que no voy a molestarte. ¡Qué lengua la tuya, que no sabe por dónde se anda! ¿Es que no puedes hablar con sentido común, como una mujer... ¡maldita sea!..., aunque

sólo sea por una vez, y no andar vociferando como una mocosa? ¿Es que no te das cuenta de lo que estoy diciendo? Te sacaré de todo esto y te dejaré con tu prima, o en donde quieras, si me das lo que te he dicho.

Por primera vez me estaba mirando a la cara, aunque con los ojos contraídos y el semblante muy agitado.

—¿Dinero? —dije, con el desdén a flor de piel.

—Sí, dinero... veinte mil libras... eso es. ¿Sí o no? —replicó, con una especie de desagradable esfuerzo.

—Me está usted pidiendo una promesa por valor de veinte mil libras, y no la obtendrá.

Me ardían las mejillas y, al pronunciar aquellas palabras, estampé el pie contra el suelo.

Si Dudley hubiese sabido tocar la cuerda de mis buenos sentimientos, estoy segura de que hubiese hecho algo —quizá no del todo aquello, al menos de inmediato, pero sí algo generoso— para ayudarme. ¡Pero su solicitud era tan ruin e insolente! ¿Por quién me habría tomado? ¿Me creería capaz de suponer que el hecho de llevarme con mi prima Mónica convertía a ésta en mi tutora? Sin duda se figuraba que yo no era más que una niña pequeña. En ello había una especie de estúpida astucia que repugnaba a mi buena fe y ultrajaba el sentimiento de mi propia importancia.

—¿No me las vas a dar, entonces? —dijo, volviendo a bajar la vista con el ceño fruncido y moviendo la boca y las mejillas del modo que, según pudiera yo imaginar, haría un hombre que masca un trozo de tabaco.

—Por supuesto que no, señor —repliqué.

—Entonces, ¡quédatelas! —replicó él, aún con los ojos bajos y muy sombrío y descontento.

Enfadadísima, me reuní con Mary Quince. Al pasar bajo el porche de roble artesonado del vestíbulo, vi su figura en la penumbra, cada vez más densa, del ocaso. La imagen se me ha quedado en la memoria, envuelta en su umbrío halo. Estaba de pie en el centro del recibidor, en el mismo lugar donde pronunciara sus últimas palabras, sin seguirme con la mirada, sino con los ojos clavados en el suelo y, hasta donde pude ver, con la expresión de alguien que ha perdido una partida de cartas, y además una apuesta ruinosa..., alguien lóbrego y desesperado. Mientras subía no pronuncié ni una sílaba. Al llegar a mi habitación comencé a considerar la entrevista con más calma. Dudley pretendía —tales eran mis reflexiones— que me hubiese mostrado inmediatamente de acuerdo con su descabellado ofrecimiento, en cuyo caso me habría conducido en su cochecito a Elverston a través de Feltram, mientras, a mis espaldas, lanzaba sonrisitas y muecas a sus amistades; y acto seguido, ante la justa indignación de mi tío, habría sido entregada a la tutela de lady Knollys tras entregar a mi conductor la bonita tarifa de 20000 libras. ¡Hacía falta el descaro de Tony Lumpkin^[53] sin su gracia ni su inteligencia, para concebir tan portentosa broma

pesada!

—¿Le apetece a lo mejor un poco de té, señorita? —insinuó Mary Quince.

—¡Qué impertinencia! —exclamé, al tiempo que el enojo me hacía dar una de mis patadas contra el suelo—. ¡No, no lo digo por ti, Mary, querida! —añadí—. No, ahora mismo no me apetece el té.

Y continué rumiando, lo cual no tardó en llevarme a estos pensamientos: por muy estúpida e insultante que fuera la propuesta de Dudley, entrañaba una gran traición contra mi tío. ¿Sería yo tan débil como para guardar silencio y que él, queriendo anticipármelo, tergiversara todo lo sucedido para echar sobre mí todas las culpas?

Esta idea se adueñó de mí con tanta fuerza que no pude resistirla, y, cediendo a un impulso instantáneo, obtuve permiso para comparecer ante mi tío y le relaté exactamente lo que había sucedido. Al finalizar mi narración, que él escuchó sin alzar ni una sola vez la vista, mi tío se aclaró una o dos veces la garganta, como si se dispusiera a hablar. Estaba sonriendo, me pareció que con esfuerzo, y tenía las cejas arqueadas. Cuando terminé, emitió uno de esos sonidos escurridizos que un hombre menos refinado que él habría expresado mediante un silbido de sorpresa o desprecio, y de nuevo intentó hablar, pero continuó callado. La verdad es que me pareció muy desconcertado. Se levantó de su asiento y se puso a andar por la habitación arrastrando las zapatillas en busca de algo, si bien creo que la búsqueda era sólo fingida, abriendo y cerrando dos o tres cajones y revolviendo entre libros y papeles. Por último, tomando en la mano unas cuantas hojas sueltas, manuscritas, dio la impresión de haber hallado lo que buscaba y comenzó a leerlas distraídamente, de espaldas a mí, y, con otro esfuerzo por aclararse la voz, finalmente dijo:

—Y dime, te lo ruego, ¿qué sentido podía tener todo eso que te ha dicho ese payaso?

—Creo que ha debido de tomarme por una idiota, señor —contesté.

—No es improbable. Ha vivido en un establo, entre caballos y palafreneros; siempre me ha parecido algo así como un centauro..., esto es, un centauro compuesto no de hombre y caballo, sino de mono y asno.

Se rió con esta su invectiva, no fría y sarcásticamente, como era su costumbre, sino, pensé, con nerviosismo. Y, sin dejar de contemplar sus papeles, y con su espalda aún hacia mí mientras leía, dijo:

—¿Y no te favoreció con una exposición del sentido de sus palabras, el cual, salvo en la medida en que estimaba sus merecimientos en la modesta suma que has mencionado, se me antoja demasiado oracular para ser interpretado sin una inspiración afín?

Y de nuevo se echó a reír. A cada momento que pasaba se iba pareciendo más a sí mismo.

—En cuanto a lo de visitar a tu prima, lady Knollys, el estúpido bribón no hacía ni cinco minutos que me había oído expresar el deseo de que lo hicieras antes de que te marcharas de esta casa. Y estoy absolutamente decidido a que lo hagas..., es decir,

a menos, querida Maud, que tengas alguna objeción en contra; pero, por supuesto, hemos de aguardar a que llegue una invitación, la cual barrunto no ha de tardar en venir. Tu carta dará, de hecho, y naturalmente, lugar a la misma y, según confío, despejará el camino para una residencia permanente con ella. Cuanto más reflexiono sobre el particular, más convencido estoy, querida sobrina, de que, habida cuenta del cariz que probablemente van a tomar las cosas, mi techo no sería, en modo alguno, un cobijo deseable para ti, y que en cambio el de lady Knollys sí lo sería, bajo cualquier circunstancia. Tales han sido, Maud, los motivos que me han llevado a abrir, a través de tu carta, una puerta a nuestra reconciliación.

Sentí que debería haberle besado la mano..., ya que había señalado el futuro que precisamente yo más deseaba; mas, sin embargo, en mi interior había un vago sentimiento, afín de la sospecha... afín al desaliento, que helaba y nublaba mi alma.

—Pero, Maud —dijo—, me inquieta pensar que ese estúpido mequetrefe se haya atrevido a hacerte semejante propuesta. ¡Honrosa situación, en verdad..., llegar a Elverston por la noche bajo la única escolta de ese desaforado joven, con el que habrías escapado a mi tutela! Y tiemblo, Maud, al hacerme a mí mismo esta pregunta: ¿de veras te habría llevado a Elverston? Cuando hayas vivido en el mundo tanto como yo, te harás una idea más exacta de su perversidad.

Aquí hubo una breve pausa.

—Sé, querida mía, que si él estuviera convencido de su legítimo matrimonio con esa joven —prosiguió, percatándose de lo espantada que yo parecía—, semejante idea, por supuesto, no se le habría pasado por la cabeza; pero él no cree en tal cosa. En contra de los hechos y de la lógica, él cree sinceramente que su mano está todavía a su disposición; y yo, por cierto, sospecho que se habría servido de esa excursión para tratar de persuadirte de pensar como él. Sin embargo, sea como fuere, para mí es una satisfacción el saber que ya nunca más te verás molestanda por una sola palabra de ese trastornado joven. Esta tarde le dije adiós, sencillamente, y no volverá a pisar Bartram-Haugh mientras vivamos ambos.

El tío Silas volvió a dejar en su sitio los papeles que tan ostensiblemente le habían interesado, y regresó. Cercana al ángulo de su elevada sien tenía una vena que, en momentos de turbulencia, se destacaba contra la palidez circundante como un nudoso cordel azul, y, cuando volvió sonriendo con una sonrisa inquisitiva, vi aquella señal de zozobra.

—No obstante, Maud, podemos permitirnos despreciar las locuras y bribonadas del mundo en la medida en que actuemos, como hasta el momento hemos venido haciéndolo, con perfecta y recíproca confianza. ¡Que el cielo te bendiga, Maud! Tu relato me ha turbado, creo, más de lo necesario..., me ha causado una gran zozobra, pero la reflexión me asegura que no es nada. Dudley se ha ido. Dentro de unos días estará en el mar. Mañana por la mañana impartiré mis órdenes y, durante su breve estancia en Inglaterra, jamás tendrá acceso a Bartram-Haugh. Buenas noches, querida sobrina mía; y gracias.

En conjunto volví, así pues, al lado de Mary Quince más feliz que cuando la dejé, pero, no obstante, sin que ante mis ojos dejara por un instante de alzarse aquella confusa e irritante visión que era incapaz de interpretar.

Y como, a veces, me sentía turbada por inquietudes amorfas, procuraba hallar alivio apelando a Aquel que, en exclusiva, es poseedor de sabiduría y fortaleza.

El siguiente día me separó una simpática y chismosa carta de mi querida Milly, escrita en un francés compulsivo, muy difícil de interpretar en muchos pasajes. Me hacía un relato muy agradable del lugar, así como de las chicas que eran compañeras tuyas, y mencionaba a algunas de las monjas con gran encomio. A todas luces, el idioma agarrotaba el genio de la pobre Milly, pero aunque su carta en modo alguno era tan divertida como podría haberlo sido caso de haber estado escrita en un sencillo inglés, no cabía llamarse a engaño respecto a su agrado por el lugar, y además expresaba en términos de lo más cariñoso sus sinceras ansias de verme.

Esta carta venía adjunta con otra dirigida a mi tío, enviada por las autoridades del convento, y como en su interior no venía la dirección, ni en su exterior sello de correos, seguí estando en la oscuridad respecto al lugar donde Milly se encontraba.

Escritas a lápiz en el sobre que contenía la carta, de puño y letra de mi tío, había estas palabras: «Una vez sellada, entrégame tu respuesta, y yo te la transmitiré. S. R.»

Cuando, así pues, unos días más tarde puse mi carta a Milly en manos de mi tío, éste me explicó los motivos de sus reservas sobre el particular.

—Me pareció, querida Maud, que lo mejor era no atormentarte con un secreto, y tal es la dirección de Milly en el momento presente. Dentro de unas semanas se convertirá en la encrucijada de nuestras diversas rutas, cuando tú vayas a reunirte con ella y yo con vosotras dos. Nadie, excepto mi abogado, debe saber dónde se me puede encontrar, hasta que pase la tormenta; y he creído que preferirías la ignorancia a la zozobra de guardar un secreto del que tanto depende.

Esto era razonable, e incluso considerado, de modo que me mostré de acuerdo.

Durante aquel intervalo me llegó una carta muy encantadora, alegre y cariñosa — y larguísima también—, aunque quien la escribía, mi prima Mónica, apenas estaba a siete millas de distancia; una carta rebosante de chismes y castillos en el aire, color de rosa y oro, así como el más afectuoso interés por Milly y encendido cariño por mí.

Otro incidente vino a introducir en aquel intervalo una variación aún más agradable, si cabe. Era el anuncio, en un periódico de Liverpool, de que el *Seamew* había zarpado rumbo a Melbourne, y en la relación de pasajeros aparecía «Dudley Ruthyn, de Bartram-H., y señora».

Ahora que empezaba a respirar a mis anchas, veía claramente acercarse el fin de mi noviciado: una breve excursión a Francia, un feliz encuentro con Milly y, después, una deliciosa estancia en casa de la prima Mónica durante el resto de mi minoridad.

Se dirá, entonces, que mi ánimo y mis nervios se habían serenado por completo. No por completo. ¡Qué portentosamente yacen nuestras zozobras en finísimos estratos, una sobre la otra! Elimínese una que durante mucho tiempo ha estado a flor

de piel —inquietud de inquietudes—, la única, según parecía, que se interponía entre el alma y el radiante cielo..., y enseguida encontramos un nuevo estrato. Lo mismo que la ciencia física nos enseña que ningún fluido está sin su piel, así también parece suceder con este sutil medio que es el alma y esas sucesivas capas de zozobra que se forman sobre su superficie al mero contacto con el aire y la luz por encima.

¿En qué consistía mi nueva tribulación? Se dirá que era imaginaria..., la ilusión de alguien que se atormenta a sí mismo. Lo que me rondaba era el rostro del tío Silas. No obstante la pálida sonrisa de siempre, en su rostro había un torvo retraimiento y un sempiterno evitar la mirada directa, de frente.

A veces se me antojaba que no estaba en sus cabales. No podía explicarme las misteriosas luces y sombras que titilaban en su semblante, salvo por su trastorno mental. En el lustre de aquella su aguda sonrisa había, por asombroso que parezca, signos de vergüenza y miedo de mí.

Pensé: «Quizá se culpa a sí mismo por haber tolerado la propuesta matrimonial de Dudley..., por haber sido su incitador en razón de sus tribulaciones personales..., por haber rebajado, si bien bajo una penosa tentación, tanto su propia persona como su ministerio; y piensa que ha perdido el derecho a mi respeto».

Tal era mi análisis. Sin embargo, en el *coup-d'oeil* de aquel blanco semblante que me deslumbraba en la oscuridad y me rondaba en mis ensueños diurnos con una luz mortecina, había el carácter intangible de lo insidioso y lo terrible.

CAPÍTULO LIV

EN BUSCA DEL ESQUELETO DEL SEÑOR CHARKE

No obstante, en conjunto me sentía indeciblemente aliviada. El señor Dudley Ruthyn y señora se encontraban ahora espumando las azules olas sobre las alas del *Seamew*, y cada mañana se ensanchaba la distancia entre nosotros, la cual iría en aumento hasta alcanzar un punto en las antípodas. Conservé cuidadosamente en mi habitación el periódico de Liverpool que contenía aquellas áureas líneas, y, al igual que el caballero que, al verse muy atosigado por la gruñona heredera con la que se había casado, acostumbraba a retirarse a su gabinete y releerse el acta de su dote matrimonial, así yo también, cuando me asaltaba la melancolía, acostumbraba a desplegar mi periódico y leer la información referente al *Seamew*.

El día del que ahora estoy hablando era un lóbrego día de aguanieve. Mi habitación me parecía más animosa que el solitario salón, donde no habría podido tener a la buena de Mary Quince tan decorosamente.

Un buen fuego, aquella cara bondadosa y fiable, la pequeña ojeada que acababa de permitirme en mi gacetilla favorita, y la certeza de que pronto habría de ver a mi querida prima Mónica, y luego a la cariñosa Milly, me levantaron el ánimo.

—Así pues —dije—, puesto que, según dices, la vieja Wyat está en cama con un ataque de reumatismo y no puede aparecerse para regañarme, creo que voy a subir al piso de arriba a hacer una exploración, a ver si encuentro el esqueleto del señor Charke en un gabinete.

—¡Dios Santo, señorita Maud! ¿Cómo puede usted decir semejantes cosas? —exclamó la entrañable Quince, alzando su honrada cabeza cana y sus redondos ojos de su labor de punto.

Tanto me había familiarizado con la pavorosa tradición del señor Charke y su suicidio, que me podía ya permitir asustar con él a la vieja Quince.

—Lo digo completamente en serio. Me voy a dar un paseo escaleras arriba y escaleras abajo, como una pavisosa; y si doy con su cuarto, pues tanto más interesante. Me siento como Adelaide en el *Romance de la Foresta*^[54], el libro que te estuve leyendo ayer noche, cuando se pone a dar aquellos deliciosos paseos, interminables, por la abadía en ruinas que hay en el bosque.

—¿Voy con usted, señorita?

—No, Quince, quédate aquí; mantén un buen fuego y haz un té. Creo que muy prontito me entrará miedo y volveré.

Y, con un chal por encima de mi cabeza, a modo de capucha, me fui sigilosamente escaleras arriba.

No enumeraré con la prolijidad de la concienzuda heroína de la señora Ann Radcliffe todas las series de aposentos, corredores y pasillos por los que atravesé en mi paseo. Baste mencionar que al fondo de una larga galería que, pienso, corría paralela a la fachada de la casa, di con una puerta que me interesó porque tenía el aspecto de haber permanecido durante mucho tiempo intacta. En ella había dos cerrojos roñosos que, evidentemente, no pertenecían a su sistema original de seguridad, sino que, aunque hacía muchísimo tiempo, le habían sido añadidos no sin cierta torpeza. Estaban polvorientos y oxidados, pero no hallé dificultad en descorrerlos. En la cerradura había una llave herrumbrosa con empuñadura curva, lo recuerdo muy bien; traté de darle la vuelta, pero no pude. Ello picó mi curiosidad. Empecé a pensar en volver y recabar la ayuda de Mary Quince. Se me ocurrió, sin embargo, que acaso no estuviera cerrada, y en efecto, tiré de la puerta y ésta se abrió fácilmente. No me encontré en el interior de una serie de aposentos extrañamente amueblados, sino en la entrada de una galería que convergía en ángulos rectos de aquella por la que acababa de pasar; su iluminación era muy imperfecta, y al fondo terminaba en total oscuridad.

Comencé a pensar en lo lejos que había llegado ya, y a considerar si, en caso de que me entrara el pánico, sería capaz de volver sobre mis pasos con exactitud; pensé, además, seriamente en regresar.

La idea del señor Charke se empezó a hacer desagradablemente obsesiva y amenazadora; y mientras contemplaba el largo espacio que se abría ante mí, perdiéndose entre ambiguas sombras arrulladas por un siniestro silencio, diríase que invitándome a entrar en algo así como una trampa, estuve en un tris de ceder a mi cobarde impulso.

Pero cobré ánimos y, decidida a ver un poco más, abrí la puerta lateral y entré en una amplia estancia donde, en un rincón, había algunas jaulas de pájaros, herrumbrosas y cubiertas de telarañas, y nada más. Era una habitación recubierta de frisos de madera con blancas manchas de moho. Miré por la ventana: dominaba aquel lóbrego cuadrilátero, ahogado por hierbajos, que en otra ocasión había contemplado desde otra ventana. Abrí una puerta al fondo del aposento y entré en otro cuarto, no tan grande pero igual de lóbrego, con el mismo aspecto de prisión, no muy fácilmente vislumbrable bajo la luz que se filtraba por los mugrientos cristales de la ventana y el aguanieve que caía intensamente fuera. La puerta por la que había entrado dio, accidentalmente, un pequeño crujido, y, con el corazón en la garganta, clavé mis ojos en ella, esperando ver a Charke o el esqueleto del que con tanta ligereza había hablado avanzar con desconyuntados pasos por la rendija que dejaba la entreabierta hoja. Poseía yo, sin embargo, una rara especie de coraje, el cual estaba siempre en lucha contra mis acobardados nervios, de modo que me adelanté hasta la puerta y, lanzando una mirada de arriba abajo por el lúgubre pasillo, me tranquilicé.

Bien..., una habitación más, precisamente aquella que, al fondo de la estancia, me miraba con ceño melancólico desde el profundo marco de su puerta. Me deslicé silenciosamente hasta ella, la abrí empujándola, di un paso hacia delante y... encontré ante mí la grandona y huesuda figura de madame de la Rougierre.

No pude ver nada más.

El amodorrado viajero que abre las sábanas de su lecho para acostarse a descansar y ve un escorpión acurrucado entre ellas, puede que se haya llevado un sobresalto de la misma naturaleza que el mío, pero en un grado de intensidad inconmensurablemente menor.

Estaba sentada en un tosco y vetusto sillón, envuelta en un viejo chal, con los desnudos pies metidos en una tina. Parecía una brizna más marchita. Su peluca, echada hacia atrás, dejaba al descubierto su frente calva y arrugada, lo que realzaba la fealdad de sus exageradas facciones y las demacradas cavidades de su rostro. Helada, me quedé mirando, con una sensación de incredulidad y terror, aquel maligno fantasma, el cual, por espacio de unos segundos, me devolvió la mirada con el contraído, lúgubre y torvo ceño de un mal espíritu en el momento de ser descubierto.

El encuentro, al menos en aquel entonces y en aquel lugar, fue una completa sorpresa tanto para ella como para mí. Ella no podía imaginar cómo lo tomaría yo, pero pronto se rehizo, prorrumpió en una risa estridente y estentórea y, con su sempiterna alegría walpurgiana, se puso a dar unos fantásticos pasos de danza con sus pies descalzos y mojados, chorreando agua sobre el suelo mientras, sujetándola entre el índice y el pulgar, de forma afectadamente caricaturesca, abría su desastrada falda al tiempo que canturreaba, con énfasis e hilaridad abominables, alguna de sus cancionzuchas en *patois*.

Yo también, lanzando una boqueada, me recuperé de la fascinación de la sorpresa. Estuve, no obstante, varios segundos sin poder hablar, y madame fue la primera en hacerlo.

—¡Ah, mi querida Maud, qué sorpresa! ¡Las dos estamos contentísimas y hemos perdido el habla! ¿Verdad? Me alegro muchísimo... estoy encantada... *ravie*... de verte. Y a ti te pasa lo mismo, no hay más que mirarte a la cara para verlo. ¡Ah, sí, mi pequeña monita...! ¡Aquí está otra vez la pobre madame! ¿Quién lo hubiera imaginado?

—Creí que estaba usted en Francia, madame —dije con un lúgubre esfuerzo.

—Y así era, querida Maud; acabo de llegar. Tu tío Silas escribió a la superiora pidiéndole una institutriz para acompañar a una joven..., es decir, a ti..., en un viaje, y ella me ha enviado a mí; y por eso, *ma chère*, está aquí la pobre madame, para hacerse cargo de ese asunto.

—¿Cuándo salimos para Francia, madame? —pregunté.

—No lo sé, pero esa anciana... ¿cómo se llama?

—Wyat —sugerí.

—¡Oh, *oui*, Wyatt!... dice que dentro de dos o tres semanas. ¿Y quién te ha traído

hasta el apartamento de la pobre madame, mi querida Maud? —preguntó en tono insinuante.

—Nadie —contesté inmediatamente—; he llegado hasta aquí por pura casualidad, y no puedo imaginar por qué habría usted de esconderse.

Algo parecido a la indignación se encendió en mi mente cuando empecé a reflexionar, con asombro, sobre la astuta estrategia que había sido practicada conmigo.

—Yo no me he escondido, *mademoiselle* —replicó la institutriz—. He obrado exactamente como me han ordenado. Wyat dice que tu tío, el señor Silas Ruthyn, teme verse interrumpido por sus acreedores y que hay que hacerlo todo con mucho sigilo. Me han ordenado que evite me *faire voir*; ¿sabes?, y debo obedecer a mi patrón... *voilà tout!*

—Y ¿cuánto tiempo lleva usted residiendo aquí? —persistí, con la misma vena de resentimiento.

—Aproximadamente una semana. ¡Es un sitio tan triste! ¡Pero qué contenta estoy de verte, Maud! ¡He estado tan aislada! ¿Sabes, tontita mía querida?

—Usted no está contenta, madame; usted a mí no me quiere... nunca me quiso —exclamé con súbita vehemencia.

—Sí, estoy muy contenta; no sabes tú, *chère petite niaise*, las muchas ganas que tenía de educarte un poquito más. Entendámonos mutuamente. Piensas que no te quiero, *mademoiselle*, porque le contaste a tu pobre papá aquel pequeño *dérèglement* en su biblioteca. Muy a menudo me he arrepentido de aquella grandísima indiscreción de mi vida. Pensaba encontrar algunas cartas del doctor Bryerly. Creo que aquel hombre estaba tratando de hacerse con tus propiedades, mi querida Maud, y si hubiera encontrado algo te lo habría dicho todo sobre el particular. Pero fue una gran *sottise*, y tú estuviste muy bien en denunciarme a monsieur. *Je n'aipoint de rancune contre vous*. No, no, ninguna en absoluto. Al contrario, seré tu *gardienne tutelaire*... ¿cómo dicen ustedes?... ¡ángel de la guarda!... ¡Ah, sí, eso es! Piensas que hablo *par dérision*; nada de eso, no, mi querida niña, no hablo *par moquerie*, o al menos en el grado más mínimo que pueda haber en el mundo.

Y, dichas estas palabras, madame se rió desagradablemente, mostrando las negras cavernas de las comisuras de su boca, con una fría y firme malignidad en su mirada.

—Sí —dije—, sé lo que quiere usted decir, madame..., usted me odia.

—¡Oh, pero qué palabra tan gorda y tan fea! ¡Me escandalizas! *Vous me faites honte*. La pobre madame jamás ha odiado a nadie; ama a todas sus amistades, y a sus enemigos los deja en manos del cielo; mientras que yo, como ves, estoy más alegre, más *joyeuse* que nunca, ellos no han encontrado la felicidad... no, esos otros no han sido afortunados. Siempre que vuelvo me encuentro con que algunos de mis enemigos han muerto, y otros se han metido en apuros, o les ha ocurrido alguna desgracia —dijo madame, encogiéndose de hombros y echándose a reír con una risa ligeramente despreciativa.

Una especie de horror heló la furia que me estaba invadiendo, y permanecí en silencio.

—Mira, mi querida Maud, es muy natural que pienses que te odio. Cuando estaba en Knowl con el señor Austin Ruthyn, sabes muy bien que siempre te resulté antipática... siempre. Pero como consecuencia de nuestra intimidad, voy a confiarte lo que yo más quiero en el mundo: mi reputación. Siempre ha sido así. La alumna puede calumniar a la institutriz, sin ser descubierta. ¿Es que no he sido siempre buena contigo, Maud? ¿Qué he empleado más, la violencia o la dulzura? Al igual que otras personas, estoy *jalousé de ma réputation*: y ha resultado difícil el sufrir con paciencia el destierro invocado por ti, porque principalmente fue por tu bien, y por una indiscreción a la que fui incitada por los motivos más puros y laudables. ¡Fuiste tú quien espió muy astutamente, eh!

»Y quien me denunció a *monsieur* Ruthyn... ¡Qué mundo de maldad, ay de mí!

—No es mi intención hablar de aquel suceso, madame; no pienso discutir sobre el particular. Me figuro que lo que me ha dicho sobre las causas de su compromiso en esta casa será cierto, y supongo que tendremos que viajar, como usted dice, en compañía; pero ha de saber que cuanto menos nos veamos mientras permanezca en esta casa, tanto mejor.

—No estoy yo tan segura de eso, mi dulce y pequeña *bête*; tu educación ha sido descuidada, o más bien abandonada por completo desde que llegaste a este lugar, según me han dicho. No debes ser una *bestiole*. Tenemos que hacer, tú y yo, lo que nos han ordenado. El señor Silas Ruthyn nos lo dirá.

Durante todo este tiempo, madame estuvo ocupada en estirarse las medias, calzarse las botas y otras manipulaciones de su desaliñada *toilette*. Ignoro por qué me quedé allí hablando con ella. A menudo actuamos de modo muy diferente a como lo haríamos si reflexionásemos. Me había visto envuelta en el diálogo de la misma manera que algunos generales, más sabios que yo, se han visto enredados en una acción general cuando sus intenciones se limitaban a una escaramuza de avanzadillas. Me había enfadado un poco y, pese a que no dejaba traslucir el menor síntoma de miedo, sin embargo lo sentía, y profundamente.

—Mi bienamado padre pensó que no era usted una compañía adecuada para mí, y por ello la despidió, dándole una hora para marcharse, y estoy segurísima de que mi tío pensará lo mismo que él; usted no es una compañía adecuada para mí, y si mi tío hubiera sabido lo que pasó, jamás le habría admitido a usted en esta casa... ¡jamás!

—¡Señor! *Quelle disgrâce!* Así que realmente piensas de ese modo, mi querida Maud —exclamó madame, ajustándose la peluca delante del espejo, en una de cuyas esquinas podía ver su ladino y sonriente rostro mientras ella se lanzaba miraditas en él.

—En efecto. Y usted también, madame —repliqué, sintiéndome cada vez más asustada.

—Puede ser..., ya lo veremos; pero no todo el mundo es tan cruel como tú, *ma*

chère petite calomniatrice.

—Va usted a abstenerse de llamarme esas cosas —dije, trémula de enojo.

—¿Qué cosas, queridísima niña?

—*Calomniatrice...*, eso es un insulto.

—¡Pero bueno, mi pequeña Maud, tontita mía! Podemos decir «bribón», y mil otras palabritas, y lo hacemos jugando, no en serio.

—Usted no está jugando..., usted nunca juega..., está enfadada, y me odia —exclamé con vehemencia.

—¡Quita allá! ¡Pero qué pena! No te das cuenta, queridísima niña, de la mucha educación que todavía te falta. Eres orgullosa, pequeña *demoiselle*, y, por el contrario, debes volverte muy humilde. *Je ferai baiser le babouin a vous...* ¡Ja, ja, ja! Te haré besar el mono. Eres demasiado orgullosa, mi querida niña.

—No soy tan tonta como lo era en Knowl —dije—. Aquí no me va usted a aterrorizar. Le contaré a mi tío toda la verdad —dije.

—Bien, puede que eso sea lo mejor —replicó con una irritante serenidad.

—¿Cree que no lo digo de veras?

—Pues claro que sí lo dices de veras —respondió.

—Y ya veremos lo que mi tío piensa sobre el particular.

—Ya lo veremos, querida mía —replicó, con un gesto de fingida contrición.

—*Adieu, madame!*

—¿Vas a ver a *monsieur* Ruthyn?... ¡Muy bien!

No le contesté, pero salí de la habitación haciéndole notar —más de lo que habría querido— la zozobra que me embargaba. Corrí a lo largo del penumbroso pasillo y desemboqué en la larga galería que partía de él en ángulo recto. Apenas si había dado media docena de pasos en mi camino de regreso, cuando a mis espaldas oí unos pesados pasos y un susurro de tela.

—Ya estoy lista, querida, y te acompaño —dijo aquel fantasma de sonrisa bobalicona, apretando el paso detrás de mí.

—Muy bien —fue mi respuesta.

Y caminando por los vericuetos, tras algún que otro titubeo y equivocación, llegamos a las escaleras, descendimos por ellas y, al cabo de un minuto, nos encontrábamos ante la puerta de mi tío.

Cuando entramos, mi tío nos miró a ambas con dureza y de un modo extraño. Daba, de hecho, la impresión de que sus ánimos se hallaban violentamente excitados. Sus ojos echaban fuego y, durante unos segundos, se puso a mascullar. Finalmente obsequió a madame con una fija mirada de disgusto y preguntó malhumorado:

—Les ruego me digan por qué se me molesta.

—La señorita Maud Ruthyn se lo explicará —replicó madame, haciendo una gran reverencia, como una barca que se desliza pendiente abajo de una ola.

—¿Quieres explicarte, querida? —preguntó, en su tono más gélido y sarcástico.

Me dominaba el desasosiego, y estoy segura de que mi relato fue confuso. Pero

no obstante logré decir lo que quería.

—Y bien, madame..., ¡he aquí una grave acusación! ¿La admite? Le ruego que me lo diga.

Madame, con la más serena desfachatez que quepa imaginar, lo negó todo; con las más solemnes aseveraciones y con los ojos anegados en lágrimas y las manos entrelazadas, me rogó melodramáticamente que retirara aquel intolerable cuento y le hiciera justicia. Por un momento me la quedé mirando atónita y, volviéndome de pronto hacia mi tío, me reafirmé con idéntica vehemencia en la verdad de lo que le había relatado, hasta la última sílaba.

—Ya oyes, hija, ya oyes cómo lo niega todo. ¿Qué debo pensar? Has de excusar las perplejidades de mi viejo cerebro. Madame de la..., esta señora ha llegado con excelentes recomendaciones de la superiora del centro donde nuestra querida Milly te aguarda, y esa clase de personas son exigentes. Tengo la impresión, querida sobrina mía, de que has debido de cometer un error.

Protesté contra esto, pero él prosiguió sin, al parecer, haber oído el paréntesis.

—Sé, mi querida Maud, que eres incapaz de engañar a nadie adrede, pero, al igual que otras jóvenes, eres susceptible de ser engañada. No cabe duda de que cuando presenciaste el suceso que has descrito estabas muy nerviosa y apenas despierta; y madame de la..., de la...

—De la Rougierre —dije.

—Sí, gracias..., madame de la Rougierre, que ha llegado con excelentes informes, lo niega todo enérgicamente. He aquí un conflicto, querida..., a mi modo de ver, una presunción de error. Confieso que me inclinaría por esta teoría, antes que por una perentoria asunción de culpabilidad.

Me sentí incrédula y atónita; parecía como si un sueño estuviera siendo representado ante mí. Una operación de suma gravedad, que yo había presenciado con mis propios ojos y descrito con intachable minuciosidad y coherencia, es desacreditada por ese anciano extraño y suspicaz con una imbécil serenidad. En vano me reiteré en mi relato, respaldándolo con las más serias aseveraciones. Era gastar pólvora en salvas. El asunto no parecía entrar en su mente. Lo recibió todo con una sonrisilla bobalicona de ligera incredulidad.

Me dio palmaditas y me pasó la mano por la cabeza..., se rió mansamente y meneó la cabeza mientras yo insistía; y madame hacía protestas de pureza entre torrentes de ya tranquilas e inocentes lágrimas mientras musitaba benignas y melancólicas plegarias por mi ilustración y reforma. Sentí como si hubiera perdido el juicio.

—Bueno, querida Maud, ya hemos oído bastante; se trata, así lo creo, de una ilusión. Madame de la Rougierre te hará compañía, a lo sumo, durante tres o cuatro semanas. Procura ejercitar un poco tu autodomínio y tu buen sentido... de sobra sabes lo atormentado que estoy. Te ruego que no aumentes mis perplejidades. Si quieres, de ello no me cabe duda, puedes estar muy a gusto con madame.

—Propongo a *mademoiselle* —dijo madame, enjugándose las lágrimas con una dulce alacridad— que se beneficie de mi visita en lo que se refiere a su educación. Pero no parece desear algo que yo considero tan útil.

—Me ha amenazado con ese horrendo vulgarismo francés... de *faire baiser le babouin a moi*^[55], sea cual sea su significado; y me consta que me odia —repliqué impetuosamente.

—*Doucement... doucement!* —dijo mi tío, con una sonrisa a un tiempo divertida y compasiva—. *Doucement, ma chère!*

Con sus grandes manos y sus aviesos ojos alzados, madame volvió a hacer protestas lacrimosas —pues sus lágrimas se presentaban al más breve aviso— de su absoluta inocencia. En su vida había oído una frase tan fea.

—Ya ves, querida mía, que has oído mal; la gente joven nunca presta atención. Harás bien en aprovechar la breve estancia de madame para refrescar un poco tu francés; cuanto más estés con ella, mejor.

—¿Debo entender entonces, señor Ruthyn, que desea usted que reanude mis lecciones? —preguntó madame.

—Así es; y que converse lo más que pueda en francés con *mademoiselle* Maud. Te alegrarás, querida, de que haya insistido en ello —dijo, volviéndose hacia mí— cuando llegues a Francia, donde no encontrarás a nadie que hable otra cosa. Y ahora, querida Maud... no, ni una palabra más..., has de dejarme. Adiós, madame.

Y nos despidió a ambas con un gesto algo impaciente de la mano. Y yo, sin una sola mirada hacia madame de la Rougierre, atónita y enardecida, entré en mi habitación y cerré la puerta.

CAPÍTULO LV

EL PIE DE HÉRCULES

ESTABA en la ventana —todavía el mismo cielo plomizo y aguanieve que, como una lluvia de plumas, caía ante mis ojos— tratando de evaluar la magnitud del descubrimiento que acababa de hacer. Poco a poco se apoderó de mí una especie de desesperación, y, en un arrebato, me arrojé sobre la cama y me eché a llorar ruidosamente.

Al instante la buena de Mary Quince estuvo, por supuesto, a mi lado, con el semblante pálido y preocupado.

—¡Oh, Mary, Mary, ha vuelto... esa horrible mujer, madame de la Rougierre! Ha venido para ser de nuevo mi institutriz; y el tío Silas no quiere oír ni creer nada sobre ella. De nada sirve que le hable, pues está predispuesto a su favor. ¿Ha existido alguna vez una criatura más desdichada que yo? ¿Quién habrá podido imaginarse o temerse una cosa así? ¡Oh, Mary, Mary! ¿Qué voy a hacer? ¿Qué va a ser de mí? ¿Podré quitarme de encima alguna vez a esa vengativa y terrible mujer?

Mary dijo todo cuanto pudo para consolarme. Le estaba dando demasiada importancia. ¿Qué era, después de todo, sino una institutriz?... No podía hacerme daño. Ya no era una niña..., ahora ya no podía intimidarme; y mi tío, aunque de momento estuviera engañado, no tardaría mucho en descubrir quién era ella.

Estas y otras cosas me declamó la bondadosa Mary Quince, y al final consiguió impresionarme un poco y empecé a pensar que acaso estuviera dando excesiva importancia a la visita de madame. Pero no obstante, la imaginación —ese instrumento y espejo de la profecía— aún me mostraba sobre su superficie la formidable imagen de aquella mujer, con un trasfondo de agitadas sombras.

Transcurridos unos minutos sonaron a mi puerta unos golpecitos con los nudillos, y la mismísima madame hizo su entrada en la habitación. Iba vestida con traje de calle. El tiempo se había despejado un poco y me propuso dar un paseo juntas.

Al ver a Mary Quince estalló un arrebato de saluciones y palabras lisonjeras, y, tomando lo que el señor Richardson^[56] habría denominado su «mano pasiva», la estrechó con prodigiosa ternura.

La buena de Mary toleró todo esto más bien a regañadientes, sin sonreír ni una sola vez, sino, por el contrario, mirando hacia sus pies de modo harto apesadumbrado.

—¿Querrá hacer un té? Cuando vuelva, querida Mary Quince, tengo tantas cosas

que contarles a usted y a mi querida señorita Maud acerca de mis aventuras mientras estuve fuera..., cosas que les harán reír mucho. He estado..., ¿qué se imaginan?... a punto de... ¡casarme!

Y al decir esto prorrumpió en una risotada estridente y sacudió, jocosa, a Mary Quince por los hombros.

Decliné, malhumorada, el salir o el levantarme, y, cuando ella se hubo marchado, le dije a Mary que mientras ella estuviera en la casa me confinaría en mi cuarto.

Pero la juventud no siempre observa por mucho tiempo las renunciaciones que ella misma se impone. Madame de la Rougierre se esforzaba por resultar agradable; tenía un sinfín de historias —más de la mitad, sin duda, pura patraña— que contar, pero todas, en aquel triste lugar, divertidas. Mary Quince comenzó a abrigar mejor opinión de ella. Ayudaba, de hecho, a hacer las camas, procuraba ser útil fuere en lo que fuere y parecía haber vuelto una nueva hoja; y así, gradualmente, logró, primero, que la escuchara, y, por último, que le hablara.

En conjunto, estar en estos términos era mejor que estar enzarzadas en una perpetua escaramuza, pero, no obstante todas sus hablillas y su bonhomía, continué sintiendo hacia ella una profunda desconfianza, e incluso terror.

Parecía sentir curiosidad por la familia de Bartram-Haugh y su modo de ser, y me escuchaba con aire sombrío mientras yo hablaba. Le conté de pe a pa la historia de Dudley, y, siempre que salía alguna historia sobre el *Seamew*, ella, para mi disfrute, solía leerme la gacetilla y seguía, lápiz en mano, la ruta del barco sobre el pequeño y raído atlas de la pobre Milly, anotando, de punto a punto, la fecha en la que el navio había sido «visto» en el mar. Parecía divertida ante la irreprimible satisfacción con la que yo recibía estas notas sobre su avance, y solía calcular la distancia; en tal día Dudley se hallaba a doscientas sesenta millas, en tal otro a quinientas; el último punto estaba a más de ochocientas..., mejor... lo mejor de todo sería cuando estuviera en esas «deliciosas antípodas, donde pronto se pasearía cabeza abajo a doce mil millas de distancia», ocurrencia ante la que estallaba en risotadas.

Por mucho que se riera, sin embargo, para mí existía un consuelo sustancial en la idea del infinito trecho de azules olas que se interponía entre mí y el canalla de mi primo.

Mi relación con madame se había hecho muy extraña. No había recaído en su vena predilecta de sarcasmos oraculares y amenazas, sino que, por el contrario, adoptaba un talante de buen humor y jovialidad. Pero no iba a dejarme engañar por tal cosa. El miedo que me inspiraba lo tenía tan profundamente implantado en el corazón, que su desagradable buen humor y alegría jamás, ni por un solo instante, lo conmovieron. De ahí el que me sintiera contentísima cuando se marchó a Todcaster por ferrocarril, a fin de hacer algunas compras para el viaje que, día a día, esperábamos que comenzara; y, felices ante aquella oportunidad de salir a caminar, la buena de Mary Quince y yo nos fuimos a dar un paseo.

Dado que me apetecía hacer algunas compras en Feltram, me puse en marcha,

acompañada por Mary Quince. Al llegar a la gran verja, la encontramos cerrada. La llave, sin embargo, estaba en la cerradura, y, como para darle la vuelta se requería algo más que la fuerza de mi mano, Mary lo intentó. Al mismo tiempo el viejo Crowle salió de su sombrío habitáculo contiguo, tragándose apresuradamente una bocanada de su almuerzo. A nadie, creo, le gustaba la cara alargada y suspicaz de aquel viejo, rara vez afeitada o lavada, y surcada por grandes y sucias arrugas perpendiculares. Lanzando hacia Mary una feroz mirada de soslayo, y haciendo como si a mí no me viera, se restregó la boca precipitadamente con el dorso de la mano y gruñó:

—Déjelo estar.

—Haga el favor de abrir, señor Crowle —dijo Mary, renunciando a la tarea.

Crowle volvió a limpiarse la boca como antes, con aire nada propicio; arrastrando los pies hasta el lugar, y mascullando para sus adentros, primero se cercioró de que la cerradura no había sido abierta, a continuación se metió la llave en el bolsillo de su chaqueta y, por último, todavía mascullando, volvió sobre sus pasos.

—Queremos abrir la puerta, por favor —dijo Mary.

No hubo respuesta.

—La señorita Maud quiere ir al pueblo —insistió.

—Queremos muchas cosas que no podemos tener —gruñó él, dando unos pasos para introducirse en su habitáculo.

—Haga el favor de abrir la verja —dije, avanzando.

Se dio a medias la vuelta en el umbral e hizo un mudo gesto de tocarse el sombrero con la mano, pese a que no llevaba ninguno.

—No puedo, señorita; sin una orden del amo, de aquí no sale nadie.

—¿Que no va a dejarnos a mí y a mi doncella pasar por la verja? —dije.

—No es cosa mía, señorita —dijo él—, es que no puedo incumplir las órdenes, y de aquí no sale nadie si el amo no le deja.

Y, sin aguardar más decires, entró y cerró tras de sí la portezuela.

Henos aquí a Mary y a mí mirándonos estúpidamente la una a la otra. Este era el primer impedimento que había experimentado desde que a Milly y a mí se nos negara el paso a través del portillo del Molino de Viento. Sin embargo, me sentía segura de que la ordenanza sobre la que Crowle insistía no estaba pensada para aplicárseme a mí. Unas palabras al tío Silas lo arreglarían todo, y, mientras tanto, propuse a Mary que encaminásemos nuestros pasos —mi paseo predilecto— hacia el Bosque del Molino de Viento.

Al pasar junto a la alquería de Dickon dirigí la mirada hacia allí, pensando que acaso estuviera la «Guapa». Y, en efecto, vi a la muchacha, la cual, a todas luces, nos estaba mirando con ojos atentos. Estaba de pie en la entrada de la choza, retirada al amparo de la sombra y, según di en imaginar, deseosa de no ser vista. Cuando hubimos dejado a nuestras espaldas un trecho de camino, vi confirmada mi suposición al ver a Meg bajar corriendo por el sendero que partía de la parte trasera

del corral, en dirección contraria a la que nosotras nos movíamos. «¡Así que la pobre Meg se aparta de mí!», pensé. Mary Quince y yo seguimos paseando a través del bosque hasta llegar al mismísimo molino, y, viendo que su puerta baja y arqueada estaba abierta, penetramos en el *chiaroscuro* de su basamento circular. Al hacerlo, oí un susurro y un crujido de una tabla, y, levantando la vista, vislumbré un pie —nada más— en el instante en que desaparecía por la trampilla.

En el caso de alguien a quien amamos o tememos intensamente, ¿qué hazañas de anatomía comparativa no llevará a cabo el cerebro inconscientemente, construyendo el animal viviente entero a partir de la curva de un codo, el rizo de una patilla o el segmento de una mano? ¡Qué instantáneo e infalible es el instinto!

—¡Oh, Mary, lo que he visto! —cuchicheé, recobrándome de la fascinación que mantenía fijos mis ojos en los peldaños más altos de la escalera de mano, los cuales desaparecían en la oscuridad por encima de la puerta abierta del sobrado.

—Vamos, Mary..., marchémonos.

En ese mismo instante surgió en la penumbra de la abertura la cara cetrina y hosca de Dickon. Al no tener más que una pierna útil, su descenso era lento y torpe, y, cuando la cabeza le llegó al nivel del sobrado, se detuvo para saludarme tocándose el sombrero con la mano y para cerrar la trampilla con la aldaba.

Hecho esto, el hombre volvió a tocarse el sombrero y, por espacio de uno o dos segundos, se me quedó mirando con ojos fijos y escrutadores, mientras se metía la llave en el bolsillo.

—Esa gente guarda aquí demasiado tiempo la harina, señorita. Cuidarla da muchos quebraderos de cabeza. Hablaré con Silas a ver si esto se arregla.

Cuando terminó de decir esto había llegado ya al suelo de baldosas desgastadas, y, tocándose una vez más el sombrero, dijo:

—Voy a cerrar la puerta, señorita.

Sobresaltada, y en un nuevo cuchicheo, dije a Mary:

—Vámonos, Mary..., vámonos.

Y con mi brazo fuertemente agarrado al suyo, salimos rápidamente.

—Siento que me flaquean las fuerzas, Mary —dije—. ¿Nos sigue alguien?

—No, señorita, cariño. El hombre de la pata de palo está poniendo un candado en la puerta.

—Corramos —dije; y cuando hubimos llegado un poco más allá—: Mira otra vez, a ver si alguien nos sigue.

—Nadie, señorita —contestó Mary, a todas luces sorprendida—. Se está metiendo la llave en el bolsillo, y está allí mirándonos.

—¡Oh, Mary! ¿No lo viste?

—¿El qué, señorita? —preguntó Mary, casi deteniéndose.

—Sigue andando, Mary, no te pares. Nos estarán observando —susurré, impulsándola a que avanzase más deprisa.

—¿Qué es lo que ha visto, señorita? —repitió Mary.

—¡Al señor Dudley! —musité, con aterrorizado énfasis, sin volver la cabeza mientras hablaba.

—¡Dios Santo, señorita! —protestó la honrada Quince, con una prolongada entonación de asombro e incredulidad que, evidentemente, entrañaba la sospecha de que yo estaba soñando.

—Sí, Mary, al entrar en aquel horrendo cuarto..., ese sitio oscuro y circular..., vi su pie en la escalera. ¡Su pie, Mary! No puedo equivocarme. No quiero que me hagas preguntas. Ya averiguarás que tengo razón. Dudley está aquí. Jamás se fue en aquel barco. Se ha cometido un fraude conmigo... es una infamia..., es terrible. Me muero de miedo. ¡Por lo que más quieras, vuélvete a mirar otra vez y dime qué ves!

—Nada, señorita —respondió Mary, contagiándose de mis susurros—, como no sea al tipo ese de la pata de palo, que no se aparta de la puerta.

—¿Y no hay nadie con él?

—Nadie, señorita.

Sin ser perseguidas, atravesamos el portillo de la cerca. Tan pronto como hubimos llegado a la espesura próxima a la cañada de los castaños, respiré y comencé a pensar que fuere quien fuere el dueño de aquel pie —y yo seguía con la instintiva certidumbre de que no era otro que Dudley—, no cabía duda de que su objetivo era ocultarse, y, por tanto, una eventual persecución por su parte no tenía por qué intranquilizarme.

Mientras caminábamos lentamente a lo largo del sendero cubierto de hierba, oí una voz que pronunciaba mi nombre a mis espaldas. Mary Quince no la había oído, pero yo estaba segura de ello.

La llamada se repitió dos o tres veces, y, mirando —presa de considerable recelo y nerviosismo— bajo las colgantes ramas, vi a la «Guapa», en pie sobre los matorrales, a menos de diez metros.

Recuerdo la blancura de los ojos y los dientes de la morena muchacha mientras, con su mano levantada a la altura de la oreja, nos miraba en tanto que, a lo que parecía, aguzaba el oído a la escucha de más distantes sonidos.

La «Guapa» me hizo ansiosas señales con la mano, avanzando, con una expresión de mucho miedo e inquietud, dos o tres pasos hacia mí.

—Esa que no venga —dijo la «Guapa», sin resuello, tan pronto como hube llegado casi hasta ella, señalando con la mano levantada hacia Mary Quince.

—Dígale que se siente en ese muñón de fresno que hay allí, y que la llame tan fuerte como pueda si ve acercarse a alguien por este camino, y usted me avisa a mí —dijo, haciéndome una impaciente seña con la mano para que me fuera a dar el recado.

Cuando regresé, tras impartir mis órdenes, me di cuenta de lo pálida que estaba la muchacha.

—¿Te encuentras mal, Meg? —pregunté.

—No se preocupe por eso. Estoy bastante bien. Escuche, señorita, tengo que decírselo todo en un santiamén, y si ella avisa, corra usted a su lado y a mí déjeme

sola, pues si mi padre o el otro me cogieran, creo que me matarían, o casi. ¡Ssss!

Se detuvo un momento, mirando recelosamente en dirección a donde suponía que estaba Mary, a continuación prosiguió, en un cuchicheo:

—Mire, muchacha, esto que le voy a decir se lo tiene que guardar para usted misma y, por lo que más quiera, no se lo dirá a nadie, ¿se da cuenta? ¡Ni una palabra de lo que le voy a decir!

—No diré ni una palabra. Sigue.

—¿Ha visto a Dudley?

—Creo que he visto su pie subiendo por la escalera.

—¿En el molino? ¡Ajá! Es él. Nunca llegó más allá de Todcaster, y luego se quedó en Feltram.

Ahora me tocó a mí empalidecer. La peor de mis conjeturas había quedado confirmada.

CAPÍTULO LVI

CONSPIRO

—Es muy malo, ¡ya lo creo que lo es..., señorita Maud! Nada bueno es lo que les hace, a él y a mi padre..., recuerde, muchacha, que me ha prometido no decirle nada a nadie... lo que les hace estar a los dos de palique, y fumando juntos a escondidas, allá en el molino.

»Y mi padre no sabe que le he descubierto. No me dejan ir al pueblo, pero Brice me lo ha dicho, y él sabe que es Dudley; y lo que se traen no es nada bueno, sino malísimo. Y para mí, señorita, que todo es a cuenta de usted. ¿Está muy asustada, señorita Maud?

Me sentía a punto de desmayarme, pero me rehice.

—No mucho, Meg. Sigue, por lo que más quieras. ¿Sabe el tío Silas que está aquí?

—Verá, señorita, los dos estuvieron con él, según me ha dicho Brice, desde las once hasta cerca de la una el martes por la noche, y entran y salen como ladrones, de miedo de que les vea usted.

—¿Y cómo es que Brice sabe de algo malo? —pregunté, con una extraña sensación heladora que me subía desde los talones hasta la cabeza y me volvía a bajar... Estoy segura de que mi semblante tenía una palidez de muerte, pero me las arreglaba para hablar con mucho aplomo.

—Brice dice, señorita, que vio a Dudley llorando y con la mirada muy negra, y va y le dice a mi padre: «Eso no es lo mío, y no puedo». Y mi padre va y le dice: «A nadie le gusta una cosa así, pero ¿qué remedio te queda? El viejo anda detrás tuyo con la horca, y no te puedes quedar».

Y entonces se percató de que estaba allí Brice y va y le dice: «¿Qué haces tú aquí? Vete con las caballerías al herrero, haz lo que te digo». Y Dudley va y se levanta y se cala el sombrero por las cejas y dice: «Ojalá estuviera en el *Seamew*. Ya no puedo hacer nada, con esto que me ha caído encima». Y esto es todo lo que oyó Brice. Y les tiene mucho miedo, a mi padre y a Dudley. Dudley podría hacerle pedazos, si se enfadara con él, y además a él y a mi padre no les importaría llevarlo a los jueces por cazar furtivamente, y mandarle a la cárcel.

—Pero ¿por qué piensa que la cosa me atañe a mí?

—¡Ssss! —dijo Meg, imaginándose que oía un ruido. Pero todo estaba en silencio—. No lo sé... estamos en peligro, muchacha. No sé por qué..., pero él sí lo sabe, y

yo también, y usted también, vaya si lo sabe.

—Me marcharé de Bartram, Meg.

—No puede.

—¿Qué quieres decir?

—No le dejarán salir. Todas las verjas están cerradas. Tienen perros..., tienen sabuesos, dice Brice. No puede usted salir, fíjese lo que le digo, quítese eso de la cabeza. Pero le voy a decir lo que va a hacer. Escriba una notita a la señora esa de Elverston, y aunque Brice es un bruto y a veces no se porta muy bien que digamos, yo le gusto y haré que la lleve. Mañana mi padre estará moliendo en el molino. Venga aquí a la una..., siempre que vea dar vueltas a las aspas del molino..., y yo y Brice nos encontraremos con usted aquí. Traiga a esa mujer con usted. Hay una vieja francesa, por cierto, que habla con Dudley. Mire usted que nadie se entere de esto. Brice conmigo es simpático, aunque con los demás sea como sea. Y creo que no se chivará. Y ahora tengo que irme, muchacha. Que Dios la ayude, y la bendiga, y por todo el oro del mundo..., ¡no deje que nadie se dé cuenta de lo que pasa por su cabeza, ni siquiera ésa!

Antes de que pudiera yo decir una palabra más, la muchacha se había marchado sigilosamente, haciéndome un vehemente gesto de que guardara silencio, al tiempo que sacudía la cabeza negativamente.

Me resulta de todo punto imposible explicarme el estado en que me hallaba. Hay en la naturaleza humana recursos, tanto de energía como de aguante, cuya existencia jamás sospechamos hasta que la tremenda voz de la necesidad no los invoca y hace entrar en juego. Petrificada por un horror totalmente nuevo, pero con algo de la frialdad e impasibilidad de la transformación, me mantenía en pie, hablaba y actuaba..., lo cual me dejaba maravillada, aterrorizada casi.

A mi regreso me encontré con madame, como si nada hubiera sucedido. Escuché su feo parloteo y contemplé los frutos de su hora de compras, como podría haber escuchado, contemplado, hablado y sonreído en sueños.

Pero la noche fue espantosa. Cuando Mary y yo nos quedamos a solas, cerré la puerta y continué paseando de arriba abajo por la habitación con las manos entrelazadas, mirando al inexorable suelo, a las paredes, al techo, con una especie de implorante desesperación. Tenía miedo de contárselo a mi querida y vieja Mary. La menor indiscreción supondría el fracaso, y el fracaso la destrucción.

Contesté a sus perplejas solicitudes diciéndole que no me encontraba muy bien..., que estaba intranquila; pero no dejé de obtener de ella la promesa de que no insinuaría a mortal alguno ni mis sospechas en relación con Dudley ni nuestro encuentro con Meg Hawkes.

Recuerdo cómo, tras habernos metido en la cama, ya a altas horas de la noche, yo me incorporé en la mía, tiritando de horror, mientras la tranquila respiración de la honrada Mary daba testimonio de lo profundamente que dormía. Me levanté y me puse a mirar por la ventana, a la espera de ver merodear por el patio a alguno de

aquellos lobunos perros que habían traído al lugar. A veces me ponía a rezar, lo cual me tranquilizaba y me hacía imaginar que acaso fuera a tener un breve intervalo de sueño. Pero la serenidad era engañosa, y mis nervios estaban todo el tiempo históricamente tensos. En ocasiones me sentía absolutamente desquiciada y en un tris de ponerme a dar alaridos. Pero finalmente aquella horrenda noche quedó atrás. Llegó la mañana, y con ella un estado de ánimo menos enfermizo, aunque apenas menos terrible. Madame me hizo una temprana visita. Se me ocurrió una idea. Sabía que le gustaba mucho hacer compras, y, sin darle la menor importancia, dije:

—Sus compras de ayer me tientan, madame, y debo adquirir algunas cosas antes de que nos marchemos a Francia. ¿Qué le parece si nos vamos hoy a Feltram, usted y yo, para que compre yo mis cosas?

Me miró a la cara, de reojo, sin responder. No me acobardé, y ella dijo:

—Muy bien. Me encantaría —y de nuevo me miró con ojos extraños—. ¿A qué hora, mi querida Maud? ¿A la una? Creo que ésa es una buena hora, ¿eh?

Asentí, y ella guardó silencio.

Me pregunto si mi aspecto era tan indiferente como yo intentaba que fuera. No lo sé. A lo largo de todo aquel horrible período yo era, pienso, sobrenatural; éste es el día en que aún contemplo con retrospectivo asombro mi extraño autodomínio.

Mis esperanzas estaban puestas en que madame no estuviera enterada de las órdenes que prohibían la salida del lugar. Ella misma me conduciría a Feltram y, al acompañarme, me garantizaría vía libre de salida.

Una vez en Feltram, yo haría valer mi libertad y me las arreglaría para marcharme con mi querida prima Knollys. No había fuerza en el mundo que pudiera hacerme regresar a Bartram. Mi corazón se dilataba y agitaba en la horrible incertidumbre de aquellos momentos.

¡Oh, Bartram-Haugh! ¿Cómo te hiciste con aquellos altos muros? ¿Cuál de mis antepasados me había cercado con una barrera infranqueable en este horrible aprieto?

De pronto me acordé de mi carta a lady Knollys. Si fracasaba en mi escapada a través de Feltram todo dependería de ella.

Tras cerrar con llave mi puerta, escribí lo que sigue:

«Te pido ayuda, queridísima prima, ayuda como la que tú tengas esperanzas de obtener para ti el día en que te vieras asaltada por el miedo. Dudley ha regresado y está, en secreto, oculto en algún lugar de la finca. Es un engaño. Todos fingen ante mí que se ha ido en el *Seamew*, en cuya lista de pasajeros se ha publicado su nombre, ya sea por orden suya o de ellos. ¡Madame de la Rougierre ha reaparecido! Está aquí, y mi tío insiste en que me haga estrecha compañía. Estoy medio enloquecida. No puedo escapar..., los muros son una prisión, y creo que los ojos de mis carceleros no se apartan de mí ni un instante. Tienen perros para perseguirme... ¡sí, perros! Y las verjas están cerradas con llave para impedir mi huida. ¡Que Dios me ayude! No sé

adonde mirar ni en quién confiar. Temo a mi tío más que a nadie. Creo que podría soportar todo esto mejor si supiera cuáles son sus planes, aunque éstos fueran los peores. Si alguna vez me has querido o te has apiadado de mí, querida prima, te suplico que me ayudes en este extremo apuro. Sácame de aquí. ¡Oh, cariño, por el amor de Dios, sácame de aquí!

Tu desquiciada y aterrorizada prima,

Maud».

Sellé celosamente esta carta, como si la inanimada misiva fuese a romper su enceramiento y proclamar mi llamada de desesperación a través de todos los aposentos y corredores del silencioso caserón de Bartram.

La vieja Quince, cosa que divertía grandemente a la prima Mónica, persistía en proveerme con esos amplios bolsillos pertenecientes a una generación anterior. Ahora me alegré de esta anticuada excentricidad y deposité mi culpable carta —carta que, en medio de todas mis hipocresías, hablaba con terrible franqueza— en lo más hondo de aquel receptáculo, y, tras poner a buen recaudo la pluma y la tinta, mis cómplices, abrí la puerta y volví a adoptar mi semblante de indiferencia, en espera del retorno de madame.

—He ido a pedir permiso al señor Ruthyn para ir a Feltram, y creo que lo concederá. Quiere hablar contigo.

Entré en la habitación de mi tío con madame. Estaba reclinado en un sofá, de espaldas a mí, y sus largos cabellos blancos, tan finos como lana de vidrio, reposaban sobre el respaldo del asiento.

—Quería pedirte, querida Maud, que me hicieras dos o tres encargos en Feltram.

Mi terrible carta se sintió más aliviada en el interior del bolsillo, mientras mi corazón palpitaba con violencia.

—Pero acabo de acordarme de que hoy es día de mercado, y Feltram estará lleno de gentes dudosas, además de borrachos, de modo que habremos de esperar hasta mañana; y madame dice, muy amablemente, que no le importa hacer hoy algunas pequeñas compras que no conviene demorar.

Madame asintió con una reverencia al tío Silas y una gran sonrisa hueca hacia mí.

Llegado este momento, el tío Silas se había incorporado de su postura reclinada y estaba sentado, flaco y blanco, en el sofá.

—Noticias de mi hijo pródigo, llegadas hoy —dijo, con una sonrisa displicente, cogiendo el periódico—. El navío ha sido visto de nuevo. ¿A cuántas millas supones que está?

Hablaba en un tono quejumbroso, mirándome con ojos hambrientos y un semblante horriblemente risueño.

—¿A qué distancia supones que está Dudley hoy? —y, mientras hablaba, tapó la gacetilla con la palma de la mano—. ¡Adivínalo!

Por un instante me imaginé que aquello era una preparación teatral a fin de dar pie al desvelamiento del lugar donde realmente se encontraba Dudley.

—Ha sido un camino muy largo. ¡Adivínalo!

Pálida y algo balbuciente, llevé a cabo la hipocresía que se me pedía, tras lo cual, mi tío me leyó en voz alta la línea, o par de líneas, en las que se registraba el acontecimiento, así como la latitud y longitud del navío en aquel momento, de lo cual madame tomó nota en la memoria, con el propósito de hacer sus habituales anotaciones en el atlas de la pobre Milly.

No puedo decir cómo me encontraba realmente, pero tuve la sensación de que el tío Silas, con ojos hoscos y expertos, me estuvo escudriñando el semblante todo el tiempo. Nada resultó de ello, sin embargo, y madame y yo fuimos despedidas.

A madame le encantaba hacer compras incluso por el hecho mismo de comprar, pero cuando a ello se unía la oportunidad de estafar, le encantaba más todavía. Habiendo almorzado y hallándose ya vestida para su excursión, hizo precisamente lo que en aquellos momentos yo más deseaba que hiciera: me propuso encomendarse de mis encargos y mi dinero, y, tras confiárselos, me dejó en libertad para acudir a mi cita en la Cañada de los Castaños.

Tan pronto como vi que madame se había alejado lo bastante, me puse a meter prisas a Mary Quince y a vestirme rápidamente. Salimos de la casa por la puerta lateral, la cual me constaba que no era visible desde las ventanas de mi tío. Me alegró el sentir que había una ligera brisa, suficiente para mover las aspas del molino de viento; y, cuando nos hubimos adentrado en la finca y vislumbramos a lo lejos el viejo y pintoresco molino, experimenté una indecible sensación de alivio al ver que estaba funcionando.

Ya en la Cañada de los Castaños, envié a Mary Quince a su habitual punto de observación, desde el que se dominaba el sendero en dirección al Bosque del Molino de Viento, con la consabida orden de gritar lo más fuerte que pudiera «¡ya lo he encontrado!», caso de que viera acercarse a alguien.

Me detuve en el lugar donde nos habíamos encontrado el día anterior. Oteé bajo la enramada, y mi corazón comenzó a palpar cuando vi que Meg me estaba esperando.

CAPÍTULO LVII

LA CARTA

—V_{ENGA}, muchacha —susurró la «Guapa», muy pálida—, aquí está Tom Brice.

Y empezó a caminar delante de mí, apartando a empujones las ramas desnudas de los matorrales, hasta que llegamos a donde estaba Tom. El esbelto muchacho, mozo de cuadras o cazador furtivo —por ambas cosas podría responder—, con su chaquetilla y sus polainas, estaba sentado en una rama baja y horizontal, con el hombro apoyado contra el tronco.

—No te preocupes, quédate sentado, chico —dijo Meg al observar que se aprestaba a levantarse y había colgado el sombrero en las ramas—. Quédate quieto ahí y escucha a la señorita. Si puede llevará la carta, señorita Maud; ¿verdad que sí, muchacho?

—Sí, la llevaré —respondió él, alargando la mano.

—Tom Brice, ¿no me engañarás?

—No, claro que no —dijeron Tom y Meg casi a la vez.

—Tú eres un honrado muchacho inglés, Tom... y no me traicionarías, ¿verdad? —dije, en tono implorante.

—Claro que no —repitió Tom.

Había algo un poco insatisfactorio en el semblante de aquel rubicundo joven, con su aguda nariz respingona. Durante toda nuestra entrevista apenas dijo nada, sino que se sonreía perezosamente, como quien presta oídos a las solemnes bobadas de un niño, alentando una tras otra todas y cada una de sus sabias salidas.

De ahí el que me pareciera que aquel joven bufón, sin la menor intención de ofender, me escuchaba con profunda y perezosa burla.

No tenía otra opción, sin embargo, viéndome obligada a utilizar sus servicios, pese a ser como era, o los de ninguno.

—Tom Brice, de esto dependen cosas muy importantes.

—Así es para ella, Tom Brice —dijo Meg, la cual, de vez en cuando, confirmaba mis aseveraciones.

—Voy a darte ahora una libra, Tom —dije, depositando en su mano a un tiempo la moneda y la carta—, y has de entregar la carta a lady Knollys, en Elverston; conoces Elverston, ¿verdad?

—Sí lo conoce, señorita. ¿Verdad que sí, muchacho?

—Sí.

—Bien. Pues hazlo, Tom, y seré buena contigo mientras viva.

—Ya has oído, ¿eh, chico?

—Sí —dijo Tom—; muy bien.

—¿Llevarás la carta, Tom? —dijo, presa de una zozobra ante su respuesta mucho mayor de lo que dejaba traslucir.

—Sí, llevaré la carta —dijo él, levantándose y contemplando la carta mientras le daba vueltas entre sus dedos, como si fuera un objeto curioso.

—Tom Brice —dijo—, si no puedes serme leal, dímelo, pero no te hagas cargo de la carta a menos que sea para dársela a lady Knollys en Elverston. Si no me lo quieres prometer, devuélvemela y quédate con la libra, pero dime que no mencionarás a nadie el que yo te he pedido que llevases la carta a Elverston.

Por vez primera Tom adoptó una expresión perfectamente seria. Estaba jugueteando con una esquina de mi carta entre el pulgar y el índice, y su semblante era, con mucho, el de un cazador furtivo a punto de ser puesto a disposición de la justicia.

—No quiero engañarla, señorita; pero tengo que andarme con cuidado. Todas las cartas pasan por las manos de Silas antes de ir al correo, y bien que sabría él que ésta no estaba entre las demás. Dicen que antes de mandarlas las abre y las lee, que así se divierte. Yo eso no lo sé, pero me da a la nariz que así será, y si apareciera ésta, todos sabrían que había ido a mano, y a mí me pillarían.

—Pero tú sabes quién soy, Tom, y que yo te salvaría —dijo ansiosamente.

—Quien tendría que salvarse sería usted, me parece a mí, si eso ocurriera —dijo Tom cínicamente—. No es que diga que no voy a llevarla, lo único que digo es que no pienso romperme la cabeza contra un muro por nadie.

—Tom —dijo, bajo una súbita inspiración—, devuélveme la carta y sácame de Bartram; llévame a Elverston; esto será lo mejor... para ti, Tom, quiero decir..., que te haya podido suceder en la vida.

Heme aquí implorando a aquel bufón, como si en ello me fuese la vida. Le había cogido de la manga y le miraba a la cara, suplicante.

Pero de nada sirvió; Tom Brice volvió a mostrarse divertido y ladeó ligeramente la cabeza mientras, por encima del hombro, sonreía, como avergonzado, hacia las raíces de los árboles a su lado, cual si estuviera haciendo esfuerzos por no estallar en una descortés risotada.

—Haré lo que sea prudente hacer, señorita; pero es que usted no conoce a esa gente; a éstos no se les da esquinazo así como así, y lo que no quiero es que me rompan la crisma o que me metan a la sombra sin que ni usted ni yo saquemos nada en limpio. Aquí Meg sabe de sobra que eso yo no lo puedo hacer, así que no voy a intentarlo, pase lo que pase; no se ofenda, señorita, pero prefiero no hacerlo; haré lo que se pueda con la carta, eso es todo lo que puedo hacer por usted.

Dicho esto, Tom Brice se puso en pie y oteó, intranquilo, hacia el Bosque del

Molino de Viento.

—Pero mire, señorita, pase lo que pase, usted no dirá nada de mí, ¿verdad?

—¿Adónde te vas ahora, Tom? —preguntó Meg, inquieta.

—Eso no importa, muchacha —respondió él, echando a andar a través de la espesura, por donde desapareció sin tardanza.

—Va a coger por el camino de ovejas detrás del montículo. Esos andan por allá abajo; vuélvase, señorita, y entre en la casa por la puerta lateral; mire de no dar la vuelta a la esquina, y yo me voy a quedar aquí un ratito entre los arbustos, a esperar que pueda marcharme. Adiós, señorita; y ándese con cuidadito de no dejar ver que por su cabeza pasan cosas poco corrientes. ¡Ssss!

Se oyó una lejana llamada.

—Ese es mi padre —dijo en un cuchicheo, llevándose su mano curtida por el sol a la oreja y poniéndose a escuchar con un semblante blanquísimo—. No es a mí a quien llama, sino a Davy —añadió con un gran suspiro y una sonrisa triste—. Y ahora váyase, por amor de Dios.

Caminando a paso ligero, así pues, por el sendero al amparo de la espesura del bosque, llamé a Mary Quince y, juntas, regresamos deprisa a la casa, entrando en ella, tal como se nos había indicado, por la puerta lateral, que no nos exponía a ser vistas desde el Bosque del Molino de Viento, y, al igual que criminales, subimos sigilosamente por las escaleras de atrás y, atravesando el corredor lateral, nos introdujimos en mi habitación. Una vez allí me senté a tratar de poner orden en mis pensamientos y evaluar con precisión los acontecimientos que acababan de producirse.

Madame todavía no había vuelto. Eso estaba bien; lo primero que hacía siempre era visitar mi cuarto, y todo se hallaba exactamente como yo lo había dejado..., signo concluyente de que sus fisgones ojos y enredadores dedos no habían estado ocupados durante mi ausencia.

Por extraño que sea, cuando madame reapareció fue para traerme un inesperado alivio. Era portadora de una carta de mi querida lady Knollys... con la cual entró un rayo de luz procedente del libre y feliz mundo exterior. En cuanto madame me hubo dejado a solas, la abrí y la leí. Decía así:

«La inmediata perspectiva de verte me hace felicísima, mi querida Maud. He recibido una carta verdaderamente amable del pobre Silas —y digo “pobre” porque en realidad me compadezco de su situación, sobre la cual creo que se ha expresado con absoluta franqueza, o al menos eso es lo que dice Ilbury, y él, de algún modo, está al corriente de lo que pasa—. Ha sido una carta conmovedora de veras, y que supone todo un cambio. Te lo contaré todo cuando te vea. Quiere, por fin, que me haga cargo de algo que me proporcionaría la más pura felicidad..., quiero decir: tomarte a ti, mi querida niña, bajo mi cuidado. El único temor que tengo es el de que una

excesivamente ansiosa aceptación del encargo por mi parte excitase esa vena de oposición que existe en la mayoría de los seres humanos, y le indujese a reflexionar de nuevo sobre su ofrecimiento, esta vez de forma menos favorable. Dice que debo ir a Bartram a pasar una noche, y promete alojarme confortablemente, cosa esta última que, te lo digo sinceramente, no me importa un higo, ante la perspectiva de una agradable velada de cotilleos en tu compañía. Silas explica su triste situación, y que ha de estar preparado para emprender una pronta huida, si quiere eludir el riesgo de perder su libertad personal. Es triste que se haya arruinado de modo tan irremediable, que la liberalidad del pobre Austin haya precipitado, sin duda, sus apuros. Su gran deseo consiste en que te vea antes de que te marches para esa breve estancia en Francia. Piensa que habrás de partir de aquí a unos quince días. Estoy pensando en pedirte que vengas aquí; sé que en Elverston estarías tan a gusto como puedas estarlo en Francia; pero quizá, ya que parece dispuesto a hacer todo lo que queramos, ofrezca más seguridades el que le dejemos a él arreglarlo a su aire. La verdad es que lo deseo con tanta fuerza, que temo ponerlo en peligro si le contrario aunque tan sólo sea en una minucia. Dice que fije uno de los primeros días de la próxima semana, y se expresa como si me alentara a que mi visita fuese más prolongada de lo que él definiera antes. Yo encantadísima. Empiezo a pensar, mi querida Maud, que de nada sirve pretender controlar los acontecimientos, y que, con frecuencia, el dejar que éstos se desarrollen por sí solos hace que su resultado sea el mejor y el más ceñido a nuestros deseos. Creo que fue Talleyrand quien hizo un enorme elogio del *saber esperar*. Muy animada, y con la cabeza rebosante de proyectos, te envía, queridísima Maud, todo su cariño tu prima.

Mónica».

¡He aquí un inexplicable enigma! Sin embargo, un débil resplandor de esperanza comenzó a derramarse por un paisaje que tan sólo unos minutos antes se hallaba oscurecido por un eclipse total. Mas fuere cual fuere la teoría que me fabricara, todas y cada una de ellas chocaban con numerosas, bien establecidas y horrendas incongruencias, y los restos del naufragio flotaban esparcidos sobre las turbulentas aguas del golfo sobre el que se posaban mis ojos.

¿Por qué estaba aquí madame? ¿Por qué andaba Dudley escondido por ahí? ¿Por qué estaba yo prisionera entre aquellos muros? ¿En qué consistían esos peligros que Meg Hawkes, al parecer, juzgaba tan grandes e inminentes que le inducían a arriesgar la seguridad de su amante en aras de mi liberación? Todos estos amenazadores hechos se apiñaban contra la oscura certidumbre de que jamás nadie estuvo más hondamente interesado en desembarazarse de un ser humano, de lo que el tío Silas y Dudley lo estaban en deshacerse de mí.

A veces abandonaba mi alma a estas pavorosas evidencias. A veces, leyendo la radiante carta de la prima Mónica, el cielo quería despejarse, y mis terrores se desvanecían como pesadillas con la luz de la mañana. Nunca me arrepentí, sin embargo, de haber enviado mi carta a través de Tom Brice. Escapar de Bartram-Haugh constituía, hora a hora, mi único deseo.

Aquella tarde madame se invitó a tomar el té conmigo. No puse objeciones. En aquel preciso momento era mejor mantener relaciones amistosas con todo el mundo, a ser posible, incluso en los términos impuestos por los demás. Madame se hallaba en uno de sus estados de ánimo bulliciosos y alegres, y a su alrededor se olía a aguardiente.

Narró algunos de los cumplidos que aquella mañana, en Feltram, le hiciera esa «buena criatura», la señora Litheways, la dueña de la mercería, y qué «buen mozo» era su nuevo encargado —madame, a todas luces, pretendía que yo le hiciese «bromitas»—, y cómo él la «siguió» con la mirada a dondequiera que ella iba. Quizá el hombre se figuraba, pensé yo, que se metería en el bolsillo algunos de sus encajes o guantes. Y durante todo el rato sus grandes y perversos ojos se movían y miraban de acuerdo con su idea de la fascinación, y su huesuda cara mostraba una mueca sonriente, arrebolada por la «bebida fuerte» que tanto le encantaba. Canturreaba *chansons* disparatadas, y, hallándose, como era su costumbre bajo tan regocijantes influjos, de un humor fanfarrón, me hizo la solemne promesa de que inmediatamente tendría mi coche y mis caballos.

—Hablaré con tu tío y haré lo que pueda. El señor Ruthyn y yo somos muy buenos y viejos amigos —dijo, con una maliciosa mirada de soslayo que no entendí, pero que me asustó.

Jamás he podido acabar de comprender por qué estas Jezabeles gustan de insinuar en contra de sí mismas la horrible verdad, pero el caso es que lo hacen. ¿Se deberá al espíritu de triunfo femenino, que vence al femenino pudor, haciéndolas vanagloriarse de su caída como una prueba de fascinaciones y poderes pretéritos? ¿Hemos de asombrarnos? ¿Acaso las mujeres no han preferido el odio a la indiferencia, y la reputación de brujería, con todos sus castigos, a la absoluta insignificancia? Pues bien, al igual que éstas disfrutaban con el miedo que su supuesto comercio con el Padre del Mal infundía a sus sencillos vecinos, así también madame, pienso, se deleitaba aventando cínicamente la sospecha de su satánica superioridad.

A la mañana siguiente, el tío Silas me mandó llamar. Estaba sentado a su mesa y me acogió con un breve saludo en francés, sonriendo, como de costumbre, y me señaló una silla enfrente.

—Se me ha olvidado a qué distancia —dijo, dejando el periódico descuidadamente sobre la mesa— adivinaste ayer que estaba Dudley.

—Creo que eran mil cien millas.

—Ah, sí, eso era.

Distraído, hizo una pausa.

—He escrito a lord Ilbury, tu fideicomisario —prosiguió—. Me he atrevido a decirle, mi querida Maud (pues, teniendo idea de disponer las cosas de modo diferente y más adecuado en lo que a ti te atañe, en vista de las lamentables circunstancias que me rodean, no quisiera renunciar a mi tutoría sin alguna excepción de tu parecer sobre el trato que de mí has recibido mientras has permanecido bajo mi techo)..., me he atrevido, repito, a decirle que en tu opinión he sido bueno, considerado e indulgente... ¿Tengo permiso para decirlo?

Asentí. ¿Qué otra cosa podía decir?

—Le he dicho que has disfrutado con nuestra pobre forma de vida aquí..., con nuestros agrestes modos de ser y con nuestra libertad. ¿Estoy en lo cierto?

Volví a asentir.

—Y que, de hecho, no tenías objeción alguna que hacer contra tu pobre y anciano tío, salvo la de su pobreza, que, sin embargo, le perdonas. Creo haber dicho la verdad. ¿Es así, querida Maud?

Volví a mostrar mi aquiescencia.

Durante todo este tiempo estaba hurgando entre los papeles del bolsillo de la chaqueta.

—Esto es satisfactorio. Es lo que esperaba que dijeras —murmuró—. No esperaba menos de ti.

De pronto una pavorosa transformación se extendió por su rostro y se puso en pie con el hosco y blanco ceño de un espectro.

—Entonces, ¿cómo explicas esto? —chilló con voz de trueno, arrojando, abierta y boca arriba sobre la mesa, mi carta a lady Knollys.

Incapaz de hablar, me quedé mirando fijamente a mi tío, hasta que me pareció perderle de vista, aunque su voz, como una campana, resonaba aún en mis oídos.

—¡Vamos, jovenzuela hipócrita y mentirosa, explica ese fárrago de calumnias que pretendías poner en manos de mi pariente, lady Knollys, mediante el soborno de uno de mis criados!

Y así continuó sin tregua mientras mis ojos iban llenándose de tiniebla hasta que su propia voz se hizo confusa y se convirtió en un zumbido silbante que se perdió en el silencio.

Creo que debí de sufrir un ataque.

Cuando volví en mí tenía el pelo, la cara, el cuello y el vestido empapados de agua. No tenía la más mínima idea de dónde me encontraba. Creí que mi padre estaba enfermo, y le hablaba. El tío Silas estaba de pie junto a la ventana, con un aspecto indeciblemente hosco. Madame estaba sentada a mi lado, y delante de mí, sobre la mesa, había un frasco de éter, abierto (uno de los «reconstituyentes» del tío Silas).

—¿Quién está ahí...? ¿Quién está enfermo...? ¿Se ha muerto alguien? —exclamé.

Finalmente me vi aliviada por un paroxismo de llanto. Cuando me hube recobrado lo suficiente, fui trasladada a mi habitación.

CAPÍTULO LVIII

EL COCHE DE LADY KNOLLYS

A la mañana siguiente —era domingo— estaba echada en la cama, en bata, apática, con los sentidos embotados, todos los miembros doloridos y, según pensé, reumática y sintiéndome tan enferma que ni siquiera tenía ganas de hablar o levantar la cabeza. Mis recuerdos de lo sucedido en la habitación del tío Silas eran absolutamente confusos y tenía la sensación de que mi pobre padre había estado presente y participado —me era imposible recordar de qué manera— en la conversación.

Estaba demasiado exhausta e idiotizada como para aclarar aquel horrible embrollo, limitándome a reposar con la cara vuelta hacia la pared, callada e inmóvil salvo por un gran suspiro de vez en cuando.

La buena de Mary Quince estaba en la habitación, y en ello hallaba algún consuelo, pero me sentía completamente extenuada y habría preferido que no me hablara. La verdad es que en aquellos momentos me resultaba absolutamente indiferente si estaba viva o muerta.

Esa mañana, la prima Mónica, en su agradable Elverston, por entero inconsciente de mi apurada y triste situación, propuso a lady Mary Carysbroke y a lord Ilbury, a la sazón sus huéspedes, venir en coche a la iglesia de Feltram y, desde allí, hacernos una visita en Bartram-Haugh, a lo que ambos asintieron prontamente.

El agradable trío llegó a Bartram, así pues, a eso de las dos. Venían andando, tras haber dejado el coche para que los caballos, una vez alimentados, les fueran luego a buscar, y madame de la Rougierre, que se encontraba en la habitación de mi tío cuando el diminuto Giblets compareció para decir que el grupo aguardaba en el recibidor, tuvo unos breves cuchicheos con mi tío, quien, al cabo, dijo:

—La señorita Maud Ruthyn ha salido en coche, pero yo estaré encantado de recibir a lady Knollys aquí, si tiene a bien subir a verme unos instantes; y puedes decir que estoy lejos de encontrarme bien.

Madame le siguió hasta el pasillo y añadió, sujetándole por el cuello de la chaqueta y susurrándole gravemente al oído:

—Traiga a la señora por la escalera de atrás..., acuérdesse, la escalera de atrás.

Y, acto seguido, madame entró en mi habitación andando de puntillas y a largas zancadas, con el aspecto, dijo Mary Quince, de alguien a quien van a ahorcar.

Nada más entrar lanzó una mirada penetrante a su alrededor, y, satisfecha de ver

allí a Mary Quince, dio vuelta a la llave en la puerta y, en un susurro, se puso a hacer afectuosas preguntas sobre mí. Luego se acercó a la ventana, aunque sin arrimarse del todo, y comenzó a atisbar, tras lo cual vino hasta la cabecera de mi cama, murmuró algunas frases tiernas, corrió un poco la cortina y se entregó a no sé qué ajeteos de un lado a otro de la habitación. Y, entre otras cosas, quitó sigilosamente la llave de la cerradura y se la metió en el bolsillo.

Este proceder era tan extraño que la honrada Mary Quince se levantó resueltamente de su silla, señalando hacia la cerradura, con sus azules y francos ojillos fijos en madame, y musitó:

—Por favor, ¿es que no va a poner la llave en la cerradura?

—Sí, claro que sí, Mary Quince; pero es mejor que esté cerrada, porque me parece que su tío va a venir a verla, y estoy segura de que se asustaría mucho, porque el señor está muy enfadado, ¿comprendes? Así que le podemos decir que no se encuentra lo bastante bien, o que está durmiendo, y así él se marchará sin molestarla.

Nada oí yo de estas palabras, puesto que fueron pronunciadas en un estrecho cuchicheo; y Mary, pese a que no daba crédito a la preocupación de madame respecto a si yo estaba o no asustada, y además sospechaba de todas sus motivaciones, se mostró conforme de mala gana, ante el temor de que la razón que había alegado fuese cierta.

Inquieta, madame se puso, así pues, a revolotear en torno a la puerta; y en cuanto a lo que en otro lugar sucedió durante aquellos momentos, lady Knollys me hizo, con posterioridad, el siguiente relato:

«Nos quedamos muy desilusionados, pero, por supuesto, yo estaba contenta de ver a Silas, y el duendecillo de vuestro mayordomo me condujo a la habitación de tu tío, en el piso de arriba, por un camino diferente, pienso, del que utilicé la vez anterior; pero no conozco la casa de Bartram lo suficientemente bien como para pronunciarme categóricamente. Lo único que sé es que fui conducida a través de su dormitorio, el cual no había visto en mi anterior visita, y luego al interior de su sala de estar, donde lo encontré.

»Pareció muy contento de verme, se adelantó sonriendo —sus sonrisas siempre me resultaron antipáticas—, con las dos manos extendidas, y me saludó estrechando la mía de forma más calurosa que, hasta donde me alcanza la memoria, jamás lo hiciera antes, tras lo cual dijo: “Mi muy querida Mónica, qué amabilidad la tuya... ¡justo la persona que estaba deseando ver! Vengo sintiéndome muy enfermo, triste secuela de angustias aún mayores. Siéntate un momento, te lo ruego”. Y me dijo no sé qué pequeño cumplido en francés, y en verso. “¿Y dónde está Maud?”, dije. “Creo que en este momento Maud estará a medio camino de Elverston”, dijo el anciano caballero. “Le persuadí de que se diera un paseo en coche y le aconsejé que fuera a visitarte, lo cual pareció agradarle, lo que me hace suponer que me obedeció”. “¡Qué gran fastidio!”, exclamé yo. “Mi pobre Maud se quedará triste y desilusionada, pero la consolarás con otra visita..., has prometido venir, y yo trataré de que te encuentres

a gusto. Tal prueba de nuestra perfecta reconciliación me hará, Mónica, más feliz, y tú no me la negarás, ¿verdad?”. “Por supuesto que no, me encantará venir, y quiero darte las gracias, Silas”, dije. “¿Por qué?”, dijo él. “Por querer depositar a Maud bajo mis cuidados; te estoy muy agradecida”. “Debo decir que no hice esa sugerencia, Mónica, con la más mínima intención de hacerme acreedor a tu gratitud”, dijo Silas. Pensé que iba a prorrumpir en uno de sus humores desagradables. “Pero te estoy muy agradecida, mucho, Silas, y no has de rechazar mi gratitud”. “En cualquier caso soy feliz, Mónica, de haber logrado tu buena voluntad; finalmente aprendemos que sólo en los afectos se encuentra nuestra capacidad de ser felices. ¡Y cuánta verdad hay en la preferencia de san Pablo por el amor!..., el principio que permanece. Los afectos, querida Mónica, son eternos, y, al serlo, son celestiales, divinos y, en consecuencia, felices: de ellos se deriva y con ellos se otorga felicidad”. Siempre he sido impaciente con la metafísica, con la suya y con la de los demás, pero me controlé y dije sólo, con mi acostumbrado descaro: “Bueno, querido Silas, ¿y cuándo quieres que venga?”. “Cuanto antes, mejor”, dijo él. “Lady Mary e Ilbury se marchan de mi casa el martes por la mañana. Si el martes te parece un día adecuado, puedo venir a primera hora de la tarde”. “Gracias, querida Mónica. Para ese día confío en estar al tanto de los planes de mis enemigos. Es una confesión humillante, Mónica, pero ya estoy de vuelta de esos sentimientos. Es muy posible que mañana envíen a esta casa una orden de embargo, y con ella el fin de todos mis proyectos. No es probable, sin embargo..., tan sólo posible, que venga antes de tres semanas, según me dice mi abogado. Mañana por la mañana tendré noticias tuyas, y a continuación te pediré que fijes un día dentro de muy poco. Caso de disponer de un par de semanas seguras, sin que nos molesten, te mandaré aviso, y tú fijarás el día”. Luego me preguntó quién me había acompañado, y deploró enormemente el no estar en condiciones de bajar a recibirles; y dijo que nos quedáramos a almorzar, con una especie de sonrisa de Ravenswood^[57], acompañada de un encogimiento de hombros, y yo decliné, diciéndole que sólo disponíamos de unos minutos y que mis acompañantes estaban paseando por los terrenos alrededor de la casa. Le pregunté si Maud iba a regresar pronto. “Seguro que no antes de las cinco”. Pensó que probablemente te encontraríamos al volver a Elverston, pero no podía estar seguro, puesto que cabía la posibilidad de que hubieras modificado tus planes. Y luego vino, y con esto no hay ya nada más que decir, una despedida muy afectuosa. Creo que todo lo referente a los peligros legales era estrictamente cierto. Pero el que fuese capaz —a menos que aquella horrible mujer le hubiera engañado— de decirme con un semblante tan sereno todas aquellas groseras patrañas sobre ti, Maud, es algo que me maravilla».

Mientras tanto, estando yo en la cama y madame deslizándose de un lado para otro por la habitación, ora cuchicheando, ora escuchando a los otros, de pronto las sobresalté a ambas al exclamar:

—¿El coche de quién?

—¿Qué coche, cariño? —preguntó Quince, cuyo oído no era tan fino como el

mío.

Madame atisbó por la ventana.

—Es el médico, el señor Jolks. Ha venido a ver a tu tío, querida —dijo madame.

—Pero he oído una voz de mujer —dije, incorporándome.

—No, querida mía, es sólo el doctor —dijo madame—. Ha venido a ver a tu tío; te digo que está bajando del coche —e hizo como si estuviera viendo apear al doctor.

—¡El coche se está marchando! —grité.

—Sí, se está marchando —repitió como un eco.

Pero, antes de que se diera cuenta, yo había saltado de la cama y estaba mirando por encima de su hombro.

—¡Es lady Knollys! —chillé, agarrando el marco de la ventana para levantarlo y, tras luchar en vano por lograrlo, grité:

—¡Estoy aquí, prima Mónica! ¡Por amor de Dios, prima Mónica... prima Mónica!

—¡Está usted loca, señorita...! ¡Atrás! —chilló madame, utilizando su fuerza superior para obligarme a retroceder.

Pero yo veía cómo mi liberación y mi huida se me escapaban de las manos y, sacando de la desesperación una fuerza fuera de lo normal, la aparté de un empujón y me puse a golpear frenéticamente contra la ventana con los puños, a la vez que gritaba:

—¡Sálvame... sálvame! ¡Aquí, Mónica, aquí! ¡Prima, prima, oh, sálvame!

Madame me había agarrado por las muñecas y ambas estábamos enzarzadas en una violenta lucha. Se rompió un cristal de la ventana, y yo me puse a dar grandes voces para detener el carruaje. La francesa tenía un semblante tenebroso y desencajado como el de una furia, cual si quisiera asesinarme.

Sin amedrentarme —fuera de mí— grité desesperada, viendo que el coche se iba rápidamente..., vislumbrando el sombrerito de la prima Mónica mientras ésta charlaba en su asiento con su *vis-à-vis*.

—¡Oh, oh, oh! —chillé, en una vana y prolongada agonía, en tanto madame, empleando a fondo su fuerza y su furia contra mi desesperación, me obligaba a retroceder pese a mis denodados esfuerzos y, de un empujón, me hacía sentar en la cama, donde me mantuvo sujeta, clavando en mi rostro unos ojos que echaban fuego, y lanzando unas risitas para sus adentros, entre jadeos.

Pienso que sentí, un poco, la desesperación de un espíritu perdido.

Recuerdo la cara de la pobre Mary Quince —su horror, su asombro—, mientras, boquiabierta, me contemplaba por encima del hombro de madame, gritando:

—¿Qué ocurre, cariño, señorita Maud? —y, revolviéndose con fiereza hacia madame e intentando con todas sus fuerzas obligarla a soltarme las atenazadas muñecas—: ¡Le está haciendo daño a la criatura! ¡Suéltela!

—Claro que la voy a soltar. ¡Pero qué imbécil eres, Mary Quince! Creo que está

loca. Ha perdido el juicio.

—¡Oh, Mary, sal a gritar a la ventana! ¡Detén el coche! —exclamé.

Mary se asomó, mas para entonces, por supuesto, ya no se veía nada.

—¿Por qué no paras el coche? —dijo madame con una sonrisa sarcástica—. Llama al cochero y al postillón. ¿Dónde está el palafrenero? ¡Bah! *Elle a le cerveau mal timbré*.

—¡Oh, Mary, Mary! ¿Se ha ido? ¿No se ve nada? —grité, corriendo hacia la ventana. Y, tras esforzar la vista en vano, con la cara pegada contra el cristal, me volví hacia madame:

—¡Oh, mujer malvada y cruel! ¿Por qué ha hecho esto? ¿Qué le importaba a usted? ¿Por qué me persigue? ¿Qué beneficio puede sacar de mi ruina?

—¡Ruina! *Par bleu! Ma chère*, hablas demasiado deprisa. ¿No lo has visto tú, Mary Quince? Era el coche del doctor Jolks y su señora, y ese descarado del joven Jolks mirando para arriba, hacia la ventana cuando *mademoiselle* se asomó en tan escandaloso *déshabillé* mientras golpeaba contra la ventana... ¡Qué bonito! ¿Verdad, Mary Quince? ¿Qué te parece?

Me hallaba sentada al borde de la cama, llorando desesperadamente. Ya no me importaba la disputa ni la resistencia. ¡Oh! ¿Por qué mi salvación había llegado tan cerca, para al final no alcanzarme? Y así, con las manos entrelazadas y los ojos elevados al cielo, seguí llorando y rezando incoherentes plegarias. No pensaba ya en madame, ni en Mary Quince ni en ninguna otra persona; tan sólo balbucía mi angustia y mi desesperación, desvalidamente, al oído del cielo.

—No me imaginaba yo que la niña fuese tan tonta.

—¡Qué *enfant gaté*! Mi querida niña, pero ¿qué pretendes con ese lenguaje y ese comportamiento tan extraños? ¿Para qué querías mostrarte en la ventana con ese horrible *déshabillé*, y que te viera la gente que iba en el coche del doctor Jolks?

—Era la prima Knollys... la prima Knollys. ¡Oh, prima Knollys! ¡Te has ido... te has ido... te has ido!

—Y aunque hubiese sido el coche de lady Knollys, lo cierto es que había un cochero y un palafrenero; y fuera el coche de quien fuera, en él viajaba un joven caballero. Caso de haber sido el de lady Knollys, habría sido peor que si fuese el coche del doctor.

—Ya nada importa..., todo ha terminado. ¡Oh, prima Mónica! ¿A quién acudirá ahora tu pobre Maud? ¿No hay ya remedio?

Aquella tarde madame volvió a visitarme, en uno de sus humores sosegados y morales. Me encontró tan abatida y pasiva como me había dejado.

—Creo, Maud, que hay noticias, pero no estoy segura.

Alcé la cabeza y la miré anhelante.

—Creo que se ha recibido una carta del abogado londinense, con malas noticias.

—Oh —dije en un tono que, tengo por cierto, entrañaba la más absoluta indiferencia que provoca el abatimiento.

—Pero, mi querida Maud, siendo ello así, habremos de partir inmediatamente, tú y yo, para reunimos con la señorita Millicent en Francia. La *belle France*! ¡Te gustará tanto! Lo pasaremos muy bien. No puedes imaginarte lo simpáticas que son allí las muchachas. Todas me quieren mucho. Estarás encantada.

—¿Cuándo nos vamos? —pregunté.

—No lo sé. Pero iba a llevarle una caja de *eau de cologne* que llegó esta tarde, y él puso una carta sobre la mesa y dijo: «¡Ha llegado el golpe, madame! Mi sobrina debe estar preparada». Y yo dije: «¿Para qué, señor?»... por dos veces; pero él no contestó. Estoy segura de que es un *procès*. Le han arruinado. *Eh bien!*, querida mía, supongo que nos marcharemos de este triste lugar inmediatamente. ¡Estoy tan contenta! ¡Esto me parece un *cimetière*!

—Sí, me gustaría marcharme de aquí —dije, incorporándome, con un gran suspiro y los ojos hundidos. Tuve la sensación de que se me había esfumado todo resentimiento hacia madame, y que en su lugar se había instalado un sentimiento de debilidad... la fatiga, supongo, y la postración de las pasiones.

—Pondré una excusa para ir otra vez a su habitación —dijo madame—; y trataré de sonsacarle algo más y volveré aquí dentro de un cuarto de hora.

Se marchó. Pero pasó el cuarto de hora y no volvió. Sentía un ansia oscura de abandonar Bartram-Haugh. Desde que la pobre Milly se marchara, aquel lugar se había convertido para mí en una ronda de malos espíritus, y el escapar de allí, fuese como fuese, constituía una indecible bendición.

Pasó otra media hora, y otra, y me sentí enfebrececer de modo insufrible. Envié a Mary Quince al pasillo a ver si estaba madame, la cual, me temía, se hallaba entrando y saliendo de puntillas del cuarto del tío Silas.

Mary, al volver, me dijo que había visto a la vieja Wyat, quien le había informado de que, según creía, madame se había ido a la cama hacía media hora.

CAPÍTULO LIX

SÚBITA PARTIDA

—**M**ARY —dije—, estoy horriblemente ansiosa por enterarme de lo que madame tenga que decir; ella sabe en qué estado me encuentro y procura evitar la molestia de asomarse a la puerta a decir nada. ¿Oíste lo que me dijo?

—No, señorita Maud —contestó, poniéndose en pie y acercándose.

—Cree que nos vamos a Francia inmediatamente y que nos marchamos de este lugar quizá para siempre.

—¡Loado sea el Señor, si es así, señorita! —dijo Mary, con más energía de lo que en ella era habitual—. Pues este sitio es una desdicha y no me espero yo verla a usted nunca bien o feliz en él.

—Vas a hacer una cosa, Mary. coge una vela y vete al piso de arriba a ver si encuentras su habitación; yo la encontré una tarde por casualidad.

—Pero Wyatt no nos dejará subir.

—No le hagas caso, Mary; yo te digo que vayas. Tienes que intentarlo. No podré dormir hasta que sepamos a qué atenernos.

—¿En qué dirección está su cuarto, señorita? —preguntó Mary.

—Algo así como hacia allá, Mary —le contesté, señalando con el dedo—. No sé decirte las vueltas que hay que dar, pero creo que lo encontrarás si vas por ese gran corredor a tu izquierda, al término de la escalera, hasta que llegues al cruce de corredores, y luego tuerces a tu izquierda y, cuando hayas dejado atrás cuatro o quizá cinco puertas, tendrás que estar ya muy cerca, y estoy segura de que si la llamas te oirá.

—Pero ¿me dirá ella algo a mí? ¡Es una mujer tan extraña, señorita! —sugirió Mary.

—Dile exactamente lo que yo te he dicho, y cuando se dé cuenta de que sabes ya tanto como yo, puede que te lo diga..., a menos que lo que quiera sea atormentarme. Y si no quiere, quizá, por lo menos, puedas persuadirle de que venga a verme un momento. Inténtalo, querida Mary; no podemos dejarlo.

—Se va a quedar muy sola, señorita, mientras estoy fuera —dijo Mary, inquieta, en tanto encendía la vela.

—No puedo evitarlo, Mary. Vete. Creo que si me dijeran que nos marchamos casi podría ponerme a cantar y bailar. No soporto esta incertidumbre por más tiempo, es espantoso.

—Si la vieja Wyat está ahí fuera, volveré y aguardaré aquí un poquito hasta que se vaya —dijo Mary—; y de todos modos me daré toda la prisa que pueda. Las gotas y las sales volátiles las tiene aquí a mano, señorita.

Y, lanzándome una mirada de ansiedad, salió de la habitación sin hacer ruido. No volvió inmediatamente, de lo que deduje que había encontrado libre el camino y había llegado al piso de arriba sin ser interceptada.

Mi pequeña ansiedad llegó a su fin, su apaciguamiento fue seguido por una sensación de soledad y, con ella, de vaga inseguridad, la cual, finalmente, fue en aumento y llegó hasta tal punto que me quedé atónita ante mi locura de decirle a mi compañera que se fuese; mis terrores, por último, se hicieron tan grandes que me acurruqué en una esquina de la cama, con los hombros contra la pared y arrebujada en la ropa de cama hasta la cabeza, con sólo una rendijita para ver.

Al cabo, la puerta se abrió suavemente.

—¿Quién está ahí? —exclamé, horrorizada en grado sumo, esperándome ver no sabía a quién.

—Soy yo, señorita —susurró Mary Quince, para mi indecible alivio; y, con la vela encendida y un semblante pálido y desencajado, Mary Quince se deslizó al interior del cuarto, cerrando la puerta con llave.

No sé cómo fue, pero el caso es que me encontré de pie en el suelo, al lado de Mary y agarrándola fuertemente con las dos manos.

—Mary, estás aterrorizada; por amor de Dios, ¿qué es lo que ocurre? —exclamé.

—No, señorita —dijo Mary en un hilo de voz—; no mucho.

—Te lo noto en la cara. ¿Qué pasa?

—Déjeme que me siente, señorita. Le contaré lo que he visto; es que me siento un poquitín desfallecida.

Mary se sentó en mi cama.

—Métase usted, señorita, que va a coger frío. Métase en la cama, y se lo contaré. No es gran cosa.

Me metí en la cama y, al contemplar el asustado semblante de Mary, sentí el correspondiente horror.

—Por lo que más quieras, Mary, di de lo que se trata.

Y, volviendo a asegurarme que no era «gran cosa», y en una narración algo difusa y enmarañada, me relató los siguientes hechos:

Al cerrar mi puerta, Mary levantó la vela por encima de su cabeza y se adentró por el pasillo y, al ver que no había nadie, subió por la escalera rápidamente. Atravesó el gran corredor a la izquierda y se detuvo un momento en el cruce de galerías, luego recordó exactamente mis indicaciones y siguió por la de la derecha.

Había puertas a ambos lados, y se olvidó de preguntarme en cuál de ellos estaba la de madame. Abrió varias. En uno de los aposentos la sobresaltó un murciélago, que a punto estuvo de apagarle la vela. Siguió un poco más allá, se detuvo y, en aquella lúgubre soledad, empezó a perder el ánimo cuando, de pronto, unas puertas más

adelante, creyó oír la voz de madame.

Llamó con los nudillos a la puerta, me dijo, pero al no recibir respuesta y seguir oyendo hablar a madame en su interior, la abrió.

Sobre la chimenea había una vela, y otra en un farol de establo cerca de la ventana. Madame estaba conversando locuazmente junto al hogar, de cara a la ventana, la cual tenía el marco completamente quitado de su sitio: Dickon Hawkes, el Zamiel de la pata de palo, lo estaba sujetando con una mano, ya que se hallaba imperfectamente inclinado contra el ángulo del entrante. Había otra figura, de pie, con sobretodo abotonado hasta arriba y un manojo de herramientas bajo el brazo, como si fuese un vidriero; y, con un mudo estremecimiento de miedo, Mary reconoció claramente las facciones de Dudley Ruthyn.

—¡Era él, señorita, tan cierto como que estoy sentada aquí! Pues bien, se quedaron tan callados como ratones; tres pares de ojos clavados en mí. No sé yo qué es lo que me hacía tan digna de estudio, pero algo me dijo que lo que tenía yo que hacer era aparentar que sólo conocía a madame y a nadie más; así que hice una reverencia lo mejor que pude y le dije: «¿Puedo hablarle un momento en el pasillo, por favor?». El señor Dudley, en aquel momento, me daba la espalda y hacía como si estuviera mirando por la ventana, y yo no dejé de mirar directamente a madame, y ella dijo: «Me están arreglando un cristal roto, Mary», y se apartó de ellos y se me arrojó enseguida y me hizo retroceder hasta salir por la puerta, parloteando todo el tiempo. Ya en el pasillo, me quitó la vela de la mano, cerrando la puerta tras de sí, y sostuvo la luz un poquito detrás de su oreja, de modo que me daba a mí de lleno en la cara, en la que ella tenía clavados los ojos; y al cabo de un momento volvió a decir, en su extraño galimatías, que se habían roto dos cristales de su habitación y que había mandado llamar a unos hombres para que los arreglaran. Me asusté muchísimo al ver al señor Dudley, porque hasta entonces no me había podido creer semejante cosa, y no sé cómo pude mirarla a ella a la cara, como lo hice, sin que se me notara. Estuve tan fresca y tranquila como la piedra de esa chimenea, ¡y cuidado que es mala y horrible de aguantar su mirada! Pero no me arrugué, y yo creo que, por muy lista que sea, está en la duda de si me creí todo lo que me dijo, o si sé que no era más que un atajo de trolas. Y entonces le dije su recado, y ella dijo que desde entonces no había oído decir ni una palabra más, pero que creía que no nos quedaban muchos días ya de estar aquí, y que si se enteraba de algo esta noche, cuando le llevara la sopa a su tío dentro de media hora, se lo diría a usted.

Tan pronto como fui capaz de articular palabra, le pregunté si estaba totalmente segura de que el hombre del sobretodo era Dudley, y su respuesta fue: «Lo juraría sobre esa Biblia».

Lejos de desear que madame volviera aquella noche, temblé ante la sola idea de que lo hiciese. ¿Quién podía decir qué persona pudiera acompañarla cuando se abriese la puerta para darle paso?

Dudley, tan pronto como se hubo recobrado de la sorpresa, se había dado la

vuelta, deseoso, a todas luces, de impedir ser reconocido, y Dickon Hawkes se la quedó mirando con el entrecejo fruncido. Ambos tenían esperanzas de eludir el reconocimiento bajo aquella penumbra, pues la vela sobre la chimenea iluminaba el aire, y la luz del farol caía en turbios retazos.

¿Qué podría estar haciendo en la casa el rufián de Hawkes? ¿Por qué estaba aquí Dudley? ¿Cabía imaginar una combinación más agorera? Me rompí la cabeza cavilando sobre todos los pormenores que me había dado Mary Quince, pero fui incapaz de averiguar en qué consistía su ocupación. Nada hay, que yo sepa, más terrorífico que un perpetuo devanarse los sesos a propósito de problemas ominosos.

Fácil es imaginar cómo transcurrieron las largas horas de aquella noche y cómo mi corazón se puso a palpar a cada imaginado ruido tras mi puerta.

Pero llegó la mañana y, con su luz, cierta tranquilidad. Madame de la Rougierre hizo su aparición a horas tempranas; escrutó mis ojos oscura y astutamente, pero no aludió en ningún momento a la visita de Mary Quince. Quizá se esperaba alguna pregunta por mi parte y, al no oír ninguna, pensó que lo mejor sería dejar el asunto en paz.

Había entrado tan sólo a decir que no había vuelto a oír nada más sobre el particular, pero que en aquel momento iba a hacerle a mi tío el chocolate y que tan pronto como concluyese su entrevista vendría a verme de nuevo y me contaría cualquier cosa de la que se hubiese enterado.

Al poco rato se oyó llamar a la puerta y la vieja Wyatt ordenó a Mary Quince que se presentara en la habitación de mi tío. Cuando regresó, arrebolada y nerviosísima, me dijo que en media hora tenía que estar levantada y vestida para un viaje, y que, una vez arreglada, fuese enseguida a la habitación de mi tío.

Era una buena noticia, y al mismo tiempo una conmoción. Me sentía contenta. Me sentía anonadada. Salté de la cama y me puse a arreglarme con energías completamente nuevas en mí. La buena de Mary Quince comenzó afanosamente a hacer mi equipaje y a consultarme acerca de lo que iba a llevar y no llevar conmigo.

¿Iba a acompañarme Mary Quince? Mi tío no había dicho ni una palabra sobre ello, y su silencio me hacía temer que Mary habría de quedarse. Constituía, sin embargo, un consuelo el hecho de que la separación no iba a ser larga y que pronto me reuniría con Milly, a quien quería más de lo que pudiera haberme figurado antes de nuestra separación; pero, bajo las condiciones que fuere, resultaba un indescriptible alivio el terminar con Bartram-Haugh y dejar a mis espaldas sus siniestras empalizadas y sus recovecos rondados por horribles espectros, los cuales, últimamente, habían hecho su aparición entre sus paredes.

Mi tío me inspiraba demasiado miedo como para dejar de comparecer puntualmente al cabo de la media hora. Entré en su sala de estar bajo la sombra del alto gorro de la vieja y agria Wyatt, quien cerró la puerta tras de mí, dando comienzo la conferencia.

Madame de la Rougierre estaba allí presente, sentada y vestida con atuendo de

viaje y con un grueso velo de encaje negro sobre la cabeza. Mi tío se levantó, enjuto y venerable, con semblante desabrido y adusto. No me ofreció la mano, limitándose a hacerme una especie de inclinación, más de repugnancia que de respeto. Permaneció de pie, manteniendo el encorvado armazón de su figura con una mano apoyada sobre un estuche; bajo aquellas sus oscuras cuencas —de las que ya hice cumplida descripción y que, en aquel instante, se hallaban contraídas en frunces de inenarrable severidad—, sus ojos fosfóreos y salvajes me miraban fijamente, como lanzando fuego por las pupilas.

—Irás a Francia a reunirme en el pensionado con mi hija; madame de la Rougierre te acompañará —dijo mi tío, impartiendo sus órdenes con la hosca monotonía y las medidas pausas de quien dicta a su secretario un oficio importante—. La señora Quince seguirá viaje conmigo, o, caso de hacerlo sola, dentro de una semana. Esta noche la pasarás en Londres, desde donde mañana proseguirás viaje a Dover, cruzando el Canal en el barco-correo. Ahora has de escribir una carta a tu prima Mónica Knollys, que leeré primero y enviaré después. Mañana, desde Londres, escribirás una nota a lady Knollys poniéndole al corriente del trayecto recorrido ya en tu viaje y diciéndole que no puedes escribirle desde Dover, puesto que a tu llegada allí debes zarpar inmediatamente en el barco, y que hasta que mis asuntos no se arreglen un poco no podrás escribirle desde Francia, dado que es de suma importancia para mi seguridad el que no haya ninguna pista respecto a nuestras señas. Lady Knollys se hallará, no obstante, informada a través de mis abogados Archer & Sleigh, y confío en que pronto regresaremos. Harás el favor de entregar esta nota a madame de la Rougierre, quien tiene mi encargo de supervisarla a fin de que no contenga libelo alguno sobre mi carácter. Y ahora siéntate.

Obedecí, así pues, con aquellas desagradables palabras resonando en mis oídos.

—Escribe —dijo, una vez me hube acomodado debidamente en el asiento—. Trasladarás con tus propias palabras la esencia de lo que te diga. Que el peligro inminente de un embargo..., recuerda el término (y me lo deletreó), cuyo aviso llegó esta mañana y que se ejecutará o bien a primera hora de la tarde, o mañana, en esta casa, me obliga a adelantar mis planes y enviarte a Francia hoy mismo. Que te marches en compañía de una sirvienta (aquí, madame, cuya dignidad se sintió acaso zaherida, hizo un movimiento de malestar). Una *sirvienta* —repitió mi tío, con discordante énfasis— y puedes decir, si haces el favor..., aunque no estoy solicitando esa justicia..., que en esta casa has recibido un trato tan benévolo como lo permitían mis desdichadas circunstancias. Y eso es todo. Tienes cinco minutos para escribir. Comienza.

Escribí según sus deseos. Mi estado de histerismo me había hecho muchísimo menos combativa de lo que meses antes me hubiese mostrado, pues en su porte había mucho que, a un tiempo, era insultante e imponente. Concluí mi carta, sin embargo, a su satisfacción y en el plazo prescrito; y, mientras él la depositaba, junto con su sobre, encima de la mesa, dijo:

—Tendrás a bien recordar que esta señora no es sólo tu sirvienta, sino que tiene autoridad para ordenar y disponer cualquier detalle relativo a tu viaje y además durante el trayecto se encargará de realizar todos los pagos que sean necesarios. Harás el favor, así pues, de obedecer implícitamente todas sus órdenes. El coche te está esperando a la puerta.

Dicho esto, con otra hosca inclinación y un «te deseo un viaje seguro y sin peligros», mi tío retrocedió uno o dos pasos, y yo, con una indefinible especie de melancolía, aunque también con una sensación de alivio, me retiré.

Mi carta, la cual fue hallada posteriormente, llegó a lady Knollys acompañada por otra del tío Silas, quien le decía: «Mi querida Maud me informa de que te ha escrito para ponerte al corriente de algunos de nuestros movimientos. Una súbita crisis de mis desdichados asuntos me obliga a una partida no menos súbita. Maud se reunirá con mi hija en el pensionado, en Francia. Omito adrede la dirección puesto que mi propósito es residir en sus inmediaciones hasta que haya pasado esta tormenta, y habida cuenta de que las consecuencias de algunos de mis desventurados embrollos podrían perseguirme hasta allí, por el momento debo ahorrarte la desazón y la molestia de guardar un secreto. Estoy seguro de que sabrás excusar el silencio de la muchacha durante una breve temporada; entre tanto recibirás noticias de ellas, quizá indirectamente, a través de mí. Nuestra querida Maud se puso esta mañana *en route* hacia su destino, lamentando mucho, al igual que yo, el no haber podido hacerte primero una fugaz visita en Elverston, pero no obstante muy animada ante la nueva vida y nuevas perspectivas que la aguardan».

Mi vieja y bienamada amiga Mary Quince me estaba esperando en la puerta.

—¿Voy con usted, señorita Maud?

Me eché a llorar y la abracé con todas mis fuerzas.

—Ya veo que no —dijo Mary con gran pesadumbre—. Hasta ahora nunca me había separado de usted, señorita, desde que medía lo que mide mi brazo.

Y la vieja y bondadosa Mary se echó a llorar conmigo.

—Pero vendrás dentro de unos días, Mary Quince —la regañó madame—. Me pregunto cómo puedes ser tan tonta. ¿Qué son dos o tres días? ¡Bah, qué bobadas, muchacha!

Un nuevo adiós a la pobre Mary Quince, totalmente desconcertada ante lo súbito de su separación. Una trémula y grave inclinación por parte de nuestro diminuto y anciano mayordomo desde los peldaños. Madame vociferando a través de la ventanilla al cochero que se diera prisa y recordase que tan sólo teníamos diecinueve minutos para llegar a la estación. Y partimos. La *grille* del viejo Crowle retrocedió ante nosotros. Me volví a mirar el paisaje que iba quedando atrás... los gigantescos árboles, la suntuosa mansión manchada por el tiempo. En el ensueño se alzaba un extraño conflicto de sentimientos entreverados, dulces y amargos. ¿Había sido demasiado dura y suspicaz con los moradores de aquella vetusta casa de mi familia? ¿Era justa la indignación de mi tío? ¿Volvería a conocer alguna vez paseos tan

agradables como algunos de los que gozara en compañía de mi querida Millicent a través de aquellas hermosas arboledas que iban quedando a mis espaldas? Y en aquel momento, con mi último atisbo de la fachada de Bartram-Haugh, vislumbré a la vieja y querida Mary Quince siguiéndonos con la mirada. La fuente de mis lágrimas volvió a manar. Agité el pañuelo desde la ventanilla, cuando ya los muros del parque se perdían por completo de vista, y, a muy buen paso, nos deslizamos por la empinada cuesta de la cañada entre los árboles, con su rocoso carácter de acantilado; y cuando, a continuación, surgió la carretera, Bartram-Haugh era una masa brumosa de bosque y chimeneas, laderas y hondonadas. Nos hallábamos a unos minutos de la estación.

CAPÍTULO LX

EL VIAJE

Y A en el andén, mientras esperábamos la llegada del tren, volví a mirar hacia las boscosas tierras altas de Bartram y más allá de éstas, hacia la hermosa sierra, azulenca y delicada en la lejanía, allende la cual se alzaba la bienamada y vieja casa de Knowl, donde mi padre y mi madre yacían enterrados junto con las escenas de mi infancia, nunca amargadas salvo por obra de la sibila que viajaba en el asiento contiguo al mío.

De haber mediado circunstancias más venturosas, mi temprana edad me habría hecho sentir enloquecida de placer ante la idea de ir a Londres por primera vez. Pero la oscura doña Zozobra iba sentada a mi lado, con su pálida mano sobre la mía, y en mis oídos resonaba sin cesar una voz de temor y advertencia, cuyas palabras me era imposible entender. Entre un fulgor de farolas atravesamos Londres hacia el oeste y, por unos momentos, la sensación de lo nuevo, y la curiosidad, vencieron mi desánimo, poniéndome a mirar ansiosamente por la ventanilla mientras madame, quien, pese a las fatigas de nuestro largo trayecto ferroviario, estaba de un humor excelente, me daba, con voz chirriante, retazos de información topográfica, pues Londres era un libro de estampas de sobra conocido para ella.

—Esto es Euston Square, querida..., Russell Square. Ahí está Oxford Street..., Haymarket. Mira, ése es el Teatro de la Ópera..., el Teatro de Su Majestad. Mira todos esos coches esperando...

Y así continuó, hasta que finalmente llegamos a una callecita que, según me dijo, estaba más allá de Piccadilly, y en la que nos detuvimos ante una casa particular —un hotel familiar, de acuerdo con la impresión que me produjo—, y me alegré de tener la ocasión de pasar una noche de descanso.

Rendida por la peculiar fatiga que provocan los viajes por ferrocarril, polvorienta, sintiendo algo de frío, con los ojos doloridos y cansados, subí las escaleras en silencio, a la zaga de nuestra gárrula y bulliciosa patrona, la cual nos condujo hasta nuestro dormitorio de dos camas mientras nos contaba la sin duda por ella tantas y tantas veces relatada historia de la casa, de su antaño noble propietario y de aquellos magníficos salones, ocupados cada año por el obispo de Rochet-on-Copeley durante las sesiones de la Junta.

Me habría gustado estar a solas, pero me hallaba excesivamente cansada y abatida para que nada me importase demasiado.

A la hora del té madame se mostró expansiva, como un gigante refrescado, y se puso a parlotear y canturrear; finalmente, viendo que yo empezaba a dar cabezadas, me aconsejó que me metiese en la cama mientras ella salía a la calle a ver a su «vieja y querida amiga *mademoiselle* St. Eloi, la cual estaría, con toda seguridad, levantada y se ofendería si no le hacía una visita, por breve que fuera».

Poco me importó lo que dijo; me sentía contenta de desembarazarme de ella aunque fuera por poco tiempo, y pronto me quedé profundamente dormida.

Ignoro al cabo de cuánto tiempo, pero luego la vi, como el personaje de un sueño, yendo de un lado para otro en la habitación mientras se quitaba sus prendas de vestir.

A la mañana siguiente tomó su desayuno en la cama mientras a mí, para mi alivio, se me dejaba enseñorearme de nuestra salita de estar para tomar el mío a solas; allí comencé a asombrarme de las escasas molestias que hasta el momento me había producido su compañía, y a especular sobre las oportunidades que se me ofrecían de hacer un viaje en condiciones tolerables de bienestar.

Nuestra patrona me concedió cinco minutos de su valioso tiempo. Su conversación versó principalmente sobre monjas y conventos, así como acerca de su vieja amistad con madame; según pude entender, en tiempos había regentado un negocio, sin duda harto ganancioso, consistente en escoltar a jóvenes señoritas a establecimientos del continente, y, pese a que en aquellos momentos no llegué a comprender del todo el tono en el que me lo decía, no sin frecuencia pensé, más tarde, que madame me había presentado como una joven destinada a la santa vocación de tomar los hábitos.

Cuando se hubo marchado me senté junto a la ventana y me puse a mirar la calle con indiferencia, viendo pasar algún que otro carruaje y, de vez en cuando, un viandante vestido a la moda; y me pregunté si aquella tranquila calle podía realmente ser una de las arterias próximas al corazón de la tumultuosa urbe.

Pienso que mi vitalidad nerviosa, en aquellos precisos momentos, no debía de ser sino un débil rescoldo, pues me traía absolutamente sin cuidado la novedad y el mundo de maravillas más allá de la ventana, cuya tristona tranquilidad me habría resultado odioso abandonar a cambio de una excursión por los esplendores de las calles y palacios que me rodeaban y sobre los cuales mis ojos no se habían posado.

Hasta la una, madame no vino a reunirse conmigo, y, hallándome de tan apagado humor y, sin duda, contenta de verse libre de mí, no me urgió a acompañarla en su paseo en coche.

Por la tarde, mientras tomábamos el té a solas en nuestra habitación, me entretuvo con una conversación muy extraña —en aquellos momentos ininteligible—, pero que, a partir de los acontecimientos subsiguientes, adquirió un significado aceptablemente claro.

En el transcurso de aquel día, madame me pareció, en dos o tres ocasiones, estar a punto de decir algo de grave importancia mientras me escrutaba con sus gélidos y malvados ojos.

Uno de los rasgos peculiares de su personalidad consistía en que, cuando se sentía acuciada por una preocupación que realmente la turbaba, su semblante no adoptaba, como habría sucedido en otras personas, una expresión triste o solícita, sino simplemente perversa. Su boca grande y hosca se contraía y las comisuras de los labios se le hundían pronunciadamente mientras sus ojos emitían un lúgubre y ceñudo fulgor.

Finalmente dijo, de pronto:

—¿Eres capaz de gratitud, Maud?

—Eso espero, madame —respondí.

—Y ¿cómo demuestras tu gratitud? Por ejemplo, ¿harías algo importante por alguien que hubiese corrido un *risque* por tu causa?

Inmediatamente se me pasó por la cabeza que me estaba sondeando a propósito de la pobre Meg Hawkes, de cuya fidelidad, no obstante la traición y la cobardía de su amante, Tom Brice, jamás dudé. Ello me hizo enseguida ponerme en guardia y mantenerme reservada.

—Gracias a Dios no existe, que yo sepa, ocasión para semejante servicio, madame. ¿Cómo puede nadie servirme, actualmente, y al mismo tiempo correr un peligro? ¿Qué quiere usted decir?

—¿Te gusta, por ejemplo, lo de ir al pensionado francés? ¿No preferirías algún otro arreglo?

—Por supuesto que habría otros arreglos que me gustarían más, pero no veo la utilidad de hablar de ellos, ya que no pueden ser —contesté.

—¿A qué otros arreglos te refieres, mi querida niña? —inquirió madame—. Supongo te refieres a que preferirías irte con lady Knollys.

—Mi tío no lo quiere así actualmente, y sin su consentimiento nada puede hacerse.

—Jamás lo consentirá, querida niña.

—Ya lo ha consentido, sin embargo..., cierto que no de forma inmediata, pero sí en breve plazo, cuando sus asuntos se arreglen.

—*Lanternes!*^[58] Jamás se arreglarán —dijo madame.

—Sea como fuere, por el momento debo ir a Francia. Milly parece muy feliz y me figuro que a mí también me gustará. En cualquier caso estoy contenta de abandonar Bartram-Haugh.

—Pero tu tío te volverá a llevar allí —dijo madame secamente.

—Es dudoso que él mismo vuelva a Bartram alguna vez —dije.

—¡Ah! —dijo madame con una prolongada entonación nasal—, tú piensas que yo te odio, y en eso te equivocas por completo, mi querida Maud. Al contrario, estoy muy interesada por ti... lo estoy, querida niña, tenlo por cierto.

Y puso sobre el dorso de la mía su mano grandona, de articulaciones deformadas por antiguos sabañones. Levanté los ojos y la miré a la cara. No estaba sonriendo. Al contrario, las comisuras de su ancha boca estaban hundidas lastimeramente, como

antes, y sus abisales ojos, ceñudos, estaban clavados en mi rostro.

El fulgor de aquella ironía suya que con gran frecuencia le iluminaba la cara solía parecerme inmensurablemente peor que cualquier otra expresión que pudiera adoptar, pero este opaco avizoramiento y lúgubre colapso de las facciones era aún más perverso.

—Supon que te llevara con lady Knollys y te colocara bajo sus cuidados, ¿qué harías tú, en tal caso, por la pobre madame?

Estas palabras me sobresaltaron interiormente. Miré su impenetrable rostro, pero de él no pude extraer nada, salvo miedo. De haberme hecho tal insinuación tan sólo dos días antes, creo que le habría ofrecido la mitad de mi fortuna. Pero las circunstancias habían cambiado. Ya no experimentaba el pánico de la desesperación. Tenía fresca en el recuerdo la lección recibida de Tom Brice, y la profunda desconfianza que madame me inspiraba estaba en su punto álgido. Ante mí sólo veía a una tentadora y una traidora, y, así pues, dije:

—¿Pretende usted insinuar, madame, que mi tutor no es de fiar y que debería huir de él, y que se halla usted realmente dispuesta a ayudarme a hacerlo?

Con esto le devolví, como se ve, la pelota. Mientras hablaba me la quedé mirando fijamente a la cara. Ella correspondió a mi mirada con la boca abierta y ojos extraños y avizorantes, gesto que a partir de aquel instante me estuvo rondando durante mucho tiempo. Sentadas ambas, y ambas guardando silencio, parecía como si cada una de nosotras se sintiera horriblemente fascinada por la mirada de la otra.

Por último cerró la boca con gesto serio y, mientras me contemplaba, frunció el entrecejo de modo aún más resuelto y significativo. Por fin, en tono bajo, dijo:

—Creo, Maud, que eres una criaturita astuta y malvada.

—El conocimiento no es lo mismo que la astucia, madame, ni es maldad el pedirle que diga explícitamente lo que pretende —repliqué.

—Pues bien, listilla mía, henos aquí a las dos jugando una partida de ajedrez sobre esta mesita, para decidir quién destruirá a la otra, ¿no es así?

—No permitiré que usted me destruya —le devolví la pulla, en un súbito arrebato.

Madame se puso en pie y se frotó la boca con su mano abierta. Me pareció un ser maligno vislumbrado en un sueño. Me asusté.

—¡Va a hacerme daño! —exclamé, sin saber apenas lo que decía.

—Si fuera, bien que te lo mereces. Eres muy maliciosa, *ma chère*. O quizá sólo muy estúpida.

Llamaron a la puerta.

—Adelante —grité, con una agradable sensación de alivio.

Entró una doncella.

—Una carta, señorita —dijo, entregándomela a mí.

—Es para mí —gruñó madame, arrebatándomela.

Había visto la letra de mi tío y el sello de correos de Feltram.

Madame rompió el lacrado y se puso a leer. Parecía contener sólo una palabra,

pues, tras la primera y fugaz ojeada, le dio la vuelta y examinó el interior del sobre, para a continuación volver al renglón que ya había leído.

Dobló la carta de nuevo, pasando las uñas a lo largo de los pliegues en un fuerte pellizco, mientras me avizoraba con ojos vacíos y titubeantes.

—Eres una pequeña estúpida e ingrata; estoy empleada por el señor Ruthyn y, por supuesto, soy leal a mi patrono. No quiero hablar contigo. Toma, puedes leerla.

Me tiró la carta encima de la mesa. No contenía sino estas palabras:

«Estimada madame:

Tenga la bondad de tomar esta tarde el tren de las ocho y media con destino a Dover. El alojamiento está dispuesto. Suyo affmo.

Silas Ruthyn».

No sé decir qué es lo que me infundió miedo en este breve aviso. ¿Acaso la gruesa línea que subrayaba la palabra «Dover», tan gratuita, y que me dio la vaga pero terrible sensación de algo preestablecido?

Dije a madame:

—¿Por qué está subrayado «Dover»?

—No lo sé, tontita, no más que tú. ¿Cómo puedo saber lo que pasaba por la cabeza de tu tío cuando hizo esa marca?

—¿No tiene ningún significado, madame?

—¿Cómo puedes decir esas cosas? —contestó, más en concordancia con sus maneras de siempre—. ¡O te estás burlando de mí o te estás volviendo verdaderamente idiota!

Hizo sonar la campanilla, pidió la cuenta y se entrevistó con nuestra patrona mientras yo hacía algunos apresurados preparativos en nuestra habitación.

—No te preocupes por las maletas, nos seguirán de inmediato. Vámonos, niña..., sólo nos queda media hora para coger el tren.

Jamás hubo ni habrá nadie capaz, como madame, de tantos ajetreos cuando se terciaba. A la puerta aguardaba un coche de alquiler, en el que me acució a introducirme. Di por supuesto que ella daría todas las instrucciones necesarias, y me recosté en el asiento, cansadísima y soñolienta ya, pese a ser tan temprano, en tanto la escuchaba gritar sus adioses desde el estribo del coche y contemplaba los revuelos de su capa, cual las alas de un cuervo al que molestan estando sobre su presa.

Al fin se metió dentro y el coche arrancó y echó a rodar entre resplandores de farolas y escaparates de tiendas todavía abiertas; gas por doquier, coches de alquiler, omnibuses y furgones esparciendo su estruendo aún por las calles. Me hallaba demasiado cansada y deprimida para ponerme a mirar todas aquellas cosas. Madame, por el contrario, no dejó de asomar la cabeza por la ventanilla hasta que llegamos a la estación.

—¿Dónde están los demás bultos? —pregunté, en tanto madame encomendaba a mi atención su maletín y mi bolsa en el vestíbulo de la estación.

—Nos los enviarán con Boots en otro coche y llegarán a nuestras manos sanos y salvos en este mismo tren. Tú ocúpate de estos dos que llevaremos con nosotras en el vagón.

Y nos metimos en el vagón, junto con el maletín de madame y mi bolsa; madame se quedó de pie en la portezuela, ahuyentando, pienso, a los posibles compañeros de compartimiento con su estatura y su estridencia.

Finalmente la campana le hizo ocupar su asiento, la portezuela se cerró bruscamente, sonó el silbato y nos pusimos en marcha.

CAPÍTULO LXI

NUESTRO DORMITORIO

HABÍA pasado una noche espantosa y, de hecho, durante muchas otras no había dormido de acuerdo con mis necesidades. Todavía imagino a veces que acaso con el té ingiriera algo que contribuyese a hacerme sentir tan irresistiblemente adormilada. La noche era muy oscura..., no había luna y las estrellas pronto se ocultaron tras los cúmulos de nubes. Madame estaba rumiando en su asiento, con sus mantas encima, mientras yo, arropada de forma similar, trataba, en mi rincón, de mantenerme despierta. Madame pensó, a todas luces, que me había quedado ya dormida, pues subrepticamente sacó del bolsillo una cantimplora y se la llevó a los labios, lo que hizo que se esparciera un aroma a aguardiente.

Pero era vano luchar contra el influjo que sigilosamente se iba apoderando de mí, y pronto caí en un letargo profundo y sin sueños.

Finalmente madame me despertó en medio de un enorme ajetreo. Había bajado todas nuestras cosas y las llevaba apresuradamente hacia un coche cerrado que nos aguardaba a poca distancia. Todavía reinaba la oscuridad y en el firmamento no había estrellas. Avanzamos por el andén, yo medio dormida, en tanto el mozo de cuerda llevaba nuestras mantas de viaje bajo el resplandor de un par de mecheros de gas adosados a la pared, hasta salir por una pequeña puerta al fondo.

Recuerdo que madame, en contra de su costumbre, dio al hombre algún dinero. Bajo la difusa luz de las lámparas del coche nos introdujimos en su interior y tomamos asiento.

—¡Siga! —chilló madame, y cerró las ventanillas tirando de ellas hacia arriba con gran empuje. Así nos quedamos, envueltas en la oscuridad y el silencio, condiciones sumamente favorables para la meditación. Mi sueño no había sido tan reparador como fuera de desear; me sentía febril, fatigada y todavía muy soñolienta, aunque incapaz de volver a dormirme.

Dormité a saltos; a veces me quedaba despierta, o medio despierta, no pensando pero, en cierto modo, sí imaginando qué clase de lugar sería Dover; pero, demasiado cansada y apática para hacer a madame pregunta alguna, me recliné en el asiento, limitándome a contemplar cómo los setos, grises bajo la luz de los fanales, iban quedando atrás, deslizándose en la tiniebla.

Nos desviamos de la carretera principal, en ángulo recto, y nos detuvimos.

—Baje y empújela, está abierta —chilló madame desde la ventanilla.

De este modo atravesamos, supongo, una verja, pues, cuando reanudamos el vivo trote, madame vociferó en el interior del coche:

—Ahora estamos ya dentro de los terrenos del hotel.

La oscuridad y el silencio volvieron a reinar, y yo caí en otro sopor, al despertarme del cual me di cuenta de que nos habíamos detenido y madame estaba de pie sobre el peldaño, casi a ras del suelo, de una puerta abierta, pagando al cochero. La propia madame arrastró al interior del edificio el maletín y la bolsa. Me sentía demasiado cansada para importarme qué había sido del resto del equipaje.

Bajé, lanzando miradas a derecha e izquierda, pero nada era visible, salvo un retazo de luz, proveniente de los fanales, sobre el suelo pavimentado y la pared.

Entramos en el recibidor o vestíbulo, y madame cerró la puerta, en cuya cerradura creí oír dar vuelta a la llave. Estábamos totalmente a oscuras.

—¿Y las luces, madame..., y la gente? —pregunté, ya más despierta que antes.

—Son las tres pasadas, niña, pero aquí siempre hay luz.

Estaba a un lado, buscando algo a tientas, y al cabo de un instante encendió un fósforo y, con él, una vela de dormitorio.

Nos hallábamos en un pasillo enlosado, bajo un arco a la derecha, a la izquierda del cual se abrían largos corredores de baldosas, perdiéndose en la oscuridad. Una escalera de caracol, apenas lo suficientemente ancha para que por ella cupiera madame llevando a rastras su bolsa, conducía hacia arriba a través de un arco situado en un rincón a la derecha.

—Vamos, querida niña, coge tu bolsa; no te preocupes por las mantas de viaje; no hay peligro de que se las lleven.

—Pero ¿adónde vamos? ¡No hay nadie! —dije, mirando a mi alrededor extrañada. Como recepción en un hotel, era ciertamente asombrosa.

—No te preocupes, mi querida niña. Saben que he venido y siempre me tienen la misma habitación preparada cuando les escribo para reservarla. Sígueme tranquilamente.

Siguió, así pues, subiendo, con la vela en la mano. La escalera era empinada, y larga la marcha. Nos detuvimos en el segundo rellano y penetramos en un pasillo fosco y sucio. Durante todo el ascenso no habíamos oído un solo ruido que delatara la presencia de vida, ni habíamos visto un solo ser humano o pasado junto a una lámpara de gas.

—Voilà! ¡He aquí mi vieja y querida habitación! Entra, queridísima Maud.

Así lo hice. La habitación era grande y de techo alto, pero desherrapada y lóbrega. Había en ella un alto lecho de cuatro postes, con el pie junto a la ventana y unas cortinas verde oscuro, de tejido de felpa o terciopelo, que se asemejaban a un polvoriento paño mortuario. El resto del mobiliario era escaso y viejo, y un raído y deshilachado rectángulo de alfombra cubría un trozo del suelo. La estancia era torva y espaciosa, y su atmósfera era fría, semejante a la de una cripta, cual si durante mucho tiempo hubiese permanecido deshabitada; sin embargo, en el guardafuegos de

la chimenea, y debajo de él, había escoria. La imperfecta iluminación que nos proporcionaba nuestra vela de sebo daba a todo esto un aspecto aún más inhóspito.

Madame colocó la vela sobre la repisa de la chimenea, cerró la puerta con llave y se la metió en el bolsillo.

—En los hoteles siempre lo hago así —dijo, haciéndome un guiño.

Y con un largo «¡ahí!», expresión de fatiga y alivio, se dejó caer sobre una silla.

—¡Por fin estamos aquí! —dijo—; estoy contenta. Ahí tienes tu cama, Maud. La mía está en el tocador.

Cogió la vela y yo entré con ella. Una desgastada cama turca, una silla y una mesa constituían todo el mobiliario; más que un tocador era un gabinete, y no tenía otra puerta que aquella por la que habíamos entrado. Volvimos a entrar en el dormitorio y, muy cansada y con la mente llena de interrogantes, me senté en el borde de la cama y bostecé.

—Espero que nos llamen a tiempo para el barco —dije.

—¡Oh sí, nunca fallan! —respondió ella, mirando con fijeza su maletín, al que comenzó a quitar diligentemente las correas.

Pese a lo poco acogedora que era mi cama, estaba deseosa de meterme en ella, y, tras hacer las abluciones que nuestro viaje hacía necesarias, acabé por acostarme, no sin antes haber clavado religiosamente mi talismático alfiler, con su cabeza de lacre, en la almohada.

Nada escapaba al ojo inquieto de madame.

—¿Qué es eso, querida niña? —preguntó, acercándose y escudriñando la cabeza del amuleto gitano, que, sobre la tela, parecía una pequeña mariquita recién posada.

—Nada... un amuleto... tonterías. Por favor, madame, déjeme dormir.

Y, volviendo a mirarlo y a jugar con él sujetándolo entre el pulgar y el índice, pareció darse por satisfecha; mas, para mi desgracia, lo que no parecía era tener sueño en absoluto. Anduvo ajetreada en desempaquetar y desplegar sobre el respaldo de la silla la serie entera de sus compras londinenses... vestidos de seda, un chal, una especie de *demicoiffure* de encaje, entonces de moda, y toda una variedad de artículos.

Aquella que, entre todas las mujeres, era la más vanidosa y la más desaseada —una simple pazpuerca puertas adentro del hogar, y un maniquí de costurera puertas afuera—, sobre la repisa de la chimenea tenía un espejo de treinta centímetros cuadrados, y en él se puso a ensayar efectos y a poner grotescas sonrisitas en su siniestra y demacrada cara.

Sabía que el método más seguro para prolongar aquella pesadez era expresar el malestar que me provocaba, de modo que lo soporté con la mayor calma que pude, y, finalmente, me dormí rápidamente con la horrenda imagen de madame sosteniendo entre el pulgar y el índice un festón de seda gris y una banda color cereza, y sonriendo por encima del hombro hacia el espejito de afeitar sobre la repisa de la chimenea.

Súbitamente me desperté por la mañana y me incorporé en la cama, en un momentáneo y completo olvido de todo lo relacionado con nuestro viaje. Al cabo de un instante, sin embargo, todo volvió a hacerse presente.

—¿Estamos a tiempo, madame?

—¿Para el barco? —inquirió, con una de sus encantadoras sonrisas, dando una cabriola sobre el suelo—. Por supuesto que sí; no creerás que ellos van a olvidarse. Aún nos quedan dos horas de espera.

—¿Se puede ver el mar desde la ventana?

—No, queridísima niña; ya tendrás tiempo para verlo.

—Quisiera levantarme —dije.

—Ya habrá tiempo para eso, mi querida Maud; estás fatigada; ¿estás segura de que te encuentras bien?

—Lo bastante bien para levantarme; mejor me encontraría, pienso, fuera de la cama.

—No hay prisa, ¿sabes? Ni siquiera hace falta que vayas en el primer barco. Tu tío me ha dicho que yo lo decida a mi criterio.

—¿Hay agua?

—La traerán.

—Por favor, madame, toque la campanilla.

Tiró de la cuerda con alacridad. Más tarde me enteré de que no sonó.

—¿Qué ha sido de mi alfiler gitano? —pregunté, cundiendo en mí un inexplicable desánimo.

—¡Oh! ¿El alfilercito de cabeza colorada? Quizá se haya caído al suelo; cuando te levantes lo encontrarás.

Sospeché que me lo había cogido sólo por mortificarme. Era exactamente lo que le habría gustado hacer. Me resulta imposible describir hasta qué punto me deprimió e irritó la pérdida de aquel pequeño «sortilegio». Busqué en la cama, revolví entre la ropa de la misma, por dentro y por fuera, hasta que finalmente me di por vencida.

—¡Qué odioso! —exclamé—. ¡Alguien me lo ha robado sólo para molestarme!

Y, como la tonta que era, me arrojé sobre la cama, hundí la cara en ella y me eché a llorar, en parte de rabia y en parte de abatimiento.

Pero al cabo de un rato se me pasó. Tenía la esperanza de recuperarlo. Si era madame quien me lo había robado, aún aparecería. Pero entre tanto su desaparición me turbaba como un mal agüero.

—Me temo, mi querida niña, que no estás muy bien. ¡Es realmente extrañísimo que armes tanto alboroto por un alfiler! ¡Nadie lo creería! ¿No te parece un buen plan el tomar el desayuno en la cama?

Durante un rato continuó insistiendo sobre este punto. Sin embargo, habiendo recuperado al fin el dominio sobre mí misma, y resuelto mantenerme, de forma ostensible, en buenas relaciones con madame, la cual podría contribuir a que el resto de mi viaje resultase sustancialmente desdichado, amén de perjudicarme gravemente

a mi llegada, dije tranquilamente:

—Bien, madame, sé que es una cosa muy tonta, pero es que venía conservando esa bobada de alfilercito desde hace tanto tiempo y con tanto mimo, que había acabado por encariñarme con él; pero supongo que se ha perdido, y debo resignarme, aunque no pueda reírme como usted. Así que voy a levantarme y vestirme.

—Creo que harás bien en reposar todo cuanto puedas —contestó madame—; pero, como quieras —añadió, viendo que ya me estaba levantando.

Tan pronto como me hube puesto encima algunas prendas, dije:

—¿Son bonitas las vistas desde la ventana?

—No —dijo madame.

Me asomé y vi un desolado cuadrilátero de manipostería, en uno de cuyos lados estaba situada mi ventana. Mientras miraba se alzó ante mi un sueño.

—Este hotel —dije, perpleja—. ¿Es un hotel? La verdad es que... es que ¡es exactamente igual que el patio interior de Bartram-Haugh!

Madame entrelazó de golpe sus grandonas manos, hizo un fantástico *chassé* en el suelo, prorrumpió en una risotada nasal, como el chillido de una cotorra, y dijo:

—Bueno, queridísima Maud... ¡bonita broma!

Mi confusión era tan absoluta que no pude sino mirar a mi alrededor con ojos desorbitados y en un estúpido silencio, espectáculo que hizo a madame repetir sus risotadas.

—¡Estamos en Bartram-Haugh! —dije de nuevo, sumida en un total consternación—. ¿Cómo ha sido posible?

No obtuve otra respuesta que alaridos de risa y una de esas danzas de Walpurgis en las que tan excelente bailarina se mostraba.

—Es una equivocación... ¿verdad? ¿Qué es esto?

—Todo una equivocación, por supuesto. Bartram-Haugh se parece muchísimo a Dover, como saben todos los filósofos.

Me senté en completo silencio, mirando por la ventana hacia el profundo y sombrío recinto mientras trataba de comprender la realidad y el sentido de todo aquello.

—Bien, madame, supongo que a mi tío podrá usted convencerle de su fidelidad e inteligencia, pero a mí me parece que su dinero ha sido malgastado y sus órdenes cualquier cosa menos cumplidas.

—¡Ja, ja! No importa; creo que me perdonará —rió madame.

Su tono me asustó. Empecé a pensar, con una vaga pero abrumadora sensación de peligro, que había actuado bajo las maquiavélicas directrices de su superior.

—¿Me ha traído usted de vuelta, entonces, por orden de mi tío?

—¿He dicho yo eso?

—No, pero lo que ha dicho no puede tener otro sentido, aunque me sea imposible creerlo. ¿Y por qué se me ha traído aquí? ¿Qué finalidad tiene toda esta doblez y este ardid? Quiero saberlo. No es posible que mi tío, que es un caballero y pariente mío,

sea cómplice de tan indigna maniobra.

—Primero tómate el desayuno, querida Maud; luego puedes irle con el cuento a tu tío, *monsieur* Ruthyn, y más tarde te enterarás de lo que piensa de mi terrible mal comportamiento. ¡Qué bobada, niña! ¿Es que no puedes pensar en las muchas cosas que tal vez hagan cambiar a tu tío sus planes? ¿Acaso no se encuentra en peligro de que lo detengan? ¡Bah! Todavía eres una niña. Vístete y mandaré traer el desayuno.

No podía comprender la estrategia que había sido practicada conmigo. ¿Por qué me habían engañado tan desvergonzadamente? Si estaba decidido que me quedase, ¿por qué motivo imaginable me habían enviado tan lejos en mi viaje a Francia? ¿Por qué me habían traído de regreso con tanto misterio? ¿Por qué me habían trasladado a esta habitación incómoda y desolada, en el mismo piso en el que Charke había hallado la muerte, y sin ninguna ventana que diera a la fachada de la casa, ni otras vistas sino las del hondo patio recrecido de maleza, cuyo aspecto era el de un cementerio abandonado en una ciudad?

—Supongo que podré marcharme a mi habitación —dije.

—Hoy no, mi querida niña, pues cuando nos fuimos se quedó sin arreglar; dentro de dos o tres días estará lista otra vez.

—¿Dónde está Mary Quince? —pregunté.

—¡Mary Quince!... Ha ido a Francia a reunirse con nosotras —dijo madame, saliendo con aquella pata de gallo—. No están seguros de adonde irán ni de qué harán hasta dentro de uno o dos días más. Voy a buscar el desayuno. *Adieu*, sólo por un instante.

Dicho esto, madame salió de la habitación, y yo creí oír la llave girando por fuera en la cerradura.

CAPÍTULO LXII

SURGE UNA CARA CONOCIDA

NADIE podrá, si jamás ha tenido esa vivencia, hacerse una idea del enfado y el horror que se sienten bajo el siniestro insulto de ser encerrado en una habitación, como yo descubrí al intentar abrir la puerta.

La llave estaba en la cerradura, podía verla a través del ojo de la misma. Me puse a llamar a madame, a zarandear la sólida puerta de roble, a golpear sobre ella con mis manos, a darle patadas..., pero todo en vano.

Me precipité en la habitación contigua, olvidando, si es que me había fijado en ello, que no tenía puerta alguna que diera al corredor. Me di la vuelta, presa de una perplejidad a un tiempo rabiosa y acongojada, y, al igual que los prisioneros en las novelas, me puse a inspeccionar las ventanas.

Sorpresa y terror es lo que sentí al comprobar en la realidad lo que aquéllos comprueban ocasionalmente... ¡una serie de barrotes de hierro de parte a parte de la ventana! Estaban firmemente sujetos al marco de madera de roble, y, además, cada ventana estaba tan sólidamente atornillada que no podía abrirse. El dormitorio se había convertido en una prisión. Me iluminó una esperanza momentánea: quizá todas las ventanas tuvieran el mismo sistema de seguridad. Pero no había tal cosa: aquellas carcelarias precauciones se limitaban a las ventanas a las que yo tenía acceso.

Durante unos minutos me sentí absolutamente enloquecida, pero reflexioné y me dije que ahora más que nunca me era preciso controlar mis terrores y hacer uso de cualquier facultad que poseyese.

Me monté en una silla e inspeccioné el marco de madera. Creí detectar, aquí y allá, señales recientes de formón. También los tornillos parecían nuevos; éstos y las cicatrices dejadas sobre el marco habían sido untados hacía poco con alguna sustancia colorante, a guisa de disfraz.

Me encontraba llevando a cabo estas observaciones cuando oí girar la llave sigilosamente. Sospecho que madame pretendía sorprenderme. Rara vez eran audibles sus pasos al aproximarse; sus andares eran tan silenciosos como los de la tribu felina.

Cuando entró, yo estaba en el centro del cuarto, frente a ella.

—¿Por qué cerró la puerta, madame? —pregunté.

Se deslizó al interior de la habitación, con una sonrisita insidiosa en los labios, y se apresuró a cerrar la puerta con llave.

—¡Sss! —bisbiseó madame, alzando la ancha palma de su mano; y a continuación, chupándose hacia dentro los carrillos, lanzó una miradita por encima del hombro hacia el pasillo.

—¡Sss! Estáte calladita, niña mía, haz el favor, y enseguida te lo contaré todo.

Dejó de hablar y colocó una oreja contra la puerta.

—Ahora ya puedo hablar, *ma chère*; he de decirte que en la casa hay un alguacil. ¿Uno? ¡No: dos, tres, cuatro de esos tipos impertinentes! Y han traído consigo a otro, tan malo como ellos, para que haga una lista del mobiliario... Hemos de mantenerlos fuera de estas habitaciones, querida Maud.

—Dejó usted la llave por fuera en la cerradura —repliqué— y eso no es mantenerlos a ellos fuera, sino a mí dentro, madame.

—¿De veras la dejé por fuera? —exclamó madame con las manos en alto y un semblante tan auténticamente consternado que, por un momento, me hizo titubear.

Por su naturaleza, los engaños de aquella mujer, si bien rara vez me convencían, con frecuencia me desconcertaban.

—De veras pienso, Maud, que todas estas alteraciones y nerviosismos me van a volver tarumba.

—Y en las ventanas hay colocados barrotes de hierro... ¿para qué? —pregunté en un severo susurro mientras señalaba con el dedo hacia aquellas torvas medidas de seguridad.

—Están puestos hace más de cuarenta años, cuando sir Philip Aylmer residía aquí y éste era el cuarto de los niños; tenía miedo de que pudieran caerse por la ventana.

—Pues si mira usted, verá que esos barrotes han sido colocados hace muy poco; los tornillos y las marcas son completamente nuevos.

—¿De veras? —exclamó madame, en un tono enfático y arrastrante, justo con la misma consternación de antes—. Bueno, querida mía, lo que te acabo de decir es lo que me han dicho a mí abajo cuando les pregunté por el motivo. Déjame ver.

Y madame se montó en una silla y se puso a escudriñar con mucha curiosidad, aunque le fue imposible estar de acuerdo conmigo respecto a la muy reciente fecha de la obra de carpintería.

Creo que no hay falsía tan exasperante como la que finge no ver aquello que es absolutamente palpable.

—¿Pretende usted decir, madame, que esas marcas de formón y esos tornillos tienen cuarenta años?

—¿Y qué sé yo, niña? ¿Qué importa si son cuarenta o catorce años? ¡Bah! Otras cosas tenemos en las que pensar. ¡Esos malvados! ¡Estoy contenta, al menos, de ver que en nuestra habitación hay barrotes y cerrojos, llave y cerradura para mantener a raya a esos bribones!

En ese momento se oyó llamar a la puerta y madame contestó rápidamente con un nasal «¡un instante!», tras lo cual entreabrió la puerta y sacó sigilosamente la cabeza por la rendija.

—Bien, de acuerdo. Nada más. Váyase.

—¿Quién está ahí? —exclamé.

—¡Cierre la boca! —dijo madame imperiosamente al visitante, cuya voz me pareció reconocer—, ¡váyase!

Y madame volvió a salir, cerrando la puerta con llave, aunque esta vez regresó inmediatamente trayendo una bandeja con el desayuno.

Pensé que ella me imaginaba capaz de escaparme; pero ello, entonces, ni se me pasó por la cabeza. Madame depositó a toda prisa la bandeja en el suelo frente al umbral y procedió a cerrar con llave la puerta, como hiciera antes.

Mi desayuno consistió en un poco de té, pero las digestiones de madame rara vez se veían perturbadas por sus compasiones, de modo que comió vorazmente. Durante este proceso hubo un silencio insólito en su compañía, pero cuando terminó sugirió realizar un reconocimiento, manifestando gran incertidumbre respecto a si mi tío habría sido o no detenido.

—En caso de que a este pobre y anciano caballero lo pongan en esto que ustedes llaman «a la sombra», ¿adónde habremos de ir, mi querida Maud? ¿A Knowl o a Elverston? Eres tú quien tiene que decirlo.

Y, dicho esto, desapareció, haciendo girar la llave como antes. Era una antigua costumbre suya el encerrarse en su cuarto y dejar la llave puesta en la cerradura, hábito que prevalecía, pues de nuevo la dejó allí.

Con el corazón abrumado de los últimos toques a mi sencillo atuendo, sin dejar de preguntarme durante todo el rato cuánto podría haber de falso y cuánto de veraz — caso de que alguna veracidad hubiera— en la historia de madame. Acto seguido eché una mirada al mugriento patio, a su profunda y húmeda sombra, y pensé: «¿Cómo pudo el asesino haber escalado sin riesgo aquella altura, y entrado tan silenciosamente que no despertó al dormido jugador?». Pues mi ventana se hallaba atravesada de barrotes de hierro. ¡Qué estúpida había sido al poner objeciones a aquella medida de seguridad!

Hice denodados esfuerzos por tranquilizarme y mantener a raya todas aquellas lóbregas sospechas, pero no obstante me habría gustado que mi habitación diera a la fachada de la casa, con vistas menos lúgubres.

Perdida en estas temerosas rumias mientras miraba por la ventana, me vi sobresaltada por el ruido de unas vivaces pisadas en el pasillo y el de la llave girando en la cerradura de mi puerta.

Presa del pánico, retrocedí precipitadamente hasta un rincón y allí me quedé, en pie, con los ojos clavados en la puerta, la cual se abrió un poco, dejando asomar la morena cabeza de Meg Hawkes.

—¡Oh, Meg! ¡Gracias a Dios! —exclamé.

—Me figuraba que era usted, señorita Maud. Tengo miedo, señorita.

La hija del molinero estaba pálida y me pareció que tenía los ojos hinchados y enrojecidos.

—¡Oh, Meg! Por amor de Dios, ¿qué es todo esto?

—No me atrevo a entrar. El viejo ha bajado y ha cerrado con llave la puerta del corredor, dejándome a mí de vigilancia. Se creen que usted a mí no me importa nada, tanto como a ellos. No estoy enterada de todo, pero sí sé más que ella. A ella no le dicen nada, por lo de que le gusta tanto empinar el codo; dicen que no es de fiar, y que es muy liosa. Les oigo decir muchas cosas cuando el señorito Dudley y mi padre están de palique en el molino. Se piensan que no me fijo, porque estoy siempre entrando y saliendo, pero voy atando cabos. ¡No coma ni beba nada aquí, señorita! ¡Esconda esto; es muy negro, pero bueno!

Y se sacó del delantal un trozo de pan negro.

—Procure esconderlo. Y no beba otra agua que la de esa jarra de ahí... es de manantial.

—¡Oh, Meg, Meg! Sé lo que quieres decir —dijo, en un hilo de voz.

—¡Ay, señorita! Tengo miedo de que lo intenten, que intenten librarse de usted de alguna manera. En cuanto oscurezca iré a ver a sus amigos; no me atrevo a ir antes. Iré a Elverston, a casa de su señora prima, y me los traeré conmigo en un santiamén; así que no pierda el ánimo, muchacha. Meg Hawkes la ayudará. Usted se ha portado conmigo mejor que mi padre y mi madre, y que yo misma —dijo, rodeándome por la cintura y sepultando la cabeza en mi vestido—; y yo, cariño, por usted estoy dispuesta a dar mi vida, y si le hacen daño, me mataré.

Pronto recobró su humor más grave.

—Ni una palabra, muchacha —dijo, en su tono de siempre—. No intente escapar... la matarían... no puede hacerlo. Déjemelo a mí. Sea lo que sea, no ocurrirá hasta las dos o las tres de la mañana, y yo los habré traído aquí mucho antes; así que... ¡ánimo, muchacha!

Supongo que oyó, o imaginó oír, pasos que se acercaban, pues hizo:

—¡Sss!

Su rostro pálido y desencajado desapareció, la puerta se cerró rápida y silenciosamente, y la llave volvió a girar en la cerradura.

Meg, con sus toscas maneras, había hablado en voz baja, casi en un bisbiseo; pero jamás profecía alguna chillada por la Pitonisa atronó tan enloquecedoramente en los oídos de quien la escuchara. Me figuro que Meg me supuso prodigiosamente inalterada por sus palabras, pero yo sentía que la mirada se me espesaba y que la carne y los huesos, literalmente, se me helaban. Meg no se dio cuenta de que cada palabra que pronunciaba estallaba en mi cerebro como un fogonazo. Me había hecho su pavorosa advertencia y me había contado aquella historia de forma ruda y brusca, lo que equivale a decir de forma clara y concisa. Me figuro que un anuncio hecho de aquel modo, como una rápida y audaz incisión quirúrgica, era más tolerable que una lenta e imperfecta mutilación que titubea y retrocede y se confunde con la tortura. Hacía ya mucho rato que madame estaba ausente. Me senté junto a la ventana y traté de evaluar mi pavorosa situación. Yo era estúpida..., todo lo que veía era espantoso,

mas sin embargo lo contemplaba como a veces contemplamos ciertos horrores — cabezas cortadas y edificios calcinados—, como en un sueño, sin sus correspondientes emociones. Me parecía que todo aquello no me estaba pasando realmente a mí. Me veo, en la memoria, sentada junto a la ventana, mirando, con ojos parpadeantes, hacia el lado opuesto del edificio, como quien, pese a sus esfuerzos, es incapaz de ver con claridad un objeto, y, a cada minuto, llevándome la mano a un lado de la cabeza y diciendo: «¡No, no puede ser... no puede ser...! ¡Oh, no! ¡Nunca! ¡Eso no es posible!».

Al regresar madame me halló en este estado de anonadamiento.

Pero el valle de la sombra de la muerte posee sus diversidades de horror. El «horror de la gran tiniebla» se ve perturbado por voces e iluminado por visiones. Hay momentos de incapacidad y derrumbe, seguidos por paroxismos de terror activo. Tal es lo que hallé en mi viaje a través de aquellas largas horas: tormentos que se diluían en el letargo y letargos que de nuevo estallaban en un frenesí. A veces me pregunto cómo pude recorrer aquella ordalía sin llegar a perder el juicio.

Madame cerró con llave la puerta y, sin hacerme caso, se entretuvo con sus asuntos mientras canturreaba pequeños retazos de nasales cancioncillas francesas y contemplaba con una bobalicona sonrisa el despliegue, a la luz del día, de sus compras de sedas. De pronto se me ocurrió que estaba muy oscuro, para lo temprano que era. Miré mi reloj; el esfuerzo de concentración que hube de emplear para distinguir lo que marcaba me pareció muy grande. ¡Las cuatro! ¡A las cinco sería de noche..., dentro de una hora!

—Madame, ¿qué hora es?, ¿es ya por la tarde? —exclamé, con la mano en la frente, como alguien que se siente desconcertado.

—Pasan dos o tres minutos de las cuatro. Las cuatro menos cinco tenía yo cuando subía las escaleras —contestó desde la ventana, sin dejar de examinar un trozo de encaje zurcido que sostenía en la mano muy cerca de los ojos.

—¡Oh, madame, madame! ¡Estoy asustada! —exclamé con voz desquiciada y lastimera, agarrándome de su brazo y levantando mis ojos hacia los suyos inexorables, cual náufrago que eleva su última mirada al cielo. También madame parecía asustada, pensé, mientras avizoraba mi rostro. Finalmente, y con bastante enfado, se soltó de una sacudida y dijo:

—¿Qué pretendes, niña?

—¡Oh, sálveme, madame... sálveme... sálveme...! —imploré con la feroz monotonía del terror absoluto, agarrándome, aferrándome a su vestido y alzando mis ojos, con el semblante acongojado, hacia los de aquella sombría Átropos^[59].

—¡Salvarte! ¡O sea que... salvarte! ¡Qué *niaiserie*!

—¡Oh, madame, querida madame! ¡Por el amor de Dios, sáqueme de aquí..., lléveseme de aquí, y durante el resto de mi vida haré lo que me pida... lo haré, madame, de veras, lo haré! ¡Oh, sálveme, sálveme, sálveme!

Me aferraba a madame como a mi ángel de la guarda en la hora de la agonía.

—¿Y quién te ha dicho a ti, niña, que estés en ningún peligro? —preguntó madame, posando sobre mí sus negros y avizorantes ojos, semejantes a los de una bruja.

—¡Lo estoy, madame..., estoy en gran peligro! ¡Oh, madame, piense en mí..., tenga piedad de mí! ¡No tengo a nadie que me ayude salvo Dios y usted!

Durante todo este tiempo madame me estuvo contemplando con la misma lúgubre y penetrante mirada con la que una hechicera podría leer el futuro en mi rostro.

—Bueno, puede que sí... ¿cómo voy a saberlo? Puede que tu tío esté loco... y puede que lo estés tú. Siempre fuiste mi enemiga... ¿por qué habría de quererte?

De nuevo estallé en acongojadas súplicas y, agarrándome a ella con todas mis fuerzas, rogué e imploré sin tregua, con mortal amargura.

—No tengo la menor confianza en ti, pequeña Maud; eres una briboncilla... *petite traîtresse!* Reflexiona, si puedes, sobre el trato que diste siempre a madame. Intentaste causarme la ruina..., conspiraste en Knowl con los malvados sirvientes para destruirme... ¡y esperas que ahora me ponga de tu lado! Nunca quisiste escucharme..., me trataste sin piedad..., te uniste a los que me echaron de tu casa como el que echa a un lobo. Y bien, ¿qué esperas de mí ahora? ¡Bah!

Aquel terrorífico «¡Bah!», pronunciado con un largo y nasal aullido de desprecio, resonó en mis oídos como un trueno.

—Te digo, *petite insolente*, que estás loca si supones que habría de quererte más de lo que la pobre liebre ama al sabueso, o que el pájaro que acaba de escapar ama al *oiseleur*^[60]. No te quiero... No tengo obligación de quererte. Ahora te ha llegado a ti el turno de sufrir. Tiéndete en tu cama y sufre en silencio.

CAPÍTULO LXIII

CLARETE PICANTE

No me acosté. Estaba desesperada. Me puse a dar vueltas y vueltas por la habitación, retorciéndome las manos, totalmente enloquecida. Me arrodillé al pie de la cama. No podía rezar, tan sólo era capaz de tiritar y gemir, con las manos entrelazadas y mis horrorizados ojos elevados hacia el cielo. Pienso que madame, a su maligno modo, se quedó perpleja. Madame estaba persuadida de que algún mal se tramaba contra mí, sí, de ello no me cabe duda, pero me figuro que Meg Hawkes tenía razón al decirme que no estaba por entero al corriente de sus secretos.

El primer paroxismo de desesperación remitió hasta transformarse en otro estado de ánimo. De pronto mi mente se llenó de la idea de Meg Hawkes, de su empeño y de mis oportunidades de escapar. Hay un punto en la carretera que conduce a Elverston donde ésta se empina en una breve cuesta: hay allí una brusca curva y dos grandes fresnos con un portillo en medio, a la derecha del camino, cubierto de hiedra. Al pasar en coche, ora en el recorrido de ida, ora en el de vuelta, no recordaba haberme fijado especialmente en este punto de la calzada; pero ahora lo tenía ante mí, bajo la menguada luz del más fino segmento de luna, y la figura de Meg Hawkes, de espaldas a mí, subía sin tregua hacia Elverston. Era siempre la misma imagen —el mismo movimiento sin progreso—, la misma espantosa incertidumbre e impaciencia.

Sentada ya al borde de la cama, contemplaba la habitación con ojos anhelantes. Cuando no veía a Meg Hawkes, vislumbraba a madame lanzando oscuras ojeadas primero hacia un punto, después hacia otro, de la estancia, absorta, a todas luces, en la elucidación de algún desconcertante problema, y de uno de sus humores más fieros..., a veces mascullando algo para sus adentros, otras sacando para fuera, cuando no rechupándola hacia dentro, su grandona boca.

Se metió en su habitación, y allí se quedó por espacio, pienso, de casi diez minutos, y a su regreso había un algo en el fulgor de sus ojos, en el brillo del semblante y en la peculiar fragancia que la rodeaba, revelador de que había estado ingiriendo su «reconstituyente» predilecto.

Yo no me había movido desde que ella abandonara mi habitación.

Se detuvo en medio de la estancia y se puso a avizorarme con lo que sólo puedo describir como su mirada de bestia salvaje.

—Los Ruthyn sois una familia muy *secrète*... y tan astutos... Odio a la gente astuta. A fe mía que voy a ir a ver al señor Silas Ruthyn y le voy a preguntar qué es lo

que pretende. Le he oído decirle a la vieja Wyat que el señor Dudley se ha marchado esta noche. Me lo va a decir todo, o de lo contrario daré *échec et mat aussi vrais que je vis*.

Apenas madame había cesado de hablar cuando de nuevo estaba yo contemplando a Meg Hawkes por la empinada cuesta camino de Elverston, remontándola pero jamás alcanzando su cima, al tiempo que, mentalmente, rezaba porque llegara allí sana y salva. ¡Vana plegaria de un corazón acongojado! Su viaje se había visto ya frustrado: Meg no llegaría a tiempo a Elverston.

Madame se metió otra vez en su cuarto, y, cuando volvió, no me pareció que su humor hubiese mejorado. Se puso a andar por la habitación, emprendiéndola a empellones, aquí y allá, con las escasas piezas de mobiliario, según iba tropezándose con ellas. Su vacío maletín lo apartó de una patada, con horrendo estrépito, acompañado de un juramento en francés. Recorría la estancia a pasos largos y jactanciosos, mascullando todo el tiempo y, al llegar a las esquinas, se daba media vuelta con una furiosa sacudida. Por último salió de la habitación. Pienso que imaginaba que no le habían confiado suficientemente sus intenciones respecto a mí.

¡Se estaba haciendo ya tarde y nadie acudía en mi auxilio! Recuerdo que me sentí sobrecogida por una espantosa tiritona de escalofríos.

Aguzaba el oído en busca de alguna señal de liberación. En la remota lejanía, medio ahogados por mis palpitaciones —pues lo que me taladraba los oídos con terrible y exagerada claridad eran estas voces: «¡Oh, Meg...! ¡Oh, prima Mónica...! ¡Venid...! ¡Dios mío, ten piedad de mí!»—, creí oír un estrépito de voces. Tal vez viniera de la habitación del tío Silas. Me puse en pie de un salto y me puse a escuchar con trémula atención. ¿Era mi cerebro? ¿Era en la realidad? Me arrimé a la puerta, y ésta pareció abrirse por sí sola. Madame se había olvidado de cerrarla con llave; en aquellos momentos estaba perdiendo un poco la cabeza. La llave de la puerta del corredor estaba puesta; y también se hallaba abierta. Huí alocadamente. El ruido de voces en la habitación de mi tío iba remitiendo. No sé cómo, pero me encontré en el pasillo de la cabecera de la escalinata, puertas afuera del aposento de mi tío. Tenía una mano en la barandilla y un pie en el primer escalón cuando, debajo de mí, y contra la débil luz cuyo rebrillo atravesaba el ventanal del rellano, vi subir una corpulenta forma humana y oí una voz que decía «¡sss!». Retrocedí, tambaleándome, y en ese mismo instante me imaginé, con un estremecimiento de convicción, que oía la voz de lady Knollys en la habitación del tío Silas.

Ignoro cómo entré en la habitación; me sentía en ella como un fantasma. Mi propio estado me causaba horror.

Lady Knollys no estaba allí..., no había nadie salvo madame y mi tutor.

Jamás olvidaré la mirada que el tío Silas clavó en mí mientras daba un respingo, al parecer tan asustado como yo.

Pienso que mi aspecto debía de ser el de un fantasma recién salido de la tumba.

—¿Qué es esto...? ¿De dónde vienes? —musitó.

—¡Muerte! ¡Muerte! —fue mi respuesta, en un susurro, paralizada por el terror.

—¿Qué quiere decir...? ¿Qué significa todo esto? —dijo el tío Silas, recobrándose prodigiosamente, al tiempo que se volvía hacia madame y, con una mustia sonrisa despectiva, decía—: ¿Le parece correcto desobedecer mis clarísimas órdenes y dejarla corretear a estas horas por la casa?

—¡Muerte! ¡Muerte! ¡Oh, imploro a Dios por usted y por mí! —susurré en el mismo y espantable tono.

Mi tío volvió a mirarme con extraña fijeza y, tras unos horribles segundos, en el transcurso de los cuales pareció recobrarse, dijo, severa y serenamente:

—Tu imaginación trabaja demasiado, sobrina. Tu espíritu se encuentra en extraño estado... y deberías tomar consejo.

—¡Oh, tío, apiádense de mí! ¡Usted es bueno, tío, usted es bondadoso; sus pensamientos son buenos! ¡Usted no podría... no podría... no podría! ¡Oh, piense en su hermano, que siempre fue tan bueno con usted! Él me está viendo aquí. Nos está viendo a los dos. ¡Oh, sálvame, tío... sálvame! ¡Y se lo daré todo! Rezaré a Dios para que lo bendiga..., jamás olvidaré su bondad y su misericordia. Pero no me mantenga en la incertidumbre. ¡Si he de desaparecer, oh, por amor de Dios, dispáreme ahora!

—Siempre fuiste rara, sobrina; empiezo a temer que estás perturbada —replicó en el mismo tono severo y gélido.

—¡Oh, tío...! ¿Lo estoy? ¿Estoy loca?

—Espero que no; pero si quieres gozar de los privilegios de una persona cuerda, tendrás que comportarte como tal.

Acto seguido se volvió hacia madame y, mientras me señalaba con el dedo, dijo, con fiereza contenida:

—¿Qué significa esto...? ¿Por qué está aquí?

Madame parloteaba sin cesar, pero para mí no era sino un ruido estridente. Mi alma entera estaba concentrada en mi tío, árbitro de mi vida, ante quien me hallaba en un acongojado paroxismo de súplicas.

Aquella noche fue pavorosa. Veía a las personas como desde un vértigo, hechas de humo o resplandecientes vapores, sonrientes o ceñudas; podría haberlas atravesado con mi mano. Eran espíritus malignos.

—Nada malo se trama contra ti. ¡Por...! ¡Nada malo! —dijo mi tío, presa, por vez primera, de violenta agitación—. Madame te ha dicho por qué te hemos cambiado de cuarto. ¿Le ha hablado de los alguaciles, no es así? —preguntó a madame, dando una furiosa patada en el suelo. Madame seguía con sus nasales retahílas, como un acompañamiento incesante.

En efecto, de ello me había hablado tan sólo unas horas antes, pero ahora me sonaba como el eco de algo escuchado hacía un mes, o más.

—No puedes andar correteando por la casa... ¡maldita sea!, habiendo en ella alguaciles ocupados en su tarea. Esa es toda la cuestión. Vamos, Maud, vete a tu cuarto y no me molestes. Sé buena chica.

Al decir estas últimas palabras, pronunciadas, a fin de apaciguarme, en un tono de trémula suavidad, trató de sonreír, pero su sempiterno y sañudo ceño seguía dibujado en su semblante, la sonrisa era cadavérica y contraída, y la suavidad de su tono era más horrenda de lo que en otra persona lo fuera la ferocidad.

—Ya está, madame; Maud va a irse tranquilamente. Si precisa usted ayuda, puede llamar. No permita que vuelva a suceder.

—Vamos, Maud —dijo madame, atenazando mi brazo, pero sin hacerme daño—; vamos, amiga mía.

Me marché, por extraño que les parezca, y bien puede parecérselo..., como se lo parecerá la docilidad con la que hombres fornidos suben al patíbulo y agradecen a los carceleros su cortesía al despedirse de ellos y ayudan a colocar la soga y a ajustarse la capucha. ¿Nunca se han asombrado ustedes de que esos hombres no libren una última batalla por la vida, con la inescrupulosa energía del terror, en vez de entregarla tan mansamente, con tanta sangre fría, en un silencioso cálculo, aritmética de la desesperación?

Como una sonámbula subí las escaleras en compañía de madame. Al acercarme a mi habitación casi aceleré el paso. Entré y, como un fantasma, me puse a mirar por la ventana hacia el tenebroso cuadrilátero. Una delgada y creciente luna colgaba del frío firmamento, escarchado de estrellas. Por encima del agudo tejado de enfrente, aquel glorioso blasón del inescrutable Creador se desplegaba sobre el umbrío azur de la noche. Para mí, un pavoroso pergamino —ojos inexorables—, la nube de crueles testigos posando sobre mis plegarias y agonías su gélida y esplendente mirada.

Me di la vuelta y me senté, apoyando la cabeza sobre los brazos. Luego, de pronto, me erguí en la silla, pues por vez primera se me pasó por la cabeza la imagen del cuarto del tío Silas, lleno de objetos desordenadamente esparcidos —las bolsas de viaje y los negros maletines amontonados en el suelo junto a la mesa, la carpeta, la sombrerera, el paraguas, los abrigos, mantas y bufandas, todo preparado para un viaje—, lo cual me dio que pensar. La *mise en scène* se me había quedado fija, con todo detalle, en mi retina. ¡Y cómo me preguntaba: «¿Cuándo se marchará..., cuánto tardará en hacerlo..., me llevará con él y me dejará en un manicomio?»!

«¿Estoy loca?», empecé a pensar. «¿Es un sueño todo esto, o es real?».

Recordaba que un caballero delgado y de buenos modales, con la cabeza alargada y cana y un chaleco negro de terciopelo, había entrado en el compartimiento durante nuestro viaje y me había dirigido unas palabras; y que madame le cuchicheó algo, y él murmuró, en tono muy quedo, «¡oh!», y, arqueando las cejas, me había lanzado una mirada y, a partir de entonces, no había vuelto a hablarme; y que, al llegar a la siguiente estación, había recogido su sombrero y otros enseres de viaje y se había trasladado a otro vagón. ¿Le había dicho madame que yo estaba loca?

¡Aquellos espantosos barrotes! ¡Madame siempre a mi lado! ¡Las horribles alusiones que mi tío dejara caer! ¡Mis propias y terroríficas sensaciones! Todas estas evidencias giraban en mi cerebro y se presentaban, por turno, como inscripciones en

una rueda de fuego.

Se oyó llamar a la puerta.

¡Oh, Meg! ¿Sería ella? No; la vieja Wyat susurró a madame algo acerca de su cuarto.

Madame volvió a entrar, con una bandeja de plata y un frasco en sus manos, así como un vaso. Nada que proviniera del tío Silas carecía nunca de un toque exquisito.

—Bebe, Maud —dijo madame, levantando la tapa y disfrutando, a todas luces, de los fragantes vapores.

No me apetecía. Podría haber bebido, de haber estado en condiciones de tragar algo, pues me hallaba demasiado perturbada como para recordar la advertencia de Meg.

De pronto, madame se acordó de su error de aquella tarde, y se fue a comprobar la puerta; pero estaba debidamente cerrada. Sacó la llave del bolsillo y se la metió por el escote.

—Vas a disponer de estas habitaciones para ti solita, *ma chère*. Esta noche dormiré abajo.

Distraídamente se echó en el vaso un poco del clarete caliente y se lo bebió.

—Es muy bueno..., me lo he bebido sin darme cuenta. Pero es muy bueno. ¿Por qué no tomas un poco?

—No me apetece —repetí. Y madame se sirvió sin cortapisas.

—Qué gran cortesía, por cierto, hacia madame, la de no mandar nada para ella; pero da igual.

Y, dicho esto, continuó en una beoda vena parlanchína, estentórea y sarcástica, con una risa feroz de vez en cuando.

Más adelante me enteré de que temían a madame, la cual era dada a llevar la contraria, así como violenta cuando bebía. En el piso de abajo se había mostrado alborotadora y pendenciera. Estaba en el engaño de que aquella noche yo iba a ser trasladada a un lugar remoto y seguro, y que ella iba a ser generosamente recompensada por sus servicios y por el testimonio que posteriormente aportaría. La verdad no le fue, sin embargo, confiada. Dicha verdad tan sólo la conocerían tres personas en el mundo.

Nunca llegué a saberlo, pero creo que el clarete picante que se bebió madame contenía una droga. Ella era persona que, según me dijeron, podía beber muchísimo sin que ello le hiciera mostrar la más mínima alteración, salvo una tez arrebolada y un humor violento. Lo único que puedo dar por cierto es lo que vi, y esto fue que, poco después de haberse terminado el clarete, se tendió sobre mi cama y, no sé cómo, se quedó dormida. En aquellos momentos pensé que sólo fingía dormir, pero que en realidad me estaba vigilando.

Tras esto, al cabo de aproximadamente una hora, de pronto oí un leve «clinc» en el patio de abajo. Atisé por la ventana, pero no vi nada. El ruido se repetía, sin embargo, a veces con más frecuencia y otras a intervalos más prolongados.

Finalmente, en una profunda sombra junto a la pared de enfrente, creí vislumbrar una figura, en ocasiones erecta y en otras agachada o cernida sobre la tierra. Tal figura sólo podía distinguirla en el más borroso de los contornos, confundiéndola con la tiniebla.

En mi cerebro estalló, como un trueno: «¡Están cavando mi tumba!».

Tras el primer y espantoso golpe de aturdimiento, pasé a un desquiciamiento total, poniéndome a recorrer la habitación de arriba abajo, retorciéndome las manos y elevando preces al cielo con la respiración entrecortada. La calma se apoderó de mí subrepticamente... una calma pavorosa, como la que podía imaginarme le sobrevendría a alguien que flotara en una barca bajo la sombra del Portón del Traidor^[61], dejando atrás toda esperanza y todo cuidado.

Al poco rato sonó en mi puerta un golpecito muy leve, y luego otro, como una pequeña repetición. Jamás comprendí por qué motivo no di respuesta alguna. De haberlo hecho, y por ende mostrado que estaba despierta, habría sellado mi sino. Estaba de pie en mitad de la habitación, mirando fijamente hacia la puerta, que esperaba ver abrirse y dar entrada a no sé qué tropa de espectros.

CAPÍTULO LXIV

LA HORA DE LA MUERTE

ERA una noche muy calma y helada. Hacía ya mucho que mi vela se había extinguido. Aún había un tenue resplandor de luna que caía sobre el suelo formando un cuadrilátero amarillo al pie de la ventana, y que dejaba el resto de la habitación, para unos ojos menos acostumbrados a la penumbra que los míos, en una oscuridad total. En aquel instante, de ello estoy segura, oí un quedo cuchicheo detrás de la puerta. ¡Sabía que estaba en estado de sitio! La crisis había llegado, pero, por extraño que resulte, de inmediato me sentí más resuelta y dueña de mí misma. No era, sin embargo, que mi horrible zozobra hubiese remitido, sino una súbita tensión de mis nervios hasta alcanzar un grado que me es imposible describir.

Supongo que los que había fuera se movían con mucha cautela, y que la perfecta solidez del suelo, en el que en parte alguna había una sola tabla que crujiera, les facilitaba sus silenciosos movimientos. Era bueno para mí el que en la casa hubiera tres personas entre cuyos planes figuraba el de mistificar respeto a mi destino. Esto era lo único que les impulsaba a proceder con extrema precaución. Sospechaban que tras la puerta había colocado muebles y temían forzarla, a fin de que a ello no siguiera un estruendo, un grito y acaso una lucha prolongada y chillona.

Durante un tiempo, cuya duración no puedo pretender estimar, permanecí en la misma postura, temerosa de hacer el menor movimiento... y temerosa de apartar los ojos de la puerta.

Un ruido muy peculiar, rasposo, que provenía de por encima de mi cabeza, me sobresaltó y vino a distraerme de mi vigilancia. Era un ruido que tenía algo del carácter de una aserradura, sólo qué más ronchante y con un continuo y tenue retumbe en el mismo; algo absolutamente inexplicable. Sonaba por encima de la parte del tejado más alejada de la puerta, hacia la cual me deslizaba yo ahora; y, mientras tomaba posiciones al amparo del protuberante ángulo de un viejo y tosco armario que se alzaba junto a ella, noté que la habitación se oscurecía un poco y vi descender a un hombre y situarse en el alféizar de la ventana. Soltó una sogá, que, sin embargo, estaba aún sujeta alrededor de su cuerpo, e hizo uso de ambas manos, al parecer no sin cierto esfuerzo, para manipular algo a un lado de la ventana, la cual, al cabo de un instante, se abrió en bloque y silenciosamente, con barrotes y todo, dejando penetrar el gélido aire de la noche; y el hombre, al que ya sin lugar a dudas reconocí como Dudley Ruthyn, se puso de rodillas sobre el alféizar y, tras un momento de escucha,

entró en la habitación. Sus pies no hacían el menor ruido en el suelo; llevaba la cabeza descubierta y su acostumbrada chaquetilla de caza.

Me acurruqué en el suelo de mi puesto de observación. Dudley, según me pareció, tuvo un instante de indecisión, y acto seguido sacó del bolsillo un instrumento que pude ver claramente bajo el débil resplandor de la luna. Imagínese un martillo, uno de cuyos extremos hubiera sido remachado hasta imprimirle la forma ahusada de una escarpia, con el mango algo más largo de lo habitual. Se acercó sigilosamente a la ventana y, por las trazas, se puso a inspeccionar a toda prisa dicho instrumento, probando su fuerza mediante una o dos torsiones de la mano. A continuación lo empuñó con sumo cuidado y dio en el aire dos o tres golpes experimentales.

Yo permanecía absolutamente inmóvil, con una terrible compostura, agachada en mi escondite, con los dientes apretados y preparada para luchar como una tigresa por mi vida, caso de ser descubierta. Pensé que lo que acto seguido haría, sería encender un fósforo. Creí ver una linterna sobre el alféizar. Pero no era éste su plan. A tientas —lo que a mí, que podía distinguir los objetos en la penumbra, me pareció extraño— avanzó hasta el borde de mi cama, cuya exacta ubicación evidentemente conocía, y se cernió sobre ella. Madame estaba resollando con la profunda respiración de un sueño pesado. Súbita, pero, según me pareció, suavemente, él puso su mano izquierda sobre el rostro de madame, y casi al mismo tiempo se produjo un golpe crujiente y un agudo grito inhumano que fue en aumento durante dos o tres segundos hasta convertirse en un aullido como los que se supone se oyen en las casas rondadas por fantasmas, todo ello acompañado por un ruido convulsivo, como el del movimiento de correr, y los brazos golpeando sobre la cama cual en un redoble de tambor; luego vino otro golpe... y, con una horrible boqueada jadeante, Dudley retrocedió uno o dos pasos y se quedó totalmente inmóvil. Oí un espantoso temblequeo que hacía estremecer las ensambladuras y las cortinas de la armadura de la cama: las convulsiones de la mujer asesinada. Era un sonido pavoroso, como el del balanceo de un árbol y el susurrar de las hojas. Dudley, entonces, se acercó de nuevo al borde de la cama y oí otro de aquellos horrendos golpes, seguido de un silencio, luego otro golpe, y más silencio..., hasta que la diabólica cirugía hubo llegado a su término. Durante unos segundos creo que estuve a punto de desmayarme, pero una tenue agitación fuera de la puerta, cerca de mi oído, me sobresaltó, revelando que en el exterior había estado un centinela de guardia. Hubo una leve llamada con los nudillos.

—¿Quién es? —susurró Dudley, con voz ronca.

—Un amigo —respondió una dulce voz.

Una llave fue introducida en la cerradura, y ésta rápidamente abierta, haciendo su entrada el tío Silas. Me quedé mirando aquella figura frágil, alta, blanca, aquellos venerables mechones plateados que se asemejaban a los de la respetada testa de John Wesley^[62], y su mano delgada y blanca, cuyo dorso colgaba tan cerca de mi rostro, que tenía miedo de respirar, y cuyos dedos podía ver retorciéndose nerviosamente.

Con él entró un olor a perfume y éter.

Dudley estaba temblando como alguien víctima de un ataque agudo.

—¡Mira lo que me has hecho hacer! —dijo, como un maníaco.

—¡Calma, señor! —dijo el anciano, pegado a mí.

—¡Maldito viejo asesino! ¡Ganas me dan de matarte!

—Vamos, Dudley, sé buen chico y no flaquees; ya está hecho. Bien o mal, no podemos evitarlo. Debes conservar la calma —dijo el anciano, con severa dulzura.

Dudley lanzó un gemido.

—Fuere quien fuere el que lo aconsejara, quien sale ganando eres tú, Dudley —dijo el tío Silas.

Hubo una pausa.

—Espero que no se haya oído.

Dudley se acercó a la ventana y se quedó allí de pie.

—Vamos Dudley, tú y Hawkes tenéis que daros prisa. Sabes que has de quitar de en medio eso de ahí.

—Yo he hecho ya demasiado. No pienso hacer nada más. No lo tocaré. Antes me corto la mano. Hagan lo que quieran, usted y Hawkes. Yo no me acerco. ¡Malditos sean..., y esto también! —y arrojó el martillo con todas sus fuerzas al suelo.

—Vamos, vamos, sé razonable, Dudley, mi querido hijo. No hay nada que temer salvo tus tonterías. No irás a hacer ruido, ¿verdad?

—¡Oh, oh, Dios mío! —dijo Dudley, con voz enronquecida, al tiempo que se enjugaba la frente con la palma de la mano.

—Ya verás cómo enseguida te sientes bien —prosiguió el anciano.

—Usted dijo que no le haría daño. De haber sabido que iba a gritar así, nunca lo habría hecho. Fue una maldita mentira. Es usted el malvado más grande de la tierra.

—¡Vamos, Dudley! —dijo el anciano, en tono bajo pero muy severo—. Decídetes. Si no quieres seguir, no es posible evitarlo; la pena es que empezaras. Para ti supone mucho..., para mí no tanto.

—¡Sí... para «ti»! —repitió Dudley entre dientes—. ¡La cantinela de siempre!

—Bueno, señor —gruñó el anciano, siempre en voz baja—, todo eso tendría que haberlo pensado antes. Se trata sólo de despedirse del mundo uno o dos años antes, pero un año o dos es algo. Dejaré que hagas lo que te plazca.

—¡Basta ya! ¿Quiere? ¡Basta! De sobra sé que la cosa no tiene remedio. Si alguien hace algo por lo que se condena, por lo menos puede dejarle hablar un poco, ¿no? No me importaría que me pegaran un tiro.

—Vamos... vamos..., atente a la cuestión y no te vayas de nuevo por las ramas. Ahí hay un maletín y una bolsa; hemos de cambiar la dirección y sacarlos de aquí. El maletín contiene algunas joyas. ¿Puedes verlos? Ojalá tuviera una luz.

—Yo prefiero no tenerla; puedo ver lo suficiente. Ojalá no estuviéramos metidos en esto. Aquí está el maletín.

—Acércalo a la ventana —dijo el anciano, avanzando, al fin, unos pasos, para mi

indecible alivio.

En aquellos espantosos instantes me fue concedido el mantenerme serena. Sabía que todo dependía de mi capacidad de estar pronta y resuelta. Me puse en pie rápidamente. No pocas veces he pensado que, caso de haber llevado aquella noche un vestido de seda, en vez del de cachemira que tenía puesto, los susurros de la tela me habrían delatado.

Veía nítidamente la alta y encorvada figura de mi tío, y el contorno de sus venerables mechones, dado que estaba de pie entre la mortecina luz de la ventana y el lugar donde yo me encontraba. Parecía una efigie grabada en una cartulina.

Estaba diciendo «justo ahí», mientras señalaba con su largo brazo el menguado retazo de claro de luna que había, rectangular, en el suelo. La puerta estaba abierta en una cuarta parte, y, justo en el momento en que Dudley empezaba a arrastrar el pesado maletín, con mi joyero en su interior, que había sacado del cuarto de madame, yo, respirando hondo —y elevando mentalmente una plegaria en petición de auxilio—, salí de puntillas al corredor.

Giré a mi derecha, por puro azar, y comencé a andar a oscuras por una larga galería, no corriendo —me sentía demasiado temerosa de hacer el menor ruido—, sino con la sigilosa celeridad que infunde el terror. Al final de este corredor había otro que lo cruzaba, uno de cuyos extremos —el que estaba a mi izquierda— terminaba en una gran ventana desde la que era visible el sombrío panorama nocturno. Con el instinto del terror, elegí el más oscuro, girando otra vez a mi derecha; mientras me apresuraba a lo largo de este prolongado y casi totalmente oscuro pasillo, me sentí aterrorizada por una luz, a unos diez metros, que surgía ante mí desde el techo. Dicha luz salía, a manchas y retazos, de la puerta y los laterales de un fanal de establo, y me mostraba una escalera de mano por la que, desde, supongo, una claraboya, pues el frío aire nocturno me daba en la cara, descendía Dickon Hawkes a velocidad tan grande, no obstante su condición de tullido, que apenas me dejó un instante para reflexionar.

Se sentó en el último peldaño de la escalera y se puso a ceñirse la correa de su pata de palo.

A mi izquierda había el marco de una puerta, pero sin puerta. Entré. Era un pequeño pasillo de unos dos metros de largo, que quizá conducía a alguna escalera trasera. Pero la puerta al fondo estaba cerrada con llave.

Me vi obligada a quedarme en aquel entrante, así pues, el cual no ofrecía cobijo alguno, mientras Pegtop pasaba de largo con su linterna en la mano y haciendo sonar la pata de palo. Me imagino que su idea era escuchar a su amo sin ser visto, pues se detuvo junto a mi escondite, apagó la vela de un soplo y pellizcó la larga mecha entre el pulgar y el índice.

Tras haber permanecido a la escucha, se marchó sigilosamente a lo largo del corredor que yo acababa de atravesar y dobló la esquina en dirección a la estancia donde poco hacía que se había cometido el crimen, de modo que el descubrimiento

era inminente. Podía verlo contra el ventanal que, durante el día, iluminaba este largo corredor, y en cuanto dobló la esquina reemprendí la huida.

Bajé por una escalera correspondiente con la otra trasera, según me han dicho, y por la que madame, tan sólo hacía una noche, me había hecho subir. Probé a abrir la puerta exterior. Para mi sorpresa, estaba abierta. En un instante me encontré en el umbral, al aire libre, y, del mismo instantáneo modo, un hombre me agarró por el brazo.

Era Tom Brice, el que ya me hubo traicionado, y que ahora estaba, con sobretodo y sombrero, esperando a los culpables padre e hijo para alejarlos del escenario de su abominable atrocidad.

CAPÍTULO LXV

EN EL RECIBIDOR DE MADERA DE ROBLE

TODO, así pues, había sido en vano: estaba atrapada y todo había terminado.

Me lo quedé mirando, en el umbral, mientras la blanca luna iluminaba mi semblante. Temblaba tanto que me pregunto cómo pude mantenerme en pie. Mis desvalidas manos se alzaron hacia él, y le miré a la cara. Lo único que fui capaz de decir fue un largo y trémulo: «¡Oh... oh... oh!».

El hombre, sujetándome aún del brazo —di en pensar que estaba atemorizado— se puso a contemplar mi blanco y mudo rostro.

De pronto, en un susurro impetuoso y fiero, dijo:

—No vuelva a decir otra palabra más (ni una sola había pronunciado yo). ¡No *la* harán daño, señorita! ¡Suba adentro! ¡No me importa un higo!

No era un discurso muy refinado, pero para mí fue la voz de un ángel. Con un estallido de gratitud que resonó en mis oídos como una carcajada, di las gracias a Dios por aquellas benditas palabras.

Transcurrido otro instante Tom Brice me había colocado en el coche y, casi al mismo tiempo, nos pusimos en marcha... con gran cautela mientras atravesábamos el patio, hasta que las ruedas del carruaje tocaron hierba, y a partir de ese momento a paso rápido, aumentando la velocidad a medida que la distancia se hacía mayor. Tom llevó el coche a lo largo del acceso trasero a la casa, manteniéndose sobre la hierba, de forma que nuestro avance, si bien tan lleno de bandazos como el de un barco en plena marejada, era poco menos que silencioso.

La verja no estaba cerrada con llave; la abrió y volvió a montar en el pescante. ¡Y henos aquí más allá del hechizo de Bartram-Haugh, rodando con estruendo —loado sea el cielo— por el camino real, en ruta hacia Elverston! Marchábamos literalmente a galope. A través de la ventanilla del carruaje veía a Tom ponerse en pie mientras conducía y, de cuando en cuando, volverse a lanzar una temerosa mirada por encima del hombro. ¿Eramos perseguidos? Jamás hubo preces tan acongojadas como las que yo elevé mientras, con las manos entrelazadas y los ojos desorbitados, avizoraba a través de las ventanillas la carretera, cuyos árboles y setos y aleros de cabañas iban quedando atrás a tan vertiginosa velocidad.

Estábamos remontando la misma cuesta —con los gigantescos fresnos a la derecha y el portillo en medio— que mi visión de Meg Hawkes me había hecho tener presente durante toda aquella noche, cuando mis excitados ojos detectaron una figura

que corría por dentro de la cerca. Vi la cabeza de alguien que atravesaba el portillo en nuestra persecución y oí gritar el nombre de Brice.

—¡Siga... siga... siga! —grité yo.

Pero Brice detuvo el coche. Estaba yo de hinojos sobre el suelo del coche, con las manos entrelazadas, esperando ser apresada, cuando se abrió la portezuela y Meg Hawkes, pálida como una muerta, con su capa sobre los negros mechones de su pelo, apareció por la ventanilla.

—¡Oh... oh... oh! ¡Gracias a Dios! —chilló—. ¡Chóquela, muchacha! ¡Tom, eres un tío estupendo! ¡Es un buen muchacho, Tom!

—Sube, Meg..., ponte aquí a mi lado —dije, recobrándome enseguida.

Meg no hizo remilgos.

—Toma mi mano —dije, ofreciendo la mía a la suya que no estaba ocupada.

—No puedo, señorita..., tengo el brazo roto.

Y así era, en efecto..., ¡pobre criatura! La habían espiado y alcanzado mientras llevaba, misericordiosamente, aquel mensaje mío; y el rufián de su padre le había dado de palos y luego la había encerrado en la choza, de donde, sin embargo, se las había arreglado para escapar y ahora huía hacia Elverston, tras haber intentado en vano ser escuchada en Feltram, cuyos habitantes hacía horas que estaban en la cama.

Una vez que la portezuela se hubo cerrado tras Meg, los caballos, exhalando vapores, se pusieron de nuevo al galope.

Tom se mostraba tan vigilante como antes, no siendo pocas las veces que se volvía a mirar hacia atrás para descubrir si nos perseguían. Una vez más detuvo el coche y se asomó a la ventanilla.

—¡Oh! ¿Qué sucede? —exclamé.

—En cuanto a la carta, señorita, no pude hacer nada. Fue Dickon, que me la encontró en el bolsillo. Eso es todo.

—¡Oh, sí! No importa... gracias... ¡gracias a Dios! ¿Estamos cerca de Elverston?

—Faltará una milla, señorita: y, por favor, no piense que yo tuve nada que ver en aquello.

—¡Gracias... gracias... eres muy bueno! ¡Siempre te lo agradeceré, Tom, mientras viva!

Finalmente entramos en Elverston. Creo que estaba medio loca. No sé cómo entré en el vestíbulo. Estaba en el recibidor de madera de roble, creo, cuando vi a la prima Mónica. Estaba de pie, con los brazos extendidos. No podía hablar, pero, emitiendo un alarido largo y agudo, caí en sus brazos. Lo que sucedió después lo he olvidado en gran medida.

CONCLUSIÓN

¡U^H, mi bienamada prima Mónica! Gracias al cielo todavía vives, y en todo estás más joven que yo, salvo en los años.

Y Milly, mi querida compañera, actualmente es la feliz esposa de aquel menudito y bondadoso clérigo, Sprigge Biddlepen. Ha estado en mi mano el serles útil, y Biddlepen hará próximamente su presentación en Dawling.

Meg Hawkes, orgullosa y voluble, y la criatura más cariñosa de la tierra, se casó con Tom Brice unos meses después de aquellos acontecimientos, y, puesto que ambos deseaban emigrar, les suministré el capital y, según me han dicho, tienen probabilidades de hacerse ricos. Con frecuencia recibo noticias de mi buena Meg, y parece muy feliz.

Mis queridas y viejas amigas, Mary Quince y la señora Rusk, se están, ay, haciendo viejas, pero viven conmigo, y muy dichosas. Y, tras rogárselo durante mucho tiempo, logré persuadir al doctor Bryerly —el mejor y más leal de los administradores—, con el completo acuerdo del más querido de mis amigos, para que tomara a su cargo la administración de las propiedades de Derbyshire. En esto he sido sumamente afortunada. Es la persona más adecuada para semejante cargo: tan exacta, laboriosa, amable e inteligente.

En acatamiento de consejos médicos, la prima Mónica me llevó a toda prisa al continente, donde jamás me permitió aludir a las terribles escenas que tan espantosa impronta habían dejado en mi cerebro. No se precisaba coacción alguna para lograrlo: éste es el día en que pensar en ellas constituye para mí una especie de agonía.

El plan había sido astutamente ideado. Ni la vieja Wyat ni Giles, el mayordomo, tenían la menor sospecha de que yo había regresado a Bartram. Caso de que me hubieran matado, el secreto de mi destino habría sido depositado bajo la custodia de tan sólo cuatro personas: los dos Ruthyn, Hawkes y, por último, madame. Mi querida prima Mónica había sido inducida aviesamente a creer en mi marcha a Francia, y preparada para mi silencio. No se habrían despertado las sospechas hasta un año después de mi muerte, y entonces, con toda probabilidad, jamás habrían apuntado a Bartram como la escena del crimen. La maleza habría crecido sobre mí, y mis restos habrían reposado en aquella profunda tumba donde, en el umbrío patio interior de Bartram-Haugh, fue exhumado el cadáver de madame de la Rougierre.

Fue al cabo de más de dos años cuando me enteré de lo que había sucedido en Bartram después de mi huida. La vieja Wyat, que acudió a horas tempranas a la habitación del tío Silas, para su sorpresa —puesto que mi tío le había dicho que

aquella noche iba a acompañar a su hijo, el cual debía coger el tren correo a Derby a las cinco de la mañana— se encontró con que su anciano amo estaba tumbado en el sofá, en su postura habitual.

—No había nada en su aspecto que llamara demasiado la atención —dijo la vieja Wyat—, salvo que su frasco de perfume estaba derramado, y él muerto.

Creía que cuando lo encontró aún no estaba frío del todo, y mandó al viejo mayordomo a buscar al doctor Jolks, quien declaró que había muerto de una dosis excesiva de láudano.

¿Qué decir de la desdichada religiosidad de mi tío? ¿Se trataba de pura hipocresía o tuvo en algún momento una veta de sinceridad? No puedo decirlo. No creo que le quedara corazón para asirse a la religión, que es la forma más elevada del afecto. Quizá era un escéptico con recelos acerca del futuro, pero que había dejado ya atrás el momento de hallar en él algo fiable. El diablo se acercó sigilosamente a la ciudadela de su corazón, con muchos zigzagueos y movimientos paralelos. A la idea de casarme con su hijo —primero por medios limpios y luego sucios—, siguió, al esfumarse aquella ignominiosa oportunidad, la intención de apoderarse de todo mediante el asesinato. Me figuro que el tío Silas pensó durante algún tiempo que era un hombre justo. Deseaba acceder al cielo y escapar al infierno, si es que tales lugares existían. Pero había otras cosas cuya existencia no era especulativa, algunas de las cuales él codiciaba —y otras temía— aún más: y llegó la tentación. «Ahora bien, si un hombre cualquiera construye sobre estos cimientos oro, plata, piedras preciosas, madera, heno, paja, se hará manifiesta la obra de todo hombre; pues el día lo declarará, ya que será revelado por el fuego; y el fuego pondrá a prueba la índole de la obra de todo hombre»^[63]. Con la vejez llega un momento en que el corazón ya no es fusible o maleable, y se ve obligado a retener la forma bajo la que se ha enfriado. «El que es injusto, que siga injusto; el que es sucio, que siga sucio»^[64].

Dudley había desaparecido; pero en una de sus cartas, escritas desde su granja australiana, Meg dice: «Hay un tipo en el pueblo que se hace llamar Colbroke, con una buena casa de madera, de 5 metros de largo, y tan alta más o menos como el techo del recibidor de Bartram —sólo que hay muchas ratas, según dicen, señorita— y que anda comprando y vendiendo oro a los mineros y los comerciantes. Tiene los carrillos y la boca torcidos por una cicatriz de quemaduras o viruelas, y no lleva patillas, fíjese; pero mi Tom le dijo que le conocía y que era el señorito Dudley. Yo no le he visto; pero él dijo que si Tom le miraba le iba a pegar un tiro, y lo negó echando juramentos por la boca, y maldiciones. Tom no está seguro del todo; si yo le viera, sí que estaría segura; pero lo mejor será dejar las cosas como están». Esto era todo.

El viejo Hawkes se mantuvo firme, confiando en la profunda astucia con la que habían disimulado sus efectivos manejos, manteniéndolos a salvo incluso de las sospechas de las dos personas residentes en la casa, y confiando también en el misterio que, por lo general, envolvía a Bartram-Haugh y todas sus pertenencias, ocultándolas a los ojos del mundo exterior.

Curiosamente, se imaginaba que me había escapado mucho antes de que entraran en la habitación; y, aun en el caso de que lo detuvieran, no había —de ello estaba seguro— pruebas para relacionarle a él con el asesinato, cuyo conocimiento negaría resueltamente.

Al cuerpo de mi tío le fue practicada la autopsia, siendo el doctor Jolks el principal testigo. Llegaron a la conclusión de que la muerte le había sobrevenido por «una dosis excesiva de láudano, administrada por él mismo».

Hasta que no hubieron transcurrido casi dos años desde aquellos espantosos acontecimientos no detuvieron y metieron en la cárcel, bajo una terrible acusación, a Dickon Hawkes. Lo que le descubrió fue un viejo crimen que había cometido en Lancashire. Tras confesarse culpable, y como una última oportunidad, probó a desvelar todas las circunstancias de la insospechada muerte de la francesa, cuyo cuerpo fue descubierto donde él indicó, en el patio interior de Bartram-Haugh, y que, tras las debidas diligencias judiciales, fue enterrado en el cementerio de Beltram.

Fue así como yo escapé a los horrores del banquillo de los testigos, o a la infinitamente peor tortura de un horrendo secreto.

El doctor Bryerly, poco después de que lady Knollys le hubiera descrito el modo en que Dudley penetró en la habitación, visitó la casa de Bartram-Haugh y procedió a un minucioso examen de las ventanas de la habitación, en la que el señor Charke dormía la noche de su asesinato, hallando una de éstas provista de fuertes bisagras de acero, muy habilidosamente empotradas y ocultas en la madera del marco de la ventana, sujeto por fuera mediante un perno de hierro que, al quitarse, hacía que la ventana se abriera. Esta era la habitación en la que me habían colocado, y éste el artilugio por medio del cual habían entrado en ella. El problema del asesinato del señor Charke quedó resuelto.

Lo he terminado de escribir. Me he quedado, por un instante, sin aliento. Mis manos están frías y húmedas. Me levanto con un gran suspiro y me pongo a mirar el dulce y verde paisaje, las bucólicas colinas, y contemplo las flores y los pájaros y las ondulantes ramas de árboles gloriosos... imágenes, todas ellas, de libertad y seguridad; y, al fundirse en el aire la tremenda pesadilla de mi juventud, elevo mis ojos con infinita gratitud al Dios de todo consuelo, cuya poderosa mano y cuyo brazo extendido me liberaron. Al bajar los ojos y desentrelazar las manos, siento mis mejillas humedecidas de lágrimas. Una voccecita me está llamando: «¡Mamá!», y una bienamada carita sonriente, con los sedosos mechones morenos de su querido padre, hace su aparición.

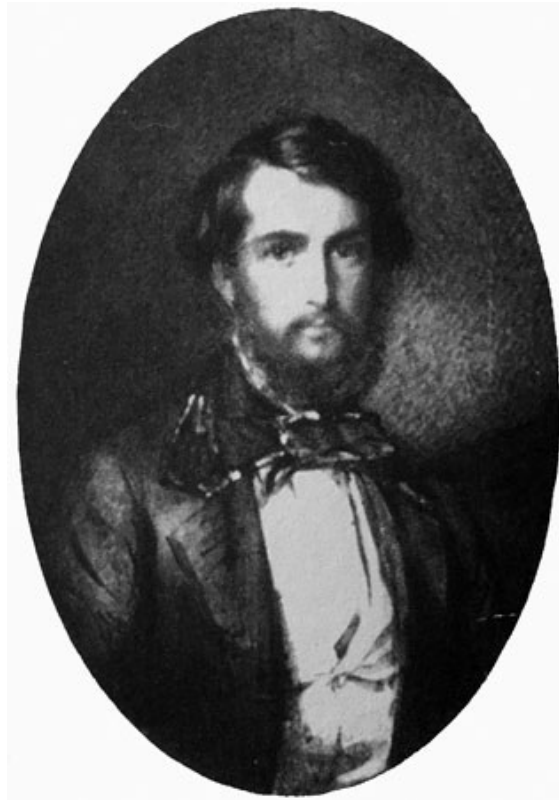
—Sí, cariño, nuestro paseo. ¡Vamos allá!

Soy lady Ilbury, dichosa en el afecto de un bienamado marido, de noble corazón. La tímida e inútil muchacha que ustedes conocieron, es ahora una madre... que pretende serlo buena; y la última prenda de este empeño pervive.

No voy a hablar de tristezas..., de cuán breve fue mi orgullo de maternidad temprana, o cuán bienamados fueron aquellos que el Señor me dio y el Señor me

quitó. Pero a veces, cuando contemplo, risueña, a mi niño y las lágrimas acuden a mis ojos, y él —lo percibo— se pregunta por qué lloro, doy en pensar —y, al pensarlo, tiemblo mientras sonrío— en lo fuerte que es el amor y lo frágil que es la vida; y, mientras tiemblo, me alegro de que en el inmortal amor de aquellos que lloran, el Señor de la Vida, que jamás dio un dolor en vano, comunica la dulce y ennoblecedora promesa de una compensación mediante la reunión eterna. A través de mis desdichas, así pues, he oído a una voz del cielo decir: «¡Escribe, de ahora en adelante bienaventurados sean los muertos que mueren en el Señor!»^[65].

Este mundo es una parábola —la morada de los símbolos—, los fantasmas de las cosas del espíritu, inmortales, mostradas en forma material. Que la bienaventuranza de la segunda visión sea mía —para así reconocer, bajo estas hermosas formas terrenales, a los ÁNGELES que las llevan: ¡pues estoy segura de que, si queremos, podemos caminar a su lado, y oírles hablar!



JOSEPH SHERIDAN LE FANU (1814-1873), descendiente de hugonotes franceses por parte de padre y del dramaturgo Sheridan por parte de madre, fue educado en el Trinity College de su Dublin natal, como lo había sido Maturin y lo sería más tarde Bram Stoker, autores que completan la famosa trilogía de maestros irlandeses de lo macabro. El éxito de sus baladas irlandesas, Phandrig Croohoore y Shamus O'Brien (1836), le animó a abandonar sus estudios de leyes y a abrazar la carrera literaria, que empezó como colaborador de la Dublin University Magazine, revista de la que llegaría a ser director y, posteriormente, propietario. Sus mejores novelas, como *La casa junto al cementerio* o *El tío Silas*, publicadas por entregas en la mencionada revista, combinan el melodrama con el suspense y el misterio, a la manera de Wilkie Collins. La inmensa popularidad de estas novelas detectivescas no le impidió dar rienda suelta a su obsesión por lo sobrenatural en una serie de relatos terroríficos, entre los que destacan *Carmilla* o *El vigilante*.

NOTAS

[1] Título nobiliario inglés, de rango inferior al de barón. (*N. del T.*) <<

[2] Epístola de san Judas, 12-13: «Son nubes sin agua arrastradas por los vientos; árboles otoñales sin fruto, dos veces muertos, desarraigados; olas bravas del mar, que arrojan la espuma de sus impurezas; astros errantes a los cuales está reservado el arco tenebroso para siempre». Ed. Nácar-Colunga, BAC. (*N. del T.*) <<

[3] Génesis 21, 19: «Y abrió Dios los ojos a Agar, haciéndole ver un pozo, adonde fue y llenó el odre de agua, dando de beber al niño». Ed. Nácar-Colunga, BAC. (*N. del T.*) <<

[4] Emanuel Swedenborg fue un polifacético pensador sueco (1688-1772). Trabajó en los campos científico, técnico, teológico y teosófico. Ya quincuagenario tuvo visiones místicas y una «revelación», considerándose a sí mismo como intérprete de las Escrituras, designado por el propio Jehová. (*N. del T.*) <<

[5] Rougepot = Tarro de carmín, alusión a la afición al maquillaje de madame de la Rougierre. (*N. del T.*) <<

[6] Tramposo, nombre derivado de James Diddler, protagonista de una farsa de James Kenney, 1803. (*N. del T.*) <<

[7] Abuelita. (*N. del T.*) <<

[8] Pingajo, inútil (*N. del T.*) <<

[9] Transposición del versículo del Evangelio según san Juan, 1, 16: «Pues de su plenitud recibimos gracia sobre gracia». Ed. Nácar-Colunga, BAC. (*N. del T.*) <<

[10] Secta milenarista, surgida en el siglo XII; creyentes en el *Milenio*, Apocalipsis, 20, 5-6: «(...) y vivieron y reinaron con Cristo mil años. Los restantes muertos no vivieron hasta terminados los mil años. Esta es la primera resurrección». Ed. Nácar-Colunga, BAC. (N. del T.) <<

[11] Macbeth, IV, 49 - Macbeth: «¡Secretas, oscuras y nocturnas brujas! ¿Qué estáis haciendo ahí?». Las tres brujas: «Un acto sin nombre». (*N. del T.*) <<

[12] Alusión al régimen electoral anterior a 1832, por el que la oligarquía terrateniente dominaba los comicios. <<

[13] Ejercicios gimnásticos. (*N. del T.*) <<

[14] Referencia a la inscripción en una piedra del castillo de Blarney, piedra que a todo aquel que la besa confiere, según la tradición popular, la facultad de una locuacidad lisonjera y mendaz. (*N. del T.*) <<

[15] Referencia a un pasaje de El paraíso perdido de Milton (i. 52-57) en el que se lee: «Mientras tanto los alados heraldos/por mandato del poder soberano/con espantable ceremonial, y al son/del clarín, a toda la muchedumbre/proclaman el inmediato y solemne/concilio, a celebrar en el alto/capitolio de Satán y sus pares/el Pandemónium (...)). (N. del T.) <<

[16] San Lucas, 12, 48: «A quien mucho se le da, mucho se le reclamará, y a quien mucho se le ha entregado, mucho se le pedirá». Ed. Nácar-Colunga. (*N. del T.*) <<

[17] Reyes, 17, 6: «Los cuervos le llevaban por la mañana pan y carne, y pan y carne por la tarde, y bebía del torrente». Ed. Nácar-Colunga. (*N. del T.*) <<

[18] Dissenters, miembros de una secta religiosa separada de la Iglesia anglicana. (*N. del T.*) <<

[19] Tractarians, miembros del Tractarian Movement, también llamado Oxford Movement por ser en esa ciudad donde se inició en 1833. Entre sus dirigentes figuraba John Henry Newman. (*N. del T.*) <<

[20] La expresión que utiliza el autor es «I'm a peevish old Tabby». Tabby designa un tipo de gato, y otra de sus acepciones es la de solterona chismosa. De ahí la referencia arañar y ver en la oscuridad. (N. del T.) <<

[21] Resplendor, irradiación. Epístola a los Hebreos, 1,3: «Que, siendo la irradiación de su gloria...» Ed. Nácar-Colunga (*N. del T.*) <<

[22] Génesis 28, 12: «Tuvo un sueño en el que veía una escala que, apoyándose sobre la tierra, tocaba con su extremo en los cielos, y que por ella subían y bajaban los ángeles de Dios». Ed. Nácar-Colunga. (*N. del T.*) <<

[23] Job, 5, 7: «Pues es el hombre quien engendra la desventura, los hijos del relámpago levantan el vuelo». Ed. Nácar-Colunga. (*N. del T.*) <<

[24] Salmos 91, 11-12: «Pues te encomendaré a sus ángeles para que te guarden en todos tus caminos, y ellos te levantarán en sus palmas para que tus pies no tropiecen en las piedras». Ed. Nácar-Colunga. (*N. del T.*) <<

[25] Corintios 5,4: «Pues realmente, mientras moramos en esta tierra, gemimos oprimidos, por cuanto no queremos ser desnudados, sino sobrevestidos, para que nuestra mortalidad sea absorbida por la vida». Ed. Nácar-Colunga. (*N. del T.*) <<

[26] IOU = I owe you, documento por el que se reconoce una deuda, pagaré. (*N. del T.*) <<

[27] San Lucas, 12, 20: «Pero Dios le dijo: insensato, esta misma noche te pedirán el alma, y todo lo que has acumulado, ¿para quién será?». Ed. Nácar-Colunga. (*N. del T.*) <<

[28] Coburgo, tela originaria de la ciudad alemana del mismo nombre. (*N. del T.*) <<

[29] Giblets = menudillos de ave. (*N. del T.*) <<

[30] *Erl-Höning*, «Rey de los álamos», fábula popular alemana. El personaje legendario ronda la Selva Negra induciendo a los seres a la destrucción. Goethe escribió un poema sobre el tema, y Schubert compuso uno de sus mejores *Lieder* sobre el poema goetheano, poema que tradujo al inglés sir Walter Scott. (*N. del T.*) <<

[31] Pegtop, pata de palo. (*N. del T.*) <<

[32] Der Freischütz, ópera de Karl Maria von Weber, considerada como la «primera ópera nacional alemana», uno de cuyos personajes, Zamiel, encarna al diablo. (N. del T.) <<

[33] Corintios 15, 31. «Os aseguro, hermanos, por la gloria que en vosotros tengo en Cristo Jesús, nuestro Señor, que cada día estoy en trance de muerte». Ed. Nácar-Colunga. (*N. del T.*) <<

[34] Esculapio, o Asclepio, hijo de Apolo y Coronis, a quien el centauro Quirón enseñó el arte de la medicina. (*N. del T.*) <<

[35] Thomas de Quincey (1785-1859), autor de Confesiones de un comedor de opio inglés. (*N. del T.*) <<

[36] En los Viajes de Gulliver; de Jonathan Swift, una raza de inmortales, a los que su inmortalidad, lejos de hacer felices, convierte en desdichados. (*N. del T.*) <<

[37] Personificación de la juventud en la mitología griega. Hija de Zeus y Hera. (*N. del T.*) <<

[38] Personajes de una comedia de sir John Vanbrugh (1664-1726), *The Relapse, or Virtue in Danger*, adaptada posteriormente por Richard Brinsley Sheridan (1751-1816) bajo el título de *A Trip to Scarborough*. (*N. del T.*) <<

[39] *The oak lie, where it fell*. El retruécano juega con las palabras *oak* (roble), *lie* (del verbo yacer, yace, aunque omitiendo la «s» de la tercera persona de singular). Desmembración transfigurativa del apellido del capitán *Oakley*. (N. del T.) <<

[40] Personaje de una comedia de Oliver Goldsmith (1730-1774), *She Stoops to Conquer*. (N. del T.) <<

[41] Samuel 28, 7: «Y dijo a sus servidores: “Buscadme una pitonisa para que vaya a consultarla”. Sus servidores le dijeron: “En Endor hay una pitonisa”». Ed. Nácar-Colunga. (*N. del T.*) <<

[42] Personaje de unos versos para niños, cuya autora es Sarah Catherine Martin (1768-1826). (*N. del T.*) <<

[43] Proverbios, 18, 22: «El que halla mujer encuentra la ventura, y ha recibido un favor de Yavé». Ed. Nácar-Colunga. (*N. del T.*) <<

[44] Tasmania. Antón van Diemen fue gobernador de las Indias Orientales Holandesas. (*N. del T.*) <<

[45] Génesis, 3, 13: «Dijo, pues, Yavé Dios a la mujer: “¿Por qué has hecho eso?”. Y contestó la mujer: “La serpiente me engañó y comí”». Ed. Nácar-Colunga. (*N. del T.*)

<<

[46] Éxodo 15, 23: «Llegaron a Mara, pero no podían beber el agua de Mara por ser amarga». Ed. Nácar-Colunga. (*N. del T.*) <<

[47] Dives, nombre arquetípico del hombre rico. (*N. del T.*) <<

[48] San Lucas 16, 19-31, parábola del pobre que se salva y el rico que se condena. (*N. del T.*) <<

[49] No debe confundirse este doctor Pangloss con el personaje de Voltaire. Aquí se trata, junto con lord Duberly, de los personajes de una comedia de Colman el Joven, *The Heir at Law*. (*N. del T.*) <<

[50] Epístola a los Efesios 4, 22: «Dejando, pues, vuestra antigua conducta, despojaos del hombre viejo, viciado por las concupiscencias seductoras». Ed. Nácar-Colunga. (N. del T.) <<

[51] Personaje de la comedia de R. B. Sheridan *The Rivals*, que tiene dificultades para expresarse correctamente. (*N. del T.*) <<

[52] Christian, protagonista del poema de John Bunyan *The Pilgrim's Progress*. (N. del T.) <<

[53] Alusión a una comedia de Oliver Goldsmith (1730-1774), *She Stoops to Conquer*.
(*N. del T.*) <<

[54] Romance of the Forest, novela de Ann Radcliffe (1764-1823). (*N. del T.*) <<

[55] Babouin, nombre de una clase de simios (mandriles), se aplica al niño atolondrado y tonto. Baiser le babouin es frase cuartelaria. En tiempos se obligaba a los soldados a besar la figura de un babouin pintado en las paredes del cuarto de guardia, en señal de humillación. (*N. del T.*) <<

[56] Referencia al novelista Samuel Richardson, autor que gozó de gran popularidad durante la primera mitad del siglo XVIII, y entre cuyas obras destaca la voluminosa novela *Clarissa*, marcadamente sentimental. (*N. del T.*) <<

[57] Protagonista de la novela de sir Walter Scott *The Bride of Lammermoor*. (*N. del T.*) <<

[58] Lanternes!= ¡Tonterías! (*N. del T.*) <<

[59] Hija de Zeus y Temis. Una de las Moiras. (*N. del T.*) <<

[60] Oiseleur = pajarero, cazador de pájaros. (*N. del T.*) <<

[61] Portón de acceso, desde el río, a la Torre de Londres, por el cual eran ingresados en la misma los reos de traición y los presos políticos. (*N. del T.*) <<

[62] Jefe espiritual del metodismo. (*N. del T.*) <<

[63] Corintios 3, 12-13: «Si sobre este fundamento uno edifica oro, plata, piedras preciosas o maderas, heno, paja, su obra quedará de manifiesto, pues en su día el fuego lo revelará y probará cuál fue la obra de cada uno». Ed. Nácar-Colunga. (*N. del T.*) <<

[64] Apocalipsis, 22, 11: «El que es injusto continúe aún en sus injusticias, el torpe prosiga en sus torpezas, el justo practique aún la justicia y el santo santifíquese más». Ed. Nácar-Colunga. (*N. del T.*) <<

[65] Apocalipsis, 14, 13: «Oí una voz del cielo que decía: “Escribe: Bienaventurados los que mueren en el Señor”». Ed. Nácar-Colunga. (*N. del T.*) <<